

HISTORIA

DE LA

REVOLUCIÓN DE INGLATERRA

DESDE EL ADVENIMIENTO DE CARLOS I
HASTA SU MUERTE

FRANÇOIS GUIZOT



La Historia de la Revolución de Inglaterra comprende tres grandes periodos. En el primero, de 1625 a 1649, la vemos prepararse, estallar y quedar consumada; en el segundo, de 1649 a 1658, trata ya de fundar su gobierno, a que da el nombre de República, y sucumbe en esta empresa: el tercer periodo es el de la reacción monárquica, explotada por la prudencia escéptica de Carlos II, que sólo le pedía la satisfacción de su egoísmo, y agotada por la pasión ciega de Jacobo II, que quiso llevarla hasta el establecimiento del poder absoluto. En 1688, la Inglaterra llegó al punto que se proponía en 1640, y cerró la carrera de las revoluciones para entrar en la de la libertad. En el libro titulado *Historia de la Revolución de Inglaterra*, se refiere la historia del primer periodo, esto es, desde el advenimiento de Carlos I al trono, hasta su muerte.

Considerado de gran mérito e imparcial, que resumió y completó en 1848 durante su exilio en Inglaterra

François Guizot

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA

Desde el advenimiento de Carlos I hasta su muerte

ePub r1.1

Titivillus 01.05.2020

François Guizot, 1826

Traducción: Diego Fernández Mardón

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Conversión a pdf: FS, 2021



FERNANDO GASPAR, EDITOR.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCIÓN

DE

INGLATERRA

DESDE EL ADVENIMIENTO DE CARLOS I
HASTA SU MUERTE

POR M. GUIZOT

TRADUCIDA

POR D. F. M.

EDICIÓN ADORNADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS QUE REPRESENTAN VISTAS, RETRATOS DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES QUE FIGURAN EN LA OBRA Y ESCENAS DE LA REVOLUCIÓN



MADRID:

IMPRENTA DE D. FERNANDO GASPAR, EDITOR.

CALLE DE LA CABEZA, 36

1856

EL AUTOR

La historia de la Revolución de Inglaterra comprende tres grandes períodos. En el primero, de 1625 a 1649, la vemos prepararse, estallar y quedar consumada: en el segundo, de 1649 a 1660, trata ya de fundar su gobierno, a que da el nombre de República, y sucumbe en esta empresa: el tercer período es el de la reacción monárquica, explotada por la prudencia escéptica de Carlos II, que sólo le pedía la satisfacción de su egoísmo, y agotada por la pasión ciega de Jacobo II, que quiso llevarla hasta el establecimiento del poder absoluto. En 1688, la Inglaterra llegó al punto que se proponía en 1640, y cerró la carrera de las revoluciones para entrar en la de la libertad.

En el presente libro se refiere la historia del primer período, esto es, desde el advenimiento de Carlos I al trono, hasta su muerte.

HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN
DE
INGLATERRA

LIBRO PRIMERO

Advenimiento de Carlos I al trono. — Estado y disposiciones de la Inglaterra. — Convocación del primer parlamento. — Su espíritu. — Su disolución. — Ensayos de arbitrariedad. — Su mal éxito. — Segundo parlamento. — Acusación del duque de Buckingham. — Disolución del parlamento. — Mala administración de Buckingham. — Tercer parlamento. — Petición de derechos. — Prorrogação del parlamento. — Asesinato del duque de Buckingham. — Segunda legislatura del tercer parlamento. — Nuevas causas del descontento público. — Cólera del rey. — Disolución del tercer parlamento.

(1625-1629)

El 27 de marzo de 1625 subió Carlos I al trono, y convocó a poco un parlamento^[1]. Apenas se hubo reunido la Cámara de los Comunes^[2], cuando *sir* Benjamín Rudyart, honrado ciudadano, a quien se consideraba en el anterior reinado enemigo de la corte, se levantó pidiendo que en adelante se procurase cuidadosamente mantener entre el rey y el pueblo una perfecta armonía: «Porque, dijo, podemos esperarlo todo del monarca que nos gobierna, en punto a la felicidad y libertades del país». Toda Inglaterra se entregaba, en efecto al júbilo y a la esperanza; y no eran esas esperanzas vagas, esas alegrías tumultuosas que se manifiestan al asomar un nuevo reinado; sino una confianza seria, general, y que parecía muy fundada. Carlos era un prínci-



pe de costumbres graves y puras, de una piedad reconocida por todos, aplicado, instruido, frugal, poco inclinado a la prodigalidad, reservado sin aspereza, digno sin arrogancia; mantenía en su casa la decencia y el arreglo; todo en él anunciaba un carácter elevado, recto y amigo de la justicia; su aire y sus modales contenían a los cortesanos y agrada-

ban al pueblo; sus virtudes le habían granjeado el aprecio de los hombres de bien. Cansada la Inglaterra de las costumbres innobles, de la locuaz y vulgar pedantería, de la política pusilánime de Jacobo I, esperaba ser feliz y libre bajo el reinado de un monarca a quien podría respetar.

Carlos y el pueblo inglés ignoraban hasta qué punto eran ya extraños uno a otro, ni que causas, obrando hacía mucho tiempo y cada vez más poderosas, harían pronto imposible entre ambos toda armonía.

Dos revoluciones, visible una y harto ruidosa, interior, ignorada, pero no menos cierta otra, se verificaban a la sazón: la primera, con respecto al poder real europeo, y la segunda con relación al estado social y a las costumbres del pueblo inglés.

Por aquel tiempo la monarquía, libre de sus antiguas trabas, se constituía en todas partes casi absoluta. En Francia, en Espa-

ña, en la mayor parte de los Estados del Imperio germánico, había subyugado a la aristocracia feudal, y ya no protegía las libertades de los municipios, pues no los necesitaba para oponerlos a otros enemigos. La alta nobleza, como si hubiese perdido hasta el sentimiento de su derrota, se agrupaba alrededor de los tronos, casi orgullosa con el brillo de su vencedor. La clase media, dispersa y timorata, gozaba del orden naciente y de un bienestar hasta entonces desconocido, trabajando para enriquecerse e instruirse, pero sin pretender aún tomar parte en el gobierno del Estado. Donde quiera la pompa de la corte, la administración rápida, la extensión y la regularidad de las guerras proclamaban la preponderancia del poder real. Prevalecían las máximas del derecho divino y de la soberanía de los reyes, débilmente atacadas en los mismos países donde no se las reconocía. En fin, los progresos de la civilización, de la literatura, de las artes, de la paz y de la prosperidad interior, realizando el triunfo de la monarquía pura, inspiraban a los príncipes una confianza presuntuosa y a los pueblos una complacencia mezclada de admiración.

La monarquía inglesa había experimentado también este movimiento europeo. Desde el advenimiento de la casa de Tudor al trono^[3], había cesado de tener por enemigos a los orgullosos barones, que, demasiado débiles para luchar individualmente con su rey, se habían coaligado en otro tiempo, ya para mantener sus privilegios, ya para tomar a viva fuerza parte en el ejercicio de la soberanía. Mutilada, empobrecida, abatida por sus excesos, sobre todo en la Guerra de las Dos Rosas, aquella aristocracia, tanto tiempo indomable, cedió casi sin resistencia, primero a la altiva tiranía de Enrique VIII, y enseguida al hábil gobierno de Isabel. Enrique, convertido en jefe de la iglesia, poseedor de bienes inmensos, y distribuyéndolos pródigamente entre las familias a quienes concedía nueva grandeza o que restituía a su antiguo brillo, empezó la metamorfosis de los baro-

nes en cortesanos; metamorfosis que Isabel consumó. Mujer y rey, una corte brillante la acataba, humillándose ante su autoridad, y la nobleza se precipitó en pos de ella anhelante, sin excitar por ello el descontento público: ¡singular prestigio el de poder servirá un monarca popular, buscando por medio de intrigas y entre regocijos el favor de una reina que tenía la confianza del país! Las máximas, las formas, el lenguaje, y con frecuencia la práctica misma de la monarquía pura, se perdonaban a un gobierno útil y glorioso para la nación; el afecto popular echaba un velo sobre la rastrera conducta de los cortesanos; y junto a una mujer cuyos peligros tenían que ser funestos al Estado, el más ilimitado rendimiento era una ley para el noble y un deber para el protestante y el ciudadano.

Los Estuardos debían ir más lejos en la senda que había emprendido la monarquía inglesa desde el reinado de los Tudor. Jacobo I, escocés y descendiente de los Guisas, por los recuerdos de su familia y las costumbres de su país, era adicto a la Francia y estaba acostumbrado a buscar sus aliados y modelos en el continente donde un príncipe inglés no veía de ordinario más que enemigos. Por eso se mostró desde luego imbuido más profundamente que Isabel y Enrique en las máximas que cimentaban entonces en Europa la monarquía pura, profesándolas con el orgullo de un teólogo y la complacencia de un rey, y protestando a cada instante contra la timidez de sus actos y los límites de su poder. Precisado algunas veces a defender con argumentos más directos y sencillos las medidas de su gobierno, las prisiones arbitrarias o los tributos ilícitos, alegaba el ejemplo del rey de Francia o de España: «El rey de Inglaterra, decían sus ministros a la Cámara de los Comunes, no puede ser de peor condición que sus iguales:» y era tal, aún en Inglaterra, la influencia de la revolución llevada a cabo en las monarquías del continente, que los enemigos de la corte se encontraban perplejos al oír este lenguaje, casi convencidos de que la dignidad

de los príncipes exigía que gozasen de los mismos derechos, e ignorando como armonizar esto con las libertades de su país.

Carlos, educado desde su infancia con tales pretensiones y máximas, estuvo más expuesto al contagio en cuanto llegó a la mayoría de edad: debiendo casarse con la infanta de España, el duque de Buckingham le sugirió la idea de pasar secretamente a Madrid en busca del objeto de su cariño. Agradó a la imaginación del joven tan caballeresco designio; pero era preciso obtener el consentimiento del rey. Jacobo se negó, se encolerizó, lloró, y cedió al fin más bien a los ruegos de su favorito que a los de su hijo. Carlos fue recibido solemnemente en Madrid^[4]: allí vio en todo su esplendor el trono majestuoso, soberano, obteniendo de sus servidores un respeto casi religioso, encontrando rara vez obstáculos a sus caprichos y venciénolos constantemente. Su enlace con la infanta no se efectuó; pero en cambio se casó con Enriqueta María, princesa de Francia; pues su padre no encontró en ninguna otra corte, fuera de las ya nombradas, una alianza digna de su trono^[5]. El influjo de esta unión en el ánimo del príncipe inglés fue idéntico al que había experimentado en España, y creyó ver en ambas monarquías la imagen de la condición natural y legítima de un rey.

De este modo el poder real inglés, al menos en el monarca, sus consejeros y su corte, seguía el mismo rumbo que las monarquías del continente. También en Inglaterra eran de notar los síntomas y los esfuerzos de la revolución consumada en otros puntos, y que en sus más modestas pretensiones no permitía a los súbditos nada que no llevase el carácter de concesión generosa del soberano.

Pero, mientras en el continente esta revolución encontraba a los pueblos aún incapaces de resistir y quizá dispuestos a doblar el cuello al yugo, en Inglaterra, una revolución contraria, sordamente acaecida en la sociedad, había minado ya el suelo

bajo los pasos de la monarquía pura y preparaba su ruina en medio de sus progresos.

Al advenimiento de los Tudor, cuando la alta aristocracia se humilló a los pies del trono, los municipios ingleses no se encontraban todavía en estado de ocupar su puesto en la lucha de la libertad contra el poder; ni siquiera hubieran osado pretender una parte en el honor del combate. En el siglo XVI, época de los más rápidos progresos de los municipios, se había limitado su ambición a hacer confesar sus primeros derechos y a conquistar algunas garantías incompletas y vacilantes. Nunca habían soñado en asociarse a la soberanía, ni en intervenir de un modo permanente y decisivo en el gobierno del país: sólo a los barones convenía tan alta pretensión.

En el siglo XVI, arruinados los municipios al par que los barones, por las guerras civiles, tenían necesidad de orden y reposo: la monarquía se lo proporcionó imperfecto todavía, y sin embargo más seguro y regular que el que habían disfrutado hasta entonces. Así fue que aceptaron el beneficio con vivo reconocimiento. Separados de sus antiguos jefes, casi solos en presencia del trono y de los barones, sus antiguos aliados, fue sumiso su lenguaje y tímida su conducta, dando a entender al monarca que en adelante el pueblo sería dócil como los magnates.

Pero, en Inglaterra no era el pueblo, como en el continente, una coalición mal unida de ciudadanos y labradores lentamente emancipados y abrumados aún bajo el peso de su antigua servidumbre; desde el siglo XIV había formado parte de los municipios ingleses una porción numerosa de la aristocracia feudal, todos los poseedores de pequeños feudos demasiado pobres y poco influyentes para compartir la soberanía con los barones, pero envanecidos con su origen, y por largo tiempo poseedores de iguales derechos. Constituidos en jefes de la nación, la habían robustecido más de una vez mostrando una osadía de que

hubiera sido incapaz la clase media, obrando por sí sola. Debilitados y abatidos con las calamidades de las discordias civiles, no tardaron en recobrar durante la paz su importancia y orgullo. Mientras que la alta nobleza se reunía alrededor de la corte para reparar sus pérdidas, recibiendo prestadas grandezas tan corruptoras como precarias, y que, sin restituírle sus antiguas riquezas, la iban separando más y más del país; los simples caballeros, los terratenientes, la clase media, pensando sólo en los réditos de sus tierras y de sus capitales, aumentaban su riqueza, su crédito, se unían cada día más estrechamente, atraían con su influencia al pueblo entero, y sin boato, sin objeto político, casi sin saberlo, se apoderaban en común de todas las fuerzas sociales, verdadero manantial del poder.

En las ciudades el comercio y la industria se desarrollaban rápidamente: Londres adquirió inmensas riquezas; el rey, la corte, casi todos los magnates del reino fueron deudores suyos, siempre insolentes, pero siempre necesitados. La marina mercante, plantel de la marina real, era numerosa y activa; los marineros participaban de los intereses y disposiciones de los comerciantes.

El mismo rumbo seguían las cosas en el campo. Las propiedades se dividieron; las leyes feudales oponían trabas a la venta y a la subdivisión de los feudos; un estatuto de Enrique VII los abolió indirectamente, en parte al menos; la alta nobleza lo recibió como un beneficio, y se aprovechó de él enajenando la mayor parte de los vastos dominios que le repartió Enrique VI-II. El rey favorecía estas ventas para aumentar el número de los poseedores de bienes eclesiásticos, y los cortesanos tenían que recurrir a ellas, pues nada bastaba a satisfacer sus necesidades. Por último Isabel, a fin de no pedir subsidios, siempre onerosos hasta para el poder que los obtiene, vendió también muchos dominios de la corona. Casi todos estos bienes los compraban los nobles que vivían en sus tierras, los terratenientes que culti-

vaban las suyas, y los ciudadanos que se retiraban de los negocios: sólo ellos adquirirían por medio del trabajo y de la economía caudales suficientes para la compra de lo que no podía conservar el príncipe ni sus cortesanos. La agricultura prosperaba; los condados y las ciudades se llenaban de una población rica, activa e independiente; y el movimiento que trasladaba a sus manos gran parte de la fortuna pública fue tan rápido, que en 1628, al abrirse el parlamento, la Cámara de los Comunes se halló tres veces más rica que la de los Pares.

A medida que iba completándose esta revolución, empezaban de nuevo los municipios a temer la tiranía. Cuantas más riquezas adquirían, necesitaban mayor seguridad. Algunos derechos, ejercidos hacía mucho tiempo por los príncipes sin reclamación ni obstáculo, estaban próximos a considerarse como abusos, porque era mayor el número de las personas que sentían su peso. Preguntábase desde cuando existían, y si era justa su procedencia. Poco a poco recordaban los pueblos sus antiguas libertades, los esfuerzos a que habían debido la gran Carta, y las máximas en ella consignadas. La corte hablaba con desprecio de aquellos antiguos tiempos, calificándolos de bárbaros y groseros; mas el país los miraba con respeto y amor, como época de libertad. Ya no se mentaban sus gloriosas conquistas, y sin embargo todo no se había perdido aún. El parlamento continuaba reuniéndose; encontrándole los reyes sumiso, le habían empleado más a menudo como instrumento de su poder. En los reinados de Enrique VIII, María e Isabel, el jurado se había mostrado complaciente, y aún servil; pero con todo subsistía. Las ciudades conservaron sus privilegios, y las corporaciones sus franquicias. En fin, ajenos los municipios a la resistencia hacía mucho tiempo, poseían sin embargo los medios de resistir: les habían faltado las instituciones, no la fuerza ni la voluntad de servirse de ellas. La revolución, que proporcionaba a su grandeza material tantos progresos, les devolvía la fuerza; y

para que la voluntad no se hiciese esperar mucho, bastaba que otra revolución les diese asimismo la fuerza moral, inflamase su ambición, elevase sus ideas, y les pintase la resistencia como un deber y la dominación como una necesidad: tales fueron los efectos de la reforma religiosa.



EL DUQUE DE BUCKINGHAM

Proclamada ésta en Inglaterra por un déspota, empezó siendo tiránica; y no bien hubo aparecido, cuando persiguió como enemigos a sus mismos partidarios. Enrique VIII levantó con una mano cadalsos para los católicos, y con la otra, hogueras para los protestantes que se negaban a someterse al símbolo, y no aprobaban el gobierno que de él recibía la nueva Iglesia.

Hubo, pues, desde el principio dos reformas, la del príncipe y la del pueblo: incierta una, servil, apegada más bien a intereses temporales que a creencias, temerosa del movimiento a que debía su origen, y pugnando por imitar en muchos puntos al catolicismo; espontánea la segunda, ardiente, despreciadora de humanos miramientos, y aceptando las consecuencias de sus principios: verdadera revolución moral emprendida en nombre y con el ardor de la fe.

Unidas ambas reformas por los padecimientos durante el reinado de María, y por las alegrías comunes en el de Isabel, no debían tardar en dividirse y combatir abiertamente. Ahora bien, su situación era tal, que comprometían en su lucha el orden político. La Iglesia anglicana, separándose del jefe independiente de la Iglesia universal, había perdido su fuerza, sujetando sus derechos y su poder al del soberano del Estado. Era de consiguiente esclava del despotismo civil, teniendo que profesar las máximas de este para legitimar su origen, y sirviendo a los intereses políticos para salvar los suyos propios. Por su parte los no-conformistas, al atacar a sus contrarios, se veían precisados a hacer la guerra al soberano temporal, reclamando los fueros del ciudadano a fin de completar la reforma de la Iglesia. El rey había sucedido al papa; el clero anglicano, heredero del católico, sólo obraba en nombre del rey; por todas partes, en un dogma, una ceremonia, una oración, en la erección de un altar, en la figura de una sobrepelliz, estaba comprometido el poder real lo mismo que el de los obispos, el gobierno ni más ni menos que la disciplina y la fe.

Titubearon al pronto los no-conformistas en esta peligrosa necesidad de una doble lucha contra el príncipe y la Iglesia, de una reforma simultánea de la religión y del Estado. Era ilegítimo a sus ojos cuanto olía a papismo; pero la autoridad real, aun suponiéndola despótica, no lo era todavía. Enrique VIII había empezado la reforma, e Isabel la salvó. Los más osados purita-

nos no se atrevían a medir los derechos y limitar un poder al que debían tanto, y si algunos daban un paso hacia este objeto, la nación admirada aplaudía aunque sin seguirlos.

Era no obstante indispensable, se necesitaba que retrocediese la reforma, o que ésta extendiera la mano sobre el gobierno, como único que se oponía a sus progresos. Con el tiempo se amaestraron los ánimos; la energía de la conciencia trajo consigo la audacia de los pensamientos y de los planes; la creencia religiosa clamó por derechos políticos: se empezó a reflexionar porque no se disfrutaban: se indagó quien los usurpaba, bajo que título, y finalmente se pensó en lo que debía practicarse para alcanzarlos. Algún ciudadano oscuro que en otro tiempo se prosternaba al solo nombre de Isabel, y que nunca se hubiera atrevido a mirar osadamente el trono si en la tiranía de los obispos no hubiese hallado la de la reina, se dirigió decididamente contra ambos cuando le fue forzoso defender su fe. Entre los gentilhombres sobre todo, entre los terratenientes y el pueblo, cundió esa necesidad de examen y de resistencia tanto en punto de gobierno como de dogma, que era donde fermentaba y hacía adelantos la reforma religiosa. Menos preocupada la corte y parte de la nobleza tocante a su creencia, se habían contentado con las innovaciones de Enrique VIII o de sus sucesores, y sostenían la iglesia anglicana por convicción, por indiferencia, por cálculo o por lealtad. Menos afectados de los intereses, pero más expuestos a los golpes del poder, cambiaron entonces los municipios de actitud y modo de pensar en sus relaciones con la monarquía. Iba desapareciendo de día en día su timidez, a medida que se aumentaba su ambición. Todas las clases elevaban sus miradas sobre su propia condición. Al profesar el cristianismo cada cual, sondeaba con sus amigos los misterios de la creación, leía en los libros santos las leyes de Dios: para obedecer era preciso resistir a otras leyes, y considerar hasta dónde tenían fuerza estas últimas. El que busca los límites

de un poder no tarda en averiguar su origen; así fue como la naturaleza del poder, sus antiguos diques, sus recientes usurpaciones y su legitimidad, llegaron a ser un objeto del más vivo examen, modesto en sus principios, hijo de la necesidad y secreto, pero que agujijoneaba los ánimos, y por último les inspiraba pretensiones atrevidas. La misma Isabel, popular y respetada, sintió los efectos de este naciente germen, y los rechazó, aunque sin intención de arrostrar sus riesgos. No sucedió así en tiempo de Jacobo I. Débil y despreciado, quiso pasar por déspota; mas el aparato dogmático de sus impotentes pretensiones provocó nuevas osadías que no pudo reprimir. El pensamiento tomó libre vuelo; el monarca se convirtió en objeto de risa, y sus favoritos lo fueron de indignación. Así en el trono como en la corte era despreciada la arrogancia: una innoble corrupción inspiraba a los meditabundos un profundo tedio, y degradaba todas las grandezas en sentir del populacho. Ya no fue exclusivo privilegio de las almas elevadas el mirar cara a cara la grandeza y medirla en toda su extensión; esta audacia se hizo popular. Pronto la oposición apareció tan altiva y confiada como el poder: y no era la oposición de los barones en la Cámara de los Pares, sino la de los diputados de la Cámara de los Comunes, la que más decidida se mostraba a tomar en el gobierno una parte que nunca les había pertenecido. Su indiferencia a las amenazas del príncipe, y su altivo, si bien que respetuoso lenguaje, manifestaron claramente sus designios. El secreto sentimiento de esta revolución moral se había generalizado de tal suerte, que en 1621, al esperar Jacobo una diputación de la cámara portadora de una queja formal, dijo con una ironía menos dolorosa por cierto de lo conveniente: «Preparad doce sillones, que voy a recibir doce reyes».

En efecto, cuando Carlos I convocó el parlamento, se pudo decir que un rey absoluto llamaba alrededor de su trono un senado de reyes. Ni el príncipe ni el pueblo particularmente ha-

bían calculado aún el término de sus pretensiones: se acercaban con la esperanza de unirse; más en el fondo estaba consumada ya su desunión, porque ambos opinaban como soberanos.

No bien se hubo abierto la legislatura, cuando la Cámara de los Comunes dirigió su atención a todas partes: interior y exterior: negociaciones, alianzas, inversión de los subsidios pasados y futuros, estado de la religión, represión de los papistas, todo le pareció a la cámara propio de sus atribuciones. Quejáronse los diputados de la marina real que protegía mal al comercio y de Montagne, capellán de S. M., que defendía la iglesia romana y predicaba la desobediencia pasiva. Bien es verdad que sólo esperaban del monarca un alivio a los males, pero deseaban inquirirlo todo, daban consejos y aglomeraban peticiones sobre peticiones.

Las quejas no se dirigían contra el gobierno de Carlos, que entonces principiaba y sin embargo fueron consideradas como rompimiento y ofensa. Edward Clarke, partidario de la corte, probó a quejarse de ello en la cámara: «Se han usado, dijo, palabras no debidas y amargas». Interrumpióle un grito general llamándole a la barra; insistió el orador, y por poco se vio expelido de la cámara.

Los discursos eran ciertamente atrevidos, si bien que respetuosos: «No pedimos al rey que despida sus malos consejeros, como se hizo en tiempo de Enrique IV y Enrique VI; no queremos intervenir en su elección, como en los reinados de Eduardo II, Ricardo II, y los dos Enriques ya nombrados; no deseamos que los elegidos deban prestar juramento ante el parlamento, como acaeció bajo los reinados de Eduardo I y II, y de Ricardo II; ni que se les señale la conducta que deben seguir, como se practicó bajo Enrique III y Enrique IV; ni que S. M. prometa como Enrique III que nada practicará sin el consentimiento del gran consejo del país: sólo expresamos, como fieles súbditos, nuestros modestos deseos. Puesto que está rodeado el

rey de consejeros sabios, justos y nobles, deseamos que de acuerdo con ellos ponga un remedio a los males del Estado, y no se deje jamás guiar por un solo hombre, ni por consejeros jóvenes». Así hablaba *sir* Robert Cotton, sabio ilustre y orador moderado; y la cámara, protestando con él que no deseaba imitar la osadía del antiguo parlamento, oía con placer su recuerdo.

Disgustábase el rey, mas no por esto se quejaba, puesto que, si bien importuno, no le parecía todavía peligroso tal lenguaje. Tenía por otra parte necesidad de subsidios; el último parlamento había deseado con ardor la guerra contra España, y no podía rehusarse sostenerla: así es que Carlos insistía en que se le facilitasen los medios, prometiendo atender a las justas pretensiones.

Pero la cámara desconfiaba hasta de las promesas del mismo rey, que era apreciado y que no había violado ninguna. Con el trono heredan en cierto modo los príncipes las faltas de sus antecesores. Creía Carlos que nada tenía que temer, porque no había hecho mal a nadie; el pueblo por el contrario deseaba arrancar de raíz los males pasados para no temer el porvenir. Al pronto sólo concedió la cámara baja un corto subsidio, votándose únicamente por un año los derechos de aduana: esto último se tomó a ofensa, y la cámara alta se negó a ello. Según esto, decía la corte, se tiene menos confianza en el rey que en sus predecesores, que habían obtenido aquellos derechos por todo su reinado: y sin embargo se acababa de presentar con rara buena fe el estado de la hacienda, sin rehusar documento ni explicación alguna. La necesidad era evidente, y no convenía en sentir de los lores discontentar sin motivo a un joven monarca que daba muestras de querer marchar en armonía con el parlamento.

No decía aquella cámara que se negaba a ulteriores subsidios; pero seguía en sus pretensiones, resuelta a no dar ningún

paso hasta tanto que fuese atendida. Indignése el monarca de que así quisiesen sujetarle, imposibilitándole de poder gobernar, y usurpándole la soberanía que en ningún caso debía ser comprometida. Así fue que disolvió el parlamento en 12 de agosto de 1625.

De este modo el príncipe y el pueblo, a pesar de su mutua buena fe, sólo se acercaron para enmarañarse, y se separaron sin que ninguno se juzgase más débil, seguros ambos de la legitimidad de sus demandas, y más aferrados en ellas. Protestó la cámara diciendo que, a pesar de ser entusiasta por S. M., nunca le sacrificaría sus fueros; el rey dijo que los respetaba, pero que sabría también gobernar solo.

Arrojóse a practicarlos: expidiéronse decretos del consejo a los comandantes de los condados para que recogiesen por vía de empréstito el dinero que necesitaba el rey. Debían dirigirse a los pudientes y pasar nota a la corte de los que se negasen o fuesen morosos. Se contaba aún con el afecto y con el miedo. Dióse al propio tiempo a la vela una escuadra que debía atacar a Cádiz, cuya bahía estaba llena de buques con riquísimos cargamentos. Para dar no obstante alguna satisfacción al pueblo, se dio orden al clero de proceder contra los papistas: se le prohibió alejarse cinco millas de sus moradas sin previo permiso; se les obligó a hacer venir del continente sus hijos que en él se educaban, y por último se les desarmó. La cámara baja había clamado por la libertad y en vez de ésta, se le concedía autorización para tiranizar a sus enemigos.

No se dio por satisfecha con tan miserable recurso; era por otra parte equivocada y sospechosa la persecución de los papistas, pues se les concedían privilegios e indultos bajo mano; el empréstito redituó muy poco; la expedición contra Cádiz no tuvo buen resultado, y lo achacó el público a impericia del almirante y a excesos de la tropa, y acusó al gobierno de no saber elegir jefes ni disciplinar soldados. No bien trascurrieron seis meses,

cuando se juzgó necesario un nuevo parlamento. Todavía no había dado el joven rey entera entrada al despecho, de suerte, que su despotismo era a la vez confiado y tímido. Creyó que alegraría a los representantes del pueblo tan pronto llamamiento (6 de febrero 1626); tal vez juzgó que la firmeza de que había dado muestra le valdría más miramiento, y por último procuró alejar del parlamento a los oradores más populares. El conde de Bristol, enemigo personal del duque de Buckingham, no recibió aviso de convocación; *sir* Edward Coke, *sir* Robert Philips, *sir* Thomas Wentworth, *sir* Francis Seymourt y otros tres, nombrados magistrados de sus respectivos condados, no pudieron ser elegidos. Ya no se dudaba que con esto fuese sumisa la cámara, puesto que, decían, el pueblo ama al rey, y sólo le fascinan algunos rebeldes.

Mas los diputados creían a su vez que el engañado era el rey, y que bastaba quitarle su favorito para restituirle a su pueblo. El primer parlamento se había contentado con exigir del trono por medio del retardo de subsidios que atendiese a sus peticiones, más el segundo resolvió cargar contra el autor de los públicos desastres: en consecuencia, fue acusado el duque de Buckingham el 21 de febrero.

Era este duque uno de aquellos hombres que parecen nacidos para brillar en las cortes, y ser odiados de los pueblos. Gallardo, presuntuoso, magnifico, liviano y osado, sincero y ardoroso en sus tratos, franco y altivo en sus enemistades, incapaz a la vez de virtud y de hipocresía, gobernaba sin miras políticas, cuidándose poco de los intereses del país, y aún de los del mismo poder, y atendiendo únicamente a su propia grandeza, y al brillo de su dominación cerca del rey. Probó por un momento a ganar popularidad, y la alcanzó estorbando el casamiento de Carlos con la infanta. Pero consideraba sólo el favor público como un medio para usar a su albedrío del favor real; perdió su popularidad, y con todo quedó envanecido de haber conserva-

do sobre Carlos el ascendiente que ejerció con descaro sobre Jacobo I. Ningún talento sostenía su ambición; pasiones frívolas eran el único objeto de sus intrigas; de suerte que para seducir a una mujer o para perder a un rival comprometía con temeraria imprevisión al rey y al país. Tal gobernante se hacía cada día más insoportable, y sin embargo continuaba el duque invadiendo las más altas funciones del Estado, siendo reputado sólo por un advenedizo sin gloria, por un inhábil y temerario favorito^[6].

El ataque de la Cámara de los Comunes fue violento: era difícil probar a Buckingham crímenes legales; pero la cámara votó que los rumores eran suficientes para iniciar sumaria contra el duque, anotándose en ella todos los cargos que corrían de boca en boca. Rechazó los más el duque, pero sin fruto. La cámara quería derribar un mal gobierno, y aunque Buckingham apareciese inocente de robo, asesinato o traición, no por esto era menos peligroso. La osadía de la cámara enardeció los ojos de la corte. Quejóse el conde de Bristol de no haber sido avisado. Temíale Buckingham y quiso alejarle. La cámara reconoció los derechos del reclamante, y Carlos tuvo que dirigirle esquila de convocación, pero al propio tiempo le mandó permanecer en sus dominios. Acudió de nuevo el conde a la Cámara de los Pares, pidiendo que se examinase si los fueros de todos los pares del reino no exigían que pasase a ocupar su puesto. En seguida el rey le hizo acusar de alta traición. Para defenderse acusó a su vez Bristol a Buckingham; de manera que Carlos vio a su favorito hecho blanco de los ataques de los diputados y de los de un antiguo cortesano.

Esto era irritar demasiado su poder y ofender su orgullo. No se había podido probar a Buckingham ningún crimen: era pues evidente que los ataques se dirigían contra su ministro y su amigo. Por esto dijo a los representantes del pueblo: «Debo manifestaros, que no sufriré que persigáis a ninguno de mis

adictos, y mucho menos a los que me rodean. En otro tiempo se preguntaba: ¿qué podremos hacer en obsequio del que merece la confianza real? ¡Mas hoy se indaga lo que es dable practicar contra él! Deseo que cuanto antes se me procuren subsidios; de otro modo será en daño vuestro, y si de ello proviene algún mal, creo que seré el último que lo experimente».

Al propio tiempo prohibió a los jueces que diesen contestación a las preguntas hechas por la cámara alta relativas al conde de Bristol, temiendo que le fuese favorable su respuesta.

Callaron los jueces, mas no se contuvieron los diputados, antes por el contrario dieron a ocho de sus miembros el encargo de sostener en una conferencia con los pares los cargos contra Buckingham. Concluida la conferencia, mandó el rey prender a dos comisionados Diggs y Elliot, por haber proferido palabras insolentes. Indignada la cámara, declaró que de nada se ocuparía hasta que se les pusiese en libertad. En vano los amigos de la corte probaron a arredrar la cámara haciéndola temer por su suerte; su amenaza se tomó a insulto, y fue preciso sincerarse de haber insinuado que tal vez querría el rey gobernar sólo como los príncipes del continente. Los dos presos fueron puestos en libertad.

Por su parte reclamó la Cámara de los Pares la libertad del lord Arundel, que había sido arrestado durante la legislatura; Carlos también cedió^[7].

Cansado de verse vencido por contrarios que él mismo había llamado y que podía disipar, instigado por su inquieto favorito; después de haber ensayado algunas complacencias bien recibidas pero inútiles, sabiendo que los diputados del pueblo se preparaban para una representación general, resolvió Carlos sustraerse a una situación que le humillaba ante la Europa. Esparcióse la voz de que pronto sería disuelto el parlamento. La cámara alta que empezaba a anhelar el favor popular, se apresuró

a elevar al rey una petición para alejarle de este designio, y todos solicitaron acompañar a la diputación encargada de presentarla. «Ni un minuto más,» exclamó Carlos, y la disolución fue decretada^[8] esponjándose sus causas. El proyecto de representación de la cámara baja fue quemado en la plaza pública, dándose orden de quemar asimismo cuantos ejemplares tuviesen los particulares. Arundel fue arrestado nuevamente en su casa, y Bristol encarcelado. Creyóse con esto salvado Buckingham, y Carlos se juzgó rey.

Mas fue tan corta su alegría, como su previsión: también tiene sus necesidades el absolutismo. Empeñado en una guerra ruinosa contra España y Austria, no se atrevía a disponer de un ejército que le era indispensable contra sus mismos súbditos. Sus tropas de tierra aunque poco numerosas y mal disciplinadas, le costaban mucho; dominaba el puritanismo entre los marinos; no osaba fiarse en la milicia, más dócil siempre a las insinuaciones de los ciudadanos que a las del rey; había alejado a sus contrarios, pero no por eso se habían allanado otros inconvenientes que acabaron de complicarse por el insensato orgullo de Buckingham. Para poder este favorito vengarse del cardenal Richelieu, que se negaba a que probase nuevas tentativas con Ana de Austria, decidió a su dueño a que rompiese con la Francia. Sirvió de pretexto el interés del protestantismo: era preciso salvar la Rochela sitiada, y prevenir el desvanecimiento de la reforma francesa. Con este plan esperaban enardecer al pueblo, para oprimirle a su salvo.

Se decretó un empréstito por el valor de los subsidios que había prometido, mas no votado, el parlamento. Se mandó a los comisionados inquirir de los que rehusasen satisfacer sus cupos el motivo de su negativa, quien les instigaba a ello, y por qué medios. Con semejante plan, al paso que se atentaba a la propiedad se sondeaba la opinión. Algunos regimientos se acantonaron en los condados, a cargo de los habitantes. Los puertos y

distritos marítimos recibieron orden de aprestar buques armados y equipados, primer ensayo de contribución mercante. Se pidieron veinte a la ciudad de Londres: esta manifestó que para rechazar la armada invencible de Felipe II no había exigido tanto la reina Isabel; mas el gobierno contestó que los pasados tiempos debían tomarse por modelo de sumisión y no de objeciones. Para justificar este lenguaje se hizo predicar por todas partes obediencia pasiva. George Abbot, arzobispo de Canterbury, prelado popular que rehusó autorizar en su diócesis la venta de tales sermones, fue desterrado.

Se habían alucinado en punto a los arranques del pueblo; de ningún modo pudieron persuadirle a que olvidase su libertad en obsequio de sus creencias religiosas. Desconfiaba por otra parte el pueblo de la sinceridad de este nuevo celo; sólo a título de que se le concedieran franquicias, y se convocara el parlamento, manifestaba hallarse dispuesto a dar su apoyo a las reformas del continente. Muchos ciudadanos rehusaron concurrir al empréstito; los más oscuros o más débiles de estos fueron alistados en la armada o en el ejército; otros fueron encarcelados, y a algunos se les envió a comisiones lejanas que no podían rehusar. Si bien el descuento no estalló en sediciones, no por esto se satisfizo con murmullos. Cinco gentilhombres, arrestados de orden del consejo, reclamaron como derecho de todo inglés su libertad bajo caución. Un rey imperioso y una nación irritada instaban por la sentencia. El rey exigía de los jueces que declarasen como principio que ningún súbdito arrestado por su orden debía ser admitido a dar caución; el pueblo preguntaba si ya no tenían garantías los defensores de sus libertades. El tribunal desoyó su demanda, mas no por esto autorizó el principio pedido por el rey: temiendo los magistrados ambos extremos, no osaban ya humillarse ni ser justos, y para salir del apuro rehusaban al despotismo su consentimiento y a la libertad su apoyo.

El pueblo en su ardor, celoso por el sostén de todos sus derechos, tomó bajo su protección a los mismos soldados, instrumento de la tiranía. Doquier clamaban contra sus excesos, y para reprimirlos se puso en vigor la ley marcial. Tomóse a mal que un poder tan arbitrario fuese ejercido sin la adhesión del parlamento, y que los ingleses, soldados o paisanos, empleados en vejar o en proteger a sus conciudadanos, se viesen privados de las garantías legales.

En medio de esta agresión, siempre impotente, pero cada día más agresiva, se supo que la expedición enviada al socorro de la Rochela y mandada por el mismo Buckingham, había sido desgraciada. Fue causa del descalabro la impericia del general, que no había sabido apoderarse de la isla de Ré, ni reembarcarse sin perder la flor de sus tropas, oficiales y soldados. Hacía mucho tiempo que no había Inglaterra comprado a costa de tanta sangre tanto oprobio^[9]. En los campos así como en las ciudades, muchísimas familias influyentes quedaron sumergidas en el quebranto: la indignación se hizo popular. El arrendatario dejó sus campos, y el trabajador su taller, para indagar si el dueño tenía que llorar la pérdida de un hermano o de un hijo: a poco volvía contando a sus vecinos los desastres que había oído, el llanto de que había sido testigo, y maldiciendo a Buckingham y acusando al rey. Otras pérdidas agriaron más los ánimos: la marina enemiga persiguió a la mercante inglesa; los buques tuvieron que encerrarse en los puertos; y los ociosos marineros sólo hablaban de los descalabros de la armada, y de las causas de su inacción. De día en día la baja nobleza, los ciudadanos y el pueblo, se unían más estrechamente en sus odios.

Al volver Buckingham, sintió a pesar de su arrogancia el peso del odio público, y comprendió la necesidad de evitarlo; mas para eso le era preciso buscar algún pretexto y procurarse recursos. Se había agotado cuanto se había o se podía poner en práctica en punto a tiranía. Fue llamado al consejo del rey *sir*

Robert Cotton, como el más tratable de los hombres populares. Habló con sabiduría y franqueza, insistiendo en las pretensiones de la nación, en la necesidad de acceder para obtener su apoyo, y recordó las palabras de lord Burleigh a la reina Isabel: «Conquistad su corazón y tendréis su bolsa y su brazo». Aconsejó la convocación de un nuevo parlamento, y para reconciliar al duque de Buckingham con el pueblo, se convino que en el consejo donde se adoptaría esta resolución fuese él quien la propusiese. El rey asintió al consejo.

No tardaron en abrirse las cárceles, soltando de improviso a cuantos se habían opuesto a la tiranía, insultados ayer y esclarecidos hoy. Aclamólos el pueblo; veintisiete de entre ellos fueron elegidos y se reunió el parlamento en 17 de marzo de 1628.

«Señores, dijo el rey al abrir la legislatura, en adelante obre cada cual según su conciencia. Si aconteciese (¡no lo quiera el cielo!), que descuidando proporcionarme lo que reclaman hoy día las necesidades del Estado, fallaseis a vuestro deber, el mío me prescribiría entonces usar de los recursos que Dios ha puesto en mis manos para salvar lo que se viese comprometido por la locura de algunos. No lo toméis a amenaza; a mengua tengo amenazar a quien no sea igual mío: es un aviso que os da el que está obligado a velar por vuestra prosperidad y salud. Espero que vuestra conducta hará que encuentre útiles vuestros anteriores consejos, y que por reconocimiento voy a contraer obligaciones que me impelerán con frecuencia a llamaros cerca de mí»^[10].

El guarda-sellos habló después del rey, y dijo: «Su majestad, para procurarse subsidios, ha creído deber dirigirse al parlamento, no como el único medio, sino como el que más a propósito; no porque le falten otros, sino porque este se aviene más con sus buenas intenciones y con los deseos de sus súbditos. Si tarda en alcanzarlos, la necesidad y la espada del enemigo nos

obligarán a valernos de otros medios. No olvidéis el aviso de S. M.: repito que no le olvidéis».

Así procuraba Carlos desmentir con su lenguaje su situación: pretendiente altivo, sucumbiendo bajo el peso de los reveses y de las faltas, amenazaba con el desarrollo de aquella majestad independiente, absoluta y superior a los deslices y las desgracias. Estaba tan infatuado con ella, que le parecía imposible que hubiese podido venir a menos; y lleno de una arrogancia sincera, creía que su honor y rango le obligaban a reservarse los fueros y el tono de la tiranía al reclamar un socorro de la libertad.

Sus amenazas no hicieron mella en los representantes del pueblo pues los preocupaba un designio no menos altivo e inflexible. Habían resuelto proclamar solemnemente sus libertades, y obligar al poder a reconocerlas como primitivas e independientes, y no sufrir que un derecho pasase por concesión, ni ningún abuso por derecho. Ni los jefes ni los soldados contrariaban tan grande designio: el pueblo se agrupaba alrededor del parlamento. En su recinto dirigían sus consejos hombres hábiles y osados: allí figuraban *sir* Edward Coke, honor de la magistratura, no menos ilustre por su firmeza que por su ciencia, y que tenía ya setenta y nueve años; *sir* Thomas Wentworth, después lord Strafford, joven elocuente, nacido para mandar, y cuya ambición se contentaba entonces con la admiración del país; Denzil Hollis, hijo del lord Clarke, compañero de niñez de Carlos, pero sincero amigo de la libertad, y harto altivo para servir mientras mandara un favorito; Pym, sabio jurisconsulto, versado particularmente en el derecho y los usos del parlamento, espíritu frío y osado, capaz de dirigir prudentemente las pasiones populares, y finalmente muchos otros, reservados para un porvenir inesperado, para destinos diversos, para servir tal vez en opuestos bandos, pero unidos en aquella ocasión por principios y deseos comunes. La corte no oponía a esta terrible coalición

más que la fuerza de la costumbre, la temeridad caprichosa de Buckingham, y el orgullo obstinado del rey.

Las primeras relaciones del príncipe y del parlamento fueron amistosas. A pesar de sus amenazas, Carlos no pudo menos de conocer que era preciso humillarse, y los representantes del pueblo, sin embargo de su resolución, deseaban darle pruebas de su rendimiento. Aquél no se ofendió de la libertad de los discursos, y estos fueron nobles a par que libres: «Ruego a la cámara, dijo Benjamín Rudyard en 22 de marzo de 1628, que se evite cuidadosamente todo objeto de vanas altercaciones, los ánimos de los reyes son elevados como su rango, y les está bien ceder cuando a su vez se les manifiesta complacencia. Abramos al rey una senda para que venga a nosotros como de su propio impulso: estoy convencido de que sólo aguarda una coyuntura. Diríjanse todos nuestros esfuerzos a ganar la voluntad del rey, y obtendremos cuanto deseamos». No todos opinaban tan pacíficamente: había otros que no veían con tanta claridad las desgracias de un nuevo rompimiento, y presentían mejor la incorregible condición del poder absoluto. Todos se sentían a pesar de eso animados de iguales deseos; y la cámara, examinando a la vez sus pretensiones y las necesidades del trono, votó por unanimidad, después de quince días de discusión, un subsidio cuantioso, pero sin dar todavía a su voto fuerza de ley.

La alegría de Carlos llegó a lo sumo, convocó al momento un gran consejo, e informándole del voto de la cámara dijo: «Cuando subí al trono, amaba los parlamentos; después, no sé cómo, me puse mal con ellos; ahora experimento lo que al principio de mi reinado: los amo, y me será grato rodearme de mi pueblo: este día me adquiere en la cristiandad tanta consideración como si hubiese ganado batallas decisivas...». El mismo regocijo se manifestó en el consejo, y Buckingham creyó deber expresar altamente el suyo como Carlos. Felicitó al rey por tan fausta armonía con el parlamento: «Esto, dijo, vale mucho más

que un subsidio; es una mina de ellos abierta en el corazón de vuestros súbditos. Y permitid ahora que añada algunas palabras: os lo confieso, he vivido largo tiempo en el dolor; el sueño no me daba descanso ni la fortuna contento, y era profundo mi pesar de que se creyera que yo era quien separaba al rey de su pueblo, y al contrario. Ahora se verá con claridad que ha habido espíritus preocupados que me pintaban como un genio malféfico interpuesto constantemente entre un buen señor y sus leales súbditos. Con el favor de vuestra majestad me esforzaré en aparecer como un espíritu bienhechor constantemente dispuesto a hacer bien a todos».

Cook, Secretario de Estado, dio cuenta a la cámara de la satisfacción del rey y de lo dispuesto que se hallaba a su favor. Grande fue la satisfacción de los diputados; pero Cook, con la torpe bajeza de un cortesano, habló asimismo del duque de Buckingham y de su discurso en el consejo, y esto ofendió grandemente a la cámara: «¿Cómo pues?, exclamó *sir John Elliot*, ¿hay quien tiene la osadía de creer que su benevolencia y sus palabras nos animarán a cumplir nuestros deberes para con S. M.? ¿O se querrá suponer que alguno puede inspirar al rey más bondad para con nosotros que la que naturalmente sentiría?, yo no puedo concebirlo. Pronto estoy a alabar y dar gracias a quien emplee en favor del bien público su crédito y sus esfuerzos; pero tanta presunción repugna a las costumbres de nuestros padres y a nuestra felicidad: por tanto no he podido oírla sin sorpresa, ni dejarla pasar sin reprobarla. Deseo que semejante intervención no llegue a renovarse. Ocupémonos en servir a S. M.; confío que llegaremos a serle tan útiles, y que no necesitaremos de terceros para ganarnos su confianza».

Tan justa altivez le pareció a Carlos una insolencia, y a Buckingham un síntoma seguro de nuevos peligros; sin embargo, ninguno de los dos se dio por entendido, y la cámara continuó en sus trabajos.

Ya había ésta conferenciado con la de los pares para determinar de mancomún, la reclamación de los justos derechos de los súbditos y pedir nueva y solemne sanción real. Informado Carlos de tales designios, concibió fundados temores, e hizo exhortar a los representantes del pueblo a que votasen definitivamente los subsidios, y él ministro añadió: «Debo manifestaros el pesar que le ha cabido a S. M. al saber que no sólo queréis reclamar contra el abuso del poder, sino contra el poder mismo; esto toca muy de cerca al rey y a sus ministros; hablemos al rey de los abusos que han podido mezclarse en el ejercicio de su autoridad, y nos oirá gustoso; pero dejemos intactas sus prerrogativas: propónese remediar los abusos, mas no consentirá que se mutilen los derechos».

Tímidos o serviles, se contentaron los pares con invitar a la cámara baja a que sólo se pidiera una declaración de que la Carta con los Estatutos que la confirmaban, estaba vigente; que las libertades inglesas subsistían como antiguamente, y que el rey no haría uso de sus soberanas prerrogativas sino en bien de sus súbditos.

El rey reunió ambas cámaras en sesión solemne, declaró que consideraba la Carta como intacta y los antiguos Estatutos como inviolables, y las invitó a que contasen con su real palabra para el sostén de sus derechos, añadiendo que les daría ella más seguridad que ninguna nueva ley (abril de 1628).

No se arredraron ni se dejaron seducir los representantes del pueblo; los abusos recientemente introducidos, inutilizaban la acción de las leyes antiguas: eran necesarias nuevas garantías, sancionadas explícitamente por el parlamento. Nada se lograba con renovar vagamente unas promesas tantas veces violadas, ni unos Estatutos casi puestos ya en olvido. Sin propasarse, firme al par que respetuosa, hizo redactar la cámara el famoso *bill* de petición de derechos, lo aprobó y lo remitió a la Cámara de los

Pares para recibir también su aprobación (mayo del mismo año).

Nada tenían éstos que decir contra un *bill* que consagraba derechos reconocidos, o reprimía abusos generalmente reprobados. Pero el rey insistía nuevamente pidiendo que confiasen en su palabra, ofreciendo confirmar la Carta y los Estatutos, dirigiendo a los pares consejo sobre consejo, y a la cámara de los representantes del pueblo mensaje sobre mensaje, profundamente indignado, pero prudente en sus discursos, y proclamando sólo su firme resolución de sostener sus fueros y de no abusar jamás de ellos.

Era sumamente embarazosa la situación de la cámara alta: ¿cómo poder garantizar las libertades públicas sin quitar al rey el poder absoluto? A eso se concretaba la cuestión. Se propuso una enmienda, y el *bill* fue adoptado con esta adición: «Presentamos respetuosamente a V. M. esta petición, a fin de asegurar nuestras propias libertades, pero con el justo anhelo de dejar intacto ese poder soberano de que os halláis revestido para la protección, seguridad y felicidad de vuestros súbditos».

Cuando el *bill* modificado con esta adición volvió a la cámara baja «Abramos nuestros registros, dijo Alford, y veamos lo que dicen: ¿qué se entiende por poder soberano? Según Bodin, es aquel que a nada está sujeto. Es decir, pues, que vendríamos a reconocer un poder legal y otro real; concedamos al rey lo que está prescrito por la ley, y nada más. No puedo hablar sobre el particular, dijo Pym, porque no comprendo en que se funda la cuestión: nuestra petición se reduce a reclamar el cumplimiento de las leyes de Inglaterra; aquí se trata de un poder distinto del que confiere la ley. ¿Dónde lo encontraremos autorizado? ¿En la Carta?, no. ¿En alguna institución?, tampoco. ¿De dónde lo tomaremos, pues, para conferirlo, sino existe en ninguna parte? Si adoptamos la enmienda, añadió *sir* Thomas Wentworth, dejaremos las cosas en peor estado del que las

hemos encontrado, sancionando un poder soberano que nuestras leyes no reconocen».

Los representantes del pueblo se mantuvieron firmes, el público clamaba por el resultado; pero la Cámara de los Pares, harto débil para reclamar abiertamente la libertad, lo fue asimismo para preconizar la tiranía. Retiró su enmienda; substituyéndola por consideraciones personales con una frase hueca, y la petición adoptada por ambas cámaras, fue presentada solemnemente al rey, que vencido a su vez había prometido también aprobarla.

Mas su respuesta fue vaga y evasiva, pues sin sancionar el bill, volvió a repetir las palabras que anteriormente no habían contentado a la cámara (2 de junio id).

Iban los representantes del pueblo a perder la victoria, pero al reunirse volvieron a insistir enérgicamente. *Sir John Elliot* recapituló agriamente las quejas de la nación, y en tanto se mandó que ningún diputado abandonase la sesión, so pena de ser encarcelado. Se convino en presentar al rey una representación general, y la comisión de subsidios fue encargada de redactarla.

El temor consiguiente a todo grave suceso, ese temor que quisiera detenerlo todo en cuanto se sale de los límites de la frialdad, empezaba a sobrecoger a algunos. Acusábase a *Elliot* de enemistades personales, a *Wentworth* de imprudencia, y a *Coke* de obstinación. En tal coyuntura creyó el rey poder dar un golpe de Estado, y así prohibió a la cámara mezclarse en adelante en asuntos de gobierno (5 junio).

Quedó consternada la cámara: esto era una demasía, un insulto, aun en sentir de los más moderados. Todos callaban: «Preciso es, dijo *Elliot*, que sean muy grandes nuestros pecados. ¡Sabe Dios con qué afecto, con qué celo hemos procurado ganar el corazón del rey! Seguramente algún falso rumor nos

ha acarreado este golpe. Se dice que hemos hecho renacer sospechas sobre los ministros de S. M.; ningún ministro, por poderoso que sea, no podría...».

Levantóse aquí bruscamente el presidente, y añadió llorando: «Tengo orden de interrumpir al que hable mal de los ministros del rey». Y se sentó de nuevo Elliot.

«Sí, no podemos hablar de esto en el parlamento», dijo *sir* Dudley.



LORD STRAFFORD

Diggs, «levantémonos y salgamos, o quedémonos mudos y ociosos». Nuevo y profundo silencio.

Fuerza es hablar ahora o enmudecer para siempre, exclamó al fin *sir Rich*, no conviene permanecer en silencio en medio de tal peligro. El silencio nos salvaría a nosotros, pero perdería al rey y al Estado. Vamos en busca de los lores, sepan nuestros riesgos, y juntos iremos a presentar a S. M. nuestras representaciones.

De improviso pasó la cámara del estupor a la indignación: todos los miembros se levantaron y hablaban a la vez: el rey es bueno, dijo *Kirton*, tanto como lo haya sido cualquier otro príncipe; los enemigos del Estado han conseguido dominarle; pero Dios nos favorecerá, yo lo espero, con corazones, con brazos, y con espadas para cortar la cabeza a esos enemigos del rey y nuestros.

—No es el rey —repuso *Coke*—, es el duque quien nos dice: cesad de intervenir en los asuntos del Estado.

—Es él, es él, exclamaron todos.

El presidente había dejado su escaño; crecía el desorden, y nadie procuraba calmarlo, porque ni los más prudentes hallaban razones con qué frenarlo: la indignación es algunas veces legítima, aun en sentir de los que nunca se irritan.

La cámara en medio de tamaña confusión, seguía meditando las más violentas resoluciones: el presidente salió secreta y apresuradamente a dar cuenta al rey de aquel peligro, y he aquí que el miedo pasó de la cámara a la corte. Al otro día un mensaje más templado procuró dar explicaciones sobre lo que había tanto alarmado; pero ya no bastaban palabras. La cámara seguía en su agitación; hablábase de tropas alemanas, pagadas por *Buckingham*, y que iban a desembarcar; un diputado afirmó que la víspera habían llegado a Londres doce oficiales alemanes, y que dos buques ingleses habían recibido orden de

trasportar los soldados. Aún no se habían votado los subsidios, Carlos y su favorito temieron hacer por más tiempo frente a una indignación cada vez más poderosa.

No dudaban que bastaría a calmarlo todo la sanción de los derechos. Presentóse el rey a la Cámara de los Pares, donde también se habían reunido los representantes del pueblo. Dijo que se habían engañado suponiendo su primera respuesta evasiva, y que estaba pronto a dar una que desvaneciese toda sospecha. Leyóse de nuevo la petición, y Carlos respondió con la fórmula acostumbrada: «Hágase en justicia como se desea».

Los representantes del pueblo habían triunfado arrancando por fin el solemne reconocimiento de las libertades de pueblo inglés. A esa victoria debía darse la mayor publicidad; se convino que la petición, impresa con la última respuesta del rey, se esparciría por el país, y se tomaría acta de ella no sólo en las dos cámaras, si no que también en Westminster. El *bill* de subsidios fue definitivamente adoptado. Carlos se creyó tranquilo: «He hecho cuanto me tocaba, dijo; si este parlamento no tiene feliz término, vuestra será la culpa; ya nada puede imputárseme».

Mas no se cura tan pronto una dolencia arraigada, ni se satisface con los primeros triunfos la ambición de un pueblo indignado. No bastaba seguramente la sanción de los derechos; sólo se había consumado la reforma de principios, que venía a ser inútil sin las de las prácticas, y debía empezarse por la de los consejeros. Todavía dominaba Buckingham y seguía el rey cobrando los derechos de las aduanas sin el beneplácito del parlamento. Ilustrados los representantes del pueblo por la experiencia sobre los riesgos de la lentitud, y cegados por la pasión acerca de una exigencia sobrado altiva, mezclándose por último el orgullo y el odio al instinto de la necesidad, resolvieron dar sin descanso los últimos golpes. En una semana redactaron otras dos representaciones, una contra el duque, y otra para es-

tablecer los derechos de aduana, que como los demás impuestos, sólo debían percibirse en virtud de una ley (13 y 21 de junio).

El rey llegó a perder la paciencia y hallándose decidido a procurarse al menos, algún descanso, se presentó a la Cámara de los Pares, mandó llamar a los miembros de la otra y prorrogó el parlamento (26 de junio).

Dos meses después murió Buckingham asesinado; y en el sombrero de Felton su asesino se encontró un escrito que recordaba la última representación de la cámara. No huyó el homicida ni siquiera procuró defenderse, sólo dijo que había considerado al duque como enemigo del Estado, sacudió la cabeza cuando le hablaron de cómplices, y murió tranquilo, confesando sin embargo que había delinquido.

Aterró a Carlos tal asesinato, al mismo tiempo que le causó indignación la alegría que por ese acaecimiento manifestaba la muchedumbre. Cerrada la legislatura, había probado a complacer al público reprimiendo a los predicadores de la obediencia pasiva, y mostrándose rigurosa hasta cierto punto contra los papistas, víctimas adictas al bien del país y del príncipe; pero el asesinato de Buckingham, en que el pueblo veía su salvación, le hizo abrazar de nuevo el partido de la tiranía. Volvió su favor a los enemigos del parlamento: Montague que había perseguido a los diputados de la cámara baja, fue promovido al arzobispado de Chichester; Manwaring, que había condenado los pares, recibió un pingüe beneficio; el obispo Laud, sobrado famoso ya por adicto al rey y a la iglesia, pasó a la silla de Londres. Los actos públicos corrían en armonía con tales mercedes; siguieron percibiéndose con rigor los derechos de aduana, y los tribunales excepcionales continuaron poniendo trabas al curso de las leyes. Al entrar Carlos sordamente en la carrera del despotismo, podía prometerse para lo sucesivo más felices resultados; había apartado del partido popular sus más brillantes jefes y

elocuentes oradores: *sir* Thomas, nombrado barón, había entrado en el consejo, a pesar de las amenazas de sus antiguos amigos: «Os cito para el salón de Westminster» le dijo Pym al despedirse; pero Wentworth, ambicioso y altanero, se precipitó con ardor hacia la grandeza, bien ajeno de prever hasta qué punto llegaría a ser odioso y fatal a la libertad. Otras defecciones siguieron a la suya; y Carlos rodeado de nuevos consejeros, más mesurados, más hábiles, y menos impopulares que Buckingham; vio sin temor acercarse la segunda legislatura (20 enero de 1629).

No bien se abrió ésta, cuando los miembros de la Cámara de los Comunes quisieron saber qué ejecución se había dado al *bill* de derechos. La cámara se enteró de que en vez de la segunda respuesta del rey se había unido al *bill* la primera contestación, esto es la evasiva que había sido desechada. Norton impresor de cámara de S. M. confesó que al día siguiente de la prorrogación, había recibido orden de mudar el texto, y suprimir todos los ejemplares que llevaban la primera respuesta de Carlos que terminaba con estas palabras: «He hecho cuanto me tocaba: en adelante nada puede imputárseme».

La cámara mandó traer los comprobantes, y a pesar de eso no volvieron a ocuparse de este asunto, por no patentizar demasiado tan insigne mala fe: mas su silencio no pudo pasar por olvido.

La oposición renovó sus ataques contra la tolerancia de los papistas, el favor otorgado a las falsas doctrinas, la desmoralización, la mala distribución de dignidades y empleos, los procedimientos de los tribunales excepcionales, y el desprecio con que se miraban las libertades públicas.

Tal era el ardor de la cámara, que cierto día oyó con silencio y hasta con bondad a un desconocido, de aspecto miserable y grosera apariencia, que al hablar por primera vez, denunciaba

en mal lenguaje y como poseído de furor la indulgencia de un obispo para con un predicador oscuro, chabacano papista, según dijo. Aquel orador oscuro era Oliver Cromwell.

En vano trató Carlos de conseguir de la cámara baja la concesión de los derechos de aduana, única mira que se había propuesto al convocar el parlamento. En vano empleó la amenaza, o se valió de la dulzura, confesando que todas las asignaciones las debía al pueblo y al parlamento que debía señalarlas, pero exigiendo siempre que se le concediesen subsidios por todo su reinado, como se hizo con la mayor parte de sus predecesores. Los representantes del pueblo se mantuvieron firmes sin soltar la única arma que tenían para defenderse del poder absoluto. Excusándose por el retardo, persistían en él como en sus pretensiones; pero sin objeto determinado, sin elevar como anteriormente peticiones claras y formales, y agitados vagamente por el presentimiento de una calamidad que parecía inevitable. Cansábase el rey; negábale la cámara todo cuanto pedía y ella a su vez se abstenía de pedirle nada que pudiese rehusar o conceder, y esto con visos de malevolencia, y al parecer sólo para poner trabas a su gobierno. Al anunciarse que iban a cerrarse las cámaras, Elliot propuso apresuradamente una nueva representación contra la percepción de derechos. El presidente, alegando una orden del rey rehusó ponerla a votación. Viendo que los diputados insistían dejó su asiento; Hollis, Valentine y otros miembros le restituyeron a él violentamente, a pesar de los esfuerzos de los amigos de la corte para arrancarle de sus manos:

—En nombre de Dios —le dijo Hollis—, sentaos hasta tanto que a la cámara le plazca salir.

—No puedo, no quiero, no me atrevo, —exclamaba el presidente.

Pero las pasiones se habían desenfrenado, y se le obligó a sentarse. El rey, informado del tumulto, mandó al macero de la

cámara que se retirase, suspendiendo con este acto toda deliberación; los diputados detuvieron al macero; se le quitaron las llaves del salón, y *sir* Miles Hobart se encargó de guardarlas. El rey envió un segundo mensaje para anunciar la disolución del parlamento, pero encontró cerradas las puertas. Furioso Carlos, mandó llamar al capitán de sus guardias, y le ordenó derribar la puerta. Pero en el entretanto se habían retirado los diputados, no sin haber antes adoptado una protesta que tachaba de ilegal la percepción de los derechos de aduana, y declaraba traidor a cualquiera que los recogiese o los pagase.

No era ya posible pensar en nuevos acomodos. Presentóse el rey a los pares, y dijo: «Nunca he venido por causa más triste; vengo a disolver el parlamento. Sólo la sediciosa conducta de la cámara baja me ha movido obrar de este modo; no la imputo a todos sus miembros; sé que entre ellos hay leales súbditos y conozco que unos pocos son los engañados u oprimidos. No esperen estos librarse del merecido castigo. Por lo que respecta a vosotros, milores, contad con la protección y el favor que un buen rey debe a su nobleza». Decretóse la disolución. Poco después se publicó la siguiente declaración: «Se propala maliciosamente que pronto se reunirá otro parlamento: S. M. tiene bien probado que no abriga aversión contra estas instituciones; pero sus últimos excesos le obligan a pesar suyo a mudar de conducta: en consecuencia, tomará a injuria cualquier palabra, cualquier paso que tendiese a prescribirle una época cualquiera para la convocación de nuevos parlamentos».

Carlos cumplió su palabra, y ya no pensó más que en gobernar solo.

LIBRO SEGUNDO

Intenciones del rey del consejo. — Persecución contra las notabilidades del parlamento. — Apatía aparente de la nación. — Lucha de los ministros y de la corte. — La reina. — Strafford. — Laud. — Incoherencia y descrédito del gobierno. — Tiranía civil y religiosa. — Sus efectos en las distintas clases de la nación. — Causa de Prynne, de Barton y de Bastwick. — De Hampden. — Sublevación de Escocia. — Primera guerra con los escoceses. — Paz de Berwick. — Breve parlamento de 1640. — Segunda guerra con los escoceses. — Mal resultado. — Convocación del parlamento llamado el Largo.

(1629-1640)

Nada más peligroso que tomar por vía de ensayo un sistema de gobierno, creyendo que podrá cambiarse cuando convenga: Carlos había cometido esta falta. Había probado a gobernar de acuerdo con el parlamento, pero persuadido y aferrado en deshacerse de él si se le mostraba indócil. Entró después en la carrera del despotismo con la misma ligereza, proclamando su intención de seguirla, pero opinando que si la necesidad le obligaba a ello, siempre estaría a tiempo de recurrir al parlamento.

Así opinaban sus más hábiles consejeros. Ni él, ni ellos concibieron entonces el designio de abolir para siempre las antiguas leyes de Inglaterra, su gran consejo nacional. Más faltos de previsión que dotados de audacia, más insolentes que malva-

dos, sus palabras y aún sus actos sobrepujaban la esfera de sus ideas. El rey, decían, se ha mostrado justo y bueno para con el pueblo; bastante ha prometido y concedido. Nada les bastaba a los representantes del pueblo, antes por el contrario exigían que el rey se pusiera bajo su tutela, lo cual es imposible sin despojarle de la majestad. Cuando el príncipe y el parlamento no podían ponerse de acuerdo, a éste le tocaba ceder, porque sólo aquél era soberano. Si titubeaba en hacerlo, preciso era pasarse sin él; la necesidad de obrar así era evidente; tarde o temprano la comprendería el pueblo, y entonces, más avisado el parlamento, sería muy posible que el rey lo llamase de nuevo.

Menos previsores los cortesanos no vieron en la disolución del parlamento sino un medio para poder obrar con más soltura. En presencia de la cámara baja, vivían desasosegados los cortesanos: ninguno osaba aumentar descaradamente su fortuna ni gozar con orgullo de su crédito. Los embarazos del poder desbarataban las intrigas y anulaban los regocijos de Whitehall. El rey gastaba mal humor, y la reina temblaba. Disuelto el parlamento desaparecieron estas trabas y zozobras; tornó a brillar como en otros tiempos la nobleza frívola y los ambiciosos se hallaron en su elemento. No pedía otra cosa la corte, y poco se le daba que para lograrlo se mudase el gobierno del país.

No la juzgó así el pueblo: la disolución fue a su vez un síntoma seguro de profundos designios y de la resolución por parte del monarca de destruir los parlamentos. No bien se hubieron separado los diputados de la cámara baja, cuando en Hampton-court, en Whitehall, y doquier donde se reunía la corte, así los papistas secretos como los declarados, los predicadores y los esclavos del absolutismo, los intrigantes y los hombres corrompidos, se felicitaban mutuamente por su triunfo: mientras que en las principales cárceles de Londres y de los condados, los defensores de los derechos públicos, tratados a la vez con rigor y desprecio, eran detenidos y acusados por lo que habían dicho

o practicado en el santuario inviolable del parlamento^[11]. Reclamaban sus privilegios y su libertad bajo caución; mas los jueces titubeaban en responder, y al fin como esclavos del poder, desoían las reclamaciones de los presos. No les abandonó a estos el valor en tal apuro; la mayor parte rehusaron confesarse culpables y pagar la multa a que se les había condenado: prefirieron permanecer presos, y Elliot se resignó a vivir en encierro perpetuo.

Mientras duro la causa, iba aumentándose la indignación pública, sin tener ya recelo de manifestarse. Veíase en la detención de los diputados una especie de prolongación del parlamento, que vencido y disperso seguía luchando todavía, ante los jueces del país, por órgano de sus jefes. La firmeza de los acusados daba pábulo al ardor popular; al verlos pasar incessantemente de la torre a Westminster y al contrario, los acompañaba el público con votos y aclamaciones. La ansiedad misma de los jueces contribuía a sostener la esperanza. Todo está perdido, se decía, y sin embargo se continuaba esperando y temiendo, como en medio de un combate.

Mas dieron fin estos procedimientos. Aterrados o seducidos, pagaron algunos acusados la multa, y condenados a residir a diez millas cuando menos de la mansión real, pasaron a ocultar su flaqueza en sus condados. La noble perseverancia de los demás fue sepultada en profundos calabozos. El pueblo, que ya no veía ni oía nada, callo también a su vez. No encontrando ya obstáculos el poder se creyó dueño del país del que acababa de divorciarse. Carlos se apresuró a firmar la paz con Francia y con España, y se vio por fin libre de enemigos exteriores e interiores^[12].

Poco después fue muy fácil gobernar. Los ciudadanos se ocuparon únicamente de sus intereses; ningún gran debate, ninguna viva emoción agitaba a los gentilhombres en sus reuniones del condado, a los ciudadanos en sus asambleas munici-

pales, a los marineros en sus puertos, ni a los trabajadores en sus talleres. No por esto se debilitaba la nación en la apatía; su actividad había tomado otro sendero, y hubiera podido decirse que olvidaba con el trabajo la pérdida de su libertad. Más altivo que ardoroso, no la inquietaba Carlos en su nuevo Estado, no meditaba vastos designios, ni tenía necesidad de una gloria enérgica y osada: le bastaba gozar majestuosamente de su poder y de su rango. La paz le dispensaba de exigir del pueblo penosos sacrificios, y este se entregaba a la agricultura, al comercio y al estudio, sin que una tiranía ambiciosa y agitada embrazase sus esfuerzos ni comprometiese sus intereses. De este modo se desarrollaba rápidamente la prosperidad pública, reinaba el orden entre los ciudadanos; y este estado floreciente daba al poder visos de sabiduría, y al país apariencias de resignación.

Sólo cerca del trono y entre sus servidores surgieron nuevas dificultades para el gobierno. No bien apareció calmada la lucha del poder y del pueblo, aparecieron dos partidos disputándose la preferencia: la reina y los ministros, la corte y el consejo.

Apenas hubo llegado la reina a Inglaterra, cuando manifestó sin rebozo el tedio que le inspiraba su nueva patria. Religión, instituciones, costumbres y lenguaje, todo la disgustaba; poco después de su consorcio trataba a su marido con una pueril insolencia, y Carlos, en una explosión de mal humor, envió cierto día al continente algunos de los sirvientes que la habían acompañado. Sólo el placer de reinar la podía consolar, y se consagró a él en cuanto no tuvo ya que temer al parlamento. Dotada de un espíritu agradable y vivo, no tardó en adquirir sobre el joven y morigerado monarca un ascendiente que él aceptó con una especie de reconocimiento, viendo que se creía feliz a su lado. Pero la felicidad de la vida doméstica, tan cara al alma mediatunda de Carlos, no bastaba al carácter ligero, inquieto y

áspero de Enriqueta María: necesitaba un imperio firmé y acatado, el honor de saberlo y arreglarlo todo, el poder en fin tal cual quiere ejercerlo una mujer caprichosa. Reuníanse alrededor de ella de una parte los papistas, y de otra los ambiciosos frívolos, los intrigantes, los jóvenes cortesanos que habían ido a París para aprender el secreto de complacerla. Unos y otros hacían profesión de fundar en ella sus esperanzas, éstos su fortuna, y aquéllos su triunfo, o por lo menos el de su creencia. En su palacio conferenciaban los católicos y los emisarios de Roma sobre sus más secretas esperanzas, en tanto que sus favoritos hacían brillar las ideas, las costumbres las modas de las cortes del continente. Todo eran ofensas para la creencia y las costumbres del país; cada día se pensaba en proyectos y pretensiones que sólo podían satisfacer por medios ilegales y abusos de favor. Asociábase la reina a estas intrigas, prometía hacerlas fructuosas, lo exigía del rey, y quería que para honrarla (era su lenguaje) a los ojos del pueblo, la consultase en todos los asuntos y no practicasen nada sin su consentimiento. Si se negaba el príncipe, exclamaba transportada que no sabía amarla ni reinar, y Carlos ya no pensaba más que en disipar su tristeza o su encono, creyéndose dichoso en verla tan desvelada por su poder o por su cariño.

Los más serviles consejeros hubieran tenido a mengua no resistir a tal capricho. Dos tenía Carlos que no estaban faltos de luces ni de independencia, y que si bien eran adictos a su poder querían no obstante desoír los antojos femeniles y las pretensiones de los cortesanos.

Strafford, abandonando su partido por el del rey, no tuvo que sacrificar principios muy arraigados, ni hacer cobarde traición a su conciencia. Ambicioso y ardiente, había sido patriota por odio a Buckingham, por deseo de gloria, y para desarrollar con esplendor su talento y energía, más que por convicción virtuosa y profunda. Ser algo, dominar y elevarse; no era otro su

objeto, o más bien su necesidad. Apenas hubo entrado al servicio de la corona, se aferró con su poder como lo había hecho antes con las libertades del país, pero sabia y ardorosamente como ministro hábil y enérgico, y no como cortesano frívolo y obsequioso. Sobrado entendido para meterse en intrigas domésticas, sobrado orgulloso para doblarse a exigencias palaciegas, se dedicaba con ardor a los negocios, despreciando rivalidades y resistencias, ansioso por extender y consolidar el poder real, pero dispuesto a restablecer el orden, a reprimir abusos, a domar los intereses particulares que juzgaba ilegítimos, y declararse por los generales que no le inspiraban recelo. Déspota fogoso, amante enardecido de su patria, de su prosperidad y de su gloria, comprendía perfectamente las condiciones y medios por los que se entroniza el absolutismo. Una administración arbitraria, pero fuerte, consecuente, laboriosa, desdeñosa de los derechos del pueblo, pero ocupada en su bienestar, extraña a los abusos y desarreglos inútiles, dueña a la vez de los grandes como de los pequeños, y de la corte como de la nación: he aquí sus deseos, el carácter de su conducta, y el que se esforzaba a dar al gobierno real.

El arzobispo Laud, su amigo, con pasiones menos mundanas y un ardor más desinteresado, daba los mismos consejos. Severo de costumbres y sencillo en género de vida, era fanático por el poder, ya para ejercerlo, ya para atacarlo. Mandar y castigar era para él establecer el orden y ser justo. Su actividad era infatigable, pero violenta, mezquina y áspera; incapaz de hermanar intereses y respetar derechos, perseguía tenazmente las libertades y los abusos, oponiendo a los unos una probidad rígida, a los otros una ciega animosidad; colérico con los ciudadanos y con los palaciegos, despreciador de amistades, falto de previsión y amigo de sumisiones, creía que el poder es omnipotente en manos puras, y se aferraba en sus propósitos y deberes.

En su situación le convenían en extremo a Carlos tales consejeros. Sólo anhelaban servirle, y sin tener la pesada insolencia de los favoritos eran constantes, osados, laboriosos y adictos. Apenas se confió a Strafford el gobierno de Irlanda, cuando este reino, que hasta entonces había sido un gravamen para la corona, se convirtió en manantial de fuerzas y riqueza. Se satisficieron las deudas públicas; las rentas, percibidas antes desarregladamente y dilapidadas sin pudor, se administraron con regularidad y sobrepujaron pronto los gastos; los grandes cesaron de vejar impunemente al pueblo, y ya no pugnaron con descaro las facciones aristócratas o religiosas. El ejército que Strafford había encontrado débil, desnudo e indisciplinado, se mejoró como por encanto, y cesó de robar a sus habitantes. A favor del orden prosperó el comercio, se establecieron fábricas, y progresó la agricultura. La Irlanda, en fin, fue gobernada despótica y violentamente, pero en bien de la civilización y del poder, cesando de ser presa de la sed de oro de los empleados del fisco, y del dominio de una aristocracia ignorante y egoísta.

Menos fuerte Laud en Inglaterra por falta de concentración que Strafford en Irlanda, y menos hábil por otra parte, no por esto dejó de observar una conducta análoga. Como encargado de la tesorería no sólo reprimió las dilapidaciones, sino que se aplicó a conocer en ella los ramos de la hacienda, y buscar los medios con que facilitar a los súbditos el pago de subsidios. Odiosas trabas y graves abusos se habían introducido en el régimen de las aduanas para provecho particular: Laud acogió las reclamaciones de los comerciantes, empleó sus ratos ociosos en oírlos, se ilustró acerca de los intereses comerciales, y desarraigó todo vejamen que nada producía al tesoro. Posteriormente, se confirió a su instancia el cargo de gran tesorero a Juxon, obispo de Londres, hombre, laborioso, moderado, y destructor de los desarreglos tan fatales a la corona como a los ciudadanos. Para servir al rey y a la iglesia creía Laud poder oprimir al

pueblo, y dar los más inicuos consejos; mas cuando no se trataba de aquellos objetos, inquiría la justicia y la defendía sin temor ni consideraciones.

Semejante gobierno justo y laborioso pero arbitrario, tiránico por necesidad y enemigo de responsabilidades era poco para el país y demasiado para la corte. Sólo a los favoritos es dable llevar a cabo tales máximas de gobierno, porque pueden neutralizar el encono de sus enemigos con el afecto de sus partidarios: Así obro Buckingham. Pero cualquiera que se proponga gobernar, ya por el despotismo, ya por las leyes, exclusivamente en bien del país y del pueblo, por fuerza debe acarrear el odio de los cortesanos. Esto le sucedió a Strafford y a Laud. Al aparecer el primero en Whitehall, causó una sonrisa irónica su elevación súbita y no se habló ya sino de los modales algo rústicos de un noble de provincia no conocido sino por su oposición en el parlamento. No tuvieron mejor acogida las costumbres austeras, y la pedantería de Laud. Ambos eran altivos, descuidados, poco complacientes y enemigos de intrigas: ambos aconsejaban la economía, y hablaban de negocios necesidades que interesan muy poco a los cortesanos. Aborreciéndolos la reina porque contrariaban su influencia en el ánimo del rey; la alta aristocracia se ofendió de su poder, y no tardo la corte entera en unirse al pueblo para atacarlos, clamando como él contra la tiranía.

Carlos no los abandonó; tenía confianza en su adhesión y tino, le convenían sus máximas, y miraba la profunda piedad de Laud con un respeto mezclado de afecto. Pero, valiéndose de sus servicios no tenía firmeza para darles preponderancia sobre los cortesanos. Mesurado en sus sentimientos y vida exterior, pecaba el monarca por ligereza e inhabilidad en comprender las dificultades del absolutismo, y la necesidad de sacrificárselo todo. Eran tales en sentir suyo los derechos de la majestad, que le parecía que nada debía costarle esfuerzo. Ocupábase con atención en el consejo sobre los negocios públicos; pero

una vez llenado este deber no volvía a pensar en ellos, y la necesidad de gobernar ejercía en su ánimo menos imperio que el placer de reinar. El humor de la reina, las costumbres de la corte, las prerrogativas de los oficiales de palacio, le parecían importantes consideraciones que no debía olvidar por sus intereses políticos. Pero ahí se originaban para sus ministros unas continuas, si bien tenues dificultades en que por último sucumbían, pues el rey creía hacer lo bastante con mantenerlos en sus sillas. Tenían encargo de ejercer el poder absoluto, y les faltaban fuerzas en cuanto reclamaban algún sacrificio doméstico, alguna medida contraria a los estilos de Whitehall. Todo el tiempo que permaneció Strafford en el gobierno de Irlanda, tuvo casi que consumirlo en explicaciones y apologías: una vez se le acusaba de haber hablado ligeramente de la reina; otra vez tenía que contestar a las quejas de algún magnate que se querellaba de su altivez; debía justificar sus palabras, sus modales y su carácter; desde Dublín le era forzoso acudir a desvanecer los rumores del palacio de Londres y nunca obtenía una aprobación que le asegurase del todo, ni pusiera en estado de desarrollar sin temor su autoridad.

De este modo a pesar de la energía y celo de los consejeros, de la tranquilidad pública, y de la dignidad del monarca, el gobierno carecía de vigor y de prestigio. Víctima de disensiones interiores, dominado a la vez por influencias contrarias, ya sacudiendo el yugo de las leyes, ya cediendo a débiles manejos, no seguía ningún plan, y olvidaba a cada momento sus propios designios. Había abandonado en Europa la causa del protestantismo, y aún prohibido al lord Soudamore, su embajador en París, asistir al Oficio Divino entre los reformistas, encontrándolo poco conforme con los ritos de la iglesia anglicana. Permitía no obstante el marqués de Hamilton levantar en Escocia un cuerpo de seis mil hombres para combatir a su cabeza bajo las banderas de Gustavo Adolfo, sin prever que volverían poseídos de

los sentimientos y creencia de los mismos puritanos proscritos por aquella iglesia. La fe de Carlos para con la religión reformada, obra de Enrique VIII e Isabel, era sincera, y con todo, bien fuese por ternura, a su esposa, bien por espíritu de moderación y de justicia, o por instinto de absolutismo, concedía con frecuencia a los católicos, no sólo una libertad entonces ilegal, sino un favor casi decidido. El arzobispo Laud, tan sincero como su dueño, escribía contra la corte de Roma, predicaba contra el culto de la capilla de la reina y al propio tiempo se demostraba tan favorable al sistema de la iglesia romana, que el papa le hizo ofrecer el capelo (agosto 1633). Igual incertidumbre e inconsecuencia se echaba de ver en los negocios civiles. No se reconocía ningún designio firme, ningún impulso poderoso. Brillaba con fausto el despotismo, y dominaba a veces con rigor; pero para cimentarlo era preciso mayor esfuerzo y perseverancia: ni siquiera pensaron en semejante cosa, y así puede decirse que no hubo proporción entre sus medios y sus aspiraciones. El tesoro era administrado con orden y probidad; el monarca no podía ser tachado de pródigo: y a pesar de eso los embarazos pecuniarios eran los mismos que si hubiese habido prodigalidad y dilapidaciones: del mismo modo que Carlos había rehusado con altivez ceder al parlamento para obtener subsidios, así también hubiera tenido a mengua reducir sus gastos al nivel de sus rentas^[13]. El esplendor del trono, los regocijos, las antiguas costumbres de la corona, eran a su ver condiciones, derechos, y casi deberes de la monarquía: frecuentemente ignoraba los abusos, y otras veces sabiéndolos no tenía valor para reformarlos. Así fue que, aunque por la paz se vio libre de todo gasto extraordinario, no pudo cubrir las necesidades de su gobierno. Prosperaba el comercio inglés, la marina mercante, cada día más numerosa y activa, solicitaba la protección de la armada. Prometíala Carlos con confianza, y aún hacía de tiempo en tiempo algún esfuerzo solemne para cumplir su palabra; pe-

ro comúnmente faltaban escoltas para los convoyes, aparejos para los buques, y sueldo para los marinos. Los piratas berberiscos pasaban al canal de la Mancha y hasta el de San Jorge, infestando las costas de la Gran Bretaña: desembarcaban, saqueaban las aldeas, y se llevaban millares de cautivos. El capitán Gainsborough, encargado de pasar a la costa de Marruecos a destruir una de sus guaridas, encontró trescientos setenta esclavos ingleses e irlandeses, y era tal la impotencia e imprevisión de la administración, que Strafford se vio obligado a armar a su costa un buque para defender el puerto mismo de Dublín.

Tantos peligros y torpeza no se escapaban a la penetración de los hombres instruidos. Los ministros extranjeros residentes en Londres lo participaban sus soberanos; y pronto, a pesar de la conocida prosperidad inglesa, se divulgó por Europa que el gobierno de Carlos era débil, imprudente y poco seguro. En París, en Madrid y en la Haya, fueron más de una vez tratados con desdén sus embajadores^[14]. Strafford, Laud, y otros consejeros sabían el mal, y buscaban algún remedio. El primero sobre todo, más atrevido por más hábil, luchaba con ardor contra los obstáculos: le inspiraba inquietudes el porvenir, y hubiera querido que el rey, gobernando con entereza y previsión, se hubiera asegurado una renta fija, arsenales bien provistos, plazas fuertes y un ejército. No había titubeado en convocar por sí el parlamento de Irlanda (1634), y bien fuese por el terror que inspiraba, o bien a causa de los servicios que había prestado al país, lo había convertido en dócil y muy útil instrumento de su poder. Pero Carlos le prohibió convocarlo de nuevo, puesto que así él como la reina temblaban al solo nombre de parlamento; y el temor de su soberano no permitió a Strafford dar a la tiranía apariencia de legalidad. Insistió, pero sin fruto, y se sometió al fin. Su energía servía a la flaqueza, y su previsión a la ceguera. Alguno de los mismos consejeros que opinaban como él, más egoístas o más convencidos de la inutilidad de sus

esfuerzos, se retiraban en cuanto veían oposición, dejándolo solo con Laud expuesto a las intrigas y a los odios de la corte.

Tan fría e inhábil tiranía requiere cada día un nuevo esfuerzo de despotismo. El de Carlos fue, sino el más cruel; el más inicuo que hubiese sufrido jamás la Inglaterra. Sin que le excusase ninguna necesidad pública, sin deslumbrar los ánimos con alguna ventaja colosal, sólo para complacer oscuras exigencias y antojos, desconoció y ultrajó los antiguos derechos y las aspiraciones de la época, despreciando las leyes y opiniones del país, al par que las promesas del mismo trono, ensayando al azar todo género de opresión, y adoptando por decirlo de una vez, las resoluciones más temerarias, y las medidas más ilegales, no para asegurar el triunfo de un sistema consecuente y temible, sino para sostener expedientes efímeros y un poder cada día más lleno de inconvenientes. Algunos sofistas consejeros, hojeando sin cesar los antiguos registros para descubrir ejemplos de alguna iniquidad olvidada, exhumaban por decirlo Así, olvidados abusos para erigirlos en derechos del trono. Otros agentes, a la vez menos discretos pero más osados, convertían esos supuestos derechos en nuevas y reales tiranías; y cuando se elevaba alguna reclamación, se encontraban entonces jueces vendidos, que declaraban haber efectivamente la corona poseído en otro tiempo tales prerrogativas. ¿Se dudaba una que otra vez de los jueces, y se quería asegurar el fallo?, a la mano estaban los tribunales excepcionales, la cámara Estrellada, la corte del Norte, jurisdicciones extraordinarias, con que poder suplirlos, y la complicidad de magistrados ilegales venía al socorro de la tiranía en cuanto no bastaban las apariencias de legalidad. Restableciéronse de este modo tributos desde mucho tiempo desusados, y se inventaron otros desconocidos; reaparecieron innumerables monopolios introducidos y abandonados por Isabel y por Jacobo I, constantemente rechazados por el parlamento, y hasta abolidos también momentáneamente por el mismo Car-

los. Semejantes monopolios al entregar a cortesanos o comerciantes privilegiados la venta exclusiva de la mayor parte de los géneros causaban grande vejamen al pueblo y acababan por último de irritarle con la inicua reparación de sus ganancias. La extensión de los bosques reales, abuso que muchas veces había hecho acudir a las armas a los antiguos barones ingleses, llegó a ser tal, que sólo la selva de Buckingham se extendió desde seis a sesenta millas de circuito, en tanto que eran castigadas con enormes multas las menores usurpaciones de los ciudadanos, entre ellos lord Salisbury, a quien se exigieron 20 000 libras. Varios comisionados recorrían los condados, disputando aquí los títulos de los poseedores de antiguos dominios de la corona, allá los emolumentos anexos a ciertos empleos, en este punto el derecho de los ciudadanos a levantar nuevos edificios, y acullá el de los labradores en querer cambiar en praderas sus campos de sembradura: su único objeto no era reformar abusos, a no vender a alto precio su continuación. Los privilegios y todo linaje de desarreglos eran únicamente objeto de un deshonesto mercado entre el rey y los que lo pagaban. La misma severidad de los jueces era un objeto de tráfico, pues bajo el menor pretexto condenaban al pago de multas enormes, que llenaban de terror a los súbditos, impeliéndoles a librarse de ellas anticipadamente a precio de oro. Decíase que los tribunales no tenían ya otra misión que atender a las necesidades del príncipe y arruinar a sus enemigos. En poco tiempo subieron las multas a seis millones en provecho del rey. Cuando el descontento era demasiado general en algún condado y los comisionados no se atrevían a ejercer tales procederes, se desarmaba a la milicia, y se enviaban tropas, cuya manutención y equipo corrían a cargo del país. Por no haber pagado lo que no se debía, se encarcelaba a los ciudadanos, soltándolos únicamente cuando pagaban mayor o menor parte según la fortuna, el crédito o las intrigas de los oprimidos. Multas, arrestos, juicios, gracias o rigores, todo

era arbitrario, ya contra los ricos porque podían pagar, ya contra los pobres porque en ello no se veía riesgo. Cuando la vehemencia de las quejas causaba algún recelo, entonces los mismos magistrados que las habían motivado se daban prisa a comprar a su vez la impunidad. En un acceso de despotismo insensato, había Strafford por algunas palabras imprudentes, condenado a muerte a lord Mountnorris, y no obstante no haber recibido ejecución la sentencia, sólo su lectura había suscitado en contra del autor de semejante arbitrariedad toda la Irlanda, el voto general de Inglaterra y hasta el consejo mismo del rey. Para apaciguar los ánimos envió a Londres seis mil libras esterlinas para repartir entre los principales consejeros. «He tomado un camino más recto», le contestó lord Cottington, anciano y hábil cortesano a quien había encargado la distribución; «he dado la suma al que podía hacerlo todo», es decir al mismo rey. A este precio obtuvo Strafford, no sólo verse libre de todo cargo, sino también el permiso de repartir entre sus favoritos los bienes del que había condenado a su antojo.



ARZOBISPO LAUD

Tal era el efecto de las necesidades de Carlos, y sus temores le hicieron pasar mucho más allá de sus necesidades. A pesar de su presuntuosa ligereza, se sentía débil alguna vez, y buscaba apoyos. Hizo algunas tentativas para volver a la alta aristocracia la fuerza que había perdido. So pretexto de cortar la disipación, recibieron los gentilhombres de provincia orden de residir en sus dominios, puesto que era temida su afluencia en Londres. La cámara Estrellada tomó a su cargo el miramiento debido a los grandes. La menor falta de atención, una inadvertencia en que pudiera prometerse falta de consideración a su categoría, se castigaba con enormes multas en provecho del rey

y del ofendido. Se quería hacer de los cortesanos una clase poderosa y respetada; mas estas tentativas no tuvieron éxito, ya porque aparecieron inútiles, ya porque el recuerdo de los antiguos barones inspirase aún al rey alguna desconfianza. Algunos en efecto tomaban partido entre los descontentos, y sólo estos gozaban de crédito en el país. Continuóse humillando a los simples gentilhombres ante los magnates; pero era preciso buscar una corporación que, si bien fuerte por sí misma, tuviese que depender en parte de la corona, tomando parte en el poder absoluto para sostenerle: desde mucho tiempo solicitaba esta misión el clero anglicano, y al cabo le fue concedida.

La iglesia de Inglaterra, emanada en su origen de la sola voluntad del soberano, perdió por ello toda independencia, carecía ya de misión divina, y no subsistía por su propio derecho. Los obispos, extraños al pueblo que ya no los elegía, y separados del papa y de la iglesia universal que era en otro tiempo su apoyo, no eran más que unos delegados del príncipe, y sus primeros súbditos: falsa situación para un cuerpo encargado de representar lo que existe más independiente y elevado en el hombre: la fe. Ya desde su origen conoció aquella iglesia este vicio de su creación, pero, sus propios peligros y la mano de hierro de Enrique VIII y de Isabel, no la permitieron dar un paso por su bien. Atacada a la vez por los católicos y los no-conformistas, todavía vacilante en sus posesiones como en sus doctrinas, se entregó sin reserva al poder temporal, profesando su propia dependencia, y aceptando la supremacía absoluta del poder, única que podía salvarla de sus enemigos.

A últimos del reinado de Isabel, algunos síntomas aislados anunciaron de parte de aquel clero algo más elevadas pretensiones. El doctor Brancroft, capellán del arzobispo de Canterbury, sostuvo que el obispado no era institución humana, que no había sido otro desde los apóstoles el gobierno de la iglesia, y que los derechos de los obispos procedían de sólo Dios y no

del soberano temporal. Este nuevo clero empezaba a creerse más fuerte y probaba a dar un paso hacia su emancipación; pero la tentativa, probada tímidamente, fue rechazada con orgullo: Isabel revindicó la plenitud de su soberanía espiritual, repitiendo a los obispos que su existencia dependía de su voluntad; el mismo arzobispo de Canterbury se contentó con decir, que le sería muy grato que el doctor tuviese razón, pero que no se determinaba a creerlo. Pronuncióse vivamente el pueblo por la reina, puesto que aspiraba sólo a extender la reforma, y sabía que con ser independientes los obispos no emanciparían la fe del poder temporal, y si sólo oprimirían en su propio nombre.

Nada se decidió bajo Jacobo I. Egoísta y artificioso, nada se le daba de agravar el mal, con tal de eludir el peligro. Sostuvo la supremacía, concediendo no obstante a los obispos tanto favor y robusteciendo de tal suerte su imperio con perseguir a sus enemigos, que su confianza y su vigor tomaron incremento de día en día. Ardientes en proclamar el derecho divino del trono, no se descuidaron en hablar cuanto antes. Del suyo propio; lo que Brancroft había insinuado tímidamente llegó a ser una opinión profesada por todo el alto clero, sostenida en muchos escritos y predicada en el recinto de los templos. Aquel doctor fue nombrado arzobispo de Canterbury. Cada vez que hacía el rey ostentación de su prerrogativa, se inclinaba respetuosamente el clero; pero pasados estos actos de acatamiento momentáneo, repetía sus pretensiones, valiéndose de ella contra el pueblo para excusarse ante el monarca, mostrándose siempre más adicto al absolutismo, y aguardando el momento en que a éste le fuese necesario reconocer la independencia del clero para pedir en cambio el apoyo de la iglesia.

Creyó que había llegado ya la hora cuando Carlos disolvió el parlamento, y quedó solo en el gobierno buscando doquier medios de llevar a cabo su despotismo. Aquel clero había recobrado inmensas riquezas y las poseía pacíficamente: ya no le inspi-

rabán alarmas los papistas: Laud, primado de la iglesia, tenía toda la confianza del monarca, y dirigía en persona los negocios eclesiásticos. Entre los demás ministros ninguno cuidaba de poner trabas al clero, como lo había hecho Burleigh en tiempo de Isabel: la corte era indiferente, o tal vez papista en secreto. Contaba la iglesia con hombres doctos, y en la universidad de Oxford eran preconizadas sus máximas. Sólo quedaba un contrario, el pueblo, cada día más descontento de una reforma incompleta, y más decidido a consumirla. Mas este contrario lo era también del trono, y reclamaba a un tiempo la fe evangélica y la libertad para garantir lo uno con lo otro. Un mismo riesgo amenazaba la soberanía de la corona y la del episcopado. El rey, sinceramente piadoso, parecía dispuesto a creer que no era sólo su poder el que procedía de Dios y era sagrado, sino también el de los obispos. Jamás se habían reunido tantas circunstancias favorables para poner al clero en estado de conquistar a la corona la independendencia, y lograr poderío sobre el pueblo.

Dedicóse a ello Laud con su acostumbrada violencia. Era ante todo forzoso hacer cesar en el seno de la iglesia toda disidencia, y dar a su doctrina, a su disciplina y a su culto el vigor de la uniformidad. A todo se arrojó para lograrlo. El poder fue exclusivamente concentrado en manos de los obispos. El tribunal de alta comisión, donde conocían y decidían en punto a materias religiosas, se volvió cada día más arbitrario y más duro en los castigos. Exigióse rigurosamente a todos los eclesiásticos la completa adopción de los cánones anglicanos, y la minuciosa observancia de los ritos en las catedrales. Ocupaban los reformistas muchos curatos, y se les separo de ellos; oía el pueblo con fervor sus sermones; se les prohibió la predicación. Despedidos de sus templos, despojados de sus rentas, vagaban de ciudad en ciudad, enseñando y predicando a los fieles que se reunían en algún solitario recinto; también fueron perseguidos en estas últimas trincheras.

Los nobles provinciales, los ciudadanos, las familias ricas y adictas a sus creencias, los nombraron capellanes de sus casas o ayos de sus hijos; hasta aquí llegó la persecución. Los proscritos dejaron la Inglaterra, se reunieron en Francia, en Holanda y en Alemania, y fundaron templos; también el despotismo pasó los mares, y obligo a aquellos ministros a conformarse con el rito anglicano. Muchos fabricantes de varios países se habían establecido en Inglaterra después de obtener cartas que les aseguraban el libre ejercicio de su culto; invalidáronseles estos derechos, y la mayor parte abandonaron su nueva patria; la sola diócesis de Norwich perdió tres mil de aquellos laboriosos huéspedes. Despojados así injustamente los no-conformistas, ocultos o fugitivos, todavía se dedicaron a escribir para defender o propagar sus doctrinas; pero la censura prohibió publicar nuevos libros y persiguió los antiguos. Aún más, se prohibió absolutamente tratar en ningún punto las cuestiones que traían agitados los espíritus. Las quejas eran generales, ya sobre los dogmas, ya sobre la disciplina, así en punto a los misterios del destino humano, como acerca del culto público; mas la iglesia anglicana no quería tolerar la diversidad de ceremonias ni admitir cuestiones. Lamentábase el pueblo de no oír ya hablar a los hombres que apreciaba, y de ver prohibido lo que le era grato. Algunos no-conformistas moderados o tímidos para calmar alarmas y no separarse de su rebaño, ofrecían someterse en parte, reclamando a su vez algunas concesiones en punto a la doctrina o ceremonias. Se les contestaba, ya que eran importantes las prácticas exigidas y que era forzoso obedecer, o ya que eran insignificantes y que convenía ceder. Acosados hasta el extremo, resistían con tesón, pero eran insultados y condenados por los tribunales eclesiásticos. Se les tuteaba, se les llamaba *locos*, *idiotas*, etc., y en cuanto iban a defenderse o excusarse se les imponía silencio: tal era el trato que recibían de los obispos y de los jueces. Si renunciaban a presentarse a predicar

o a escribir, no por esto dejaba de perseguirlos la tiranía con refinada obstinación y de un modo imposible de prever o evitar. Workman, ministro en Gloucester, había sostenido que los ornamentos y pinturas de los templos, eran restos de idolatría; por ello fue encarcelado. Poco antes la ciudad de Gloucester le había concedido una renta de veinte libras esterlinas; se abolió esta, y los municipales por su concesión fueron perseguidos y condenados a una fuerte multa. Cuando se vio en libertad abrió Workman una pequeña escuela, mas Laud la hizo cerrar. Para poder vivir, se hizo médico; pero se le prohibió también el uso de la medicina: estas persecuciones le arrebataron el juicio y la vida.

Entretanto las pompas del culto católico se encerraban en las iglesias particulares, y mientras que la persecución alejaba de ellas a los fieles, se decoraban con magnificencia. Su consagración se hacía con fausto, y enseguida se recurría al temor para atraer concurso. Complaciase Laud en detallar nuevas ceremonias. De parte de los no-conformistas, la menor invocación era castigada como un crimen; mas Laud las hacía casi a su antojo. Mudaba la distribución interior de las iglesias, las formas del culto, prescribía prácticas desconocidas y alteraba las ceremonias mismas ordenadas por el parlamento; todo para lograr solamente que la iglesia anglicana se pareciese más a la romana. La libertad que gozaban los papistas, y las esperanzas a que se entregaban, traían más agitado al pueblo. Se publicaban libros para probar que la doctrina de los obispos ingleses podía acomodarse a la de Roma, y estos libros eran tolerados abiertamente dedicándolos al rey o a Laud. Los teólogos adictos a éste, profesaban sin peligro máximas análogas, mientras que los predicadores populares se humillaban o resistían en vano para conservar algún derecho de escribir y de hablar. De este modo se hacía más probable el próximo triunfo del papismo, y esta opinión se generalizaba. La hija del duque de Devonshire se hi-

zo católica, y preguntándole Laud qué razones la habían obligado a ello, contestó: «No me gusta ir detrás de la muchedumbre; veo que vos y otros muchos os dirigís hacia Roma, y me apresuro a llegar antes y sola».

Pensando Laud haber afianzado el esplendor y la dominación exclusiva del episcopado, se dedicó a asegurar su independencia. Temíase que sobre este punto encontraría resistencia en el rey; mas no fue así, y el derecho divino de los obispos vino a ser la doctrina del alto clero y del rey. El doctor Hall, obispo de Exeter, la desarrolló en un tratado que Laud revisó, y quitó las frases vagas y tímidas, y toda apariencia de duda. De los libros pasó esta doctrina a los hechos. Los tribunales de los obispos existían ya en su nombre, y no en el del rey; sus sentencias llevaban el sello episcopal; exigieron juramento directo de los administradores de fábricas, y se declaró que el arreglo de las universidades tocaba al metropolitano. No se abolió formalmente la supremacía del príncipe, más parecía que subsistiese sólo para servir de velo a las usurpaciones que debía destruir. Emancipándose así del poder temporal, la iglesia invadía al propio tiempo los negocios civiles, y extendía su jurisdicción a expensas de los tribunales ordinarios: nunca se habían sentado tantos eclesiásticos en los consejos del príncipe, ni ocupado los grandes cargos del Estado. Alguna vez los jurisconsultos, amenazados en sus intereses personales, clamaban contra tales abusos, pero eran desoídos, y llegaba a tanto la preponderancia de Laud que cuando procuró al obispo Juxon el empleo de gran tesorero, no pudo abstenerse de exclamar: «Ahora que la iglesia subsiste por si misma, ya no puedo hacer más: todo está consumado».

Al llegar a tal punto las cosas, ya no fue sólo el pueblo el irritado; también se alarmó parte al menos, de la nobleza. No podía dársele a semejante situación el solo nombre de tiranía; era equivalente a una revolución, que no contenta con ahogar la re-

forma popular, la desnaturalizaba, y comprometía lo que habían hecho los reyes y adoptado los magnates. Estos habían proclamado gustosos la supremacía y el derecho divino del trono, que al menos los libraba de toda otra dominación; mas ahora era forzoso que aceptasen también el derecho divino de los obispos, y que se humillaran ante la iglesia, cuyos despojos se habían repartido. Se exigía de ellos el acatamiento, y se les envidiaban las prerrogativas, al tiempo que a otros que habían sido inferiores suyos en otra época, se les permitía llamarse independientes: por esto creyeron en peligro su condición y sus fortunas.

El orgullo del clero era para ellos una ofensa a que desde mucho tiempo no estaban acostumbrados; oían rumores de que pronto llegaría el día en que un simple eclesiástico valdría tanto como el más estirado gentilhombre del reino y veían a los obispos o a sus protegidos invadir los empleos y los favores del trono, único bien que quedaba a la nobleza, en cambio de su antiguo esplendor, de sus libertades y de su poder. Carlos, si bien que sincero en su benevolencia al clero, se había prometido de su elevación un firme apoyo contra la mala voluntad del pueblo: pero pronto fue general el descontento.

Manifestábase entre las clases superiores por un tedio a la corte y una libertad de espíritu hasta entonces desconocida. Los más apreciados magnates se retiraron a sus estados para manifestar así su desaprobación. En Londres y junto al trono, penetró el espíritu de independencia en las reuniones en otro tiempo más frívolas. Desde el reinado de Isabel no era exclusivo de los profesores el gusto a las ciencias y a la literatura: la sociedad de los hombres eminentes de todos ramos, de los filósofos, los literatos, los poetas, los artistas, era buscada en la corte como un brillo nuevo, y entre los hombres de mundo como un pasatiempo, pero tales reuniones no se inclinaban a la oposición política, antes al contrario, se seguía en ellas la moda de

burlarse de la resistencia fanática de los no-conformistas conocidos con el nombre de puritanos. Festines, espectáculos, cuestiones literarias, adulaciones y esperanzas eran el único objeto de que se ocupaba aquella sociedad de que comúnmente el trono era centro y protector.

No fue así bajo el reinado de Carlos; continuaron las reuniones, pero se trató en ellas de asuntos más graves, y esto ignorándolo el poder. Los negocios públicos, las ciencias morales y los problemas religiosos fueron el texto de conversaciones brillantes, animadas y oídas con ardor por parte de los jóvenes que volvían de sus viajes después de haber estudiado leyes en París, y por parte de todos los hombres reflexivos cuya fortuna les permitía tener horas de distracción. Selden prodigaba su erudición; Chillingworth hablaba de sus dudas en punto a creencia; lord Falkland los admitía en su casa cuyos jardines eran comparados a los de la Academia. No se formaban allí sectas ni partidos; no hacían más que emitir opiniones libres. Sin interés ni plan, atraídos sólo del deseo de extender sus ideas y elevarse a sentimientos generosos, los hombres que así se reunían hablaban sin temor, y como idólatras de la justicia y de la verdad.

Abismándose unos en meditaciones filosóficas, buscaban las formas de gobierno que más respetaban la dignidad del hombre; los otros, jurisconsultos en su mayor parte observaban los actos ilegales del rey y de sus consejos; los teólogos, en fin, por profesión o por gusto, estudiaban los primitivos tiempos del cristianismo, sus creencias y su culto, y los comparaban a la iglesia que Laud se esforzaba a fundar. No los unían pasiones y peligros comunes, ni principios y objetos determinados, pero estaban acordes en detestar la tiranía, en despreciar la corte, en desear el parlamento, y en anhelar una reforma que no esperaban, no obstante ver en ella el término de sus congojas y el cumplimiento de sus deseos.

Mas lejos de la corte, entre individuos de condición menos elegante o espíritu menos cultivado, los sentimientos eran más vehementes, las ideas más pronunciadas y las opiniones más exigentes y apasionadas. En la media y baja nobleza era extremado sobre todo el odio contra la tiranía. La decadencia de la alta aristocracia y del régimen feudal había amortiguado entre los gentilhombres la diversidad de rangos: todos se miraban como descendientes de los conquistadores de la Carta, y se indignaban de ver sus personas y sus fortunas dependientes del antojo del rey o de sus consejeros, cuando sus ascendientes habían en otro tiempo hecho la guerra y vencido a su soberano. No los preocupaba ninguna teoría filosófica, ninguna distinción entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, mas no podían apartar del pensamiento aquella cámara, cuyos miembros representaban a un tiempo la nobleza y el pueblo, la antigua coalición de barones y la totalidad de la nación: ellos eran los que habían defendido las libertades públicas; sólo a ellos era dable reconquistarlas; en el recuerdo de aquella cámara se renovaba la idea de todo el parlamento: la legitimidad y necesidad de su existencia era lo único en que todos convenían.

Tocante a la iglesia, la mayor parte de los gentilhombres no tenían designios sistemáticos o destructores; no les repugnaba el episcopado, pero les eran odiosos los obispos, sobre todo como fautores y apoyo de la tiranía. La reforma había proclamado la emancipación de la sociedad civil y abolido las usurpaciones del poder espiritual en negocios temporales; el clero anglicano quería apoderarse de lo que había perdido el de Roma: el voto general de la nobleza no era por lo tocante a este asunto sino que fuese reprimida la ambición, que no tuviese el papa sucesores, y que los obispos se dejasen del gobierno del Estado, y pensasen sólo en administrar según las leyes del país los asuntos religiosos de sus diócesis: bajo estas bases estaba dispuesta la nobleza a aprobar la constitución episcopal, con tal

que la iglesia no se entrometiese en el poder político ni en el derecho divino.

La clase media de las ciudades y muchos pequeños propietarios rurales, se adelantaban más en materias de religión dejándose dominar de una especie de fanatismo por la reforma, de un ardiente anhelo por adoptar sus consecuencias, y de un odio profundo contra cuanto tuviese analogía con el papismo. Decíase que sólo las usurpaciones romanas habían dado al traste con la sencillez y pureza primitiva de la iglesia. Por esto los apóstoles de la reforma se habían apresurado a abolir esta institución tiránica y esas pompas idólatras. Fue su norma el evangelio, y su modelo la iglesia primitiva. La Inglaterra sola persistía en el papismo; ¿era acaso menos duro el yugo de los obispos, más evangélica su conducta o menos arrogante su orgullo? Ni más ni menos que Roma sólo pensaban en dominar y en enriquecerse; como ella temían la predicación, la austeridad de costumbres y la libertad de orar a su modo; querían sujetar a inmutables y minuciosas formas los arranques de las almas cristianas, y por eso sustituían a la sencillez sublime de la palabra de Dios el aparato mundano de las ceremonias.

Si deseaban el domingo entregarse los cristianos a piadosos ejercicios, el ruido de las calles, los juegos, los bailes, toda clase de desórdenes insultaban su recogimiento. Y no se contentaban los obispos con permitir al pueblo estos profanos pasatiempos, sino que los aconsejaban y casi los prescribían, temerosos de que se entrometiera en cosas más santas. Si había en sus diócesis algún timorato a quien ofendiesen algunas prácticas de la iglesia, le prescribían imperiosamente la observancia de la ley; si otro era muy observante lo atormentaban con innovaciones; si era humilde lo abrumaban, y si altivo, le hostigaban hasta hacerle prevaricar.

Tales eran en su modo de ver en todas partes las máximas, las costumbres y las pretensiones de los enemigos de la verda-

dera fe. Y este abandono del evangelio, esta opresión contra los más celosos fieles, sólo llevaba por objeto sostener un poder que los libros santos no conferían a nadie y que fue desconocido de los primeros fieles. Pretendíase que el episcopado fuese abolido, que todos los ministros fuesen iguales y simples predicadores del evangelio, para que se pudiese decir: esta es la verdadera religión de Cristo; entonces no habría idolatría ni tiranía, y consumada ya la reforma ningún temor podría tenerse al papismo que de lo contrario se iba adelantando a pasos agigantados.

Cuando el pueblo, en el seno del cual fermentaban oscuramente estas ideas, las vio adoptadas por muchos ricos influyentes, que eran naturalmente sus patronos, se entregó a una confianza, que sin estallar en sedición, cambió a poco el estado y el aspecto del país. Desde 1582 a 1616, algunos no-conformistas se habían separado de la iglesia anglicana, y formado con el nombre de *Brownistas* e *Independientes*, tan célebres poco después, algunas sectas que se negaban a todo gobierno general de la iglesia, y proclamaban el derecho de cada congregación de fieles a arreglar por sí su culto, según los principios puramente republicanos. Desde esta época habían sido instituidas otras muchas congregaciones particulares análogas; pero contaban pocos prosélitos, eran pobres y casi tan ignoradas de la nación como de la iglesia. Sus sectarios, expuestos sin defensa a la persecución en cuanto eran descubiertos, huían comúnmente a Holanda. Pero, pronto la memoria de su patria luchaba en su corazón con la necesidad de ser libres; poníanse entonces de acuerdo con los amigos que habían dejado y juntos iban a buscar otra patria en regiones desconocidas, pero que perteneciesen a la Inglaterra, y donde sólo morasen ingleses.

Los más acomodados vendían sus bienes, compraban un barquichuelo, algunas provisiones e instrumentos de labranza, y guiados por uno de sus ministros, pasaban a Holanda a reu-

nirse a sus compañeros para dirigirse después a la América septentrional donde se dedicaban a algunos ensayos coloniales. Rara vez el buque podía abarcar a todos los pasajeros que acudían a la orilla del mar y al paraje en que estaba anclado: allí, el ministro que debía quedarse predicaba un sermón de despedida; el que partía le contestaba con otro; oraban, se abrazaban, y mientras los unos se daban a la vela, los otros volvían a esperar todavía en medio de un pueblo extranjero la ocasión y los medios de ir a reunirse con sus hermanos. Muchas expediciones de esta especie tuvieron lugar sucesivamente y sin obstáculo merced a la oscura condición de los fugitivos. Pero, de improviso, (en 1637), supo el rey que se repetían cada vez con más frecuencia, y que uniéndose a ellas ciudadanos influyentes, se llevaban consigo cuantiosas riquezas, habiendo ya salido del país, según se decía, unos doce millones.

Ya no abrumaba sólo la tiranía a oscuros y débiles sectarios; sus opiniones habían tomado incremento, y sus sentimientos reinaban entre las mismas clases que no habían abrazado su creencia. Así era que por distintas causas se había hecho tan odioso el gobierno, que para huir de él abandonaban su patria millares de hombres de distinto rango, fortunas e intenciones. Un decreto del consejo prohibió estas emigraciones, precisamente cuando ocho buques surtos en el Támesis, estaban a punto de partir: en uno de ellos se habían embarcado Pym, Haslerig, Hampden y Cromwell.

Muy mal hacían en huir de la tiranía cuando el pueblo empezaba a desafiarla: al descontento se había seguido la fermentación. Ya no se pensaba sólo en restablecer el orden legal ni en abolir el régimen episcopal. A la sombra del inmenso partido que meditaba esta doble reforma, se agitaban un sin número de sectas más ardientes y de opiniones más osadas. De todos lados se separaban de la iglesia pequeñas congregaciones, tomando por símbolo ya tal o tal otra interpretación de algún dogma, ya

tal o tal práctica, ora la destrucción de todo gobierno eclesiástico, ora la absoluta independencia de los fieles y el solo recurso a las inspiraciones del Espíritu Santo. El ardor se hacía por todas partes superior a los temores. A pesar de la activa inquisición de Laud, se reunían toda suerte de sectarios en los subterráneos de las ciudades, en las quintas o en medio de los bosques. La tristeza del lugar, el peligro y la dificultad de la reunión, todo contribuía a enardecer la imaginación de los predicadores y de los oyentes. Pasaban juntos largas horas, muchas noches enteras orando, cantando, invocando al Señor y maldiciendo a sus enemigos.

Poco importaba a la seguridad y al crédito de estas asociaciones fanáticas la ligereza de sus doctrinas y el corto número de sus partidarios: las protegía el resentimiento general del país. Pronto, sin reparar en creencias ni designios, dispensó el favor público tal confianza a los no-conformistas, que ya no titubearon en distinguirse por sus hábitos y modales, profesando así abiertamente sus opiniones. Vestidos de negro, casi rapada la cabeza, y cubierta con un sombrero alto y de anchas alas, fueron objeto de la admiración de la muchedumbre que les dio el nombre de santos. Aumentóse su crédito hasta tal punto, que a pesar de la opresión, se declaraban en su favor los más hipócritas. Los comerciantes arruinados, los jornaleros faltos de trabajo, los hombres empobrecidos por sus prodigalidades o por deudas, todo aquel que tenía necesidad de volver a ganar la estimación pública, tomaba el aire y el lenguaje de los santos, y pronto obtenía protección de una credulidad apasionada. Menos general y tumultuosa la agitación en punto a política, no dejaba por esto de ir tomando incremento. En el seno de las clases inferiores, ya por afecto de nuevas necesidades, o por espíritu de nuevas creencias, empezaban a circular ideas de una igualdad hasta entonces desconocidas.

En una esfera más elevada, algunos espíritus fuertes y altivos detestaban la corte, despreciaban la influencia de las antiguas leyes, y se entregaban con ardor a la libertad del pensamiento, ideando en la soledad de sus lecturas y en sus secretas conferencias instituciones más sencillas y eficaces. Agitados otros de pretensiones menos puras, desconociendo toda fe, cínicos por costumbre, y entrometidos por antojo o por casualidad entre los descontentos, aspiraban a un sacudimiento que abriese algún respiradero a su ambición, o cuando menos los emancipara de todo yugo. El fanatismo y la licencia, la verdad y la hipocresía, el respeto y el desprecio hacia las antiguas instituciones, y las necesidades y los deseos descabellados, todo concurría a fomentar la cólera nacional, todo se aunaba contra un poder cuya tiranía quería abrumarlo todo a la vez, en tanto que su imprudencia y poco nervio daban actividad y confianza a las más impotentes facciones, y a los más osados proyectistas.

El rey y su consejo no conocieron por algún tiempo este progreso del odio público. El gobierno, extraño a la nación, y no encontrando resistencia efectiva, seguía a pesar de sus dificultades confiado y orgulloso. Para justificar su conducta hablaba frecuentemente con énfasis del mal espíritu que se iba propagando; mas su momentáneo temor no le hacía más prudente, de manera que a un mismo tiempo temía y despreciaba a sus enemigos. No le inspiraba tampoco más cautela la misma necesidad de tener que agravar cada día la opresión, antes por el contrario se complacía en los nuevos rigores a que le era forzoso recurrir.

Sin embargo en 1636 circularon muchos folletos contra el favor concedido a los papistas, contra el desarreglo de los cortesanos, y sobre todo contra la tiranía de Laud y de los obispos. Anteriormente había ya la cámara Estrellada castigado severamente tales publicaciones, pero nunca habían sido tan numerosas, tan violentas ni el público las había recibido con tanto

anhelo. Se esparcieron por las calles de las poblaciones, los contrabandistas las traían de Holanda a millares, procurándose ganancias cuantiosas, y eran comentadas en los templos que Laud no había podido purgar enteramente de predicadores puritanos. Indignado de la inutilidad de su rigor, el consejo resolvió aumentarlo. Un jurisconsulto, un teólogo, y un médico, Prynne, Burlon y Bastwick, fueron a un tiempo citados ante la cámara Estrellada. Se quiso por de pronto acusarlos de alta traición, a lo que se hubiera seguido la pena capital; mas los jueces declararon que hasta este punto no podía extenderse el sentido de la ley ni el de los escritos, y fue forzoso contentarse con acusarles de simple traición o felonía.

La iniquidad de la sumaria fue igual a la barbarie de la sentencia. Se intimó a los acusados que se defendiesen sin retardo, y que de no, se tendrían por confesos. Respondieron que no podían escribir su defensa, porque se les había rehusado papel, tintero y plumas. Se les proporcionó todo esto, mandándoles hacer firmar su defensa por un defensor; pero durante muchos días se le prohibió a éste la entrada de la cárcel. Introducido al fin, rehusó el abogado firmar la defensa, temiendo comprometerse; lo mismo hicieron los demás. Pidieron los presos que se les permitiese a ellos mismos firmarla; pero les fue negado repitiéndoles que si no la firmaba un abogado se tendrían por confesos. «Milores, dijo uno de ellos, nos pedís un imposible». Se les renovó la intimación, y la vista de la causa empezó por un insulto grosero.

Cuatro años antes, a causa de otro folleto, se le habían cortado a Prynne las orejas: «Yo creía, dijo lord Finch mirándole, que Prynne no tenía ya orejas, pero veo que todavía las puede presentar». Y para complacer la curiosidad de los jueces, un esbirro se acercó al acusado, le aparto los cabellos y enseñó sus orejas mutiladas. «Milores, dijo Prynne, no os ofendáis; sólo pido a Dios que os de orejas para que me oigáis».

Fueron condenados a la argolla, a que se les amputaran las orejas, a 5000 libras esterlinas de multa, y a encierro perpetuo. El día de la ejecución (30 junio 1637) se reunió una muchedumbre inmensa; y como quisiese alejarla el verdugo:

—No hagáis tal —le dijo Burton—, deben aprender a sufrir.

No insistió el turbado verdugo.

—Querido señor —dijo, una mujer a Burton—. Este es el mejor sermón que habéis predicado en vuestra vida.

—Así lo espero —respondió—, y quiera Dios que convierta a los Asistentes.

Un joven se puso pálido al mirarle:

—Hijo mío —le dijo Burton— ¿por qué estás pálido? Mi corazón no está débil, y si necesitase vigor, Dios me lo concedería.

Aumentábase el gentío; cierto sujeto dio un ramo de flores a Bastwich, y vino a pesar en él una abeja: «Mirad, dijo, esa pobre abeja, hasta la picota viene a chupar la miel de las flores: ¿por qué no podré yo también catar la miel de Jesucristo?». «Cristianos, dijo Prynne, si no hubiésemos mirado por nuestra propia libertad no estaríamos aquí; por la vuestra hemos comprometido nuestro bienestar; sed fuertes y fieles a la causa de Dios y del país; de otro modo, vosotros y vuestros hijos os sumiréis en una entera esclavitud». Resonaron en la plaza los más solemnes aplausos.

Algunos meses después se renovó la misma escena alrededor del cadalso, donde por la misma causa se fulminó igual pena contra Lilburne. Aún fue más viva la exaltación del condenado y la del pueblo. Atado tras de un carro, y azotado por el verdugo a través de las calles de Westminster, no cesó el reo de exhortar a la muchedumbre. Atado a la picota, siguió perorando; en vano se le intimó que callase, y se le puso una mordaza. Sacando entonces folletos de sus faltriqueras los echó al pueblo,

que los recogió con ardor, hasta que lo maniataron. Inmóvil y silencioso, lo contemplo admirado el gentío. Varios jueces de los que lo habían condenado observaban desde una ventana su constancia que por último llegó al extremo de cansar su curiosidad.

Hasta aquí sólo fueron mártires populares: ninguno era distinguido por su nombre, por sus talentos o riquezas; por el contrario algunos gozaban muy poca consideración, y sus opiniones eran las de las sectas fanáticas que sólo tenían partidarios entre la muchedumbre. Envanecida esta con su valor, no tardó en acusar de debilidad y apatía a las clases superiores: «Hoy día, decían, el honor que residía en la cabeza, ha bajado a los pies como la gota». Mas no era Así, porque la nobleza provincial y los pudientes estaban no menos indignados que el pueblo; pero más previsores y menos acalorados aguardaban alguna gran coyuntura, alguna fundada esperanza de buen éxito. Conmovióles aquel rumor, y empezaron a tener confianza. Era llegado ya el momento en que conmovida la nación entera, no necesitaba más que jefes conocidos, graves e influyentes, que resistieran no al modo de aventureros o sectarios, sino solemnemente en nombre de los derechos y de los intereses de todo el país.

John Hampden, gentilhombre del condado de Buckingham, dio la señal de esta resistencia nacional. Muchos lo habían probado antes en vano, rehusando pagar el impuesto sobre los buques, pidiendo que entendiera de la queja el tribunal del rey, y que se les admitiese a sostener en causa solemne la ilegalidad del impuesto y su legítima negativa; pero la corte logró constantemente eludir esta cuestión. Hampden supo obtenerlo. Si bien que en 1626 y 28 había ocupado en el parlamento los bancos de la oposición, no por esto se había atraído la desconfianza de la corte. Desde la última disolución había vivido pacíficamente, ora en su condado, ora viajando por Inglaterra y Esco-

cia, observando doquier la disposición de los ánimos, entrando en numerosas relaciones, y sin comprometerse con manifestar su opinión. Poseedor de una fortuna inmensa, gozaba de ella sin fausto: hombre de sencillas y graves costumbres, sin austeridad, antes bien afable y risueño, era tenido por hombre discreto, contrario al sistema dominante, pero no fanático. Por esto los magistrados del condado contemporizaban con él. En 1636 le impusieron en la repartición del subsidio la corta suma de veinte chelines, sin duda con la esperanza de que tan módica cantidad le retraería de toda reclamación.

Hampden se negó al pago, pero sin ruido, y tratando sólo de que por su causa se juzgasen solemnemente los derechos país. En la cárcel fue su conducta igualmente tranquila y reservada: sólo pedía ser juzgado, representando que el mismo rey estaba interesado en resolver tal cuestión. Envanecido el monarca con haber obtenido recientemente de los jueces la declaración de que en caso de necesidad por bien del reino podía ser legal el subsidio sobre los buques, se dejó persuadir por último y concedió a Hampden el honor del combate. Los abogados de éste defendieron su demanda con la moderación que lo hubiera hecho él mismo, hablando con profundo respeto del rey y de su prerrogativa, huyendo de la declamación, de todo principio peligroso, y afianzándose sólo en las leyes y en la historia del país. Uno de ellos, Holborne, llegó a interrumpirse muchas veces, rogando al tribunal que le perdonase la energía del raciocinio, y le advirtiese si traspasaba los límites prescritos por el miramiento y la ley. Los mismos abogados de la corona alabaron la modestia de Hampden. En fin, durante trece días que duró la causa, en el seno de un pueblo agitado, se discutieron las leyes fundamentales del país, sin acaloramiento, y sin que se pudiese tachar de sediciosos a los defensores de la libertad.

Hampden fue condenado, pues sólo cuatro jueces votaron a su favor. Tomólo el rey a triunfo decisivo que sancionaba el po-

der arbitrario. Concibió el pueblo la misma idea, y ya no esperó nada de los magistrados ni de las leyes. Pero aquél se alucinó, puesto que éste al perder la esperanza, sintió nacer el impulso del propio denuedo. El descontento, hasta entonces dividido, fue unánime: los gentilhombres, los ciudadanos, los arrendatarios, los comerciantes, los presbiterianos y sectarios, toda la nación se conmovió a esta sentencia. Sólo se hablaba de Hampden con ternura y orgullo, porque su destino era la imagen del país, y su conducta la gloria: Los cortesanos osaban apenas sostener la legitimidad de su victoria, y los mismos jueces se excusaban, casi confesando su cobardía. Callaban tristemente los ciudadanos pacíficos, y los espíritus osados se indignaban públicamente alegrándose en su interior por ver una causa de levantamiento. Pronto en Londres y en los condados, los descontentos encontraron jefes que se mancomunaron pensando en el porvenir. Doquier se tomaron medidas para entrar en relaciones y sostenerse mutuamente en caso de necesidad, formándose un partido, oculto todavía, pero adicto a la nación: aún no habían acabado el rey y su consejo de darse el parabién por su triunfo, cuando sus contrarios habían hallado ya ocasión y medios para obrar.

No bien pasado un mes de la condenación de Hampden, estalló en Edimburgo una violenta sedición, excitada por la introducción arbitraria de una nueva ceremonia. Desde su advenimiento al trono, a ejemplo de su padre, no había cesado Carlos de aplicarse a destruir la Constitución republicana que la iglesia de Escocia debía al calvinismo, y a volver el episcopado escocés, del cual subsistían aún algunos vestigios, a la plenitud de su esplendor y autoridad. Fraudes, rigores, amenazas y corrupción, de todo se había echado mano para lograr este designio. El despotismo había tomado la voz de la súplica: se había dirigido ya a la ambición de los eclesiásticos, ya a los intereses de los pequeños propietarios, ofreciendo a estos librarlos a po-

ca costa del diezmo, a aquellos dignidades y cargos públicos, y encaminándose siempre a un fin, pero por senderos lentos y tortuosos. De vez en cuando se aumentaba la alarma popular, y el clero nacional resistía; mas entonces se suspendían las asambleas, y se desterraba a los más osados predicadores. El parlamento muchas veces llegaba a titubear por espíritu de servilismo; se retardaban las elecciones, se cortaban las discusiones, y hasta se falsificaban las votaciones. La iglesia de Escocia, a través de los combates, ventajosos siempre para la corona iba pasando por grados al yugo de una jerarquía y de una disciplina casi conforme a la de la iglesia anglicana, y que consagraba como ya se ha dicho el absolutismo y el derecho divino de los obispos y del rey. En 1636 parecía que el plan tocaba a su término; el episcopado había recobrado ya su jurisdicción; el arzobispo de San Andrés era canciller del reino, y el obispo de Ross iba a ser nombrado gran tesorero: de catorce prelados los nueve tenían asiento en el consejo y preponderaban en él. Carlos y Laud creyeron que era tiempo de consumarlo todo, dando de golpe a esta iglesia, sin consultar al clero ni al pueblo, un código canónico y un culto correspondiente a su nuevo estado.



JOHN HAMPDEN

Pero en Escocia, a diferencia de Inglaterra, no había empezado la reforma por el antojo del príncipe y la humillación de la corte. Popular en su cuna, se había elevado al trono a despecho de los obstáculos, en vez de descender de él. Ninguna diferencia de sistema, de situación o de intereses, tenía divididos a sus partidarios, antes de común acuerdo durante una larga lucha habían aprendido a oponerse al poder y manejarlo a su antojo. Los predicadores escoceses podían envanecerse de haber sublevado a la nación, de haber sostenido la guerra civil, destronada una reina, y dominado a su rey hasta tanto que subiendo a un

trono extranjero había conseguido librarse de su predominio. Fuertes por la unidad y por el recuerdo de tantas victorias, entremetían osadamente en sus sermones, como en sus ideas, lo político con lo religioso, los asuntos del país con las controversias de la fe, y desde el púlpito censuraban la conducta de estos o de aquellos ministros, así como las costumbres de sus parroquianos. En su escuela había el pueblo aprendido la audacia del pensamiento y del lenguaje. No debiendo el triunfo de la reforma más que a sus esfuerzos, la idolatraba no sólo como creencia, sino como obra suya. Su máxima fundamental era la independencia espiritual de su iglesia, mas no la supremacía religiosa del monarca, y se creía con derecho y en estado de defender contra el papismo, la monarquía y el episcopado, lo que sin auxilio de éstos había conseguido establecer. Por algún tiempo humilló su valor la preponderancia que valió a sus reyes la elevación al trono de Inglaterra: de aquí procedieron los triunfos de Jacobo contra las doctrinas e instituciones presbiterianas que tuvo que acatar cuando simple rey de Escocia. Fácilmente se dejan alucinar los reyes tocante a la sumisión de los pueblos; así es que Carlos creyó vencida a la Escocia cuando aún no estaba más que tímida. A favor de su supremacía y del episcopado, abrumaba en Inglaterra la reforma popular, siempre combatida con ventaja por sus antecesores; también creyó poder destruirla en Escocia donde había reinado, donde era legalmente constituida, y donde la supremacía del trono sólo era reconocida del episcopado naciente y sin apoyo.

La tentativa tuvo un éxito que en otras ocasiones semejantes ha llenado de admiración y de dolor a los secuaces del despotismo: todo se desvaneció cuando iba a conseguirse el fruto. El restablecimiento del episcopado, la abolición de las antiguas leyes, la suspensión de las asambleas políticas o religiosas, en una palabra, cuanto pudo hacer lejos del pueblo, se logró. Mas cuando para consumir la obra fue preciso alterar el culto pú-

blico, el mismo día en que por primera vez se pusieron en planta las nuevas ceremonias en la catedral de Edimburgo, todo se perdió... En pocas semanas una sublevación súbita y general atrajo a Edimburgo una muchedumbre inmensa de todas clases, que venía a reclamar contra las innovaciones de que se amenazaba a su culto, y a sostener con su presencia sus reclamaciones. Llenaba esta multitud las casas y las calles, se reunía a las puertas y junto a las murallas de la ciudad, rodeaba la sala del consejo, que en vano reclamaba socorro de la municipalidad, insultaba a los obispos, y dirigía contra ellos acusaciones de tiranía e idolatría firmadas en la plaza pública por eclesiásticos, por gentilhombres, y hasta por algunos magnates. El rey, sin responder a las quejas, hizo intimar a los peticionarios que se retirasen: lo hicieron así, pero por necesidad más que por sumisión, y volvieron de allí a un mes en mayor número. Esta vez no tuvo lugar ningún desorden; el ardor fue grave y silencioso; las clases superiores habían tomado parte en la demanda; en quince días fue propuesta, adoptada y puesta en planta una organización regular de resistencia; un consejo superior de ciudadanos se encargó de llevar a cabo la empresa común; en cada condado, en cada ciudad, los consejos inferiores ejecutaban sus órdenes. Había desaparecido la sublevación, pronta a renacer a la voz del gobierno que había elegido.

Carlos respondió al fin en 7 de diciembre 1637; pero sólo para confirmar los nuevos ritos, y prohibir a los peticionarios reunirse bajo pena de traición. El consejo de Escocia había recibido orden de no revelar la sanción real hasta su publicación; pero, no bien hubo llegado, cuando supieron ya los rebeldes su contenido, y convocaron al momento al pueblo a favor de sus representantes. Para prevenirlos, mandó el consejo publicar sin retardo el decreto. En el acto y al pasar los heraldos regios, dos pares del reino, lord Hume y lord Lindsay, hicieron publicar y pusieron de manifiesto en las calles una representación que

acababan de firmar en nombre de sus conciudadanos. Otros practicaron lo mismo en todas partes donde se publicó el decreto real. Los rebeldes cada día más unidos, amenazados y ardientes, resolvieron en fin coligarse por un pacto solemne, semejante a los que desde el origen de la reforma había adoptado muchas veces Escocia, para declarar y sostener altamente sus derechos, sus creencias y sus votos. Alexsander Henderson, eclesiástico muy influyente, y Archibald Johnston, después lord Wariston, abogado célebre, redactaron este pacto con el nombre popular de «Convenio» que fue recibido y aprobado por los lores Balmerino, Lowden y Rothes en 1.º de marzo de 1638. Después de una minuciosa y antigua profesión de fe, contenía aquel documento una abjuración formal de los nuevos cánones y ritos, y un juramento de unión nacional para defender contra todo riesgo su soberano, su religión, sus leyes y las libertades del país. No bien se propuso, cuando fue recibido con unánimes aclamaciones. Varios mensajeros que se relevaban de población en población, lo llevaron con rapidez inaudita hasta los más remotos confines del reino, al modo que la *cruz de fuego* era trasportada a través de la sierra como un llamamiento de guerra para los súbditos feudales^[15]. El clero, los gentilhombres, los ciudadanos y labriegos, las mujeres y los niños se reunían en las plazas y en los templos para jurar fidelidad al pacto. Los montañeses mismos, poseídos del entusiasmo nacional, olvidaron momentáneamente su ardiente lealtad y sus feroces enconos. En menos de seis semanas la Escocia entera estuvo confederada. Sólo los empleados del gobierno, la ciudad de Aberdeen, y algunos miles de católicos rehusaron suscribir el convenio.

Tanta audacia pasmó a Carlos: se le había hablado de asonadas insensatas de un vil populacho; el mismo consejo municipal de Edimburgo se había apresurado a solicitar sumisamente su clemencia, prometiendo el pronto castigo de los sublevados y

hasta sus mismos cortesanos escoceses sólo hablaban de sus correspondencias, según las cuales todo estaba tranquilo o próximo a calmarse. Indignado de la impotencia de su voluntad, resolvió recurrir a la fuerza; pero, como nada estuviese dispuesto, fue preciso ganar tiempo. El marqués de Hamilton fue enviado a Escocia con orden de hacer columbrar a los rebeldes alguna esperanza, pero sin comprometer al rey. Veinte mil sublevados, reunidos en Edimburgo para un solemne ayuno, se presentaron al enviado, mientras setecientos eclesiásticos en hábito de ceremonia estaban de pie sobre una eminencia, junto al camino real, cantando un salmo al tiempo que pasaba. El bando rebelde quería dar a Hamilton una alta idea de su fuerza, y este, ya para granjearse crédito, ya para obedecer las órdenes del soberano, estaba inclinado a temporizar. Mas sus concesiones no llenaron los deseos de los sublevados y se burlaron altamente de un pacto regio que el marqués trató de oponer al pacto popular. Después de inútiles embajadas y muchos viajes de Edimburgo a Londres, recibió de improviso en septiembre 1638 la orden del rey para acceder a las demandas de los sublevados, a la abolición de los cánones, ritos y del tribunal de alta comisión, y a la promesa de una asamblea eclesiástica y de un parlamento en cuyo seno se discutirían libremente las cuestiones controvertidas, y podrían ser acusados los mismos obispos. Alegráronse los escoceses, pero con interior sorpresa, tanto más recelosa, cuantos menos motivos se les dejaban para que pudiesen aferrarse todavía en su confederación. El sínodo general se reunió en Glasgow: no tardó mucho en conocer que Hamilton sólo trataba de ponerle obstáculos, introduciendo en sus actos apariencias de nulidad.

Tales eran en efecto las instrucciones del rey. Continuaba sin embargo la asamblea disponiéndose a encausar a los obispos. A poco la disolvió Hamilton. Súpose al propio tiempo que Carlos se preparaba a la guerra, y que iba a desembarcar en Escocia un

cuerpo de ejército que Strafford había levantado en Irlanda. Volvió Hamilton a Londres; pero el sínodo se negó a separarse, continuó sus discusiones, condenó todas las innovaciones reales, mantuvo el pacto y abolió el episcopado. Muchos magnates hasta entonces inactivos, entre otros el conde de Argyle, poderoso y muy prudente, abrazaron públicamente la causa del país; algunos comerciantes escoceses pasaron el mar en busca de armas y municiones: se envió copia del pacto a las tropas escocesas que servían en el continente y se invitó a tomar el mando de los rebeldes a Alexander Leslie, uno de sus mejores jefes. Dirigióse por último en nombre del pueblo escocés una declaración a los ingleses dándoles a conocer las justas causas de las quejas de unos cristianos hermanos suyos, y rechazando las calumnias de sus enemigos.

La corte se sonrió al leerla, hablando con sarcasmo de la insolencia de los sublevados: sólo se quejaba de tener que combatirlos, porque ¿qué gloria, decían, nos puede resultar de una guerra contra un pueblo pobre, grosero y oscuro? Si bien que fuese escocés el mismo Carlos, se lisonjeaba de que el odio inveterado de los ingleses a los escoceses haría inútiles las quejas de estos últimos. Pero las creencias que unen a los pueblos borran bien pronto los límites que los separan: Así fue que los primeros vieron identificada su causa con la de los últimos, y se establecieron rápidamente correspondencias secretas entre los dos pueblos. Esparciéronse por doquiera los manifiestos de los rebeldes y sus peticiones y sus esperanzas fueron objeto de las conversaciones populares; en poco tiempo se ganaron amigos y agentes en Londres, en todos los condados, en el ejército, y aún en la corte misma. Así que se supo su firme resolución de resistir, y lo favorable que les era la opinión pública en Inglaterra, no faltaron cortesanos escoceses y aún ingleses, que por odio a algún rival, para vengarse de alguna negativa, o bien para prepararse a todo evento, se apresuraron a prestarles secretos fa-

vores ya dándoles avisos, ya exagerando su número, poniendo a las nubes su disciplina, y por último dando a entender que con ser complaciente en algo se libraría el rey de conflictos y peligros.

El ejército que se adelantaba hacia Escocia, sólo oía hablar de rumores que tendían a detener su marcha: se aconsejaba a su general, conde de Essex, que anduviese cauto y esperase refuerzos, diciéndole que eran muy superiores los enemigos: que se les había visto en tal punto, cerca de la frontera; que ocupaban todas las plazas y que estarían en Berwick antes que él. Fiel el general, aunque poco partidario de la corte, continuó su marcha, entró en Berwick sin obstáculo, y pronto vio por sus ojos que los rebeldes no eran tan numerosos ni disciplinados. Mas el efecto de los rumores era inmenso, y subió de punto la agitación cuando el rey hubo llegado a York en abril de 1639. Pasó allá con extraordinaria pompa, infatuado con el irresistible ascendiente de la majestad real, creyendo que bastaría desarrollarla para hacer entrar a los rebeldes en su deber.

Al parecer para oponer otro llamamiento al que habían hecho a los ingleses los escoceses, hizo uno intimando a la nobleza de su reino, según costumbre feudal, que pasase a prestarle el servicio que le debía. Los lores y un sin número de gentilhombres acudieron a York como a una fiesta. La ciudad y su campiña ofrecían el aspecto de una corte y de un torneo, antes que el de un ejército dispuesto a la lucha. Envanecía-se Carlos con tal aparato, y sin embargo, sólo reinaba alrededor suyo la intriga, el desorden y la indisciplina. Los escoceses de la frontera tenían relaciones familiares con sus soldados; quiso el rey exigir de sus magnates el juramento de no tener relación ninguna con los rebeldes; se negaron a ello lord Brook y lord Say, y Carlos sólo se atrevió a prescribirles que se alejasen. Lord Holland entró en territorio escocés; pero al ver el cuerpo de tropas que Leslie había dispuesto con arte, y que juzgó equivocada-

mente el conde ser superior al suyo, se retiró precipitadamente. Generales y soldados, todos vacilaban en arrojar a una guerra antinacional. Bien informados los escoceses se prevalieron de esta coyuntura. Escribieron a los generales del ejército, lord Essex, lord Arundel y lord Holland, modesta y lisonjeramente, confiando en los humanos sentimientos de los lores y del pueblo inglés, y rogándoles que interviniesen para que el rey les hiciese justicia y les volviese a su gracia.

A poco, seguros del apoyo, se dirigieron respetuosamente al rey, aunque sin abandonar sus pretensiones. Este andaba vacilante, y estaba tan dispuesto a cansarse de los obstáculos como ciego había sido en preverlos. Abriéronse conferencias; el rey se mostró altivo, pero deseoso de poner fin a todo; los escoceses aferrados, pero con moderación. Se dio por satisfecho el orgullo del primero con el acatamiento de los segundos, y el 18 de junio de 1639, por consejo, según se dice, del mismo Laud, aterrado a vista del riesgo, se concluyó en Berwick una pacificación en que se prescribía la disolución de ambos ejércitos y la próxima convocación de un sínodo y de un parlamento escocés; pero no se firmó ningún tratado en que clara y concisamente hubiesen quedado cortadas las diferencias que suscitaron la guerra.

Sólo estaba, pues, paralizada; y lo presentían así los dos bandos. Los escoceses, al licenciar sus tropas, conservaron una parte de sueldo a los oficiales, ordenándoles que estuviesen dispuestos para un caso cualquiera. Carlos por su parte, no bien hubo licenciado su ejército, cuando se ocupó por bajo mano a levantar otro.

Un mes después de la pacificación llamo a Strafford a Londres para consultarle, decía, acerca de algunos planes militares, y añadió: «Me asisten muchas razones para desear teneros por algún tiempo cerca de mí: no puedo expresarlas en una carta: el pacto escocés tiene muchas ramificaciones, muchísimas». Voló

allá Strafford, y con placer, porque desde mucho tiempo anhelaba estar junto a su soberano, que es donde se prometía poder y gloria. Llegó resuelto a desarrollar toda su energía contra los enemigos de la corona, hablando con desprecio de los escoceses, asegurando que sólo por falta de nervio se había perdido todo, y prometiéndose sin embargo de la firmeza del monarca un apoyo perenne. Encontró la corte agitada de oscuras intrigas; el conde de Essex, tratado con frialdad a pesar de su buena conducta en la campaña, se había retirado descontento; los oficiales se acusaban mutuamente de inhabilidad y afeminación; los favoritos de la reina se apresuraban a aprovecharse de la confusión para activar sus planes y perder a sus rivales; el rey estaba triste y abatido: de modo que pronto se vio Strafford imposibilitado de hacer adoptar lo que creía necesario, y de hacer cumplir lo adoptado. Entonces se volvieron contra él las intrigas cortesanas, y no pudo impedir que *sir* Henry Vane, uno de sus enemigos, fuese nombrado a instigación de la reina Secretario de Estado.

El público que lo había visto llegar, ansioso e incierto del uso que haría de su influjo, tardo poco en saber que provocaba las medidas más rigurosas, y empezó a maldecirle. Entre tanto, la necesidad se hacía cada vez más urgente. Habíanse suscitado dudas entre el rey y los escoceses acerca del tratado de Berwick, del que nada se había escrito, y Carlos hizo quemar por mano del verdugo un papel que en sentir de aquéllos contenía sus verdaderas disposiciones, mas no se atrevió a desmentirlo publicando otro, porque en el curso de las negociaciones había hecho esperar lo que no intentaba cumplir. El sínodo y el parlamento de Escocia, irritados por esta falta de fe, y animados por sus amigos de Inglaterra a redoblar sus precauciones, lejos de ceder en nada, dirigían nuevas y más osadas demandas. El parlamento pedía que el rey debiese convocarlo cada tres años; que se asegurase la independencia de las elecciones y de los de-

bates, y que la libertad política, bien garantida, velase por el mantenimiento de la fe. Resonaron más que nunca en la corte y en el consejo las palabras de *atentado a la prerrogativa*, y de *sobreranía invadida*, etc. «Será fuerza, dijo Strafford, hacer entrar a esta gente a latigazos por el buen camino». Se resolvió hacer la guerra: ¿mas cómo sostenerla?, ¿qué nuevos motivos se alegarían ante la nación? El tesoro estaba exhausto, lo mismo que las arcas reales, y la opinión era ya sobrado poderosa sino para ser oída, al menos para no dejar de dirigirse a ella. Presentóse el pretexto que se deseaba: desde el origen de las turbulencias, el cardenal Richelieu, descontento de la corte de Inglaterra donde dominaba la influencia española, se puso en relación con los escoceses: les envió un agente, oro y armas, y les prometió mayores socorros en caso de necesidad.

Fue interceptada una carta de los principales rebeldes, con el sobrescrito de *al Rey*, y por la que evidentemente se solicitaba el apoyo del monarca francés. Carlos y su consejo no dudaron que tal petición a un príncipe extranjero, alta traición según la ley, dejase de indignar a toda Inglaterra, y bastaría a su parecer para convencer a todos de la legitimidad de la guerra. En esta confianza, que servía de velo a la necesidad, se decidió la convocación de un parlamento: ínterin se reunía, pasó Strafford a Irlanda para obtener asimismo de las cámaras de aquel reino subsidios y soldados.

Admiróse toda Inglaterra al saber la nueva convocación, porque ya no se esperaba una reforma legal, única sin embargo que era anhelada, puesto que a pesar del descontento no se meditaban violencias. Sólo los sectarios, la plebe en ciertos puntos, y algunos hombres comprometidos como jefes de partidos, aumentaban pasiones sombrías o ideas más fuertes. El público los había aprobado y sostenido, pero sin asociarse a ellos ni dársele a entender. Los contratiempos sufridos habían hecho dudar a muchos en punto a la legitimidad o conveniencia de la última

obstinación parlamentaria. Se recordaban con pesar su áspero lenguaje y sus sesiones agitadas; se esperaba en suma más prudencia. Con tales antecedentes se eligió una cámara baja contraria a la corte, decidida a hacer peticiones y formada en parte de los antiguos jefes de la oposición, pero en la que dominaban los ciudadanos pacíficos, sin espíritu de partido, desconfiados en punto a arranques y confabulaciones secretas, y deseosos de reformar abusos sin enemistarse con el rey, y sin comprometer la tranquilidad pública.

Después de algún retardo que exasperó los ánimos, se reunió el parlamento en 13 de abril de 1640. Carlos hizo leer la carta de los escoceses al rey de Francia, se extendió sobre su traición, anunció la guerra y pidió subsidios. Los representantes hicieron poco caso de la carta, mirándola como un incidente nada importante en vista de los grandes intereses que debía ventilar, lo que ofendió al rey, por la frialdad con que eran recibidas las injurias que se le hacían. Por su parte se quejaba la cámara de la falta de respeto y de etiqueta el día en que su presidente se presentó al rey. La corte, después de once años transcurridos sin parlamento, no se avenía a ello; y la cámara, a pesar de sus intenciones pacíficas, se había revestido en Westminster de todo el orgullo de un poder tanto tiempo desconocido, y sólo acatado por la necesidad. Pronto se animaron los debates. El rey quería que la cámara votase los subsidios antes de meterse en derechos, prometiendo oír después con benevolencia sus peticiones.

Hubo largas discusiones, mas no violentas, si bien que las sesiones se animaban y prolongaban más de lo acostumbrado. Algunas palabras amargas de miembros poco conocidos fueron reprimidas al momento, y se aplaudieron los discursos de varios adictos a la corona y apreciados del público. Con todo esto la cámara se aferró en tratar antes de los derechos que de los subsidios. En vano se dijo que la guerra instaba; lo que menos

les importaba era la guerra; sin embargo lo disimulaban por respeto al rey. Carlos acudió a la intervención de la Cámara de los Pares, los cuales votaron que a su parecer debían ser antes los subsidios, y pidieron una conferencia con los representantes del pueblo para invitarlos a ello. Aceptáronla estos, pero votaron a su vez volviendo a su cámara, que la deliberación de los pares atentaba a sus privilegios, puesto que no les incumbía ocuparse de los subsidios antes que ellos los hubiesen arreglado. Los exaltados Pym, Hampden, Saint-John, se prevalieron de esta coyuntura para excitar la cámara, cuyas intenciones eran más moderadas de lo que convenía a sus principios y a su situación, no obstante que ya se agitaba impaciente conteniéndose, pero decidida a sostener sus derechos. Trascurría el tiempo, y el rey empezaba a decir que este parlamento sería tan intratable como los anteriores. Irritado ya, envió a él un mensaje, diciendo que si se le concedían doce subsidios pagaderos en tres años, se obligaba a no percibir en adelante el de los buques más que a discreción del parlamento. La suma pareció enorme; equivale, decían, a pedir todo el dinero del reino.

No bastaba tampoco que el rey renunciase al subsidio de los buques; era preciso que se declarase su ilegitimidad pasada y futura. Sin embargo, la cámara no quería romper con el monarca; se demostró que el valor de los doce subsidios distaba mucho de ser el que se había supuesto; y a pesar de su repugnancia en suspender el examen de derechos, tomó en consideración la propuesta para dar una prueba de su lealtad. Iba ya a decidirse que se concederían los subsidios sin fijar su cantidad, y cuando se levantó el Secretario de Estado, *sir* Henry Vane, y dijo que a menos de admitirse sin enmienda la propuesta, era excusado deliberar, porque el rey sólo aceptaría lo pedido. Herbert, procurador general, confirmó la aserción de Vane. Apoderóse de la cámara la sorpresa y la cólera, y se consternaron los más moderados. Era tarde, y se dejó la discusión para el día siguiente. Pe-

ro cuando acababan de reunirse los diputados, el rey los llamo a la cámara alta; el parlamento fue disuelto el 5 de mayo de 1640, a las tres semanas de su convocación.

Una hora después de la disolución, Edward Hyde, después lord Clarendon, encontró a Saint-John, amigo de Hampden y uno de los jefes de la oposición ya formada: el primero estaba triste; Saint-John por el contrario, a pesar de su habitual tristeza, parecía regocijado.

—¿Qué tenéis? —dijo a Hyde.

—Lo que todos los hombres de bien —respondió éste—. Siento la disolución imprudente de un parlamento tan sabio, único que nos hubiera salvado en la tormenta.

—Cierto —repuso John—; pero antes que las cosas marchen como deben, es preciso que sufran aún mayores inconvenientes: este parlamento no hubiera hecho nunca lo que debe hacerse.

Aquella misma tarde se arrepintió Carlos; dijo que le habían engañado respecto a las disposiciones de la cámara, y que Vane no estaba autorizado para declarar que a menos de doce subsidios no aceptaría nada. Inquietóse al día siguiente, mandó llamar a algunos sabios, y preguntó si podía ser revocada la disolución del parlamento. Se juzgó imposible, y Carlos volvió al despotismo, algo más turbado, pero orgulloso como siempre.

La urgente necesidad parecía por un momento dar seguridad a sus ministros, y vigor a sus medidas. Strafford había vuelto de Irlanda, atacado de la gota, amenazado de la pleuresía e imposibilitado de moverse. Pero había obtenido del parlamento irlandés cuanto había pedido en subsidios, soldados, ofertas y promesas; así que pudo dejar la cama volvió a insistir con vigor en sus designios. En menos de tres semanas logró donativos voluntarios a que dio ejemplo, y subieron a 300 000 libras esterlinas, debidas en gran parte a los papistas. Esta suma unida a los

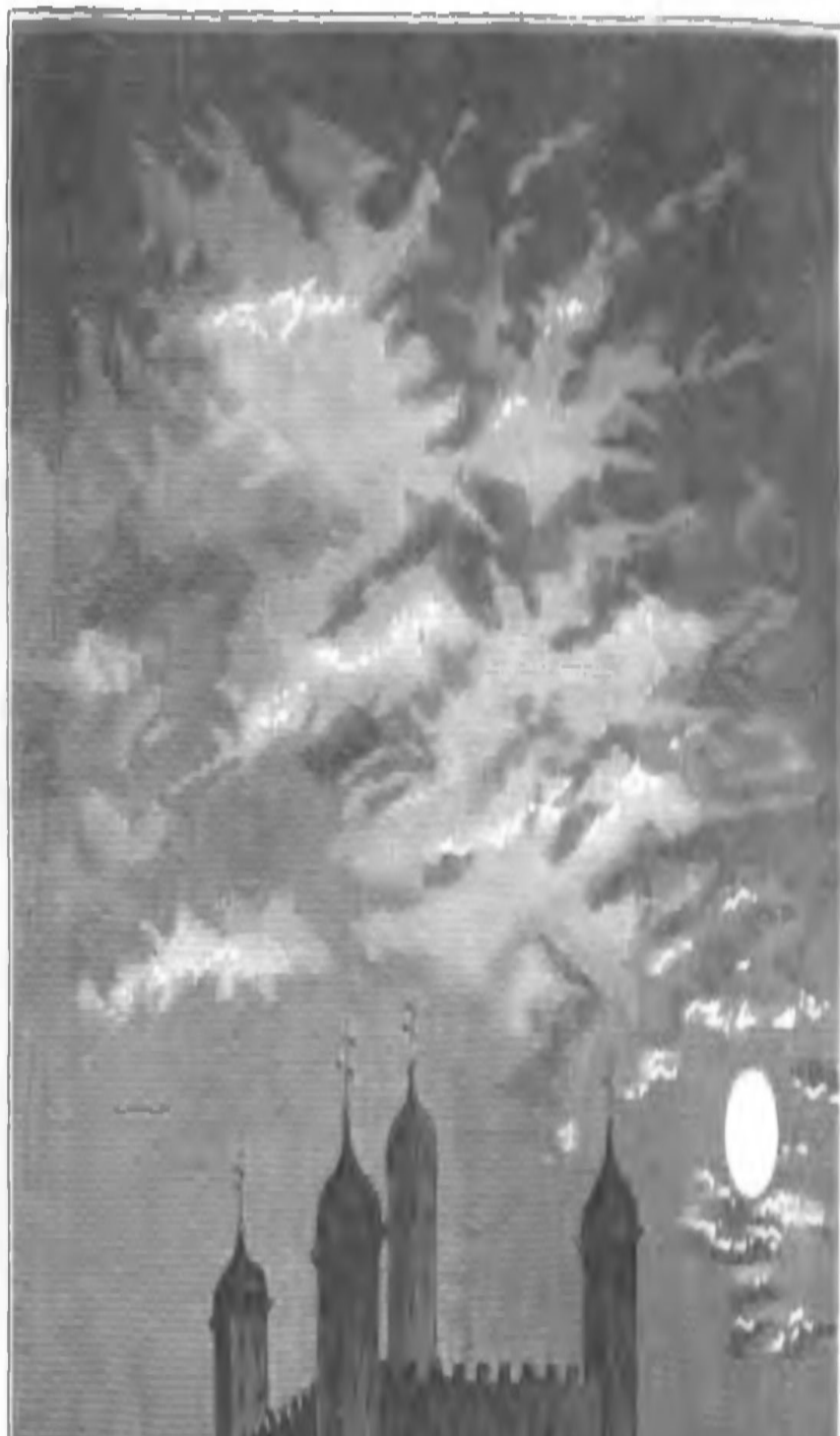
monopolios, injusticias, empréstitos forzados, subsidios de buques y fabricación de monedas, facilitó algunos fondos.

A los ojos del rey y de sus adictos, la necesidad lo excusaba todo; pero nunca la tiranía se contiene en los límites de la necesidad. Carlos fue también cruel con los miembros del último parlamento; Bellasis y Hotham fueron encarcelados por sus discursos; se registró la casa y los papeles de lord Brook; Crew fue encarcelado en la torre por no haber querido entregar las peticiones que había recibido durante la sesión, como presidente de la junta encargada de examinarlas. Se exigió de los eclesiásticos el juramento de no consentir jamás en ninguna alteración del gobierno de la iglesia, terminándose el juramento con un *etcétera* que hacía asomar la sonrisa de la indignación. Jamás había sido el lenguaje más arrogante ni más duro; algunos gentilhombres del condado de York se habían negado a una requisición arbitraria; el consejo quiso perseguirlos: «La única persecución, dijo Strafford, es ponerles argollas». Conocía más que ningún otro la extensión del mal, pero en su carácter el ardor era superior a la prudencia, y podía decirse que todo su afán era inspirar al rey, al consejo y a la corte, aquella fiebre que ciega al hombre para despreciarlo todo. Recayó en su enfermedad, llegando a las puertas del sepulcro, pero su impotencia dio más delirio a sus consejos, y apenas pudo sostenerse cuando partió con el rey para el ejército ya reunido en la frontera de Escocia, y a cuyo frente debía ponerse.

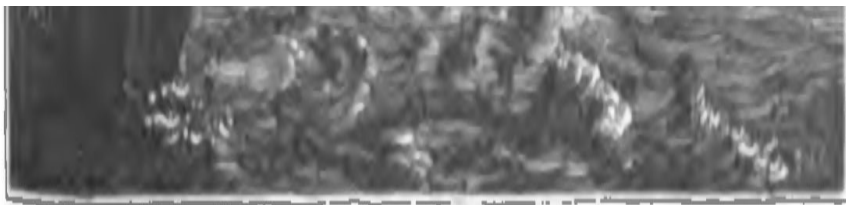
Supo en su marcha que los escoceses habían tomado la ofensiva, y que llegando a York habían batido a Newburne (21 agosto 1640) casi sin resistencia, primer cuerpo inglés que habían encontrado. Esto no era obra de los escoceses solos. Durante la pacificación, sus comisionados en Londres habían contraído una estrecha alianza con los descontentos, y estos les habían aconsejado que en caso de guerra invadieran la Inglaterra, prometiéndoles apoyo y un partido numeroso. Además enviaron a

Escocia un mensajero, el cual dentro de una caña llevaba una obligación, a cuyo pie para inspirar más confianza a los rebeldes, lord Saville había falsificado la firma de seis magnates ingleses. Sólo un vehemente odio a Strafford había impelido a Saville; pero es probable que otros patriotas influyentes y sinceros tuviesen también parte en tan audaz intriga. No se engañaban ciertamente en lo relativo a la disposición del pueblo. No bien se hubo disuelto el parlamento cuando se miró con aversión la guerra. En Londres los pasquines excitaban a los jornaleros a un levantamiento y a hacer pedazos a Laud, autor de tantos males. Una turba furiosa rodeó su palacio, precisándole a refugiarse en Whitehall. La iglesia de S. Pablo, donde se reunía el tribunal de alta comisión, fue invadida por otros grupos que gritaban: *¡fuera obispos, fuera la alta comisión!* En los condados sólo la violencia llevo a cabo la leva. Para evadirse de ella algunos se mutilaron, y otros llegaron al extremo de ahorcarse; los que obedecían sin resistencia eran insultados por las calles y tratados de cobardes en sus casas por sus antiguos amigos. En los cuerpos reinaban los mismos sentimientos. Muchos oficiales, sospechosos de papismo, fueron muertos por sus soldados. Cuando el ejército se encontró a vista de los escoceses, subió de punto la indisciplina; veía el pacto flotante en las banderas; oía los tambores que llamaban a las tropas al sermón, resonando al amanecer el acampamento con el cántico de los salmos y las preces. A este espectáculo, a las relaciones del piadoso ardor y de las amistosas disposiciones de la Escocia para con los ingleses, se enternecían e indignaban a la vez los soldados, maldiciendo esta guerra impía, y se daban por vencidos antes de pelear contra sus hermanos y su Dios. Al llegar los escoceses sin ademán hostil a la orilla del Tyne, pidieron permiso para pasarlo. Una centinela inglesa disparó; se contestó con algunos cañonazos, y no bien se trabó la refriega cuando se dispersó el ejército, de modo que Strafford sólo tomó el mando para reple-

garse a York, dejando a los escoceses ocupar sin obstáculo el país y las plazas situadas entre aquella ciudad y la frontera de ambos reinos.







LA TORRE DE LONDRES



LORD FALKLAND

Desde este momento el mismo Strafford fue vencido. En vano procuró, ya con buen modo, ya con amenazas, inspirar otros sentimientos a las tropas; sus palabras no salían del corazón, y disimulaban mal su desprecio o su cólera: sus rigores irritaban a los soldados sin arredrarlos. Pronto llegaron peticiones de muchos condados, suplicando al rey que hiciese la

paz. Lord Wharton y lord Howard, se atrevieron a presentar una; Strafford los arrestó, convocó un consejo de guerra, y pidió que fuesen fusilados delante del ejército como por conato de sedición. El consejo permanecía en silencio, pero Hamilton lo rompió: «Milord, dijo a Strafford, cuando se haya dado la sentencia, ¿estáis seguro de los soldados?». Strafford como herido de una revelación, volvió convulsivo la cabeza sin responder palabra. Sin embargo, su indomable orgullo sostenía todavía sus esperanzas. «Pronuncie el rey una palabra, escribía a Laud, y haré huir a los escoceses más listos de lo que han venido; respondo de ello con mi cabeza: pero sería preciso que el consejo se lo diese otro que yo». En efecto, le evitaba ya Carlos temiendo sus arranques. Este príncipe había caído en un profundo desaliento; cada día recibía nuevas pruebas de su impotencia; faltaba dinero y no había medio de adquirirlo; los soldados se amotinaban o desertaban a bandadas; el pueblo inglés, impaciente de un desenlace que ya se columbraba, se agitaba por todas partes; y las correspondencias con los escoceses se cruzaban en todas direcciones. Estos, siempre prudentes en sus actos, y moderados en su lenguaje, contemporizaban con los condados invadidos, eran muy atentos con los prisioneros, y renovaban continuamente sus protestas de sentimientos pacíficos, de fidelidad y de adhesión a su rey: seguros de la victoria pedían la paz que debía consagrarla. A la palabra paz se empezaba a unir la de parlamento. A este nombre, atemorizado Carlos, pensó (se ignora por consejo de quien) en convocar en York el gran consejo de los pares del reino, asamblea feudal hacía cuatro siglos olvidada, pero que en otros tiempos cuando era aún muy limitado el poder de la cámara baja había tomado frecuentemente parte en el gobierno supremo. Sin saber lo que era ni lo que podía esta asamblea, se prometían de ella más miramiento hacia el honor real, y se preguntaba ya si sería posible que por sí sola votara los subsidios. Pero antes que se hubiese

reunido, se recibieron dos peticiones, una de la ciudad de Londres, y otra de doce pares muy influyentes, en que se solicitaba expresamente la convocación de un verdadero parlamento.

Esto era suficiente para agotar la última resistencia de un rey que se veía sin fuerzas. En medio de estas incertidumbres y para satisfacer su resentimiento y justificar sus consejos, atacó Strafford a los escoceses, alcanzando sobre ellos algunas ventajas, pero se clamó que comprometía al rey, y recibió orden de encerrarse en sus cuarteles^[16]. Reuniéronse los pares en 24 septiembre 1640, y Carlos anunció que convocaba un parlamento, y sólo reclamaba sus consejos para entrar en negociaciones con los escoceses. Abriéronse éstas, se encargó su dirección a dieciséis pares que gozaban de popularidad. Se estipuló ante todo que los dos ejércitos quedarían permanentes, y que el rey pagaría igualmente el de los escoceses que el suyo propio. Para cubrir esta atención se pidió a la ciudad de Londres un empréstito de 200 000 libras esterlinas, y los pares empeñaron su palabra sobre la del rey a que no se invertiría la suma para otro objeto. Carlos, después de haber firmado en Rippon los artículos preliminares, anhelando olvidar al lado de la reina tantos disgustos y conflictos, trasladó la negociación a Londres, donde debía reunirse el parlamento^[17]. Pasaron allá los comisionados escoceses, seguros de encontrar poderosos aliados. Adelantábanse las elecciones en Inglaterra con ardor general; triste y abatida, ensayaba en vano la corte poner a prueba en ellas su influjo; doquier eran desechados sus candidatos ni siquiera pudo hacer elegir a *sir* Thomas Gardiner al que el rey deseaba nombrar presidente. La reunión del parlamento se fijó el 3 de noviembre. Algunos aconsejaron a Laud que escogiese otro día, porque aquél decían ser de mal agüero; bajo Enrique VIII, el parlamento reunido en el mismo día había principiado por perder al cardenal Wolsey, y había dado fin por la destrucción de las abadías. No hizo caso Laud de estos presagios, no por confianza

sino cansado ya de resistir, y se abandonó lo mismo que su dueño a un porvenir, que todos a la vez, vencedores o vencidos, estaban muy distantes de prever.

LIBRO TERCERO

Apertura del parlamento. — Apodérase del poder. — Situación de los partidos políticos y religiosos. — Concesiones del rey. — Negociaciones entre éste y las notabilidades del parlamento. — Complot en el ejército. — Sumaria y muerte de Strafford. — Viaje del rey a Escocia. — Insurrección de Irlanda. — Disensiones. — Vuelve el rey a Londres. — Progreso de la revolución. — Asonadas. — Sale de Londres el rey. — Se embarca la reina para el continente. — La milicia. — Negociaciones. — El rey fija en York su residencia. — Ambos partidos se preparan para la guerra. — Niégase al rey la entrada en Hull. — Vanas tentativas de conciliación. — Levántanse dos ejércitos.

(1640-1642)

El día prefijado abrió el rey el parlamento. Pasó a Westminster sin pompa, casi sin séquito, no según costumbre a caballo y atravesando las calles, sino por el Támesis en una góndola temiendo las miradas, y a la manera de un vencido que sigue el triunfo de su vencedor. Su discurso fue vago: prometió dar cabida a las pretensiones, pero persistió en dar a los escoceses el nombre de rebeldes como si durase todavía la guerra. Los representantes del pueblo le escucharon con frío respeto. Jamás fue tan numerosa la concurrencia al abrirse la legislatura; en ningún tiempo se habían presentado con tal arrogancia los súbditos en presencia de su soberano.

No bien hubo salido el rey, cuando sus pocos adictos de la cámara conocieron por los razonamientos de los grupos que el odio público sobrepujaba aún sus temores: la disolución del último parlamento había exasperado a los más moderados, y ya nadie hablaba de conciliación ni de prudencia. Ha llegado el momento, decían, de desarrollar todo el poder de la cámara, arrancando de raíz todos los abusos, de modo que no sea temible que vuelvan a retoñar. De aquí se infería que dos poderes igualmente altivos iban a chocar entre sí con desiguales fuerzas. Hacía once años que el rey y la iglesia habían proclamado su soberanía absoluta, independiente y de derecho divino: todo lo habían probado para imponerla a la nación. No pudiendo lograrlo, pero profesando siempre las mismas máximas, venían en su impotencia a pedir socorros a una cámara que también creía en su soberanía, sintiéndose fuerte para ejercerla, si bien no la proclamaba todavía altamente.

Empezó la cámara por discutir sus grandes pretensiones. Cada miembro venía encargado de una petición de su ciudad o de su condado; la leía, y extendiéndose sobre ella, proponía que la cámara, ínterin no se adoptaban medidas más eficaces, votase al menos que las quejas eran legítimas. Así estalló en pocos días la opinión general del país, así se fueron condenando uno a uno todos los actos de la tiranía, los monopolios, el subsidio de los buques, las detenciones arbitrarias, las usurpaciones de los obispos, y los procedimientos de los tribunales excepcionales. Nadie se oponía a estas resoluciones, y era tal la unanimidad, que muchas fueron adoptadas por moción de miembros que poco después fueron íntimos confidentes del rey.

Como si esto no hubiese bastado para ponerlo todo de manifiesto, nombró la cámara más de cuarenta comisiones encargadas de patentizar abusos y recibir las quejas de los ciudadanos. Cada día llegaban comitivas de varios puntos, llevando a Londres las demandas de su población. Doquier fue provocada la

acusación, resonando en los pálpitos y en las plazas públicas, y siendo admitida con confianza, sea que se dirigiese contra el gobierno en general, o sea que especificase individuos para reclamar su castigo. El poder de las comisiones fue ilimitado; de tal suerte, que ni el silencio se les pudo oponer, pues se precisó a los miembros mismos del consejo a responder a los cargos.

A la condenación de los actos se siguió la proscripción general de sus autores. Todo agente de la corona, cualquiera que fuese su rango, que hubiese tomado parte en la ejecución de las medidas reprobadas, fue llamado delincuente, formándose una lista de ellos en cada condado. No se les condenó a una pena uniforme y definitiva; pero, a merced de la cámara, podían cada día ser llamados ante ella bajo el menor pretexto, y castigados con multas, detenciones o confiscación.

La misma cámara declaró indigno de sentarse en el parlamento a cualquiera que hubiese tomado parte en algún monopolio, y fueron excluidos cuatro en 21 enero 1641. Otros lo fueron asimismo bajo pretexto de alguna irregularidad, pero en el fondo sin motivo legal y sólo por desconfiarse de sus opiniones. Dos monopolistas bien conocidos fueron admitidos sin obstáculos por pertenecer al partido popular.

Al aspecto de este poder tan inmenso, tan súbito y ardoroso, se estremecieron todos los adictos al trono que tenían motivos para temer algún cargo, o la influencia de algún enemigo. Para ellos todo era acusación, y no se daba lugar a la defensa. La corte sólo deseaba que la olvidasen; el rey ocultaba tras una completa inacción su tristeza y sus zozobras; temblando los jueces por ellos mismos, no osaban proteger a los acusados, y los obispos veían abolirse las innovaciones alrededor suyo sin oponer obstáculo. John Brancroft, obispo de Oxford, murió súbitamente de miedo; los predicadores presbiterianos entraban sin título legal en posesión de los curados y los púlpitos; todas las sectas disidentes se reunían públicamente en sus asambleas, y circula-

ban libremente toda suerte de folletos. El despotismo real y el episcopal, todavía intacto en sus ministros, sus tribunales, sus leyes y su culto, se mantenían inmóviles e impotentes.

Strafford había previsto esta explosión, y suplicando al rey que le dispensase de presentarse al parlamento:

—No podré —le escribía— prestar ningún servicio a vuestra majestad; mi presencia aumentará el conflicto y me entregara a mis enemigos; permitidme permanecer distante, en Irlanda, en el ejército, donde más os plazca: Así podré servirlos y salvarme.

—No puedo —le respondió el rey— pasarme vuestros consejos; como rey de Inglaterra, os aseguro que no corréis ningún peligro, y que no tocarán un cabello de vuestra cabeza.

Titubeaba todavía Strafford, pero a una segunda invitación, arrojándose por necesidad a la tormenta, partió resuelto a acusar ante la cámara alta y con pruebas recientes a los principales miembros de los comunes por haber provocado y sostenido la invasión de los escoceses. Informados del golpe que meditaba dar, Pym y sus amigos se adelantaron. El 9 de noviembre llegó Strafford a Londres; el 10 lo detuvieron en cama la fatiga y la calentura: el 11 la cámara baja mandó cerrar las puertas, y le acusó de alta traición. Sólo lord Falkland, a pesar de ser enemigo suyo, observó que la justicia y la dignidad de la cámara exigían un plazo y algún examen: «El menor retardo puede perderlo todo, respondió Pym; si el conde habla con el rey, el parlamento será disuelto; por otra parte la cámara sólo acusa, y no juzga». Y salió al instante seguido de una comisión para llevar la acusación a la cámara de los lores.

Encontrábase Strafford con el rey. Al primer aviso se dirige apresuradamente a la cámara alta, donde había llegado ya Pym. Encuentra cerrada la puerta, golpea, y reprendiendo airado al ujier que vacilaba en abrir, iba atravesando la sala para ocupar su puesto, cuando muchas voces le mandan que se retire. Detié-

nese el conde, mira al rededor, y obedece después de titubear unos momentos. Llámasele una hora después, se le manda arrodillarse a la barra, y se le notifica que la cámara había admitido la acusación presentada contra él por los diputados del pueblo, diciendo a propuesta suya, que fuese encerrado en la torre. Quiso hablar, pero la cámara se negó a oírle, y se llevó a efecto su arresto.

A su acusación siguió la de Laud, menos temido pero aún más odioso. Fanático, tan sincero como intratable, nada le echaba en cara su conciencia, y se admiró de que le persiguiesen. «Ningún miembro de la cámara baja, dijo, puede en su interior creerse culpable de traición». El conde Essex tomó estas palabras a injuria contra los que le acusaban. Escusóse sorprendido Laud, y pidió ser tratado según los antiguos usos del parlamento. Lord Say se indignó de que quisiese prescribirles el modo de proceder. Turbado el arzobispo calló, incapaz de comprender otra pasión que la suya, y de recordar que había hablado del mismo modo a sus enemigos.

Otros dos ministros, lord Fich, guardasellos, y Windebank, Secretario de Estado, no habían tenido menos parte en la tiranía, pero el uno, hábil cortesano, había presentido lo que se preparaba, y hacía tres meses que se aplicaba a merecer la indulgencia de los jefes del partido popular; el otro no inspiraba odio ni temor. A pesar de esto, fueron acusados por la cámara baja pero sin encono, y sólo para satisfacer el clamor público. El último huyó, más el primero obtuvo permiso de presentarse a la cámara, donde recitó graciosamente una humilde apología, que fue bien recibida, por ser el primer homenaje que un ministro tributaba a los representantes del pueblo. Se le dio tiempo para embarcarse. Algunos miembros se admiraron de tan desigual justicia; más los jefes populares no querían desalentar a la bajeza. Intentáronse todavía algunas acusaciones contra dos obispos, contra varios teólogos y seis magistrados; pero só-

lo la de Strafford se prosiguió con ardor. Una comisión secreta, a la que se concedieron poderes inmensos, tuvo encargo de escudriñar toda su vida, y de buscar en sus palabras, en sus actos, y aún en sus consejos, hubiesen sido o no adoptados, pruebas de alta traición. Otra comisión semejante formada en Irlanda, sirvió de auxiliar a la de la cámara. Tomaron en este asunto parte los escoceses por medio de una declaración virulenta, que daba a entender que su ejército no saldría del reino sin que hubiese cargado todo el peso de la ley sobre su más cruel enemigo. En sentir del odio y de los terrores populares, bien merecido tenía aquel ministro encarcelado todo el encono de tres pueblos.

Libre así de sus contrarios, y preparándose para una terrible venganza contra el único a quien temía la cámara, tomó posesión del gobierno. Votó subsidios, pero tan escasos que sólo cubrían las necesidades más urgentes, y esto aun encargando su administración a comisionados elegidos de su seno. Asimismo no se votaron los derechos de aduana más que por dos meses, y sucesivamente se iban renovando. No obstante, para cubrir los gastos eran necesarias más considerables y prontas recaudaciones: en vista de esto la cámara tomó prestado en su nombre a sus partidarios de la ciudad, y aún a sus miembros, sobre la sola fe de sus promesas: Así tuvo origen el crédito público. El rey instaba para que se licenciasen los dos ejércitos, el de los escoceses sobre todo, alegando con ventaja el gravamen que con ellos se imponía a los condados del Norte; pero la cámara los necesitaba, y se sentía con fuerzas para hacer aceptar al pueblo esta carga: «Nuestros contrarios, dijo Strode, son aún sobrado fuertes, no nos es posible permanecer sin aliados». Eludieronse las instancias del rey; aún más: en la repartición de los fondos destinados al sueldo se favoreció más a los escoceses que a los ingleses, cuyos oficiales no inspiraban la misma confianza al parlamento. Algunos se agriaron por ello; pero la cámara no hi-

zo caso, antes por el contrario decretó que los primeros habían prestado a los últimos servicios fraternales, por lo que en adelante se les daría el nombre de *hermanos*, y votó a favor suyo a título de indemnización y de recompensa una suma de 333 000 libras esterlinas.

Las negociaciones para la paz definitiva con la Escocia corrían más a cargo de una comisión del parlamento, que del consejo del rey. Las notabilidades de ambas cámaras particularmente de la baja, comían todos los días reunidos en casa de Pym; se le reunían los comisionados escoceses, los autores de las principales peticiones y los hombres importantes de la población: allí se trataban de sobremesa todos los negocios del Estado y de las cámaras. Era tal la influencia de todos los poderes hacia el parlamento, que los consejeros de la corona, incapaces o temblando de decidir solos la menor cuestión, se dirigían continuamente a él sin que lo pidiese. Godman, sacerdote católico, había sido condenado a muerte; y como el rey no osase perdonarle, puso su vida a disposición de los representantes del pueblo, único medio para salvarlo, porque a pesar de su ardor no estaban sedientos de sangre.

María de Médicis, madre de la reina y por este tiempo refugiada en Londres, era objeto del odio público: todos los días rodeaba la muchedumbre su casa y la llenaba de insultos y de amenazas.

A la cámara baja fue preciso dirigirse para saber si podía permanecer en Inglaterra y de qué modo se debía velar por su seguridad. Respondieron que era conveniente que partiese; votaron 10 000 libras esterlinas para su viaje, y se puso al momento en ejecución este dictamen. También venían a parar a su jurisdicción las sentencias de los tribunales ya ejecutadas, como asimismo los negocios privados del rey y de la corte. Se declaró ilegal la condenación de Prynne, Burton, Bastwick, Leighton y Lilburne, mandando que se les pusiese en libertad y se les con-

cediese una amplia indemnización, que sin embargo no recibieron jamás: suerte común a los méritos antiguos, olvidados por otros recientes y por nuevas necesidades. La alegría pública fue su única recompensa: al saber que volvían, los salió a recibir un gentío inmenso; se adornaron las calles a su paso, echándose a sus pisé flores y laureles. Los transportes de los pueblos y el abatimiento del rey, todo impelía a la cámara baja a tomar las riendas del Estado, y a erigirse en poder soberano.

Si no lograron esto en su primer ensayo relativo a la reforma de las instituciones, al menos proclamaron en él su completa independencia. En 13 enero 1641 se propuso un *bill* que prescribía que de tres en tres años a más tardar debía convocarse un parlamento. Si el rey no le convocaba, podían efectuarlo doce pares reunidos en Westminster. A falta de estos, los jerifes y municipales estaban obligados a proceder a las elecciones. Y por último, si estos eran negligentes, los ciudadanos tenían derecho de reunirse y de elegir sus diputados. Ningún parlamento podía ser disuelto ni prorrogado sin el consentimiento de ambas cámaras, y hasta cincuenta días después de su reunión; el nombramiento de presidente incumbía a las mismas cámaras. Así que se habló de este bill, rompió el rey el silencio, llamó a las dos cámaras a Whitehall. «Apruebo, dijo, la frecuente convocación de parlamentos, y convengo en que sea el mejor medio para mantener la armonía que tanto deseo entre mí y mi pueblo; pero no puedo consentir en que se permitan los jerifes ciertos derechos que a mí me tocan».

En estas palabras sólo vieron las cámaras un motivo más para activar la adopción del bill; nadie osaba aconsejarle y una negativa, y por lo tanto se resignó; pero juzgando que debía a su dignidad el manifestar sus sentimientos: «Habiéndoos concedido esto, dijo, no veo nada más que podáis pedirme o que yo pueda rehusar. Hasta el presente, a decir verdad, me habéis animado poco para tal concesión, pues sólo os habéis ocupado de

vosotros, y muy poco de mí y del reino; habéis dividido en pedazos el gobierno, y puedo deciros que casi está fuera de sus goznes. Presumo que os convenceréis de que he hecho ahora cuanto estaba de mi parte y había prometido: cumplid también vuestro deber».

Las cámaras votaron dar gracias al rey, y continuaron dedicándose a la reforma, pidiendo sucesivamente la abolición de la cámara Estrellada, del tribunal del Norte, del de alta comisión eclesiástica y de los excepcionales.

Nadie hacía oposición, y la simple lectura era todo el debate. Los mismos hombres que empezaban a temer el desorden y las ocultas miras del partido dominante no osaban defender poderes odiosos por sus actos, e ilegítimos en el fondo, pero afianzados muchos en una existencia legal. La reforma política era un deseo unánime, independiente de toda condición social, de toda opinión religiosa; pero no se pensaba todavía en medir escrupulosamente sus consecuencias ni su extensión: todos se encaminaban a un fin sin sondear mutuamente sus respetuosas intenciones y motivos. Hombres osados, de una previsión larga y obstinada, o ya gravemente comprometidos en cosas condenadas por las leyes, Hampden, Pym, Hollis y Stapleton, pensaban en quitar a la corona su influencia fatal, en dar a la cámara el gobierno, y apropiárselo para siempre.

Era en sentir suyo un derecho del país, y la única garantía tanto para ellos como para el pueblo. Pero, obrando más por necesidad que por un principio ya reconocido, se adelantaban sin proclamarlo. Tras ellos, algunos sectarios fogosos, algunos miembros oscuros todavía pero muy activos, Cromwell y Henry Martyn, se desataban de vez en cuando en algunas amenazas contra la persona del rey o la forma de gobierno; pero carecían en la cámara por lo menos de consideración y crédito, de modo que los mismos que oían con indignación sus arrebatos, casi los despreciaban. La mayor parte presumían que después de des-

truidos los abusos se volvería al estado llamado de la antigua Inglaterra, al poder superior del rey contenido por el poder periódico de las dos cámaras en los límites de la ley: entre tanto aceptaban como una necesidad pasajera la dominación casi exclusiva de la cámara baja, más conforme por otra parte de lo que ellos creían con las ideas y sentimientos algo confusos que los animaban. De esta suerte la reforma política, igualmente deseada de todos, bien que bajo esperanzas diversas, se iba consumando, merced al ascendiente de una unanimidad irresistible.

No se notó igual conformidad en los asuntos relativos al culto, pues desde sus principios estalló la mayor diversidad de opiniones y de deseos. Una petición de la ciudad de Londres, firmada por 15 000 ciudadanos, clamaba por la completa abolición del episcopado. Casi al propio tiempo 700 eclesiásticos se contentaban con solicitar la reforma del poder temporal de los obispos, de su despotismo en los templos, y de la mala administración de sus rentas; mientras a poco se recibieron de distintos condados diecinueve peticiones firmadas, según se dice, por 100 000 individuos, que pedían la permanencia del poder episcopal. Aun en el seno del parlamento se manifestó la misma disidencia. La petición de Londres sólo fue admitida por una corta mayoría después de un violento debate. Se propuso un bill, declarando a los eclesiásticos incapaces de todo cargo civil, y excluyendo de este modo a los obispos de la Cámara de los Pares; pero, para que se adoptase en la otra cámara, se hizo prometer a los presbiterianos que no se andarían en más pretensiones: sólo a este precio obtuvo Hampden el asentimiento de lord Falkland, mas no por esto dejó el *bill* de ser desechado de los pares. Furiosos los presbiterianos, piden de repente la destrucción de los obispados deanatos y cabildos; pero encontraron tan viva resistencia, que les fue forzoso retirar su moción.

Cierta vez las dos cámaras parecieron correr en armonía para reprimir los desórdenes del culto público y mantener sus

formas legales: sin embargo, a los dos días volvieron a reproducirse las divergencias. La cámara baja por su sola autoridad, y aun sin informar a los lores, envió comisionados a los condados para quitar de los templos las imágenes, los altares, los crucifijos y demás restos que llamaban de idolatría (23 enero 1641); con esto se sancionaron las pasiones populares que ya habían estallado. Los lores por su parte, sabiendo que la secta de los independientes volvía de nuevo a sus públicas asambleas, llamaron a sus jefes a la barra, y les reprendieron, si bien que con timidez. Ninguna opinión ni designio sobre este particular podía llamarse verdaderamente nacional. Entre los partidarios del episcopado, algunos pocos, animados de la energía de la fe o de la obstinación del interés personal, defendían sus pretensiones al derecho divino; otros, mirándolo como institución humana, la consideraban sin embargo, como esencial a la monarquía, y creían comprometido el trono si se la tocaba en lo más mínimo; los restantes, en gran número, hubieran excluido voluntariamente a los obispos de los cargos públicos; pero les parecía que la tradición, las leyes y las costumbres, exigían que permaneciesen a la cabeza de la iglesia.

En el bando opuesto no eran menos distintos los pareceres: algunos eran favorables por costumbre al episcopado, si bien sus opiniones les eran contrarias; según el modo de pensar de otros más ilustrados, ninguna institución de la iglesia era de derecho divino ni absolutamente legítimo, pudiendo variar según los lugares y los tiempos; el parlamento era árbitro de mudarlas, y sólo el interés de las libertades públicas podía resolver la cuestión del episcopado, que ningún principio mandaba mantener ni abolir. Pero el pueblo presbiteriano y sus ministros veían en el régimen episcopal una idolatría condenada por el evangelio, una vanguardia del papismo, y rechazaban con fervorosa indignación los ritos, las formas de su culto y sus consecuencias más lejanas, reclamando a favor de la Constitu-

ción republicana de la iglesia el derecho divino que los obispos habían usurpado.

Algún tiempo después de alcanzadas ya varias ventajas en la reforma política, estas disidencias embarazaron la marcha del parlamento. Así que empezaban a discutirse las cuestiones religiosas, se dividían en campo opuesto los enemigos de la corte hasta entonces unánimes: variaba fluctuante la mayoría, y ningún partido se presentaba animado de un mismo espíritu, ni estaba acorde en sus deseos, ni tenía fuerzas para dominar a los demás. Pym y Hampden, principales jefes del partido político, sostenían frecuentemente las mociones más atrevidas de los presbiterianos; era sabido sin embargo que no tomaban parte en sus fanáticas pasiones; que se dirigían antes a reducir el poder temporal de los obispos que a mudar la constitución de la iglesia, y que contaban con bastantes partidarios entre los populares de la cámara alta. Algunos hombres prudentes aconsejaron al rey que para sacar partido de estas disensiones secretas, antes que se efectuase la unión de los reformistas políticos con los religiosos, confiase osadamente a los primeros los negocios de la corona y del Estado.

Entabláronse negociaciones, y el marqués de Hamilton, siempre intermediario, fue el agente más activo. El conde de Bedford, hombre moderado, influyente en la cámara alta, y muy apreciado del público, se prestó a todo con dignidad. Reuníanse frecuentemente en su casa las notabilidades de ambas cámaras; obtenía su confianza, y parecía poder tratar en su nombre. El rey que consentía antes que deseaba, nombró de pronto un nuevo consejo al que fueron llamados Bedford, Essex, Warwick, Say, Kimbolton y algunos lores que gozaban de popularidad. Entre ellos figuraban ardorosos miembros de la oposición, pero todos pertenecían a la clase alta de la sociedad; el orgullo del monarca no quería humillarse hasta el punto de elegir a hombres del pueblo. Insistióse sin embargo; los nue-

vos consejeros no querían separarse de sus amigos, y hablaban cada día al rey de la importancia de las notabilidades de la cámara baja que le inspiraban tanta aversión. Estos por su parte, sin negarse del todo a estos planes, no se mostraban muy solícitos, no tanto por indiferencia como por compromiso. De esta manera lograban el objeto principal de sus esfuerzos, entrando en nombre del país en posesión legal del poder, dando un ministerio a la corona, y sometiéndola a los consejos del parlamento. Pero se les pedía que salvaran a Strafford y a la iglesia; que pusiesen en libertad a su enemigo más terrible, y que chocran con los presbiterianos, que eran sus más entusiastas amigos. De una y otra parte dominaba la perplejidad, y estaba demasiado arraigada la desconfianza para ceder tan pronto a la ambición o al miedo. No obstante se llegó a hacer proposiciones directas y claras. Pym debía ser canciller de la Hacienda, Hampden ayo del príncipe de Gales, Hollis Secretario de Estado, y Saint-John fue nombrado sin retardo procurador general de la corona. El ministerio debía tener por jefe al conde de Bedford con el título de gran tesorero. Los que ocupaban estos cargos habían ofrecido o presentado ya su dimisión.

Pero durante estas negociaciones, que de una y otra parte se seguían con poca esperanza o quizá con indiferencia, recibió el rey otras proposiciones de un carácter más agradable para él. Reinaba algún descontento en el ejército, manifestado sin rebozo por algunos oficiales miembros del parlamento: «Si les basta a los escoceses, dijo cierto día uno de ellos en la cámara, pedir dinero para obtenerlo, seguramente sabrán practicar lo mismo los soldados ingleses». Estos rumores llegaron bien pronto a oídos de la reina, y Henry Jermyn, su favorito, se relacionó con los descontentos; por su medio los recibió aquella en Whitehall, se condolió de su situación, igual y sin embargo menos triste y peligrosa que la del rey. Viva y afable, pareció que ponía en ellos toda su confianza, y poco le costó darles a entender que

estaba en su mano la suerte del Estado. Estableciéronse conferencias secretas, y se ventilaron toda especie de planes. Unos querían que el ejército marchase sobre Londres y por medio de una rápida maniobra se sacase al rey del apuro; otros más discretos, proponían solamente que todos los cuerpos dirigiesen a las cámaras una petición para expresar su adhesión al rey y a la iglesia, declarando que a su parecer la reforma del Estado debía darse por concluida y pidiendo que se pusiese coto a las innovaciones.

Tratóse asimismo de socorros extranjeros y de levantar tropas en Portugal y Francia: ideas frívolas y sin resultado, pero aventuradas confiadamente por hombres de cortos alcances, o que salían de un banquete, o que pensaban sólo en servir ciegamente. A esto se siguieron intrigas en el ejército, más activas que eficaces; los descontentos iban y volvían de Londres, y circulaban una especie de proclamas. El mismo rey tuvo al cabo una entrevista con Percy, uno de los conjurados, hermano del conde de Northumberland; por su consejo se desechó todo plan violento acerca de dirigir el ejército sobre Londres; pero recibió un proyecto de petición tan fuerte contra el parlamento, como lo eran contra la corona y la iglesia los que este recibía diariamente. Aprobóle, y para dar crédito a los intrigantes, puso de su mano, en prueba de asentimiento, las letras iniciales de su nombre.

La trama no tuvo efecto, y la petición no fue presentada; pero nada se escapa a la desconfianza de un pueblo, pues toma los deseos por actos, y las palabras por deseos. En las plazas, en las tabernas, un sin número de soplones voluntarios, habían oído los imprudentes votos de los oficiales; no tardaron en llegar a oídos de Pym, encargado de la policía del partido. A poco la traición le dio nuevos detalles, pues Goring, uno de los conjurados, pasó a revelarlo todo al conde de Bedford. Nada se había hecho, pero el rey había dado oídos a los descontentos. Los je-

fes de la cámara baja guardaron silencio en punto a su descubrimiento, aguardando alguna grande coyuntura para sacar partido de él; tampoco rompieron las negociaciones seguidas siempre en nombre del rey; pero desde entonces ya no vacilaron en sus dictámenes. Aliáronse estrechamente con los fanáticos presbiterianos, único partido seguro por su apoyo y su adhesión, porque tenía principios fijos, pasiones ardientes, alma para llevar a cabo una revolución, y vigor para sostenerla. Se resolvió irrevocablemente la pérdida de Strafford, y se principió su causa.

La cámara baja en su totalidad quiso asistir a ella para sostener la acusación con su presencia. Junto a los representantes del pueblo se sentaron los comisionados de Escocia e Irlanda, también acusadores. Ochenta pares estaban presentes como jueces; por dictamen de la cámara baja habían sido recusados los obispos, como en toda causa de vida o de muerte. Sobre la localidad que ocupaban los pares, se dispuso una tribuna cerrada, a donde acudieron el rey y la reina, deseosos de verlo todo; pero ocultando el primero su angustia, y la segunda su curiosidad. En las galerías y escalinatas más elevadas se veían innumerables espectadores de todos sexos y alto rango, conmovidos por la pompa del espectáculo, la celebridad de la causa, y la curiosidad que excitaba el carácter bien conocido del acusado.

Conducido por el Támesis desde la torre de Westminster, atravesó sin turbación ni descaro por entre el gentío: a pesar del odio, su reciente grandeza, su ademán, y el terror unido a su nombre, imponían todavía. A medida que se adelantaba, algo encorvado por las enfermedades, pero joven aún por su arrogante mirada, se apartaba la muchedumbre, todos se quitaban el sombrero, y él saludaba cortésmente, tomando a buen agüero esta actitud del pueblo. Animábale la esperanza, despreciaba a sus contrarios, había meditado los cargos, y no dudaba probar que era inocente del delito de alta traición. Sólo le había admi-

rado la acusación de los irlandeses, pues no podía comprender que un reino hasta entonces tan sumiso para con él, hubiese mudado tan repentinamente.

Al segundo día, un incidente le hizo ver que había juzgado mal su situación, y cuán difícil le sería defenderse: «Espero, dijo, que rechazaré las imputaciones de mis maliciosos enemigos». A estas palabras, Pym, que dirigía la causa, exclamó con violencia: «A los representantes del pueblo se dirige la injuria, y es un crimen tacharlos de maliciosa enemistad». Turbado Strafford se postró y excusó, y desde entonces tranquilo y dueño de sí mismo, no dio entrada a la cólera ni a la impaciencia, no soltó palabra que pudiese ser un cargo contra él.

Durante diecisiete días, solo, y contra trece acusadores que se iban relevando, discutió los hechos que se le imputaban. Muchos de estos fueron a toda luz reconocidos llenos de iniquidad y de tiranía. Pero otros, locamente exagerados o ciegamente acogidos por el odio, fueron fáciles de rechazar, y ninguno, en toda la extensión de la palabra, entraba en la definición legal de alta traición. En esto se afianzó Strafford, hablando noblemente de la imperfección y debilidad de las acusaciones, oponiendo a la violencia de sus contrarios una dignidad modesta, y haciendo resaltar la ilegalidad de sus procedimientos. Se pusieron odiosas trabas a su defensa; su defensor, obtenido a duras penas contra la voluntad de los diputados de la cámara baja, no fue admitido a hablar sobre los hechos, ni a interrogar testigos, sólo se le había concedido permiso de citarlos en descargo tres días antes de la apertura de los debates; y la mayor parte estaban en Irlanda. A cada paso reclamaba su derecho, daba gracias a sus jueces si lo reconocían, no se quejaba si se lo negaban, y respondía a sus enemigos, cuando los irritaba su hábil resistencia: «Creo que me pertenece defender mi vida, como a cualquier otro el atacarla».

Tanta energía embarazaba y humillaba a sus acusadores. Dos veces los miembros de la cámara baja intimaron a los lores que activasen un proceso, cuya duración, decían, les hacía perder un tiempo, precioso para el país. Los lores se negaron, pues el valor del acusado les daba alguna energía. Terminada la discusión de los hechos, antes que Strafford hubiese reasumido su defensa, la junta de acusación se dio por vencida, al menos tocante a la prueba de alta traición. Suma fue la agitación de los representantes del pueblo: merced al texto de la ley y a su genio fatal, iba a salvarse un gran culpable, y no bien asomaba la reforma cuando tenía que volver a luchar con su más peligroso enemigo. Se resolvió dar un golpe de Estado. Sir Arthur Haslerig, hombre duro y groseramente apasionado, propuso declarar a Strafford culpable, y condenarlo por acto del parlamento (10 abril 1641).

Este procedimiento que emancipaba de toda ley a los jueces, no dejaba de tener ejemplo, pero había que referirlo a tiempos de tiranía, y siempre tachado de iniquidad. Algunos apuntes encontrados entre los papeles del Secretario de Estado Vane, y entregados a Pym por su hijo, fueron producidos como un suplemento de prueba suficiente para demostrar la alta traición. Se imputaba a Strafford haber dado al rey el consejo de emplear el ejército de Irlanda para domar la Inglaterra. Las palabras que se le atribuían, no obstante ser desmentidas de muchos consejeros, y susceptibles de un sentido menos odioso, eran sobrado conformes con su conducta y con sus máximas para que no produjesen una viva impresión en los ánimos. Se hizo al instante una primera lectura del bill, y los unos creyeron sacrificar la ley a la justicia, mas otros la justicia a la necesidad.

Continuaba al propio tiempo la causa, porque nada se quería omitir contra el acusado, de modo que si salía con bien del juicio legal lo abrumase el golpe de Estado. Antes que sus defen-

sores tomasen la palabra para tratar la cuestión de derecho, Strafford reasumió su defensa (13 de abril de 1641); habló largamente y con maravillosa elocuencia, probando siempre que ninguna ley calificaba sus actos de alta traición. Cada momento crecía la convicción de los jueces, y él se prevalecía de ello siguiendo hábilmente sus progresos, adaptando sus palabras a las nacientes impresiones, profundamente conmovido, mas sin perder por esto el don de observar cuanto pasaba alrededor suyo: «Milores, dijo al concluir, esos señores dicen que por la salud de la república atacan mi tiranía arbitraria; permítaseme a mi vez atacar también por el bien de la república su traición arbitraria. Vivimos a la sombra de las leyes: ¿deberemos, pues, morir por las que no existen? Vuestros ascendientes pusieron en buen lugar en nuestros Estatutos estas terribles acusaciones de alta traición: no queráis ser más sabios y más hábiles en el arte de matar; no andéis en busca de algunos sangrientos ejemplos; no hojeéis los antiguos registros roídos de los gusanos, para despertar a esos leones adormecidos que podrían un día acabar con vosotros y con vuestros hijos. Tocante a mí, pobre criatura, sino fuera por vuestro interés, y por el de esas prendas sagradas que me ha dejado una santa que ahora está en el cielo...». (El orador se detuvo, derramó amargas lágrimas, y levantando luego la frente) añadió: «no tomaría tanta pena por defender este cuerpo que se desploma, cargado de dolencias que me hacen insufrible su peso». Se detuvo de nuevo como si buscara una idea: «Milores, añadió, me parece que todavía tenía algo que añadir; pero mi voz y mi vigor desfallecen; deo humildemente mi suerte en vuestras manos: sea cual fuere vuestra sentencia, ora me dé la vida o la muerte, la aceptó de antemano: *Te Deum laudamus*».

Quedaron los concurrentes altamente enternecidos y admirados. Pym quiso responder; Strafford le miró; su misma inmovilidad era amenazadora; sus pálidos labios expresaban el más

vivo desdén; se detuvo turbado Pym, temblaban sus manos, y buscaban sin encontrarlo un papel que tenía a la vista. Era la contestación que había preparado, y que nadie escuchó, apresurándose él mismo a dar fin a un discurso extraño a los sentimientos de la asamblea, y que apenas podía pronunciar.

Pasada la turbación queda la cólera, y la de Pym y sus amigos llegó a lo sumo: instaron vivamente la segunda lectura del bill. En vano Selden, el más antiguo o ilustre defensor de la libertad, como también Holborne, abogado de Hampden en la causa sobre el subsidio de los buques, se opusieron a ello: no había otro recurso, porque era evidente que los lores no condenarían a Strafford como jueces y en nombre de la ley. Se hubiera querido suspender de repente la causa, imponer silencio a los defensores de Strafford, y aún llamar a la barra y castigar a los insolentes abogados que osaban defender a un hombre a quien los representantes del pueblo declaraban culpable de alta traición. Los lores desecharon estas proposiciones furiosas; se oyeron las defensas de Strafford, pero los miembros de la cámara baja no contestaron a ellas, ni aún asistieron a la sesión, diciendo que era indigno de ellos luchar contra abogados; y cuatro días después, a pesar de la viva oposición de lord Digby, hasta entonces encarnizado acusador de Strafford, fue adoptado definitivamente el *bill* contra su persona en 21 abril de 1641.

A esta noticia, consternado el rey, no pensó más que en salvar a toda costa al conde: «Os aseguro, le escribió, sobre mi palabra real, que nada sufriréis en vuestra vida, en vuestra fortuna, ni en vuestro honor». Tentáronse a la vez todos los recursos con la obcecada ansiedad del temor y del dolor. Procurábase con concesiones y promesas suavizar a las notabilidades de la cámara baja, y al mismo tiempo se conspiraba para la evasión del preso. Pero las tramas dañaban a las negociaciones, y éstas a aquéllas. Repentinamente murió el conde de Bedford que parecía el más complaciente. El conde de Essex, al hablarle Hyde de

la resistencia que la conciencia del rey opondría al bill, le respondió: «El rey con su conciencia está obligado a conformarse al consejo y a la conciencia del parlamento». Se ofrecieron a *sir* William Balfour, gobernador de la torre, 20 000 libras esterlinas y una hija de Strafford en matrimonio a su hijo si favorecía su evasión; mas se negó. Se le mandó recibir en la cárcel, a título de guardia, cien hombres escogidos, mandados por el capitán Billingsley, uno de los descontentos; pero dio parte a la cámara baja. Probábanse y se desvanecían cada día nuevas tentativas para salvar al conde. El monarca por último, contra el parecer del mismo Strafford, reunió las dos cámaras, reconoció las faltas del conde, prometió no emplearlo jamás, pero declaró que tampoco, ninguna razón, ningún temor le harían nunca consentir en su muerte.

Sin embargo, el odio de los representantes del pueblo era más inflexible y osado que el dolor del rey: habían previsto su resistencia y preparado los medios de vencerla. Desde que el *bill* había sido presentado a la cámara alta, la muchedumbre se reunía todos los días alrededor de Westminster armada de espadas, cuchillos y palos, gritando: ¡*Justicia!* ¡*Justicia!*, y amenazando a los lores que tardaban en pronunciar la sentencia. Lord Arundel se vio un día precisado a bajar del coche, con sombrero en mano, rogando al pueblo que se retirase y obligándose a activar el cumplimiento de sus votos.

Cincuenta y nueve miembros de la cámara baja que habían votado contra el *bill* vieron inscritos sus nombres por las esquinas con estas palabras: *Estos son los straffordienses, traidores a su país*. Resonaban en el púlpito las mismas amenazas; se predicaba y oraba por el suplicio de un gran delincuente. Instigados por un mensaje del rey, los lores se quejaron a los miembros de la otra cámara de tales desacatos; mas éstos nada contestaron. Entretanto permanecía suspenso el bill. Resolvióse, pues, dar el golpe decisivo que hasta entonces estaba reservado: Pym, lla-

mando al temor en auxilio de la venganza, denunció la trama de la corte y de los oficiales para sublevar al ejército contra el parlamento. Algunos de los acusados se fugaron, y esto confirmó más las sospechas. Un terror furioso se apoderó de la cámara y del pueblo. Decretóse que se cerrasen los puertos, y se abriesen todas las cartas procedentes del extranjero. Las más absurdas alarmas subieron de punto la agitación. Esparcióse en 5 mayo 1041 la voz de que el salón de la cámara baja estaba minado y próximo a ser volado; acudió la milicia a las armas, y un gentío inmenso se abalanzó hacia Westminster. Sir Walter Earl acudió precipitadamente para dar cuenta a la cámara; se levantaron para escucharlo dos miembros notables por su corpulencia, y crujieron las tablas: ¡*El salón se desploma!*!, exclamaron muchos miembros arrojándose fuera del recinto, que pronto se vio inundado de gente: en ocho días se renovaron dos veces escenas semejantes.

En medio de tantas agitaciones estaba asegurado el imperio de la cámara baja y el logro de sus deseos en la combinación de sabias medidas. A imitación del pacto escocés, fue adoptado por ambas cámaras un juramento de unión en defensa de la religión protestante y de las libertades públicas. La cámara baja se adelantó hasta querer prescribirlo a todo ciudadano; mas negándose a ellos los lores, declararon incapaz de todo cargo de la iglesia y del Estado a cualquiera que no lo prestase. Por último, para librarse en el porvenir de todo riesgo, se propuso un bill, declarando que el actual parlamento no podía ser disuelto sin su consentimiento (7 mayo). Tan osada medida excitó apenas la sorpresa; se dio por pretexto la necesidad de dar una garantía a los empréstitos, que, según decían, eran cada día más difíciles: el entusiasmo ahogó toda objeción. En vano trataron los lores de enmendar el bill, la cámara alta estaba vencida; los jueces habían sancionado su cobardía, declarando que según los términos de las leyes los crímenes de Strafford constituían verda-

deramente alta traición. El *bill* fue sometido a una última discusión; se ausentaron de la cámara treinta y cuatro lores que habían asistido a la causa; de los presentes, veintiséis votaron por el bill, y diecinueve en contra: ya sólo faltaba la adhesión del rey.



HENRY VANE

Carlos pugnaba todavía, creyéndose incapaz de tanto oprobio. Mandó llamar a Hollis, cuñado de Strafford, y que por esta causa no había tomado parte en la acusación. «¿Qué se puede hacer para salvarlo?» le preguntó tristemente; Hollis fue de dic-

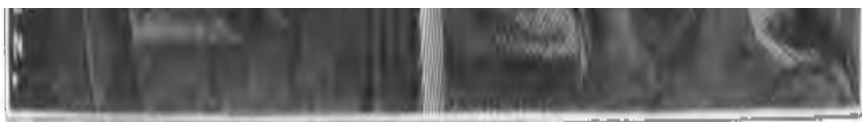
tamen que Strafford solicitase del rey un sobreseimiento, y que este en persona presentase su petición a las dos cámaras, dirigiéndolos un discurso que él mismo redactó; al mismo tiempo prometía hacer cuanto estuviese de su parte para decidir a sus amigos a que se contentasen con un destierro perpetuo: convenidos así, se separaron. Parece que Hollis había adelantado algo en la cámara; pero la reina, temerosa de las asonadas que iban diariamente en aumento, y enemiga declarada de Strafford, con más motivo por el presentimiento de que para salvar su vida había prometido revelar todas sus intrigas, hizo tomar a su marido parte en sus terrores y sospechas; era tal su espanto, que quería huir, embarcarse, volver a Francia, y hacer cuanto antes todos los preparativos. Turbado con los llantos de su mujer, y fuera de estado de tomar una resolución por sí mismo, convocó Carlos ante todo un consejo privado, y después otro de obispos. Sólo Juxon, obispo de Londres, le aconsejó que siguiese su conciencia; todos los demás, particularmente el obispo Lincoln, prelado intrigante y contrario a la corte, le instaron a que sacrificase un individuo al trono, y su conciencia de hombre a su conciencia de rey. No bien acababa de salir de esta conferencia, cuando le entregaron una carta de Strafford: «Señor, le escribía este, después de un obstinado combate he tomado la única resolución que me conviene; todo interés privado debe ser nada ante la felicidad de vuestra sagrada persona y la del Estado; os suplico que aceptando el *bill* remováis el obstáculo que se opone a que exista una dichosa armonía entre vos y vuestros súbditos. Mi consentimiento, señor, os será de más peso delante de Dios que todo cuanto os puedan decir los hombres»: “ningún tratamiento es injusto para con aquel que lo solicita. Mi alma, pronta a huir del cuerpo, lo perdona todo y a todos con la dulzura de un gozo inefable. Sólo os suplico que concedáis a mi pobre hijo y a sus tres hermanas la protección que merecía su

desgraciado padre, según que un día parezca culpable o inocente”.

Al día siguiente, Carlton, Secretario de Estado, pasó de parte del rey a anunciar a Strafford que había consentido en el *bill* fatal. Las miradas del conde dejaron entrever alguna sorpresa, pero por toda respuesta, levantó las manos al cielo, diciendo: «*Nolite confedere principibus et filiis hominum, quia non est salus in illis*».







BENDICIÓN A LORD STRAFFORD AL IR AL SUPLICIO

En vez de ir Carlos en persona a pedir a las cámaras un sobreseimiento, como lo había prometido a Hollis, se contentó con enviar al príncipe de Gales con una carta que concluía con esta posdata: «Si debe morir, sería una caridad hacerle gracia hasta el sábado». Las cámaras la leyeron dos veces, pero sin hacer caso de tan fría súplica, fijaron para la ejecución el día siguiente (12 mayo 1641).

El gobernador de la torre, encargado de acompañar a Strafford, le invitó a subir en un coche para evitar los desmanes del pueblo: «No señor, le dijo el conde; se mirar de frente a la muerte, y al pueblo. Os basta que no me escape; en cuanto a mí me es del todo indiferente morir por mano del verdugo o por el furor del pueblo, si así les place:» y salió a pie, adelantándose a los guardias y mirando a todas partes, como si marchase a la cabeza de sus soldados.

Al pasar por delante de la cárcel de Laud se detuvo; la víspera le había hecho rogar que se asomase a la ventana y le bendijese mientras pasaría «Milord, dijo levantando la cabeza, ¡vuestra bendición y vuestras oraciones!». El arzobispo extendió los brazos hacia él, pero su corazón menos fuerte, y debilitado aún por la edad, no pudo resistir: dio consigo en tierra desvanecido. «Adiós, milord, dijo Strafford alejándose: ¡proteja el cielo vuestra inocencia!». Al llegar al pie del cadalso, subió a él con desembarazo, seguido de su hermano, de los ministros de la iglesia y de muchos de sus amigos, se arrodilló un momento, y levantándose después se dirigió al pueblo diciendo: «Deseo a este reino todas las prosperidades de la tierra: en vida y en muerte ha sido este mi único anhelo. Pero yo suplico a cuantos me es-

cuchan, que puesta la mano sobre el corazón examinen seriamente si la reforma de un reino debe ser escrita con caracteres de sangre: medítadlo bien. ¡No quiera el cielo que caiga sobre vosotros la menor gota de mi sangre!, pero me temo que seguís un mal sendero». Se arrodilló de nuevo, y oró durante un cuarto de hora; se volvió después a sus amigos, de quienes se despidió apretándoles la mano y dándoles algunos consejos: «Casi no existo ya, les dijo; un solo golpe va a dejar viuda a mi mujer, huérfanos a mis caros hijos, y sin dueño a mis pobres criados. ¡Dios os asista a todos! Gracias a él añadió quitándose el vestido, aún puedo por mí mismo hacer este oficio con el corazón tan tranquilo como cuando me echo a dormir». Llamó al verdugo, le perdonó, oró aún otros momentos, puso la cabeza sobre el tablado, y dio él mismo la señal. Cayó su cabeza, y el verdugo la enseñó al pueblo exclamando: «¡Salve Dios al rey!». Resonaron violentas aclamaciones; se esparcieron muchos grupos por la ciudad, celebrando a gritos su victoria; mas otros se retiraron en silencio, dudosos e inquietos, acerca de la justicia del deseo que se les acababa de cumplir.

Turbada de tal impresión, hizo mil esfuerzos la cámara baja para comprimirla, porque nada irrita tanto a un vencedor como ver que todavía es peligroso un enemigo muerto. Como hubiese dicho M. Taylor en una conversación particular que se acababa de cometer un asesinato con la espada de la justicia, fue enviado a la torre, excluido de la cámara, y declarado incapaz de volver a su seno. Lord Digby había publicado su discurso contra el *bill* fatal a Strafford; al instante la cámara prohibió su circulación, y lo hizo quemar por mano del verdugo (13 julio 1641). Jamás se había presentado su fuerza tan colosal; consintiendo el rey en la muerte del conde, había también, casi sin saberlo, adoptado el *bill* que le prohibía disolver por sí mismo el parlamento. Sin embargo, les faltaba seguridad a los representantes del pueblo, de manera que cuanto mayor era su poder,

mas se iban inclinando a la tiranía. Al entregarles a Strafford, se había desacreditado para ellos el rey sin hacer su situación más segura, y era que la enemistad se había hecho más profunda, y la desconfianza se había aumentado. Empezaba a formarse en la corte otro partido realista. Pym, Hampden y Hollis, se veían diariamente precisados a unirse más a los sectarios, alianza que no era muy a gusto de los entusiastas por la libertad: ¿A qué viene, decían, embarazar con cosas dudosas la marcha de la reforma política? En materia de culto y de disciplina están divididos los espíritus, mas contra el absolutismo está unánime la Inglaterra: “este es el único enemigo que es preciso perseguir sin descanso”.

Alguna vez dominaba este dictamen, y volviendo a las pretensiones políticas, de nuevo reinaba en el parlamento la mayor unanimidad. La abolición de la cámara Estrellada, del tribunal del Norte, del de alta comisión y del de todas las jurisdicciones arbitrarias, fue definitivamente adoptada, y el rey consintió al cabo de dos días de dudas. Parecía consumada ya la reforma política, tal al menos cual se había deseado al principio: pero ¿de qué servía haberla consagrado en Estatutos si su ejecución estaba confiada a sus enemigos? Las dudas del rey, los rumores de maquinaciones, las defecciones que se empezaban a columbrar en el ejército y en el parlamento, eran motivo de nuevas alarmas; si perdía el poder la cámara baja consideraba como inevitable su ruina y la de su causa; era forzoso afianzarse en el apoyo del pueblo, y éste, adicto a los presbiterianos, reclamaba también una parte de triunfo. Oíanse nuevas mociones contra la iglesia: aún los mismos escoceses empezaban a pedir abiertamente la uniformidad de culto entre ambas naciones. Estas tentativas hallaban resistencia todavía; pero sin ningún éxito y el embarazo en que ponían a la cámara tantas pasiones y desiguales deseos daban a sus actos una apariencia de incertidumbre y de cansancio de que muchos se prometían el reposo. No obs-

tante, la lucha religiosa se empeñaba cada día más, los sectarios se presentaban más osados, y la iglesia se iba desmoronando. Hasta en la cámara alta, que era su más firme sostén, todo patentizaba su decadencia: los lores espirituales ya no eran como en otro tiempo inscritos separadamente al frente de los bills; al leerlos afectaba el clero de la cámara volver la espalda a los obispos; en las ceremonias públicas, los lores temporales tomaban en todo la preferencia. Sobrado traslucía estos síntomas el partido presbiteriano, y renovaba sin cesar sus ataques, dominando a los reformistas políticos, a quienes mantenía en posesión del poder, y adelantándose en sus pretensiones, a pesar de los aparentes reveses.

El rey se decidió de pronto a pasar a Escocia, donde decía que reclamaba su presencia la ejecución del tratado de paz, próxima a concluirse. Se supo al mismo tiempo que la reina se disponía a partir para el continente, alegando por pretexto su salud. Aquél iba a encontrarse con el ejército descontento, y las relaciones de ésta con el continente se habían hecho sospechosas: Así fue que este doble viaje, repentino y simultáneo, dio a la desconfianza el pábulo que se deseaba. Esta desconfianza era muy legítima. Carlos desacreditado en Londres y rodeado de consejeros inútiles o aterrados, había dirigido sus miradas al reino de sus padres y a los monarcas absolutos de Europa. En Escocia, ora se tratase de la iglesia o de la corona, se proponía ceder, ganando así el favor del pueblo y colmando de mercedes a los magnates. Su tránsito por el ejército y sus alocuciones no dejarían de aumentar el número de sus partidarios. En lo relativo al continente, sus intenciones eran menos terminantes, a pesar de eso sin prever la guerra, puede decirse que andaba ya en busca de socorros y de aliados.

Los diputados de la cámara baja no manifestaron sus sospechas, pero pidieron que la reina no saliese de Londres, y que el rey se dignase retardar su partida. Carlos dejó entrever su mal

humor, afectando mirar este deseo como un capricho. Para dar a entender que no juzgaba de importancia su respuesta, se remitió a la reina misma y a los comisionados escoceses, que le instaban, dijo, a apresurar su viaje. Estos se avinieron a una dilación, y aquella prometió que no se alejaría. Asegurados momentáneamente, instaron a los representantes del pueblo por la disolución del ejército, hasta entonces aplazada con intención. Varias cartas de la cámara prometían a las tropas que pronto se les satisfarían los sueldos. Para cumplirlo, algunos celosos ciudadanos entregaron para fundir todas sus vajillas; se ordenaron nuevos empréstitos, y se establecieron otros tributos. Sin embargo, por falta de dinero, como también por la mala fe de muchos de sus oficiales, se iba retardando el licenciamiento total del ejército. Alegrábase de ello el rey, y la cámara volvía a sus recelos. Al fin expiró el plazo convenido, la cámara pidió otro, pero en vano, porque el rey anunció que iba a partir. Se solicitó por algunos el nombramiento de un gobernador del reino, a fin de que no se suspendiesen los negocios, mas esta idea fue desechada. Contentóse el rey con nombrar al conde de Essex capitán general de toda la comarca al sur del Trenta, y partió el 10 de agosto, lleno de esperanzas que se traslucían en su lenguaje, pero sin conocidos motivos que lo justificasen.

Poco tardó la cámara en ver que en su ausencia perdía el tiempo, vacilante y ociosa. Le convenía más atisbar de cerca a sus contrarios, y enardecer en las provincias el ardor de sus partidarios. Después de quince días de sesiones insignificantes, resolvió prorrogarse. Muchos miembros deseaban dedicarse a sus negocios con algún sosiego; no así los jefes de la reforma. Se envió a Escocia una junta dirigida por Hampden para permanecer junto al rey y vigilar por los intereses del parlamento. Otra junta numerosa y revestida de amplios poderes permaneció en Westminster bajo la presidencia de Pym, durante el intervalo de las dos legislaturas. La cámara alta adoptó también

las mismas medidas. Esparciéronse por los condados una multitud de miembros, ansiosos de propagar sus sentimientos y sus temores. Ambos partidos, bajo aparente tregua, buscaban en el porvenir nuevas fuerzas y se aprestaban a nuevos combates.

Atravesando el ejército inglés que se iba licenciando, y el escocés, que se volvía a su país, Carlos no osó detenerse mucho. Sin embargo, sus tentativas entre las tropas, sobre todo entre los oficiales, fueron bastante públicas para que lord Holland se lo escribiese con inquietud al conde de Essex, añadiendo que a su vuelta a Londres le daría más pormenores. Al llegar a Edimburgo hizo Carlos al parlamento y a la iglesia de Escocia cuantas concesiones se pidieron: parlamentos trienales, abrogación de las antiguas prerrogativas de la corona, persecuciones contra los principales enemigos del pacto, intervención del parlamento en los nombramientos del consejo privado, nada se negó. Prestábase el rey con una gravedad que no procedía ciertamente de complacencia al culto de los presbiterianos, atendiendo a sus oraciones y largos sermones: legos o eclesiásticos, nobles o ciudadanos, los jefes del pacto eran doquier favorecidos, prodigándoles títulos, promesas, pensiones y empleos.

De repente se propagó por la ciudad el rumor de que los dos magnates más acreditados del parlamento, Hamilton y Argyle, se habían retirado al castillo de Kinneil, residencia del conde de Lanerk, hermano del primero, para sustraerse a una detención, y tal vez a un asesinato. Fue suma la sorpresa, y todos se preguntaban admirados que fundamento tenían los temores de los fugitivos, o que causa el rey para tales deseos. Divulgáronse extrañas conjeturas, de las que se quejó con orgullo Carlos como de un ultraje, y reclamó del parlamento la exclusión de Hamilton hasta tanto que estuviese vengado su honor. Firme y circunspecto el parlamento, se negó a toda decisión violenta, y decretó una información. Oídos que fueron numerosos testigos, dio la comisión su dictamen, y se declaró que no había lugar a

reparación para el rey, ni a temor para los fugitivos. Volvieron estos al parlamento, guardaron silencio, como Carlos, sobre lo pasado, y no se habló más del particular.

Ni uno ni otro partido quería patentizar sus miras. Al tiempo en que el rey se decidía a tantas concesiones para ganar el ánimo de los escoceses, meditaba también en ambos reinos la ruina de sus enemigos. Persuadido de que los jueces deberían condenar como traición las relaciones de los descontentos ingleses con los sublevados de Escocia en la última invasión, pasaba él mismo en busca de pruebas, juzgando que a su vuelta podría intentar contra los jefes de la cámara baja la acusación que no había podido anunciar Strafford. El conde de Montrose, osado joven, anteriormente adicto al pacto pero después partidario del rey, se había obligado a procurarle estos documentos tan deseados. Sobre su palabra había partido Carlos; pero antes de su llegada había excitado las sospechas de los escoceses una carta anónima interceptada por Argyle, y el monarca al llegar a Escocia encontró a Montrose encarcelado. Enardecido este con el riesgo y anhelando vengarse le participó que si podía verle le haría conocer a sus verdaderos enemigos y sus pasadas conspiraciones. Por medio de algunos sirvientes se logró que saliese secretamente de la cárcel y que pasase de noche al cuarto del rey, donde le expuso cuanto sabía, acusó a Hamilton y a Argyle de haber tenido relaciones con los descontentos, aseguró al rey que sus papeles le darían de ello pruebas, y le empeñó por fin a que cuanto antes adoptara cualquier medida para librarse de aquéllos. Dispuesto Carlos a dar cabida a las resoluciones más temerarias y sin pensar en el efecto que un acto tan violento debía necesariamente producir entre el pueblo cuyo favor quería granjearse, consintió en ello; a la sombra de las concesiones se urdía la trama, y todo estaba ya pronto para la ejecución, cuando los dos lores, avisados a tiempo, desbarataron todos los planes con su fuga.

Sabiamente aconsejado el parlamento escocés echó un velo sobre el asunto; ya no temía ningún riesgo, y por consiguiente no quería comprometer con demasías la posesión de los bienes que acababa de adquirir. El mismo rey para ocultar sus maquinaciones nombró a Hamilton duque, a Argyle marqués, y a Lesley conde de Leven; pero Hampden y la junta inglesa, bien instruidos de todo, se apresuraron a llamar a Londres el conocimiento del asunto, puesto que estaba próxima a expirar la prorrogación de las cámaras. El terror fue grande: a pesar de sus desconfianzas, no habían previsto tales riesgos los reformadores, pues se creía que sus antiguas relaciones con los rebeldes de Escocia estaban indultadas como la misma rebelión por medio de un tratado de paz. A estos síntomas de la mala voluntad del rey se creyeron comprometidos los hombres más moderados. Hyde al encontrar a Essex y Holland que tristemente hablaban de la noticia, se burló de sus temores, recordándoles lo que un año atrás pensaban de Hamilton y Argyle: «Todo a cambiado mucho de entonces acá, le respondieron, la corte y el país». El día de su reunión pidió la cámara baja al conde de Essex una guardia, indispensable según ellos decían para la seguridad del parlamento. Obtúvola sin dilación. En las conferencias tenidas en casa de lord Holland en Kensington se comunicaban las notabilidades de ambas cámaras sus indagaciones y sus sospechas, y meditaban juntos lo que debían practicar, inquietos y osados a un mismo tiempo: «Si el rey, dijo lord Newport, urde alguna trama contra nosotros, aquí tenemos a mano a su mujer y sus hijos;» y eran tanto más vivas sus alarmas, cuanto no osaban con ellas amotinar al pueblo, puesto que manteniéndose tranquilos en Escocia, no había motivos de terror en Londres.

En medio de esta sorda agitación llegó de improviso en 1.º de noviembre 1641 la noticia de que una insurrección tan general como violenta había estallado en Irlanda, amenazando

con inminente riesgo la religión protestante y el parlamento. Los católicos irlandeses se habían sublevado unánimemente reclamando la libertad de su culto y de su patria, invocando el nombre de la reina y del mismo rey, patentizando una comisión que decían haber recibido de él, y anunciando el proyecto de salvar de los puritanos ingleses, sus comunes opresores, al trono y a los pueblos. La conspiración desde mucho tiempo tramada en todo el reino, no había sido descubierta sino casualmente en Dublín la víspera del día en que debía estallar, por manera que apenas se tuvo tiempo de preservar de ella la capital. Por lo demás en ningún otro punto había encontrado obstáculo su explosión; los protestantes de Irlanda atacados de improviso por todas partes, eran despojados de sus bienes, perseguidos, asesinados y entregados a todos los suplicios que la saña religiosa y patriótica puede inventar contra los herejes, los extranjeros y los tiranos. Se hacían horrorosas descripciones de su situación; se hablaba de innumerables asesinatos y de martirios inauditos; y tal era en efecto la triste realidad que podía exagerarse sin caer en lo inverosímil^[18]. Un pueblo casi salvaje y entusiasta de su barbarie, la que siempre le echaban en cara sus opresores sin facilitarle medios para librarse de ella había aprovechado con exaltación un asomo de esperanza que le ofrecían las disensiones de la Gran Bretaña. Queriendo vengar en un día siglos enteros de ultrajes y desgracias, se entregaba con alegría y con orgullo a excesos tales que llenaban de horror y de espanto a sus antiguos dueños. No tenían las autoridades inglesas ningún medio de resistencia, porque embebido el parlamento en su odio a Strafford y a la corona y pensando sólo en afianzar la libertad en Inglaterra, había olvidado que quería mantener en Irlanda la tiranía; así es que el tesoro estaba exhausto, la ley marcial abolida; el ejército reducido a un débil cuerpo, y el poder real inerme. Todavía más: contra la voluntad del rey se había prohibido a los irlandeses licenciados que pasa-

sen al servicio extranjero, y resultó que se esparcieron por el país y dieron más vigor a la insurrección. En fin, aunque el conde de Leicester hubiese sido nombrado sucesor de Strafford todavía no residía ningún virrey en Irlanda, y los negocios estaban confiados a dos jueces sin capacidad, sin crédito, y que sólo debían su difícil empleo a su celo presbiteriano.

Elevóse en Inglaterra un grito de espanto y de furor: todos los protestantes se creyeron en peligro. El rey, que había recibido en Escocia las mismas noticias, se apresuró a participarlo a las cámaras, anunciando algunas medidas que había tomado con ayuda de los escoceses para reprimir la rebelión, y poniéndolo todo en manos del parlamento. Carlos por nada entraba en la insurrección, y era sólo una impostura la pretendida comisión que produjo *sir* Phelim O'neil; pero su odio a los puritanos, la confianza con que parecía mirar a los católicos, las intrigas que desde tres meses urdía en Irlanda para procurarse en caso de necesidad plazas fuertes y soldados, y por último las promesas de la reina habían persuadido a los irlandeses que podían servirse de su nombre sin temer una desaprobación formal. Sublevado aquel país, juzgó Carlos que tamaño peligro haría más tratable al parlamento; y sin sostener a los rebeldes, sin meditar una alianza con ellos, no por esto le arrebató la cólera y el espanto como a su pueblo, no se apresuró a exterminarlos, antes por el contrario, dejó a las cámaras obrar como quisieran en el negocio para hacerlas responsables en su caso, para alejar toda sospecha de complicidad, y tal vez para que no le echasen en cara los católicos los rigores de que iban a ser víctimas.

Pero toda astucia es inútil para oponerse a las pasiones de un pueblo; de manera que quien no quiere servirlos, tampoco es dueño de engañarlos. En mejor posición y más hábiles los jefes de la cámara baja, no cuidaron más que de explotarlas a su provecho. Sus inquietudes se desvanecieron en razón de que el pueblo inglés comprendió la comunidad del peligro. Apoderá-

ronse con toda diligencia de las facultades que les concedía el rey, y a pesar de sus arrogantes declaraciones y de sus amenazas, se ocuparon muy poco de dominar la sublevación; los socorros de tropas y dinero enviados a Irlanda fueron escasos, lentos y mal combinados: sólo a la Inglaterra se dirigían sus discursos, todos sus actos, y por medio de un golpe tan decisivo como inesperado resolvieron empeñarla en la reforma de un modo sólido.

Poco después de la apertura del parlamento, se había encargado a una comisión el cuidado de preparar un manifiesto general, en que se expusieran todas las injusticias y los medios de repararlas. Pero había sido tan rápida la reforma, que no se juzgaba ya oportuno dar tanta solemnidad a la queja; la mayor parte de los abusos políticos había desaparecido; la comisión no se ocupaba ya de su cometido, y nadie pensaba en ello.

De repente, a principios de noviembre, se le dio orden de activar sus trabajos: al cabo de pocos días los presentó a la cámara. Ya no era según su primer plan una exposición de los abusos actuales y de los votos unánimes del país, y si una sombría pintura de los males pasados, de los abusos antiguos, de las tiranías del monarca, de los méritos del parlamento, de los obstáculos que había superado, de los peligros que había corrido, y sobre todo de los que le amenazaban todavía y pedían el último esfuerzo: era en una palabra una especie de llamamiento al pueblo, y con especialidad a los presbiterianos fanáticos, un pábulo a las pasiones que había reanimado la sublevación de Irlanda, y un grito de reunión a los representantes del pueblo, que aún podían librarlos del papismo, de los obispos y del rey.

Eleváronse muchos murmullos a la primera lectura del proyecto; un acto tan hostil, sin motivo aparente, sin objeto directo ni ostensible, excitó la sorpresa y la sospecha en muchos miembros hasta entonces poco amigos de la corte, y estos se quejaron altamente del lenguaje fuerte, de ese inútil encono contra

abusos ya reformados, del poco respeto a la majestad, y de las esperanzas que se daban a los sectarios: ¿qué planes ocultos, qué peligros desconocidos exigían tan violentos medios? Si el proyecto se dirigía sólo al rey, ¿qué ventajas podían esperarse?, si al pueblo ¿por qué se apelaba de esta suerte a otro poder? Poco contestaron los reformadores, porque no podían revelar sus planes; pero en las conversaciones procuraban ganarse sufragios, protestando que sólo querían intimidar la corte, patentizar sus intrigas, afirmando que aunque el proyecto se adoptara, no por esto se publicaría. Este lenguaje no era infructuoso, porque la desconfianza era tan profunda, que hallaba cabida hasta en los hombres más moderados en cuanto se les expresaba con prudencia y dulzura. Al cabo de algunos días, cuando la cámara después de una larga sesión iba ya a separarse, se pidió que el proyecto fuese puesto a votación; creían ya los reformadores seguro el triunfo; pero lord Falkland, Hyde, Colepeper y Palmer se opusieron, insistiendo vivamente para que se dejase para el día siguiente, en lo que consintió la cámara.

—¿Por qué anheláis este retardo? —preguntó Cromwell.

—Porque es demasiado tarde, y habrá debate.

—Muy corto —repuso Cromwell, con una confianza real o afectada.

Abrióse al día siguiente la discusión a las tres de la tarde, y al cerrar la noche parecía que empezaba todavía. Ya no era la pugna de la corte con el país; por primera vez se encontraban de frente dos partidos, sino nacionales ambos, engendrados al menos en el seno del pueblo, uno y otro apoyados en intereses y sentimientos públicos, y en el voto de ciudadanos independientes. Los habían unido esperanzas comunes, y los dividían temores opuestos; cada uno preveía discretamente el porvenir reservado al triunfo de sus contrarios, y desconocía el que le reservaba su propia victoria. Combatiéronse con un encarnizamien-

to hasta entonces sin ejemplo, y tanto más obstinado, cuanto no osaban todavía declararse mutuamente sus sospechas. Transcurrían las horas; el cansancio, la indiferencia y la edad, alejaron a algunos miembros; hasta un ministro, el Secretario de Estado Nicolás, se salió de la cámara antes de concluirse el debate. «Esto, dijo Benjamin Rudyard, será la decisión de un jurado famélico». A medianoche se decidió la votación: por ciento cincuenta y nueve votos fue adoptado el proyecto, contra ciento cuarenta y ocho que lo desecharon. Acto continuo se levantó Hampden y pidió su impresión:

—Sobrado lo temíamos —exclama una voz—; queréis sublevar al pueblo y emanciparos de los lores.

—La cámara —dijo Hyde— no está en uso de publicar así sus actos; esta resolución, ilegal a mi parecer, será funesta: si se adopta, séame lícito al menos protestar.

—Protesto —exclama Palmer.

—Protesto, protesto —repitieron sus amigos.

Otros diputados se admiran e irritan; este proceder, usado entre los lores, era desconocido de los comunes; Pym toma la palabra para demostrar lo ilegal y peligroso de tal medida, pero le interrumpen con invectivas; insiste, y le responden con amenazas. Todos los miembros están de pie, y poniendo mano a sus espadas parecían querer empezar la guerra civil en el seno del parlamento. Pasan dos horas, y crece el tumulto a cada tentativa que se pone en juego para hacer adoptar una resolución. Hampden por último, lamentando cuerda y gravemente tan degradante desorden, propone que se levante la sesión, y se deje la decisión para el día siguiente. Se resuelve así:

—Y bien —dijo lord Falkland a Cromwell—, ¿ha habido debate?

—Otra vez os creeré —le respondió Cromwell—; y le añadió al oído: si hubiese sido desechado el proyecto, mañana vendía

yo cuanto poseo, y dejaba para siempre la Inglaterra, a muchos conozco que hubieran hecho otro tanto.

La sesión siguiente fue poco agitada; los realistas desesperaban de la victoria, y sus contrarios se habían visto tan a punto de perderla, que se les daba muy poco de entrar en un nuevo combate. Habíanse anunciado persecuciones contra los autores de la protesta, pero Hyde tenía entre ellos amigos que rehusaron dañarle en nada. Palmer fue enviado a la torre, pero fue de allí a poco puesto en libertad, y después de algunas explicaciones no se habló más del asunto. Por una mayoría de veintitrés votos se resolvió la impresión del proyecto. Se retardó sin embargo la ejecución, porque antes era preciso presentarlo al rey, que se esperaba de un día a otro.

Llegó confiado y arrogante en 25 noviembre 1641, a pesar de haberse desbaratado sus planes de Escocia, y de cuanto sabía acerca de las disposiciones hostiles del parlamento. En su tránsito, por York sobre todo, había sido recibido con brillantes testimonios de júbilo y aprecio: en distintos puntos habían encantado al pueblo sus concesiones a los escoceses, ignorándose sus ocultas maquinaciones. Por otra parte, en la nación lo mismo que en las cámaras, se organizaba y empezaba a manifestar sus sentimientos el partido realista. Aún en Londres se notaban ya estos síntomas. Los amigos del rey habían triunfado en las elecciones del lord corregidor, nombrando a Richard Gourney, hombre activo, osado y muy adicto, que preparaba al monarca un brillante recibimiento. Muchos ciudadanos armados a caballo salieron a su encuentro, llevando desplegadas las banderas de las corporaciones, y le acompañaron con aclamaciones hasta el palacio de Whitehall. El rey a su vez les dio un magnífico banquete, honró al lord y a otros con el título de caballeros; y desde el día siguiente de su llegada, ansioso por anunciar a la cámara que se creía fuerte, les retiró la guardia que en su ausencia les había concedido el conde de Essex para su seguridad.

Los negocios mudaban de aspecto: al unánime clamor del reino se había seguido la lucha de los partidos, y a la reforma la revolución. Conociéronlo los jefes de ésta, y pronto tomó un nuevo carácter su conducta. El proyecto fue presentado al rey, quien escuchó en silencio su lectura, y dirigiéndose enseguida a la comisión, dijo:

—¿Desea la cámara publicar esta declaración?

—No estamos autorizados para responder a las preguntas de V. M.

—Supongo que no esperáis instantáneamente mi respuesta, os la enviaré así que la gravedad del asunto me lo permita.

Poco les importaba esto a los agitadores de la cámara; de improviso habían ya desarrollado proyectos que el mismo manifiesto no dejaba entrever. Hasta entonces se habían empeñado contra los abusos, invocando las antiguas leyes; pero ahora proclamaban ya principios y pedían imperiosamente innovaciones.

Discutíase un *bill* para el levantamiento de tropas destinadas a Irlanda, y en el preámbulo se decía que en ningún caso, salvo el de una invasión extranjera, no podía el rey *arrancar* los súbditos para el servicio militar, cosa incompatible con la libertad de los ciudadanos. Propúsose otro sobre que la organización de la milicia y el nombramiento de sus jefes sólo podría en adelante llevarse a efecto con el concurso y el consentimiento del parlamento. Por influencia de los presbiterianos se había reproducido y adoptado poco antes de la vuelta del rey el *bill* que excluía a los eclesiásticos de todo cargo civil; y como no le hubiesen aprobado los lores, se quejaron por ello amargamente los miembros de la otra cámara: «Somos, decían, los representantes de todo el reino, cuando los pares sólo son individuos revestidos de un simple derecho personal. Si rehusáis consentir en los actos necesarios para la salud del pueblo, entonces la cá-

mara baja uniéndose a aquellos lores que conozcan la gravedad del peligro se dirigirán solos a S. M.; y los lores que gozaban de más popularidad como el conde de Northumberland, el de Essex, y el de Warwick, consentían en este lenguaje».

Fuera de las cámaras, el partido se unía a estos jefes con el mismo ardor; el proyecto fue publicado; la ciudad declaró que al recibir al rey con tanta pompa no habían creído los ciudadanos faltar a sus amigos, y que querían vivir y morir por el parlamento; pronto una petición patentizó los menoscabos del comercio, imputándolos a los papistas, a los obispos y a los malos consejeros. Formábanse en los condados asociaciones adictas a la defensa de la libertad y de la fe. Todos querían prestar apoyo a la cámara baja; siniestros rumores provocaban a su favor nuevas pruebas de adhesión, ya amenazaban la vida de Pym, ya preparaban los rebeldes de Irlanda una invasión; se denunciaban sin fundamento conspiraciones, y se hacían solemnes juramentos de fraternidad; y en tanto que la cámara volvía diariamente a pedir su guardia, se la formaba el gentío que se agrupaba alrededor de Westminster, dando gritos y aclamaciones.

Contra tan atrevidas pretensiones, apoyadas en pasiones tan tumultuosas, se apresuraba Carlos por su parte a reunir a todos sus partidarios, a los empleados del absolutismo, a los leales defensores del rey, y a los ciudadanos que en otro tiempo pugnanaban contra la tiranía, pero que se declararon a favor de la corona por temor a tantas innovaciones y excesos. Estos últimos eran casi los únicos que componían el partido realista de la cámara baja. A su cabeza se hallaban lord Falkland, Hyde, y *sir* John Colepeper: Carlos resolvió captarse sus sufragios. Antes de su viaje a Escocia había ya tenido secretas entrevistas con Hyde, que había merecido su confianza por la sabiduría respetuosa de sus consejos, por su aversión a las innovaciones, y sobre todo por su adhesión a la iglesia. No le gustaba tanto lord Falkland, conocido por su desprecio a la corte, y poco apego al

rey, y que sólo por defender la justicia y el poder amenazado, se manifestaba algo dispuesto a tomar su defensa en aquellos momentos: Carlos le temía, pareciéndole insoportable su presencia.

Era sin embargo preciso resolverse, y Hyde, su más íntimo amigo, se encargó de la negociación. Falkland se negó por de pronto; su escrupulosa virtud le alejaba de los fautores de la revolución, pero sus principios, sus deseos y el ardor de su imaginación le traían sin cesar a la memoria a los amigos de la libertad. Alegó su antipatía por la corte, su torpeza como cortesano, y su resolución de no valerse jamás de la falsedad, de la corrupción ni de delatores: «medios útiles, necesarios tal vez, decía, pero con que nunca me mancharé». Por más que Carlos se admiraba y le era molesto el tener que solicitar a un súbdito, insistió sin embargo. Hyde exageró el menoscabo que sufriría la majestad con tal negativa, y al cabo, el lord se dio por vencido, pero desalentado de antemano y como una víctima sin voluntad ni esperanza. Fue nombrado Secretario de Estado. Colepeper mucho menos influyente pero conocido por su osadía y por los recursos de su espíritu en las discusiones pasó a canciller de Hacienda. Sólo rehusó contra la voluntad del rey todo empleo, no por temor sino por prudencia, juzgando que le serviría mejor guardando la independencia exterior de su situación. Los tres amigos tomaron a su cargo el gobernar en la cámara los negocios del rey, y este prometió no hacer nada sin su consejo.

Al propio tiempo otros servidores menos útiles y más ardorosos, acudían a él de todos los puntos del reino para defender, decían, su honor y su vida amenazados por el parlamento. A pesar de la decadencia del régimen feudal, todavía animaban a muchos gentilhombres los sentimientos que habían heredado de sus padres. Ociosos en sus castillos, poco acostumbrados a reflexionar y a discutir, despreciaban a esos ciudadanos parlanchines, cuya rígida creencia proscribía el vino, las diversiones y

los placeres de la antigua Inglaterra, y que pretendían dominar al rey a quien no habían tenido siquiera sus antecesores el honor de servir. Envanecidos con los recuerdos de su propia independencia, se les daba a esos nobles muy poco de las nuevas exigencias de la libertad pública. Como el pueblo, también habían murmurado contra la corte y la tiranía; pero después de las concesiones del príncipe, se indignaba su imprevisión y su lealtad de la obstinación de los novadores. Llegaban armados a Londres, recorrían fieramente las tabernas y las calles y se dirigían con frecuencia a Whitehall a ofrecer al rey sus servicios, solicitando al mismo tiempo algún favor. Allí se les reunían otros hombres, cuya adhesión era más ciega, aunque no tan pura; la mayor parte de estos últimos eran oficiales reformados, a quienes había dejado sin sueldo ni empleo la disolución del ejército, los soldados aventureros, instruidos en las guerras del continente, pervertidos, audaces, irritados contra el parlamento que los había licenciado, y contra el pueblo que detestaba sus costumbres, y dispuestos a todo en obsequio del que los ocupara en algo. Algunos jóvenes legistas, protegidos de la corte, o ansiosos de asociarse a sus placeres, o creyendo tal vez darse con semejante conducta un tono de nobleza y de elegancia, aumentaban también el séquito presuntuoso que se reunía todos los días alrededor de Whitehall, declamando contra la cámara baja, insultando a sus partidarios, prodigando bravatas y pullas, y anhelando que el rey o la casualidad les ofreciesen coyuntura favorable para elevarse patentizando su fidelidad.

Con anhelo deseaba facilitarles esta coyuntura el partido popular, cuyas reuniones se hacían cada día más numerosas y agitadas. Una multitud de aprendices, jornaleros y mujeres pasaban al amanecer a Westminster; delante de Whitehall gritando: *¡Fuera obispos!, ¡fuera lores papistas!* Deteníanse de cuando en cuando y uno de ellos subiendo a algún pilar, leía en alta voz los nombres de los *miembros pervertidos de la cámara baja, o de los*

lores traidores y corrompidos. Llegó su audacia hasta pedir que no hubiese conserjes a las puertas de palacio, porque querían ver al rey a todas horas como les pluguiese. Pronto tuvieron lugar riñas violentas; los nombres de *caballeros* y de *cabezas redondas* distinguían a ambos partidos; los ciudadanos consideraron por de pronto este dictado como un insulto, pero después lo tomaron a honra. Los caballeros a su vez iban a Westminster en busca de sus enemigos, ya para insultarlos, ya para proteger a los carlistas a su salida del parlamento. Contra la cámara alta sobre todo se dirigía el furor del populacho, porque aún no se adoptaba el *bill* de exclusión de los obispos. Williams, arzobispo de York, al encaminarse a pie a la cámara, quiso detener a un joven que le seguía injuriándole; pero la muchedumbre se echó sobre él, y les costó a sus amigos mucho trabajo el salvarle. Ambos partidos se hacían a un tiempo prisioneros, y se los arrancaban.



THOMAS FAIRFAX

Derramábase sangre; se envanecían imprudentemente los caballeros de haber dispersado a sus contrarios, pero estos volvían al día siguiente más aguerridos y bien armados. Una tarde, cuando los lores estaban todavía en sesión, llegó a ser tan violento en la parte exterior el tumulto, que el marqués de Hertford se acercó al banco de los obispos y les aconsejó que no saliesen:

—Porque —les dijo— están gritando que os esperan, que abrirán los coches y no os dejarán escapar.

—¿Será menester, pues, que pasemos aquí la noche? —dijeron los obispos.

—Bien podría ser —respondieron sonriéndose algunos de los partidarios de la exclusión.

Salieron no obstante, pero unos en el coche de algún lord popular, y otros por puertas escusadas y rodeados de sus amigos; muchos empezaron a creer que su presencia no valía los peligros que les hacía correr. Dos veces la cámara alta reclamó el concurso de los representantes del pueblo para la represión de tales ultrajes (del 20 al 30 diciembre 1641); pero estos guardaban silencio o se quejaban de los desórdenes de los caballeros. «Necesitamos el concurso de todos nuestros amigos, decían los diputados de la cámara baja; no quiera el cielo que impidamos al pueblo obtener lo que desea justamente». Los lores se dirigieron a los magistrados, pidiendo que se procediese según ley contra los perturbadores, y se mandó que se situasen guardias cerca de Westminster para disipar los grupos sediciosos. La cámara baja tomó esta orden por atentado a sus privilegios, y envió uno de los magistrados a la torre. Al propio tiempo votó la cámara, que como persistiese el rey en negarles una guardia, cada miembro tendría derecho de llevar consigo a uno de sus criados armado, y de dejarlo a la puerta.

Estas asonadas, estos gritos, este tumulto incorregible, daba ira y temor a un tiempo al rey. Jamás en sus más tétricos terrores se le habían ofrecido al pensamiento escenas semejantes; se espantaba y se indignaba de que la majestad real pudiese sufrir tamaños desacatos; ya no se alarmaba sólo por su poder, sino que también por su seguridad, o por el decoro al menos de su persona y de su vida. Más turbada aún la reina, daba pábulo a sus sombríos pensamientos: el orgullo de monarca y la ternura de esposo no podía soportar la idea del menor riesgo, del menor insulto al objeto de su cariño y a la compañera de su rango. Buscando en todas partes algún apoyo contra la muchedumbre, algún medio de prevenir o de castigar sus excesos, resolvió alejar al gobernador de la torre, *sir William Balfour*, adicto a la cá-

mara baja, y remplazarlo por otro seguro y osado. Entregáronse a William 3000 libras esterlinas, fruto de la venta de algunas alhajas de la reina, para sosegarle, y le sucedió en el empleo *sir* Thomas Lunsford, uno de los más atrevidos jefes de los caballeros reunidos en Whitehall. Hyde había redactado una respuesta hábil y enérgica al célebre proyecto: Carlos la adoptó y la hizo publicar en su nombre. Todavía discutían las cámaras el *bill* sobre quintas; antes que se le presentasen, anunció en una sesión solemne que sólo lo aceptaría con una reserva contra el preámbulo, donde se le negaba el derecho de mandar una leva. Los asuntos de Irlanda estaban paralizados; por esto intimó a los representantes del pueblo que se ocupasen de este particular, y ofreció formar un cuerpo de 10 000 voluntarios si prometía el parlamento pagarlos. Reuniéronse por su parte los obispos para deliberar sobre su situación; todo era violencia para ellos a las puertas de la cámara alta, y determinaron retirarse, consignando en una protesta las causas de su conducta, y declarando nullos e inválidos todos los *bills* que fuesen adoptados sin el concurso de todos los miembros legítimos y necesarios del parlamento. Improvisada esta protesta y Armada por doce obispos, fue inmediatamente recibida por el rey, puesto que le daba esperanza de anular algún día bajo este pretexto los actos de un parlamento fatal que no le era posible domar. Al instante, sin participarlo a sus nuevos consejeros, cuyos consejos temía más de lo que apreciaba su influencia, mandó a su guarda-sellos que la presentase a la cámara alta, aplaudiéndose interiormente de su destreza en saber prepararse un feliz porvenir (30 diciembre 1641).

Suma fue la sorpresa de los lores, pues no podían creer que doce obispos cuya existencia en la cámara era un problema, pretendiesen disponer así de la suerte del parlamento, anulándolo con su separación. Comunicada sin demora la protesta a la cámara baja, fue recibida con aquella cólera aparente, que es

alegría secreta inspirada por las faltas de un enemigo. Se propuso y resolvió al momento la acusación de los obispos por haber atentado a las leyes fundamentales del reino y a la existencia de los parlamentos. Indignados de su imprudencia, o aprovechando tal vez la coyuntura de poder abandonar sin mengua una causa perdida, sus mismos amigos guardaron silencio; sólo una voz se oyó en su favor, diciendo que no se les debía hacer comparecer ante los jueces, sino enviarlos a Bedlam. La cámara alta admitió la acusación, y los hizo meter en la torre. Los diputados de la otra cámara supieron aprovechar la sazón, y renovaron vivamente todos sus ataques. Se habían quejado ya de la declaración del rey tocante al *bill* sobre quintas como contrario a los privilegios de la cámara, que no permitían que se entrometiese en ningún *bill* durante su debate, y se insistió en la necesidad de garantizar sólidamente estos privilegios, única áncora de salvación en medio de tales peligros. Indignáronse de que se hubiese encargado el gobierno de la torre a *sir* Thomas Lunsford, hombre sin bienes, sin piedad y sin costumbres, conocido sólo por sus violencias contra el pueblo, y capaz de los más depravados fines. La alarma, decían, es tal en la ciudad que los negociantes y los extranjeros no se atreven a depositar en la torre sus barras: se pedía en consecuencia el nombramiento de un nuevo gobernador. Lord Digby, que ya figuraba como íntimo confidente del rey, fue denunciado por haber dicho que el parlamento no era libre. En fin, hasta llegaron a correr rumores de que la misma reina podía ser acusada de alta traición.

El rey aparentó ceder; no dio ningún paso en favor de los obispos, retiró a Lunsford el gobierno de la torre para encargarlo a *sir* John Byron, hombre grave y apreciado; no habló más de asonadas, ni se quejó siquiera de los últimos debates. Sin embargo, algunas relaciones y noticias secretas traían agitada a la cámara. Silenciosa y reservada la reina, parecía animada de alguna esperanza. Visitábala frecuentemente lord Digby, lo

mismo que al rey, cada día con más intimidad. Era cada vez mayor la afluencia de los caballeros a Whitehall, y los diputados, sin hablar de sus temores, pidieron de nuevo su guardia; mas como lo hiciesen por medio de un mensaje, no les contestó el rey, diciendo que quería su petición por escrito. En vista de esto hicieron los representantes del pueblo traer armas a su salón, como si estuviesen ciertos de que les amenazaba algún peligro. Tres días después recibieron esta respuesta: «Me obligo solemnemente, bajo mi palabra de rey, a preservaros a todos y a cada uno de vosotros de toda violencia, con el mismo cuidado que tomaría por mi seguridad y la de mis hijos». Pero la cámara, alarmada siempre, obligó al lord corregidor, a los jerifes y al consejo común, a tener permanentes las milicias de Londres, y a situar fuertes guardias en distintos puntos de la ciudad.

El mismo día (3 enero 1642), *sir* Edward Herbert, procurador general de la corona, pasó a la cámara alta, y acusó de traición en nombre del rey al lord Kimbolton, a Hampden, Pym, Hollis, Strode y Haslerig: (estos cinco últimos eran miembros de la cámara baja), por haber intentado: 1.º Destruir las leyes fundamentales del reino y quitar al rey su poder legal. 2.º Por haber propalado entre el pueblo odiosas calumnias contra el rey. 3.º Por haber sublevado el ejército. 4.º Por haber empeñado una potencia extranjera, la Escocia, a que invadiese el reino. 5.º Por haber pretendido anular los derechos y la existencia misma de los parlamentos. 6.º Por haber excitado contra el rey y el parlamento reuniones sediciosas con la mira de lograr violentamente sus criminales deseos. 7.º y último: por haber provocado la guerra contra el rey. *Sir* Edward pidió al mismo tiempo que se nombrase una comisión para examinar los cargos, y que se procediese a asegurarse de los acusados.

Los lores permanecían inmóviles, porque nadie había previsto este acto ni osaba tomar primero la palabra. Levantóse lord Kimbolton: «Estoy pronto, dijo, a obedecer todas las órdenes

de la cámara; pero, ya que mi acusación es pública, pido que lo sea asimismo mi defensa;» y volvió a sentarse en medio del mismo silencio. Lord Digby estaba a su lado: «Muy mal aconsejado está el rey, le dijo al oído; muy poco he de poder, o sabré de dónde os viene el tiro:» y salió enseguida, como para ir a informarse. Aseguran que él era quien había aconsejado al rey este designio, obligándose a pedir inmediatamente el arresto de Kimbolton, en cuanto le hubiese acusado *sir* Edward.

Sin perder tiempo un mensaje de los lores pasó a informar de todo a los representantes del pueblo, quienes acababan de saber que los comisionados del rey se habían dirigido a las habitaciones de los cinco miembros acusados, y ponían en sus puertas el sello de embargo. Votaron al momento que este acto violaba todos sus privilegios; que los acusados podían resistirse; las autoridades municipales debían oponerse, y finalmente, que los comisionados del rey fuesen presos y llamados a la barra como delincuentes. John Hotham fue enviado a los lores para pedir instantáneamente una conferencia, con orden de manifestar que en el caso de que estos se opusieran a unirse a la cámara baja para obtener una guardia, estaban decididos a pasar a un lugar más seguro. Esperábase la respuesta, cuando se presentó un heraldo: «En nombre del rey mi señor, dijo, vengo a intimar al señor presidente a que me entregue cinco gentilhombres, miembros de esta cámara, que S. M. me manda arrestar como reos de alta traición:» y los nombró. A la vista estaban éstos, pero nadie se movía, y el orador mandó al heraldo que se retirase. Sin tumulto ni oposición, la cámara encargó a una comisión que pasase en el acto a decir al rey que a tan importante mensaje sólo se podía responder después de un maduro examen. Entre los encargados de esta respuesta se notaban dos ministros, que ignoraban la causa de aquel procedimiento; lord Falkland y *sir* John Colepeper. Se abrió la conferencia con los lores, y en menos de una hora se mandó quitar los sellos de

embargo, y en nombre de las dos cámaras se pidió al rey una guardia por medio del duque de Richmond, su más digno favorito. «Mañana contestaré» respondió a su vez el monarca; mas las cámaras se separaron al día siguiente a la una, mandando a los acusados que compareciesen como sus colegas en Westminster.

Al día siguiente, al abrirse la sesión (4 enero 1642) la agitación había subido de punto por el presentimiento de algún nuevo peligro hasta entonces desconocido. Tristes y silenciosos, permanecían en sus bancos los realistas, mientras entre sus contrarios circulaban mil rumores: los caballeros, se decía, estaban reunidos de orden del rey; se habían pasado a Whitehall dos barriles de pólvora; todos se reunían alrededor de los cinco acusados, todos se perdían en conjeturas, y les daban consejos. Aún más: se sabía que el ministro de Francia, relacionado con los cinco, y la condesa de Carlisle, que según decían, estaba tiernamente relacionada con Pym, les habían dado noticia del golpe de Estado que se preparaba; pero ellos guardaban silencio. Llega de improviso el capitán Langrish, en otro tiempo al servicio de Francia, y a quien sus relaciones con los oficiales reformados ponían en estado de tener buenas noticias; anuncia que el rey se acerca, que le ha visto partir de Whitehall, escoltado de unos cuatro cientos hombres entre guardias, caballeros y estudiantes armados, y que en persona se dirigía a prender a los acusados. Suscítase desorden completo: es necesaria una pronta resolución. La cámara obliga a los cinco miembros a retirarse, pues algunos habían echado mano a sus armas, y se preparaban a resistir. Cuatro salen al instante; Strode se niega a abandonar el puesto: iba ya entrando el rey en el edificio cuando consiguió Walter Earl amigo de Strode sacar a este bruscamente fuera del salón. En medio de una doble línea de sus adictos había atravesado el rey la gran sala de Westminster; su guardia quería subir con él las graderías de la cámara; pero el rey man-

da que nadie le siga bajo pena de muerte, y entra con el sombrero en mano, seguido solamente de su sobrino el conde Palatino. Todos los diputados se descubren y se levantan. El rey de paso lanzó una mirada al sitio en que Pym acostumbraba sentarse, y al ver que no estaba en su puesto se dirigió hacia la tribuna, diciendo:

—Con vuestro permiso, señor orador, ocuparé por algunos instantes este sitio. Subió en efecto y mirando en derredor de la cámara se expresó en estos términos:

—Señores me es muy sensible la causa de mi venida. Ayer os envié un heraldo con el encargo de prender algunas personas acusadas por orden mía de alta traición. No esperaba de vosotros mensajes, sino actos de obediencia. Ningún rey de Inglaterra se ha mostrado más solícito que yo en mantener vuestros privilegios, pero no debéis ignorar que a nadie pueden servirle al tratarse de crímenes de alta traición. Vengo a ver si se hallan aquí porque en tanto que permanezcan en la cámara, no es posible que esta entre en el recto sendero, como tan sinceramente deseo. Vengo pues a buscarlos. ¿Dónde están, señor orador?

Postróse, este y respondió:

—Dígnese V. M. perdonarme de no poder contestar a lo que me pregunta.

—Enhorabuena; veo que los pájaros han volado ya, pero espero que me los entregareis en cuanto vuelvan. Os aseguro bajo mi palabra de rey que nunca he pensado en emplear la fuerza, y que procederé contra ellos por los medios legales. Entre tanto, ya que no he logrado mi objeto, no os perturbaré más; pero repito que estoy persuadido de que me los enviareis en cuanto vuelvan; de otro modo, creed que sabré encontrarlos.

Y salió siempre con el sombrero en la mano. La cámara permanecía todavía inmóvil; sin embargo se oyeron algunos gritos de *¡privilegio!*, *¡privilegio!*

En cuanto estuvo fuera se cerró la sesión citándose para el día siguiente. Todos los miembros corrieron presurosos a saber hasta qué punto llegaban los planes del rey, y como habían sido recibidos por parte del público: en todas partes fueron testigos de una emoción no menos viva que la suya. Sólo se hablaba de los insultos y de las amenazas de los caballeros: “Que me señalen el blanco, había dicho uno, enseñando una pistola, no le erraré. Al diablo con los representantes del pueblo exclamaban otros; ¿qué haremos de esos hombres?, que se les ahorque”. Algunos se habían adelantado hasta preguntar si se había ya recibido la orden: rumores todos que excitaban la mayor indignación. Los cinco miembros se habían retirado a la ciudad, cuyos habitantes habían acudido a las armas: en vano procuró calmarlos el lord corregidor: formábanse espontáneamente fuertes patrullas para la seguridad común, y recorrían las calles bandas de aprendices, gritando de puerta en puerta que los caballeros iban a pegar fuego a la población, y que (añadían algunos) el mismo rey venía a su frente.

No era menor la agitación en Whitehall: el rey y la reina habían fundado sus mayores esperanzas en este golpe de Estado, que hacía ya mucho tiempo entraba en el secreto de las conferencias domésticas, y era objeto de todos los pensamientos. Carlos al abrazar aquel día a su esposa al tiempo de partir, le había prometido que dentro de una hora volvería dueño y señor del reino: la reina esperaba su regreso con el reloj en la mano. Pero todo se había desvanecido, y si bien el rey no pensaba desistir de su plan, ya no confiaba en él ni sabía cómo llevarlo a efecto. Ofendidos sus más discretos amigos, se iban alejando de su lado y ya nada le aconsejaban. Publicóse una proclama, mandando cerrar las puertas y no dar asilo a los acusados; pero a nadie alucinaban estas órdenes; no se ignoraba la morada de los cinco miembros, y sin embargo nadie osaba penetrar en ella. Sólo lord Digby quiso espiar con su audacia la imprudencia de

sus consejos, y su cobardía en la cámara alta en los momentos de la acusación. Ofreció al rey dirigirse en persona, acompañado de Lunsford y algunos caballeros, a prender a los acusados y conducírselos muertos o vivos. Pero Carlos bien fuese por una sombra de respeto a las leyes, bien por timidez, no aceptó la proposición y resolvió pasar al siguiente día a pedir de un modo solemne al consejo municipal la entrega de los acusados, lisonjeándose que por medio de su presencia y suaves palabras haría entrar en su deber al pueblo cuyo encono no había alcanzado a preverse.

En efecto, salió a las diez de la mañana de Whitehall, sin escolta, como si tuviese entera confianza en sus súbditos. Agrupábase a su paso el gentío, pero frío y silencioso, y dirigiéndole sólo la voz para conjurarle que no se indispusiera con el parlamento. En algunos puntos se oyeron gritos más amenazadores; resonaron las palabras *!privilegio!*, *!privilegio!*, y hasta hubo quien echó en su coche un folleto intitulado: *¡A tus tiendas Israel!*, grito de rebelión de las diez tribus de Jerusalén al separarse de Roboam. Al llegar Carlos a Guildhall reclamó los cinco miembros con afabilidad y dulzura, protestando su adhesión a la reforma, su buena fe en las concesiones, y prometiendo obrar en todo según las leyes. No se oyó el menor aplauso: el consejo, a par que el pueblo, estaba triste y taciturno. Dirigióse el rey a uno de los jerifes, ardoroso presbiteriano, y le dijo que iría a comer a su casa. Inclínose este, y concluida la sesión recibió al rey con pompa y respeto. Pero a su vuelta a Whitehall, Carlos sólo obtuvo del gentío la misma acogida y entró en su palacio airado y abatido. Acababa de reunirse la cámara; en el acto votó que después de tamaña violación de sus privilegios no podía deliberar libremente hasta tanto que se le hubiese dado una reparación y una guardia para ponerla al abrigo de tales riesgos: se prorrogó por seis días; mas no por esto permaneció activa.

Una junta revestida de plenos poderes, recibió orden de establecerse en la ciudad, para dedicarse a una información sobre el último atentado; y examinar el estado general del reino, particularmente el de Irlanda, de concierto con los ciudadanos fieles amigos del parlamento. La instalación de la junta se hizo pomposamente en Guildhall donde la esperaba una crecida guardia, y donde le salió al encuentro una diputación del consejo municipal, que puso a su disposición todas las fuerzas y el servicio de sus habitantes. Sus sesiones fueron tan activas como las de la cámara; todos sus miembros tenían derecho a asistir a ellas; allí inmediata estaba la casa que servía de asilo a los cinco acusados, y nada se hacía sin los consejos de éstos. Muchas veces pasaron en persona a la junta, y el pueblo los aplaudía, envanecido de poseer y custodiar a sus representantes. En medio de su victoria hábiles manejos enardecían su celo y daban pábulo a sus terrores. Cada vez más se iba estrechando la alianza de la cámara y del pueblo. Por último, aquella junta, por su sola autoridad y como si fuese la cámara misma, publicó una declaración que contenía el resultado de sus investigaciones. Entonces el consejo municipal dirigió al rey una petición quejándose de los malos consejeros, de los caballeros, de los papistas, del nuevo gobernador de la torre, abrazando la causa de los cinco miembros, y pidiendo todas las reformas que la cámara baja había dejado entrever (7 de enero 1642).



ABADÍA DE WETMINSTER

El rey quedaba solo en Whitehall, perdida la confianza de sus más fieles partidarios. Aun los mismos caballeros se dispersaban intimidados o guardaban silencio. Probó a responder a los municipales, ordenando de nuevo el arresto de los acusados, pero sus contestaciones se habían desacreditado ya, y sus órdenes no tenían efecto. Supo que dentro de dos días abriría la cámara sus sesiones y que los cinco miembros serían conducidos pomposamente a Westminster por las milicias, el pueblo, y aún por los marineros del Támesis, cuya confianza creía poseer:

“¡Cómo pues!, dijo con enfado, ¡hasta esos ratones de agua me abandonan!”. Estas palabras divulgadas entre los marineros fueron recibidas como un insulto que debía ser vengado. Carlos no pudo resolverse a ver pasar por delante del palacio a sus enemigos en triunfo. La reina, tímida e iracunda a un mismo tiempo, le conjuraba a que se alejase; por otra parte, los realistas y los mensajeros enviados a distintos puntos del reino prometían seguridad y fuerza; los caballeros, vencidos en Londres, exageraban su valimiento en los condados: lejos del parlamento el rey sería libre, y sin él, ¿qué podría el parlamento? Adoptóse la resolución; se convino en que se retirase a Hamptoncourt, y enseguida más lejos si preciso fuere; se expidieron órdenes secretas a los gobernadores de algunas plazas con cuyo afecto parecía poder contarse; el conde de Newcastle partió para el Norte, donde era grande su influencia; y el 10 de enero, víspera de la reunión de la cámara baja, Carlos, seguido de su mujer, de sus hijos y de algunos criados, dejó la ciudad de Londres y el palacio de Whitehall, que ya no debía atravesar sino para dirigirse al cadalso.

Al día siguiente a las dos de la tarde se vio el Támesis cubierto de chalupas que conducían a Westminster a los cinco miembros, seguidas de un sin número de góndolas brillantemente empavesadas y llenas de ciudadanos. A lo largo de ambas orillas marchaban paralelamente los milicianos de Londres, llevando en las puntas de sus picas las últimas declaraciones del parlamento; mandábalos el capitán Skippon, educado en los campamentos de Gustavo Adolfo: era este capitán hombre rudo, pero sencillo, osado, de austeras costumbres, y muy popular. Seguía a la comitiva un gentío inmenso, y al pasar por delante de Whitehall desierto, se detuvo exclamando: «¿Dónde están ahora el rey y sus caballeros?, ¿qué se han hecho?». No bien llegaron los cinco miembros a Westminster, cuando se apresuraron a celebrar la adhesión del pueblo a la causa pública; y los jerifes, in-

troducidos en la sala, recibieron gracias del presidente. Al salir se les presentó otra comitiva: cuatro mil gentilhombres, terratenientes, etc. venidos a caballo del condado de Buckingham, patria de Hampden, querían entregar a la cámara una petición contra los lores papistas, contra los malos consejeros, y a favor de su digno representante; llevaban también otras para la cámara alta, como también para el rey, y se dejaba ver inscrito en sus sombreros el juramento de vivir y de morir en defensa del parlamento contra toda clase de enemigos. Dominaba en todas partes ese entusiasmo fiero y animado que permite e instiga a los jefes populares a probar las más osadas resoluciones: los representantes del pueblo se arrojaron a ellas, a la manera que aprovecha el piloto un viento fuerte, pero propicio. La cámara a las pocas horas de estar reunida votó que ninguno de sus miembros pudiera ser arrestado sin su consentimiento. Adoptóse un *bill* que daba a las cámaras derecho de reunirse donde les pluguiese, y se redactó un mensaje para pedir al rey que se sirviese quitar a *sir* John Byron el mando de la torre, ínterin se aguardaba la respuesta, se encargó a Skippon que colocase guardias alrededor de este fuerte; se enviaron cartas a Goring, gobernador de Portsmouth, prohibiéndole recibir en la ciudad tropas o municiones sin autorización del parlamento; a *sir* John Hotham, rico e influyente en el condado de York, se le ordenó partir sin demora para ir a tomar el mando de Hull, plaza importante, y llave del Norte de Inglaterra, donde se encontraban grandes arsenales. A los dos días se había ya votado que el reino estaba en peligro; y si bien rehusaron los lores adherir a esa votación no por esto dejó de servir por todas partes de aviso al pueblo.

Con razón preveía la cámara una guerra, porque también el rey se preparaba a ella. Vivía en Londres impotente y humillado; pero apenas salió de la ciudad, y se vio rodeado de sus partidarios se entregó a la esperanza de vencer a mano armada al

enemigo de quien huía sin combatir. Parecía también a los caballeros que iba a declararse la guerra, y se apresuraban a darle principio. La cámara supo que doscientos de entre ellos al día siguiente de su partida se dirigían hacia Kingston, depósito de almacenes del condado a seis leguas de Londres, sin duda para establecerse en aquel punto. Lord Digby había salido a su encuentro para darles gracias por su celo en nombre del rey, y tramar con ellos algún designio fatal. El parlamento tomó prontas medidas que desbarataron estos planes, y lord Digby, vivamente denunciado, huyó al continente. El rey entre tanto pasó a Windsor para alejarse más de Londres: allá le siguieron los caballeros, Lunsford con ellos, y en un consejo secreto se decidió que la reina pasaría a Holanda, llevándose consigo las joyas de la corona para comprar municiones y armas, y solicitar socorros de los reyes del continente. Se daría por pretexto de este viaje la necesidad de presentar al príncipe de Orange la princesa Enriqueta María, niña todavía, y ya desposada con él seis meses antes. El rey por su parte sin romper sus relaciones con las cámaras, debía retirarse gradualmente a los condados del Norte, donde eran numerosos sus partidarios, fijar en York su residencia, y esperar la ocasión y los medios de obrar. Para llevar a cabo este plan, hizo misteriosamente la reina los preparativos de su viaje, y el rey invitó a las cámaras a reunir sus pretensiones en un solo cuerpo y presentarlas juntas prometiendo hacer justicia, y poner de este modo término a sus debates.

La cámara alta recibió con júbilo este mensaje: en ella figuraban muchos amigos del rey, y otros que eran los más, se hallaban cansados y sólo aspiraban a hacer cesar la lucha de los partidos. Pero los representantes del pueblo, más previsores y determinados, no podían creer que el rey se aviniese a hacer tales concesiones, ni que se atuviera a lo prometido. De consiguiente su proposición fue considerada sólo como un ardid para hacerles abandonar el campo. Se negaron por lo tanto a acceder a las

expresivas gracias que daban los lores, a menos que se suplicase antes al rey dar el mando de la torre, de las plazas fuertes y de la milicia a hombres que poseyeran la confianza del parlamento. La cámara alta rehusó esta enmienda, pero treinta y dos lores protestaron, y la cámara baja, fuerte con el apoyo de esta minoría, dirigió sola al rey su petición. Respondió éste con negativa formal tocante a las plazas y a la torre, en términos vagos y evasivos en punto a la milicia, y al parecer únicamente decidido a ganar tiempo. Mas los representantes del pueblo no querían perderlo; así en Windsor como en Londres tenían confidentes y amigos; no ignoraban los proyectos del rey, ni el viaje de la reina, ni las intrigas de la corte en el Norte del reino y en el continente.

El peligro se hacía cada vez más inminente: ¿no podía acontecer que el rey estuviese preparado para la guerra antes que se hubiese decidido la cuestión de la milicia para oponérsele? Temores más ciegos agitaban al pueblo; hablábase de municiones sacadas de la torre, de tramas contra la vida de los jefes populares, y todos se indignaban de haber vencido tantas veces sin haber sacado ningún fruto de la victoria. Sólo una nueva y viva explosión de la opinión pública, decían, puede dar al traste con los nuevos obstáculos, armar a los ardorosos, llevarse tras sí a los tibios y desarmar a los malvados. Aumentáronse las peticiones, procedentes de todos los condados y de todas las clases de ciudadanos: los aprendices, los mercaderes, los jornaleros, y hasta las mujeres se reunían alrededor de Westminster para presentar las suyas. Al ver a éstas por primera vez se admiró Skippon que mandaba la guardia: «Que nos escuchen, gritaban; donde hoy veis una mujer, mañana habrá quinientas». Pasó el comandante a recibir órdenes de la cámara, y de vuelta las obligó con buen modo a que se retirasen. Pero volvieron a los dos días, llevando a su frente a una tal Ana Stagg, mujer de un rico cervecero, encargada de presentar una petición al pie de la cual

se explicaban sus motivos. «Semejante paso, decían, no desdice de nuestro sexo; Cristo nos salvó lo mismo que a los hombres; como ellos sufrimos las calamidades públicas, como ellos tenemos una vida que sostener, y una alma que salvar: no hacemos esto por vanidad u orgullo de corazón, ni para compararnos a los hombres en autoridad o en sabiduría, sino sólo para cumplir con lo que debemos a Dios, a su iglesia y a nuestro país».

La petición fue recibida, y Pym salió para responder a ella: «Buenas mujeres, dijo a las peticionarias que le rodearon, vuestra petición ha sido leída, la cámara os da gracias; os rogamos que volváis a vuestras familias, y que vuestras peticiones se conviertan en preces para el buen éxito de nuestros trabajos: siempre hemos estado y estaremos prontos a defenderos, como también a vuestros esposos y a vuestros hijos». Retiráronse sin tumulto: notable ejemplo de reserva en medio del entusiasmo, y de gravedad moral en las intrigas de los partidos.

Las peticiones eran uniformes; todas clamaban por la reforma de la iglesia, el castigo de los papistas y la represión de los malvados. Algunas avanzaban hasta el punto de amenazar abiertamente a la cámara alta: «Que los nobles lores, se decía, que desean tomar parte en las excelentes resoluciones del parlamento, se unan a los representantes del pueblo, votando con ellos en un solo cuerpo: con esto se disiparán todos nuestros temores, y se prevendrán los golpes a que por desesperación se arrojarían al cabo los hombres más pacíficos. Nunca hemos desconfiado de la cámara baja, exclamaba el pueblo a las puertas de Westminster; pero dicen que todo lo paralizan los lores; dénsenos los nombres de los que así impiden la buena armonía entre las dos cámaras: pronto buscaremos un remedio». Aun en el seno mismo de la cámara alta el lenguaje de los partidos era ya el de la discordia. «Cualquiera que rehúse unirse a los representantes del pueblo en la cuestión de la milicia, dijo el conde de Northumberland, es enemigo del Estado». Se le intimó que

se explicase. «Sobrado lo entendemos todos,» exclamaron sus amigos que en esta cuestión pertenecían a la minoría. La muchedumbre estaba a las puertas; se apoderó de los lores el temor; muchos de ellos se salieron; otros mudaron de opinión; el mismo canciller Littleton, salvo inútiles reservas, dio su voto en favor de la cámara baja, y pocos días después fue adoptado al par que el *bill* de exclusión de obispos, de que hacía tres meses que no se hablaba.

No estando todavía redactado el decreto sobre milicia no se presentó al rey más que ese *bill*: la perplejidad de Carlos llegó al extremo. Acababa de anunciar a las cámaras el próximo viaje de la reina: había renunciado para aplacarlas a todo procedimiento contra los cinco miembros; consentía también en nombrar gobernador de la torre a *sir* John Conyers, designado por los representantes del pueblo; pero entraba en sus miras eludir en adelante toda cuestión hasta tanto que estuviese dispuesto para sus fines peculiares. La exclusión de los obispos era para él un cargo de conciencia; el abandono de la milicia entregaba a sus contrarios todas las fuerzas del país. Instigábanle sin embargo; sus mismos consejeros no creían que pudiese negarlo todo; lord Falkland se inclinaba siempre a las concesiones; Colepeper insistía vivamente en la adopción del *bill* sobre los obispos, diciendo que la milicia era asunto de mayor importancia; que con la espada podría reconquistar el terreno, y que entonces sería fácil declarar nulo un consentimiento que la violencia hubiese arrancado.

—¿Es de este parecer Hyde? —preguntó el rey.

—No, señor, os lo confieso; antes por el contrario, piensa que ni uno ni otro *bill* debe ser sancionado.

—Tiene razón, y así pienso yo.

Colepeper fue a hablar con la reina, le pintó los peligros del monarca y los suyos propios, sin olvidarse de los obstáculos

que encontraría en su viaje, único medio de poner al rey en estado de vencer un día a sus enemigos.

A sus gestos y a sus palabras, la reina tan propensa a dar entrada al miedo como a la esperanza, y no muy amiga por otra parte de los obispos anglicanos, se dejó persuadir fácilmente. Corrió en busca de su marido, rogó, lloró y se deshizo en exclamaciones por su seguridad, por su porvenir, y por el de sus hijos. Carlos era incapaz de resistirla, y cedió con tristeza, como en la causa de Strafford, autorizando a los comisionados para que firmasen en su nombre el bill; pero no habló de la milicia, y partió a poco para Douvres, donde debía embarcarse la reina.

Apenas hubo llegado cuando se encontró con un mensaje de la cámara baja que daba más importancia al decreto sobre la milicia que a la exclusión de los obispos, ya vencidos y encarcelados. Se habían apresurado los representantes del pueblo a redactar su decreto, y añadiendo además los nombres de los que debían mandar en cada condado, y demandando para todo una pronta sanción. «Necesito tiempo, dijo el rey, contestaré a mi vuelta». Al volver del embarque de la reina (28 febrero de 1642) se encontró con un nuevo mensaje en Canterbury, más apremiante que el anterior. Supo al propio tiempo que la cámara baja se oponía a la partida de su hijo Carlos, príncipe de Gales, al que quería llevarse consigo al Norte; que el procurador general Herbert era perseguido por haberle obedecido con acusar a los cinco miembros; y que en fin, habían interceptado y abierto una carta de lord Digby a la reina. Tanta desconfianza después de tantas concesiones le ofendió sobremanera, como si éstas hubiesen sido sinceras. Trató a los mensajeros agriamente, sin decidirse por nada. Al llegar a Greenwich encontró al príncipe, al que su ayo el marqués de Hertford había conducido a aquel punto a pesar de la prohibición de la cámara. Tranquilo entonces por su mujer y por sus hijos, envió a las cámaras su respuesta. Ofrecía confiar la milicia a los comandantes que se le desig-

naban, pero conservando el derecho de revocarlos, y exceptuando de esta medida a las principales ciudades del reino, cuya milicia debía permanecer bajo el imperio de sus Estatutos y antiguas leyes: después partió para York, viajando lentamente. Alcanzaronle en Theobalds doce comisionados de las cámaras: al recibir su respuesta habían votado que era una negativa, que si persistía dispondrían de la milicia sin su consentimiento, y que sólo su vuelta a Londres podía prevenir los males que amenazaban al reino.

El tono del mensaje era áspero, como si las cámaras hubiesen querido dar a entender que se sentían fuertes y no temían manifestarlo. «Estoy tan admirado, dijo el rey, que no sé cómo responderos: habláis de temores y de desconfianzas; pues bien, consultad vuestra propia conciencia, y decidme sino debo yo también tener desconfianzas y temores. He meditado bien la cuestión de la milicia; mi respuesta es justa; a ella me atengo. Tocante a que resida cerca de vosotros, quisiera poderlo hacer segura y honrosamente y no tener motivos para dejar Whitehall; ¿qué decís a esto? Por mi honor os aseguro que sólo deseo paz y justicia para mi pueblo; espero que sabré mantener estos dones, y para defenderme a mí y a mis derechos cuento con la bondad de Dios;» y continuó su camino.

Ocho días después, (9 marzo 1642) se le presentaron nuevos comisionados en Newmarket, con una declaración en que el parlamento recapitulaba todas sus pretensiones y temores, justificaba su conducta, y le conjuraba a que volviese a Londres, corriese en armonía con su pueblo, y dispase de este modo los funestos presentimientos que agitaban a todos los corazones. Una viva emoción se traslucía a través de un lenguaje enérgico, que asimismo se manifestó en la entrevista de los comisionados con el rey; su conversación fue larga, familiar y agitada, como entre individuos que miran próximo un rompimiento, y procuran hallar algún medio de persuadirse. Era evidente que dos

partidos que juzgaban inevitable la lucha y estaban decididos a sostenerla, sólo deseaban hacer un último esfuerzo de conciliación, aunque sin esperanzas de buen éxito.

—¿Qué queréis pues? —dijo el rey—. ¿He violado vuestras leyes?, ¿he rehusado ningún *bill* para la seguridad de mis súbditos? No os preguntaré yo lo que habéis hecho por mí. ¿Hay alguien que tema todavía? Yo ofrezco un perdón tan general y tan completo como vosotros mismos podáis idearlo.

—¿Pero la milicia, señor? —dijo lord Holland.

—¡La milicia!, yo no me he negado.

—Vuelva pues V. M. por lo menos cerca del parlamento.

—Ningún acto vuestro me invita a hacerlo; ¿creéis que me decida vuestra declaración?, ciertamente que no habréis encontrado tales medios de persuadir en la retórica de Aristóteles.

—El parlamento se lo ha suplicado sumisamente a V. M. —dijo lord Pembroke.

—Vuestra declaración me demuestra que las palabras nada significan.

—Dígnese pues V. M. decirnos claramente lo que se debe practicar para que se resuelva.

—Yo daría azotes a un niño de la escuela de Westminster que por mi respuesta no sacase en claro mi voluntad; os engañáis creyendo que me niego a volver cerca del parlamento.

—¿No sería posible conceder al parlamento la milicia, por un cierto tiempo al menos?

—No, vive Dios, ni una hora; esto que me pedís es lo que jamás se ha pedido a un rey, y lo que yo no confiaría a mi mujer ni a mis hijos.

Volviéndose después a los comisionados de la cámara baja añadió:

—Los asuntos de Irlanda no se compondrán nunca por los medios de que echáis mano; no logrará dominar aquel país una asamblea de cuatro cientos hombres: uno solo se necesita. Si me lo encargaran a mí, aventuraría mi cabeza por conseguirlo, no soy en la actualidad más que un mendigo, y sin embargo encontraría fondos para la empresa^[19].

Estas últimas palabras hicieron renacer todas las desconfianzas; en ellas se vio la confesión de recursos desconocidos, el anhelo de imputar al parlamento los males de la Irlanda, y en fin, el deseo de encontrarse solo a la cabeza de un ejército para mandarlo a su placer. Hasta aquí llegó la conferencia; los comisionados partieron; el rey siguió su camino, y llegó sin otro incidente a York.

Entonces empezó entre el parlamento y el monarca una lucha hasta aquella época sin ejemplo en Europa: claro y glorioso síntoma de la revolución que asomaba, y que posteriormente se ha completado en las sociedades. Continuaron las negociaciones, pero sin que ningún partido esperase de ellas nada, ni aún se propusiese tratar sobre el asunto. Ya no se dirigían mutuamente la palabra en sus declaraciones y mensajes; ambos hablaban a la nación entera, a la opinión pública; ambos se prometían fuerzas y triunfos de este nuevo poder. El origen y prerrogativas de la monarquía, los privilegios de las cámaras, los límites del deber y fidelidad en los súbditos, la milicia, las peticiones, fueron objeto de una controversia oficial, en que eran alegados, explicados y comentados los principios generales del orden social, las especies de gobierno, los derechos primitivos de la libertad, la historia, las leyes y las costumbres de Inglaterra. Entre los debates de ambos partidos en el seno del parlamento, y su choque a mano armada en los campos de batalla, se interpuso por decirlo así durante algunos meses el raciocinio y la ciencia, suspendiendo el curso de los acontecimientos, desarrollando sus más hábiles esfuerzos para granjearse la libre adhe-

sión de los pueblos, y queriendo dar a una y otra causa el carácter de la legitimidad.



EL CONDE DE ESSEX

Al abrirse el parlamento no había creído ni deseado la Inglaterra una revolución: sólo los disidentes meditaban en la iglesia; la vuelta del orden legal, el restablecimiento de las antiguas libertades, la reforma de los abusos dominantes, esto se creía, ser el voto y la esperanza del país. Los mismos jefes, más ilustrados y atrevidos, no formaban proyectos más vastos; la energía de su voluntad sobrepujaba a la ambición de sus pensa-

mientos: de día en día se habían ido empeñando sin miras remotas, sin sistema, y siguiendo solamente el desarrollo progresivo de su situación y la urgencia de las necesidades. Llegada la hora de la lucha, todos se admiraron y se conmovieron, no porque su corazón fuese tímido, ni porque la guerra civil en general tuviese a los ojos del parlamento ni aún a los del pueblo algo de extraño y de criminal: leíala con orgullo en la historia de sus instituciones; más de una vez había aquel pueblo desafiado el poder de sus dueños y quitado y dado una corona.

Este tiempo estaba tan distante que ya se había perdido la memoria de sus penalidades y sólo se traslucían sus gloriosos ejemplos de energía y de poder. Pero la resistencia se había declarado siempre en nombre de las leyes y de derechos conocidos; al conquistar la libertad, siempre había creído la Inglaterra defender su herencia, de modo que sólo en las palabras *ley* y *orden legal* se cifraba este respeto popular y espontáneo que desecha la discusión y sanciona los más atrevidos planes. En el momento a que nos referimos, ambos partidos se acusaban mutuamente de ilegalidad e innovación, entrambos con justicia, puesto que el uno había violado los antiguos fueros del país y no abjuraba las máximas de la tiranía, mientras el otro reclamaba en virtud de principios confusos todavía unas libertades y un poder hasta entonces desconocido. Ambos sintieron la necesidad de cubrir con el manto legal sus pretensiones y sus actos; ambos quisieron justificarse, no sólo según razón, sino también según ley. En pos de ellos se lanzó llena de entusiasmo la nación a la arena, sintiéndose aún más conmovida que sus jefes de sentimientos encontrados, y sin embargo sinceros.

No bien emancipados de una opresión que las leyes de sus abuelos habían condenado sin prevenirla, ansiaba garantías más eficaces, pero nunca había perdido de vista su esperanza aquellas leyes. Sentía la nación inglesa fermentar en su seno nuevas creencias, nuevas ideas; profesábales una fe viva y pura;

lanzábase hacia ellas con aquel ardoroso entusiasmo que trata de adquirir la verdad sin reparar en sacrificios; pero al mismo tiempo, llena de modestia en sus pensamientos, tiernamente adicta a sus costumbres, y respetando sus antiguas instituciones, se empeñaba en persuadirse a sí misma que lejos de alterarlas no hacía más que tributarles homenaje, y reponerlas en su antiguo vigor.

De aquí provino aquella mezcla de osadía y timidez, de sinceridad e hipocresía, que se echa de ver en las publicaciones de toda especie que inundaron entonces la Inglaterra. Era desmedido el ardor: universal, inaudito y descompuesto el movimiento. En Londres, en York y demás populosas ciudades del reino, se multiplicaban y propagaban folletos y periódicos en que a la vez se trataba de cuestiones políticas, religiosas, e históricas, de noticias, sermones, planes, consejos e invectivas: sobre cualquier asunto se escribía; circulaban estos impresos por las campañas^[20]; en los mercados y en las puertas de los tribunales y de los templos se compraban y leían; y en esta explosión de pensamientos, en medio de una apelación tan nueva a la opinión del pueblo, mientras que en el fondo reinaba el principio de la soberanía nacional en pugna con el derecho divino de la monarquía, se invocaban sin cesar los Estatutos, la jurisprudencia, las tradiciones y las costumbres, como únicos jueces legítimos: en todas partes reinaba la revolución sin que nadie osase decirlo, ni tal vez confesárselo a sí mismo.

Supuesta tal disposición de los ánimos, era falsa la situación moral del parlamento, puesto que sólo por él y a su provecho, se llevaba a cabo la revolución; empeñado en hacerla y en desmentir al mismo tiempo su acción, andaba disorde entre sus actos y su lenguaje, y vacilaba entre la audacia y la sutileza, la violencia y la hipocresía. Sus principios considerados como máximas y medidas de excepción aplicables a tiempos de crisis, y que darían fin aunque no tuvieran que ser considerados co-

mo necesarios, eran verdaderas al par que legítimas sus resoluciones; pero los partidos no se resignan tan fácilmente a la posesión de una legitimidad efímera: los pueblos no miran con entusiasmo las doctrinas e intereses momentáneos y aun cuando sólo los domina lo presente, sueñan en la duración de sus actos y de sus obras, y pretenden arreglar el porvenir en nombre de la eterna verdad. El parlamento, no satisfecho con echar mano del poder soberano, votó por principio y como para definir el orden legal del país, que el mando de la milicia no pertenecía al rey, que no podía este rehusar la sanción de los *bills* deseados por el pueblo, que las cámaras sin su concurso podían declarar lo prescrito por ley, y en fin, que era lícito y justo solicitar por medio de peticiones el cambio de estatutos, si bien debía ser desoída, como falta de objeto, la que tendiese a su sostenimiento.

A pesar de la incertidumbre y de la diversidad de antiguos ejemplos, tales máximas, erigidas en derecho público y permanente eran contrarias a los fundamentos históricos, al estado regular, y a la misma existencia de la monarquía. Aprovechóse de ello el rey, hablando a su vez en nombre de la antigua Inglaterra, de sus leyes y de sus recuerdos. Se encargaron de su causa sabios defensores. Edward Hyde, residente todavía en Londres, redactaba por sí o de concierto con Falkland respuestas a todas las publicaciones del parlamento. Llevábanlas al rey unos fieles mensajeros, y este las copiaba por la noche de su misma letra para que no fuese conocido el autor, y las publicaba después en nombre de su consejo. Escritas con arte y claridad, y alguna vez con ironía, tendían a presentar al vivo las sutilezas, los artificios y la ilegalidad de las pretensiones del parlamento. Ya no gobernaba Carlos ni podía defender ninguna tiranía actual: le era dable disimular sus principios ocultos, sus esperanzas despoticas, e invocar a la ley contra enemigos, constituidos a su vez en déspotas. Fue tal el efecto de las publicaciones reales,

que el parlamento hizo cuanto pudo para acallarlas, mientras el rey hacía por el contrario imprimir junto a sus respuestas los mensajes de aquél. Aumentábase incesantemente el partido realista: no tardó en enardecerse y en volver contra sus enemigos las armas mismas de la libertad; George Benyon, rico comerciante de Londres, dirigió a la cámara baja una petición contra su decreto sobre la milicia, y muchos ciudadanos la firmaron.

Los gentilhombres del condado de Kent se reunieron para redactar una en favor de la prerrogativa y del episcopado; y era de notar que algunos representantes del pueblo, entre otros *sir* Edward Dering, primer autor del *bill* contra los obispos, eran los que provocaban abiertamente tales pasos. Circulaban con gran favor los folletos realistas y eran notables por la elegancia y la sátira de su tono: hasta entre el pueblo encontraban acogida los sarcasmos contra los jefes de la cámara baja; se hablaba con befa del *rey Pym*, del azúcar que en otro tiempo había recibido de regalo, de las 10 000 libras esterlinas de *las arcas del rey*, que según decían acababa de dar en dote a su hija, de la poltronería del conde de Warwick, *que tenía el corazón en las botas*, y de mil otros dicharachos que en otra coyuntura nadie hubiera querido escuchar. Por último, en las mismas cámaras se presentaban ufanos los amigos del monarca; algunos, hasta entonces silenciosos, *sir* Hopton y lord Herbert, rechazaban vivamente las insinuaciones que ofendían su honor. Era evidente que en sentir de muchos, su causa tenía visos de bondad, y que la sostendrían en caso necesario, pues no titubeaban en confesarla. Alarmóse el parlamento, y se irritó el amor propio de sus jefes; engendrados en la popularidad, no podían sufrir con paciencia las diatribas en que no les cabía la mejor parte.

A este peligro opusieron así por cálculo como por odio la tiranía: cesó toda libre discusión; Hopton fue encerrado en la torre, y Herbert amenazado violentamente, George Benyon y *sir*

Edward Dering acusados, y la petición del condado de Kent sofocada. Esparcióse la voz de que iba a presentarse de nuevo; Cromwell dio de ello parte a la cámara, y recibió la misión de prevenir este peligro. Todavía poco notable en la cámara, pero hábil y más empeñado que ningún otro en las tramas revolucionarias, corría a su cargo enardecer al pueblo, espiar, denunciar, y echar a rodar los proyectos de los realistas.

No era ya dudosa una lucha cercana; pues los partidos no podían acomodarse a vivir en una misma ciudad. Diariamente abandonaban la capital varios miembros del parlamento aterrados, unos para retirarse a sus tierras, y otros en busca de nuevas armas contra un enemigo a quien no habían podido vencer. La mayor parte se reunían alrededor del rey, a cuyo lado se hallaban ya todos sus consejeros. Un incidente inesperado vino a aumentar esta emigración y a separar más y más ambos partidos. El 23 de abril se adelantó el rey a la cabeza de trescientos caballos hacia Hull, y requirió a *sir* John Hotham, gobernador de la plaza, a que se la entregase. Débil este, irresoluto, y sin haber recibido instrucciones para este caso, hizo suplicar al rey que esperase la contestación del parlamento. Pero Carlos se acercaba, y a las once se presentó al pie de las murallas. Tenía relaciones de inteligencia en la ciudad, donde habían entrado el día antes so pretexto de pasar en ella un día, su hijo Jacobo, duque de York, el príncipe Palatino su sobrino, y lord Newport. El corregidor y algunos ciudadanos se dirigían ya a las puertas para abrírselas, pero Hotham les hizo retirar, y subió a la barbacana seguido de sus oficiales. Intimóle el rey que abriera las puertas; el gobernador se excusó de rodillas con las órdenes del parlamento. Eleváronse violentos murmullos entre los caballeros que rodeaban al rey, y amenazaron a *sir* John, llamándole rebelde y traidor. «Matadle, decían a los oficiales de la guarnición, echadle al foso»; pero estos eran los que habían decidido a Hotham a la resistencia. En vano probó el mismo Car-

los a intimidarlos o seducirlos; después de inútiles propuestas se retiró, bien que a corta distancia, pues volvió al cabo de una hora a pedir que se le admitiese sólo con veinticinco caballos; a lo cual se negó también *sir John*: «Si hubiese entrado con sólo diez hombres, escribió a las cámaras, se hacía dueño de la ciudad». El rey volvió al pie del baluarte, hizo proclamar traidores a Hotham y sus cómplices, y dirigió el mismo día un mensaje al parlamento pidiendo justicia de tal atentado.

El parlamento absolvió al gobernador, y respondió al rey que las plazas y los arsenales no eran propiedades personales que pudiese reclamar en virtud de una *lay*, al modo que un ciudadano su casa o su campo; que se le había confiado su custodia para la seguridad del reino, y que la misma causa podía impeler a los representantes del pueblo a tomar sobre sí tal cuidado. La respuesta era franca y legítima, pero equivalía a una declaración de guerra y por tal la tomaron ambos partidos. Treinta y dos lores, y más de sesenta miembros de la cámara baja, Hyde entre estos, partieron para York^[21]: Los condes de Essex y Holland, el uno gran chambelán o el otro primer gentilhombre de cámara, recibieron del rey la orden de reunírsele, pues quería asegurarse de su persona y privar de su apoyo al parlamento. Se negaron a ello y perdieron sus empleos. El canceller Littleton, después de muchas dudas, hizo entregar al rey el gran sello, y se evadió al día siguiente. Vivo fue el rumor en Londres, porque en la posesión del gran sello parecía que se afianzaba el gobierno legal. La cámara alta se consternó, pero la energía de los representantes del pueblo suplió a todo. Se intimó a los miembros ausentes que volviesen; nueve lores, fueron perseguidos en vista de su negativa formal; se prohibió a todo ciudadano tomar las armas a las órdenes del rey; varias instrucciones enviadas a los condados prescribieron la organización de la milicia que en muchos puntos se formaba y ejercitaba voluntaria y espontáneamente. Mandóse la traslación de los arsenales de Hull

a Londres, y se cumplió a pesar de los obstáculos. El rey había mandado que se trasladara el tribunal de Westminster a York para atraer a su residencia el gobierno legal en peso: se opuso a ello el parlamento, y fue obedecido. Nombró en fin una junta encargada de negociar en Londres un empréstito sin indicar su empleo, e hizo partir para York comisionados, ricos y acreditados gentilhombres de provincia, con orden de residir junto al rey y de dar cuenta a la cámara de cuanto pasase en derredor suyo.

La firmeza de los comisionados fue igual a los peligros de su situación: «Señores, les dijo el rey, ¿qué venís a hacer aquí? Os mando que os volváis; si me desobedecéis, cuenta con lo que os espera; fuera socaliñas e intrigas, o me obligareis a tomar severas medidas». Respondieron los comisionados con mucho respeto, y se quedaron a pesar de verse insultados todos los días, amenazados con frecuencia y rara vez libres de salir; pero observaban por bajo mano cuanto pasaba, y daban parte a la cámara. En York todo estaba en movimiento como en Londres; el rey empezaba a levantar un cuerpo, valiéndose del celo de los gentilhombres de los alrededores. La reunión fue grande y bulliciosa; se recibieron con aclamaciones las palabras del rey, y fueron silbados los comisionados del parlamento. Pero el mismo día llegaron en número de muchos miles los terratenientes y arrendatarios, que según dijeron, venían a usar del mismo derecho de deliberar sobre los asuntos del condado, y se presentaron a las puertas de la sala donde estaban reunidos los realistas. Se les prohibió la entrada, pero se reunieron en otro punto, y protestaron contra las medidas de que oían hablar. La nobleza misma se dividió; a la proposición de levantar un cuerpo, respondieron negativamente y firmaron su opinión cincuenta gentilhombres: a su cabeza se leía el nombre de *sir* Thomas Fairfax, joven todavía y desconocido, pero el más animoso y sincero de los patriotas del país. Intimidado Carlos, anunció una

nueva reunión a que serían convocados todos los terratenientes: se les prohibió asistir a ella a los comisionados del parlamento, pero todos iban a pedirles consejo. Más de 40 000 hombres se reunieron en la llanura de Heyworth-Moor, unos a pie, otros a caballo, todos de las clases productivas de la sociedad.

No tardaron los caballeros en ver que circulaba una petición, destinada a conjurar al rey a que depusiese toda idea de guerra y se entendiese con el parlamento. Prorrumpieron en invectivas y amenazas, se dirigieron violentamente sobre los grupos, arrancaron las copias de la petición a los que las leían, y declararon que el rey no la recibiría. Llega en aquel instante Carlos lleno de inquietud y no sabe qué decir a un gentío cuya presencia y tumulto eran suficientes para desconcertar la inhábil gravedad del monarca. Después de una lectura de una declaración equívoca, se retiraba éste apresuradamente para evitar toda reclamación, cuando el joven Fairfax logró acercársele, se postró delante de él, y puso la petición sobre la silla de su caballo, desafiando de este modo y en tal actitud la ira del monarca, que en vano espoleó su caballo y lo lanzó bruscamente contra Fairfax para obligarle a marcharse.

Tanta osadía en presencia del rey y en el condado más adicto a su causa, aterraba a los realistas, sobre todo a los que venían de Londres, y habían sido testigos del poder y del ardor del parlamento. Bastante es, decían entre sí, haber dado al monarca un peligroso testimonio de nuestro celo; no nos comprometamos más; y así lo hacían, permaneciendo en York arrinconados por el temor. Carlos les pidió una declaración de los motivos que los habían impulsado a salir de Londres: la necesitaba para sentar por principio que después de tantas violencias, no siendo ya libre el parlamento, dejaba de ser legal. La firmaron; pero al otro día se presentaron muchos al rey, diciéndole que si la publicaba no podrían menos de desmentirla. «¿Qué queréis pues que haga de ella?» les dijo Carlos con acrimonia; mas ellos

insistieron, y aquel documento no se publicó. A pesar de la afluencia y de las bravatas de los caballeros, nada se hacía; dinero, armas, municiones y aún víveres, todo faltaba en York: apenas el mismo rey tenía con qué mantenerse con alguna decencia. La reina había vendido en Holanda algunas joyas de la corona; pero era tal el poder de las amenazas del parlamento; que trascurrió largo tiempo antes que encontrase medio de hacer pasar al rey su precio. Prohibió éste a todos sus súbditos obedecer el decreto sobre milicia, y dio comisión a los jefes realistas de los condados para levantar y organizar gente en su nombre. De allí a poco, para disminuir el efecto de esta medida, protestó que no deseaba hacer la guerra; y los lores presentes en York declararon (15 junio 1642) por un acto oficial que se procuró circular, que ningún preparativo, ningún paso llegado a su noticia les anunciaba semejante intención. Tanta incertidumbre y falsedad no era solamente debida a la falta de nervio; desde la llegada de los fugitivos del parlamento, Carlos estaba bajo la sugestión de los más opuestos consejos.

Los jurisconsultos, los magistrados, los hombres sabios, convencidos de que en el respeto al pueblo por el orden legal estaba toda su fuerza, querían que se limitara a observar estrictamente las leyes, y dejase al parlamento el cargo de su violación; los caballeros estaban sin cesar diciendo que la lentitud desbarataba sus planes, y que siempre era conveniente tomar la delantera al enemigo. No pudiendo Carlos renunciar al apoyo de estas dos opiniones andaba vacilando entre ellas a fin de contentarlas.

Por el contrario, la situación del parlamento se había simplificado, puesto que al retirarse los miembros realistas dejaron dueños del campo a sus adversarios políticos; todavía resonaba alguna que otra voz, pero reducida al triste empeño de deplorar: nadie contestaba una palabra. Una mayoría resuelta juzgaba la guerra como inevitable, y la aceptaba osadamente, pero

con miras y sentimientos distintos. Para salvar las apariencias, se dio a una comisión el encargo de buscar los medios de prevenirla, y aún llegaron a redactarse y presentarse al rey distintas proposiciones en diecinueve artículos. Pero ínterin se aguardaba la respuesta, se siguió sofocando toda petición favorable al mantenimiento de la paz, y abierta y vigorosamente se hicieron aprestos militares. Carlos había ofrecido ir en persona a reprimir la rebelión de Irlanda, cada día más violenta: su oferta fue desechada. Rehusó nombrar a lord Warwick comandante de la armada, pero, a pesar de esto, se le confirió el cargo. El lord corregidor Gourney no temió hacer pública en Londres la comisión del rey que mandaba levantar milicias para su servicio y en su nombre; al momento fue acusado, conducido a la torre, depuesto y reemplazado por Pennington, decidido puritano.

Londres prestó 100 000 libras esterlinas; se tomaron otras 100 000 de los fondos destinados a socorrer la Irlanda; se abrió una suscripción en las cámaras, y se llamó sucesivamente a todos los miembros, obligándoseles a expresar sus intenciones. Algunos se negaron: «Si se presenta la ocasión, dijo *sir* Henry Killigrew, me procuraré un buen caballo, un buen par de pistolas, y pronto encontraré una buena causa». A poco partió para su condado, porque ya no hubiera podido pasar por las calles de Londres sin insultos ni peligros. El ardor del pueblo había llegado a su colmo: los realistas de Londres habían quedado sumamente abatidos con la partida de sus compañeros.

Dirigió la cámara un llamamiento al patriotismo de los ciudadanos: dinero, vajilla y alhajas, todo fue requerido para equipar algunos escuadrones de caballería, prometiendo el interés del ocho por ciento. Resonaban en los púlpitos las exhortaciones de los predicadores, y el resultado sobrepujo todas las esperanzas. Durante diez días se llevaron a Gildhall un sin número de vajillas; faltaban brazos para recibirlas, y sitios para colocar-

las; algunas pobres mujeres llevaban su anillo nupcial, y hasta los alfileres de oro o de plata que prendían sus cabellos: algunas tenían que esperar mucho tiempo antes que las descargasen de sus ofrendas. Informado Carlos del buen éxito del llamamiento de la cámara baja trató de imitarlo; pero el entusiasmo no se imita, ni a nadie, sino al amor del pueblo, es dado satisfacer las necesidades de una causa. La universidad de Oxford envió al rey su vajilla; la de Cambridge iba a hacer lo mismo: ya había enviado parte de ella; pero Cromwell, vigilante siempre, se echó sobre lo restante. A duras penas pudieron los comisionados del rey recoger de castillo en castillo algunas cortas sumas, y sólo la sátira, vano y peligroso placer de los cortesanos, quedó por consuelo a los caballeros.

Habían llegado a York las propuestas de composición; pero sus exigencias dejaban muy atrás las predicciones de los más fanáticos realistas, y quitaron toda esperanza a los más moderados: las cámaras pedían la completa destrucción de la prerrogativa real y la concesión de un poder omnímodo. Creación de nuevos pares, nombramiento y revocación de los grandes funcionarios de todo género, educación y matrimonio de los hijos del rey, negocios militares, civiles y religiosos, todo por decirlo de una vez debía en adelante estar sometido al formal consentimiento del parlamento. Tal era en el fondo el verdadero objeto, y tal debía ser andando el tiempo el inestimable resultado de la revolución; mas no era aún llegado el día en que esta sustitución del poder parlamentario al poder real pudiese llevarse a cabo por sola la influencia dominante de la cámara popular.

Imposibilitado el partido nacional de dar por consejeros a la corona sus primeras notabilidades, le era forzoso esclavizar la monarquía, medio engañoso e imposible, propio sólo para sumergir al Estado en la anarquía, pero único que por entonces supo imaginar. Al leer aquellas proposiciones se indignó altamente el rey. «Si concediese lo que me pedís, contestó con el

rostro encendido de cólera, aún podrían no presentarse delante de mí, sino con la cabeza descubierta; aún podrían besarme la mano y darme el nombre de majestad; aún podrían formularse vuestros mandatos con estas palabras: *la voluntad del rey significada por las dos cámaras*; aún podría hacerme preceder de la maza y la espada, y divertirme con mirar un cetro y una corona, ramos estériles que no darían flor porque el tronco estaría seco... pero en cuanto al poder real y verdadero, yo no sería ya más que una imagen, un signo, un vano fantasma de rey:» dijo, y rompió la negociación.

No esperaba el parlamento otra respuesta, y en cuanto la hubo recibido desaparecieron las dudas. Discutióse sobre la guerra civil (9 de julio de 1642). Una voz solamente se hizo oír para desechar el debate, y era la misma que al abrirse la legislatura había antes que nadie denunciado los abusos públicos: «Señor presidente, dijo *sir* Benjamín Rudyard, estoy penetrado hasta el fondo del alma de aquel sentimiento que constituye el honor de la cámara y el triunfo de este parlamento; pero para juzgar bien la situación presente volvamos la vista a unos tres años atrás. Si entonces nos hubiesen dicho que al cumplirse este plazo habría huido la reina bajo cualquier pretexto a los Países Bajos; que el rey se habría alejado de nosotros para pasar a York, diciendo que no estaba seguro en Londres; que una rebelión general estallaría en Irlanda; que el Estado y la iglesia serían presa de discordias intestinas; ciertamente nos hubiera estremecido tal situación: sepamos pues apreciarla en lo justo ahora que pesa sobre nuestras cabezas. Si de otra parte nos hubiesen dicho que a los tres años tendríamos un parlamento; que el subsidio sobre buques sería abolido; que los monopolios, el tribunal de alta comisión, la cámara Estrellada, y el voto de los obispos se suprimirían; que la jurisdicción del consejo privado sería restringida; que tendríamos parlamentos trienales, ¿qué digo?, un parlamento perpetuo que nadie podría disolver sino nosotros mis-

mos; seguramente que hubiéramos mirado todo esto como un sueño de felicidad. Ahora bien: todo lo poseemos, todo lo gozamos, ¡y aún pugnamos por nuevas garantías! La posesión actual de todos estos bienes es la mejor, pues los unos nos garantizan los otros. Cuenta con que buscando a través de osadas quimeras una imaginaria seguridad, no arriesguemos lo que ya es nuestro. Aunque obtuviésemos cuanto sea posible desear, nunca gozaríamos de una seguridad matemáticamente infalible: todas las garantías humanas pueden corromperse y fallar. La Providencia no sufre que se la encadene; quiere que el resultado esté en sus manos. Señor presidente, ahora es cuando nos conviene concentrar toda la sabiduría de que somos capaces, porque a pocos pasos de nosotros están ya la desolación y el caos. Si la sangre llega a estrellarse contra la sangre, nuestra ruina es inevitable. A ese peligro nos aventuramos por la esperanza de un triunfo incierto, ¡sabe Dios qué triunfo! Todos estamos obligados a hacer los últimos esfuerzos para impedir la efusión de sangre. Este es un delito que clama venganza, y que mancha todo un país. Salvemos nuestras libertades y nuestros bienes, pero de tal modo que salvemos asimismo nuestras almas. Mi conciencia me ha mandado hablar, siga cada cual la suya». ¡Vano llamamiento de un hombre de bien a quien sólo le quedaba ya el recurso de abandonar una arena en otro tiempo agitada por su pura y prudente virtud! Otras previsiones y temores, igualmente legítimos, pero dominados por pasiones menos puras, arrastraban tras sí el partido nacional: había llegado el día en que el bien y el mal, la salvación y el peligro se mezclan y confunden tan oscuramente, que los más ilustrados espíritus no pueden discernirlos, y quedan reducidos a ser meros instrumentos de la Providencia que castiga a los reyes por mano de los pueblos, y a estos por la de aquellos. Sólo cuarenta y cinco miembros participaron de los sentimientos de Rudyard, entre los representantes del pueblo, y en la cámara alta únicamente

protestó el conde de Portland. Adoptáronse al momento las medidas para la guerra; las cámaras se apoderaron de todas las rentas públicas; y los condados recibieron orden de hacer acopios de armas y de pólvora, para reunirse a la primera señal. Se nombró una junta de seguridad compuesta de cinco pares y diez miembros de la cámara baja, encargada de velar por la defensa pública y de hacer ejecutar las órdenes del parlamento^[22]. Decretóse en fin la formación de un ejército, compuesto de 20 regimientos de infantería de unos 1000 hombres cada uno, y de 75 escuadrones de 60 caballos. Lord Kimbolton, Brook, *sir* John Merrick, Hampden, Hollis y Cromwell, jefes del pueblo así en los campos de batalla como en Westminsler, recibieron mandos importantes. El conde de Essex fue nombrado general^[23].

LIBRO CUARTO

Principia la guerra civil — Establece Carlos sus reales en Nottingham. — Batalla de Edgehill. — Terror de Londres. — Combate de Brentford. — Tentativas de negociación. — Carácter de la guerra civil. — La reina vuelve del continente. — Negociaciones de Oxford. — Se empieza a desconfiar del conde de Essex. — Disensiones interiores del parlamento. — Conspiración realista en Londres. — Muerte de Hampden. — Descalabros sucesivos del parlamento. — Su energía. — Esfuerzos de los partidarios de la paz en las cámaras. — Proyectos del rey para marchar sobre Londres. — Son vanos. — Sitio de Gloucester. — Essex le hace levantar. — Batalla de Newbury. — Muerte de lord Falkland. — Alianza del parlamento con los Escoceses. — Essex vuelve triunfante a Londres.

(1642-1643)

Al saber estas disposiciones y viéndose libre el rey de toda incertidumbre pudo desarrollar sus fuerzas con más energía. Háblele llegado de Holanda un pequeño convoy, y la reina prometía otros. Los comisionados para reclutar en su nombre, iban consiguiendo prósperos resultados en las comarcas del Oeste y del Norte. Goring, gobernador de Portsmouth, se había declarado a su favor. Acudían de todas partes los caballeros, se esparcían por las campiñas, allanaban las casas de los amigos del parlamento, se llevaban dinero, armas y caballos, y llegaban

a York envanecidos por sus victorias y por el botín tan fácilmente adquirido. Conoció Carlos que tales desórdenes llegarían a ser fatales a su causa, y para reprimirlos y excitar al mismo tiempo el celo de los realistas, recorrió los condados de York, Leicester, Derby, Nottingham y Lincoln, convocando en todas partes la nobleza, agradeciendo su lealtad, y exhortando al orden y a la prudencia. Mostrábase más activo y más afable que nunca, quería siempre hablar al pueblo, y se envanecía de respetar en alto grado la religión y las leyes del país. Estas reuniones y discursos, esos gentilhombres que abandonaban o fortificaban sus castillos, los paisanos que recomponían las murallas de las poblaciones, los caminos cubiertos de viajeros armados, los ejercicios de las milicias, todo ofrecía el aspecto de una guerra declarada, todo incitaba a seguir el belicoso ejemplo de las masas. Ya la sangre había corrido en muchos encuentros, que más bien podían llamarse riñas que combates.

Ya el rey por dos tentativas que se le frustraron de apoderarse de Hull y de Coventry, había motivado que el parlamento le imputase la primera agresión; imputación que ambos partidos temían, pues aunque próximos a arriesgarlo todo por sostener sus derechos, temían ser responsables de la sangre que se derramara. Por fin, el 23 de agosto resolvió Carlos llamar públicamente a sus súbditos a las armas, desplegando en Nottingham el estandarte real. A las seis de la tarde, sobre la colina que domina la ciudad, escoltado por ochocientos caballos y un reducido cuerpo de milicias, hizo leer su declaración de guerra. Había ya empezado a leerla el heraldo, cuando sintiéndose agitado el rey por algunos escrúpulos tomó el papel, corrigió penosa y lentamente algunos pasajes, y lo volvió enseguida al heraldo, quien pudo con trabajo leer las correcciones. Resonaron las trompetas y se desplegó el estandarte que llevaba su divisa: *«Dad al César lo que es del César»*. Pero no se sabía dónde colo-

carlo ni el modo como se practicaba en otro tiempo esta antigua forma de la convocación de vasallos por el soberano.

Era sombrío el tiempo y soplaba con violencia el viento. Colocóse por fin el estandarte en lo interior del castillo, en lo alto de una torre, imitando el ejemplo dado por Ricardo III. Al día siguiente se vio que lo había abatido el viento. «¿Por qué colocarlo aquí?, dijo el rey; debía haberse puesto en un paraje abierto donde todos pudiesen acercársele, y no en una prisión». Lo mandó trasladar fuera del castillo, junto al parque. Cuando los heraldos quisieron clavarlo en la tierra, vieron que el suelo era un peñasco durísimo. Abrieron un agujero con sus puñales, pero no se sostuvo el asta; por manera que durante algunas horas les fue preciso sostenerla ellos mismos. Los concurrentes se retiraron llenos de siniestros presagios. Algunos días permaneció el rey en Nottingham, esperando en vano que el país acudiese al llamamiento. En Northampton, distante algunas leguas, se formaba el ejército del parlamento, que constaba ya de muchos regimientos. «Si prueban un golpe de mano, dijo *sir* Astley, mayor-general de las tropas reales, no respondo de que el rey deje de ser preso en cama». Algunos miembros del consejo le instaron todavía a que probase una negociación. «¿Cómo, pues, respondió; antes de empezar la guerra!». Insistióse, pintando sus cortas fuerzas. Cuatro comisionados partieron para Londres, pero volvieron sin fruto; uno de ellos, lord Southampton, no pudo obtener que le dejasen entregar en persona su mensaje a la cámara. El rey salió de Nottingham a mediados de septiembre, y trasladó su cuartel general a Shrewsbury por saber que en los condados del Este tenía más partidarios.

A los ocho días estaba ya el conde Essex a la cabeza del ejército: a su salida de Londres había sido acompañado de un inmenso gentío que lo vitoreaba agitando en el aire banderolas naranjadas, color de sus blasones; cualquiera que llevase otra era tenido por sospechoso e insultado. En Northampton en-

contró reunidos unos 20 000 hombres. Acompañábale una comisión de ambas cámaras, pero él la presidía. Se le había mandado entregar al rey una petición en que se le conjuraba que volviese a Londres, añadiendo que si el monarca se negaba a volver, lo persiguiera vivamente, «arrancándolo juntamente con sus hijos el príncipe de Gales y el duque de York, de entre sus pérfidos consejeros, para restituirlos al parlamento».

Esta petición no se presentó siquiera, pues el rey declaró que no la recibiría de mano de los que había declarado traidores. Iba recobrando fuerza y confianza en Shrewsbury. Llegábanle al fin numerosos reclutas del Este y del Norte; para armarlos había desarmado no sin resistencia las milicias de muchos condados. Apoderóse de los convoyes que atravesaban el Oeste para embarcarse en Chester con destino a Irlanda. Los católicos de los condados de Shrop y Strafford le habían adelantado 5000 libras esterlinas; un gentilhombre había pagado 6000 por el título de barón y hasta de Londres le enviaron recursos sus partidarios. Constaba ya su ejército de unos doce mil hombres. El príncipe Robert, su sobrino llegado de Alemania, iba a la cabeza de la caballería recorriendo la comarca, haciéndose tan odioso por sus pillajes y su brutalidad, como temible por su audacia. Essex se adelantaba lentamente, al parecer más para seguir a su enemigo que para alcanzarlo. Llegó el 23 de septiembre a Worcester, a pocas leguas del cuartel general del rey, y permaneció en inacción tres semanas. Envanecido Carlos por algunas escaramuzas en que llevó ventaja, y por el nuevo aspecto de su fortuna, resolvió marchar sobre Londres, a fin de acabar de un solo golpe la guerra: llevaba ya tres días de marcha, cuando Essex acudió a su persecución para defender al parlamento.

El espanto llegó o lo sumo en Londres, pues nadie temía tan repentino riesgo: los parlamentarios parecían atónitos, los realistas empezaban a agitarse, y el pueblo temblaba. Pero el temor

popular se convierte fácilmente en indignación: así lo logró el parlamento. Firme y fogoso en sus actos como en su lenguaje, tomó medidas de defensa contra el rey, y de rigor contra los malévolos. Los que no habían entregado subsidios voluntarios fueron sobrecargados con contribuciones forzadas; se encarceló a los inquietos, y se desarmó a los sospechosos; tuvieron lugar requisiciones de toda suerte, y entre otras la de todos los caballos útiles para el servicio. Se elevaron fortificaciones en las que trabajaban con ardor hombres, niños y mujeres; se formaron barricadas, y la milicia se puso en disposición de marchar.

De improviso, el 24 de octubre por la mañana, se esparce la voz de que se ha dado una gran batalla, y que el ejército del parlamento ha sido derrotado con pérdida de mucha gente. Esta noticia llegaba de Oxbridge, distante algunas leguas de Londres, y la había dado un coronel de caballería fugitivo. Casi al mismo tiempo llegaron otras noticias bien diferentes, y no menos ciertas sin embargo: la victoria del conde de Essex era completa y el rey había sido derrotado; se sabía por paisanos que venían apresuradamente a Londres a dar la noticia.

Indeciso el parlamento lo mismo que el pueblo, hizo cerrar las tiendas puso las milicias sobre las armas, y exigió de todos sus miembros la promesa de adhesión al conde de Essex en todo y en cualquier evento. Sólo al día siguiente se recibió por Wharton y Strode el parte oficial de la batalla y de sus resultados.

Tuvo lugar el 23 junio a Keynton en el condado de Warwick, al pie de la colina llamada Edgehill, donde después de una marcha de diez días en que ambos ejércitos habían ignorado mutuamente sus movimientos, logró al cabo Essex caer sobre las tropas del rey. A pesar de haber dejado atrás parte de su artillería y muchos regimientos, entre otros el de Hampden, resolvió atacar a tiempo que el rey tomaba el mismo partido. Uno y otro deseaban la batalla, Essex para salvar a Londres, y Carlos para

poner un término a los obstáculos que encontraba en un con-
dado tan enemigo de su causa, que los herradores huían de los
pueblos para no errar sus caballos. Empeñóse la acción a las
dos de la tarde, y duró muy viva hasta el anochecer. La caballe-
ría del parlamento, debilitada por la desertión de un regimien-
to que al momento de la carga se pasó entero al enemigo, fue
arrollada por el príncipe Robert; pero en su imprevisión y sed
de pillaje la fue persiguiendo hasta dos millas sin pensar en lo
que pasaba detrás de él. Detenido al cabo por el regimiento de
Hampden que llegaba con la artillería, volvió grupa el príncipe
al campo de batalla, y encontró a la infantería real rota y dis-
persa, al conde de Lindsey, general en jefe, muerto o prisionero,
y al estandarte del rey en manos de los parlamentarios: el mis-
mo Carlos se había visto abandonado y casi en poder del ene-
migo. Sólo la reserva de Essex permanecía en buen orden en el
campo. En vano Carlos y su sobrino probaron reformar los es-
cuadrones para dar una nueva carga; habían vuelto estos en tan
completo desorden que en vano se buscaban mutuamente ofi-
ciales y soldados: además muchos caballos caían de cansancio:
nada pudo obtenerse.



EL CONDE DE WARWICK

Ambos ejércitos pasaron la noche en el campo de batalla, ambos inquietos por el día siguiente y atribuyéndose la victoria. El parlamento había perdido más soldados, y el rey más oficiales y jefes distinguidos. Al amanecer Carlos recorrió su campamento; faltaba un tercio de infantería y muchos caballeros, no porque hubiesen perecido todos, sino porque el frío, la falta de víveres y el terror del primer choque habían dispersado a muchos voluntarios. Para continuar libremente su camino sobre Londres, quería el rey trabar una nueva refriega; pero

pronto conoció que era excusado intentarlo. Agitábase la misma cuestión en el campo enemigo; Hampden, Hollis, Stapleton, y la mayor parte de los oficiales, jefes de milicias y representantes del pueblo, conjuraban a Essex a que de nuevo atacase: «El rey, decían, no puede resistir; nos han llegado tres regimientos de refuerzo, y caerá en nuestras manos: sólo la rápida conclusión de la guerra puede dar fin a los males que amenazan al país y al parlamento». Pero los militares de profesión, educados en las guerras del continente, negaron su asentimiento; a su parecer era bastante este glorioso combate dado con reclutas; Londres se había salvado; la acción había sido sangrienta, y los soldados, novicios todavía estaban tristes: era pues preciso irlos acostumbrado a la guerra. Hablaban con autoridad, y Essex adoptó su consejo, trasladando su cuartel general a Warwick, pero no dejando por eso de atender a los movimientos del ejército real. Algunos días después se adelantó el rey hasta Oxford, una de las populosas ciudades más adicta a su causa.

En Londres como en Oxford se cantó un *Tedeum*, pues el parlamento, decían sus amigos; ha obtenido una gran ventaja con una pequeña victoria. Pero el ejército de Carlos, más cercano a la capital que el de Essex, se esparcía por el país, y volvían a reunirse con la esperanza del pillaje sus desertores. Abríanle las puertas sin disparar un tiro las plazas que se creían más seguras; la guarnición de Reading, mandada por Henry Martyn, amigo de Cromwell, huyó vergonzosamente al acercarse algunos escuadrones, y allí estableció el rey su cuartel general. El príncipe Robert llevaba sus correrías hasta las inmediaciones de Londres. Alarmábase esta ciudad, y en la cámara alta se oían ya mociones pacíficas. Essex recibió orden de acercarse con sus tropas, y entre tanto se pidió al rey un salvo conducto para seis diputados encargados de abrir negociaciones; mas como se negase a darlo a John Evelyn, a quien acababa de proclamar traidor, no quiso la cámara insistir: Essex había lle-

gado ya. El lord corregidor convocó en Guildhall una asamblea general de ciudadanos, a la que concurrieron dos miembros del parlamento para incitarlos a que peleasen a las órdenes del general. «Ha alcanzado, dijo lord Brook, la más señalada victoria; el enemigo ha perdido 2000 hombres, y nosotros sólo cien, si ya no contáis los perros que se entretuvieron en matar los realistas. El general sale mañana, y quiere aún hacer más de lo que ha hecho; por vosotros se dirige al combate, pues él podría ser libre e independiente si quisiese. Cuando oigáis pues el redoble del tambor, os conjuro a que no digáis: *Yo no soy de la milicia*, seguidle más bien, combatid y venced».

Resonaron mil aclamaciones; mas el terror no estaba aún disipado del todo; los realistas se habían adelantado hasta 15 millas de Londres. El parlamento se resignó a hacer partir cinco de sus miembros sin insistir en la admisión de Evelyn. Carlos los recibió bien, y dijo que en todo lugar aun en las puertas de Londres, entraría en negociaciones. Al leerse esta respuesta en la cámara alta, el 12 de noviembre de 1642, se levantó Essex, preguntando si debía continuar o suspender las hostilidades. Se le mandó suspenderlas, y partió *sir* Peter Killigrew para tratar de un armisticio; pero al llegar a 7 millas de la capital vio que se habían vuelto a empeñar las hostilidades. A pesar de la negociación cayó el rey sobre el regimiento de Hollis situado en Brentford, creyendo destruirle y abrirse paso a Londres. Pero el desnudo de aquel cuerpo dio tiempo a los regimientos de Hampden y de Brook para que acudiesen a socorrerle, y los tres resistieron durante muchas horas el choque de los realistas. Oíase desde Londres el fuego sin saberse la causa. En cuanto tuvo aviso Essex, salió de la cámara, montó a caballo, y salió con las fuerzas que pudo reunir. Cuando llegó al lugar de la acción, se habían retirado en desorden los parlamentarios, y el rey ocupaba el punto de Brenfort aunque sin atreverse a internarse más.

La indignación fue tanto más viva en Londres, cuanto que iba acompañada de un nuevo espanto; pues sólo se hablaba de la perfidia y barbarie del rey que había querido entrar por asalto en la ciudad, y entregarlo todo al furor de sus infames caballeros. Los más ardorosos partidarios de la guerra se quejaban de que fuesen teatro de ella los alrededores de Londres. Aprovechó el parlamento esta disposición de los ánimos, invitando a los aprendices a que sentasen plaza, y declarando que el tiempo de servicio se les abonaría en su profesión u oficio; la municipalidad ofreció 4000 hombres de sus milicias y encargó su mando a Skippon. «Vamos, hijos míos, les dijo al ponerse a su frente, confianza y buen ánimo en el combate: yo correré los mismos riesgos que vosotros. Esta es la causa de Dios, la de vuestras esposas, la de vuestros hijos, y la de vosotros mismos. Ánimo, hijos míos, y Dios bendecirá nuestros esfuerzos». Durante el día y la noche salieron de Londres los nuevos reclutas, milicianos y voluntarios, para entrar en el ejército. Al día siguiente, a una milla de las avanzadas del rey, pasó Essex revista, delante de un numeroso gentío a 24 000 hombres formados en batalla en Turnham Green.

De nuevo se principió la cuestión sobre si se debería o no atacar. Hampden y sus amigos insistían vivamente en razón de las circunstancias. Siguiendo su consejo, se efectuaron algunos movimientos, contra el parecer de Essex y de los antiguos militares; pero un incidente lo cambió todo. Cierta día que estaba el ejército en línea, dos o tres cientos espectadores a caballo se alarmaron, tomando a galope el camino de Londres: fue tal con esto el terror de los parlamentarios, que muchos iban ya a emprender la fuga. Disipada la alarma se serenaron los semblantes, y renació la confianza a vista de los víveres que traían de la ciudad las mujeres. Con esto conoció Essex cuán efímero era el entusiasmo, y volvió a ponerse a su defensiva. El rey que por su parte temía mucho un ataque, pues le escaseaban las balas y la

pólvora, se retiró sin obstáculo a Reading y enseguida a Oxford, donde estableció sus cuarteles de invierno.

Tanta lentitud, combatida en vano por los jefes del parlamento, tenía causas más poderosas que la actitud vacilante del soldado, o la prudencia del general. Londres estaba lleno de divisiones y de incertidumbres. Manifestábanse altamente los partidarios de la paz, que sólo por temor y por necesidad habían aceptado la guerra. Por otra parte algunas peticiones bastante vivas, contra el papismo y el poder absoluto, clamaban por que se pusiese un término a ella. Eran desoídas y se amenazaba a sus autores; pero en pos de ellas venían otras, redactadas en los condados y dirigidas a los lores que se creían más dispuestos a recibirlas. Tampoco faltaban peticiones contrarias a estas, procedentes de los magistrados, de las municipalidades y del pueblo, todos adictos a los miembros más exaltados de la cámara baja. Un mercader, llamado Shute, acudía todos los días a la barra de la cámara, acompañado de numerosa comitiva, y reclamando en nombre del *partido piadoso y activo* que se prosiguiese con vigor la guerra. Sus palabras eran aplaudidas con frecuencia, y se le daban gracias por su celo; pero cuando su lenguaje era sobrado imperioso, cuando hablaba con sobrada insolencia de los lores y de los jefes del ejército se hacía necesario reprenderle, porque nadie osaba pensar siquiera, que sin los magnates y su apoyo les fuese posible vencer.

Para dar a los enemigos de la paz alguna satisfacción aparente, se ideó hacerla pedir por la municipalidad, no al parlamento, sino al mismo rey, haciendo así pesar sobre el rey el embarazo de una respuesta que debía por precisión disgustar a los ciudadanos. Con consentimiento de las cámaras, pasó el 2 enero de 1645 una diputación de la municipalidad a Oxford. Sonrióse el rey cuando le instaron para que pasase a Londres, prometiéndole reprimir las asonadas: «Vosotros mismos, les dijo, no sois ya dueños de mantener el orden», y con su respuesta dada por

escrito despidió a los diputados, haciéndoles acompañar por un gentilhombre encargado de leerla a la municipalidad. Acudió allá gran gentío, entre ellos lord Manchester y Pym, dispuestos a rechazar en nombre del parlamento las acusaciones del rey. Al ver a esta agitada muchedumbre, medroso el comisionado del rey quiso dispensarse de leer el mensaje, alegando la debilidad de su voz; pero le fue forzoso obedecer, y aún empezar dos veces la lectura en distintas salas, para que todos pudiesen oírla. La segunda vez se atrevieron varios realistas a hacer algunas demostraciones; pero fueron sofocadas por violentos murmullos. La carta del rey era larga y abundaba en recriminaciones que no anunciaban deseos pacíficos. Contestaron a ella Pym y Manchester, y fueron aplaudidos por el grito de «Viviremos y moriremos con ellos»: durante algún tiempo no se habló ya de más peticiones de paz. No conseguían mejores resultados las tentativas de los realistas, pero se renovaban continuamente y todo lo traían agitado. Nadie pensaba todavía en oponerles aquellos excesos de tiranía que procuran algunos momentos de poder y largos días de sinsabores. Luchando el parlamento contra este mal interior, no podía desarrollar toda su energía contra sus enemigos exteriores.

No sucedía así en los condados, donde las pasiones políticas se desarrollaban sin obstáculo. Así era que mientras en los alrededores de Londres parecía amortiguarse la guerra entre el parlamento y el rey, estallaba por otra parte violenta en distintos puntos. No bien había transcurrido algunos meses cuando el reino se vio ya lleno de confederaciones guerreras y espontáneas entre pueblos y condados para defender la causa común. Por primer paso pedían y recibían del parlamento o del rey un despacho para sus jefes, y poderes para levantar tropas, imponer contribuciones, y tomar todas las medidas que juzgasen necesarias al intento. Operaban enseguida aisladamente y a su placer, salvo dar alguna vez cuenta de su situación y de sus ac-

tos al poder que reconocían pidiendo socorros o instrucciones. A falta de tales confederaciones locales, acontecía que algunos hombres acreditados se metían por su cuenta a guerrilleros. En otros puntos, si momentáneamente dominaban disposiciones pacíficas, se manifestaban estas con no menor independencia: en los condados de York y de Chester, ambos partidos se juzgaron casi iguales en fuerzas y más capaces de dañarse que de vencerse, y concluyeron oficialmente un tratado de neutralidad.

Casi al propio tiempo, al extremo opuesto de la Inglaterra, los condados de Devon y de Cornualles se juraban por medio de comisionados permanecer en paz, sin tomar parte en el combate del rey y del parlamento. Ambos poderes sintieron semejante determinación, y aún los mismos que firmaban tales pactos confiaron demasiado en su indiferencia; pues no tardaron en recurrir a las armas para defender sus propias opiniones. En los condados del Este, del centro y del Sudeste, más poblados y más ricos, dominaban los parlamentarios; en los de Norte, del Oeste y del Sudeste, la ventaja era del rey, porque la propiedad territorial estaba menos dividida, la industria era menos activa, la nobleza más influyente, y la religión católica más dominante. Pero en ningún punto había un vencedor reconocido; sólo el parlamento tenía la ventaja de que los condados que le eran adictos formaban alrededor de Londres un fuerte antemural, mientras los realistas eran menos compactos y relacionados, pudiendo rara vez obrar de concierto, y ni aún defender a Oxford, cuartel general de Carlos, plaza situada casi aisladamente en país enemigo.

Una guerra tal en medio del invierno, y permaneciendo inactivos los dos ejércitos principales, no podía producir resultados prontos y decisivos. Todo eran correrías, ocupaciones de puntos, escaramuzas y pequeñas ventajas que se compensaban mutuamente. Se agueriría el ciudadano, mas no por esto era

más soldado. Algunos jefes empezaban a distinguirse por su valor, su habilidad o su fortuna; pero ninguno gozaba todavía de una reputación nacional. Por otra parte, a pesar del ardor de las pasiones, seguían siendo generosas y dulces las costumbres. Aunque se contase por poco con la aristocracia, y se tuviese en mucho la cámara popular, sin embargo el país se había levantado sólo contra la tiranía: las distintas clases de la sociedad no intentaban oprimirse mutuamente. Ambos partidos habían confiado los mandos a hombres de condición casi igual, educados en las mismas costumbres, y capaces de comprenderse y respetarse combatiendo.

Licenciosos y arrojados los caballeros, no por esto podían ser tachados de feroces; el mismo pueblo presbiteriano, en medio de su intratable fanatismo, conservaba un respeto a las leyes y a la humanidad de que nos dan pocos ejemplos las discordias civiles. Los deudos, los vecinos o los amigos, alistados en contrarias filas, no rompían a pesar de eso absolutamente sus relaciones y se ayudaban en caso necesario; si se encontraban con las armas en la mano, se trataban cortésmente, como quien espera volver a reanimar la amistad. Regularmente se soltaba a los prisioneros bajo la simple palabra de no contraer nuevo empeño: y si se les había dejado en miserable situación de desnudez, si el rey los veía desfilar delante de sí con aire de fría indiferencia, lo tomaban todos a grave cargo; la brutalidad, muchas veces cruel, del príncipe Robert causaba tanta sorpresa y escándalo, que la misma muchedumbre hablaba de él con aversión y horror como de un torpe extranjero. De este modo la guerra, animada en todas partes, era sin embargo exenta de esos furores que la constituyen bárbara. Ambos partidos se entregaban a ella con franqueza, y como si temiesen darse golpes demasiado duros: diariamente se ensayaban en refriegas por todo el reino, y sin embargo la inacción era la misma, y el rey y

el parlamento perdían el tiempo en pequeños debates e inútiles negociaciones.

Sin embargo, la llegada de la reina a mediados de febrero dio impulso a los negocios. Durante su permanencia de más de un año en Holanda, había dado muestras de una actividad poco común en procurarse socorros. El partido aristocrático dominaba entonces en aquel país, y su yerno el Estatúder, la secundaba con todo su poder. Confiada y osada cuando no turbaba su imaginación un peligro inminente, graciosa y seductora cuando le convenía, supo granjearse el favor de ese pueblo republicano y reservado. En vano el parlamento envió a la Haya un embajador para mencionar los servicios que la nación inglesa había prestado a la libertad de las Provincias-Unidas, y para reclamar cuando menos una exacta neutralidad. El enviado esperó por mucho tiempo una audiencia, y sólo obtuvo declaraciones equívocas; el pueblo le dio claras pruebas de encono, y la reina continuó los preparativos para su partida. Dieron la vela en pos de ella cuatro buques cargados de municiones, armas, oficiales y soldados; el almirante Batten, a quien el parlamento había mandado que interceptase el convoy, no lo alcanzó hasta que desembarcaba ya en Burlington. Batten disparó muchos cañonazos contra la plaza, algunas balas cayeron hasta en el aposento mismo donde dormía la reina. Levantóse y huyó apresuradamente al campo, y dicen que permaneció muchas horas oculta debajo de un banco. Pronto no se habló de otra cosa en la comarca que de su valor y sus peligros; lord Newcastle vino en su busca con un cuerpo de tropas para conducirla a York; la rodeaban los gentilhombres con entusiasmo, indignándose contra el traidor Batten que dirigió a sabiendas los tiros contra la casa que ella habitaba; los católicos corrían a servir bajo sus órdenes, en vano esta infracción de las leyes del reino fue vivamente denunciada al rey y al parlamento; en vano para intimidar a Newcastle dieron a las tropas el nombre de *ejército*

de papistas y de la reina; autorizado formalmente el lord por el mismo rey, despreció estas quejas y guardó sus nuevos reclutas. No tardó en verse al frente de fuerzas considerables.

La reina continuaba residiendo en York, dándose menos prisa por ir en busca de su marido, que por ejercer sola el mando y presidir a todos los proyectos que ya se agitaban en su corte. Hamilton y Montrose vinieron de Escocia para tratar de los medios de empeñar a este reino en la causa real; el primero, siempre conciliador y prudente, sostenía que a pesar de la influencia contraria del marqués de Argyle era posible ganarse el parlamento escocés; el segundo, presuntuoso y osado quería que desembarcase en Escocia un cuerpo de irlandeses mandados por el conde de Antrimde, señor poderoso del Norte de Irlanda, que había venido a York para ofrecer sus servicios. Además aconsejaba un levantamiento de los montañeses y la matanza de todos los jefes presbiterianos, ofreciéndose como ejecutor. La reina los escuchaba a todos simpatizando secretamente con los más osados, pero no manifestando desagrado a ninguno. Al propio tiempo tramaba intrigas más complicadas con los jefes parlamentarios que empezaban ya a declinar de su entusiasmo; *sir* Hugo Cholmondley, gobernador de Scarborough, que un mes antes había batido un cuerpo de realistas, prometía ahora entregarle la plaza; el mismo *sir* John Hotham casi estaba ya decidido a abrir las puertas de Hull, que se había negado a abrir al rey antes que estallase la guerra. En todo el Norte por fin estaban los realistas llenos de ardor y de esperanza, mientras los parlamentarios, inquietos y recelosos, escribían sin cesar a Londres pidiendo consejos y socorros.

Turbóse el mismo parlamento; al comenzar la guerra se había prometido un pronto resultado, pero lo crecido de los nuevos tributos excitaba ya murmullos, y aún en la misma cámara, no obstante la ausencia de los miembros amigos de la paz, salían cada día numerosos partidarios de ella. No estaban rotas

enteramente las negociaciones, y se propuso emprenderlas de nuevo, y licenciar en prueba de buena fe ambos ejércitos al empezarlas: *sir* Benjamin Rudyard apoyó la moción. «Por mucho tiempo, dijo, he temido que circulase entre vosotros la copa del terror que tan agitada ha traído a la Europa, vedla aquí ya en toda su amargura: ¡Dios nos preserve de bebería hasta las heces!... Una esperanza nos queda, y es que nuestras miserias no pueden ser muy duraderas, porque nuestro suelo no es como el de Alemania donde siempre quedan campos para sembrar aun en medio del horror de la guerra. Rodeados de mar tenemos una situación de todo punto diferente. Se ha dicho en esta cámara que debíamos en conciencia castigar la efusión de sangre inocente: pero ¿quién responderá de toda la sangre inocente que se derrama si no nos encaminamos a la paz por medio de un pronto tratado? Se ha hablado de confianza en Dios: ciertamente que tanta confianza podemos poner en él tocante a un tratado como a una guerra. De él procede la sabiduría para negociar, como el desnudo para combatir, y la ventaja en las negociaciones como en las batallas. La sangre es un delito que clama venganza y mancha todo un país: apresurémonos a dar fin a la efusión de sangre». La moción fue desechada, pero sólo por una mayoría de tres votos: muchos eran los que repetían las palabras de Rudyard. Se estremecían los jefes de la cámara baja, viéndose así instigados a solicitar una paz imposible o en todo caso fatal. Sin embargo, cedieron, porque pocos estaban enardecidos hasta el punto de aceptar la responsabilidad de tantos males: así fue que el 20 de marzo, después de algunas negociaciones preliminares, partieron cinco comisionados para Oxford encargados de lograr una suspensión de hostilidades, y después un tratado.

Recibiólos atentamente el rey; el conde de Northumberland, presidente de la comisión, dio muestras de la mayor magnificencia; llevó consigo su vajilla y sus domésticos; traíanle provi-

siones de Londres; pasaban a verle los realistas, y comían con él: hasta el rey se dignó aceptar de él para su mesa algunos presentes. Entre los compañeros del conde, simples diputados de la cámara, no faltaban algunos a quienes agradaba este brillo. Pero, en cuanto se trató de negociar, fueron inútiles tan ostentosas demostraciones: ni el rey ni el parlamento podían aceptar sus mutuas condiciones, puesto que ya antes de la guerra habían sido desechadas, por dejar solo a un partido dueño del campo y dominante.

Cierta tarde, se lisonjearon los parlamentarios de que al fin habían obtenido del rey alguna concesión tocante a la milicia: después de una larga conferencia pareció que cedía y convinieron en que al día siguiente se les daría por escrito la respuesta. Grande fue la sorpresa al ver que era diferente de lo que esperaban y finalmente supieron que Carlos en ausencia de sus ministros había mudado de parecer por influencia de los favoritos de la reina. «Si al menos el rey, dijo uno de los comisionados, quisiese mostrarse benévolo con algunos magnates parlamentarios, la influencia de estos le serviría». Pero Carlos, arrogante con sus cortesanos como con su pueblo, sufría apenas que le hablasen de restituir al conde de Northumberland el honor de gran almirante; de modo que las intrigas sobre intereses personales fueron enteramente vanas. El rey, ni más ni menos que los jefes de la cámara, no estaban por la paz, había prometido a la reina que no la haría sin su consentimiento, y ella le escribía desde York indignada de que se hubiesen entablado negociaciones, y declarando que abandonaría la Inglaterra si no obtenía oficialmente una guardia para su seguridad. Una petición de los oficiales que estaban de guarnición en Oxford, provocada secretamente por el mismo Carlos, se opuso a la suspensión de hostilidades. En vano algunos de los comisionados se esforzaron en darle espanto con el porvenir; en vano también propusieron su mediación otros comisionados venidos de Escocia

para solicitar la convocación de un parlamento: lo desoyó como una injuria, les prohibió que se mezclasen en negocios de la Inglaterra, y dio al fin por respuesta a los negociadores, la promesa de volver a residir cerca del parlamento si este quería trasportar su residencia a veinte millas cuando menos de Londres. Sabido este mensaje, llamaron las cámaras a sus comisionados, con orden tan perentoria, que se creyeron obligados a partir el mismo día, aunque era ya tarde y no estaban dispuestos sus coches.

Su conducta en Oxford, y sobre todo sus relaciones familiares con el rey y con la corte, habían inspirado suma desconfianza a los partidarios de la guerra. Lord Northumberland al regresar supo que una de las y cartas que escribía a su mujer había sido abierta por Henry Martyn, miembro de la junta de seguridad, conocido sólo por sus violentas ideas, y por su fuga de Reading al acercarse los realistas. Ningún magnate era más idólatra de su dignidad que el conde, ni había otro que más acostumbrado estuviera a la deferencia de sus conciudadanos. Fue en busca de Martyn, y le pidió cuenta de tal ultraje, y como aquél con tono burlón sostuviese haber obrado bien, le sacudió el conde con su bastón delante de muchos testigos. Llevada la querella a las cámaras, se ocuparon de ella con algunas dificultades la popular y con orgullo la de los lores: se había llegado a un punto, que todo fomentaba las disensiones, y nadie sin embargo quería que estallasen. Adelantábase la primavera, y bien se desease o se temiese la paz, se debía con todo atender a la guerra. El mismo día que volvieron a Londres los comisionados, Essex abrió de nuevo la campaña. Aconsejábale Hampden que cayese repentinamente sobre Oxford para sitiar al rey y apoderarse de su persona. Este plan se temió en Oxford mismo, de modo que se trató de pasar al Norte a reunirse con la reina y lord Newcastle. Pero Essex, desconfiando todavía de sus fuerzas, o inquieto por el resultado, siguió entre aquella ciudad y

Londres, contentándose con sitiar a Reading, plaza indispensable a su parecer para la seguridad del parlamento.

Reading se rindió en diez días; Hampden insistió en pedir el sitio de Oxford, pero se negó también Essex. No le impelía ciertamente la traición ni el miedo, pero hacía disgustadamente la guerra, no contaba ya con la popularidad suficiente para dejar sus previsiones a un lado. Aun antes que se abriese esta campaña se había manifestado en la cámara baja algún encono contra él, sobre todo en la junta de seguridad, verdadero foco de partido. Los más osados habían preguntado si sería posible reemplazarle, y hasta dicen que se había pronunciado el nombre de Hampden. Este era demasiado prudente para dar cabida a la idea sola de un poder a que no se consideraba llamado: de todos modos, sólo como simple coronel había servido bajo las órdenes de Essex. Otros había que desde el origen de la guerra, durante el invierno sobre todo, habían adquirido una gloria más independiente. En el Norte, Fairfax y su padre, a pesar de la superioridad de lord Newcastle, le disputaban todos los días con la mayor osadía la dominación del país. A la cabeza de las confederaciones de los condados del Este, no había ciertamente lord Manchester tenido que combatir numerosas bandas realistas, pero había procurado grandes socorros a los parlamentarios del Norte y del centro: estaban prontas a seguirle milicias bien organizadas, y le hacían apreciar de aquellos habitantes sus modales, su franqueza, su liberalidad y su dulzura. En los condados; famoso ya el coronel Cromwell por sus golpes de mano tan felices como bien concebidos, ejercía por otra parte sobre los hombres resueltos de exaltada piedad y de condición acomodada a la vez y oscura, una influencia tras de la que asomaba un grande genio y poder. Al Sur y al Oeste en fin, muchos cuerpos realistas dispersados, y siete plazas ganadas en tres meses, habían valido a *sir* William Waller el renombre de Guillermo el conquistador. No le faltan pues, se decía, al parlamento

generales insignes; y si lord Essex rehusaba vencer, fácilmente se le podría dar un sucesor.

Ninguna proposición, ninguna insinuación pública vino en apoyo de tan amargos discursos. No podía ser Essex considerado un simple oficial al servicio de un partido descontento; con él estaban íntimamente enlazados los magnates empeñados en la guerra, los hombres moderados que deseaban la paz, y los más ilustrados presbiterianos que ya empezaban a temer de otros sectarios más osados. El mismo Hampden y los jefes del partido político, si bien instaban al conde a que operase con más vigor, no por esto intentaban separarse de él. Por lo tanto no estalló la discordia; pero sin embargo, aunque oculta, empezó a dominar, y Essex no tardó en sentir su influencia. Los que debían contemporizar con él, casi le hacían ya la guerra, y sus defensores creían haber hecho bastante con sostenerle, y no secundaban sus proyectos. Al cabo de un mes tuvo que quejarse del mal estado de su ejército; sueldo, víveres y vestuario, todo le faltaba: los padecimientos y las enfermedades diezaban a los soldados, en otro tiempo tan bien cuidados por la capital. Daba cuenta de sus necesidades a las distintas juntas encargadas de remediarlas; pero todas las medidas ejecutivas habían sido encargadas a sus contrarios, de cuya elección eran también los empleados subalternos, y por lo mismo quedaban sin efecto todas las reclamaciones del general. Nada parecía mudado al empezar la segunda campaña, y sin embargo, el partido que había quitado el poder al monarca, sentía ya que se le escapaba de entre sus manos: otro partido nuevo, que aún permanecía envuelto en el silencio, era bastante fuerte para reducir a la impotencia a todo el ejército del parlamento, y bastante exaltado para arriesgarlo todo, dando esta ventaja al común enemigo.

Al propio tiempo nuevas pasiones engendraban por decirlo así un nuevo ejército. En las escaramuzas, que a pesar de las lentas negociaciones de Oxford y Londres se renovaban diaria-

mente, habían llevado siempre la peor parte los parlamentarios desde la acción de Brentford. La caballería real sobre todo llenaba a la contraria de espanto, y esta arma era tenida en mucho, como en los tiempos feudales. Hampden y Cromwell, conversaban un día sobre esta inferioridad de su partido:

—¿Qué queréis que sea? —dijo Cromwell—, la mayor parte de vuestros jinetes son gente común, cuando los suyos son cadetes e hijos de gente distinguida. ¿Creéis que esos hombres de baja esfera sean capaces de hacer frente a aquellos nobles llenos de energía y honor? Sé que no tomareis a mal lo que os digo: es preciso buscar hombres animados de un espíritu capaz de seguir la senda de los nobles; de otro modo saldréis arrollados.

—Tenéis razón —dijo Hampden—; pero esto no es posible.

—Algo puedo adelantar en esto, y lo haré buscando hombres que tengan a la vista un temor de Dios y una conciencia; os respondo que no saldrán vencidos.

Recorrió en efecto los condados del Este, reclutando jóvenes, la mayor parte conocidos suyos propietarios o hijos de tales, que no necesitaban sueldo ni deseaban la ociosidad, todos entusiastas fanáticos, empeñados por conciencia en la guerra, y que servían a Cromwell por confianza: «No os quiero engañar, les dijo, ni daros a entender que vais a combatir por el rey y el parlamento como lo cacarea el despacho que se me ha conferido; si el rey se encontrase delante de mí, le dispararía como a cualquier otro: si vuestra conciencia no os permite hacer otro tanto, retiraos de mi servicio». La mayor parte aceptaban sin vacilar; quedando desde aquel punto sometidos a la más exacta disciplina, y teniendo que cuidar bien sus caballos, limpiar esmeradamente sus armas, y dormir muchas veces al sereno. Su jefe quería que de los ejercicios militares pasasen a los piadosos, para que la exaltación del fanatismo se hermanase en su mente con la severidad del servicio militar. Al abrirse la campa-

ña, marchaban bajo las órdenes de Cromwell catorce escuadrones de tales voluntarios, que formaban en masa un cuerpo de cerca mil hombres.

Transcurrió un mes casi sin ningún accidente. La toma de Reading, de tan poco efecto en Londres, lo causó grande en Oxford, donde deliberó el rey sobre su fuga. Turbado el parlamento con sus disensiones se ocupaba de ellas más que de sus enemigos. Unas veces procuraba dar alguna satisfacción a todos sus parciales, exaltados o moderados, políticos o religiosos; otras veces quedaban sin efecto y como abandonadas de común acuerdo resoluciones decisivas y costosamente alcanzadas por algún partido. Desde mucho tiempo atrás venían reclamando los presbiterianos, y ya se les había prometido una asamblea de teólogos para reformar la iglesia: se convocó en efecto; pero el parlamento nombró los ciento veintiún miembros de que había de componerse, y además les agregó con honores de presidencia treinta personas legas, a saber, diez lores y veinte miembros de la cámara baja. Entre los eclesiásticos había muchos de opiniones encontradas; y el todo de la asamblea, tan desprovisto de autoridad como de independencia, sólo tuvo por misión dar consejos acerca de las cuestiones que alguna de las cámaras o las dos tuviesen a bien someter a su examen. Intentóse una acusación de alta traición contra la reina, y nadie se opuso; pero en cuanto la hubo pasado Pym a la cámara alta, ya no se habló más de ella. La falta del gran sello embarazaba todos los días la administración de la justicia, y muchos negocios públicos y privados. Para poner fin a tales inconvenientes, y sobre todo para apropiarse todos los atributos legales de la soberanía, mandó la cámara baja que se dispusiese un nuevo sello: pero los lores se opusieron temiendo más sin duda usurpar las señales del poder soberano que ejercerlo sin este requisito: los de la cámara baja juzgaron prudente sofocar la instancia. Algunas veces los partidos, votando juntos con intenciones distintas constituían una

falsa y estéril unanimidad; otras siendo iguales en fuerzas, se reducían recíprocamente a la impotencia, y parecían esperar que un acontecimiento exterior los obligara a unirse o a separarse para siempre.

El 31 de mayo, día de ayuno, ambas cámaras asistían al sermón en la iglesia de Santa Margarita en Westminster; entregan un billete a Pym, y éste se levanta; empuñase en voz baja una conversación animada en torno suyo, y sin aguardar a que concluya la plática, sale precipitadamente con sus principales colegas, dejando a los circunstantes en una turbación igual a su ignorancia y a su curiosidad.

Concluido el sermón se reunieron las cámaras, y el público supo que acababa de descubrirse una gran conspiración en que se decía que habían tomado parte muchos lores, muchos ciudadanos y algunos miembros de la cámara baja: se proponían armar a los realistas, apoderarse de la torre, de los almacenes y principales puntos, arrestar a los jefes del parlamento, e introducir por fin en Londres las tropas de Carlos. Aquel mismo día 31 era el señalado para la ejecución. Por lo demás, todo iba a descubrirse muy en breve pues acababa de nombrarse una junta para el efecto y se hablaba ya de la prisión de muchas personas.

Fueron en efecto reducidos a prisión muchos individuos durante la noche y el día siguiente, Waller, miembro de la cámara baja y poeta célebre, Tompkins, su cuñado, y en otro tiempo doméstico de la reina, Challoner, rico ciudadano, y otros, no pocos sufrieron la misma suerte. En los interrogatorios confesaron, más o menos detalladamente, una conspiración muy real, si bien todos los conjurados no sabían enteramente los planes que se querían llevar a efecto. Unos anhelaban sólo negarse al pago de las contribuciones para obligar al parlamento a que recurriese a la paz; otros querían presentar a las cámaras gran número de peticiones pacíficas; algunos habían asistido

simplemente a varias reuniones o concurrido a la formación de listas en que se anotaban los nombres de todos los ciudadanos conocidos, distribuyéndolos en tres clases los *prudentes*, los *moderados* y los *enemigos*. Pero a través de tantos actos de desigual importancia y de distintos motivos, se había ido agravando cada día más la conspiración. Recordóse entonces que unos tres meses antes, en una de las negociaciones tantas veces emprendidas, Waller era uno de los comisionados enviados a Oxford, y que el día de su presentación al rey, viéndole éste en último lugar, le recibió con gracia particular, diciéndole: «Waller, sin embargo de que sois el último, no por esto sois el peor ni el que menos aprecia». Desde esta época había manifestado continua correspondencia con Oxford, por medio de varios comerciantes realistas que habían huido de Londres para sustraerse a las persecuciones de las cámaras. Uno de ellos, nombrado Hall, moraba secretamente en Beaconsfield, con encargo de transmitir los mensajes; *lady* Aubigni, a quien el parlamento había permitido que pasase a Oxford para sus negocios, había traído en un pequeño cofre una comisión del rey, en que se autorizaba a algunos de los conjurados para buscar soldados y fondos en su nombre. Recientemente se había dado a Hall el aviso de que «el gran buque se iba a echar al agua» es decir, que todo estaba pronto: Hall se lo comunicó a lord Falkland, que contestó: «Dense pues prisa, porque la guerra se hace cada día más difícil de contener».

Bastante era esto para conocimiento de los representantes del pueblo, pero pudieron adquirir todavía más noticias. Sobrecoído Waller del temor de perder su vida, quería conservarla a toda costa: dinero, concesiones, denunciaciones, todo lo prodigaba, anhelando por adquirir protectores en todas las clases y suplicando a todos los fanáticos más distinguidos que pasasen a escuchar su humilde arrepentimiento, dispuesto a exagerar la gravedad del complot, al modo que tal vez en Oxford había

también exagerado el número de conspiradores realistas. Los lores Portland y Conway habían recibido de él algunas confidencias; poco tardó en denunciarlos, y aún comprometió con sus respuestas al mismo conde de Northumberland y a muchos otros. Si bien muy pocos se hubiesen adelantado a actos legalmente culpables, muchos sin embargo habían conocido y aprobado lo que se preparaba. Pero el parlamento, con valor muy cuerdo, no quiso abusar contra sus enemigos ni de su imprudencia ni de la bajeza de un cómplice, antes juzgó que para su seguridad le bastaba la justicia. Únicamente siete individuos fueron entregados a un consejo de guerra, y de cinco que salieron condenados, sólo Challoner y Tompkins sufrieron la pena. Ambos murieron denodadamente, pero muy ajenos de creerse mártires, antes al contrario, dando a entender con la más convincente franqueza que dudaban de la justicia de su causa.

—He rogado a Dios —dijo el primero al subir al cadalso— que si nuestro plan no debía contribuir a su gloria nos lo diese a conocer; mis ruegos han sido oídos.

—Me alegro —dijo el segundo— que se haya descubierto la trama, porque hubiera podido tener fatales resultados.

Tocante a Waller se le perdonó la vida en gracia de sus confesiones por el crédito de algunos de sus deudos, entre los que figuraba su primo Cromwell, y tal vez por aquella consideración que siempre se merece el talento, aun cuando se halla deslustrado por la cobardía.

Durante algunos días se lisonjearon los comunes de que el descubrimiento y el castigo de esta conspiración llevaría el espanto a Oxford, intimidaría en Londres a los realistas, suspendería las disensiones de las cámaras, y los libraría por último de la embarazosa situación en que se gastaba infructuosamente su energía. Mas pronto se desvanecieron estas esperanzas: no bien habían acabado de resonar en los templos las acciones de gra-

cias, aún no había acabado de recibirse el nuevo juramento de unión decretado en los momentos de peligro, cuando el parlamento se vio hecho en lo exterior blanco de los descalabros, y en lo interior de los más violentos debates.

No se había apesadumbrado mucho el rey por el mal éxito de la conspiración, pues al propio tiempo le había llegado la noticia de que en el Sur, en el Oeste y en el Norte, habían alcanzado sus generales notables ventajas; y ciertamente apreciaba en más triunfar por el denuedo de sus caballeros, que por medio de secretas composiciones con los ciudadanos. El 19 de junio, un inesperado acontecimiento pareció abrirle el camino de la capital y del parlamento. En la llanura de Ghalgrave, a algunas leguas de Oxford, se esparció la voz de que con una carga de caballería había el príncipe Robert sorprendido y arrollado a los parlamentarios, y que Hampden había sido herido: «Acabo de verle, dijo un prisionero, retirarse del campo de batalla contra su costumbre antes de concluirse la refriega, con la cabeza caída sobre el pecho, y las manos apoyadas en el cuello del caballo: seguramente iba herido de gravedad». La noticia excitó en Oxford una viva emoción, pero más de curiosidad que de júbilo; con dificultad se creía que pudiese sucumbir tan de improviso un hombre como él: por eso todos titubeaban en dar muestras de regocijo. El mismo rey no pensó en los primeros momentos más que en aprovechar la coyuntura para probar una conciliación con tan poderoso enemigo, que tanto le había dañado, pero que en sentir común podía repararlo todo.



EL DUQUE DE HAMILTON

Encontrábase en Oxford el doctor Giles, paisano de Hampden, con quien había conservado relaciones familiares:

—Indagad noticias del herido —le dijo el rey—, si le faltan cirujanos, podrá servirse del mío.

—Señor —respondió el doctor—, no soy muy a propósito para esto; cuantas veces he pedido algo a Hampden, le he parecido ave de mal agüero; le rogué en cierta ocasión que hiciese perseguir a unos bandidos que me habían robado, y al entrar en su casa mi mensajero supo la muerte de su hijo mayor; otra vez solicité asimismo su intervención, y al propio tiempo supo que

acababa de morir su amada hija, *mistress* Knightley. Nuestras relaciones nunca han sido para él de feliz auspicio.

Sin embargo, el doctor pasó a cumplir la comisión real. Pero el 24 de junio, su mensajero encontró a Hampden moribundo: dos balas le habían atravesado la espalda, y hacía seis días que estaba sufriendo los más agudos dolores. Se le dijo sin embargo que deseaban verle, y le informaron con qué objeto: al instante dio muestras de la mayor agitación; se creyó que hacía esfuerzos para hablar, pero no pudo y murió pocos momentos después. En cuanto lo supo se alegró de ello Carlos mucho más que si hubiese sabido que estaba dispuesto a una transacción: desde entonces no se volvió a hablar de Hampden en la corte de Oxford sino para recordar sus ofensas o para notar con aire de triunfo que había muerto en el mismo condado, cerca del paraje donde antes que en ningún otro punto se había puesto en ejecución el decreto del parlamento sobre la milicia y el levantamiento de tropas contra el rey.

En cambio se dieron en Londres y en casi todo el reino pruebas del más profundo dolor. Ningún hombre había jamás inspirado tanta confianza a un pueblo; todos cuantos eran adictos más o menos al partido nacional contaban con Hampden, los moderados confiaban en su sabiduría, los exaltados en su celo patriótico, los justos en su rectitud, y los intrigantes en su habilidad. Prudente y reservado al tiempo que dispuesto a arrostrar los peligros, no había aún dado lugar a ninguna desconfianza, poseía todos los afectos, y su muerte dejaba repentinamente un vacío en todas las esperanzas. Suerte milagrosa que fijó para siempre su nombre en la altura a que le había subido el anhelo de sus contemporáneos, y salvó tal vez su virtud como su gloria de los escollos contra los que acostumbran a estrellarse los más nobles favoritos de las revoluciones.

Su muerte fue como la señal de los desastres del parlamento, que se sucedieron sin interrupción durante el trascurso de dos

meses, agravando de día en día el mal todavía oculto que los motivaba. Los enemigos de Essex, haciendo que todo faltase a su ejército, habían sin razón contado con los triunfos de sus rivales. Ínterin el general en jefe y el consejo de guerra que residía junto a él enviaban en vano correos sobre correos para pedir dinero, vestidos, municiones y armas, se supo que en el Norte acababa de ser batido Fairfax, que *sir* John Hotham iba a entregar a la reina la plaza de Hull, que lord Willoughby no podía defender ya contra lord Newcastle el condado de Lincoln, y que de este modo la confederación de los condados del Este, antemural del parlamento, quedaba abierta al enemigo. Era aún más triste el aspecto que presentaban los negocios en el Sudoeste: en una semana perdió *sir* William Waller dos batallas; los paisanos de Cornualles, descendientes de los antiguos bretones, dispersaban en todos los encuentros o los reclutas del parlamento; se les vio en Landsdown tomar después de haber pedido modestamente permiso, una batería que se creía inaccesible, y quince días después, bajo las murallas de Bristol, subieron al asalto con la misma osadía.

En este condado no se habían traspasado las propiedades, de modo que desde muchos siglos vivían en ella los mismos gentilhombres rodeados de las mismas familias de los colonos: piadoso y sencillo el pueblo, poco amigo de innovaciones y dócil sin temor a la influencia de la nobleza, sentía por ella y por sus costumbres el mismo entusiasmo que los más exaltados parlamentarios por sus opiniones y derechos. Por otra parte, entre ellos y los condados cercanos, contaba el rey algunos de sus más sabios defensores; el marqués de Hertford, cuñado de Essex, que por mucho tiempo había vivido retirado en sus tierras por tedio a la corte; *sir* Bevil Greenville, el más popular de sus gentilhombres de Cornualles, y sobre todo *sir* Ralph Hopton, hombre de bien al par que valiente oficial que no pedía favores a la corte, que reprimía severamente el pillaje, protegía a

las poblaciones, y creía llenar sus deberes de fiel súbdito ofreciendo el corazón de un buen ciudadano. El mérito de tales jefes, y el denuedo de semejantes soldados, llenó de terror a Waller y a su gente: no cuidó de mantener la disciplina en sus tropas, y así es que se desertaban a bandadas. Los mismos comisionados que enviaba el parlamento para excitar el celo del pueblo, se sentían poseídos de igual pavor y lo comunicaban a los demás. Cierta día al enseñar los magistrados de Dorchester las fortificaciones de su población a Strode, pidiéndole su parecer, les dijo: «Todo esto no contendría por una hora a los caballeros: para ellos es un juego escalar murallas de veinte pies de alto».

Dorchester se rindió a la primera intimación; Weymouth, Portland, Barnstaple y Bedford siguieron su ejemplo: lo propio habían hecho ya Taunton, Bridgewater y Bath; Bristol, segunda población del reino, cedió al primer asalto por la cobardía de su gobernador Nathaniel Fiennes, que no obstante era uno de los jefes del partido más violento. Todos los días llegaban a Londres noticias de algún descalabro; en Oxford por el contrario crecía la fuerza con la confianza; la reina se había al cabo reunido al rey, llevándole artillería y un refuerzo de 3000 hombres: su primera entrevista tuvo lugar en la llanura de Keynton, sobre el mismo terreno, donde el año anterior se habían combatido por primera vez ambos partidos. El mismo día y a la misma hora, Wilmot y Hopton alcanzaban en Roundway Down la más brillante victoria contra los parlamentarios. Carlos y su esposa entraron en Oxford triunfalmente; y Waller, que al partir para el ejército había dado orden a todos los constables de que estuviesen preparados para recibir sus prisioneros, volvió a Londres sin soldados.

Essex, siempre inmóvil, y achacando su inacción a los mismos que se la echaban en cara, era espectador de tales derrotas sin experimentarlas ni prevenirlas. Escribió por fin a la cámara

alta: «Pienso que será conveniente pedir al rey la paz, garantizando la religión, las leyes y las libertades de los súbditos, como también el castigo de los principales delincuentes que han acarreado al reino tantos males. Si este paso no nos procura un tratado, será, según creo, preciso suplicar a S. M. que se aleje de esta escena de carnicería, y entonces en un día, ambos ejércitos pondrán fin a la querella». Algunos días antes hubiera sido bien recibida esta carta; al rumor de los primeros reveses, habían los lores protestado solemnemente su fidelidad al rey, y redactado nuevas proposiciones de paz; los representantes del pueblo por el contrario, más indignados que abatidos, habían intimado a la cámara alta que adoptase en fin su resolución tocante al gran sello, y en vista de su negativa, por su propia autoridad mandaron grabar uno que llevaba de una parte las armas de Inglaterra y de Irlanda, y de otra la representación de la cámara celebrando sesión en Westminster, sin asomo de signo alguno que recordase a los lores.

En tal punto de discordia, seguramente habrían secundado éstos las miras pacíficas del general; pero, por aquel tiempo envanecido el rey con sus ventajas, declaró oficialmente que los individuos reunidos en Westminster no formaban ya dos verdaderas cámaras, que la ausencia de tantos miembros, y la falta de libertad en sus deliberaciones les había hecho perder toda su existencia legal; que en adelante no les daría el nombre de parlamento, y en fin, que prohibía a sus súbditos obedecer a ese conjunto de traidores y sediciosos. Una reprobación tan general y violenta restableció prontamente la unión entre las dos cámaras: el 5 de julio decretaron de mancomún que se delegarían comisionados a sus hermanos los Escoceses para pedir que enviasen un ejército en auxilio de los protestantes de Inglaterra amenazados de caer bajo el yugo de los papistas. Así fue que cuando recibieron los lores la carta de Essex, votaron que no enviarían al rey peticiones ni proposiciones de paz hasta que

hubiese revocado la proclama en que decía que las dos cámaras no formaban ya un parlamento libre y legal.

No insistió Essex: honrado y sincero, creyó cumplir con un deber aconsejando la paz; por lo demás, respetaba a las cámaras, y sin embargo de haberles dado un consejo, estaba sumiso a sus órdenes. Por unos días pareció reinar en Londres la mayor armonía entre los partidos: todos se reunieron para colmar a Essex de pruebas de aprecio; pronto recibió municiones y refuerzos: al mismo tiempo Waller, a pesar de sus desgracias, recibió mercedes por su valor, como hombre que aún podía ser útil. Se ordenó la formación de un nuevo ejército en los condados del Este, al mando de lord Manchester, y dándole por segundo a Cromwell. Hotham, a quien los comunes habían prevenido a tiempo arrestándolo en Hull antes que hubiese podido entregar la plaza, y esperaba en la torre su castigo, fue reemplazado en el mando por lord Fairfax. De los comisionados que debían partir para Escocia, los dos fueron nombrados por los lores y los cuatro por la cámara baja, y se les invitó a apresurar su marcha. La mayor parte de los miembros de la asamblea de teólogos dejaron asimismo la capital para ir cada uno a su parroquia a calmar las inquietudes del pueblo y excitarle a nuevos esfuerzos. Diariamente, en alguno de los templos de Londres, delante de un numeroso concurso de madres, hijos y hermanas, se celebraban ceremonias especiales para invocar la protección de Dios sobre todos cuantos se dedicaban a la defensa de su patria y de su fe: y al amanecer, al redoble del tambor, muchos ciudadanos de todas edades, sexos y condiciones, salían en bandas para trabajar en las fortificaciones. Jamás, ni en las cámaras ni entre el pueblo, se había desarrollado tan prudente y concertada energía.

Pero el peligro era mayor cada día, pues las ventajas del rey continuaban en todas partes. A pesar del entusiasmo público muchos rehusaban comprometerse más por el parlamento.

Lord Grey de Wark, uno de los comisionados, elegido por la cámara alta para pasar a Escocia, no aceptó el encargo; los lores le enviaron a la torre, mas no por esto dejó de excusarse también el conde de Rutland, que debía acompañarle: este último alegó al menos falta de salud. Forzoso les fue a los comisionados de la cámara baja partir solos, y aún por mar, pues los caminos del Norte no eran seguros, ni Fairfax bastante fuerte para hacerlos escoltar: veinte días duró su travesía. Entre tanto, mejor aconsejado el rey, publicó una proclama más templada, y con la esperanza volvió a renacer también el deseo de la paz. El 4 de agosto, a propuesta del conde de Northumberland, adoptaron los lores varias proposiciones dirigidas al rey las más moderadas de que hasta entonces se había hablado: se prescribía por ellas el pronto licenciamiento de los ejércitos, se llamaban a residir en las cámaras a los miembros que se habían alejado para servir al rey, y se dejaban además por decidir las cuestiones de la milicia y de la iglesia, la una a merced del sínodo, y la otra a voluntad del parlamento. Al día siguiente las pasaron a la otra cámara, declarando con tono sobrado arrogante que era ya tiempo de poner término a las calamidades del país^[24]. Sorprendido el partido de la guerra por tan repentino ataque, insistió en vano sobre el peligro de perder con la precipitación el fruto de tantos esfuerzos y males ya sufridos, y en vano pidió que se esperase al menos la respuesta de Escocia. «Se murmura, les respondieron, por haberse interrumpido las negociaciones de Oxford; bien es verdad que el pueblo bajo de Londres parece dispuesto a continuar la guerra, pero es evidente que los ciudadanos ricos y notables no la quieren, puesto que se niegan a nuevos empréstitos para sostenerla. ¿Qué mal hay por otra parte en dirigir al rey proposiciones razonables? Si las acepta, tendremos paz; sí las rehúsa, su negativa nos valdrá más soldados y dinero que en vano os tratarais de proporcionar con decretos». Por una mayoría de noventa y cuatro votos contra

sesenta y cinco se tomaron en consideración las proposiciones de los lores.

Estalló en el partido una turbación violenta; la paz pedida de este modo en medio de los reveses, no era una transacción, sino una derrota; dejaba todos los intereses públicos y privados bajo el peso de los más vivos temores, y desvanecía las esperanzas de los patriotas que deseaban más amplia reforma, y las de los ambiciosos que querían una revolución: determinóse probarlo todo para desecharla.

El 6 de agosto por la tarde, sin atender a que fuese domingo, Pennington, lord corregidor, a quien había excluido el rey de toda amnistía, convocó la municipalidad, y al día siguiente una petición fulminante intimó a la cámara baja que desechasen las proposiciones de los lores, y que adoptasen un decreto que el mismo mensajero presentaría por modelo. Una muchedumbre inmensa, avisada por medio de pequeños folletos esparcidos la víspera, apoyaba la petición con sus clamores. Habiendo llegado los lores a Westminster a través del tropel, se quejaron inmediatamente a los de la otra cámara, declarando que suspenderían sus sesiones hasta tanto que se hubiese hecho justicia sobre tamaños atentados. Pero los diputados del pueblo habían puesto ya a discusión las proposiciones de paz, y después de un largo debate todavía fueron aprobadas por 81 votos contra 79. El desorden fue extraordinario: de afuera exclamaba el pueblo que no se retiraría sin que se le diese una favorable respuesta y en lo interior los enemigos de la paz reclamaban violentamente por un nuevo escrutinio, sosteniendo que se habían engañado, y que no se les burlaría de este modo. Fue preciso ceder: 81 votos persistieron en la paz; pero los escrutadores que contaban los de la negativa declararon 89, y los partidarios de la paz salieron consternados.

A los dos días, 9 de agosto, buscaron un desquite. Desde el amanecer se formó alrededor de Westminster una reunión de

dos o tres mil mujeres, que llevaban sobre su cabeza pañuelos blancos, símbolo de paz, y la pedían en efecto por medio de una petición lastimosa. *Sir John Hippisley* pasó a decirles: «Que la cámara deseaba también la paz, que esperaba podérsela procurar pronto, y que entre tanto las invitaba a que se restituyesen a sus casas». Las mujeres no hicieron caso, y a eso del mediodía subía ya su número a más de 3000; se mezclaron entre ellas algunos hombres vestidos de mujeres, y a su instigación penetró una banda hasta la puerta del salón de la cámara, exclamando: «¡Paz! ¡Paz!». La guardia las instó a que se retirasen; pero se redoblaron los gritos: «¡Qué se nos entreguen a los traidores que están contra la paz! ¡Qué se nos deje hacerlos pedazos! ¡Qué nos entreguen a ese charlatán Pym!». Fueron rechazadas hasta la puerta de la plaza, y aún se dispararon al aire algunos tiros para espantarlas. «Esto no es más que pólvora», gritaron ellas, apedreando a los milicianos de la guardia. Esta hizo entonces una descarga verdadera; llegó en esto un escuadrón de caballería, y cargó sobre la muchedumbre con sable en mano; todavía se obstinaban las mujeres, y llenaban de imprecaciones y pedradas a los jinetes. Forzoso les fue huir por último; y después de algunos minutos de un horroroso tumulto sólo quedaron alrededor de Westminster siete u ocho mujeres heridas que lloraban, y dos muertas. Una de estas era bien conocida del pueblo, pues desde su infancia iba cantando por las calles de Londres antiguas baladas del país.

La victoria era completa, pero cara, puesto que para lograrla se había echado mano de la falsedad y de la violencia, medios no muy buenos cuando la reforma se hace en nombre de las leyes, y se aspira a ponerlas en vigor. Decíase ya públicamente que el parlamento ponía en acción los mismos medios que tanto se echaban en cara al rey. La cámara alta estaba indignada, se había derramado sangre del pueblo: los odios intestinos empezaban ya a absorberlo todo. Pronto supieron los jefes de la cá-

mara baja que muchos miembros impulsados por los principales lores, se proponían salir de Londres, refugiarse en el campamento de Essex, proclamar que se separaban de un parlamento esclavo de la muchedumbre, y abrir negociaciones con Oxford. La probidad de Essex desvaneció este plan, y bastante afortunados fueron los conspiradores con saber que no se les descubriría.

No obstante algunos abandonaron la capital para pasarse al rey; y el conde de Northumberland se retiró a su castillo de Pe-lworh. Pasmados al encontrarse solos algunos de los jefes populares, parecieron intimidarse; el mismo Pym fue acusado de tener correspondencia con el enemigo. Por otra parte, los más violentos y fogosos demagogos empezaban a manifestar sus secretos sentimientos: John Saltmarsh, que fue después capellán en el ejército de Fairfax, defendió: «que a toda costa se debía impedir que el rey se acercase al pueblo, y que si se negaba a sus pretensiones se le debía extirpar a él y a su raza, y conferir a otro la corona».

El folleto fue denunciado a la cámara baja, mas Henry Martyn lo apoyó:

No veo —dijo— ninguna razón para condenar al autor; seguramente vale más que se arruine una familia, que no muchas.

—Pido —exclamó *sir* Mevil Poole— que nos digáis de qué familia queréis hablar.

—Del rey y de sus hijos —repuso Martyn sin vacilar.

Osadía inaudita, y que estaba lejos de poder sostener el partido que la profería. No llegaban noticias de Escocia, y hasta se ignoraba si habían podido desembarcar los comisionados. Temíase continuamente que el rey marchase sobre Londres, o que hubiese sitiado a Gloucester, única plaza que le quedaba al parlamento al Oeste del reino, y que impidiendo las comunicaciones

de los realistas del Sudoeste y del Nordeste, no les dejaba obrar de concierto.

Las pasiones cedieron a los peligros, y los partidos comprendieron con claridad su situación. Ni uno ni otro era bastante fuerte para dar un golpe de muerte a su contrario, y hacer después con ventaja la guerra o la paz. Así fue que en vez de buscar su salud, los moderados en su debilidad y los exaltados en su frenesí, comprendieron los primeros que antes de tratar era necesario vencer, y los segundos que para vencer debían ellos someterse y sus contrarios mandar. Suspendióse pues toda desconfianza y ambición. Pasó al lado de Essex una comisión de la que algunos miembros eran ardorosos partidarios de la guerra, y le informó de las medidas que se acababan de tomar para el aumento y conservación de su ejército; se le preguntó después si necesitaba más todavía, y se puso en sus manos la suerte de la patria, con las más brillantes muestras de confianza del parlamento.

Por su parte el conde y sus amigos se dedicaron a la guerra con el mayor ahínco; Hollis, que había pedido un pasaporte para retirarse al continente con su familia, desistió de este proyecto: en todas partes estaban al frente de los preparativos, de los esfuerzos y sacrificios los más cuerdos, mientras sus fogosos contrarios los secundaban silenciosamente. Hasta tal punto llegó su firme resolución de sacrificarse por la armonía, que permitieron el encarcelamiento y exclusión de Henry Martyn. Tan sabia conducta tuvo sus resultados. Mientras que Waller y Manchester formaban cada uno por su parte un ejército de reserva, tuvo lugar rápidamente el aumento y abastecimiento del de Essex, único que podía entrar prontamente en campaña; se le agregaron voluntariamente cuatro regimientos de la milicia de Londres, y el 24 de agosto, después de una gran revista, partió el conde a la cabeza de 14 000 hombres, para acudir al soco-

rro de Glocester, cuya plaza hacía quince días que estaba estrechamente bloqueada por el rey.

Bien hubiera querido Carlos probar un golpe sobre Londres, y para ello se había formado ya un plan seguro. Mientras que él se hubiera adelantado del Oeste al Este, lord Newcastle, vencedor en el condado de York, habría pasado del Norte al Sur, reuniéndose dos grandes ejércitos realistas junto a la capital. Después de la toma de Bristol, se apresuró Carlos a enviar un mensajero a lord Newcastle para la ejecución de aquel plan. Pero los magnates realistas no eran muy dóciles, habían recibido del monarca una comisión y no un poder, y contentos con sostener su causa allí donde tenían influencia, no estaban muy dispuestos a mudar de escena en sus correrías. Newcastle, altivo, magnífico, amigo de la pompa más no de la fatiga y las contradicciones, y rodeado de una corte liviana y agradable, no quiso hacer un papel oscuro en Oxford, ni confundir su ejército con el del rey para estar a las órdenes de un príncipe tan grosero como era Robert. Después de haber escuchado las proposiciones del mensajero Warwick: Me acuerdo, dijo, de la historia del rebelde irlandés Tyrone hecho prisionero por el virrey Mountjoy y presentado a la reina Isabel. Al ver el irlandés en los salones de Whitehall el poco caso que hacían del virrey, y que este tenía que esperar como los demás que se presentase la reina, se volvió a uno de sus compatriotas y le dijo:

—Me humilla en extremo que me haya hecho prisionero un hombre que me parecía poderoso y al que veo ahora confundido con la muchedumbre aguardando a que pase una mujer.

—Por mi parte, no puedo dejar el condado de York hasta que Hull no sea nuestro.

Warwick trasmitió este mensaje al rey, que no se atrevió a quejarse. Algunos le aconsejaban todavía que se dirigiese sobre Londres, la reina entre ellos, pero a Carlos le gustaban muy po-

co las empresas aventuradas, menos por temor del peligro que por no comprometer su dignidad. Muy presente tenía la campaña del año anterior, en que le fue preciso retroceder. Muchos oficiales opinaban por el sitio de Gloucester, unos desinteresadamente, y otros con la esperanza de un rico botín; el coronel Legg se vanagloriaba de tener relaciones que les serían muy útiles con el gobernador de la plaza. El rey se decidió por fin, y el 10 de agosto, su ejército, mandado por él mismo, ocupó las colinas que dominan la población, defendida solamente por 1500 hombres y sus habitantes. Al punto intimó la rendición, dando dos horas para responder. Antes de que hubiesen trascurrido se presentaron dos diputados de Gloucester, flacos, pálidos, rasados los cabellos y vestidos de negro: «Llevamos, dijeron, una respuesta de la piadosa ciudad de Gloucester». Fueron conducidos delante de S. M. y la leyeron: «Nosotros, habitantes, magistrados, oficiales y soldados de Gloucester, damos al mensaje de V. M. la respetuosa y humilde respuesta de que con juramento guardamos la plaza para el servicio de V. M. y de su real posteridad, que nos creemos obligados a obedecer las órdenes de V. M. trasmitidas por medio de las dos cámaras, y que en consecuencia con la ayuda de Dios la defenderemos con todo nuestro poder». A este mensaje tan breve y claro como leído con firme tono; al extraño aspecto y frío ademán de los dos diputados, que inmóviles delante del rey aguardaban su respuesta, por poco no estalla entre los presentes un movimiento de sorpresa, de indignación y de desprecio; pero Carlos, grave como sus enemigos, los reprimió, y despidió a los diputados con sólo estas palabras: «En vano esperáis socorro; Waller está destruido y Essex no puede venir». Apenas hubieron entrado en la plaza, cuando incendiaron todos los arrabales, para que nada les quedase que defender fuera de las murallas.

Durante veintiséis días inutilizaron con su valor los esfuerzos de los sitiadores; fuera de unos 150 hombres de reserva, la

guarnición entera estaba sobre las armas; en los trabajos así como en los peligros, los ciudadanos se unían a los soldados, las mujeres a los maridos, y los hijos a sus madres. Hicieron muchas salidas, y sólo tres hombres desertaron. Cansado el ejército real de tanto esperar sin gloria, se vengaba devastando los alrededores: los oficiales empleaban muchas veces a sus soldados en robar a algún rico de los alrededores, que sólo recobraba su libertad por medio de un rescate. La indisciplina era cada día mayor a par que el odio de los pueblos cercanos. Se hubiera podido probar un asalto; pero era tan reciente y había costado tan caro el de Bristol, que nadie osaba proponerlo. Ya el rey esperaba sólo poder reducir a los sitiados por hambre cuando supo con admiración que se acercaba Essex. En vano el príncipe Robert quiso detenerlo con un cuerpo de caballería; el conde seguía avanzando siempre. Distaba ya sólo algunas millas del campo, y la caballería del rey se había replegado sobre las avanzadas de su infantería, cuando Carlos, con la esperanza de detener al conde, siquiera un día, le envió un mensaje de paz:

—El parlamento —respondió Essex— no me envía para tratar, sino para salvar a Gloucester; esto es lo que me propongo alcanzar o perder la vida.

—¡Fuera proposiciones! —exclamaron sus soldados al saber que había llegado un mensajero enemigo.

Essex continuó su marcha, y al día siguiente, 5 de septiembre, al asomar sobre unas colinas distantes dos leguas de Gloucester, al ver arder los reales de Carlos conoció que había levantado el sitio.

Apresuróse a entrar en la plaza llevando toda suerte de víveres; llenó de alabanzas al gobernador y a sus soldados; felicitó a los ciudadanos por su valor, que había salvado al parlamento dándole tiempo para acudir a su socorro; recibió en cambio mil aclamaciones, y al cabo de dos días se volvió para Londres, go-

zoso por restituir intacto a las cámaras el único ejército que pudiese protegerlas.

Todo parecía prometerle una retirada tan feliz como su expedición; Cirencester, con sus abundantes almacenes de víveres, había caído en su poder; su caballería en fin había sostenido en algunas refriegas el choque tan temido de los jinetes del príncipe Robert. Pero, el 19 de septiembre, al acercarse a Newbury, vio que los enemigos se habían adelantado, que ocupaban la ciudad y las alturas de los alrededores, que le había cerrado el camino de Londres, y que por lo tanto sólo una batalla podía abrírselo de nuevo. El rey mismo estaba a la cabeza de su ejército, en una posición ventajosa, desde donde podía recibir de las guarniciones de Oxford y Wallingford cuantos socorros necesitase. El país, poco adicto a los parlamentarios, ocultaba con cuidado sus víveres. Era preciso dar una batalla, ya para abrirse paso, ya para no morir de hambre.

No titubeó Essex, antes al amanecer del día siguiente pasó él mismo a vanguardia, y desalojó a los regimientos enemigos que ocupaban la principal colina. Empeñada sucesivamente la batalla por todos los cuerpos y en todas las posiciones, duró hasta la noche, tan bizarramente sostenida, que ambos ejércitos ponían su gloria en alabar a sus enemigos. Pretendían con ello, los realistas reparar un revés que había suspendido el curso de sus triunfos, y los parlamentarios sacar todo el fruto de un triunfo que ponía término a tantos reveses. Las milicias de Londres sobre todo hicieron prodigios. Dos veces, después de haber roto a la caballería enemiga, cargó sobre ellos el príncipe Robert sin que vacilasen sus filas erizadas de picas. Los oficiales generales Essex, Skippon, Stapleton y Merrick se aventuraban como simples soldados, mientras los criados y trabajadores que seguían el ejército combatían como valientes oficiales. Llegada la noche, permanecieron todos en sus posiciones. Essex había ganado terreno; sin embargo, los realistas le cerraban todavía el pa-

so, y era por lo tanto preciso renovar el combate: así lo creía Essex cuando al día siguiente con admiración vio a los primeros albos del día en retirada al enemigo, dejándole libre el paso. Aprovechando la coyuntura, continuó su marcha sin otro obstáculo que algunas vanas cargas de la caballería del príncipe Robert, y a los dos días pasó con su ejército la noche en Reading, libre de todo peligro.

Lo vivo de la acción había desanimado a los realistas no menos valientes, pero menos obstinados que sus adversarios, y más dispuestos al envanecimiento y a la desesperación. Su pérdida además había sido grande y sensible: veinte oficiales de nota habían perecido, entre ellos hombres tan ilustres por su mérito como por su rango; lord Sunderland, querido por sus opiniones de todos los buenos protestantes de su partido y de todos los hombres ilustrados; lord Carnarvon, excelente oficial, muy estimado del rey por su rigidez en punto a disciplina, amado de los soldados por su justicia, y observador tan escrupuloso de su palabra, que nada pudo detenerle en el ejército del Oeste cuando el príncipe Maurice que le mandaba hubo violado las capitulaciones concluidas con las ciudades de Weimouth y de Dorchester; lord Falkland, en fin, honor del partido realista, siempre patriota si bien que proscrito en Londres, siempre respetado del pueblo si bien qué ministro en Oxford habían terminado gloriosamente su carrera. Nada le obligaba a Falkland a acudir al campo de batalla, y más de una vez le echaron en cara sus amigos su inútil temeridad: «Mi empleo, respondía sonriéndose, no puede hacerme perder los privilegios de la edad; a más de que un Secretario de Estado de la Guerra debe saber cuáles son los mayores riesgos de esta».

Hacía algunos meses que los buscaba con ardor; la vista de los padecimientos del pueblo, los males mayores que preveía, el desvanecimiento de sus esperanzas, y la constante lucha de su alma en medio de un partido cuyos triunfos y reveses temía a la

vez, todo le había abismado en la más amarga tristeza; se había agriado su humor; su imaginación, naturalmente brillante y viva, se había vuelto sombría y meditabunda; le gustaba la elegancia en el traje, y ahora la descuidaba; ninguna conversación ni tarea le gustaba; muchas veces, sentado entre sus amigos y sosteniéndose con ambas manos la cabeza, sólo salía de un profundo silencio exclamando dolorosamente: *¡la paz!, ¡la paz!*, y sólo podía reanimarle la esperanza de alguna negociación. El día de la batalla, los que le rodeaban se admiraron de verle más alegre: nunca había empleado más esmero en su traje: «Si me matan hoy, dijo, quiero que encuentren mi cuerpo elegante». Al oír que sus amigos le pedían con ahínco que se quedase, volvió su rostro a cubrirse de tristeza: «No, dijo, hace tiempo que estas disensiones me traspasan el corazón: al anochecer habré probablemente mudado de situación»; y pasó como voluntario al regimiento de lord Byron. No bien se hubo empeñado la acción, cuando una bala le traspasó el bajo vientre; cayó de caballo y murió sin que nadie hubiese notado su caída y como víctima de una época sobrado pervertida para su virtud tierna y pura. Sólo a la mañana siguiente se encontró su cuerpo; sus amigos, Hyde sobre todo, estuvieron inconsolables; los cortesanos supieron sin conmoción la muerte de un hombre con quien no congeniaban, y Carlos dio vulgares muestras de pesar, y estuvo más a su placer en el consejo.

Apenas hubo Essex llegado a Reading, cuando una diputación de las dos cámaras vino a manifestarle su reconocimiento, a proveer a las necesidades del ejército, y a consultar su opinión. No sólo estaba salvado el parlamento, sino que podía en adelante verse libre de tales riesgos, pues había logrado ventajas por las armas y por medio de las negociaciones. Mientras Essex hacía levantar el sitio de Gloucester, Vane, llegado por fin a Edimburgo, concluía con los escoceses una estrecha alianza. Bajo el nombre de *liga y pacto solemne*, votaron en un día la con-

vención de los estados y la asamblea general de la iglesia de Escocia un tratado político y religioso, por el que se confederaban para la defensa de una misma causa las fuerzas unidas de los dos reinos. Al día siguiente partieron dos comisionados escoceses para Londres, donde las dos cámaras lo sancionaron igualmente, después de haber consultado a la asamblea de teólogos.

Ocho días después, en la iglesia de santa Margarita de Westminster, de pie todos los miembros del parlamento, con la cabeza descubierta y la mano levantada al cielo, juraron su adhesión, primero de viva voz y enseguida por escrito. El pacto fue recibido en la capital con el mayor entusiasmo: prometía la reforma de la Iglesia y el pronto socorro de 21 000 escoceses. Con esto el pueblo presbiteriano veía a la vez desvanecidos sus temores y logrado sus deseos. Al otro día hizo Essex su entrada en Londres; la cámara baja, en pos de su presidente, pasó a cumplimentarle a Essex House; el lord corregidor y otro magistrado, vestidos de púrpura, fueron a dar gracias al libertador y protector de su vida, de su fortuna, de sus mujeres y de sus hijos. Se expusieron al público los estandartes cogidos en Newbury al ejército real; se notaba uno sobre todo que representaba la fachada exterior de la cámara de los representantes del pueblo con las cabezas de dos criminales en su parte superior, y debajo esta inscripción: *Ut extra, sic intra*.

Agolpábase el pueblo alrededor de estos trofeos; los milicianos que habían formado parte de la expedición contaban sus detalles; en las conversaciones domésticas, en el púlpito, entre los grupos formados por las calles, se proclamaba o se obedecía a Essex. Éste y sus amigos resolvieron aprovechar semejante triunfo. Pasó el general a la cámara alta, ofreció su dimisión, y pidió que le fuese permitido retirarse al continente: añadió que ningún peligro público le impelía ya a quedarse; que el mando le había acarreado amargos disgustos, que dentro de poco volverían porque *sir* William Waller, conservaba siempre una co-

misión independiente de la suya, y mientras el título de general en jefe hacía pesar sobre él toda responsabilidad, otro podía desobedecerle; y que en fin, hacía tiempo que conocía el tormento de tal situación, y ya no podía permanecer en ella. Al oír esta declaración, sorprendidos los lores o fingiendo estarlo, votaron que pedirían una conferencia a los diputados del pueblo; pero al propio tiempo llegó un mensaje de estos que hacía inútil la conferencia. Informados de todo, se apresuraban a participar a los lores que Waller ofrecía renunciar su comisión y recibir en adelante instrucciones del general en jefe y no del parlamento mismo; solicitaba además la formación de una junta que terminase instantáneamente y a satisfacción del conde tan desagradable incidente. Acto continuo se nombró la junta, y esta arregló el negocio durante la sesión. Waller y sus amigos se sometieron sin murmurar; Essex y los suyos triunfaron sin ostentación, y parecía que se reconciliaban dos partidos precisamente cuando se preparaban para nuevos combates.

LIBRO QUINTO

**Estado de los partidos y origen de los independien-
tes. — Disposiciones de la corte de Oxford. — Concluye
el rey una tregua con los Irlandeses. — Parlamento de
Oxford. — Muerte de Pym. — Campaña de 1614. — Ba-
talla de Marston Moor. — Contratiempos de Essex en
el condado de Cornualles. — Estalla la desunión entre
los jefes presbiterianos y Cromwell. — Ensáyense ne-
gociaciones. — Decreto de abnegación de sí mismo. —
Proceso y muerte de Laud. — Negociaciones de Uxbri-
dge. — Reorganización del ejército parlamentario. —
Nombramiento de Fairfax para general. — Essex hace
dimisión.**

(1643-1645)

Extremada fue la alegría de los presbiterianos: el parlamento debía la salvación a su jefe; sus enemigos guardaban silencio; el ejército escocés, cercano ya, prometía a su causa un infalible apoyo; era natural, pues, que sólo ellos dispusiesen en adelante de las reformas como de la guerra a su placer y albedrío.

En las cámaras y fuera de ellas, en Londres y en los condados, no tardó en predominar un arranque de fervor y de tiranía religiosa. La asamblea de teólogos recibió orden de preparar un plan de gobierno eclesiástico^[25], y llamó a cuatro teólogos escoceses para trabajar con ellos de mancomún tocante a la uniformidad de culto de ambas naciones. Las juntas encargadas de examinar en cada provincia la conducta y las doctrinas de los

eclesiásticos trabajaron con más actividad y rigor; cerca de dos mil^[26] ministros fueron expulsados de sus curados; muchos otros perseguidos como anabaptistas, brownistas, independientes, etc., se vieron encarcelados por los mismos hombres que en otro tiempo maldecían con ellos a sus comunes perseguidores. Cuantos rehusaban suscribir al pacto eran declarados incapaces de asistir a la municipalidad, y aún de poder ser electores. Desde el principio de la guerra había mandado simplemente el parlamento que se cerrasen los teatros, dando sólo por razón que en tiempo de públicos quebrantos la oración debía suceder a los placeres. Esta misma prohibición se extendió a todas las diversiones y juegos populares de los domingos. Ninguna diversión obtuvo gracia por más inocente o antigua que fuese; mandáronse abatir todos los *árboles de mayo* que se plantaban bulliciosamente por la primavera: y cuando los niños contrariaban estas disposiciones, se imponía una multa a sus padres. Por último, el arzobispo Laud, hacía tres años olvidado en la cárcel, tuvo que comparecer de repente en la cámara alta, y se le mandó responder a la acusación de los diputados del pueblo: el odio y la venganza eran los deberes del fanatismo.

El mismo ardor se desplegó en lo tocante a la guerra: envenecidos los parlamentarios por la parte que les había cabido en sus últimas victorias, ya no hablaban de paz. Muchos ricos ciudadanos equipaban soldados y se ofrecían ellos mismos a servir; Roland Wilson, que debía heredar de su padre un comercio inmenso y 2000 libras esterlinas de renta, pasó al ejército de Essex a la cabeza de un regimiento levantado a sus costas. Aún más: algunos jefes de la cámara baja que antes estaban por la paz, excitaban ahora a hacer los últimos esfuerzos. Nunca se había presentado más arrogante el partido ni más seguro del poder.

Sin embargo iba ya tocando a su decadencia. Empeñado desde su origen en una doble reforma, la de la iglesia y la del Esta-

do, no las seguía entrambas movido de los mismos principios y designios. En punto a religión era ardiente su fe, y sus principios sencillos, enérgicos y consecuentes; el sistema presbiteriano no era para él una institución humana y flexible, que pudiese modificarse según los tiempos, sino un sistema único legítimo, de derecho divino, la ley del mismo Cristo. Queríase que triunfase sin reserva y a toda costa, como revolución santa. En política por el contrario, a pesar de su lenguaje, eran vagas y moderadas sus miras; no le dominaba un espíritu revolucionario; amaba la monarquía y sólo combatía al rey; confiaba sólo en la cámara baja, y sin embargo no quería mal a los lores; obedecía a las costumbres arraigadas y a las nuevas exigencias, no meditaba, sólo deseaba una reforma legal, y nada más.

Agitado de este modo por disposiciones contrarias, arrogante e incierto, fanático y moderado a un tiempo, no contaba siquiera el partido presbiteriano con jefes salidos de su seno y que estuviesen conformes con sus principios; antes por el contrario, marchaba en pos de los reformadores políticos, primeros intérpretes y verdaderos representantes del partido nacional. Su alianza le era natural y necesaria: natural, porque ambos querían reformar el gobierno y no abolirle; necesaria, porque estaba en posesión del poder, y lo conservaba por la superioridad de su rango, de sus riquezas y de sus luces: ventajas que no negaban los más ardientes presbiterianos. Pero si buscaban los reformadores políticos y aún compraban el apoyo de los sectarios, no por esto pensaban como ellos en punto a la iglesia; un episcopado moderado les convenía más, de modo que casi a despecho de su voluntad servían a aquéllos. De este modo la unión de ambos partidos no era completa ni sincera sino en política, donde ninguno de los dos se mostraba aferrado en principios.

Fuera de esto, en 1643, estaba consumada la reforma política, legal al menos; no subsistían ya los abusos; se habían sancio-

nado todas las leyes que se juzgaban necesarias, y modificado, como se supo, las instituciones: nada faltaba a la obra que querían de mancomún elevar aquellos dos partidos. Pero la revolución religiosa había apenas principiado, y la política amenazaba correr los riesgos de la exaltación: era por lo tanto llegada la hora en que se debían patentizar los vicios orgánicos de aquella alianza. Cada día se veía precisado el partido dominante a contradecirse; lo que solicitaba en la iglesia lo negaba en política; contra los obispos invocaba las pasiones democráticas, y contra los nacientes republicanos las tendencias monárquicas o aristocráticas. Era un espectáculo singular ver demoler con una mano y sostener con otra, predicar innovaciones y anatematizar innovadores, ser temerario y tímido, rebelde y déspota a la vez, perseguir con la libertad los episcopales, y con el «poder a los independientes».

Abandonábanle o le comprometían también muchos de sus jefes. Algunos, como Rudyard, se retiraban de la arena, o sólo se presentaban de tiempo en tiempo, más para protestar que para obrar. Otros menos honrados, como Saint-John, o más perseverantes y osados como Pym, contemporizaban con un nuevo poder naciente. Muchos, desengañados o corrompidos, pensaban sólo en aumentar su patrimonio; y se distribuían mutuamente los empleos, y las confiscaciones. Entre los magnates reformistas muchos se habían escapado a Oxford, y para evitar el pillaje o el secuestro, negociaban a la vez con la corte y con el parlamento. El 22 de septiembre sólo había seis lores en la cámara alta, y el 5 de octubre sólo cinco. Un llamamiento nominal y el consiguiente temor atrajo algunos a Westminster; mas no por esto dejó la alta aristocracia, cada día más sospechosa al pueblo de ser un estorbo más bien que un apoyo para los presbiterianos; de modo que su fanatismo religioso los alejaba de los más hábiles defensores de la libertad, y su moderación polí-

tica impedía que nadie se hermanase con hombres de principios vacilantes.

Hubiese o no satisfecho las esperanzas relativas a los asuntos de la iglesia o del Estado, hacía no obstante tres años que este partido dominaba, y esta misma duración empezaba a cansar a muchos. Quejábanse de él por los males sufridos, y por las esperanzas burladas; acusábanle de ser tan tirano como los obispos, y tan arbitrario como el rey; reprochábanle sus contradicciones y su debilidad: y finalmente sólo en vista de los acontecimientos progresivos se presentía una secreta necesidad de principios y poderes nuevos.

Unos y otros estaban a la mira, aguardando sólo coyuntura. Largo tiempo antes de las turbulencias, cuando los presbiterianos empezaban sólo a manifestar su intención de dar a la iglesia nacional una constitución republicana, sosteniendo a la vez la unidad de la fe como la del poder, y disputando el papismo al episcopado, y a los independientes, los brownistas y los anabaptistas preguntaban públicamente si debía subsistir una iglesia nacional, y con qué derecho el papismo, el episcopado, o los presbiterianos, querían someter las conciencias cristianas al yugo de una mentida unidad. Toda congregación de fieles, decían, habitantes o vecinos de un mismo lugar, que se reúnen libremente para adorar juntos al Señor, es una iglesia verdadera que ninguna otra puede avasallar, que tiene derecho de escoger sus ministros, arreglar su culto, y regirse por sus propias leyes.

El principio de libertad de conciencia, proclamado de este modo por sectarios oscuros en medio de los extravíos de un ciego entusiasmo, fue en su aparición considerado como criminal e insensato. Parecía que sus mismos partidarios lo defendían sin comprenderlo, inducidos menos por la razón que por la necesidad. Proscribiéronlo igualmente los episcopales y los presbiterianos; continuó debatiéndose la cuestión sobre quien debía regir la iglesia de Cristo, creyendo que era forzoso elegir

entre el poder absoluto del papa y la aristocracia del clero presbiteriano, y no se cuidaron de indagar si todos eran legítimos por su origen, cualquiera que fuese su forma o su nombre.

Entre tanto, un extraordinario movimiento lo agitaba todo, suscitando cada día pruebas a las que ningún sistema podía sustraerse, por más que el partido dominante probaba en vano sofocar algunos debates. Llamado el espíritu humano a discutir nuevos negocios y opiniones, y a desechar pretensiones hasta entonces desconocidas, se iba emancipando, unas veces para elevarse libremente a ideas más latas acerca de los destinos de la sociedad, y otras para descartarse osadamente de toda preocupación y de todo freno. Al propio tiempo era casi absoluta la libertad práctica en materia de fe y de culto; ninguna jurisdicción, ninguna autoridad represiva había reemplazado la del episcopado; y el parlamento, ocupado con sus enemigos se cuidaba poco de las prácticas religiosas. Alguna vez el celo presbiteriano obtenía de las cámaras algunas terribles declamaciones contra los nuevos sectarios: otras, los temores y odios de los reformadores políticos coincidían con los de sus devotos aliados, y entonces se tomaban rigurosas medidas contra aquéllos. Un decreto destinado (dice el preámbulo) «a reprimir las calumnias y el desenfreno de que la religión y el gobierno son hace algún tiempo blanco» abolió la libertad de imprenta hasta entonces tolerada, y sometió a la previa censura todas las publicaciones. Pero al poder no le es dado contener a los que le adelantan en el movimiento de que él mismo es arrebatado: al cabo de algunas semanas los realistas y los episcopales eran los Cínicos sobre quienes pesaban tales restricciones; las nuevas sectas salían con bien de todo, retoñaban en todas partes, y ya no se hablaba más que de independientes, brownistas, anabaptistas, cuáqueros, antimonianos, y hombres de la quinta monarquía. A la sombra misma de los presbiterianos les suscitaba el espíritu de reforma enemigos entusiastas, filósofos y libertinos.

Todas las cuestiones tomaron desde entonces un nuevo aspecto, y la fermentación social mudó de carácter. Hechos poderosos y respetados habían hasta entonces contenido y dirigido la mente de los reformistas políticos y hasta de los religiosos: para unos, el estado legal de la antigua Inglaterra cual le concebían, y para otros la constitución de la iglesia de Escocia, Holanda y Ginebra, eran cosas que les servían a un tiempo de modelo y freno; cualquiera que fuese la audacia de sus empresas ni unos ni otros se dejaban llevar de vanos deseos o ilimitadas pretensiones; no todo era innovación en sus deseos o conjetura en sus esperanzas: comprendían bien su objeto, aunque no llegaban a columbrar los resultados. Sus rivales no tenían marcha fija, ni se habían propuesto por norma ningún hecho histórico o legal; confiando en su fuerza y envanecidos con el poder, con su reputación de santidad, o con su audacia, a ésta sola tomaban por guía, y dándole el derecho de juzgarlo y dominarlo todo, buscaban a toda costa, los filósofos la verdad, los religiosos al Señor, y los libertinos el resultado material. Instituciones, leyes, costumbres, acontecimientos, todo en su concepto debía recibir impulso del raciocinio o del capricho del hombre, todo debía ser objeto de nuevas combinaciones y sabias creaciones, para el logro de este plan todo parecía legítimo con tal que fuese inspirado por la fe de un principio, por un éxtasis de devoción, o en nombre de la necesidad. Los presbiterianos no toleraban en la iglesia ni la monarquía ni la aristocracia: ¿por qué habían de conservarse estas jerarquías en el estado religioso?

Los reformadores políticos habían dejado entrever que si el rey o los lores les negaban su adhesión, debía dominar la voluntad de la cámara baja: ¿por qué no se proclamaba esto altamente? ¿Por qué sólo se invocaba la soberanía del pueblo en caso desesperado y para legitimar la resistencia, siendo así que debe servir de base al gobierno mismo y legitimar el poder? Después de haber sacudido el yugo del clero romano y del epis-

copado, se iban a imponer el del presbiterianismo: ¿con qué motivo? ¿Con qué derecho formaban los sacerdotes un cuerpo independiente? Quíteseles, decían, toda jurisdicción, todo medio temporal, y cesará todo abuso espiritual: en los fieles, no en los ministros, reside el poder legítimo en materia de creencias; todos ellos son sacerdotes. Los libertinos aplaudían este lenguaje: como progresase la revolución, poco les importaban los medios y los motivos que se alegasen.

Así se iba formando el partido de los independientes, menos numeroso y arraigado que el de los presbiterianos, pero ya en posesión de aquel ascendiente que dan las ciencias que no niegan la razón de sus principios y aceptan todas sus consecuencias. Encontrábase entonces la Inglaterra en una de esas crisis gloriosas y temibles en que el hombre olvida su debilidad para no acordarse más que de su dignidad, y sintiendo la sublime ambición de no obedecer más que a la verdad pura se abandona a la sublime locura de atribuir a su opinión todos los derechos de la verdad. Políticos y sectarios, presbiterianos e independientes, nadie se creía dispensado de tener razón y de demostrarlo. Pero en esto se confundían los presbiterianos, porque su sabiduría se fundaba en la autoridad de hechos y de leyes, no en principios, y no sabían cómo desvanecer con sólo la razón los argumentos de sus contrarios. Sólo los independientes profesaban una doctrina sencilla y rígida en apariencia, que sancionaba todos sus actos, bastaba a todas las necesidades de su situación, y ponía a cubierto de su inconsecuencia a las almas enérgicas, y de hipocresía a las sinceras. Sólo ellos asimismo empezaban a pronunciar algunas de esas palabras mágicas que elevan el alma en nombre de las más nobles esperanzas y vehementes pasiones de la humanidad: la igualdad de derechos, la justa repartición de bienes sociales, y la destrucción de todos los abusos. Ninguna contradicción se notaba entre sus sistemas políticos y religiosos, ninguna lucha interior entre jefes y solda-

dos, ningún símbolo que arredrase a lo exterior: su máxima fundamental era la libertad de conciencia, y como sus designios lo abarcaban todo a la vez, también por esto se adquirían más partidarios: afiliábanse en este partido los jurisconsultos para quitar toda jurisdicción a los eclesiásticos sus rivales, y los publicistas para procurarse una legislación más sencilla que hiciese perder a los letrados su influencia y sus riquezas; Harrington veía en ellos una sociedad de sabios, Sidney la libertad de Esparta o de Roma, Lilburne la vuelta del derecho sajón, y Harri-son la venida de Cristo; republicanos o niveladores, visionarios, fanáticos y ambiciosos, todos eran admitidos con sus enconos, sus teorías, sus éxtasis y sus intrigas: bastaba que todos estuviesen animados de un odio igual contra los caballeros y los presbiterianos, y que marchasen hacia ese porvenir desconocido que debía satisfacer tantos anhelos.

Ninguna victoria de Essex y de sus amigos, en el campo de batalla o en Westminster, podía sofocar ni contener ya por más tiempo tales discordias, tan públicas ya en Oxford como en Londres. Parlamentarios y realistas, todos los hombres sensatos las tomaban por base de sus combinaciones. Participábanselo al rey, y le instaban a que aprovechase la coyuntura; cortesanos y adictos sinceros, todos tenían sus miras, todos hacían sus proposiciones; unos querían continuar vivamente la guerra, creyendo que las facciones rivales se destruirían; otros deseaban que por medio de los lores refugiados a Oxford, particularmente los condes de Holland y de Bedford, se relacionasen con los parlamentarios amigos de la paz; algunos aconsejaban que dichas relaciones se dirigiesen al jefe ya conocido de los independientes. Entre tanto lord Lovelace, previo consentimiento del rey, seguía con *sir* Henry Vane una correspondencia continua, bien distante de prever que Vane la seguía asimismo con aprobación de su partido para instruirse del estado de la corte. Pero ninguno de estos consejos era recibido o eficaz.

A duras penas habían obtenido los lores fugitivos que les abriesen las puertas de Oxford; el consejo privado, solemnemente reunido, había deliberado sobre la acogida que se les debía dar, y a pesar de las sabias representaciones de Hyde, recientemente nombrado canciller de Hacienda, Carlos no consintió sino en que se les recibiese, pero con frialdad. En vano lord Holland, elegante y hábil cortesano, había logrado hacerse bien quisto de la reina; en vano procuraba volver a su antigua familiaridad con el rey, ya afectando hablarle al oído, o ya desarrollando todo su prestigio; en vano aun en la batalla de Newbury peleó bizarramente como voluntario ofreciendo su sangre como prenda de su nueva fidelidad, nada había podido vencer el orgullo del rey, ni imponer silencio a los rumores de la corte; lejos de ver aceptados sus servicios, ya no pensaban los lores más que en sustraerse a tantos sinsabores. Los partidarios de la guerra a muerte eran más escuchados pero con el mismo efecto; la mala tentativa contra Gloucester había motivado que todos en Oxford se la imputasen mutuamente.

El consejo se quejaba de los desórdenes del ejército, y este se indignaba por ello altamente; el príncipe Robert a pesar que ni aun en el campo de batalla recibía órdenes sino del rey envidiaba al general en jefe, y este a su vez murmuraba con los magnates de la independencia y torpeza del príncipe. El rey que respetaba en sus sobrinos la dignidad de su sangre, no se determinaba a dar la razón a los súbditos, y sacrificaba a tan ridículo orgullo los derechos y los servicios de sus más útiles amigos. Sólo Hyde se oponía francamente a tales faltas, y lograba alguna vez apartarle de ellas; pero este consejero necesitaba también que la voluntad del rey lo protegiese, ya contra los caprichos de la reina, ya contra las intrigas de celosos cortesanos: conservaba, es cierto, su reputación de consejero influyente y hombre sabio, pero no ejercía un verdadero ascendiente, ni obtenía ningún importante resultado. La discordia en una palabra

dominaba lo mismo en Londres que en Oxford; pero aquí era más fatal, por cuanto en aquella capital precipitaba el movimiento, y aquí lo paralizaba.

Por este tiempo y en medio de situación tan embarazosa supo Carlos la nueva alianza de la Escocia con el parlamento. Al momento mandó al duque de Hamilton, ya restituido a su confianza, y a su comisario de Edimburgo, que impidiesen tal unión a toda costa. Dícese haberse ofrecido a los escoceses asegurarles para el porvenir la tercera parte de los empleos de la casa real, reunir de nuevo a la Escocia los condados de Northumberland, Westmoreland y Cumberland; fijar en Newcastle la residencia del rey, y establecer en medio de ellos al príncipe de Gales y su corte. Si existieron tales promesas no podían ser sinceras ni llegar a realizarse, y aunque las hubiese querido aceptar, el parlamento se lo hubiera impedido un hecho reciente. El conde de Antrim acababa de ser arrestado en Irlanda poco después de su desembarco por las tropas escocesas acantonadas en Ulster, y se le habían encontrado las pruebas del plan formado en York entre él y Montrose para trasportar a Escocia un cuerpo numeroso de católicos irlandeses a fin de sublevar a los montañeses en favor del rey. Evidentemente iba a tener lugar la empresa, puesto que Montrose había tenido conferencias con el rey durante el sitio de Gloucester y Antrim llegaba ya de Oxford. Luego el rey, al tiempo que hacía las más brillantes promesas a sus súbditos, maquinaba clandestinamente contra ellos. En vista de todo, se apresuró el parlamento de Edimburgo a concluir su tratado con el de Westminster, y le informó de cuanto había llegado a su noticia.



CARLOS I

Trasmitióle además otro descubrimiento de más importancia: los papeles de Antrim dejaban entrever que Carlos mantenía relaciones con los rebeldes irlandeses; que había recibido demandas y ofrecimientos suyos; que iba a concluir con ellos una suspensión de hostilidades, y se prometía de su adhesión los mejores resultados para la próxima campaña. No eran infundadas estas indicaciones: hacía ya mucho tiempo que Carlos maldecía la Irlanda cuando hablaba con Inglaterra, y en secreto contemporizaba y mantenía relaciones con aquel desgraciado país, donde seguía haciendo continuos estragos la guerra civil.

Diez o doce mil soldados, mal pagados, eran fuerzas débiles para sostenerlo pero bastaban para impedir su emancipación. Por febrero de 1642; antes de la explosión de la guerra civil, habían intentado las cámaras un grande esfuerzo; se había abierto un empréstito para hacer frente a los gastos de una expedición decisiva. Las propiedades de los rebeldes que algún día debían ser confiscadas se habían hipotecado de antemano para el reembolso de los que adelantasen alguna suma. Varias cantidades que así se recogieron habían sido remitidas a Dublín; pero en esto estalló la guerra civil, y el parlamento ya no pensó en Irlanda más que de tiempo en tiempo, y sólo para contemporizar con los protestantes de aquel reino, y hacer responsable al rey de tamaños desastres.

Lo mismo practicaba Carlos, y mientras echaba en cara al parlamento que se hubiese apropiado los socorros conseguidos para aquel objeto, interceptaba a su vez los convoyes, o se apoderaba de los fusiles y pólvora destinados a Irlanda. Pero los influyentes protestantes de este país, aristócratas por situación, eran partidarios del episcopado y de la corona; el ejército contaba entre sus oficiales a muchos que el parlamento había alejado como realistas; mandábalos el conde de Ormond, rico, valiente, generoso y popular, que ganó dos batallas a los rebeldes, y se congratuló por ello con el rey. Rápidamente declinó el partido parlamentario en Irlanda, pues los magistrados que le eran adictos fueron reemplazados por otros realistas; en vano el parlamento envió dos comisionados, miembros de la cámara baja, para granjearse alguna influencia, pues Ormond les prohibió la entrada en el consejo, y al cabo de cuatro meses se conoció bastante fuerte para obligarles a reembarcarse.

Desde entonces quedó todo el poder civil y militar en manos del rey, quien desembarazado de una vigilancia importuna si bien que impotente, no titubeó en seguir los planes que se proponía. La reina no había cesado de mantener con los católicos

de Irlanda una correspondencia que no ignoraba sin duda su marido. No era ya la insurrección como en su principio el desencadenamiento de un populacho salvaje; obedecía a un consejo soberano de veinticuatro miembros, residente en Kilkenny, que la gobernaba con prudencia y regularidad, y que más de una vez había dirigido al rey afectuosos mensajes, suplicándole que no por complacer a sus enemigos quisiese perseguir a sus fieles súbditos. Todavía no se encontraba Carlos en tal peligro ni en guerra tan abierta con sus pueblos para aceptar abiertamente semejante alianza; pero al menos podía a su parecer manifestarse más benévolo con los irlandeses, llamar a Inglaterra al ejército que los combatía, y emplearlo en hacer frente a los rebeldes más odiosos y temibles. Ormond recibió orden de abrir en este sentido negociaciones con el consejo de Kilkenny, y entre tanto se exageró la penuria que en efecto era grande y la situación desesperada de los protestantes y sus defensores en Irlanda, para excusarse de tal proceder. En una larga y patética memoria dirigida al consejo de Dublín expuso el ejército todos sus quebrantos y su resolución de abandonar un servicio que no le era posible continuar. Varias representaciones al rey y al parlamento declaraban lo propio con sentidas quejas. Entre tanto seguían las negociaciones, de manera que estaban a punto de concluirse cuando fue preso Antrim. A mediados de septiembre, pocos días antes de que aceptasen solemnemente las cámaras el pacto con la Escocia, se supo que el rey había firmado con los rebeldes irlandeses una tregua de un año, que las tropas que combatían la insurrección habían sido llamadas a Inglaterra, y que cinco regimientos iban a desembarcar en Chester y otros cinco en Bristol.

Elevóse de todas partes un clamor violento, pues los irlandeses eran un objeto de desprecio, de aversión y de horror para la Inglaterra. Entre los mismos realistas, y aun en Oxford, llegó a manifestarse el descontento. Muchos oficiales abandonaron el

ejército de Newcastle para presentarse al parlamento. Lord Holland volvió a Londres, diciendo que los papistas dominaban en Oxford y que su conciencia le impedía permanecer entre ellos. Lord Bedford, Clarke, Paget, *sir* Edward Dering, y muchos otros, siguieron su ejemplo, encubriendo bajo el mismo pretexto su inconstancia y su cobardía. El parlamento no se mostró severo en punto a arrepentimiento. La conducta del rey era objeto de las invectivas y de los sarcasmos populares. Recordábanse sus recientes protestas y el arrogante tono de sus apolo-gías cuando se habló de las relaciones de la corte con los revol-tosos, y si bien era un motivo de satisfacción haber presentado sus secretas tramas, causaba indignación el ver con que mala fe había pretendido burlarse de su pueblo. El encono subió de punto al saberse que con las nuevas tropas venían muchos pa-pistas irlandeses, y muchas mujeres semisalvajes, armadas de largos cuchillos. No contento Carlos con dejar impune la ma-tanza de los protestantes irlandeses, armaba a los mismos asesi-nos contra los ingleses. Desde entonces fue objeto de un odio profundo, para unos a causa de su doblez, y para otros en razón de su alianza con odiosos papistas: hasta esta época nunca se había visto zaherido su nombre con tan insultantes dictados.

Instruido de ello, y del pábulo que daba el parlamento a tales voces, tomó a grave ofensa que se juzgase de sus intenciones por sus actos: «Es hacer, decía a Hyde, sobrado honor a esos re-beldes de Westminster tratarlos como si formasen todavía parte del parlamento, cuando no son más que unos usurpadores de sus derechos. El acto por el que prometí no disolverlos sin su consentimiento me aseguran ser nulo de todo derecho, porque no está en mi mano abolir de este modo las prerrogativas de la corona: al fin quiero usar de ellas. Redáctese una proclama en que se declaren disueltas las cámaras, y se les prohíba a sus miembros reunirse y a los ciudadanos obedecerles». Escuchá-bale Hyde con sorpresa porque tal proyecto le parecía insen-

sato: «Veo, respondió, que V. M. ha examinado profundamente esta cuestión; tocante a mí me es absolutamente nueva, y por de pronto, no comprendo cómo podrá llevarse a efecto una medida tan violenta. Puede que el acto de que habla V. M. sea en efecto nulo, como me inclino a creerlo; pero en tanto que el parlamento, vuelto en sí de sus errores o reprimido en su rebelión, no lo haya declarado así él mismo, juzgo que no hay juez ni ciudadano que pueda opinar de ese modo. Además, mucho se ha hablado de que era tal la intención de V. M., y que de esta manera se proponía anular todos los actos del parlamento. Tales rumores han sido muy perjudiciales a vuestra causa, y lo serán infinitamente más si de este modo llegaran a confirmarse. Desearía que V. M. lo pensase mejor antes de decidirse».

En cuanto se supo que Hyde había hablado al rey con tanta franqueza, todos los miembros del consejo fueron de su dictamen. A pesar de su arrogancia era entre ellos tímido y vacilante el monarca, le embarazaban las objeciones, y cedía comúnmente, no sabiendo que responder o para abreviar, una discusión que le disgustaba. Después de algunos días de aparentes dudas se abandonó al cabo el proyecto. Parecía sin embargo necesaria una gran medida, aunque no fuese más que para mantener el espíritu realista, y no dejar que sólo el parlamento tuviese en expectación a todos. Puesto que tenía tal magia entre el pueblo el nombre del parlamento, se propuso convocar en Oxford a los miembros que se habían alejado de Westminster, oponiendo de este modo a una cámara rebelde otra legal y verdadera, en razón de que el rey formaría parte de la misma. No le plugo a Carlos tal proyecto; hasta un parlamento realista le parecía sospechoso e importuno, porque tendría que escuchar sus consejos y tal vez condescender a una paz deshonrosa para el trono. Mayor fue todavía la resistencia de la reina, pues una asamblea inglesa no podía menos de contrariar a los católicos y a los favoritos. Pero, una vez conocida la proposición, se hizo difícil

desecharla; el partido realista la había recibido con entusiasmo, y el mismo consejo insistía vivamente en sus ventajas por razón de los subsidios que votarían las nuevas cámaras, y por el descrédito que recaería sobre las de Westminster al ver el número de miembros que las había abandonado. Carlos cedió a pesar de su repugnancia, de manera que la intención de disolver un parlamento produjo la formación de otro nuevo.

Alguna sensación motivó en Londres tal medida. Se sabía que el partido realista renovaba en la capital sus tentativas; que se intentaba tratar secretamente de la paz sin la mediación del parlamento; que se había convenido ya en las bases de la negociación, entre otras el reconocimiento de los empréstitos hechos en la Cité, cuyos intereses pagaban mal las cámaras, y que Carlos garantizaría. Otra trama se descubrió asimismo fuera de Londres, formada por los moderados y algunos dependientes oscuros para impedir la entrada de los escoceses en el reino y descartarse a toda costa de los presbiterianos. En tanto la cámara baja acababa de perder el más antiguo y útil de sus jefes: Pym había sido arrebatado en pocos días por una enfermedad; menos brillante que Hampden, no había por esto prestado menos servicios.

Recto y enérgico, era hábil a la vez para perseguir a un enemigo, y para dirigir una discusión o una intriga; para fomentar el encono popular, y para empeñar en la defensa de su causa a los magnates vacilantes; era infatigable para las comisiones, excelente para dar cuenta de medidas decisivas: hallábase dispuesto siempre a encargarse de las funciones más penosas y terribles: nunca se vio agitado por deseos de gloria o de fortuna, y únicamente cedió a la ambición de que triunfase su partido. Poco antes de la enfermedad había publicado una apología de su conducta, dirigida sobre todo a los amigos del orden y de la paz, como impelido de inquietud por lo pasado y de espanto por las imputaciones del porvenir. Pero la muerte le libró como

a Hampden del peligro de desmentir su vida; y lejos de abultar los posteriores revolucionarios tales como Cromwell, Vane y Haslerig unos leves indicios de zozobra de que dio muestras en sus últimos días aquel veterano de la reforma nacional, todos preconizaron altamente su memoria. Su cuerpo quedó de manifiesto durante muchos días, ya para satisfacer el anhelo del pueblo, ya para rechazar la voz esparcida por los realistas de que había muerto de enfermedad pedicular. Una comisión se ocupó de examinar el estado de su fortuna y de hacerle erigir un monumento en la abadía de Westminster; la cámara entera acompañó su féretro, y poco después se encargó del pago de sus deudas contraídas todas al parecer en servicio de la patria, y que subían a 10 000 libras esterlinas.

Al tiempo que la cámara popular adoptaba estas disposiciones, una diputación de la municipalidad se dirigía a los lores a dar gracias a ambas cámaras por su energía y al lord general por su valor, a renovar el juramento de vivir y de morir por su santa causa, y a invitarlas para un banquete solemne en prueba de la unión.

El parlamento volvió a granjearse toda la confianza. El mismo día en que debía reunirse la asamblea de Oxford tuvo lugar un llamamiento nominal en Westminster; sólo acudieron veintidós lores a la cámara alta, pero en la otra se reunieron doscientos ochenta miembros: nótese que otros cien estaban ausentes por orden o por el servicio del parlamento. Resolvió éste no sufrir de modo alguno que se pusiesen en duda sus derechos, y desechar toda relación con los rivales que se les quería dar. Poco tardó en ofrecérseles para ello coyuntura. No bien habían transcurrido ocho días, cuando Essex envió sin abrirlo a la cámara alta un pliego que acababa de transmitirle el conde de Forth, general en jefe del ejército del rey. Encargóse a una junta de inspección, y el informe que dio fue pronto y breve: el pliego no contenía nada que incumbiese a las dos cámaras, y el lord

general debía volverlo a quien se lo enviaba. Essex obedeció al instante.

Sólo a él con efecto se dirigía el pliego. Cuarenta y cinco lores y ciento dieciocho miembros de la cámara baja reunidos en Oxford le participaban su instalación, sus deseos pacíficos y las buenas disposiciones del rey, y le invitaban a que con todo su influjo procurase también que se determinasen por la paz *aquellos cuya confianza obtenía*. Sólo con estas palabras se designaba a las cámaras de Westminster, en las cuales persistía Carlos en no querer reconocer al parlamento.

El 18 de febrero recibió Essex otra carta en que el conde de Forth le pedía un salvo conducto para dos gentilhombres que el rey quería enviar a Londres con instrucciones relativas a la paz. «Milord, le respondió Essex, cuando me pidáis un salvo conducto para que esos señores puedan dirigirse a las cámaras de parte del rey, haré cuanto esté de mi parte para contribuir a lo que desean todos los buenos ciudadanos, cual es que se restablezca una perfecta armonía entre S. M. y su único y fiel consejo, el parlamento».

No tomó Carlos a mal que fuesen tan intratables sus contrarios, y que la guerra fuese al fin su único partido. Pero la asamblea de Oxford no la echaba de arrogante; conocía su nulidad, dudaba de su derecho, no había osado tomar el nombre de parlamento, y temía que el rey oponía un obstáculo a la paz negándolo al de Westminster. Por esto insistió todavía en que diese algún paso e hiciese alguna concesión capaz de suavizar los ánimos, y al cabo consintió Carlos en escribir a las cámaras para proponerles una negociación. El sobre decía así: «A los lores y diputados del parlamento reunidos en Westminster;» pero hablaba de los *lores y diputados del parlamento reunidos en Westminster*. Pronto un enviado de Essex trajo la respuesta de las cámaras: «La carta de V. M., decían, nos da las más tristes ideas tocante a la paz: en ella se da el mismo título que a nosotros a

los que faltando a su deber han desertado del parlamento; y a este mismo parlamento, convocado según las leyes conocidas y fundamentales del reino, autorizado para sus reuniones por una ley especial sancionada por V. M., se le niega hasta su nombre. No podemos faltar al honor del país que se nos ha confiado, y es nuestro deber dar a conocer a V. M. que estamos decididos a defender con riesgo de nuestras vidas y haciendas los justos derechos y el pleno poder del parlamento (9 marzo 1644)».

Perdió la asamblea de Oxford toda esperanza de conciliación, y consideró desde entonces por demás su existencia. Continuó sin embargo hasta el 16 de abril, publicando largas y tristes declaraciones, votando algunos impuestos y empréstitos, dirigiendo amargas quejas a las cámaras de Westminster, y dando al rey muchas pruebas de fidelidad; pero tímida, inactiva, impotente, y sólo deseosa de granjearse alguna dignidad hablando constantemente al monarca del orden legal y de la paz. Este, que temía tales consejeros, tardó poco en encontrarlos tan importunos como inútiles: ellos mismos se cansaban del innoble papel que con tanta solemnidad hacían. Después de pomposas protestas sobre que modelaría su conducta por sus consentimientos, Carlos pronunció su disolución, y a poco se felicitaba ya con la reina por verse libre «de ese parlamento raquítico, guarida de cobardes y foco de sediciosas mociones».

Próxima a abrirse la campaña, se le anunciaba ya con pocos lisonjeros auspicios. A pesar de la inacción de los dos ejércitos principales, la guerra había continuado con ventaja para el parlamento en todo lo restante del reino. Al Nordeste, después de seis semanas de triunfos, habían sido casi enteramente destruidos por Fairfax en el condado de Chester y junto a Natwich los regimientos llegados de Irlanda. Al Norte, habían empezado los escoceses su movimiento de invasión bajo las órdenes del conde de Leven. Salióles al encuentro lord Newcastle; pero duran-

te su ausencia derrotó Fairfax en Selby a un numeroso cuerpo de realistas, y para librar la plaza de York de todo riesgo, se vio aquél precisado a encerrarse en ella. Al Este, se formaba un nuevo ejército de 14 000 hombres al mando de lord Manchester y de Cromwell, dispuesto a dirigirse donde fuese necesario un refuerzo. Al Mediodía, junto a Alresford, *sir* William Waller había alcanzado una inesperada victoria sobre *sir* Ralph Hopton. Algunas ventajas del príncipe Robert en los condados de Nottingham y de Lancaster no compensaban ciertamente tantos descalabros. Aumentábase la indisciplina y el desorden entre los realistas, los hombres honrados se entristecían y disgustaban, mientras los demás exigían la licencia por precio de un arrojo sin virtud: de día en día ejercía menos influjo la autoridad del rey sobre los jefes y el de éstos sobre los soldados. En Londres por el contrario eran cada vez más enérgicas las medidas; quejábase de que ninguna deliberación de la cámara popular fuese secreta para el rey, al instante se dio un poder casi absoluto sobre la guerra y relaciones interiores y exteriores a un consejo compuesto de siete lores, de catorce representantes del pueblo y de cuatro comisionados escoceses. Llegó el entusiasmo a impeler varias familias a privarse de una comida por semana y dar su valor al parlamento, y no tardó esta abnegación espontánea en ser, mediante un decreto de las cámaras, obligatoria a todos los habitantes de Londres y de sus alrededores. Estableciéronse derechos de consumo hasta entonces desconocidos sobre el vino, la sidra, la cerveza, el tabaco y muchos otros géneros, y redobló su rigor la junta de secuestros. Al abrirse la campaña mantenía el parlamento cinco ejércitos, los de los escoceses, de Essex y de Fairfax, todos a cargo del tesoro público; y los de Manchester y de Waller por medio de contribuciones locales, percibidas semanalmente en ciertos condados que debían afrontarlas. Estas fuerzas subían a más de 50 000

hombres, de los que disponía a su placer la junta nombrada de ambos reinos^[27].

A pesar de la presunción que reinaba en Oxford, no tardó en manifestarse una viva zozobra. Admirábanse de no recibir de Londres ninguna confidencia; sólo se sabía que se hacían allí grandes preparativos, que el poder se concentraba en manos de los más osados, que hablaban de medidas decisivas, y que todo tomaba en fin un siniestro aspecto. De repente cundió la voz de que Essex y Waller se han puesto en movimiento, y se adelantan para poner sitio a Oxford. La reina, embarazada de siete meses, manifestó querer partir al instante; en vano algunos miembros del consejo se aventuraron a deplorar el mal efecto de tal resolución; en vano manifestó disgusto el mismo Carlos: la sola idea de verse encerrada en la plaza sitiada le era según decía, insoportable, y se moriría si no la permitían retirarse al Oeste, en algún punto donde pudiese parir lejos de la guerra, embarcándose en todo caso para Francia. Fuera de sí a la menor objeción se desesperaba, suplicaba y lloraba; nadie se atrevía a resistir a su voluntad; se le escogió por morada.

Essex y Waller se dirigían en efecto a bloquear a Oxford, mientras Fairfax, Manchester y los escoceses iban a reunirse junto a York para sitiar la plaza. De este modo las dos grandes ciudades y los dos poderosos ejércitos realistas, el del rey y el de Newcastle, eran atacados a la vez por todas las fuerzas del parlamento. Tal era el plan sencillo y osado que acababa de adoptar la junta de ambos reinos.

A últimos de mayo casi estaba bloqueada Oxford: las tropas del rey sucesivamente desalojadas de las plazas que ocupaban en los alrededores, tuvieron que replegarse, unas en la ciudad y otras al Norte de ella; ningún socorro podía llegar a tiempo; el príncipe Robert se había internado en el condado de Lancaster; el príncipe Maurice sitiaba en Dorset el puerto de Lyme, y lord Hopton permanecía en Bristol para salvar la plaza de las cons-

piraciones que se tramaban para entregarla al enemigo. Un refuerzo de 8000 milicianos de Londres ponía a Essex en estado de completar el bloqueo. Parecía tan inminente el riesgo, que uno de los más fieles consejeros del rey le propuso entregarse personalmente al conde: «Puede, respondió indignado, que me encuentren en poder del conde, pero muerto». Esparcióse por Londres la voz de que viéndose apretado el rey, intentaba dirigirse de repente sobre la capital o ponerse bajo la protección del lord general. «Milord, escribieron al instante a Essex los diputados llenos de sobresalto, es general por aquí la voz de que el rey viene a Londres, y deseamos que procuréis descubrir el fundamento de tales rumores; si algún día llega a vuestra noticia que S. M. se propone retirarse, bien sea por aquí o en el ejército, creemos que daréis al instante aviso a las cámaras, y no emprenderéis nada sin su consentimiento». Comprendió Essex la desconfianza que encubrían estas palabras. «Ignoro absolutamente, respondió, de donde procede el rumor de que S. M. se dirige a Londres y procuraré descubrirlo; pero juzgo que en la capital es donde mejor podrá saberse, pues el ejército lo ignora. Si llega a mi noticia que el rey quiere presentarse al ejército o al parlamento, os informaré al instante; mas no sé qué motivo haya para creerlo, y en todo caso seré yo el último que lo sepa».

Otro rumor bien distinto y más cierto sorprendió a poco al parlamento y al ejército: el rey estaba a salvo. El 3 de junio a las 9 de la noche, seguido del príncipe de Gales y dejando en la plaza al duque de York con toda la corte, salió de Oxford, atravesó dos campamentos enemigos, se reunió a un cuerpo de tropas ligeras que le esperaba hacia el Norte, y en poco tiempo estuvo fuera de alcance.

Llegó a lo sumo la sorpresa, y se debió tomar una pronta resolución. Carecía ya de objeto el sitio de Oxford; no tardaría en presentarse el rey con fuerzas formidables, y convenía sobre manera impedirle que se reuniera al príncipe Robert. Essex

convocó un gran consejo de guerra, y propuso que Waller, libre de bagajes y gruesa artillería, siguiese en persecución del rey, mientras él marchaba al Oeste para hacer levantar el sitio de Lyme, y reducir el país al poder del parlamento. Waller desechó este plan, por no ser tal, dijo, el destino señalado por la junta de ambos reinos a los dos ejércitos caso que debiesen separarse: tocábale a él el mando del Oeste. El consejo de guerra fue del parecer del lord general; Essex reclamó con orgullo la sumisión, y Waller obedeció, poniéndose sin retardo en movimiento, aunque habiendo antes dirigido amargas quejas a la junta sobre el desprecio que hacía el conde de sus instrucciones.

Vivamente ofendida ésta, pasó la queja a la cámara, y al instante se dio orden a Essex para que persiguiese al rey, y dejase a Waller solo en el Oeste como hubiera debido practicarlo.

No muy alegre había entrado el conde en campaña; durante el invierno, sus enemigos habían vuelto en sí de su estupor y le tendían mil lazos; poco antes de su partida una petición popular había clamado por la reforma de su ejército, y las cámaras la escucharon sin muestras de descontento; el ejército de Waller estaba más provisto y era pagado con más exactitud; evidentemente para reemplazarle en todo caso, formaba Manchester otro; en Londres y en su campamento se indignaban sus amigos viendo que desde una sala de Westminster unos hombres extraños a la guerra querían arreglar las operaciones y prescribir movimientos a los generales. El conde contestó a la junta: «Vuestras órdenes son contrarias a la razón y a la disciplina militar; si retrocediese, no sería poco el ánimo y fuerza moral que cobraría el enemigo. Vuestro inocente, si bien que sospechoso servidor, Essex». Y continuó su marcha.

Sorprendida la junta, dejó para otra ocasión su queja y encono, pues aún los enemigos del conde no se sentían bastante fuertes para perderle ni aún para despreciar sus servicios. Contentáronse de consiguiente con dirigirle una reprensión sobre

el tono de su carta, y le mandaron seguir en la expedición que por el anterior mensaje se le prescribía abandonar.

Las noticias del ejército de Waller confirmaron tan prudentes disposiciones. Después de haber perseguido en vano al rey, se encontraba a su vez en peligro aquel favorito de la junta. En cuanto supo Carlos que se habían separado los dos generales del parlamento, y que sólo debía hacer frente a uno, se detuvo, escribió al príncipe Robert que acudiese prontamente al socorro de York, y tomando una resolución atrevida volvió a entrar en York a los diecisiete días de su salida, se puso a la cabeza de sus tropas, y tomó la ofensiva; mientras Waller le buscaba todavía en el condado de Worcester. Al rumor de los movimientos del rey, volvió apresuradamente el parlamentario, como que sólo él quedaba para cubrir el camino de Londres; reunió algunos refuerzos, y se adelantó con su acostumbrada confianza para ofrecer o aceptar al menos el combate. Carlos y los suyos, animados del ardor que inspira una ventaja inesperada después de un grave riesgo, lo deseaban aún más vivamente. La acción se empuñó el 29 de junio en Cropredy Bridge, condado de Buckingham, y a pesar de una honrosa resistencia, fue batido Waller, más completamente aún de lo que creyeron al principio los vencedores.

La fortuna pareció inspirar a Carlos una osadía y una táctica hasta entonces desconocida. Tranquilo tocante a Waller, resuelve marchar al Oeste, acosar a Essex, y destruir de esta manera en detalle a dos ejércitos que poco antes casi le tenían prisionero. Por otra parte el conde se había presentado junto a Exeter, residencia de la reina, que recién parida ignoraba los movimientos de la campaña, y volvería a sus terrores. Dos días después de su victoria se puso Carlos en movimiento, y al propio tiempo para hacer agradable al pueblo su victoria más que por un sincero deseo de la paz, dirigió desde Evesham un mensaje a las cámaras, en que sin darles el nombre de parlamento se des-

hacía en protestas pacíficas, y ofrecía volver a abrir las negociaciones.

Pero, antes que este mensaje llegase a Londres, se había desvanecido todo motivo de recelo: la derrota de Waller era ya considerada como un accidente de poca importancia; el parlamento acababa de saber que sus generales habían alcanzado junto a York la más brillante victoria; que la ciudad no podía tardar en rendirse, y que por fin estaba casi aniquilado el partido realista del Norte.

En efecto, el 2 de julio en Marston Moor tuvo lugar desde las siete hasta las diez de la noche una batalla decisiva que debía producir resultados de la mayor consecuencia. Tres días antes, al acercarse a York el príncipe Robert con 20 000 hombres, estaban decididos los parlamentarios a levantar el sitio, anhelando sólo que no entrasen socorros en la plaza; pero el príncipe burló sus planes, y entró en York sin combatir. Newcastle le instó vivamente a que se contentase con tan feliz resultado, pues la discordia, decía, fermentaba en el campamento enemigo; los escoceses estaban mal con los ingleses, los independientes con los presbiterianos; y el teniente general Cromwell con el mayor-general Crawford; por último le rogaba que si insistía en presentar la batalla aguardase al menos un refuerzo de 3000 hombres que llegaría dentro de pocos días. Robert apenas se dignó escucharle; respondió que tenía órdenes del rey, y mandó a sus tropas que marchasen sobre el enemigo que se iba retirando. Pronto alcanzaron su retaguardia, y ambos ejércitos se prepararon para el combate. Casi a tiro de fusil y separados sólo por algunas zanjás, permanecieron inmóviles y silenciosos los combatientes por espacio de dos horas, esperando mutuamente el ataque.

—¿A qué punto me destina V. A.? —preguntó Newcastle al príncipe.

—No cuento empeñar la acción hasta mañana por la mañana —le dijo Robert—; podéis descansar hasta entonces.

Newcastle se retiraba, cuando el tiroteo le dio a conocer que la batalla había principiado, y acudió allá a la cabeza de algunos gentilhombres ofendidos y voluntarios como él. En pocos instantes todo fue horroroso desorden en la llanura: los dos ejércitos se mezclaron casi al azar; parlamentarios y realistas, infantería y caballería, oficiales y soldados, todos andaban errantes o por bandadas, pidiendo órdenes, buscando a sus cuerpos, batiéndose cuando encontraban al enemigo; pero tan sin resultado como sin plan. De repente se declaró en derrota el ala derecha de los parlamentarios; la caballería escocesa, rota y aterrada por una valiente carga de los realistas, se dispersó completamente: en vano quiso Fairfax contenerla; los escoceses huían exclamando: ¡Somos perdidos! Esparcióse rápidamente la noticia de su derrota hasta llegar a Oxford, donde hubo algunas horas de regocijo. Pero, al volver al campo de batalla los realistas lo encontraron en poder de un enemigo vencedor; el ala derecha, aunque mandada por el mismo Robert, había sido arrollada después de encarnizada lucha por el tenaz arrojo de Cromwell y de sus escuadrones; la infantería de Manchester había consumado la derrota; y contento Cromwell con la ventaja, había vuelto al campo para asegurarse la victoria antes de lograr sus frutos. Titubearon un momento los dos cuerpos victoriosos, se cargaron con furor; pero a las diez no quedó un realista en toda la llanura, exceptos 3000 muertos, y 1600 prisioneros.

Robert y Newcastle entraron aquella misma noche en York sin verse, y se dirigieron mutuamente un mensaje:

—He resuelto —escribió el príncipe— partir con mi caballería y lo que me queda de infantería.

—Parto al momento —escribió Newcastle— a embarcarme para el continente.

Ambos cumplieron su palabra: Newcastle se embarcó en Scarborough, y Robert se puso en marcha para Chester con los restos de su ejército: York capituló a los quince días.

El partido independiente se entregó al júbilo; tan brillante jornada se debía a sus jefes y a sus soldados; la pericia de Cromwell había decidido la victoria. Por vez primera los escuadrones parlamentarios habían arrollado a los realistas, y esto se debía a los jinetes de Cromwell: sobre el campo de batalla habían recibido el nombre de *troncos de hierro*. El mismo estandarte del príncipe Robert atestiguaba su triunfo; y hubiera podido enviar otros ciento a las cámaras si en su entusiasmo no los hubiesen los parlamentarios destrozado para adornarse. Essex había vencido dos veces, pero como a la fuerza y para salvar al parlamento próximo a sucumbir; mas los independientes buscaban el combate y los peligros. ¿Esos escoceses, que tan débiles se habían mostrado en aquella brillante jornada, pretenderían acaso someterlos a su tiranía presbiteriana?

¿Se hablaría aún de la paz como de una necesidad? Sólo la victoria y la libertad eran necesarias; esto era lo que se debía conquistar a todo precio, consumando la feliz reforma tantas veces comprometida por hombres interesados o tímidos, y otras tantas salvada por el brazo del Señor. En todas partes resonaba este lenguaje; doquier los independientes, libertinos o fanáticos, paisanos, predicadores o soldados, expresaban sus pasiones y sus sentimientos y en todo se mezclaba el nombre de Cromwell que empezaba a ser famoso en guerra y en política. «Milord, dijo un día a Manchester, en quien confiaba todavía su partido, entregaos a nosotros; no digáis ya que debe mirarse por la paz, contemporizarse con los lores, y temerse una negativa del parlamento; ¿para qué necesitamos la paz y la nobleza? Nada adelantaremos mientras vos no os llaméis simplemente Montague; si favorecéis a los hombres honrados, pronto

os encontrareis a la cabeza de un ejército que dará la ley a Carlos y al parlamento».

A pesar de tan aventuradas esperanzas ignoraba el mismo Cromwell cuán cercano estaba el triunfo de su partido, y la triste suerte que le esperaba al enemigo a quien más temía.

Essex se había ido internando en el Oeste tras fáciles ventajas, desconociendo los peligros que le acosaban. En tres semanas hizo levantar el sitio de Lyme, ocupó a Weimouth, Barnstable, Tiverton y Tauntou, y dispersó casi sin combatir los cuerpos realistas que intentaban detenerlo. Al acercarse a Exeter le envió a pedir la reina un salvoconducto para pasar a Bath a rehacerse de su parto. «Si V. M., le respondió, quiere pasar a Londres, no sólo la ofrezco un salvo conducto, sino que la acompañaré yo mismo; allí recibirá los mejores consejos y desvelos para el restablecimiento de su salud: si otra cosa se me pide no puedo acceder a ello sin participarlo al parlamento». Llena de terror la reina huyó a Talmouth, donde se embarcó para Francia, y Essex siguió su marcha. Todavía estaba a la vista de Exeter, cuando supo que el rey, vencedor de Waller, se adelantaba rápidamente contra él, reuniendo cuantas fuerzas encontraba. Convocóse un consejo de guerra para decidir si se debía seguir adelante o salir al encuentro de Carlos. Essex se inclinaba a esto último; pero muchos oficiales que poseían bienes en Cornualles, hacia cuyo punto marchaban, se habían propuesto cobrar sus rentas atrasadas, y desecharon toda idea de retirada, diciendo que Cornualles se sublevaría a su favor, perdiendo el rey uno de los condados que le eran más adictos.

Essex se dejó persuadir, y se internó en formidables desfileros, escribiendo a Londres que le enviasen refuerzos. El pueblo de Cornualles no se levantó a su favor, el ejército carecía de víveres, y el rey le acosaba de cerca. Escribió de nuevo a Londres que su situación era peligrosa y se hacía forzoso que Waller o algún otro picase la retaguardia del ejército del rey para

sacar al suyo del aprieto. La junta de ambos reinos movió gran ruido con sus apuros, y pareció animada de sumo ardor para socorrerlo: se prescribieron públicas rogativas; se pasaron órdenes a Waller, Middleton y al mismo Manchester, que había vuelto del Norte con parte de su ejército: todos a su vez manifestaron el mayor ardimiento: «Que me envíen dinero y hombres, escribía Waller; testigo el cielo, que no es por culpa mía si tardo; ¡caiga el deshonor y la sangre sobre los que motiven mi retardo! Si no me llega dinero, iré sin él»; pero no se movió. Middleton usó el mismo lenguaje, se puso en movimiento, pero se detuvo al menor obstáculo. Manchester no destacó ningún cuerpo de su ejército. Asegurados con la victoria de Marston Moor los jefes de los independientes, Vane, Saint-John, Ireton y Cromwell, nada les importaba comprar con un gran descalabro la ruina de su enemigo.

Sabían que aun en estos momentos de apuro tenía Essex su suerte en las manos. El 6 de agosto le dirigió el rey una carta muy cortés y llena de promesas, en que le instaba a que volviese la paz a su país. Llevóse la lord Beauchamp, sobrino del conde, y parecía que la recibían favorablemente muchos coroneles de su ejército. «No puedo contestar, dijo Essex; sólo aconsejaré al rey que vuelva al parlamento». Carlos no insistió; quizás aún, a pesar del desastre de Marston Moor, deseaba muy poco la intervención de tal mediador; pero en torno suyo había obstinados partidarios de la paz; el espíritu de independencia y de examen dominaba entre los realistas; el nombre del rey no ejercía ya sobre ellos su antiguo imperio, y muchos oficiales discutían libremente en sus reuniones los negocios públicos y sus voluntades.

Persuadidos a que si había Essex desechado toda negociación era porque las promesas del rey se le presentaban sin garantía, determinaron ofrecérsela, y le invitaron a conferenciar con ellos. Lord Wilmot y lord Piercy, comandantes de caballería y de artillería, estaban al frente de esta trama; era el primero

de estos, osado, animoso y estimado por su alegre afabilidad, y el otro se distinguía por su carácter frío, arrogante, por su audacia y por su afición a dar banquetes a sus oficiales. Al saber Carlos este proyecto se encolerizó; pero la intención gustaba aún a los mismos que la criticaban y por lo tanto se tomó el partido de consentir: la carta que se envió al lord-general tenía un carácter oficial, e iba firmada por el príncipe Maurice y el conde de Brentford, general en jefe del ejército «Milores, respondió Essex, al principio de vuestra carta habláis de la autorización que tenéis para dirigírmela, tocante a mí, no me ha dado ninguna el parlamento, y no podría hacerlo sin ser traidor a mi juramento. Vuestro servidor Essex». Tan seca negativa irritó a los realistas y ya no se habló más de negociación; Wilmot y Piercy perdieron sus mandos, y volvieron a empezar las hostilidades.

Pronto se encontró Essex en una situación desesperada: combatía diariamente, y sólo para caminar de peligro en peligro; se cansaban sus soldados y se empezaba a murmurar; los estrechaba cada vez más el rey levantando reductos; se veía ya la caballería imposibilitada de ir por forraje; apenas le quedaban libres algunas comunicaciones con la costa, que es por donde sólo podía procurarse víveres; y a últimos de agosto estaba ya tan acosado, que los realistas podían ver lo que pasaba en su campamento. En tal extremidad, mandó a la caballería, a cuyo frente estaba *sir* William Balfour, que atravesase como pudiese entre los enemigos, y se puso en marcha con la infantería para llegar al puerto de Foy. A favor de la noche y de la niebla, logró pasar la caballería entre dos cuerpos realistas; pero la infantería, internada por caminos estrechos y fangosos, perseguida por el ejército del rey, y obligada a abandonar a cada paso cañones y bagajes, perdió en fin toda esperanza, y se habló de capitular. Abatido Essex, turbado, y anhelando sólo sustraerse a tanta humillación, huyó sin consultar a nadie, seguido sólo de

dos oficiales, ganó la costa y se embarcó para Plymouth, dejando su ejército a las órdenes de Skippon, mayor-general.

En cuanto se supo su partida, convocó este un consejo de guerra: «Señores, dijo, nuestro general con algunos principales jefes ha juzgado conducente abandonarnos; nuestra caballería ha partido, y nos encontramos solos para defendernos: he aquí lo que os propongo: tenemos tanto valor como nuestra caballería y podemos confiar en que ha de ayudarnos el mismo Dios en quien aquélla funda su esperanza; probemos pues fortuna; abrámonos paso a través del enemigo: vale más morir con honor que salvarse con mengua». Pero el heroísmo de Skippon no encontró eco: muchos oficiales, valientes y leales, pero presbiterianos o moderados como Essex, estaban tristes y desalentados. El rey les hizo proponer una capitulación inesperada; sólo exigía que se le entregase la artillería, las municiones y las armas; por lo demás, oficiales y soldados quedaban libres, y serían conducidos con seguridad hasta los cuarteles del parlamento. Aceptáronse estas condiciones, y escoltados los batallones parlamentarios por escuadrones realistas, atravesaron desarmados y sin general esos condados que en otro tiempo habían recorrido como vencedores.

Entre tanto desembarcó Essex en Plymouth, y dio cuenta al parlamento de su desastre: «Es el golpe más terrible, decía, que haya recibido jamás nuestro partido; sólo deseo ser juzgado y tales desgracias no deben ser sofocadas». Ocho días después recibió en Londres esta respuesta:

«Milord: la junta de ambos reinos ha comunicado a las cámaras del parlamento vuestra carta fecha en Plymouth, y nos manda manifestaros que, comprenden la gravedad de esta desgracia, pero que se someten a la voluntad de Dios, y que en nada habéis desmerecido su confianza fundada en vuestros méritos y en vuestra lealtad. Han resuelto echar mano de sus más enérgicos esfuerzos para reparar esta pérdida, y confiaros un

ejército que con la bendición de Dios pueda poner en mejor estado nuestros negocios. El conde de Manchester y *sir* William Waller han recibido orden de marchar con todas sus tropas a Dorchester. El parlamento ha mandado asimismo que se os envíen 6000 fusiles, 6000 uniformes y 500 pares de pistolas, para equipar y reanimar a vuestros soldados. Creen todos que vuestra permanencia en este condado, para reorganizar y poner en movimiento los distintos cuerpos, tendrá los más saludables efectos».

Grande fue la sorpresa del conde: esperaba persecuciones, o cuando menos amargas quejas; pero su fidelidad recientemente probada, la grandeza misma de su descalabro y la necesidad de hacer frente al enemigo, unía a sus partidarios los hombres vacilantes, y contenía a sus enemigos. Essex, afligido por su desgracia y por su falta, ya no les parecía temible: le conocían, y preveían que pronto para no exponerse a golpes tan terribles abandonaría el campo. Hasta entonces, tratándole con dignidad se daba muestras de energía; se evitaba una información desagradable también acerca de las causas del acontecimiento; y por último se empeñaba a hacer un nuevo esfuerzo a los partidarios mismos de la paz. Tan hábiles como ardorosos los jefes de los independientes, callaron, y el parlamento pareció sostener con unánime dignidad tamaño desastre.

La actividad y la firmeza de su ademán paralizaron un tanto los movimientos del rey, quien dirigió a las cámaras un mensaje pacífico, y se contentó después con amenazar algunas plazas, como Plymouth, Lyrae, y Portsmouth, que se rindieron. Mas a últimos de septiembre supo que Montrose había por fin encendido la guerra civil en Escocia, y alcanzaba ventajas.

Después de la batalla de Marston Moor, disfrazado de criado, y seguido sólo de sus amigos, había aquel jefe pasado a pie la frontera de Escocia dirigiéndose a Strathern a casa de un primo suyo, para aguardar el desembarco de los auxiliares irlan-

deses que Antrim debía enviarle. Ocultábase de día, y andaba de noche errante por los cercanos montes, oyendo en persona las relaciones de sus confidentes. Pronto supo que habían desembarcado ya los irlandeses, y que se adelantaban robando y saqueando, pero sin saber dónde dirigirse, y buscando a su vez el general que se les había prometido. Acercábanse al condado de Athol; se les presentó de repente Montrose en traje de montañés, y acompañado de un sólo criado: al instante le reconocieron por jefe. Al rumor de su llegada acudieron muchas bandas, y sin perder momento las llevó al combate, exigiéndolo todo de su valor, y prometiéndolo todo a su rapacidad: quince días después había ganado dos batallas, ocupado a Perth, tomado por asalto a Aberdeen, sublevado las tribus del Norte y llevado el terror hasta las murallas de Edimburgo.

Al saber estas noticias, se lisonjeó Carlos de que estaba reparado el desastre de Marston Moor, que el parlamento encontraría pronto en el Norte un poderoso contrario, y que él podía sin temor continuar sus correrías por el Mediodía. Resolvió marchar sobre Londres, y para dar a su expedición una apariencia popular y decisiva, publicó al partir una proclama invitando a todos sus súbditos del Mediodía y del Este a levantarse en masa, elegirse oficiales, y reunírsele, para ir a intimar con él a las cámaras que aceptasen por último la paz.

Pero estas habían tomado sus medidas: ya las tropas de Manchester, de Waller y de Essex reunidas cubrían a Londres hacia el Oeste; jamás el parlamento había reunido tan grande ejército en un sólo punto; y aún, al rumor de la proximidad del rey, le reforzaron cinco regimientos de la milicia de Londres bajo las órdenes de *sir* James Harrington. Estableciéronse al propio tiempo nuevos pechos; la cámara baja decretó que la vajilla del rey, hasta entonces depositada en la torre, se fundiese para el servicio público. Por último, cuando se supo que ambos ejércitos estaban a la vista, se cerraron las tiendas, el pueblo se preci-

pitó a los templos, y se prescribió un ayuno solemne para invocar las bendiciones del Señor tocante a la próxima batalla.

En el campo y en la capital se esperaban con impaciencia los resultados: sólo Essex, triste y enfermo, permanecía inmóvil en Londres, si bien que revestido del mando. Informadas las cámaras de que no partía, le enviaron una comisión para darle pruebas de su afectuosa confianza. Essex les dio gracias, pero no salió para el ejército. La batalla se empeñó en su ausencia a Newbury, el 27 de octubre, casi en las mismas posiciones donde el año anterior al volver de Gloucester había vencido tan gloriosamente. En su ausencia mandaba lord Manchester. La acción fue larga y encarnizada; los soldados de Essex sobre todo hicieron prodigios; al ver los cañones que habían perdido en el condado de Cornualles se precipitaron sobre las baterías reales, recobraron las piezas, y se las llevaron abrazándolas con transporte. En cambio sufrieron un fuerte descalabro algunos regimientos de Manchester. Por algunas horas ambos partidos se atribuyeron la victoria; pero al día siguiente renunció Carlos a sus proyectos sobre Londres, y empezó su movimiento de retirada para ir a Oxford a tomar cuarteles de invierno.

El parlamento no exageró en nada su triunfo; no se celebró ninguna ceremonia en acción de gracias, y al día siguiente de aquel en que llegó a Londres la noticia de la batalla, tuvo lugar según costumbre el ayuno mensual de las cámaras, como si ningún motivo hubiese de regocijo. El público se admiraba de tanta frialdad. Pronto circularon rumores alarmantes: la victoria, decían, hubiera podido ser más decisiva, pero la discordia reinaba entre los generales, y habían permitido que se retirase el rey sin obstáculo al resplandor de una clara luna, cuando hubiera bastado el menor movimiento para impedírselo. La murmuración llegó al extremo cuando se supo que el rey se había vuelto a presentar en los alrededores de Newbury; que había sacado libremente su artillería del castillo de Donnington, y

aún ofrecido de nuevo la batalla sin que el ejército saliese de su inmovilidad.

El clamor fue general; la cámara baja ordenó una información: sólo esta coyuntura aguardaba Cromwell para romper el silencio: «Todo debe imputarse, dijo, al conde de Manchester; desde la victoria de Marston Moor teme vencer por decirlo así; cuando el enemigo reapareció junto a Newbury nada era más fácil que destruir enteramente su ejército; fui en busca del general, le manifesté como podía lograrse, pedí permiso para atacar con mi sola brigada, otros oficiales insistieron conmigo; pero se negó obstinadamente, y añadió, que el rey aunque destruyésemos su ejército siempre sería rey, y pronto encontraría otro, mientras que si nosotros éramos batidos, seríamos considerados como rebeldes y traidores y seríamos infaliblemente condenados en virtud de la ley». Estas últimas palabras conmovieron vivamente a la cámara, pues no podía sufrir que se dudase de la legalidad de su resistencia. Al día siguiente rechazó Manchester el ataque en la cámara alta, explicó su conducta y sus palabras, y acusó a su vez a Cromwell de indisciplinado, de falso, y aún de traidor y pérfido, puesto que el día de la batalla no ocupó el punto que se le había señalado. Cromwell no respondió a estos cargos limitándose sólo a renovar sus violentas acusaciones.

Grande fue la emoción entre los presbiterianos: hacía ya tiempo que Cromwell era objeto de sus alarmas. Se le había visto sumiso y adulator con Manchester, exaltándole contra Essex, y adquiriendo después sobre su ejército más ascendiente que el mismo general. A él acudían los independientes, los sectarios de todos colores, tan enemigos del pacto con Escocia y los del rey; bajo su protección dominaba una licencia fanática; todos hablaban, oraban y predicaban a su placer. En vano para neutralizar su influencia se había nombrado mayor-general al coronel Skeldon Crawford, escocés y rígido presbiteriano, pues

sólo había sabido acusar locamente a Cromwell de cobardía, mientras él mismo fue blanco de mil acusaciones y denuncias al parlamento y al pueblo.

Animado Cromwell con esta ventaja y los visibles progresos de su partido, se había declarado abiertamente patrono de la libertad de conciencia, y había obtenido de las cámaras la formación de una junta encargada de indagar como se podría contentar a los disidentes o dejarlos en paz. Ahora atacaba ya al mismo Manchester, hablaba con insulto de los escoceses, se envanecía de poder triunfar sin ellos, de sacarlos de Inglaterra si pretendían oprimirle, y llegaba su audacia hasta declararse contra el trono, contra los lores, y contra todo el orden antiguo y legal del país. Irritados e inquietos los jefes de los presbiterianos y políticos moderados, se reunieron en casa de Essex para discutir de qué modo podrían librarse de tan peligroso enemigo. Después de una larga conferencia resolvieron consultar a Withelocke y Maynard, ambos sabios jurisconsultos, acreditados en la cámara, y que no sin motivo creían ser favorables a su causa. Se les envió a buscar de parte del lord-general, casi a media noche, sin decirles de que se trataba. Llegaron algo agitados por lo extraordinario del llamamiento. «Señores, les dijo lord Lowden, canciller de Escocia, bien sabéis que el teniente general Cromwell no ha cesado de hacernos odiosos desde nuestra entrada en Inglaterra; tampoco ignoráis que odia a todos nosotros y al lord-general, por tantos títulos respetable, y finalmente sabéis que según nuestro pacto debe ser perseguido todo *incendiario*. Por tal reputan las leyes de Escocia al que excita la discordia. Deseamos saber de vuestra ilustración si tiene esa palabra la misma acepción según las leyes inglesas, si puede aplicarse contra Cromwell, y si debe por tanto ser perseguido».

Los dos jurisconsultos se miraron, y después de algunos momentos de silencio: «Ya que nadie toma la palabra, dijo White-locke, diré mi parecer para probar mi sumisión a S. E. La pala-

bra *incendiario* tiene entre nosotros la misma acepción que entre los escoceses; pero sólo probando que Cromwell ha procurado excitar la discordia entre los dos reinos podrá decirse que merece esta calificación. Seguramente que ni S. E. ni nadie entrará en tal cuestión sin fundamento sólido».

Fuera de que, Cromwell es osado, hábil, muy fecundo en recursos, y ha adquirido últimamente mucha influencia en la cámara: seguramente que tampoco le faltarán entre los lores amigos para sostenerlo. Por mi parte no he oído ni tengo la menor noticia de ningún hecho que lo califique de incendiario. Dudo pues que sea prudente intentar esta acusación sin reunir antes las pruebas suficientes; si en efecto llegan a reunirse datos, entonces podrá ser útil convocarnos de nuevo, y entonces daremos, nuestro parecer.

Maynard vino a decir lo mismo, y añadió que la palabra incendiario no estaba muy en boga en Inglaterra, y daría lugar a incertidumbres. Hollis, Stapleton y Merrick se aferraron en su plan, diciendo que Cromwell no tenía tanta influencia en la cámara; que se encargaban de acusarlo, y que recordaban muy bien hechos y palabras que le hacían culpable; pero los comisionados escoceses rehusaron empeñarse en esta lucha. A las dos de la madrugada se retiraron Maynard y Whitelocke, y la conferencia no tuvo otro resultado que excitar a Cromwell a que redoblase sus golpes, puesto que, «algún falso hermano» dijo Whitelocke (quizá fue él mismo) le informó de lo pasado.

Essex y sus amigos buscaron al mal otro remedio: todas sus ideas se volvieron hacia la paz. Nunca las cámaras la habían puesto en olvido; a veces se hacían solemnes mociones, en que la voz del presidente decidía de la suerte del país; los embajadores de Francia y de Holanda pasaban sin cesar de Londres a Oxford, ofreciendo su mediación, rara vez sincera, y siempre eludida aunque con embarazo. Eran tantos los que deseaban la paz, que nadie osaba contrariarla abiertamente, y hacía dos me-

ses que una junta de miembros de ambas cámaras y de los comisionados escoceses trabajaba en redactar las proposiciones. De repente activó este trabajo el partido presbiteriano, y en pocos días las proposiciones fueron presentadas a las cámaras, discutidas y adoptadas, de manera que el 20 de noviembre partieron nueve comisionados para llevarlas al rey. Creíanle en Wallingford, y se presentaron delante de la plaza; a las dos horas se les recibió por fin para decirles que el rey había partido y que le encontrarían probablemente en Oxford. Deseaban hacer noche en Wallingford; pero en vista de las amenazas de la guarnición, juzgaron prudente retirarse. Al día siguiente, cercanos ya de Oxford, se detuvieron sobre una colina a quinientos pasos de la ciudad, y se hicieron anunciar al gobernador. Trascurrieron algunas horas, y no llegaba respuesta. El rey, paseándose en su jardín, percibió sobre la colina el grupo que formaban los comisionados y su séquito, preguntó quién eran, y dio al instante orden para que fuesen introducidos y alojados, expresándoles cuánto sentía haberles hecho esperar tanto. A su tránsito por las calles se agrupaba el gentío, los llenaba de insultos, y aún les echaba piedras y lodo. No bien habían llegado a su alojamiento, cuando estalló un tumulto; Hollis y Whitelocke salieron al instante; algunos oficiales realistas llamaban *miserales, traidores y rebeldes* a los del séquito de los comisionados, y no querían permitir que se acercasen al hogar. Hollis cogió por el cuello a uno de los oficiales, y lo sacó a fuera, echándole en cara su conducta. Whitelocke hizo otro tanto; se cerraron las puertas de la posada, y el gobernador les dio una guardia. Al anochecer, muchos miembros del consejo, Hyde entre ellos, pasaron a ver a los comisionados, excusaron tales desórdenes, les dieron muestras de sus deseos pacíficos y les participaron que el rey los recibiría al día siguiente.

La audiencia fue corta: lord Denbigh leyó en alta voz en presencia del consejo y de la corte las proposiciones del parlamen-

to, tales que el rey no podía aceptarlas; se le pedía que entregase su poder a la desconfianza de las cámaras, y su partido a la venganza; más de una vez se oyó entre los presentes un murmullo de cólera; sobre todo, cuando se leyó que quedaban excluidos de toda amnistía los príncipes Robert y Maurice, que estaban presentes, todos se echaron a reír; pero el rey les impuso silencio con mirar severo, y continuó escuchando con paciencia y gravedad. Concluida la lectura:

—¿Tenéis poderes para tratar? —dijo a lord Denbigh.

—No señor; nuestra misión consiste en presentar a V. M. las proposiciones, y a solicitar su respuesta por escrito.

—Está bien, os la enviaré así que pueda.

Y los comisionados se retiraron.

Al anoecer, Hollis y Whitelocke con asentimiento de sus colegas hicieron una visita a lord Denbigh, gentilhombre de cámara, en otro tiempo amigo suyo, y a quien sus heridas habían impedido pasar a verlos. No había trascurrido un cuarto de hora cuando entró el rey y les dijo con muestras de afecto:

—Siento mucho que no me hayáis hecho proposiciones más razonables.

—Señor —dijo Hollis—, son las que el parlamento ha creído deber adoptar, y espero que podrán tener buenos resultados.

El Rey: Lo sé; no podíais traer más que lo que os entregaban, pero confieso que algunas de estas proposiciones me han admirado sobremanera; seguramente no podéis creer que la razón y el honor me permitan acceder a ellas.

Hollis: Bien es verdad que yo las hubiera deseado mejores; pero la mayoría...

El Rey: Harto presumo que vos y vuestros amigos habréis hecho esfuerzos para ello: me consta que deseáis la paz.

Whitelocke: He tenido el honor de acercarme con este deseo a V. M., y siento no haberlo alcanzado.

El Rey: Desearía que todos pensasen como vosotros, pues entonces concluiría pronto la querella; quiero también la paz, y en prueba de ello y para probaros la confianza que pongo en los dos, os pido vuestros consejos tocante a la respuesta que debo dar a estas proposiciones para que produzcan la paz.

Hollis: Disimule V. M. si en la actualidad no podemos dar una respuesta.

Whitelocke: Sólo casualmente nos encontramos aquí, y nuestras funciones no nos permiten aconsejarle, aunque fuésemos capaces de ello.

El rey: Tocante a la capacidad yo lo juzgo; por lo demás, sólo a título de amistad y como leales súbditos os pido vuestra opinión.

Hollis: Señor, como simple particular creo que vuestra mejor respuesta sería venirse con nosotros.

El rey: ¿Cómo podría yo volver a Londres con seguridad?

Hollis: Creo que ningún peligro correría V. M.

El rey: Esto es intrincado, y supongo que los que os han enviado quieren una pronta respuesta a este mensaje.

Whitelocke: La mejor seguramente y la más pronta sería que V. M. se presentase a su parlamento.

El rey: Dejemos esto; permitidme rogaros que entréis en la otra sala, que conferenciéis juntos, y pongáis por escrito lo que debo responder en bien de la paz.

Hollis: Obedeceremos la orden de V. M.

Pasaron a la sala contigua, y después de vacilar un momento escribió Whitelocke disimulando su forma de letra el consejo que el rey pedía; y dejando el papel sobre la mesa volvieron al otro aposento. El rey entró solo en el que dejaban, tomó el pa-

pel, saludó cortésmente a los dos comisionados y se retiró. Volvieron estos a su posada, y guardaron con sus amigos un profundo silencio sobre lo que les acababa de suceder.

Tres días después llamó el rey a la comisión, y entregando a lord Denbigh un pliego cerrado y sin sobrescrito: «Esta es, les dijo, mi respuesta, llevádsela al que os ha enviado». Admirados de este proceder y de la obstinación del rey en no querer dar a las cámaras el nombre de parlamento, pidió el conde permiso para retirarse un momento con sus colegas a fin de deliberar sobre lo que debían practicar. «¿A qué deliberar?, dijo el rey; no tenéis poder para tratar; así me lo dijisteis al llegar, y sé que desde entonces no habéis recibido correo». Lord Denbigh insistió alegando que la comisión presentaría tal vez observaciones a S. M.



LORD BROOK.

—Señores —dijo vivamente el rey—, recibiré cuanto me presentéis de Londres, pero nada de cuanto hayáis forjado en Oxford, con vuestro permiso, no me cogeréis.

—Señor —respondió el conde—, no somos gente capaz de tender lazos a nadie.

—No lo digo por vosotros.

—Permítanos V. M. al menos preguntar a quién se dirige este papel.

—Es mi respuesta, y debéis recibirla más que fuese un romance de Robin Hood.

—El negocio que nos trajo aquí es algo más grave que un romance.

—Lo sé, pero os lo repito, dijisteis que no teníais poderes para tratar; mi memoria es tan buena como la vuestra: sólo os encargaron que me entregaseis las proposiciones: un postillón hubiera podido hacer lo mismo.

—Presumo que V. M. no nos toma por postillones.

—No digo esto; pero aquí está, mi respuesta que debéis tomar: a nada más estoy obligado.

A cada momento se agriaba la conversación, en vano Hollis y Pierpoint probaron a hacer decir al rey que dirigía su mensaje a las dos cámaras. Los comisionados tuvieron al cabo que decidirse a recibir la respuesta, y salieron. Por la noche pasó a su domicilio Athburnham, criado de cámara del rey, y les dijo: «S. M. se acuerda de que en un momento de enfado soltó algunas palabras que tal vez podrían ofenderos, y me manda aseguraros que no fue tal su intención en modo alguno». Los comisionados protestaron su respetuosa deferencia a las palabras del rey, y partieron para Londres, seguidos de un trompeta encargado de recibir la respuesta del parlamento al pliego cerrado que traían.

Limitábase el contenido de este, a pedir un salvoconducto para el duque de Richmond y el conde de Southampton, por medio de los cuales prometía el rey enviar dentro de pocos días una respuesta más explícita. Concedióse al instante un salvoconducto y se dio audiencia a los dos lores en cuanto se presentaron. No traían todavía ninguna respuesta; su misión oficial no tenía otro objeto que solicitar se abriesen conferencias y se nombrasen de una y otra parte negociadores para tratar de la paz. Pero, habiendo entregado este mensaje, siguieron los comisionados permaneciendo en Londres, dando lugar a que se dijera que se les reunían muchos sospechosos, lo cual no con-

sistía sino en que varios miembros de la cámara baja pasaban a conferenciar con ellos. La municipalidad, en la que dominaban los independientes, manifestó la más viva inquietud. Se invitó a los dos lores a que partiesen, pero permanecieron bajo frívolos pretextos. Subía de punto la agitación; las pasiones del pueblo amenazaban estallar antes que surtiesen efecto las intrigas del partido. Instigados por los amigos mismos de la paz, los dos lores volvieron por último a Oxford, y a las tres semanas de su partida se determinó que cuarenta comisionados, los veintitrés en nombre de los parlamentos de ambos reinos, y los diecisiete en nombre del rey se reunirían en Uxbridge para discutir con regularidad las condiciones de un tratado.

Sin embargo, mientras los presbiterianos preparaban la paz, los independientes se apoderaban de la guerra. El 9 de diciembre se habían reunido los diputados del pueblo para tomar en consideración los padecimientos públicos y buscar algún remedio a ellos; nadie pedía la palabra: parecía que aguardaban todos alguna medida decisiva cuya responsabilidad se quería eludir. Después de un largo silencio se levantó Cromwell:

—Fuerza es hablar hoy día —dijo—, o callar para siempre. No se trata nada menos que de salvar una nación ensangrentada y casi moribunda del deplorable estado a que la ha reducido la prolongación de la guerra. Si no la continuamos de una manera más enérgica, más rápida y más eficaz, si sólo peleamos como aventureros que únicamente medran con los combates, el reino se cansará de nosotros y llegará a serle odioso el nombre de parlamento. ¿Qué dicen nuestros enemigos?, aún más; ¿qué dicen muchos que eran amigos nuestros al abrirse este parlamento?... Que los miembros de ambas cámaras han alcanzado grandes empleos y mandos; que tienen la espada en la mano, porque con su influjo en el parlamento y su autoridad en el ejército quieren perpetuar su grandeza, y que estos tales no permitirán que la guerra se acabe por temor de que con ella no

se acabe también su poder. Lo que digo aquí delante de todos es lo mismo que se dice secretamente en todas partes. No aplicaré mis palabras a nadie; conozco el mérito de los generales, miembros de las cámaras, a los que se ha confiado el mando: pero, para aliviar mi conciencia, digo que si no se da otra dirección al ejército, si no se sigue con más vigor la guerra, el pueblo no podrá soportarla por más tiempo y os obligará a aceptar una paz deshonrosa. Guardaos bien de dirigir acusaciones contra los comandantes en jefe; muchas faltas tendrían que echarme en cara yo mismo y sé cuán difícil se hace evitarlas en la guerra. Desterremos toda idea de información sobre las causas del mal, y apliquémonos a buscar el remedio: creo que todos tenemos el corazón inglés para no titubear en hacer al bien público el sacrificio del interés personal, y no ofendernos de lo que decida el parlamento.

—Esto es innegable —repuso al instante otro miembro—; cualquiera que sea la causa, he aquí que se han terminado dos campañas y aún no estamos libres de riesgo. Parece que nuestras victorias, precio de una sangre inestimable, ganadas con tanto denuedo, y concedidas por el Señor, han sido guardadas en una arca sin fondo: lo que ganamos hoy se pierde mañana; las ventajas obtenidas en verano, sirven sólo para las conversaciones del invierno; las correrías acaban con el otoño y vuelven a principiar con la primavera, como si la sangre derramada debiese sólo fertilizar los campos de batalla para hacer retoñar nuevas lides. Nada decidiré sobre este punto: pero sí digo que la división de nuestras fuerzas al mando de distintos jefes y la falta de armonía entre ellos ha dañado mucho a nuestra causa.

—Sólo veo un medio para acabar con todo esto —dijo Zouch Tate, fanático oscuro que nunca pudo medrar—; y es, que cada cual renuncie francamente a sí mismo. Propongo que ningún miembro de una ni otra cámara pueda durante esta guerra po-

seer ni ejercer ningún empleo ni mando civil o militar, y que esto se consignará por medio de un decreto.

La proposición no era nueva: ya el año anterior por incidencia y sin efecto se había manifestado una idea semejante en la cámara alta; y por aquel tiempo también, atendido sin duda al clamor público, habían mandado hacer las dos cámaras una información acerca del número y del valor de toda suerte de empleos ocupados por miembros del parlamento. Ora fuese de intento o por embarazo, titubearon los presbiterianos en rechazar la proposición de Tate, y pasó casi sin objeción. Pero, a los dos días, cuando volvió a presentarse bajo la forma de un decreto definitivo, la discusión fue larga y muy viva, y se renovó cuatro veces en ocho días. Era evidente que se trataba de quitar el poder ejecutivo a los políticos moderados, a los presbiterianos, y a los primeros jefes de la revolución; que se les quería confinar en Westminster y levantar un ejército extraño al parlamento. En cada sesión se iba empeñando la resistencia cada vez con más violencia, y se declararon contra la medida algunos de los miembros que acostumbraban contemporizar con el partido independiente: «Bien sabéis, dijo Whitelocke, que entre los griegos y romanos, se confiaban a los senadores los mayores cargos militares o civiles, creyéndose que unidos más íntimamente con el senado y siendo testigos de sus deliberaciones, comprenderían mejor los negocios públicos y faltarían menos a su deber. Así lo han practicado nuestros mayores; en todos tiempos han mirado a los miembros del parlamento como hombres los más a propósito para cargos eminentes: seguid, os ruego, su ejemplo, y no os privéis voluntariamente de vuestros más seguros y más útiles servidores». Otros se adelantaron hasta denunciar abiertamente la ambición oculta de sus rivales. «Se habla, dijeron, de renunciar cada cual a sí mismo: este será el triunfo de la envidia y del interés personal». Pero el público no hacía caso de estas predicciones; el partido presbiteriano se

iba desmoronando, y muchos veían su ruina sin pesar; de manera que si bien los independientes estaban distantes de tener una mayoría en la cámara, sin embargo su proposición salió victoriosa; en vano por última prueba pidieron los amigos de Essex que sólo él fuese exceptuado de la medida; esta petición fue desechada, y el 21 fue definitivamente adoptado el decreto y presentado a los lores.

Con estos confiaban los presbiterianos, pues era imperioso el interés de la cámara en desechar la medida, por cuanto hería a todos sus miembros, y les arrebatava el resto de poder que les quedaba. Pero, para hacer frente a aquella medida debían granjearse popularidad, y desterrar toda sospecha de connivencia con la corte de Oxford, contentando así las pasiones del pueblo presbiteriano. Continuáronse con este fin cuatro causas hacía tiempo olvidadas; la de lord MacGuire, como cómplice de la insurrección de Irlanda; la de los Hotham padre e hijo, por haber intentado entregar al rey la plaza de Hull; la de *sir* Alexsander Carew, por una tentativa igual con la isla de san Nicolás de que era gobernador; y la de Laud, en fin, tantas veces emprendida y otras tantas abandonada.

Los cuatro primeros eran culpables de delitos recientes, legalmente probados, y que podían encontrar imitadores; pero Laud, encarcelado durante cuatro años, anciano y enfermo, sólo podía responder de la parte que había tomado en una tiranía ya vencida. A la manera que con la causa de Strafford, fue imposible probar que se hallase culpado de alta traición legal. Para condenarle como a aquel por medio de un *bill* extraordinario era preciso el consentimiento del rey: no obstante, los odios teológicos son tan sutiles como implacables. Entre los que entendían de la causa se encontraba aquel mismo Prynne a quien en otro tiempo hizo Laud mutilar bárbaramente, y que anhelaba sólo venganza. Después de largos debates en que dio muestra el arzobispo de suma habilidad y prudencia, un simple de-

creto de las dos cámaras, votado sólo por siete lores e ilegal aun siguiendo todas las tradiciones de la tiranía parlamentaria, pronunció su sentencia de muerte. Murió con valor, despreciando a sus enemigos, y temiendo sólo por el porvenir del rey. Igual fin tuvieron las demás causas; de modo que en seis semanas se levantó cinco veces el cadalso en Tower Hill, cosa inaudita desde el origen de la revolución. Encaminábanse al mismo fin las medidas de orden general.

Ocho días antes de la ejecución de Laud fue definitivamente abolido el rito de la iglesia anglicana, hasta entonces tolerado, y recibió la sanción del parlamento, a petición de la asamblea de teólogos, un libro titulado *Dirección del culto público*. No ignoraban los jefes del partido que esta innovación encontraría resistencia, y se les daba poco de ello, pensando sólo que para retener un poder vacilante necesitaban de todo el apoyo de los presbiterianos fanáticos, a quienes nada negaban por lo mismo. Los independientes por su parte no perdonaban medio para hacer adoptar en la cámara alta el decreto decisivo; volvían a la carga con peticiones, algunas de ellas amenazadoras, y pedían que los lores y los diputados formasen una sola asamblea. Prescribióse un ayuno solemne para pedir las luces al Señor en tan grave deliberación; ambas cámaras asistieron solas a los sermones que se predicaron aquellos días en Westminster, sin duda para dar más libertad al orador, que Vane y Cromwell habían elegido. Por último, después de mensajes y repetidas conferencias pasaron en cuerpo los diputados a la cámara alta para reclamar la adopción del decreto; pero los lores habían tomado ya su resolución, y fue desechada la medida el mismo día en que se daba tan pomposo paso.

Grande parecía la victoria, y propicio el momento para aprovecharla puesto que se acercaban las negociaciones de Uxbridge. A instancia de los miembros fugitivos que acababan de abrir en Oxford su segunda legislatura, consintió Carlos en dar

a las cámaras de Westminster el nombre de parlamento. Pero al mismo tiempo escribía a la reina: «Si hubiese tenido en mi consejo, sólo dos personas de mi parecer, jamás hubiera cedido». Había al propio tiempo nombrado sus comisionados, que casi todos deseaban la paz. Sólo entre los del parlamento había tres, Vane, Saint-John y Prideaux, que estaban por la guerra. El 29 de enero llegaron los negociadores a Uxbridge, animados de rectas intenciones y llenos de esperanza.

Recibiéronse mutuamente con afabilidad y cortesía; todos se conocían desde mucho tiempo, y muchos eran íntimos amigos antes de estas funestas disensiones. La tarde misma de su llegada se visitaron espontáneamente felicitándose por su misión de paz Hyde, Colepeper, Palmer, Whitelocke, Hollis y Pierpoint. Notábase sin embargo más embarazo y reserva en los comisionados de Westminster, en razón de que su dueño era más desconfiado. Las negociaciones debían durar veinte días, y tenían especialmente por objeto la religión, la milicia y la Irlanda. Se decidió que cada una de estas cuestiones se ventilaría durante tres días. Mientras se trató solamente de los preliminares, todo fue fácil, la confianza y la política eran francas; pero no bien empezó la discusión oficial, cuando todo fueron ya dificultades. Cada una de las fracciones parlamentarias tenía su interés fundamental del que nada quería ceder: los presbiterianos aspiraban al establecimiento privilegiado de su iglesia, los políticos al mando de la milicia, y los independientes a la libertad de conciencia; y el rey obligado a ceder a todos, obtenía sólo sacrificios de unos que negaban los otros. Uno y otro partido se preguntaba además si con la paz quedaría dueño del poder. El debate sobre religión se hizo teológico; todos querían tener razón, y la paz era lo de menos. Poco a poco se agriaron las demás cuestiones. Entre los comisionados de Oxford, Hyde sobre todo era consultado por los de Westminster que conocían su crédito y sus conocimientos. Lord Lowden, canciller de Esco-

cia, y los condes Pembroke y de Denbigh hablaron con él larga y amistosamente acerca de los peligros del porvenir, de los siniestros planes que fermentaban en el parlamento, y de la necesidad en que se encontraba el rey de ceder en mucho para salvarlo todo. Hyde los escuchaba, pero la susceptibilidad de su amor propio, su arrogancia y tono áspero, y su desdeñosa probidad, ofendían casi siempre a los que habían anhelado granjearse su voluntad. El menor incidente embrollaba la situación.

Un día de mercado, en la iglesia de Uxbridge y delante de un pueblo numeroso, Love, predicador fanático llegado de Londres, habló con la mayor violencia contra los realistas y el tratado: «De él, dijo, nada podemos esperar de bueno; esos hombres han venido de Oxford con el corazón ensangrentado; quieren sólo divertir al pueblo esperando coyuntura para dañarle: entre este tratado y la paz hay tanta distancia como entre el cielo y el infierno». Los comisionados del rey pidieron que se castigase a semejante energúmeno; pero los de Westminster sólo se atrevieron a desterrarlo de Uxbridge. Corrían alarmantes rumores sobre las verdaderas intenciones del rey: cediendo, decían, a los deseos de su consejo por nada anhelaba menos que por la paz: promete a la reina no obrar nada sin su consentimiento, y procura fomentar las disensiones interiores de las cámaras. Sospechábase además que trataba clandestinamente con los papistas de Irlanda, y las más solemnes propuestas de sus comisionados no podían disipar sobre este punto las desconfianzas.

Acercábase entre tanto el término prefijado a las negociaciones, y el parlamento no se mostraba dispuesto a prolongarlas. Desolados los amigos de la paz viendo que iban a separarse sin resultado, intentaron el último esfuerzo. Parecióles que sería eficaz alguna concesión del rey sobre la milicia, como por ejemplo si ofrecía confiar por algunos años su mando a jefes, la mitad nombrados por las cámaras. Lord Southampton partió

inmediatamente para Oxford a obtener el consentimiento del rey. Negóse al pronto Carlos, pero el conde insistió; y como además se le unieron sus amigos, suplicando de rodillas al rey en nombre de su corona y de su pueblo que no desechase él único medio de negociar, al fin cedió. Era tan vivo entre sus consejeros el deseo de la paz, que lo creyeron allanado lodo. Fairfax y Cromwell se encontraban en el número de los individuos a quienes el rey debía conceder el mando de la milicia. Por la noche reinó el regocijo en la mesa real, y quejándose Carlos de que no era muy bueno el vino: «Espero, le dijo riendo uno de los convidados, que dentro de pocos días le beberá mejor V. M. en Guildhall con el lord corregidor». Al día siguiente se disponía Southampton a partir para Uxbridge, y se presentó al rey pidiéndole por escrito las instrucciones convenidas; pero oyó con admiración que Carlos se negaba ya a todo.

Tan repentina mudanza era efecto de una carta de Montrose, llegada de Escocia con una rapidez sin igual. Quince días antes había en Inverlochy alcanzado una brillante victoria sobre las tropas escocesas mandadas por Argyle: daba de ello parte al rey, y añadía:

—Señor, permítame V. M. sagrada expresar mi humilde opinión tocante a lo que me escriben de las negociaciones con el parlamento rebelde. Triste ha sido para mi esta noticia tanto como alegre la de vuestras victorias. La última vez que tuve el honor de ver a V. M. le manifesté cuanto sabía sobre los planes de los rebeldes, y V. M. se convenció de que tenía razón. Estoy seguro que desde entonces nada ha sucedido que haya podido hacer mudar de dictamen a V. M. Cuanto más concedáis más os pedirán, puesto que no estarán contentos sino cuando os hayan reducido a no ser más que un maniquí. Perdonad si me atrevo a decir que es indigno de un rey tratar con súbditos rebeldes en tanto que se presentan con las armas en la mano. No quiera Dios que me declare contra la clemencia de V. M.; pero me es-

tremezco de horror cuando pienso que se habla de un tratado mientras están a la vista ambos ejércitos. Permitidme asegurar humildemente a V. M. que con las bendiciones del cielo estoy en buen camino para hacer entrar a este reino en sus deberes; y si no se frustran las medidas que he concertado con otros de vuestros leales súbditos, antes que concluya este verano acudiré al socorro de V. M. con un valiente ejército, que sostenido por la justicia de vuestra causa domará enteramente a la rebelión. Séame dado solamente, después de estos gloriosos sucesos, decir lo que el general de David a su señor.

—Ven tú mismo, para que se haga todo en tu nombre.

—En todas mis acciones sólo deseo la gloria y el interés de V. M.

Esta carta volvió al rey sus más lisonjeras esperanzas; menos confiado Southampton no insistió, y regresó a Uxbridge con la negativa, sin explicar su causa. Rompiéronse las conferencias, y los presbiterianos volvieron a Westminster con el corazón conolido de un desastre que los volvía a abismar en todos los peligros de su situación.

Agraváronse estos durante su ausencia. Obligados, momentáneamente al menos, los independientes a renunciar al decreto de abnegación de sí mismos, se habían aferrado en la reorganización del ejército. En pocos días se había preparado, concertado el plan, la forma y el medio de llevarlo a cabo. Debía formarse un solo ejército compuesto de 21 000 hombres, y mandado por un solo general, revestido del derecho de nombrar a todos los oficiales con la aprobación del parlamento. Este general era Fairfax. Desde mucho tiempo había llamado la atención su valor, su franco carácter, la felicidad de sus expediciones, y el entusiasmo belicoso de sus soldados; secretamente entre los del partido, y públicamente en la cámara, había Cromwell alabado esta elección. Essex conservaba su título; Waller y Manchester

su comisión, pero sin asomos de poder. Desde el 28 de enero se pasó a los lores el decreto que prescribía la ejecución de esta medida; pero se procuraba retardar al menos su adopción, ya con enmiendas ya con una lenta discusión. No obstante, en este punto era difícil la resistencia, porque en pro del decreto estaba la opinión pública, convencida de que la multitud de ejércitos y de jefes era la verdadera causa de la prolongación de la guerra. Con este apoyo insistieron vivamente los diputados, hasta que cedieron al fin los lores y adoptaron el decreto. El 19 de febrero, dos días antes de romperse las negociaciones de Uxbridge, Fairfax fue introducido en la cámara, y con aire sencillo y modesto recibió de pie, junto al asiento que se le había preparado, las felicitaciones oficiales del presidente.

De vuelta a Londres, procuraron los jefes presbiterianos rehacerse de su derrota. La cámara alta se quejó amargamente de los injuriosos discursos proferidos contra ella y del rumor esparcido de que los diputados del pueblo meditaban la abolición de los pares. Aquellos respondieron con una declaración solemne de su profundo respeto por los derechos de los lores, y su firme resolución de sostenerlos. Los comisionados escoceses dirigieron a la cámara en nombre del pacto una exposición tímida a la vez y chocante. Llenos de previsión los diputados, pasaron a los lores un nuevo decreto que extendía más aún los poderes de Fairfax, y quitaba de sus despachos la orden, hasta entonces repetida en actos análogos, «de velar por la seguridad de la persona del rey». Los lores votaron que se añadiesen estas palabras, mas se opuso a semejante adición la cámara baja: «Esta frase, decían, sólo es buena para embarazar a los soldados permitiendo que el rey se arriesgue sin peligro al frente de sus tropas». Los lores insistieron, y en tres debates consecutivos, a pesar de cuantos pasos daban los independientes, siempre fueron unos mismos los votos sobre esta cuestión. Todo quedaba indeciso; los representantes del pueblo declararon que habían

hecho cuanto estaba de su parte, y que si se seguía alguna desgracia del retardo sólo los lores responderían al país. Estos empezaban a cansarse de una resistencia que preveían ser inútil.

En esto llegó de Escocia el marqués de Argyle que si bien en lo tocante a religión era presbiteriano, tenía en política ideas algo más osadas; pronto le trataron con intimidad los independientes, Vane y sobre todo Cromwell. Argyle por otra parte anhelaba vengar recientes ultrajes: indagador profundo y ardiente, pero más enérgico en el consejo que en el campo de batalla, sólo de lejos había visto la derrota de sus soldados por Montrose, y había huido al momento. Desde entonces, así en Inglaterra como en Escocia, sólo con insulto hablaban de él los realistas, y sólo su completa humillación podía lavar tal afrenta. Procuró hacer que los comisionados escoceses y algunos jefes presbiterianos dejasen de oponerse a la reorganización del ejército y al decreto de abnegación de sí mismos, pues una necesidad imperiosa, dijo, lo exige así. De día en día se mostraban más vacilantes los amigos de Essex. Decidido este en vista del peligro, anunció que quería dar su dimisión; y el 1.º de abril, levantándose en la cámara alta con un papel en la mano, pues era muy pobre orador, dijo: «Milores, aceptó el mando para obedecer las órdenes de ambas cámaras; y me atrevo a decir que durante estos tres años os he servido fielmente sin menoscabo de mi honor ni daño para mi causa. Hoy día veo por esos decretos que la cámara baja desea ver concluida mi comisión en la que no estoy empeñado por ningún interés personal. No ignoran muchos que quise presentar mi dimisión antes de salvar a Gloucester y que sólo pidiéndomelo por el bien público me hicieron renunciar a tal proyecto. Ya no es así ahora, y presento mi comisión al que me la dio, deseando que pueda ser útil este paso como lo creen algunos. Presumo que no se tomará a mal el que pida para mis oficiales que quedan sin destino una parte de sus atrasos, y que lo restante les sea garantido por los fondos del

Tesoro: no puede evitarse la desconfianza; sin embargo, bueno será ponerle algunos límites, para que al menos no se origine de ahí nuestra ruina. Nadie tome a mal mi consejo, hijo sólo de mi adhesión al parlamento, cuya prosperidad es lo único que deseo».

Este discurso tan decoroso y tan triste se tomó a bien entre los lores que se apresuraron a manifestar a la cámara baja que adoptaban sin enmienda su nuevo decreto acerca de la reorganización del ejército. A imitación de Essex, dieron a poco su dimisión los condes de Denbigh y Manchester. La cámara alta votó en su favor, por su patriótico sacrificio, gracias y promesas que también merecieron la aprobación de los representantes del pueblo. Al día siguiente^[28] se adoptó sin obstáculo en la cámara alta un decreto de abnegación de sí mismo algo distinto del anterior, pero igual en el fondo^[29]: muchos se felicitaron por ver al fin terminada una lucha que no sin espanto habían visto empeñada.

LIBRO SEXTO

Formación del ejército de independientes. — Cromwell conserva su mando. — Campaña de 1615. — Alarmas del parlamento. — Batalla de Naseby. — Coge el parlamento y publica la correspondencia secreta del rey. — Decadencia del partido realista en el Oeste. — Fuga y zozobras de Carlos. — Victorias de Montrose en Escocia. — El rey pretende reunírsele, pero no puede conseguirlo. — Derrota de Montrose. — Permanencia del rey en Newark. — Enira en Oxford y procura renovar las negociaciones con el parlamento. — Este se niega. — Nuevas elecciones. — Trata el rey con los rebeldes Irlandeses. — Descúbrese estas negociaciones. — Derrota de los últimos cuerpos realistas. — El rey huye de Oxford y se refugia al campamento Escocés.

(1645-1646)

No bien Essex y Manchester dieron su dimisión, cuando Fairfax salió de Londres, y estableciendo en Windsor su cuartel general, se dedicó sin descanso a reorganizar el ejército que le estaba confiado. Se habían predicho vivas resistencias a esta organización; Cromwell, a quien abrazaba también el decreto de abnegación, desechó todo temor, y dijo que «sus soldados habían aprendido bajo sus órdenes a combatir o a deponer las armas, según lo mandase el parlamento». Sin embargo, estallaron algunas sediciones, particularmente en Reading donde se encontraban cinco regimientos de infantería de Essex, y en el

condado de Hertford, donde estaban acantonados ocho escuadrones de su caballería, al mando del coronel Dalbier. La presencia de Skippon nombrado mayor-general del nuevo ejército y su ruda pero simpática elocuencia, bastaron para calmar los regimientos de Readigh. Los de Dalbier vacilaron mucho más, y hasta llegó a correr en Londres la voz de que se dirigían a Oxford, de modo que Saint-John, extremado en todo, escribió a sus confluente del condado de Hertford que era preciso caer a mano armada contra tales facciosos. Pero, pudo más el influjo de algunos oficiales reformados; y aún el del mismo Essex, pues al cabo se sometió Dalbier y pasó al cuartel general.

A la verdad no era muy vivo el descontento entre los soldados, ni les era muy penoso el pasar a obedecer a sus nuevos jefes. El parlamento les hizo distribuir quince días de sueldo, y ordenó la venta de los bienes secuestrados a algunos delincuentes para hacer con ello frente a imperiosas reclamaciones. Amotináronse asimismo los soldados de Cromwell, a pesar de sus promesas, declarando que sólo querían servir bajo sus órdenes; pero tuvo aquel bastante imperio sobre ellos para hacerlos entrar en su deber. Al saber su insurrección, partió al momento para prestar, según dijo, a las cámaras este último servicio antes de dejar el mando. Por el 20 de abril casi se había llevado ya enteramente a cabo la operación general; todos los nuevos cuerpos se organizaban sin obstáculo: sólo en Londres se prolongaba la agitación por el concurso de oficiales reformados que acudían a la capital, ya para solicitar sus deseos, ya esperar el concurso de los acontecimientos.

En Oxford rebozaban esperanza el rey y su corte. No dejó con todo Carlos de sentir alguna inquietud después de haberse roto las negociaciones de Uxbridge, a pesar de las brillantes noticias de Escocia. Aunque poco dispuesto a la paz, necesitaba que dominase en Westminster un partido pacífico, por lo cual no pudo menos de sentir que este hubiese sido derrotado. Re-

solvió entonces separarse de su hijo Carlos, príncipe de Gales, que rayaba en los quince años, y enviarle con el título de generalísimo a los condados del Oeste, ya para darles un jefe capaz de mantener su lealtad, y ya para dividir los peligros que podrían amenazar a la majestad. Hyde y los lores Capel y Colepeper recibieron orden de acompañar al príncipe y de dirigirlo todo en su nombre. Tal era en este momento la tristeza del rey, que llegó a hablar con Hyde acerca de lo que sucedería si cayese en manos de los rebeldes, y le hizo consultar por bajo mano si convendría hacer embarcar al príncipe para el continente. «Tales cuestiones, respondió Hyde, sólo se ventilan el día de la desgracia;» y el 4 de marzo el príncipe y sus consejeros se despidieron del rey, a quien no debían volver a ver. De allí a un mes, cuando se tuvo noticia en Oxford de los obstáculos que encontraba la reorganización del ejército parlamentario, cuando se vieron regimientos insurreccionados, y se supo que cesaban en el mando oficiales ilustres, todo fue confianza y júbilo entre los realistas. Pronto hablaron sólo con irrisión de ese conjunto de paisanos y artesanos predicadores, insensatos hasta el punto de arrinconar a los más hábiles generales y sustituirlos por oficiales oscuros, novicios como los soldados. Renovábanse diariamente las sátiras contra el parlamento y sus defensores; y el rey se sonreía a pesar de su gravedad. Animábanle por otra parte secretas esperanzas, nacidas de intrigas que ignoraban aún sus mismos confidentes.

A mediados de abril anunció Fairfax que dentro de pocos días abriría la campaña. Cromwell llegó a Windsor para besar, decía, la mano de su general, y presentarle su dimisión. Al verle entrar en su cuarto le dijo Fairfax. «Acabo de recibir de la junta de ambos reinos una orden para vos; se os manda que paséis con algunos escuadrones a ocupar el camino de Oxford a Worcester con el objeto de interceptar toda comunicación entre el rey y el príncipe Robert». Aquella tarde partió Cromwell, y en

cinco días, antes que se hubiese puesto en movimiento el nuevo ejército, había ya batido en tres encuentros a los realistas, tomado la plaza de Blechington y dado cuenta a las cámaras de estos triunfos. «¿Quién me traerá o muerto o vivo a ese Cromwell?» exclamó el rey, mientras en Londres se regocijaban de que no hubiese dado todavía su dimisión.

No había trascurrido una semana cuando ya el parlamento decidió que permaneciese en el mando. Se había abierto la campaña. El rey acababa de salir de Oxford, se había reunido al príncipe Robert y se adelantaba rápidamente hacia el Norte, ya para hacer levantar el sitio de Chester, como para combatir al ejército escocés y volver a recobrar sus antiguas ventajas. Si le salían bien estas operaciones amenazaba a su placer el Este o el Mediodía, sin que pudiese oponérsele Fairfax, que estaba en marcha hacia el Oeste para salvar la importante plaza de Taunton, bloqueada estrechamente por el príncipe de Gales. Llamóse al general en jefe pero entre tanto quedaba sólo Cromwell para acechar los movimientos del rey, y a pesar del decreto de abnegación recibió orden de continuar sirviendo durante cuarenta días. Iguales órdenes se pasaron a otros tres distinguidos oficiales miembros de la cámara, ora fuese por motivos análogos, ora porque no apareciese sólo Cromwell exceptuado.

Apresuróse Fairfax a volver; continuaba el rey adelantándose hacia el Norte; pero, sin saberse por qué, todo estaba más tranquilo en Londres; ningún cuerpo realista cubría a Oxford, foco constante de la guerra en el centro del reino: creyó el parlamento tener confidencias seguras en la plaza, y recibió Fairfax orden de atacarla. Apoderarse de ella era una ventaja inmensa, y si se prolongaba el sitio, la posición era excelente para acudir a todos los puntos que amenazase el rey. Delante de la plaza se reunió Cromwell al cuartel general.

A poco empezaron a ser muy vivas en Londres las alarmas. Diariamente llegaban malas noticias del Norte; el ejército esco-

cés en vez de salir al encuentro al rey, se había replegado hacia las fronteras de Escocia, por necesidad, según unos, de oponerse a los progresos de Montrose, y por mala fe según otros a causa de que el parlamento se descartaba del yugo de los presbiterianos y de los extranjeros. Como quiera, merced a esta retirada, ni siquiera tuvo Carlos que acercarse a Chester para hacer levantar el sitio; tranquilo por esta plaza, medio para él de comunicación con la Irlanda, se encaminaba a los condados confederados del Este, baluarte del parlamento. Era fuerza salvarlos de esta invasión, y nadie más a propósito para ello que Cromwell, pues allí ejercía su influencia, allí habían dado principio sus hazañas: por tanto recibió orden de dirigirse a Cambridge en defensa de la confederación.

Otro peligro reclamó prontamente su presencia: a los ocho días de su partida se supo que el rey había entrado por asalto en Leicester, y que en el Oeste estaba de nuevo estrechamente bloqueada Taunton. Profunda fue la consternación: los presbiterianos triunfaban: «Ved ahí, decían, el fruto de esta decantada reorganización: los descabros. En un día se apodera el rey de nuestras mejores plazas, y vuestro general permanece inmóvil delante de Oxford, esperando sin duda que las mujeres de la corte le tengan miedo y le abran las puertas». Por toda respuesta se presentó a la cámara alta una petición de la municipalidad, que imputaba todo el mal a la inacción de los escoceses, a los retardos en las levadas para el ejército, y al prurito de las cámaras en querer gobernarlo todo de lejos: acababa pidiendo que se diese más libertad al general, mejores consejos a los escoceses, y el antiguo mando a Cromwell. Al propio tiempo se dio orden a Fairfax de abandonar el sitio de Oxford, ir en busca del rey, y combatirlo a toda costa. Al practicarle escribió a las cámaras pidiendo a Cromwell, que en su concepto era indispensable, para el mando de la caballería. Diecisiete coroneles firmaron esta carta. Los lores retardaron su respuesta, pero la de la cá-

mara baja fue pronta y eficaz. Fairfax lo participó a Cromwell; todos los cuerpos apresuraron su marcha, y el 12 de junio, al Oeste de Northampton, algunos caballos enviados a un reconocimiento, dieron de repente con un destacamento del ejército del rey.

No esperaba este tal encuentro; sabedor del sitio de Oxford y del espanto de su corte, renunciaba a su expedición a los condados del Norte y del Este, y volvía a salvar su cuartel general. Pero su confianza era suma; acababa de saber una nueva victoria de Montrose, y escribía a la reina: «Nunca habían ido tan bien mis asuntos». Así fue que seguía lentamente su rumbo, se detenía en los puntos que le gustaban, se divertía en cazar, y daba a sus caballeros rienda suelta. En cuanto supo la aproximación de los parlamentarios, se replegó sobre Leicester para reunir sus tropas y esperar las que debían llegarle dentro de pocos días así del país de Gales como de los condados del Oeste. Al día siguiente, a la hora de cenar, era la misma su confianza y no pensaba en presentar batalla, cuando le participaron que los escuadrones parlamentarios picaban su retaguardia. Cromwell acababa de llegar. Convocóse al punto un consejo de guerra, y a la media noche, a pesar de la resistencia de muchos oficiales, que opinaban porque se esperasen refuerzos, logró el príncipe Robert que se marchase contra el enemigo.



MILTON

El encuentro tuvo lugar a la mañana siguiente, sobre la colina de Naseby, al Nordeste de Northampton. Al rayar el alba se encontraba el ejército del rey, alineado en batalla sobre una pequeña altura, en una posición ventajosa. Algunos jinetes enviados a practicar un reconocimiento volvieron diciendo que no veían a los parlamentarios. Impaciente Robert, avanzó con algunos escuadrones, y resolvió que hasta su vuelta permanecería inmóvil el ejército. No bien habría andado media legua, cuando se presentó la vanguardia enemiga. Creyó en su exaltación el príncipe que se retiraba el enemigo, y se adelantó más, enviando a decir al rey que se le reuniese al instante para que no se les escapase la coyuntura. A las diez llegaron algo cansados los rea-

listas; y Robert a la cabeza de la caballería del ala derecha se arrojó sobre la izquierda de los parlamentarios, mandada por Ireton, que fue posteriormente yerno de Cromwell.

Casi al propio tiempo este general con los escuadrones de su ala derecha atacó la izquierda del rey, formada por los caballeros del condado del Norte, al mando de *sir* Marmaduke Langdale; poco después, ambas infanterías colocadas en el centro, una bajo las órdenes de Fairfax y Skippon, y otra bajo las del mismo rey, vinieron a las manos. Ninguna acción había hasta entonces sido tan general y tan encarnizada. Ambos ejércitos eran casi iguales en fuerza numérica: ebrios de confianza los caballeros, tenían por santo la palabra: *reina María*; constantes en su fe los parlamentarios, avanzaban cantando: *Dios nos asiste*. La primera carga del príncipe Robert fue feliz como siempre; después de una viva refriega quedaron rotos los escuadrones de Ireton; este mismo jefe, acribillado de heridas cayó por unos momentos en poder de los caballeros. Pero mientras Robert, víctima siempre de una misma falta, perseguía al enemigo hasta los bagajes del campamento y perdía el tiempo en atacarlos con la esperanza del botín, Cromwell, dueño de sí mismo y de los suyos como en Marston Moor, desbarató por su parte los escuadrones de Langdale, y dejando a dos de sus oficiales para impedir que se rehiciesen, se apresuró a volver al campo de batalla, que se disputaban ambas infanterías con mayor encarnizamiento que en ningún otro punto.

Los parlamentarios, atacados por el mismo rey, fueron al principio desordenados y Skippon gravemente herido; Fairfax le instó a que se retirase. «No, dijo, mientras haya un soldado en el campo, permaneceré aquí:» y dio a su reserva orden de adelantarse. Un sablazo quitó el casco a Fairfax; Charles, coronel de su guardia, al verle correr por el campo de batalla con la cabeza desnuda, le rogó que aceptase el suyo: «Estoy bien, no le

necesito, respondió Fairfax;» y añadió enseñándole un cuerpo de infantería real que se mantenía firme en el campo:

—¡Cómo pues! ¿Serán una muralla esos hombres? ¿Los habéis cargado?

—Dos veces, general, pero sin fruto.

—¡Pues bien!, ataca a Dios de frente, mientras lo hago yo por retaguardia, y nos encontraremos en el centro.

Y en efecto se encontraron atravesando las líneas enemigas. Fairfax mató por su mano al abanderado, y entregó el estandarte a uno de los suyos: envanecía-se por ello éste como de una hazaña propia, lo que incomodó a Doyley; mas Fairfax le calmó:

—Bastante honor me ha cabido —le dijo—, dejad que él tome una parte.

Replegábanse ya los realistas, cuando apareció Cromwell con sus escuadrones victoriosos. Al verlo se puso Carlos a la cabeza de su regimiento de guardias, única reserva que le quedaba para cargar a este nuevo enemigo; ya se había dado la orden y puesto la tropa en movimiento, cuando el conde de Carnewarth, escocés, que iba al lado del rey, cogió la brida de su caballo, y exclamó echando un voto: «¿Queréis que os maten?» y le hizo volver riendas. Los caballeros que estaban al lado del rey hicieron lo mismo sin saber por qué; los demás siguieron el ejemplo, y en un abrir de ojos había todo el regimiento dado la espalda al enemigo. La sorpresa degeneró en terror; todos se dispersaron por la llanura, unos para huir, y otros para retener a los fugitivos. En vano exclamaba Carlos en medio del grupo de sus oficiales: ¡Deteneos!, ¡deteneos! Sólo se desvaneció un tanto el terror a vista del príncipe Robert que volvía al fin al campo de batalla con sus escuadrones. Rehízose entonces alrededor del rey un cuerpo bastante numeroso, pero compuesto de caballeros en desorden, fatigados, turbados y abatidos.

Carlos, con la espada en la mano, los ojos inflamados, y la desesperación en el semblante, se abalanzó dos veces, exclamando con todas sus fuerzas: «Señores, una carga más, y la victoria es nuestra». Nadie le siguió; la infantería, arrollada en todas partes, estaba dispersada o prisionera: fue preciso huir y así lo hizo el rey dirigiéndose con unos 2000 caballos hacia Leicester, dejando su artillería, sus municiones, sus bagajes, unos cien estandartes, el suyo propio, todos sus papeles y 5000 hombres en manos de los parlamentarios.

La victoria sobrepujaba las más quiméricas esperanzas: Fairfax se apresuró a dar parte a las cámaras sencillamente, sin alusiones ni consejos políticos. Cromwell escribió asimismo, pero sólo a la cámara baja, como si ella le hubiese conferido el mando: su carta acababa así: «Marcada está aquí la mano de Dios; sólo a él pertenece la gloria, y a ninguno más. El general os ha servido con honor y lealtad, y el mayor elogio que puedo darle es que de todo se confiesa deudor a Dios y a ningún mérito aspira; por su valor sin embargo se ha hecho acreedor a todo. La gente honrada (hacía alusión a los independientes entusiastas) se ha portado fielmente; está llena de confianza, y en nombre de Dios os ruego que no la desalentéis. Deseo que esta acción haga nacer en todos humildad y gratitud. Espero asimismo que los que exponen de esta manera su vida en bien del país puedan confiar en Dios por la libertad de conciencia, y en vosotros por lo tocante a la política».

Algunos se ofendieron viendo que un teniente general al servicio del parlamento daba con tal tono consejos y alabanzas; pero su voz se perdió en medio del entusiasmo público, de modo que el día en que llegó a Londres la carta de Cromwell, los mismos lores votaron que se le prorrogaba el mando por tres meses.

Opinaron al mismo tiempo que debía aprovecharse la victoria para dirigir al rey proposiciones razonables, dictamen que

fue aprobado de los comisionados escoceses. Pero los vencedores estaban lejos de pensar lo mismo. Los diputados del pueblo en lugar de responder pidieron que todos los ciudadanos fuesen convocados en Guildhall para oír la lectura de los papeles encontrados al rey, sobre todo sus cartas a la reina, y para juzgar por sí mismos de la confianza que en lo sucesivo se podía poner en las negociaciones. Fairfax había vacilado en abrir la correspondencia del rey, pero Cromwell e Ireton combatieron sus escrúpulos, y los diputados del pueblo no se pararon en consideraciones. La lectura se hizo en medio de un numeroso concurso, y causó un efecto prodigioso. Era evidente que el rey no había nunca deseado la paz; que ninguna concesión era para él constante ni ninguna promesa obligatoria; que sólo contaba con la fuerza, y que nunca había dejado de aspirar al poder absoluto; Anualmente se echaba de ver, que a pesar de sus protestas tantas veces repetidas, se dirigía al rey de Francia, al duque de Lorena y a todos los príncipes del continente para introducir en su reino soldados extranjeros. El nombre mismo de parlamento que había dado a las cámaras para obtener las conferencias de Uxbridge, era en su boca una mentira, porque secretamente había protestado contra este paso oficial en los registros de la municipalidad de Oxford. Todos los ciudadanos fueron invitados a que se convencieran por sus propios ojos que las cartas eran verdaderamente de mano del rey: después de la asamblea de Guildhall el parlamento las hizo publicar.

El encono fue general en todas partes, y los amigos de la paz tuvieron que enmudecer. En vano probaron algunos a declararse contra esta publicación, violación brutal, decían, de los secretos domésticos. Preguntaban si era posible dar fe a su autenticidad, o si era probable que el contenido de unas cartas se hubiese mutilado y otras suprimido; insinuaban que algunos miembros de las cámaras habían negociado con menos franqueza y deseo de paz: pero el pueblo no admite excusa ni expli-

cación alguna desde que sabe que se le ha querido engañar. A más de que era evidente en todo caso la mala fe del rey, y para hacer la paz se necesitaba confianza. Por lo tanto no sé habló ya de guerra; se activó el alistamiento, la recaudación de tributos, y la venta de bienes de los delincuentes. Los escoceses consintieron por último en internarse en el reino, y Fairfax, no encontrando más fugitivos que perseguir, se puso en movimiento hacia los condados del Oeste para terminar la expedición que el sitio de Oxford le había hecho abandonar.

Todo había mudado en estos condados, baluarte hasta entonces de la causa real, no porque la opinión del pueblo se hubiese decidido en favor del parlamento, sino porque era indiferente para el rey. Este tenía en aquellos condados todavía algunos cuerpos de tropas y conservaba todas las plazas; pero no hacían ya la guerra hombres graves, de reputación, populares y amigos desinteresados de la corona, como el marqués de Hertford, *sir* Bevil Greenville, lord Hopton, Trevannion y Slanning; algunos de estos habían perecido, otros estaban disgustados, o habían sido sacrificados, por la debilidad del rey al impulso de intrigas cortesanas. En lugar de ellos, mandaban dos libertinos y codiciosos caballeros: lord Goring y *sir* Richard Greenville, a quienes ningún principio ni entusiasmo unía a la causa real, pues sólo veían en la guerra un pábulo a sus pasiones; y la ventaja de poder oprimir a sus enemigos, de vengarse, de aprovecharse de las glorias ajenas y de enriquecerse. Goring era valiente, bien visto de los suyos, hábil y enérgico en el campo de batalla, pero insolente en sus palabras y modales; ni aún su lealtad era segura, pues había sido traidor al rey y al parlamento, y parecía dispuesto a serlo nuevamente. Greenville, menos desarreglado y más influyente con la nobleza del país, era duro, insaciable, pero de un valor sino dudoso al menos poco ardiente. Pasaba el tiempo recogiendo contribuciones para mantener tropas que no reunía, o para dedicarse a empresas que no soña-

ba siquiera en acometer. Al par de los jefes había también mudado el ejército: no era ya un partido levantado a impulso de su adhesión e intereses, frívolo pero sincero, licencioso pero adicto, era más bien una amalgama de súbditos depravados, indiferentes a su misma causa, entregados día y noche a la licencia, y cuyo desenfreno indignaba al país. Reducido el príncipe de Gales, o más bien su consejo, a servirse de tales hombres, en vano se esforzaba a satisfacerlos y reprimirlos a la vez, ya para proteger contra ellos al pueblo, ya para retenerlos en las filas, y atraer nuevos soldados.

Pero el pueblo no respondía a ningún llamamiento; pronto hizo más: reuniéronse millares de paisanos, que bajo el nombre de asociados (clubmen) recorrían armados las campiñas. No se declaraban por el rey ni por el parlamento; sólo querían alejar de sus hogares los horrores de la guerra y defenderse contra cualquiera que los molestase. Ya por el año anterior se habían formado algunas bandas en los condados de Worcester y de Dorset, suscitadas por las violencias del príncipe Robert. Por marzo de 1645, eran una confederación permanente, regular, mandada por gentilhombres la mayor parte exrealistas, defensores de las propiedades, del orden y de la paz. Trataban con ambos partidos, les entregaban víveres a condición de que no se los quitarían a mano armada, algunas veces les impedían llegar a las manos, y llevaban escritas en sus banderas estas palabras:

Si pretendéis robar nuestros rebaños,

Estad seguros que tendréis batalla.

Mientras los realistas dominaron en el Oeste, se sublevaron los asociados contra ellos y a favor de los parlamentarios, en quienes encontraron disposiciones pacíficas. Ora amenazaban con el incendio a cuantos rehusaban unirse a ellos para exterminar a los caballeros, ora invitaban al jefe de los parlamenta-

rios a que en unión con ellos sitiase a Hereford, de donde salían los caballeros para infestar el país. El 2 de junio dirigieron al príncipe de Gales una petición quejándose de las rapiñas de Goring, y persistieron en ella. A principios de julio, vencedor Fairfax, llegó al Oeste; intimidados los caballeros, cesaron de devastar libremente las campiñas, y al momento se dirigieron los asociados contra Fairfax y sus soldados. Pero este general mandaba un ejército bien pagado, bien provisto, entusiasta y disciplinado; trató con suavidad a los asociados, negoció con ellos, asistió en persona a alguna de sus reuniones, les prometió la paz; y pudo con esto activar la guerra sin crueldades. En pocos días se decidió la campaña. Goring, sorprendido y batido en Langport, condado de Somerset, dejó dispersas sus tropas; Greenville envió al príncipe de Gales su dimisión de feldmariscal, quejándose altamente de que le hubiesen obligado a hacer la guerra a sus expensas: a las tres semanas de la llegada de Fairfax, los caballeros que recorrían poco antes el Oeste estaban encerrados en las plazas que pronto iban a ser sitiadas.

Entre tanto por todas partes se deseaba saber lo que hacía el rey y el punto que ocupaba, porque muchos lo ignoraban. Después del desastre de Naseby había huido de ciudad en ciudad, descansando poquísimas horas, y tomando ya el camino del Norte, ya el del Oeste para reunirse a Montrose o a Goring, según la variedad de sus planes y de sus temores. Al llegar a Hereford se decidió por último a ir al país de Gales, donde esperaba reclutar alguna infantería; envió al príncipe Robert a Bristol, y se dirigió personalmente al castillo de Ragland, propio del marqués de Worcester, jefe del partido católico, y riquísimo magnate de Inglaterra. Era originada esta preferencia de secretos designios, en que sólo los católicos podían tomar parte. Hacía tres años además que el marqués daba al rey pruebas de la mayor adhesión: le había prestado 100 000 libras esterlinas, había levantado a sus costas dos cuerpos de tropas a las órdenes de su

hijo Herbert, y a pesar de sus achaques mandaba en su castillo una fuerte guarnición. Recibió al rey con una pompa respetuosa, convocó a la nobleza de los alrededores, y todo eran cacerías, homenajes y diversiones. El fugitivo monarca respiró por unos días, durante los cuales olvidó todas sus desgracias.

Al cabo le sacaron también de su letargo los descalabros del Oeste. Al propio tiempo supo que en el Norte había caído Carlisle en poder de los escoceses, y que se adelantaban hacia el Mediodía para poner sitio a Hereford. Salió de Ragland para acudir al socorro de Goring; pero apenas hubo llegado a orillas del Saverna, cuando la falta de reclutas, las disensiones de los oficiales, y mil embarazos imprevistos le desalentaron e hicieron volver al país de Gales. Encontrábase en Cardife indeciso, cuando le presentan una carta del príncipe Robert al duque de Richmond, en que decía que estaba todo perdido y que convenía de todos modos la paz, y encargaba que la leyesen al rey. Cuando le parecía que peligraba su honor entonces recobraba Carlos toda su energía.

Escribió al instante a su sobrino: “Razón tendríais si no hiciese la guerra en defensa de mi religión, de mi corona y de mis amigos. Hablando como soldado o como hombre de estado, convengo que es probable mi ruina; pero como cristiano debo deciros que Dios no permitirá el triunfo de los rebeldes. Cualquiera que sea el castigo que Dios tenga a bien imponerme, nada me obligará a arrepentirme ni a abandonar mi causa. Sépanlo mis amigos: todos deben estar decididos a morir, o lo que es peor, a vivir en el colmo de la miseria a que pueden reducirnos los infames. Por Dios no nos entreguemos a vanas quimeras; creedme, la sola idea de que anheláis por un tratado precipitará mi pérdida”. Y para animar sus partidarios, dejó el país de Gales, atravesó sin ser visto el ejército escocés y los condados de Shrop, Stafeord, Derby y Nottingham, y habiendo llegado al de

York convocó en Doncaster todos sus leales caballeros del Norte para reunirse con ellos al fiel y nunca vencido Montrose.

Acudieron los caballeros entusiastas a la presencia del rey; se trató de formar un cuerpo de infantería; faltaban víveres en las plazas, y valía más desguarnecerlas; en tres días cerca de 3000 hombres ofrecieron al rey sus servicios, prontos a marchar. Sólo se esperaba una carta de Montrose para saber si se le encontraría en Escocia; o se señalaría un punto de reunión para Inglaterra. De repente se supo que Lesley, a la cabeza de la caballería escocesa había dejado el sitio de Hereford, y se encontraba ya en Rotherham, a cuatro leguas de Doncaster, en busca, del rey. El descalabro de Naseby había desalentado enteramente a los realistas, y su confianza se desvanecía a vista del peligro. Muchos abandonaron el campamento; los más valientes juzgaban imposible reunirse con Montrose y por lo tanto sólo pensaban en la seguridad del rey. Huyó este, seguido de unos 1500 caballos, atravesó sin obstáculo el centro del reino, batió aun casualmente algunos destacamentos parlamentarios, y entró el 29 de agosto en Oxford, no sabiendo qué practicar con estas cortas fuerzas que le quedaban.

A los dos días llegaron a su noticia recientes y prodigiosas ventajas de Montrose en Escocia; no sólo en el Norte de este reino y entre los montañeses triunfaba la causa real, sino que también sucedía otro tanto en el Mediodía y en las tierras bajas: el 15 de agosto había obtenido en Kilsyth la séptima y brillantísima victoria contra los parlamentarios. El ejército de estos quedaba destruido; Bothwell, Glasgow, y aún Edimburgo, habían abierto sus puertas al vencedor; se había dado libertad a todos los realistas prisioneros; la grandeza del país se había al fin declarado por Carlos: de todas partes huían los jefes parlamentarios, unos a Inglaterra y otros a Irlanda. En fin, la caballería de Lesley era llamada a Escocia para defender la patria, y

aún se añadió que ya se dirigía a aquel reino cuando huyó espantado de Duncaster.

Al oír estas gloriosas hazañas, salió Carlos para marchar contra el ejército escocés con el objeto de obligarle al menos a levantar el sitio de Hereford. A su tránsito por Ragland supo que Fairfax acababa de atacar a Bristol, importante plaza de sus posesiones en el Oeste, defendida por el príncipe Robert, y capaz de resistir cuatro meses. Encontrábase a una jornada de Hereford, cuando supo que los escoceses habían levantado el sitio, y se retiraban precipitadamente hacia el Norte. Se le instó para que persiguiese a los fugitivos, que turbados y en desorden atravesaban un país enemigo, pues hubiera sido fácil destruirlos. Pero Carlos se encontraba también fatigado de una actividad superior a sus fuerzas; dijo ser forzoso socorrer a Bristol, y aguardando la llegada de algunas tropas llamadas del Oeste al intento, volvió al castillo de Ragland, ya para disfrutar de esta morada deliciosa, o ya para hablar con el marqués de Worcester acerca del misterioso negocio que los reunía.

No bien hubo llegado, cuando recibió la inesperada noticia de que Robert había rendido la plaza de Bristol al primer asalto, casi sin resistencia, sin que nada le faltase aún para la defensa. Grande fue la consternación de Carlos, y amarga para su alma la idea de su ruina en el Oeste. Escribió al príncipe: «Sobrino mío, si bien la pérdida de Bristol ha sido para mí un golpe terrible, sin embargo el modo como habéis rendido la plaza me hace olvidarlo todo. ¿Qué puedo hacer cuando procede tan cobardemente un hombre por cuyas venas corre mi sangre?... Tanto es lo que sobre el particular podría decir que prefiero callar. Acordaos que el 12 de agosto me escribisteis que os defenderíais cuatro meses si no había sedición en Bristol. ¿Os habéis defendido siquiera cuatro días? ¿Qué sedición ha habido? Concluyo, deseando que os busquéis en Ultramar la subsistencia hasta que Dios sea servido disponer de mí. Ahí os envío un pasaporte;

plegue al cielo que podáis un día granjearos lo que habéis perdido. Una victoria no me sería más grata que el poderme llamar sin mengua vuestro tío y fiel amigo. *Carlos rey*».

Escribió el mismo día a Oxford, donde se había retirado el príncipe mandando a los lores del consejo que recogiesen sus despachos, acechasen sus pasos, destituyesen al coronel Legg, gobernador de Oxford y amigo suyo, y los arrestasen a entrambos si había algún tumulto en la plaza. Su carta acababa con esta posdata: “Decid a mi hijo que sentiría menos su muerte que verle imitar una acción tan cobarde como la rendición de Bristol”.

Un recurso quedaba al rey, y era su reunión con Montrose, probada otra vez en vano. Era ante todo preciso marchar hacia Chester para hacer levantar su sitio, puesto que era el único puesto que le quedaba para desembarcar tropas de Irlanda, como meditaba. Al cabo de ocho días perdidos en Hereford, se puso en marcha a través de las montañas de Gales, único camino a favor del cual podía escapar a un cuerpo parlamentario que observaba sus movimientos. Le siguieron unos 5000 hombres, entre infantería y caballería. Encontrábase ya delante de Chester, cuando picaron su retaguardia los parlamentarios que habían venido por un camino más fácil. Pero fueron cargados vigorosamente, y tuvieron que replegarse; en esto, el coronel Jones, que dirigía el sitio, destacó un cuerpo que cogió entre dos fuegos a los realistas. El rey vio caer al lado suyo a sus mejores oficiales, y pronto tuvo que huir desesperado hacia el país de Gales, viendo que le era imposible reunirse a Montrose; única esperanza suya.

Tampoco podía ya confiar en esta esperanza, pues hacía diez días que Montrose huía como él buscando soldados y asilo. El 13 de septiembre, en la selva de Ettrick, junto a la frontera de ambos reinos, le había Lesley sorprendido confiado y sin fuerzas. A pesar de todos sus esfuerzos, le habían abandonado

los montañeses para ir a esconder en sus asilos el fruto de sus rapiñas. Algunos magnates envidiosos de su gloria, Aboyne entre ellos, se habían alejado con sus vasallos; otros desconfiaron de su fortuna y no se le reunieron como habían prometido. Montrose con su carácter brillante y temerario, excitaba la envidia en los corazones viles, y no inspiraba seguridad a los tímidos. Algo de envanecimiento se mezclaba también con aquellas cualidades, y menguaba a su influencia: sus amigos le servían con pasión, y sus soldados con entusiasmo, pero no imponía a sus iguales. Su poder por otra parte se fundaba sólo en la victoria, y los hombres prudentes, más numerosos cada día, le miraban con sorpresa, como un meteoro a quien nada detiene, pero que pasa rápidamente. Un descalabro disipó la ilusión, y al día siguiente de su derrota, el conquistador de Escocia sólo era ya un proscrito aventurero.

Al recibir este golpe miró Carlos en derredor sin saber dónde buscar un punto de apoyo. Hasta le faltaban consejeros, pues al lado de su hijo los más sabios estaban. Quedábale sólo lord Digby, siempre confiado, siempre dispuesto a oponer nuevos planes a los reveses, y ocupado sobre todo de su crédito, a pesar de su celo. Opino el rey que le convendría pasar el invierno en la isla de Anglesey, fácil de defender, y cercana a Irlanda; pero le hicieron fácilmente desistir de un proyecto según el cual abandonaba su reino, cuando aún tenía en él plazas como Worcester, Hereford, Chester, Oxford y Newark. Todos se inclinaban a encerrarse en la primera, pero nada convenía menos a lord Digby. Enemigo declarado del príncipe Robert, había motivado los rigores del rey contra su persona después de la pérdida de Bristol: el príncipe nada más deseaba que ver a su tío, justificarse y vengarse, y esto le hubiera sido fácil conseguirlo en Worcester; de cuyo punto era gobernador su hermano Maurice. Sólo en Newark le era más difícil comparecer: así fue que con sorpresa se decidió el rey a pasar a Newark.

Súpolo al instante el príncipe, y se puso en camino para allá a pesar de la prohibición que tenía. Repitió el rey que no lo recibiría, mas no por esto dejó de estar inquieto Digby. Bien fuese efecto de casualidad o de mala fe, corrió de repente la voz de que Montrose había reparado su pérdida y batido a Lesley, y que se adelantaba a la frontera de ambos reinos. Sin más informes partió el rey con 2000 caballos para probar por tercera vez a reunírsele. No tardó en disiparse el error; a los dos días de marcha supieron a no dudarlo que Montrose vagaba todavía sin soldados por las montañas del Norte. Ya no le quedaba al rey otro recurso que volver a Newark, en lo que convino el mismo Digby. Pero hallándose por su parte decidido a no presentarse al príncipe Robert, persuadió a Carlos que era preciso enviar socorros a Montrose, y se encargó de conducirlos. Separáronse con esto; Digby con 1500 caballos, casi lo único que quedaba de realistas, para el Norte; y Carlos para Newark con 300 o 400 caballos por ejército, y con John Ashburnham su ayuda de cámara por consejero.

Al llegar a la plaza, supo que Robert se encontraba en el castillo de Belvoir, a tres leguas de la ciudad, con su hermano Maurice y una escolta de 120 oficiales. Mandóle a decir que permaneciese allí hasta nueva orden manifestándose muy ofendido de su llegada. Pero el príncipe siguió adelantándose, y muchos oficiales de la guarnición, y a más su gobernador *sir* Richard Willis, le salieron a recibir. Llegó, y sin hacerse anunciar se presentó al rey con todo su séquito. «Señor, le dijo, vengo a daros cuenta de la pérdida de Bristol, y a patentizar las calumnias de que he sido blanco». Turbado Carlos al par que irritado, apenas le contestó; era hora de cenar y se pusieron a la mesa retirándose la escolta; el rey habló con Maurice sin dirigir la palabra a Robert, y concluida la cena se retiró a su cámara. Robert se alojó en casa del gobernador.

Sin embargo, al día siguiente consintió el rey en la convocatoria de un consejo de guerra, y después de algunas horas de sesión se declaró que el príncipe no había faltado a su valor ni a su fidelidad. Nada más fue posible obtener del rey. Harto poco era en sentir del príncipe y de sus partidarios, que permanecieron en Newark exhalando sin rebozo su mal humor. El rey por su parte trató de poner término a los desórdenes cada día mayores de las guarniciones. Para 2000 hombres de la clase de tropa había veinticuatro oficiales generales o coroneles, cuyo sueldo absorbía casi todas las contribuciones del condado. Los más adictos gentilhombres de los alrededores se quejaban amargamente del gobernador, y en vista de ello determinó relevarle pero guardándole consideraciones, pues le confirió el mando de sus guardias a caballo. *Sir* Richard se oponía, diciendo que esta elevación se tomaría a desgracia, en razón de que era muy pobre para cortesano. «Daré providencia» respondió el rey volviéndole la espalda.

El mismo día, a hora de comer, entraron a ver al rey los dos príncipes, *sir* Richard, lord Gerard y veinte oficiales de la guarnición:

—Señor —dijo Richard, lo que V. M. me ha dicho esta mañana en secreto se ha hecho público en la ciudad, y me deshonra.

—No es por ninguna falta —añadió Robert— por lo que pierde *sir* Richard su destino; es por ser amigo mío.

—Todo esto —repuso lord Gerard—, es una trama de lord Digby, quien es un traidor, como lo probaré.

Carlos atónito al par que admirado se levantó de la mesa, y dando algunos pasos hacia su cámara, mandó a Richard Willis que le siguiese:

—No, señor —dijo—; he recibido una injuria pública, y espero una reparación también pública.

A esta negativa, fuera de sí Carlos se precipitó hacia ellos, y trémulo de cólera, con voz terrible y gesto amenazador les dijo:

—Salid, salid, y no aparezcáis nunca más a mi presencia.

Turbados a su vez los caballeros, salieron precipitadamente, volvieron a casa del gobernador y abandonaron la ciudad en número de doscientos.

Toda la guarnición y los habitantes acudieron para ofrecer al rey la expresión de su respeto y constante adhesión. Por la noche, los descontentos le hicieron pedir pasaportes, rogándole que tuviese a bien no considerarlos como rebeldes: «No los bautizaré hoy día, dijo el rey; tocante a los pasaportes, dénselos cuantos pidan». Estaba aún conmovido, cuando le llegó la noticia de que lord Digby había sido batido en Sherburne, que sus caballeros se habían dispersado y que hasta se ignoraba el paradero de aquel jefe. En consecuencia, hacia el Norte no quedaban ya soldados ni esperanzas. La misma plaza de Newark dejaba de ser un punto seguro, pues las tropas enemigas de Poyntz se acercaban, ocupaban sucesivamente las plazas cercanas, estrechaban cada día más el círculo, y empezaba a ser problemático que el rey pudiera escaparse. El 3 de noviembre, a las once de la noche, se reunieron en la plaza del mercado unos 500 caballos, resto de muchos regimientos; presentóse el rey, tomó el mando de un escuadrón, y salió con dirección a Oxford. Estaban prevenidas dos pequeñas guarniciones a su tránsito; caminó de día y de noche, huyendo ya de un cuerpo o bien alejándose de una plaza enemiga; y se creyó salvado al entrar en Oxford por encontrar allí su consejo, su corte, sus hábitos favoritos, y algún descanso.

No tardó en alcanzarle la desgracia. Mientras anduvo errante de condado en condado y de ciudad en ciudad, Fairfax y Cromwell continuaron sus gloriosas expediciones en el Oeste. En menos de cinco meses cayeron en su poder quince plazas

importantes. Concedían honoríficas condiciones a toda guarnición que se les mostraba sumisa, y daban inmediatamente el asalto cuando respondía alguna con altivez. No dejaron de causarles bastante inquietud los asociados, puesto que después de haber probado con ellos la dulzura, tuvo al cabo Cromwell que valerse de las armas. Atacóles con actividad y destreza, ora con rigor o clemencia. A instancia suya el parlamento calificó de traición toda reunión de este género; fueron arrestados algunos jefes, y la exacta disciplina del ejército tranquilizó al pueblo. Poco tardaron en desaparecer los asociados, y cuando el rey entró en Oxford, era tan desesperada en el Oeste la situación de su partido, que al día siguiente escribió al príncipe de Gales mandándole que estuviese pronto para pasar al continente.

Tocante a su persona en nada pensaba, y le parecía que abismándose en la inacción olvidaría su impotencia. Invitó sin embargo al consejo a que le indicase algún medio capaz de sacarle del atolladero. Poco había que escoger, y así se propuso enviar un mensaje a las cámaras, pidiendo un salvo conducto para cuatro negociadores, en lo que consintió el monarca.

Nunca el parlamento estuvo menos dispuesto para la paz. Acababan de entrar en la cámara baja ciento treinta miembros nuevos en lugar de los que se habían salido para seguir al rey. Largo tiempo retardada esta medida, adoptóse al cabo a petición de los independientes, hábiles en sacar partido en Westminster de las victorias ganadas en el campo de batalla. De todo echaron mano para dominar en las elecciones, prescribiéndolas aisladamente y una tras otra, ora retardándolas, ora acelerándolas según el aspecto que presentaban y empleando sucesivamente la sutileza o la violencia propia de una minoría vencedora.

Muchos hombres célebres del partido entraron por este medio en la cámara, Fairfax entre ellos, Ludlow, Ireton, Blake, Sidney, Hutchinson y Fleetwood. No por esto en otros puntos de-

jaron de tener distinto resultado las elecciones; muchos condados enviaron a Westminster hombres extraños a toda facción, si bien que opuestos a la corte, amigos del orden legal y de la paz. Pero a su llegada se encontraban inexpertos, sin vínculos, sin jefes, y poco dispuestos a simpatizar con presbiterianos abatidos, que habían perdido en su mayor parte la antigua reputación.

Muy débil fue su valía, y casi nula su influencia; y por tanto, el primer efecto de la nueva reunión fue dar a los independientes nueva audacia y poder. Desde entonces tomaron un carácter más violento los actos del parlamento. Se supo que durante su permanencia en Londres habían intrigado los comisionados del rey urdiendo tramas para sublevar al pueblo: se decidió al instante que no se recibirían más comisionados, que no tendrían lugar ulteriores negociaciones, que las cámaras redactarían sus proposiciones de paz bajo la forma de bills, y que se intimaría sencillamente al rey que las adoptase o desechase meramente como si residiese en Whitehall, y según costumbre.

El príncipe de Gales ofreció su mediación entre el rey y el pueblo, y Fairfax transmitió su carta a las cámaras, «haciéndose, dijo, un deber de no sofocar en su origen la benigna esperanza del joven pacificador». Ni se le contestó siquiera. Iba a expirar el término fijado al mando de Cromwell, y se prorrogó de nuevo por cuatro meses sin señalar la razón. Recrudesciéronse los rigores contra los realistas, y fue revocado el decreto que concedía el quinto de los bienes secuestrados a favor de las mujeres e hijos de los delincuentes. Por otro decreto, desechado anteriormente por los lores, se mandó proceder a la venta de gran parte de los bienes de los obispos y de los delincuentes. No seguía menos violento curso la revolución en los condados y en la dirección de la guerra. Prohibióse dar cuartel a ningún irlandés cogido en Inglaterra con las armas en la mano; eran fusilados a centenares, y se les echaba al mar atados por la espalda.

Aun entre los mismos ingleses no se notaba ya aquella dulzura y modales caballerescos, que daban vislumbres de igualdad a ambos partidos tocante a la educación, a las costumbres, y a la necesidad misma de la paz.

Entre los parlamentarios, casi sólo Fairfax conservaba estos rasgos de humanidad; alrededor de él eran hábiles y valientes a la par oficiales y soldados; pero los de costumbres salvajes, los fanáticos, pensaban sólo en vencer, y en los realistas nada veían más que enemigos. Estos a su vez, irritados por tener que sucumbir contra tales contrarios, procuraban desatarse en sátiras, en epigramas y en canciones cada día más insultantes. De este modo se iba encrudeciendo la guerra, como entre gentes que sólo se conocen para despreciarse u odiarse. Al propio tiempo estalló el mal encubierto encono entre los escoceses y las cámaras; se quejaban aquellos de que no se pagase su ejército, y estas de que un ejército aliado pillase y devastase a fuer de enemigos los condados que ocupaba. Doquier en fin, la ardiente fermentación, los odios profundos, y las medidas más fuertes y decisivas, daban poca esperanza de paz y ni aun de tregua.

Las proposiciones del rey fueron desechadas, y se negó todo salvoconducto. Insistió con nuevos mensajes, pero inútilmente, pues se le contestó que las intrigas de sus cortesanos no permitían que se les dejase entrar en la capital. Ofreció pasar en persona a Westminster para tratar con el parlamento, pero, a pesar del celo de los escoceses fue también desechada esta proposición. Renovó con todo sus instancias, no tanto para lograr su demanda, como para malquistar las cámaras con el pueblo que deseaba la paz. Pero sus enemigos tenían un medio más seguro para acabar de desacreditarle, y anunciaron solemnemente que eran falsos sus deseos; que acaba de concluir con los irlandeses, no una tregua sino un tratado de alianza; que 10 000 rebeldes, al mando de Glamorgan iban a desembarcar en Chester; que el precio de este odioso socorro era la completa abolición de las

leyes penales contra los católicos, la libertad de su culto, el reconocimiento de su derecho a las iglesias y a las tierras de que se habían apoderado, en una palabra, el triunfo del papismo y la ruina de los protestantes en Irlanda. Una copia del tratado y muchas cartas que hacían relación a él se habían encontrado en el coche del arzobispo de Tuam, uno de los jefes de los sublevados, muerto casualmente en una refriega, junto a las murallas de Sligo. La junta de ambos reinos, que hacía tres meses que guardaba estos documentos para una ocasión importante, los presentó a las cámaras, y estas mandaron que se publicaran.

Llegó a lo sumo la turbación del rey, porque los hechos eran innegables, y aún no habían llegado a noticia de todo el parlamento. Hacía dos años que el mismo Carlos dirigía esta negociación con el mayor secreto, ignorándolo su mismo consejo, y aun en gran parte el mismo marqués de Ormond, su teniente en Irlanda, y cuyo celo le era tan necesario. Sólo lord Herbert, católico, hijo mayor del marqués de Worcester, y titulado conde de Glamorgan, obtenía acerca del particular toda la confianza del rey. Valiente, generoso, arrojado y adicto a su señor en peligro y a su religión oprimida, Glamorgan iba y venía de Inglaterra a Irlanda, encargándose de dar los pasos a que se negaba Ormond, sabiendo sólo hasta donde se extendían las concesiones del rey. Por su medio tenía lugar la correspondencia de Carlos con Rinuccini, nuncio del papa recientemente llegado a Irlanda, y con el papa mismo.

En fin, el rey les había autorizado formalmente por un acto secreto, firmado de su mano, para conceder a los irlandeses cuanto juzgasen necesario a fin de obtener un socorro eficaz, y se obligaba a ratificarlo todo, por ilegales que pudiesen ser las concesiones, deseando únicamente el más impenetrable secreto hasta tanto que pudiese revelarse todo simultáneamente. Concluyóse el tratado el 20 de agosto del año anterior, y Glamorgan seguía en Irlanda instando vivamente su ejecución. No era

otro el secreto de las largas visitas, de la permanencia del rey en el castillo de Ragland, morada de Worcester, y de aquellas esperanzas misteriosas que algunas veces dejaba entrever en medio de sus reveses.

Casi a un tiempo se supo en Oxford y en Dublín que el tratado estaba descubierto. Harto comprendió Ormond el golpe que con tal descubrimiento recibiría la causa real, y bien fuese que ignorara realmente, según dijo, que Carlos había autorizarlo tales concesiones, o más bien que quisiese darle margen para negarlo, mandó premier al instante a Glamorgan, como por haber comprometido gravemente al monarca concediendo sin facultad a los rebeldes lo que todas las leyes les negaban. Leal a toda prueba Glamorgan, enmudeció, no produjo ningún acto secreto que tenía a mano con la firma de Carlos, y dijo que el rey era libre de ratificar o no lo que él había prometido en su nombre. Carlos por su parte se apresuró a desmentir en un manifiesto dirigido a las cámaras y en sus cartas oficiales al consejo de Dublín, diciendo que no le era dado otra misión que reclutar soldados y secundar los esfuerzos de Ormond; pero, para uno y otro partido era la mentira una rueda gastada que para nada servía. Al cabo de algunos días soltaron a Glamorgan, quien continuó activando con ardor y sobre las mismas bases la ejecución del tratado. El parlamento votó no darse por satisfecho con la justificación del rey; Cromwell fue de nuevo prorrogado en el mando, y Carlos no encontró otro medio de salvación que una guerra que ya no podía sostener.



LILBURNE

Sólo le quedaban dos cuerpos de tropas, uno en el condado de Cornualles al mando de Hopton, y otro sobre la frontera del país de Gales, mandado por Astley. A mediados de enero había el príncipe de Gales, abandonado de Goring y Greenville, escrito a lord Hopton que durante mucho tiempo había sido jefe de aquel condado, instándole a que tomase el mando del resto de su ejército reunido alrededor suyo: «Señor, contestó Hopton, los que no quieren obedecer se escudan comúnmente con el honor, por mi parte no puedo obedecer hoy día a V. A. sin el sa-

crificio del mío; porque, ¿cómo hacer frente con tropas tan escasas, temidas sólo de sus mismos amigos, y objeto de burla de los contrarios? Sólo son temibles el día del pillaje, y sólo tienen resolución para huir. Sin embargo, puesto que V. A juzga necesaria mi presencia, le seguiré con peligro de mi honor:» y tomó el mando de unos 7000 u 8000 hombres. Pronto fue tan odioso su mando para el ejército como los excesos de este lo eran para el general: los mismos valientes no podían sufrir su disciplina y su vigilancia por haberse acostumbrado a las órdenes de Goring a una guerra menos incómoda y más provechosa. Fairfax, decidido a someter el Oeste tardó poco en marchar contra ellos, y el 16 de febrero sufrió Hopton en Torrington una derrota más desastrosa que ensangrentada.

En vano intentó retirándose de ciudad en ciudad rehacer su ejército; le faltaban a la vez oficiales y soldados. «No di jamás durante esta época, decía, un punto de reunión a un regimiento sin verlo llegar reducido por lo menos a la mitad de su fuerza o dos horas demasiado tarde». Fairfax le acosaba cada día más, de manera que con una poca gente se vio estrechado hasta la extremidad de Cornualles. Supo en Truro que cansados los paisanos de la guerra, querían apoderarse del príncipe de Gales y entregarlo al parlamento. Era llegada la hora del peligro, y seguido de su consejo se embarcó el príncipe, aunque sólo para retirarse a la isla de Scilly, y en suelo inglés. Viéndose más desembarazado Hopton probó de nuevo a combatir, pero sus tropas pedían a gritos capitulación. Hízole ofrecer Fairfax condiciones honrosas, que eludió constantemente: por último sus oficiales le declararon que si no consentía tratarían sin su mediación: «Tratad, pues, les dijo; pero no por mí»: y ni él ni lord Capel quisieron ser comprendidos en la capitulación. Firmados los artículos y disuelto el ejército, se embarcaron para Scilly en busca del príncipe, y el rey no conservó ya en el Sudoeste más que insignificantes guarniciones.

No cupo mejor suerte a lord Astley. Encontrábase en Worcester con 3000 hombres, cuando le mandó el rey que pasase a Oxford; y aún salió a su encuentro con 1500 caballos. Deseaba tener a su lado un cuerpo suficiente para esperar los socorros de Irlanda; pero antes que pudiese efectuarse su reunión, Brereton y Morgan a la cabeza de los parlamentarios alcanzaron a Astley cuyos movimientos hacía tiempo observaban. Completa fue la derrota de los realistas; 1800 cayeron muertos o prisioneros, y los demás se dispersaron. El mismo Astley, después de una resistencia desesperada, cayó en poder del enemigo; era anciano, estaba fatigado del combate, y apenas podía andar; conmovidos los soldados a vista de su valor y de sus canas le trajeron un tambor. Sentóse, y dijo a los oficiales de Brereton: «Señores, habéis concluido ya, y podéis entregaros al placer, si ya no preferís armaros unos contra otros».

Esta discordia era la única esperanza que le quedaba a Carlos, y se apresuró a ver si podía ponerla en juego. Ya de antemano se puso en relación con algunos independientes, con Vane sobre todo, intrigante hasta lo sumo, a quien en otro tiempo había escrito el Secretario de Estado Nicolás, para que por su mediación pudiese el rey pasar en persona a las cámaras, prometiéndole que si exigían estas el triunfo de la disciplina presbiteriana se les reunirían los realistas «para extirpar del reino esa dominación tiránica, y garantizarse mutuamente la libertad». Se ignora lo que Vane contestó a esta carta, pero si se sabe que después de la derrota de Astley le escribió el mismo Carlos lo siguiente: «Estad seguro del puntual cumplimiento de mis promesas; os conjuro por todo lo más sagrado a que me prestéis sin retardo vuestros buenos servicios; de otro modo será ya demasiado tarde, y moriré sin recoger el fruto. No puedo explicaros todas mis necesidades, pero estoy seguro que si lo hiciese pondríais a un lado toda consideración para servirme. Está dicho todo; fiao de mí, y os recompensaré plenamente. Si dentro

de cuatro días no he recibido respuesta me veré en la precisión de buscar otro recurso. ¡Dios os asista!... habré cumplido al menos mi deber». Dirigió al propio tiempo un mensaje a las cámaras, ofreciendo licenciar sus tropas, entregar todas sus plazas, y volver a Whitehall.

A esta proposición y al rumor de que tal vez iba a llegar el rey, se esparció la mayor alarma en Westminster; políticos y fanáticos, presbiterianos e independientes, todos sabían que una vez llegado el rey a Whitehall, ya no se dirigían contra él las asonadas de la Cité; todos estaban decididos a hacer la mayor resistencia; todos tomaron las más violentas medidas contra tal peligro. Prohibióse recibir al rey, ni salirle al encuentro si venía a Londres, ni proporcionarle de cualquier modo medios para acercarse. La comisión de la milicia recibió poderes para impedir toda reunión, prender a cualquiera que viniese con el rey, prevenir toda afluencia alrededor suyo, y aún poner su persona al abrigo de todo riesgo en caso de necesidad. Los papistas, los delincuentes, los oficiales reformados, los soldados aventureros, y demás que se habían manifestado contra el parlamento, recibieron orden de salir de Londres dentro de tres días. Creóse por último un tribunal marcial, y se decretó pena de muerte contra cuantos tuviesen directa o indirectamente relaciones con el rey, o viniesen sin pasaporte de un punto ocupado por tropas realistas, u ocultasen a cualquiera que hubiese hecho armas contra el parlamento, o voluntariamente dejasen escapar a un prisionero de guerra, etc. etc. Ningún acto de las cámaras fue nunca más terrible.

Vane por su parte dejó sin respuesta, o al menos sin efecto, la carta del rey.

Entre tanto las tropas de Fairfax se adelantaban a marchas dobles para bloquear a Oxford: ya el coronel Rainsborough y otros dos regimientos estaban acampados a vista de la plaza, el rey ofreció a aquel jefe que se entregaría a él como le diese pa-

labra de conducirle al instante al parlamento; pero el coronel no quiso comprometerse a tanto. Dentro de pocos días iba a ser completo el bloqueo, y por mucha que fuese su duración, el resultado era infalible: Carlos iba a caer como prisionero de guerra en poder del enemigo.

Sólo un asilo le quedaba tal vez, y era este el campamento de los escoceses. Hacía dos meses que M. de Montreuil, ministro francés, trabajaba para procurárselo, movido más de sus desgracias que de las instrucciones de Mazarino. Desengañado al pronto por los comisionados escoceses residentes en Londres, y convencido por un viaje a Edimburgo de que nada podía esperar del parlamento de Escocia, se había dirigido por último a alguno de los jefes que sitiaban a Newark, y sus disposiciones le parecieron tan favorables, que creyó poder prometer al rey en su nombre y bajo la garantía del rey de Francia que los escoceses le recibirían como a su legítimo soberano, librarían de todo riesgo a sus partidarios y a él mismo y procurarían consolidar con todo su poder el restablecimiento de la paz. Las dudas y retractaciones de los oficiales escoceses que deseaban salvar al rey sin agriarse con el parlamento, dieron pronto a conocer que Montreuil se había adelantado sobradamente, y por tanto le envió a llamar a Oxford. Sin embargo, la necesidad cada día más urgente daba con todos estos planes al traste. La reina desde París escribía a Carlos que confiase en el ministro francés. Hubo nuevas conferencias, y aquellos oficiales hicieron algunas promesas. Transfiriólas Montreuil al rey pero diciéndole ser aventurada la empresa, y preferible todo otro refugio, pues entre aquellos sólo su persona estaría enteramente segura.

De todos modos la situación de Carlos no toleraba más dilaciones: Fairfax estaba ya en Newbury y dentro de tres días debía completarse el bloqueo. El 27 de abril, a la media noche, seguido sólo de Ashburnham y de un eclesiástico muy práctico en los caminos, salió de Oxford a caballo, disfrazado de criado, y al

propio tiempo para alejar toda sospecha, salían otros tres hombres de cada una de las puertas de la ciudad. Tomó el camino de Londres. Al llegar a las alturas de Harrow, frente de su capital; se detuvo lleno de zozobra: podía bajar, volver a Whitehall y aparecer de repente en la Cité que se declaraba por él. Nada no obstante le convenía menos que una resolución singular y atrevida, porque en aquellos momentos se hallaba falto de decisión, y temía sobremanera cuanto pudiese comprometer en lo más mínimo su dignidad. Vaciló algunas horas; mas luego se alejó de Londres, y marchó hacia el Norte, pero lentamente, casi al azar y dominado de la misma incertidumbre.

Montreuil había prometido salirle al encuentro en Harbough, condado de Leicester; mas no compareció. Carlos envió a su eclesiástico, el doctor Hudson a la descubierta, y se internó en los condados del Este, errante de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, a lo largo de las costas, mudando continuamente de disfraz, pidiendo en todas partes noticias de Montrose, y anhelando sólo reunírsele: larga y difícilísima empresa.

Volvió Hudson; todo seguía como anteriormente: Montreuil prometía siempre un asilo, sino agradable seguro al menos, en el campamento de los escoceses. Carlos se decidió por fin más bien por cansancio que por elección, y el 5 de mayo, nueve días después de su salida de Oxford, el ministro francés le introdujo de madrugada en Kelham, cuartel general de los escoceses.

El conde de Leven y sus oficiales afectaron al verle gran sorpresa; se dio al instante aviso a los comisionados del parlamento, y partieron correos para anunciarlo a Edimburgo y a Londres. Tanto los oficiales como los soldados le trataban con sumo respeto; pero por la noche se le dio «una crecida guardia a pretexto de hacerle los honores debidos, y cuando el rey para conocer su situación quiso dar el santo», le dijo Leven: «Permítame V. M. que lo haga yo mismo que soy aquí el soldado más antiguo»^[30].

LIBRO SÉPTIMO

Inquietudes y maquinaciones de los independientes. — Permanencia del rey en Newcastle. — No admite las proposiciones del parlamento. — Este se pone de acuerdo con los Escoceses para que le entreguen al rey y se retiren del reino. — Verifícanlo. — El rey es conducido a Holmby. — Estalla la discordia entre el parlamento y el ejército. — Conducta de Cromwell. — Saca de Holmby al rey. — Marcha el ejército sobre Londres y acusa a once jefes presbiterianos. — Se apartan estos del parlamento. — Permanencia de Carlos en Hamptoncourt. — Negocia con el ejército. — Asonada en la capital en favor de la paz. — Muchos miembros de ambas cámaras se retiran al ejército. — Este los vuelve a traer a Londres. — Derrota de los presbiterianos. — Aparecen los republicanos y los niveladores. — Cromwell se hace sospechoso a los soldados. — Insurrección de estos contra los oficiales. — Política de Cromwell. — Terrores del rey. — Huye a la isla de Wight.

(1646-1647)

No tardó en llegar a Londres la noticia de que el rey había salido de Oxford, pero sin que en nada pudiera traslucirse donde estaba ni el punto a donde se encaminaba. Corrió la voz que se habría ocultado en la capital, y se amenazó nuevamente de muerte a cualquiera que lo ocultara. Fairfax escribió que se había dirigido a los condados del Oeste, y al instante se enviaron

allá los coroneles Russel y Wharton, oficiales de confianza, con orden de no omitir medio de buscarlo. Inciertos a la vez los parlamentarios y los realistas, estaban impacientes los unos en sus esperanzas y los otros en sus terrores.

El 6 de mayo por la noche llegó al fin la noticia de que se encontraba el rey en el campamento de los escoceses. Al día siguiente votaron los diputados del pueblo que sólo a las dos cámaras incumbía disponer de su persona, y que fuese conducido sin retardo al castillo de Warwick. Los lores no quisieron adherirse a esta proposición, pero aprobaron que Poyntz, acantonado junto a Newark, recibiese orden de observar todos los movimientos del ejército escocés, y que Fairfax acudiese allá en caso de necesidad.

Los escoceses por su parte, deseosos de alejarse, obtuvieron del rey que les entregase la plaza de Newark, que fue confiada a las tropas de Poyntz, y colocando al rey a la vanguardia, se dirigieron a Newcastle, frontera de su país.

El partido independiente estaba sumamente inquieto. Hacia un año que todo prosperaba para él: dueño del ejército, había vencido en todas partes, afectando vivamente con sus victorias la imaginación del pueblo. A sus banderas acudían los hombres osados, los ambiciosos enérgicos, los exaltados en sus esperanzas, cuantos aspiraban a hacer fortuna, cuantos hacían castillos en el aire, o meditaban planes gigantescos. El talento mismo no hallaba comodidad ni anchura sino entre ellos. Milton, joven todavía, pero célebre ya por su elegancia y sus conocimientos, acababa de reclamar con una nobleza de lenguaje hasta entonces desconocida la libertad de conciencia, la de imprenta y la facultad del divorcio; indignado de tanta audacia el clero presbiteriano le había en vano acusado a las cámaras, tomando por un crimen la tolerancia de tales escritos. John Lilburne, conocido ya por su ardiente resistencia a la tiranía, empezaba su infa-

tigable guerra contra los lores, los jueces y los jurisconsultos, y se había hecho popular.

La confianza y el número de congregaciones disidentes, que subían ya a cincuenta y cuatro, unidas todas a los independientes, era mayor cada día. En vano los presbiterianos habían al cabo obtenido de las cámaras el establecimiento exclusivo y oficial de su iglesia, pues los independientes favorecidos de los jurisconsultos y de los libertinos, habían logrado mantener la supremacía del parlamento en materia religiosa, y de este modo habían enervado aquella medida, en cuya ejecución se iba empleando la mayor lentitud. Al propio tiempo se aumentaba considerablemente con los donativos de las cámaras la fortuna personal de los jefes del partido, en especial de Cromwell. En cuanto llegaban del ejército eran recibidos del parlamento con solemnes homenajes; y en cuanto partían para él, demostraban su influjo las gratificaciones y los empleos prodigados a sus amigos. Así en Londres al fin, como en los condados, ya se tratase de religión o de política, de intereses o de principios, todo el movimiento social se pronunciaba altamente por este partido. Pero en medio de tantas prosperidades, estando a punto de alcanzar el poder, se veía amenazado de perderlo todo, si en efecto llegaban a alzarse contra él, el rey y los presbiterianos.

De todo echó mano para librarse de tamaño riesgo. A impulso de su primer arrebató hubiera querido atacar a los escoceses y apoderarse del rey a viva fuerza; pero, a pesar de sus ventajas en las nuevas elecciones, estaba obligado a gobernarse con más prudencia. Era evidente su minoría en la cámara alta, y no poseía en la baja más que un ascendiente precario, debido a la inexperiencia de los miembros nuevamente elegidos, más bien que a sus sentimientos. Puso en juego otros medios osados, artificiosos y secretos, trató de injuriar a los escoceses, e irritar contra ellos al pueblo, con la esperanza de un rompimiento: unas veces eran detenidos e interceptados sus partes a las mis-

mas puertas de Londres por subalternos, contra los que pedían en vano justicia; otras llegaban contra ellos peticiones de los condados del Norte, contando sus exacciones, sus desórdenes, y lo que por su causa tenía que sufrir el país. El Alderman Foot fue el único que por el contrario presentó una en favor de aquellos en nombre de la capital, y pidió al mismo tiempo la represión de los nuevos sectarios, móviles de los desórdenes en la iglesia y en el Estado: los lores dieron por ello las gracias a la municipalidad; pero la otra cámara se dignó apenas contestar concisa y secamente.

Existían todavía algunos regimientos, últimos restos del ejército de Essex, en que dominaban los sentimientos presbiterianos, entre ellos una brigada acantonada en Wiltshire, al mando del mayor general Massey, valiente defensor de Gloucester: poco se tardó en dar contra ella todo género de quejas, y en obtener su licenciamiento. En las cámaras y en los periódicos, en los lugares públicos y en el ejército, los independientes hablaban de los escoceses con insulto, quejándose de su codicia, burlándose de su economía, minando con éxito las prevenciones nacionales y las desconfianzas populares, y aprovechando toda coyuntura para excitar contra ellos el desprecio y el odio. Por último la cámara baja votó que ya no tenían necesidad del ejército escocés, y que entregándole 100 000 libras esterlinas y pidiéndole cuenta por lo restante, se le rogase que volviera a su país.

Este paso no produjo el efecto que se deseaba. Los escoceses lo escucharon todo con la mayor indiferencia; pero su conducta fue trivial y vacilante, y esto es lo que convenía a sus enemigos. Grandemente embarazosa era la situación de los jefes dispuestos a servir al rey. Incurable este de su doblez, porque a nada se creía obligado respeto de unos súbditos rebeldes, meditaba su ruina al tiempo que imploraba su apoyo: pocos días antes de salir de Oxford escribió a Digby: «No desespere de empeñar

a los presbiterianos o a los independientes a que se me unan para exterminarse los unos a los otros, y entonces seré rey». El pueblo presbiteriano por su parte, bien fuese inglés o escocés, gobernado siempre por sus ministros, siempre lleno de interés por el pacto y por el triunfo de su iglesia, no quería oír hablar de composiciones con el rey sino a trueque de que cumplieran sus esperanzas: de manera que ni los moderados se hallaban en el caso de poder negociar con él. En tal zozobra, acusados por sus rivales e instigados por sus mismos exigentes secuaces, sus palabras quedaban desmentidas por los actos, y estos se destruían mutuamente.

Querían la paz, la prometían al rey, hablaban sin cesar a sus enemigos del temor que les causaban los independientes; y sin embargo jamás habían sido tantas sus declaraciones de celo por el pacto de adhesión a las cámaras, y de inviolable unión, ni en ningún tiempo se habían mostrado tan duros e intratables con el rey y los caballeros. Fueron condenados y muertos seis de los más ilustres compañeros de Montrose cogidos en la batalla de Philip-Haugh, rigor sin ejemplar en la guerra civil de Inglaterra, y que sólo tenía por motivo la venganza. Carlos, antes de salir de Oxford, había escrito al marqués de Ormond que sólo se dirigía al campamento de los escoceses en virtud de la promesa de que si necesario fuese defenderían sus justos derechos; y si bien el lenguaje de aquello hubiese sido menos explícito, es indudable con todo que habían dado lugar a tales esperanzas. Ormond publicó la carta del rey; más los escoceses se apresuraron a desmentirla, tachándola de embuste dañoso. Diariamente subía de punto el rigor en torno del monarca; se prohibió acercársele a cuantos habían peleado a sus órdenes, y se interceptaron constantemente sus cartas. Para dar por último una brillante prueba de su lealtad al pacto, le intimaron que se instruyese en la verdadera doctrina de Cristo, de manera que Henderson,

el más famoso predicador del partido, pasó a Newcastle para emprender oficialmente la conversión del monarca cautivo.

Hábil y dignamente sostuvo Carlos esta prueba, aferrado en su adhesión a la iglesia anglicana, pero raciocinando moderadamente contra un contrario también moderado. Durante la discusión escribió el rey a todos los gobernadores realistas que entregasen sus plazas, a las cámaras que le enviasen sus proposiciones, a Ormond que continuase negociando con los irlandeses hasta tanto que recibiese contra orden, y a Glamorgan por fin, su más íntimo confidente, en estos términos: «Si podéis procurarme una crecida cantidad de dinero, empeñando para su cobro mi reino, en cuanto vuelva a poseerlo pagaré con usura. Decid al nuncio del papa que si encuentro medio de pasar entre vosotros, lo haré seguramente, pues veo con claridad que todos los demás me desprecian».

Le llegaron al fin las proposiciones de las cámaras, que estaban encargados de presentarle los condes de Pembroke y de Suffolk, y cuatro miembros de la cámara baja. Goodwin, uno de estos, empezó a lérselas.

—Una pregunta, señores —dijo el rey interrumpiéndole—, ¿tenéis poderes para tratar?

—No, señor.

—En este caso salvo el honor del mensaje, hubiera podido hacer lo que vosotros un trompeta.

Goodwin acabó su lectura.

—Pienso —dijo el rey— que no deseareis una respuesta instantánea, porque el negocio es grave.

—Señor —respondió Pembroke—, sólo podemos permanecer aquí diez días.

—Está bien —repuso Carlos—, os daré la respuesta a tiempo: podéis retiraros.

Trascurrieron muchos días sin que se hablase de nada a los comisionados. El rey leía y releía tristemente las proposiciones, más humillantes y duras por cierto que cuantas había hasta entonces desechado. Se le pedía la adopción del pacto, la abolición completa de la iglesia episcopal, y la concesión por veinte años del mando del ejército, de la marina y de la milicia a favor del parlamento. Además se excluía de todo indulto a sesenta y uno de sus más fieles amigos, y de los cargos públicos, hasta tanto que otra cosa dispusiesen las cámaras a cuantos habían abrazado su partido. Instábanle sin embargo que lo aceptase todo; M. de Bellièvre, embajador de Francia, llegado a Newcastle el día mismo que el mensaje de las cámaras, se lo aconsejaba en nombre de su corte; Montreuil le trajo cartas de la reina que se lo rogaban, y aún ella misma, por consejo de Bellièvre, le envió uno de sus domésticos para decirle que todos sus amigos desaprobaban su resistencia.

—¿Qué amigos? —dijo Carlos con enfado.

—Lord Jermyn, señor.

—Jermyn nada entiende en punto a iglesia.

—Lord Colepeper no tiene religión; ¿pero Hyde qué opina?

—Lo ignoramos; el canciller de hacienda no está en París; ha abandonado al príncipe, y permanecido en Jersey, de lo que está muy resentida la reina.

—Y sin razón; el canciller es un hombre honrado que no abandonará jamás a su rey, a su príncipe, ni a su iglesia: mucho siento que no esté al lado de mi hijo.

El enviado de la reina, William Davenant, insistía con la vivacidad de un poeta y la ligereza de un libertino, hasta que incomodado el rey le mandó retirarse. No eran menos vivas las instancias de parte de los presbiterianos; muchas ciudades de Escocia, entre otras Edimburgo, dirigieron al rey amistosas peticiones: hasta la capital hubiera hecho otro tanto si no se lo

hubiese impedido una prohibición formal de la cámara baja. Uni6se en fin la amenaza a la súplica; la asamblea general de la iglesia escocesa pidió que en ningún caso pudiese el rey entrar en Escocia sin su consentimiento al pacto, y en una audiencia solemne, el canciller lord Lowden le declaró en presencia de los comisionados escoceses que si insistía en su negativa se le negaría en efecto la entrada en Escocia, y tal vez sería depuesto en Inglaterra para instituir otro gobierno.

Nada pudo vencer el orgullo del rey, ni sus escrúpulos religiosos, ni las secretas esperanzas a que daban pábulo algunos amigos crédulos e intrigantes. Después de haber retardado de día en día su respuesta, por último, el 1.º de agosto llamó ante sí a los comisionados, y les entregó un mensaje escrito, en el que sin desechar absolutamente sus proposiciones, pedía de nuevo que se le admitiese en Londres para tratar en persona con el parlamento.

Los independientes no pudieron contener su alegría. A la vuelta de los comisionados se propuso según costumbre votarles las gracias.

—Al rey se deben dar —exclamó un miembro.

—¿Qué va a ser de nosotros ahora que ha desechado nuestras proposiciones? —preguntaba lleno de zozobra un presbiteriano.

—¿Qué hubiera sido de nosotros si las hubiese aceptado? —respondió un independiente.

Llegó a poco un mensaje de los comisionados escoceses, ofreciendo entregar todas las plazas que ocupaban, y retirar de Inglaterra su ejército. Los lores votaron que sus hermanos de Escocia habían merecido bien del reino; no así los diputados del pueblo pero decretaron que prohibían hablar mal ni imprimir nada contra los escoceses. Momentáneamente pareció que los dos partidos, exasperado uno y animado otro con la negati-

va del rey, sólo trataban de arreglar de mancomún sus intereses.

Pero las treguas de la prudencia o del despecho son efímeras entre pasiones encontradas. La retirada de los escoceses daba margen a dos cuestiones: 1.^a ¿Cómo se les pagarían los atrasos que les eran debidos, y que hacía tanto tiempo reclamaban?, y 2.^a ¿Quién dispondría de la persona del rey?, no bien se habló de esto cuando los partidos volvieron a encrespase nuevamente.

Tocante a la primera, obtuvieron fácilmente ventaja los presbiterianos. Bien es verdad que eran exorbitantes las demandas de los escoceses, pues sin contar lo que tenían recibido, reclamaban aún unas 700 000 libras esterlinas: «sin enumerar, decían, las pérdidas enormes que ha experimentado la Escocia a causa de su alianza con la Inglaterra, y cuya evaluación dejaban a la equidad de las cámaras». Clamaron los independientes con amarga ironía contra una fraternidad tan onerosa, y a su vez opusieron a los escoceses una cuenta detallada de las sumas que habían percibido y de sus exacciones en el Norte del reino, cuenta según la cual la Escocia debería aún a la Inglaterra sobre una 400 000 libras esterlinas. Pero tales recriminaciones no podían ser admitidas, ni aun seriamente discutidas por hombres sensatos. La retirada de los escoceses era evidentemente necesaria; la solicitaban vivamente los condados del Norte, y para obtenerla era preciso pagar, porque una guerra hubiera costado mucho más cara, y había comprometido gravemente al parlamento. La obstinación rastrera de los independientes se tomó a ceguedad o a intriga; los presbiterianos por el contrario prometían hacer más razonables a los escoceses; todos los hombres indecisos, fluctuantes, o reservados, que no pertenecían a ningún partido, y que cansados del despotismo presbiteriano habían dado frecuentemente la mayoría a los independientes, los abandonaron en esta ocasión. Votáronse 400 000 libras esterli-

nas como el máximo de las concesiones a que podían aspirar los escoceses, pagaderas la mitad a la época de su partida, y la otra mitad dentro del plazo de dos años. Aceptaron la propuesta, y al momento se abrió en la capital un empréstito para el cumplimiento de aquellas condiciones, dando por hipoteca el producto de la venta de los bienes de la iglesia.

Pero en cuanto se trató de la persona del rey fue embarazosa la posición del partido presbiteriano. Hubiera deseado éste que permaneciese entre los escoceses, y sin embargo el orgullo nacional se lo impedía, porque estaba en el honor del pueblo inglés disponer absolutamente de su soberano: ¿qué jurisdicción tenían los escoceses sobre el suelo de Inglaterra? Eran sólo auxiliares que clamaban por su sueldo: no se les necesitaba ni se les temía. Ellos sin embargo no podían aceptar sin resistencia tales desprecios; decían que Carlos era su rey así como de los ingleses, y que por lo tanto tenían como estos el derecho de velar por su persona y su destino, puesto que el pacto les obligaba a ello. Enconáronse con la cuestión los ánimos; se multiplicaron las conferencias, los folletos, las declaraciones y las acusaciones mutuas; el pueblo, sin distinción de partidos, se pronunciaba más vivamente contra las pretensiones de los escoceses, que ya le eran odiosos; reaparecían las preocupaciones y las antipatías nacionales; la codicia y pedantería teológica de unos se oponía cada día más al fanatismo y a la mayor ilustración de sus aliados. Hollis, Stapleton y Glynn, jefes del partido presbiteriano, fatigados de una lucha vana trataban de darle un término. Persuadiéronse que si los escoceses entregaban el rey, habría motivo para licenciar el ejército de independientes, verdadero enemigo del parlamento y del monarca. Aconsejaron por tanto a los escoceses que cediesen por interés de ellos mismos: y por este tiempo animados sin duda los lores de iguales sentimientos, adhirieron a esta proposición de la cámara baja

de que hacía cinco meses que no se hablaba: «A las dos cámaras solas incumbe disponer de la persona del rey».

La mayor parte de los presbiterianos escoceses no deseaban interiormente otra cosa para salir de la posición embarazosa en que se encontraban. Pero los amigos del rey eran más odiosos e influyentes, y se hallaba a su frente el duque de Hamilton. Arrestado hacía tres años en un castillo de Cornualles por sospechoso a la corte, salió libre al cabo cuando cayó en poder del parlamento, pasó algunos días en Londres visitando a Newcastle, donde volvió a favor del rey, y de vuelta a Edimburgo hacía los más sinceros esfuerzos por servirle. Él vino a ser centro de toda la alta nobleza de los presbiterianos moderados, de los sabios que abominaban el ciego fanatismo de la muchedumbre y la insolente dominación de los ministros, y de los hombres honrados y tímidos, dispuestos a sacrificarlo todo para encontrar algún reposo. Obtuvieron todos de mancomún que se enviase una nueva diputación a Newcastle para conjurar de rodillas al rey a que aceptase al fin las proposiciones del parlamento.

Las apasionadas instancias de los compatriotas de Carlos, casi todos compañeros de su juventud, hubieron de conmoverle: «Sobre mi palabra, les dijo, os aseguro que los peligros que me habéis pintado me turban menos que el pesar de no poder satisfacer plenamente los votos de mi país natal, que acabáis de expresarme. No quiero que se engañe nadie sobre mis intenciones; protesto que no me niego a nada; únicamente deseo ser oído en Londres: si un rey negase esta facultad a cualquiera de sus súbditos, pasaría justamente por tirano». Al día siguiente, sin duda después de vanas instancias, ofreció reducir la iglesia episcopal a cinco diócesis, dejando en vigor el régimen presbiteriano en lo restante del reino, y reclamando únicamente para él y los suyos la libertad de su conciencia y de su culto, hasta tanto que de concierto con las cámaras hubiese terminado to-

das las diferencias. Pero, ninguna concesión parcial podía ser suficiente para el pueblo presbiteriano, y cuanto más ofrecía el rey, más se dudaba de su buena fe. Su proposición apenas fue escuchada.

Desalentado Hamilton habló de retirarse al continente, y se esparció al propio tiempo la voz de que el ejército escocés se volvía a su país. En el acto Carlos escribió al duque lo siguiente: «Hamilton, tengo tanto que escribir, y tan poco tiempo para hacerlo, que esta carta será confusa como la época en que vivimos. Lisonjéase la gente de Londres de echarme la mano diciendo a mis compatriotas que no me quieren para tenerme como prisionero, sino para darme una guardia de honor que me acompañe a todas partes para seguridad mía. Digóos pues, y deseara que todos lo supiesen, que no quiero que este ejército me deje solo en Inglaterra, a menos que clara y legalmente pueda yo aparecer en plena libertad y sin que me vea rodeado de súbditos que no sean de mi gusto. Os pido que no os marchéis»: y la carta acababa con estas palabras. «Vuestro más seguro, más verdadero, más fiel y constante amigo». Hamilton se quedó.

Reunióse el parlamento escocés; sus primeras sesiones parecían anunciar un vivo y enérgico interés en favor del rey. Declaró que sostendría el régimen monárquico en la persona y en los descendientes de S. M. así como sus justos derechos a la corona de Inglaterra, y que se enviarían instrucciones a los comisionados escoceses en Londres, a fin de obtener que el rey pasase allá con honor, seguridad y libertad. Pero al otro día la comisión permanente de la asamblea general de la iglesia presbiteriana dirigió al parlamento una exposición pública, en que lo acusaba de haberse prestado a oír pérfidos consejos, y se quejaba de que con semejante debilidad pusiese en peligro la unión de entrambos reinos, esperanza de los verdaderos fieles, para servir a un príncipe que se obstinaba en desechar el pacto de

Cristo. Nada podían contra tal intervención Hamilton y sus amigos. El parlamento manifestó su docilidad anulando su votación del día anterior, y los moderados sólo obtuvieron que se diese un paso acerca del rey para que aceptase las proposiciones. Carlos a su vez sólo respondió con otro mensaje, pidiendo que se le permitiese tratar personalmente con el parlamento.

En tanto que por quinta vez expresaba este deseo, firmaban las cámaras el tratado tocante al pago y a la retirada del ejército escocés. Se había verificado el empréstito de la capital: el 16 de noviembre salieron de Londres las 200 000 libras esterlinas que debían recibir los escoceses antes de su partida; Skippon mandaba la escolta, y dio por orden del día a sus soldados que sería severamente castigado el que diese el menor motivo de queja a algún oficial o soldado escocés. El convoy entró en York el 1.º de enero de 1647 al estampido del cañón de la plaza que celebraba su llegada, y tres semanas después los escoceses recibieron en Northallerton su primer pago.

No se pronunció el nombre del rey en los actos de esta negociación; pero ocho días después de haberse firmado el tratado, las dos cámaras votaron que sería conducido al castillo de Holmby en el condado de Northampton. Tratóse en la cámara baja sobre si se enviarían comisionados a Newcastle para recibir solemnemente al rey, o si le recibiría Skippon sin ceremonia al tiempo que le entregasen las llaves de la ciudad y el recibo de las 200 000 libras esterlinas. Los independientes insistían vivamente en lo último, alegres con la idea de humillar a un mismo tiempo al rey y a sus rivales; pero los presbiterianos triunfaron, y el 12 de enero, nueve comisionados, los tres lores y los seis diputados del pueblo, partieron de Londres con séquito numeroso para ir a tomar respetuosa posesión de su soberano.

Jugaba Carlos al ajedrez cuando supo lo determinado por las cámaras y su próxima traslación al castillo de Holmby: acabó sosegadamente la partida, y se contentó con responder que a la

llegada de los comisionados les haría conocer su voluntad. Sin embargo, cada vez era mayor la inquietud que dominaba en torno suyo; sus amigos y servidores le buscaban por todas partes socorros y refugio, ora meditando la fuga, ora incitando en distintos puntos nuevas sublevaciones. El pueblo mismo empezaba a condolerse de su situación. Un ministro escocés, predicando delante de él en Newcastle, señaló a sus oyentes para que lo repitiesen a coro el salmo 51 que empieza así: «¿Tirano, como te glorificas en tu maldad, y te envaneces de tus iniquidades?». Pero el rey, levantándose de repente, entonó en vez de este versículo el del salmo 56 que dice: «Dios mío, tened piedad de mí, porque mis enemigos me atormentan, y son muchos los que me hacen la guerra;» todos los concurrentes recitaron con entusiasmo ese salmo: pero ¡ah!, ¡cuán tardía e impotente es la piedad del pueblo!

Los comisionados llegaron a Newcastle: el parlamento de Escocia había consentido oficialmente en entregar al rey. «Me venden y me compran,» dijo al saberlo. Sin embargo recibió bien a los comisionados, habló alegremente con ellos, felicitó a lord Pembroke por haber podido a su edad y en estación tan cruel hacer tan largo viaje, se informó del estado de los caminos, e hizo traslucir en fin que no sentía acercarse al parlamento. Los comisionados escoceses hicieron la víspera de su partida otra tentativa en favor del pacto: «Si el rey lo adopta, decían, en vez de entregarle a los ingleses lo llevaremos a Berwick, y obtendremos para él condiciones razonables». Aún más: ofrecieron a Montreuil, que les servía siempre de intermediario, una fuerte suma como pudiese obtener solamente del rey una simple promesa. Carlos insistió en su negativa, pero sin quejarse de la conducta de la Escocia relativamente a su persona y tratando igualmente bien a los comisionados de ambas naciones sin la menor desconfianza. Alejáronse al fin los escoceses cansados de su impotencia; Newcastle se entregó a las tropas

inglesas, y el rey partió el 9 de febrero bajo la escolta de un regimiento de caballería.



LUDLOW

Viajaba lentamente, siendo por todas partes objeto de la curiosidad de un numeroso gentío; alineábanse en el camino los atacados de lamparones para que los tocase al paso. En vano los comisionados quisieron alejar este concurso; nadie estaba acostumbrado a oprimir ni a temer, y los mismos soldados no se atrevían a apartar con aspereza a los ciudadanos. Junto a Nottingham, Fairfax que tenía allí su cuartel general, salió al encuentro del rey, se apeó, le besó la mano, y montando otra vez a

caballo, atravesó la ciudad a su lado conversando respetuosamente. «El general es un hombre de honor, dijo el rey al dejarle, ha cumplido su palabra»; y a los dos días, al entrar en Holmby donde se hallaban reunidos para felicitarle los gentilhombres y los paisanos de los alrededores, se mostró satisfecho del recibimiento.

No dejaron de concebir por ello alguna zozobra los presbiterianos en Westminster; pero fue prontamente sofocada por la alegría de verse dueños del rey, y por considerarse en fin libres para atacar osadamente a sus enemigos. Tuvo lugar la entrada de Carlos en Holmby el 16 de febrero, y el 19 había ya votado la cámara baja que se licenciaria el ejército, salvo el necesario para Irlanda, para las guarniciones y la seguridad del reino. Poco le faltó para que se quitase a Fairfax el mando de las tropas que debían quedar en pie; al conservárselo se mandó que ningún miembro de la cámara pudiese servir en él; que no pudiera tener a sus órdenes ningún oficial superior al grado de coronel, y que todos estuviesen obligados a conformarse con la iglesia presbiteriana, y a adoptar el pacto. Los lores por su parte, para aliviar, decían, a los condados de los alrededores de Londres, los más entusiastas por la causa pública, pidieron que se alejase el ejército, ínterin se determinaba su disolución. Abrióse en la capital un empréstito de 200 000 libras esterlinas, con el objeto de pagar a las tropas licenciadas una parte de sus atrasos. En fin, se encomendó una junta especial compuesta de casi todos los jefes presbiterianos, como Hollis, Stapleton, Glynn, Maynard y Waller, el activar la ejecución de estas medidas, y sobre todo el enviar a los desgraciados protestantes irlandeses los socorros que hacía tanto tiempo esperaban.

El ataque no era ciertamente imprevisto: hacía dos meses que los independientes se veían en minoría, porque la mayor parte de los nuevamente elegidos que antes temían el despotismo presbiteriano empezaban ya a volverse de su lado. «¡Qué

miseria es servir a semejante parlamento!, dijo cierto día Cromwell a Ludlow; por más que uno sea fiel, no puede salvar su reputación del furor del primer leguleyo que se atreva a calumniarla, en vez de que sirviendo a un general uno es útil y no tiene que temer los ultrajes ni la envidia: si tu padre viviese, es seguro que haría entrar por el buen camino a esa gente». Ludlow, sincero republicano que no se metía en intrigas de los partidos, nada comprendió; pero Cromwell sabía encontrar otros más fáciles de seducir.

Contaba en el ejército con hábiles cómplices y obcecados instrumentos: Ireton, que posteriormente fue su yerno, en otro tiempo letrado y entonces comisario general de caballería, enérgico, tenaz, profundo y osado con visos de moderación; Lamberlo, brillantísimo oficial del ejército y muy ambicioso, que había también estudiado leyes, y había adquirido el arte de insinuarse entre los soldados y otros valientes coroneles, que todo lo esperaban del talento de Cromwell, le prestaban ciega obediencia como soldados. Por mediación de estos aun después de acabada la guerra, conservaba Cromwell desde Westminster toda su influencia en el ejército. En cuanto se supo que se trataba de licenciamiento, empezaron aquellos a murmurar; les llegaron de Londres noticias, consejos e insinuaciones; las hacían circular, exhortando por bajo mano a los soldados a que se aferrasen en pedir todos sus atrasos, a que desechasen el servicio de Irlanda, y no diesen lugar sobre todo a la menor desunión. Cromwell entre tanto, inmóvil en Londres para alejar sospechas, se lamentaba en la cámara del descontento del ejército, y se deshacía en protestas de adhesión.

Al pronto llegó una petición sumisa firmada sólo por catorce oficiales. Prometían pasar a Irlanda a la primera orden, e insinuaban sólo modestos consejos sobre el pago de los atrasos y las garantías que acerca de ello tenían derecho a esperar las tropas. Las cámaras les dieron las gracias, pero con cierta acrimo-

nia, diciendo que no convenía que nadie diese instrucciones al parlamento. No bien hubo llegado esta contestación al ejército, cuando se preparó otra nueva petición aún más enérgica y explícita. Pedíase que los atrasos se arreglasen exactamente; que a nadie se le obligara por fuerza a pasar a Irlanda; que se concedieran pensiones a los soldados mutilados, a las viudas y los hijos de los soldados muertos, y que se les enviasen recursos a cuenta para no ser gravosos a los pueblos. Ya no venía esta exposición firmada por algunos oficiales, sino en nombre de los oficiales y soldados; y ya no se dirigía a las cámaras, sino a Fairfax, intérprete natural del ejército y defensor de sus derechos. Leíase el proyecto al frente de los regimientos, y se amenazaba a los oficiales que rehusaban firmarlo.

Al primer rumor de tales intenciones, mandaron las cámaras a Fairfax que procurase enfrentarlas, declarando que cualquiera que persistiese sería considerado como enemigo del Estado y perturbador del reposo público, y exigiendo además que algunos oficiales viniesen a dar espiraciones.

Fairfax respondió que obedecería: Hammond, Pride, Lilburne y Grimes pasaron a Westminster, y negaron altamente los hechos de que eran acusados: «Es falso, dijo Pride, que el proyecto de petición se haya leído a la cabeza del regimiento». Sólo en efecto se había leído a la cabeza de cada compañía; pero no se insistió más, contentándose con que fuese abandonado y aún negado el proyecto.

Volvióse a los preparativos del licenciamiento; era cosa larga a par que insuficiente el empréstito abierto en la Cité, y para suplir a él se estableció un subsidio de 60 000 libras esterlinas mensuales. Se activó la formación de los cuerpos destinados a Irlanda; se prometieron grandes ventajas a los que entrasen en ellos; se nombró para mandarlos a Skippon y a Massey; y pasaron al ejército para anunciar estas resoluciones cinco comisionados pertenecientes todos al partido presbiteriano.

El mismo día de su llegada tuvieron con ellos una conferencia doscientos oficiales reunidos en casa de Fairfax:

—¿Quién nos mandará en Irlanda? —preguntó Lambert.

—Están nombrados los mayores generales Skippon y Masey.

—El ejército —observó Hammond— seguirá gustoso al mayor general Skippon, pues conoce el mérito de este gran soldado; pero junto a él necesitamos ver también a otros oficiales generales que tenemos probados.

—Sí —exclamaron todos—; vengan Fairfax y Cromwell, y nadie dejará de seguirlos.

Atónitos los comisionados, salieron de la sala, invitando a los oficiales de recta intención que pasasen a su domicilio. Unos doce o quince correspondieron apenas a esta invitación.

Algunos días después, ciento cuarenta y uno oficiales, dirigieron a las cámaras una justificación solemne de su conducta: «Por ser soldados, decían, no hemos dejado de ser ciudadanos; aún más, defendiendo las libertades de nuestro país, no es posible que sólo nosotros seamos los esclavos; a pesar de eso, son desechadas y prohibidas nuestras peticiones, mientras se reciben y se provocan las que de diferentes condados están llegando contra nosotros. Se nos trata de enemigos del Estado: pero nosotros esperamos que será desmentida esta acusación, y que antes de licenciarnos se nos concederán para nuestra seguridad personal y para nuestros atrasos las garantías que necesitamos».

No bien había concluido la lectura de esta carta cuando se levantó Skippon y presentó otra que el día antes le habían entregado tres simples soldados: ocho regimientos de caballería se negaban expresamente a servir en Irlanda: «Lazo infame, decían, y puro pretexto para separar a los soldados de los oficiales a quienes aman, y para encubrir la ambición de algunos hom-

bres que no reparan en constituirse tiranos». A este ataque personal sorprendidos a la vez e irritados los jefes presbiterianos, pidieron que la cámara hiciese comparecer e interrogase a los tres soldados. Presentáronse con entereza:

—¿Dónde se ha deliberado esta exposición? —les preguntó el presidente.

—En reunión de regimientos.

—¿Quién la ha redactado?

—Un consejo de agentes nombrados por cada regimiento.

—¿La han aprobado vuestros oficiales?

—Muy pocos están enterados de ello.

—¿Sabéis que sólo los realistas pueden haber provocado tal paso? ¿Vosotros mismos, habéis pertenecido tal vez a ese partido?

—Entramos a servir al parlamento antes de la batalla de Edge Hill, y desde entonces nunca lo hemos abandonado.

Uno de los tres se adelantó diciendo.

—Recibí cierto día cinco heridas y caí; lo vio el mayor general Skippon, se acercó y me dio cinco chelines para procurarme algunos socorros: el mayor general podrá decir si miento.

—Es verdad —dijo Skippon mirando con interés al soldado—; pero ¿qué significa esta frase en que habíais de la tiranía?

—No somos más que los agentes de nuestros regimientos; si la cámara nos da sus preguntas por escrito, las presentaremos, y volveremos después con la respuesta.

Estalló en la cámara un violento tumulto, y los presbiterianos se deshacían en amenazas. Cromwell se inclinó hacia Ludlow que estaba sentado a su lado: «Esos hombres, le dijo, no tendrán sosiego hasta que el ejército les dé el portante».

En breve degeneró la cólera en viva inquietud: se acababan de hacer descubrimientos bien tristes: ya no se trataba de repri-

mir tropas descontentas; el ejército en masa se mancomunaba, y se erigió en poder independiente y rival tal vez de su propio gobierno. Dos consejos, compuesto uno de oficiales, y otro de agentes nombrados por los soldados, lo coordinaban todo y se apresuraban a negociar en su nombre. Todo estaba previsto para sostener esta organización naciente; cada escuadrón, cada compañía nombraba sus representantes; en cuanto era necesaria su reunión cada soldado daba ocho sueldos para ocurrir a los gastos, y ambos consejos debían obrar de concierto. Al propio tiempo corrió no sin fundamento la voz de que el rey había recibido proposiciones del ejército en que al parecer se le ofrecía restituírle a sus derechos si se entregaba a él^[31]. En el seno mismo de las cámaras, a vista de este nuevo poder, y temiendo su pujanza aún más que su triunfo, se presentaban tímidos los prudentes; estos se alejaban de Londres, y otros, como Whitelocke, se acercaban a Cromwell, que se apresuraba a recibirlos. Se resolvió hacer uso de la benignidad, y emplear en el ejército a los jefes populares. Se prometieron dos meses de sueldo, en vez de seis semanas como se había decretado a las tropas que debían licenciarse; se redactó un decreto de amnistía general para todos los desórdenes y actos ilegales cometidos durante la guerra y se señaló finalmente un fondo para socorro de las viudas y de los huérfanos de los soldados. Cromwell, Ireton, Skippon, Fleetwood y demás generales miembros del parlamento que eran bien vistos en el ejército, recibieron encargo de restablecer entre él y las cámaras la necesaria armonía.

Trascurrieron quince días sin que pareciese producir ningún efecto su presencia en el cuartel general. Escribían frecuentemente, pero nada decían sus cartas: ora el consejo de oficiales había rehusado responder sin el concurso de los agentes, ora estos pedían tiempo para consultar con los soldados. Diariamente, a vista de los comisionados del parlamento, tomaba más consistencia y poder ese gobierno enemigo. Cromwell entre

tanto no cesaba de escribir que en vano hacía esfuerzos para apaciguar el ejército, que su crédito padecía mucho, y que no tardaría en hacerse sospechoso y tal vez aborrecible a los soldados. Algunos comisionados volvieron por último a Londres con la misma respuesta.

Así lo esperaban los jefes presbiterianos, y aprovechando la irritación de la cámara, que hasta entonces había querido contemperizar, obtuvieron en pocas horas unas resoluciones enérgicas. Sobre una moción de Hollis se votó que fuesen inmediatamente licenciadas las tropas que no quisiesen pasar a Irlanda; y hasta se señaló día y lugar para la ejecución de esta medida. Los cuerpos debían ser disueltos aisladamente, cada uno en sus cuarteles, y casi simultáneamente, para que no tuviesen lugar de mancomunarse y reunirse. Se facilitó el dinero necesario para los primeros actos de esta operación, y partieron comisionados presbiterianos para activarla.

Encontraron éstos el ejército en el más violento desorden: muchos eran los regimientos que al tener noticia del golpe que les amenazaba se habían sublevado: unos se habían separado de sus oficiales y a banderas desplegadas salían al encuentro de sus camaradas; otros se fortificaban en los templos, declarando que no los abandonarían; algunos se habían apoderado del dinero destinado al licenciamiento y todos pedían a gritos una reunión general en que pudiese hacerse oír todo el ejército. Al instante se dirigió a Fairfax un manifiesto en nombre de los soldados, declarando que si sus oficiales se negaban a conducirlos, sabrían bien reunirse sin ellos y defender sus derechos. Turbado el general exhortaba a los jefes, escuchaba a los soldados, y escribía al parlamento, sincero e impotente con todos los partidos, tan incapaz de renunciar a la popularidad como de ejercer el poder. Reunió en fin un consejo de guerra, y todos los oficiales, a excepción de seis, votaron que las resoluciones de las cámaras no eran satisfactorias, que el ejército no podía disolverse

sin obtener más seguras garantías y que era necesario reunir todas las tropas para calmar los ánimos, e informar de todo al parlamento mediante una representación sumisa.

Nadie podía ya hacerse ilusión: las cámaras no se bastaban a sí mismas después de tal desprecio de su autoridad; necesitaban contra semejante enemigo otra fuerza que su nombre, otro apoyo que la ley, y éste sólo podían darle el rey de una parte, y de otra la capital, siempre presbiteriana y dispuesta a ser realista. Habíanse tomado ya algunas medidas bajo este aspecto; quitóse el mando de la milicia al partido independiente y se confirió a una junta presbiteriana; colocóse una guardia más numerosa a la puerta de las cámaras; se señalaron 12 000 libras esterlinas más para sus gastos; y recorrían por la capital los restos leales del ejército de Essex. Este general había muerto casi repentinamente al volver de una cacería, y cuando se preparaba a intervenir en favor de la paz: su pérdida se consideró como golpe tan funesto entre los presbiterianos que promovieron cargos de envenenamiento contra sus enemigos. A pesar de esto, Waller, Poyntz y Massey estaban prontos a declararse.

Tocante al rey eran de temer sus disposiciones menos favorables; dos veces se le había rehusado con encono teológico el servicio de sus capellanes; dos ministros presbiterianos celebraban solemnemente su culto en Holmby, a pesar de que Carlos rehusaba asistir a sus ceremonias; habían alejado de su persona a sus más íntimos domésticos con objeto de reprimir toda tentativa de correspondencia con su mujer, sus hijos o sus amigos; apenas pudo obtener permiso de conversar con él uno de los comisionados del parlamento de Escocia: en fin, a pesar de que había dirigido hacía quince días a las cámaras una respuesta detallada a las proposiciones que había recibido en Newcastle, aún no se había tomado en consideración. Difícil pues parecía una alianza después de tan importunos rigores. Era sin embargo urgente la necesidad, y si bien el rey podía quejarse de

los presbiterianos, sabía sin embargo que estos no deseaban su ruina. En Holmby se le rendían los honores acostumbrados a la majestad: su morada era magnífica, y el ceremonial de la corte se guardaba estrictamente; los comisionados presbiterianos no le faltaban en nada al respeto, y vivían con él en armonía; ora les invitaba el rey a acompañarle a paseo, ora jugaba con ellos al ajedrez, y nunca desdeñaba su conversación.

Seguramente no podía desconocer que los enemigos de las cámaras lo eran también suyos, ni le era por lo tanto posible desechar el único medio de salvación que le quedaba. Los lores votaron que se invitase a S. M. a venir a residir más cerca de Londres en su castillo de Oatlands; los diputados del pueblo no se mezclaron en ese asunto, pero dejaron entrever los mismos deseos; se activó secretamente la correspondencia con los comisionados que guardaban al rey, sobre todo con Greaves, comandante de la guarnición. Hablábase ya en Westminster y en la ciudad de que el rey se uniría pronto al parlamento, cuando de repente llegó el 14 de junio la noticia de que la víspera había sido arrebatado de Holmby por un destacamento de 700 hombres, y que el ejército lo tenía en su poder.

En efecto, el 2 de junio había salido con los comisionados hasta dos millas de Holmby, cuando repararon estos a un desconocido que llevaba el uniforme del regimiento de guardias de Fairfax. El coronel Greaves le preguntó quién era, de dónde venía, y qué se hacía en el ejército, a lo que contestó con cierta arrogancia el desconocido. Pronto se oyó la voz de que se dirigía sobre Holmby un cuerpo numeroso de caballería:

—¿Habéis oído hablar de esto? —dijo Greaves al desconocido.

—Algo más; los vi ayer junto a este sitio.

Alarmada la comitiva se volvió a Holmby; se tomaron disposiciones para resistir un ataque, y la guarnición prometió ser

fiel al parlamento. A medianoche llegó un cuerpo de caballería y pidió que se le franquease la entrada. «¿Quién es el comandante?, preguntaron los comisionados. —Todos mandan, fue la respuesta». Sin embargo se adelantó un hombre, el desconocido que habían encontrado, y dijo:

—Me llamo Joyce, soy corneta de los guías del general, y tengo que hablar al rey.

—¿De parte de quién?

—De la mía. (Los comisionados se echaron a reír). No hay que reír, señores; no he venido para que me digáis lo que tengo que hacer: quiero ver al instante al rey.

Greaves y el mayor general Brown mandaron a la guarnición que se preparase para hacer luego; pero los soldados habían hablado ya con los recién venidos; se abrían las puertas; los invasores se hallaban en el patio del castillo, dando la mano a sus camaradas y diciéndoles que querían poner en seguridad al rey; que había una conspiración para conducirlo a Londres, levantar nuevas tropas, y promover otra guerra civil: el comandante del castillo, añadían, estaba dispuesto a llevar a cabo la traición. A estas palabras exclamaron los soldados que no se separarían del ejército; Greaves se fugó. Al cabo de algunas horas conocieron los comisionados que no había esperanza de poder resistir. En esto llegó el mediodía: Joyce tomó posesión del castillo, colocó centinelas, y se retiró hasta la noche para dar algún descanso a sus tropas.

Volvió a las diez, pidiendo que le permitiesen ver al rey.

—Está acostado —le respondieron.

—No importa, es ya demasiado esperar, y quiero verle.

Y con una pistola en la mano se hizo conducir al aposento del monarca.

—Siento mucho —dijo a los gentilhombres de servicio— tener que turbar el sueño de S. M.; pero es preciso de todos mo-

dos que yo le hable al instante.

Se le preguntó si tenía autorización de los comisionados.

—No tal; he colocado centinelas a sus puertas, y los que me han dado órdenes, no los temen.

Se le dijo que dejase sus armas, y se negó. Vacilaban en abrirle, y se enfureció. Al ruido despertó Carlos, llamó, y mandó que se lo introdujesen. Joyce entró con sombrero en mano, y la pistola baja, con aire de resolución, pero sin descaro. En presencia de los comisionados a quienes hizo llamar, tuvo Carlos con él una larga conferencia, y al fin le despidió diciéndole:

—Hasta mañana Joyce; gustoso os seguiré mañana si vuestros soldados confirman cuanto me habéis asegurado.

Al día siguiente a las seis de la mañana estaba ya alineada la tropa de Joyce en el patio del castillo. El rey se presentó en lo alto de la escalera, seguido de los comisionados y domésticos, y Joyce se adelantó hacia él.

—Joyce —dijo el rey—, os pregunto en virtud de que autoridad pretendéis apoderaros de mí, y sacarme de este castillo.

—Señor, en virtud de la del ejército y para prevenir los planes de sus enemigos que quieren por segunda vez sumergir en sangre el reino.

—Esta no es una autoridad legal; sólo conozco en Inglaterra la mía y la del parlamento: ¿tenéis alguna comisión escrita de Fairfax?

—La tengo del ejército, y en él viene comprendido el general.

—No vale esta respuesta; el general es la cabeza del ejército: ¿tenéis comisión por escrito?

—Señor, ruegóos que no me hagáis más preguntas: he respondido bastante.

—Vamos, Joyce, sed franco conmigo; decidme, ¿qué comisión tenéis?

—Vedla, señor

—¿Dónde?

—Allí.

—¿Dónde?

—Detrás de mí.

Y señalaba sus soldados.

—Jamás —dijo sonriéndose el rey— he visto una comisión semejante; convengo que está escrita en brillantes caracteres: esos señores son de buena talla, y vienen bien equipados. Pero tened entendido que para sacarme de aquí os será necesaria la violencia, si no me prometéis que seré tratado con respeto y que no se exigirá de mí nada que turbe mi conciencia ni manche mi honor.

—Nada, nada, —exclamaron los soldados.

—No es nuestra máxima, repuso Joyce, forzar la ciencia de nadie, y mucho menos la del rey.

—¿Dónde me vais a conducir?

—A Oxford, señor, si os place.

—No, aquel aire no es sano.

—A Cambridge pues.

—No, más me gusta Newmarket, son mejores los aires.

—Como os plazca, señor.

El rey se retiraba, y los comisionados dieron algunos pasos hacia la tropa:

—Señores —dijo lord Montague—, nos hallamos aquí en virtud de la confianza del parlamento, y desearíamos saber si aprobáis cuanto acaba de decir Joyce.

—Sí, sí.

—Díganlo en alta voz los que quieran que el rey permanezca aquí con nosotros.

—Nadie, nadie.

Manifestada de esta manera su impotencia, se sometieron los comisionados. Tres de ellos subieron al coche del rey, los otros montaron a caballo, y Joyce dio orden de partir.

Al propio tiempo salió para Londres un mensajero, portador de una carta en que este anunciaba a Cromwell que todo había salido perfectamente. Si no se encontrase Cromwell en la capital debía ser entregada la carta a *sir* Arthur Haslerig, y en falta de él al coronel Fleetwood. Este fue quien la recibió, pues Cromwell se hallaba en el cuartel general al lado de Fairfax, sumamente inquieto con lo que acababa de suceder.

—No me gusta esto —dijo a Ireton— ¿quién ha dado tales órdenes?

—He mandado —respondió Ireton— que se asegurasen del rey en Holmby; pero no que lo sacasen de allí.

—Ha sido forzoso —dijo Cromwell, que acababa de llegar de Londres—; de lo contrario el rey iba a ser conducido al parlamento.

Sin embargo, Fairfax envió al encuentro de Carlos al coronel Whalley con dos regimientos de caballería, y con orden de conducirlo a Holmby. Negóse el monarca, protestando siempre contra la violencia que había experimentado, pero gustoso de mudar de prisión y particularmente de que estallase la discordia entre sus enemigos. A los dos días se le presentaron en Childersley, cerca de Cambridge, el mismo Fairfax con todo su estado mayor, Cromwell, Ireton, Skippon, Hammond, Lambert y Rich. La mayor parte, Fairfax el primero, le besaron la mano; sólo Cromwell e Ireton se mantuvieron pasivos: el general en jefe protestó al rey que nada sabía en punto a la violencia que se le había hecho. No lo creeré, dijo Carlos, si al instante no mandáis ahorcar a Joyce; éste compareció:

—He dicho al rey que mi comisión no procedía del general, y sólo del ejército: reúname este, y que me ahorquen si sus tres cuartas partes no prueban mi hecho.

Fairfax habló de sujetarlo a un consejo de guerra: pero no llegó a verificarse.

—Caballero —le dijo el rey al despedirse—, puedo tanto como vos en el ejército.

Y pidió de nuevo que se le condujese a Newmarket. Instalóse a su lado el coronel Whalley encargándose de su custodia; Fairfax volvió al cuartel general, y Cromwell a Westminster, donde hacía cuatro días que se admiraban de no verle.

Encontró a las cámaras luchando con la cólera y el temor, con la energía y la debilidad. El espanto fue general a la primera noticia del rapto del rey. Skippon, a quien los presbiterianos se obstinaban en mirar como uno de los suyos, pidió con tono lamentable un ayuno solemne para obtener del Señor que se restableciese la armonía entre el parlamento y el ejército: en el ínterin se decretó pagar una fuerte suma sobre los atrasos, y que se borrara de los registros la declaración de sedicioso contra el primer proyecto de petición de los oficiales. Cuando llegaron nuevos detalles de lo acaecido, enviados por los comisionados, se enardecieron e indignaron las cámaras, mayormente cuando llegó a su noticia la carta de Joyce a Cromwell, y cuando creyeron haber traslucido el día en que a instigación de este jefe se proyectó tan osado golpe de mano. Reprodujéronse las sospechas al presentarse aquél en Westminster; pero las rechazó, lo mandó a Dios, a los ángeles y a los hombres por testigos de que Joyce le era tan desconocido hasta el presente, como la luz del sol a un niño en el seno de su madre.

Sin embargo, firmemente convencidos Hollis, Glynn y Grimstone andaban buscando pruebas por todas partes, y estaban decididos a aprovechar la primera coyuntura para pedir su

arresto. Cierta día, poco antes de abrirse la sesión, se presentaron tres oficiales a Grimstone:

—Hace poco, le dijeron, se trató en una reunión de oficiales de expurgar el ejército para saber con quién se podía contar. Estoy seguro del ejército, nos dijo el teniente general; pero hay otro cuerpo que debe expurgarse con toda premura y es la cámara baja: esto sólo puede hacerlo el ejército.

—¿Repetiréis estas palabras en la cámara? —les dijo Grimstone.

Respondieron afirmativamente los oficiales, y le siguieron a Westminster. Se había abierto la sesión, y empeñado un debate:

—Señor presidente —dijo entrando Grimstone, suplico a la cámara que se digne suspender la discusión, pues voy a tratar de otro asunto mucho más grave, por cuanto se refiere a su libertad y a su existencia.

Y acusó a Cromwell, entonces presente, de haber meditado emplear contra la cámara la fuerza armada:

—Ahí están mis testigos —dijo— y pido que sean introducidos.

Presentáronse en efecto los dos oficiales, y renovaron su declaración.

No bien se habían retirado, cuando se levantó Cromwell, y cayendo de rodillas, e inundado en llanto, de modo que conmovió o sorprendió al auditorio, se deshizo en piadosas invocaciones, en fervientes súplicas, y en llamar sobre su cabeza todas las maldiciones del Señor si algún hombre en todo el reino le aventajaba en fidelidad a la Cámara. Levantándose después habló más de dos horas sobre el parlamento, el rey, el ejército, sus enemigos, sus amigos, y sobre sí mismo, amalgamándolo todo, sumiso y audaz, difuso y apasionado, repitiendo a la cámara que la llenaban de zozobra y la comprometían sin motivo, y que, exceptuando sólo algunos hombres que miraban aún hacia

la tierra de Egipto, los demás, oficiales y soldados, todos la eran adictos. Tanto conmovió con su perorata, que al sentarse sus amigos habían recobrado todo el ascendiente, y «si hubiesen querido, dijo treinta años después el mismo Grimstone, la cámara nos hubiera enviado a la torre a mí y a mis oficiales como calumniadores».

Pero Cromwell era demasiado sensato para querer vengarse en aquel momento, y harto previsora para que le alucinase la ventaja adquirida. Comprendió al instante que no podían reproducirse tales escenas, y aquella misma tarde salió secretamente de Londres, pasó al ejército reunido cerca de Cambridge, y dejándose de contemporizaciones imposibles aún con toda su hipocresía, se puso abiertamente a la cabeza de los independientes y de los soldados.

Pocos días después de su partida, marchaba ya el ejército sobre Londres; todos los regimientos juraron sostener hasta el último trance su causa, y bajo el nombre de *sumisa representación* dirigieron a las cámaras, no sólo el cuadro de sus quejas sino la expresión arrogante de sus deseos sobre los negocios públicos, la Constitución del Estado, las elecciones, el derecho de petición, y la reforma general. En fin, a estas peticiones hasta entonces inauditas se unía un proyecto de acusación contra once miembros de la cámara baja, Hollis, Stapleton, Maynard etc., enemigos del ejército, según ellos decían, y únicos autores de los fatales desprecios que por su causa sufría el parlamento.

Los presbiterianos habían previsto el golpe, y escudándose para la defensa. Hacía quince días que de todo echaban mano para animar a su favor al pueblo de la capital. Quejábase este de los derechos percibidos sobre la sal y la carne, y se abolieron; los aprendices habían reclamado contra la supresión de las fiestas religiosas, la de Navidad sobre todo que era en otro tiempo día de júbilo para la Inglaterra, y al instante se instituyeron días de recreo público para reemplazarlas.

Continuaba elevándose un clamor general contra la codicia de los empleados, la acumulación de empleos, los privilegios, y las ganancias sobre secuestros; con toda premura votó la cámara baja que ninguno de sus miembros recibiría cargos lucrativos, donativos ni asignaciones sobre los bienes de los delinquentes; que entregarían todos al tesoro público las sumas que hubiesen percibido, y que sus propiedades estarían sujetas como las de los demás al pago de sus deudas. Por último, no se hacía ya mención de la junta encargada de recibir las quejas de los ciudadanos contra los miembros de la cámara, y se restableció.

No obstante, había llegado el día en que de nada sirven las concesiones, y en que los partidos sólo conocen sus faltas para espiarlas. La capital detestaba a los independientes, pero con temor, y era adicta a los presbiterianos sin confianza ni respeto, como a unos patronos vencidos.

Por algunos momentos parecieron eficaces sus medidas; la municipalidad proclamó solemnemente su firme deseo de sostener al parlamento; se formaron algunos escuadrones de caballería; se reclutó entre la milicia; los oficiales reformados acudieron a alistarse; se hicieron preparativos de defensa; las cámaras en fin decretaron que se intimaría al ejército que se alejase entregando al rey, y que a este se le invitaría a residir en Richmond, bajo la guardia del parlamento.

Mas el ejército seguía adelantándose, y Fairfax escribió a la municipalidad quejándose de que permitiese reclutar contra él. Esta se defendió excusándose con las alarmas, y protestando que si el ejército se retiraba y consentía en permanecer acantonado a cuarenta millas de Londres, cesaría toda desavenencia. Fairfax respondió que esta carta llegaba tarde, que su cuartel general se encontraba ya en Saint-Albans, y que le era absolutamente necesario cobrar un mes de sueldo. Concediéronlo las cámaras, pero insistieron en que retrocediese. El ejército se afe-

rró en que se excluyesen del parlamento los once miembros enemigos suyos.

No podían resolverse los diputados a darse con sus propias manos un golpe tan fatal; distintas veces se había puesto ya a discusión tal dictamen, pero siempre había contestado la mayoría que una acusación vaga, sin hechos que la apoyasen y sin pruebas, no podía despojar a nadie de su derecho de miembro del parlamento. «La primera acusación contra Strafford, decía el ejército, fue asimismo vaga y puramente general; se darán más adelante las pruebas, del mismo modo que se hizo entonces»; y continuaba adelantándose, de manera que el 26 de junio se hallaba ya su cuartel general en Uxbridge.

Envió allá la municipalidad sus comisionados, pero sin fruto. El terror crecía por momentos; se cerraban las tiendas, y todo eran quejas contra los once miembros cuya obstinación comprometía tan altamente al parlamento y a la capital. Comprendieron así aquellos, y ofrecieron retirarse. Se aceptó con reconocimiento su propuesta, y el mismo día votaron los diputados que el ejército era inculpable, que se procuraría por su sueldo, y se nombrarían comisionados para arreglar los negocios del reino, poniéndose de acuerdo con los suyos. Entre tanto debía pedirse al rey que no pasase a Richmond como le habían ofrecido, y que en ningún caso permaneciese más cerca de Londres que el cuartel general. Con estas condiciones retrocedió Fairfax algunas millas, y nombró diez comisionados para tratar con los del parlamento.

Cuando recibió el rey la noticia de estas resoluciones, se disponía a partir para Richmond, o a probarlo cuando menos, pues se le guardaba con suma vigilancia. Incomodábase por ello: «Ya que mis cámaras, decía, me piden que pase a Richmond, si alguno ha de impedírmelo será a viva fuerza, y tal vez le cueste la vida». Mas al saber que las mismas cámaras se oponían a su partida, y negociaban con el ejército como con un

vencedor, se sonrió desdeñosamente a esta humillación de sus primeros enemigos, y procuró dar otro rumbo a sus intrigas. Salvo las medidas tomadas para su seguridad, no tenía de qué quejarse del ejército, pues los oficiales se mostraban con él tan respetuosos y mucho más condescendientes que los comisionados del parlamento. Se habían admitido a su lado dos de sus capellanes, Sheldon y Hammond, y se les dejaba celebrar según los ritos de la iglesia episcopal.

Ya no se impedía sin distinción acercársele a sus antiguos domésticos y aún a los mismos realistas, pues obtuvieron este permiso el duque de Richmond, el conde de Southampton y el marqués de Hertford, a los que trataban generosamente los jefes del ejército, y aún los mismos subalternos, muy al contrario de lo que acontecía en Newcastle y en Holmby. Después de la rendición de Oxford, los pequeños hijos del monarca, el duque de York, la princesa Isabel y el duque de Gloucester, habitaban ora en Saint-James, ora en Sion House, cerca de Londres, bajo la guardia del conde de Northumberland, a quien los había confiado el parlamento. Carlos manifestó deseo de verlos y Fairfax apoyó su demanda en las cámaras: «¿Quién no sentirá, dijo, que se le dé a un padre una negativa por tan poca cosa?».

La entrevista tuvo lugar en Maidenhead, entre numeroso concurso, sin que los oficiales y soldados concibiesen la menor desconfianza, antes por el contrario permitieron al monarca que permaneciese dos días con sus hijos en Caversham. Algunos por otra parte, como Ireton y Cromwell, no viendo todavía terminada gloriosamente su lucha con los presbiterianos, fijaban su vista en el porvenir, calculando que tal vez podría serles necesario una alianza con el rey.

Pronto se esparció por el reino la voz de tales disposiciones, de los miramientos que guardaban con su persona, y las negociaciones que se entablaban a su lado. Dábase detallada noticia de las condiciones que se le habían presentado, y circulaban fo-

lletos, alabando unos al partido, y clamando otros contra él; de manera que este se creyó obligado a desmentirlo todo oficialmente, pidiendo el castigo de los autores de tales calumnias. Mas no por esto cesaron las negociaciones con el rey; servíanle con ahínco los oficiales, y entraban en relaciones amistosas con los realistas, como quien se ha combatido lealmente y desea la paz. El mismo rey escribía muy confiado a la reina, de suerte que ya no se hablaba de otra cosa entre los emigrados que la habían seguido a París o permanecían refugiados en Normandía, en Ruan, en Caen o en Dieppe. Dos individuos sobre todo procuraban levantar la voz, dando a entender que sabían más de lo que decían, y que ningún otro estaba en el caso de prestar en este punto más importantes servicios al rey.

Uno de ellos, *sir* John Berkley, se había defendido bizarramente en Exeter, y no había rendido esta plaza sino tres semanas antes de la fuga del rey al campo de los escoceses; el otro, Ashburnham, sólo en Newcastle se había separado de Carlos por necesidad, para escapar al encono del parlamento: ambos intrigantes soltaban todo freno a su locuacidad estando engreídos, el primero de su valor, y el segundo del favor que gozaba cerca del rey. Hay que advertir que el uno de ellos por casualidad y el otro por orden de Carlos, habían tenido relaciones con algunos de los principales oficiales, y se creían ya con derecho de gloriarse y sacar partido de ello. La reina dio sin vacilar cabida a sus esperanzas, y así fue que a principios de julio ambos, con algunos días de intervalo, partieron con orden suya para ofrecerse al rey y al ejército en calidad de negociadores.

No bien hubo desembarcado Berkley cuando le salió al encuentro un caballero amigo suyo enviado por Cromwell, Lambert y algunos otros, para asegurarle que no habían olvidado sus conversaciones después de la toma de Exeter, que estaban prontos a aprovechar sus excelentes consejos y que por tanto apresurase su venida. A este mensaje, envanecido Berkley, juz-

gándose más importante de lo que había creído, se detuvo muy poco tiempo en Londres, y pasó al cuartel general, sito en Reading. No hacía aún tres horas que acababa de llegar, cuando Cromwell le había enviado sus excusas por no poder visitarlo en el acto; pero a las diez de la noche lo vio entrar con Rainsborough y *sir* Hardress Waller.

Los tres protestaron sus buenas intenciones para el servicio del rey; Rainsborough secamente, pero Cromwell con efusión: «Acabo, dijo, de presenciar el más tierno espectáculo, la entrevista del rey con sus hijos: nadie, nadie se había engañado más que yo al juzgar al rey; seguramente es el hombre mejor de los tres reinos, y a quien todos debemos infinitas obligaciones; es indudable que estañamos arruinados del todo si hubiese aceptado en Newcastle las proposiciones de los escoceses. ¡Envíeme Dios sus bendiciones tan seguras como son sinceros mis deseos para con S. M.!». Al oírle por otra parte, nadie en Inglaterra estaba seguro en sus bienes ni en su vida si no entraba el rey en posesión de sus justos derechos.

Alucinado Berkley se presentó al día siguiente al rey, y le dio cuenta de esta entrevista. Carlos le escuchó con frialdad y como hombre acostumbrado a ver frustradas mayores esperanzas, o dispuesto a hacer comprar a mayor precio su satisfacción. Retiróse confuso Berkley, pensando que tal vez estaría el monarca prevenido contra él, y que Ashburnham conseguiría con más facilidad persuadirle. En el ínterin que este llegaba siguió investigando en el ejército; le rodeaban los oficiales, amigos unos de Cromwell, y otros descontentos del mismo y que le instaban a que desconfiase de todo: «Porque, decían, es hombre con quien nadie puede contar, porque cada día muda de conducta y de lenguaje; y únicamente desea ser jefe de los vencedores».



CROMWELL

Parecióle sin embargo más franco el lenguaje de Ireton, que le comunicó las proposiciones que preparaba el consejo general de oficiales. Ningunas tan moderadas se habían presentado hasta entonces al rey; sólo se le exigía que por diez años abandonase el mando de la milicia y el nombramiento para cargos superiores; que quedasen desterrados del reino siete de sus principales consejeros; que se retirase al clero presbiteriano todo poder civil o coercitivo; que no fuese admitido en la cámara alta ningún par creado después de la explosión de la guerra, y que ningún realista pudiese ser elegido para el próximo parla-

mento: «Forzoso es, le dijo Ireton, que se note alguna diferencia entre los vencedores y vencidos». Pero a estas condiciones menos rigurosas que las de las cámaras, no se añadía la obligación de abolir la iglesia episcopal, ni la de arruinar con enormes multas a los realistas, ni la interdicción legal, por decirlo así, del rey y de su partido en tanto que le pluguiese al parlamento. Bien es verdad que en cambio pedía el ejército nuevas reformas más graves en su naturaleza; una distribución más igual de los derechos electorales y de los subsidios públicos, la novación de los procedimientos civiles y la destrucción de una multitud de privilegios políticos, judiciales y comerciales, y finalmente la instalación de las leyes y principios de igualdad en el orden social hasta entonces desconocidos.

No obstante aún, en sentir de sus autores, no se dirigían tales peticiones contra el rey, ni contra su dignidad, ni contra su poder; y nadie creía que la prerrogativa regia, estuviese interesada en mantener rancios privilegios, escandalosas ganancias de los jurisconsultos, y fraudes de los deudores. Así fue que Berkley juzgó muy suaves tales condiciones, de modo que a su parecer se había recobrado a poco coste una corona casi perdida. Solicitó y obtuvo permiso de presentarlas secretamente al rey, antes que lo hiciese oficialmente el ejército; pero su sorpresa fue mayor si cabe que la vez primera que le vio: Carlos encontró muy duras las condiciones, y se incomodó: «Si quisiesen, dijo, tratar conmigo, me propondrían cosas que pudiese aceptar». Berkley se atrevió a hacer algunas observaciones y aún insistió sobre los peligros de una negativa. «No, dijo el rey cortando bruscamente la conversación: esos hombres no pueden nada sin mí; pronto veréis que toman a gran merced aceptar proposiciones más equitativas».

En vano andaba buscando Berkley un fundamento para tanta confianza, cuando supo que había llegado al cuartel general la noticia de que reinaba la más violenta conmoción en la capi-

tal; que numerosas bandas se reunían alrededor de Westminster, y que tal vez de un momento a otro se vería precisado el parlamento a votar la vuelta del rey, el llamamiento de los once miembros, y las resoluciones más fatales al ejército y a su partido. Hacía quince días, particularmente desde que se había despedido para seis meses a los once miembros, desvaneciendo de este modo las próximas esperanzas de sus partidarios, que anunciaban aquella explosión unos síntomas amenazadores, tales como reuniones, peticiones y gritos tumultuosos; por fin estalló a impulsos de una medida que de una y otra parte se consideraba como decisiva. La junta presbiteriana, que hacía dos meses poseía el mando de la milicia de Londres, fue disuelta, y los independientes volvieron a tomar posesión de tan importante poder. La capital no pudo resignarse a ser de este modo mandada por sus enemigos; en pocas horas la fermentación fue general; centenares de individuos firmaron un papel en que se decía que de todo debía echarse mano para que el rey volviese con honor y libertad a Londres; se expidieron copias de él para todo el reino; se redactó una petición para lograr la aprobación de las cámaras; de todas partes se unieron al pueblo los oficiales reformados y todo anunciaba un movimiento tan vasto como ardoroso.

El ejército se puso al momento en marcha hacia Londres; Fairfax escribió en su nombre cartas amenazadoras; en las cámaras el partido independiente, fuerte con este apoyo, hizo declarar traidor a cualquiera que suscribiese el dicho manifiesto de la capital. Pero esta amenaza llegaba tarde ya para comprimir el entusiasmo: a los dos días se presentó un numeroso gentío a las puertas de Westminster, revelando algún plan audaz. Alarmados los diputados hicieron cerrar las puertas al abrirse la sesión, y prohibieron que ningún miembro saliese sin permiso. Llegó de parte de la municipalidad una petición moderada y respetuosa, a fin de que se volviese a entregar el mando de la

milicia a los que hace poco le tenían, e informando al propio tiempo y con miramiento a las cámaras de la impaciencia del pueblo. Al discutirse esta petición se dio parte al presidente de que la muchedumbre quería presentar otra; salieron dos miembros para recibirla, y se leyó al instante: expresaba lo mismo que la anterior y no muy vulgarmente. Prolongábase el debate; se esperaba la respuesta, y anochecía ya; en vez de cansarse se indignaba el gentío; invadió todas las avenidas; resonaba ya el tumulto en la sala, y se oía gritar: «¡Entremos! ¡Entremos!» la puerta era conmovida por violentos golpes.

Muchos miembros pusieron mano a sus espadas, y rechazaron por un momento el ataque. No se veía menos amenazada la cámara alta; algunos aprendices habían escalado las ventanas y echaban piedras, dispuestos a adelantarse más si no se les escuchaba. Resistíase todavía; al fin fue derribada la puerta de la cámara baja; entraron los más furiosos en número de cuarenta o cincuenta, y con el sombrero calado y con gestos amenazadores gritaban: «¡Votad!, ¡votad!». Las cámaras cedieron: se renovó la declaración de la antevíspera, y se restituyó el mando de la milicia a la junta presbiteriana. El desorden llegó a su colmo; ya se levantaban los miembros para salir; el presidente había dejado su puesto, pero un grupo de furiosos le volvió a él: «¿Qué queréis pues?» les preguntó: «Que vuelva el rey». Se puso a votación y se adoptó. Sólo Ludlow la rechazó con un no en alta voz pronunciado.

A estas noticias estalló en el ejército una viva fermentación, sobre todo entre los agentes y soldados: todos acusaban al rey de complicidad y de perfidia. Lord Lauderdale, venido de Londres para hablar con él de parte de los comisionados escoceses, excitó tal desconfianza, que los soldados entraron muy de mañana en su aposento, y le obligaron a volverse sin ver al rey. Ashburnham, llegado hacía tres días, daba más pábulo a las sospechas con su desdeñosa insolencia, pues se negaba a toda rela-

ción con los agentes: «Siempre me he tratado con gente de pro, decía a Berkley; nada tengo de común con esos ganapanes: oficiales solamente necesitamos, pues por su medio será nuestro todo el ejército»; y casi solo se dignaba hablar con generales. Pero aun entre los oficiales que se habían acercado al rey se empezaban a alejar algunos: «Señor, le dijo Ireton, pretendéis constituíros árbitro entre el parlamento y nosotros, cuando somos nosotros quien queremos ser árbitros entre vos y el parlamento».

Agitados sin embargo con las noticias de Londres resolvieron presentarle oficialmente sus proposiciones, estando presentes Ashburnham y Berkley. Carlos se mostró arrogante, sonriéndose a la lectura, y desechándolo todo con ceguedad, como si aún se mantuviese en el poder y le pluguiese dar muestra de disgusto. Ireton dijo que el ejército no cedería un punto más; pero le interrumpió bruscamente el monarca diciendo: «No podéis nada sin mí, ni sin mi apoyo». Atónitos los oficiales miraban a Ashburnham y Berkley, como pidiéndoles cuenta de esas palabras; en vano procuraba el segundo avisar al rey de su imprudencia por medio de penetrantes miradas. Acercósele al fin y le dijo al oído: «V. M. habla como si tuviese medios de resistencia desconocidos para mí; pero ya que se me han ocultado a mí, podría haberse hecho otro tanto con esos señores». Carlos conoció que se había propasado, y procuró suavizar su lenguaje; pero la mayor parte de los oficiales habían tomado ya su resolución; Rainsborough, más opuesto que nadie a toda composición, había salido sin ser visto para esparcir entre las tropas la voz de que no podían fiarse del rey; la conferencia terminó secamente, como entre individuos que no pueden avenirse ni engañarse.

No bien los oficiales habían regresado al cuartel general, cuando vieron llegar de Londres muchos coches, conduciendo con admiración de la muchedumbre a más de sesenta miem-

bros de las dos cámaras con sus presidentes, que huían del furor del populacho, y venían a buscar seguridad y libertad en el ejército. La alegría fue igual a la sorpresa: pues se temía romper violentamente con el parlamento, y por el contrario debían defenderlo. Oficiales y soldados rodeaban a los fugitivos, se oían con indignación las relaciones de sus peligros e injurias recibidas; se les llenaba de homenajes, y se alababa al Señor por su patriótica resolución. Sólo para Cromwell y sus amigos era ficción la sorpresa, pues hacía algunos días que incitaban esta escisión de la cámara por medio de Saint-John, Vane, Haslerig y Lodlow.

Berkley se apresuró a dar al rey tan triste noticia, conjurándole a que escribiese a los jefes del ejército dando esperanzas de que serían más bien recibidas las proposiciones, desvaneciendo todo motivo de desconfianza, o debilitando al menos el efecto de la última entrevista. Según consejo, dijo, de Ireton y de Cromwell todavía se podría responder obrando de este modo de las disposiciones del ejército. Pero Carlos tenía también noticias de Londres; sólo con su consentimiento había estallado la asonada, y le escribían que al haber partido los miembros fugitivos, los restantes en suficiente número habían nombrado nuevos presidentes; que los once miembros fugitivos habían sido nuevamente admitidos; que las cámaras habían mandado al ejército que se detuviese, a la capital que se preparase para la defensa y a Massey, Brown, Waller y Poyntz que organizaran prontamente batallones.

El ardor, según ellos decían, era extraordinario, se habían presentado millares de trabajadores a una sesión de la municipalidad, jurando no omitir cosa alguna por su causa, cualquiera que fuese el riesgo o el enemigo. Sólo los habitantes del arrabal de Southwark habían manifestado sentimientos contrarios; pero al tiempo que iban a Guildhall a presentar su petición, Poyntz seguido de algunos oficiales los había rechazado con tal vi-

gor, que no tuvieron ganas de seguir con su intento. Había podido agenciarse dinero, y se colocaron cañones en los baluartes. En fin, se invitaba formalmente al rey a que volviese a Londres, y este voto general proclamado por las calles al son de trompetas no debía tardar muchas horas en comunicarse oficialmente al ejército: así lo opinaba el rey.

«Esperaré, dijo el rey a Berkley; siempre será tiempo de escribir esta carta». Entre tanto llegó un mensajero del cuartel general: acababan de presentarse nuevos fugitivos de Westminster, y otros escribían que se retiraban a sus condados por no reconocer al supuesto parlamento. En Londres mismo, el partido independiente, poco numeroso pero tenaz, no perdía tiempo ni energía, enervaba todas las medidas que no podía prevenir; sólo se empleaba lentitud en hacer uso del dinero percibido; faltaban armas a los reclutas de Massey; algunos predicadores presbiterianos, comprados por el ejército, procuraban inspirar temores y hablaban de transacción, lo que ciertamente no disgustaba a muchos honrados miembros de ambas cámaras y de la municipalidad. Cromwell al fin participaba a Ashburnham que dentro de dos días estaría la capital en poder suyo.

Carlos vacilaba todavía, pero reunió sus más adictos, y al fin se redactó una carta y la firmó. Ashburnham y Berkley partieron para llevarla al cuartel general, y encontraron por el camino a un segundo mensajero con noticias más alarmantes. La noticia de la sumisión de la capital llegó antes que ellos. Los miembros fugitivos acababan de pasar revista al ejército entre aclamaciones, y éste marchaba sobre Londres, seguro de entrar sin obstáculo en su recinto. Ningún valor tenía ya para unos vencedores la carta y la alianza del rey.

A los dos días (6 de agosto) partió de Kensington para Westminster una brillante e imponente comitiva: tres regimientos formaban la vanguardia, y otro la retaguardia; entre ellos mar-

chaba Fairfax con su estado mayor a caballo, los miembros fugitivos en coches, y un sin número de partidarios. Estaban alineados los soldados por el camino, con un ramo de laurel en el sombrero, y gritaban: «¡Viva el parlamento! ¡El libre parlamento!». En Hyde Park les salieron al encuentro el lord-corregidor y el alderman, para cumplimentar al general por la paz restablecida al fin entre el ejército y la capital: Fairfax les contestó apenas. Más adelante se presentó la misma municipalidad en cuerpo sin haber recibido mejor acogida. Llegaron a Westminster; los jefes presbiterianos se habían fugado o permanecían ocultos; Fairfax restableció en sus empleos a los amigos del ejército, escuchó con aire modesto sus pomposas gracias, oyó votar un mes de sueldo para sus tropas, y pasó a tomar posesión de la torre, de la que se le nombró gobernador.

Dos días después, Skippon en el centro y Cromwell a retaguardia, el ejército entero, grave y silencioso atravesó toda la capital; no se cometió ningún exceso; ningún paisano recibió la menor afrenta. Se quería tranquilizar la ciudad e inspirar respeto al mismo tiempo. Así lo lograron: en vista de los soldados tan dóciles y amenazadores, los presbiterianos se encerraron en sus casas, los independientes tomaron posesión del poder en todas partes, y los cobardes rodearon a los vencedores. La municipalidad rogó a Fairfax y a sus oficiales que aceptasen un banquete público; aquel se negó, pero se hizo cincelar un aguamanil de oro para ofrecérselo. Aún más: algunos aprendices vinieron a felicitarle, cosa que le plació en extremo, por poder decir que el ejército tenía también partidarios entre esta juventud temible. Las cámaras por su parte, sobre todo los lores, daban muestras de su servil agradecimiento, y decretaron que era nulo de todo derecho sin necesidad de revocación cuanto se había practicado en ausencia de los miembros fugitivos. Grandes obstáculos encontró este decreto, pues muchos se habían quedado, y por tres veces lo desecharon. Al día siguiente pasó a

Hyde Park un destacamento de caballería; se colocaron retenes alrededor de la cámara; Cromwell e Ireton sostuvieron con amenazas la resolución de los lores, que al fin fue adoptada. El ejército triunfó completamente.

Con tan fácil ventaja, tomó vuelo atrevido el movimiento revolucionario hasta entonces contenido aun entre los independientes: esperanzas, pasiones, todo se desarrolló. Entre los diputados y los oficiales el republicanismo era patente: Vane, Ludlow, Haslerig, Martyn, Scott, Hutchinson y otros contestaban apenas si se les acusaba de atacar la monarquía, de la que hablaban con desprecio; sólo se afianzaban en la soberanía del pueblo y en una asamblea única, y tachaban de traición toda idea de transacción con el rey. Entre los soldados y el pueblo todo eran aún murmullos, todo reformas inauditas; ninguna ley imponía respeto, nada podía servir de obstáculo; más confiados cuanto más ignorantes los partidarios no hablaban en sus peticiones y folletos sino de amenazas. Ante los magistrados, ponían en duda su derecho; en los templos, quitaban de los púlpitos a los presbiterianos y se ponían a perorar con fervor y con maestría.

No tenían un fin ni una doctrina conocida; aquellos campeones populares del republicanismo avanzaban con empuje terrible; aspiraban a cambiar la sociedad, las relaciones, las costumbres, los mutuos sentimientos de los ciudadanos: en este particular eran confusas sus miras. Bastábales a unos la destrucción de los privilegios de los lores o de los jurisconsultos, y a otros algún piadoso ensueño, como la esperanza del próximo reinado del Señor. Algunos bajo el nombre de *racionalistas* reclamaban absoluta independencia para la mente de cada individuo; otros preconizaban la igualdad de bienes y de derechos, y fueron llamados *niveladores*. Pero no les convenía este nombre, que desecharon, ni otro ninguno, por cuanto no formaban ni una secta sistemática, ni una facción consagrada ardientemente a un sólo

objeto. Entre paisanos y soldados, visionarios o demagogos, un deseo vago de innovación, de igualdad y de independencia constituía todo el fondo; ambiciosos sin codicia, enemigos de todo interés o cobardía, eran el resorte general y el terror de todos los partidos, que sucesivamente debían servirse de ellos y engañarlos.

Sólo Cromwell logró plenamente uno y otro designio: nadie como él obtuvo tanta intimidación y confianza. Todo en él desplegó; los arranques de su imaginación; su prurito de constituirse igual y compañero de los más groseros, su lenguaje místico y familiar, y sus modales, ora triviales y exaltados que le daban visos de inspiración, ora sinceros, ora sutiles, hijos del genio, que parecía favorecer a una causa santa. De este modo había encontrado entre ellos decididos partidarios, miembros del consejo de los agentes, dispuestos siempre a sublevar el ejército, bien fuese contra el rey o contra el parlamento.

El mismo Lilburne, el más indomable y menos crédulo de los hombres, que había salido de su regimiento por inobediente, le era adicto: «Os considero, le escribía, como el corazón más desinteresado y puro entre todos los hombres poderosos de Inglaterra»; y muchas veces su valor había servido a Cromwell contra los presbiterianos. Pero cuando triunfó el partido, cuando nada tenía que temer del rey, de las cámaras ni de la municipalidad, entonces empezó a resentirse el poder de aquel jefe, pues la desconfianza y el temor debía tomar otro rumbo. Las negociaciones con el rey habían dado que murmurar, y sólo contenía a los descontentos el temor de caer en manos de los presbiterianos. Este temor había desaparecido con los enemigos; y sin embargo, en vez de consumir el triunfo de la causa, se continuaba viviendo en amistad con aquellos, y manteniendo relaciones con los delincuentes.

El primero de estos, el más culpable de todos, aquel sobre cuya cabeza hacía tiempo que pedían los fieles la venganza pú-

blica, que hace poco había desechado con loco orgullo proposiciones que tal vez no se debían haberle hecho, el rey, lejos de haber perdido nada con los últimos acontecimientos, se presentaba más arrogante. Con consentimiento de los generales había pasado a su castillo de Hamptoncourt, donde residía pomposamente. Se le reunieron sus antiguos consejeros Richmond, Hertford, Capel y Southampton, como si debiese entrar en el ejercicio de su poder soberano.

El mismo Ormond, peligrosísimo jefe de los realistas de Irlanda que hace poco luchaba todavía con los parlamentarios, aquel Ormond que a duras penas había consentido entregar la plaza de Dublín, acababa de ser recibido por todas las notabilidades del ejército con suma complacencia, veía libremente al rey, y meditaba sin duda con él alguna nueva insurrección en Irlanda. Al propio tiempo los más activos confidentes de Carlos, Berkley, Ashburnham, Ford y Apsley, iban y venían sin cesar de la corte al cuartel general, y encontraban abiertas las casas de Cromwell y de Ireton, cuando otros muchos honrados partidarios no podían hablar con ellos. Estos a su vez, ora en persona, ora por medio de mensajeros, tenían continuas relaciones con el rey, y se les había visto pasearse solos con él por el parque y encerrarse en su gabinete: hasta sus esposas habían sido recibidas honoríficamente por el monarca...

Tanta familiaridad era escandalosa; tantas conferencias preparaban sin duda una traición. Murmurábase ya entre los republicanos y los entusiastas y sobre todo entre los soldados. Lilburne, encerrado de orden de la cámara alta en la torre a causa de sus folletos, dirigió desde sus calabozos violentas quejas a Cromwell, terminando su carta de este modo: «Si despreciáis mis consejos, como habéis hecho hasta ahora, tened entendido que emplearé contra vos todo mi influjo, de manera que produciré en vuestra fortuna una variación que seguramente no os gustará».

Muy poco caso hacía Cromwell de los consejos de Lilburne, y mucho menos de sus amenazas; mas no así cuando el descontento encontraba eco entre tantos hombres hasta entonces amigos suyos. Dispuesto a entregarse, hasta con temeridad si era preciso, a la intriga o a la esperanza, sabía conocer los peligros y los obstáculos, atender a todas partes y obrar según las circunstancias. Rogó a Berkley y a Ashburnham que pasasen a verle con menos frecuencia, y al rey que no tomase a mal verle proceder con más reserva: «Si soy hombre honrado, dijo, bastante he hecho para convencer de ello a V. M.; sino no lo soy, nada podrá bastar en adelante para acreditarme de tal». Y al propio tiempo pasó a la torre, hizo una larga visita a Lilburne, habló con efusión de su celo por la causa común; insistió apasionadamente sobre el peligro de la menor desunión, le preguntó qué pensaba hacer cuando se le pusiese en libertad, y al despedirse le prometió emplearse en la junta encargada de su causa para activarla.

No por esto se le puso en libertad; aún más: la junta, presidida por Henry Martyn, no activó la sumaria, y las relaciones de Cromwell con S. M. prosiguieron pero más reservadamente. Muy lejos estaba Cromwell de participar de la fanática presunción de su partido, más sin embargo sentíase devorado de ambición y de incertidumbre: las combinaciones más raras, las esperanzas más opuestas torturaban su mente, y si bien a ninguna de ellas en particular quería entregarse decididamente, tampoco quería romper de un modo absoluto con ninguna. Parecíale dudosa la victoria de los republicanos, y quiméricos sus deseos entusiastas; amenazaba su poder la indisciplina suspicaz y apasionada de los soldados; su genio se indignaba del desorden al tiempo que lo fermentaba; el nombre de rey era todavía un poder, su alianza un medio, y su restablecimiento una probabilidad: era esta la idea que seguía como otros muchos; pero estando siempre dispuesto a abandonarla por otra mejor, es decir,

tentando los caminos de la fortuna con ánimo de reservarse la elección del mejor. El rey por su parte, bien instruido del estado de los ánimos en las cámaras y en el ejército, daba nuevo aspecto a sus negociaciones. Dirigíanse éstas menos al partido que a sus jefes, y dejaban columbrar más favores individuales que concesiones públicas. Ofreció a Ireton el mando de Irlanda; a Cromwell el mando general de los ejércitos, el de la guardia real, y el título de conde de Essex: otras mercedes se habían indicado para sus principales amigos. Entre tanto dos prisioneros realistas en la torre informaban de todo a Lilburne, y le incitaban a aspirar a algún empleo, aprovechando la coyuntura. Si se aceptaba este partido se aseguraba el rey el apoyo de los jefes; pero si llegaba a sospecharse sería grande el trastorno.

Seguramente que los dos generales no podían ignorar tales ideas, por cuanto el rey estaba rodeado de sus espías; el coronel Whalley, que lo custodiaba con su regimiento, era primo y hechura de Cromwell, y sabía los menores incidentes de la vida del rey, sus paseos, sus conversaciones, las visitas y los manejos de sus consejeros, y las discreciones de sus adictos: más de una vez se quejó de que algunos rumores procedentes de Hampton-court lo desacreditaban. Ireton sobre todo se incomodó tanto al tener noticia de ello, que quería romper las negociaciones pues su carácter odiaba el disimulo. Pero a pesar de eso continuaron, y así fue que la conducta de los generales pareció confirmar las sospechas de los soldados. A instancia de los escoceses, y para dar alguna satisfacción al pueblo pacífico, habían decidido las cámaras que de nuevo se presentasen al rey las proposiciones de Newcastle: los condes de Lauderdale y de Lanerk, llegados poco antes de Hamptoncourt, le conjuraron de nuevo a que las aceptase y se uniese en fin a los presbiterianos, sinceros en el deseo de salvarle.

Inquietos por ello Ireton y Cromwell, modificaron protestas y promesas, aconsejándole que desechase las proposiciones, y

que pidiera sólo las del ejército como base más benigna de negociación, empeñándose ellos en sostener por todos medios su demanda. «Estamos resueltos, dijo Ireton, a expurgar una y más veces la cámara hasta que se muestre propicia a V. M.; por mi parte, antes de faltar a lo prometido al rey, me aliaría con los franceses, con los españoles, con los realistas, con cualquiera que me prestase auxilio». Carlos siguió el consejo de los generales, y su respuesta excitó el más violento debate en la cámara baja; indignados los presbiterianos no querían mudar un ápice de sus proposiciones, y los entusiastas clamaban porque no se recibiesen ni presentasen otras. Cromwell o Ireton insistieron como habían prometido para que se atuviesen a la voluntad del rey y formasen un tratado sobre las condiciones ofrecidas por el ejército; paso extraordinario, pero inútil, en razón de que se unieron contra tal parecer los presbiterianos y los entusiastas.

Este paso contribuyó a dar un aspecto amenazador a la desconfianza y al encono de los soldados; en todos los campamentos se formaban reuniones tumultuosas o secretas; doquier resonaban las palabras de *ambición, traición e hipocresía*, unidas al nombre de Cromwell; el odio comentaba los dichos que se escapaban a la ligereza de su lenguaje; al hablar de la necesidad de poner un término a la persecución de los caballeros había dicho: «Ahora que está el rey en mi poder, tengo el parlamento en el bolsillo;» y otro día: «Puesto que Hollis y Stapleton han ejercido tanta autoridad, no sé porque no he de poder gobernar también como ellos el reino». A él finalmente y a sus intrigas se debía el que Lilburne permaneciera todavía preso. Este le denunció formalmente a los promovedores, enumerando todos los empleos de que él y los suyos se habían apoderado. Aquellos a su vez pidieron a las cámaras que se diera libertad al preso, y a Fairfax que hiciera lo mismo con cuatro soldados, arrestados solamente, según ellos decían, por haber proferido algunas pa-

labras contra el rey. Hasta se llegó a tratar de un asesinato contra Cromwell entre Lilburne, Wildman y algunos otros.

No tuvo lugar ninguna tentativa; pero ni el mismo consejo de los agentes o promovedores pudo librarse de ser sospechoso a los soldados, por decirse que entre ellos tenía el teniente general soplones. Para ponerse a cubierto de ellos, muchos regimientos nombraron, bajo el título de *nuevos agentes*, otros más seguros y se les dio el encargo de observar a los traidores y de servir a toda costa a la buena causa. Algunos oficiales superiores, y miembros de la cámara baja, Rainsborough, Ewers, Harrison, Robert Lilburne, hermano del preso, y Scott, se declararon jefes de la insurrección; y de este modo, una facción violenta, separada igualmente de las cámaras que del consejo general de oficiales, empezó a proclamar sin rebozo sus máximas y sus planes.

No pudo Cromwell librarse de inquietudes: veía que estaba el ejército desunido; que los realistas y los presbiterianos atisbaban el momento para aprovechar sus discordias, y que él mismo era violentamente atacado por hombres que hasta entonces habían sido instrumentos suyos. De día en día se le hacían más sospechosas las intenciones del rey: «Yo sigo mi juego, había contestado Carlos a Ireton cuando instaba este para que se entregase a ellos sin recelo: lord Lauderdale y lord Lanerk continuaban siempre a su lado, prometiéndole el apoyo de un ejército escocés si aceptaba al fin su alianza. Decíase que las bases del tratado estaban convenidas, y que algunas tropas escocesas marchaban hacia la frontera. Por su parte los caballeros ingleses Capel, Langdale y Musgrave, preparaban bajo mano una insurrección». «Estad seguro, dijo el rey a Capel, que pronto estarán en guerra las dos naciones; los escoceses confían en el favor de todos los presbiterianos ingleses; apréstense pues todos nuestros amigos; de otro modo sea cual fuere el que ganar, siempre habremos perdido».

Hacíase al propio tiempo crítica la situación del ejército acantonado alrededor de Londres; la municipalidad no aprontaba las sumas necesarias, y los oficiales no sabían cómo gobernar unas tropas a las que podían no pagar. Por doquier circulaban los más atrevidos folletos, revelando ya los designios de los soldados contra el rey, ya las negociaciones de este con los generales. En vano Fairfax había reclamado y obtenido que se estableciese una censura rigurosa; en vano Cromwell era en la municipalidad el intérprete de las necesidades del ejército; en vano había desarrollado todos los recursos de la razón y de la astucia para persuadir a los fanáticos que les era forzoso contenerse si querían que los pagasen los moderados; en vano también había logrado que entre los nuevos agentes de los soldados saliesen nombrados algunos de sus adictos: inútiles eran sus esfuerzos, convertíase contra él mismo su propia prudencia, pues si bien se había procurado confidentes en todos los partidos, sin embargo, una fermentación extraordinaria amenazaba burlar todos sus cálculos, y desconcertar todas sus maquinaciones: su habilidad no le había servido sólo para crearle nuevas dificultades y peligros.

En tal zozobra, uno de los confidentes que Cromwell tenía asalariados hasta en la cámara del mismo rey, le avisó que aquel día salía del castillo una carta dirigida a la reina, y que contenía los verdaderos planes de Carlos relativos al ejército y sus jefes. Esta carta la debía llevar sin saberlo un hombre cosida en una silla, y a las diez la esperaba en Holborn otro hombre a caballo preparado para conducirla a Douvres, de donde pasaría a Francia. Cromwell e Ireton tomaron al instante su resolución, y disfrazados de caballeros, y seguidos de un sólo soldado, partieron de Windsor para el lugar señalado. A su llegada colocaron un soldado en emboscada y en el ínterin se sentaron en un gabinete bebiendo cerveza. A eso de las diez compareció el mensajero, salieron con espada en mano y se apoderaron de la silla, dicen-

do que tenían orden de registrarlo todo; la llevaron a su aposento, la descosieron encontrando la carta, volvieron a ponerla corriente, y la entregaron de nuevo al mensajero, diciéndole que era un buen muchacho y que podía continuar su camino.

El aviso era verdadero: Carlos escribía en efecto a la reina que dos facciones querían su alianza, que prefería al que mejores condiciones le ofreciese, y que este sería seguramente el partido de los presbiterianos: «Por lo demás, añadía, conozco bien mi situación, permaneced tranquila acerca de las concesiones que puedo hacer; sé muy bien aprovechar la coyuntura, y sabré arreglar y dar la ley a esos pícaros: en vez de una banda de seda, he de darles una cuerda de cáñamo». Miráronse atónitos los dos generales, y viendo de este modo plenamente confirmadas sus desconfianzas, partieron para Windsor, sin que vacilasen ya tocante a la conducta que debían seguir con el rey.

Era ya inútil tomarse la molestia de andar en vacilaciones: la cólera de los entusiastas estaba a punto de estallar, y el ejército iba a dar un sacudimiento. El 9 de octubre, los nuevos agitadores en número de cinco regimientos de caballería, entre los que figuraba el mismo Cromwell, redactaron una difusa declaración de sus desconfianzas, principios y deseos bajo el título de: *Estado del ejército*. El 18 la presentaron oficialmente al general, y el 1.º de noviembre se dirigió a la nación entera en nombre de dieciséis regimientos un segundo folleto titulado: *Voto unánime del pueblo para establecer una pronta y sólida paz bajo las bases del derecho común*.

Tanto en uno como en otro documento, los soldados acusaban a los oficiales de traición, y a la cámara de cohecho; exhortaban a sus camaradas a que se reuniesen a ellos, y pedían que el actual parlamento fuese inmediatamente disuelto; que en lo sucesivo ningún sujeto, ninguna corporación participase con la cámara del poder soberano; que esta fuese elegida cada dos años; que el derecho de sufragio fuese en iguales partes reparti-

do en el territorio a razón de la población y contribuciones; que ningún miembro pudiese ser inmediatamente reelegido; ningún ciudadano preso por deudas, obligado al servicio militar, o excluido de los empleos por su sola religión; que el pueblo nombrase sus magistrados en los condados; que las leyes civiles fuesen iguales, para todos, reformadas y refundidas en un sólo código; en fin, que ciertos derechos, sobre todo la libertad de conciencia, fuesen declarados inviolables y superiores a todo poder humano.

Suma fue la turbación de los jefes con esta explosión de ideas y esperanzas populares: muchos de ellos y los más sensatos, si bien que enemigos de la corte y los presbiterianos, miraban la dignidad real y la cámara alta, como tan poderosas, tan arraigadas en los hechos, leyes y costumbres, que comparada con ellas la república no les parecía sino una peligrosa quimera. Entre los mismos republicanos la mayor parte, aunque sinceros y atrevidos, estaban muy lejos de participar de los deseos de los soldados; los unos poderosos en las elecciones de su ciudad o condado, temían que por un nuevo sistema perdiesen su preponderancia; los otros que habían comprado bienes eclesiásticos, veían con recelo indignarse el pueblo por haber sido adquiridos sus bienes a vil precio, y reclamar la nulidad de la venta; los jurisconsultos querían conservar su predominio y sus utilidades y todos rehusaban con apasionado interés la inmediata disolución de la cámara, y ver entregada su causa a la casualidad de una reelección. Chocaba por otra parte con su buen sentido la poca importancia social, la demencia mística y la altanera indisciplina de los soldados reformadores. ¿Cómo se había de formar un gobierno contrario a realistas y presbiterianos, con una facción desorganizada, insensata, preparada para poner cada día en peligro la unión del ejército en que estribaba su único apoyo? ¿Cómo atacar en nombre de imaginarios principios y oscuras sectas derechos tan antiguos y respetables? A

pesar de esas contradicciones hallaron esos imaginarios principios cabida en casi todo el reino, y el bajo pueblo se lanzaba hacia ellos con singular ansiedad. Aquellas hermosas y confusas nociones de absoluta justicia, aquellos ardientes deseos de una dicha sin igual, frecuentemente removidos, y jamás extinguidos del corazón humano, estallaban por todas partes con ciega y furiosa confianza, y los mismos jefes que no los hubieran querido escuchar, no sabían que responder, porque en su interior participaban de los mismos deseos en nombre de los cuales se proclamaban aquellos principios.

Por esta razón fueron vacilantes sus primeros pasos. Las cámaras votaron que entrambos folletos eran un atentado contra el gobierno del reino, y que perseguirían a sus autores; pero al mismo tiempo, para complacer a los republicanos, declararon que el rey estaría obligado a adoptar cuanto quisiese el parlamento (6 noviembre). El consejo general de oficiales, reunido en Putney, convocó a los principales agitadores, y un comisionado escogido de entre ellos tuvo orden de expresar sucintamente sus deseos. Efectivamente, sin dilación alguna llevó el comisionado un proyecto de proposiciones al parlamento, cuya mayor parte habían sido acogidas; pero, hay que advertir que el nombre y prerrogativas del rey tenían aún lugar entre ellas. Los agitadores gritaron; se les prometió que en el próximo consejo se trataría libremente si el poder real debía o no subsistir. Llegó el día, salióse bruscamente Ireton del consejo, protestando que no volvería a entrar si aquellas eran las solas cuestiones que habían de agitarse. El debate se difirió hasta el lunes siguiente, 6 de noviembre; y ya sea para eludirlo todavía, o ya porque se esperaba más complacencia de los soldados reunidos, convinieron en que sería convocado el ejército a una reunión general, en la que podrían todos manifestar sus opiniones.

Cromwell, que lo había propuesto, conoció al momento el peligro del remedio. Cada nueva discusión aumentaba la desu-

nión en el ejército; cuanto más se le consultaba, más desobedecía a sus jefes y más propendía a la anarquía. Para servirse de él y al mismo tiempo salvarle, era preciso y sin retardo restablecer la disciplina y realizar el poder. Un acontecimiento semejante exigía imperiosas circunstancias: era claro que la mayor parte de los soldados, los más activos al menos, los fanáticos, no querían más rey; que abandonarían y atacarían al mismo tiempo a cualquiera que se pusiese a su favor, y que quien dispondría por último de su fuerza y obediencia sería el que aceptara su deseo común y se arrojará a ponerlo en ejecución. Resolvióse Cromwell. Llegó el día del consejo, todo debate quedó paralizado; los oficiales superiores declararon que para guiar en buena inteligencia el ejército era preciso que todos los oficiales y agitadores volviesen a sus regimientos; que en vez de la reunión general, habría tres reuniones particulares en los campamentos de los principales cuerpos; que entre tanto suspendería el consejo sus sesiones y dejaría tratar al general con el parlamento. Con todo, la situación del rey en Hamptoncourt cambió repentinamente: sus consejeros, Richmond, Southampton, Ormond, recibieron orden de alejarse; sus más fieles servidores, Berkley y Ashburnham entre otros, le fueron retirados; doblarónse las guardias y ya no tuvo en sus paseos la misma libertad. De todas partes le venían siniestras noticias; de clase particularmente que los soldados tenían intención de arrebatarlo a los oficiales; como estos lo habían arrebatado al parlamento. El mismo Cromwell escribió asustado al coronel Walley, sea que efectivamente temiese alguna tentativa de esta clase o que se propusiese solamente asustar al rey, o más bien que hábil como siempre en armar asechanzas, quisiese engañarle aún sobre sus intenciones y darse aire de amigo.

Estos cambios, estas noticias, nuevas mortificaciones, mil rumores de traición y de planes inauditos hasta de asesinato, tenían al infeliz Carlos en una ansiedad más penosa cada día; su

imaginación susceptible y viva, aunque grave, estaba turbada; una malísima alcoba alumbrada por una lámpara cuya luz se extinguía a las pocas horas, apenas le permitía tomar algún descanso: todo le servía de siniestro presagio, todo le parecía posible de tales enemigos, por más que su orgullo rehusaba creer que a tanto se atreviesen. Se le habló de huir; esas eran también sus intenciones, pero ¿adónde?, ¿cómo?, ¿con qué socorros? Los comisionados escoceses le ofrecían secundar su evasión: en una cacería, Lauderdale le envió a decir que tenía dispuestos cincuenta caballos; y que si quería reunirse a ellos, marcharían con precipitación hacia el Norte.

Las repentinas resoluciones admiraban al rey: ¿qué asilo, por otra parte le presentaba la Escocia que ya lo había entregado una vez a sus enemigos y donde no tendría ningún medio de rehusar el yugo presbiteriano y el pacto? Se negó a ello. Por otra parte, se le dio el consejo de embarcarse y retirarse a la isla de Jersey, en donde la facilidad de pasar al continente obligaría a sus enemigos a ser más tratables. Él contaba aún, después de sus secretas promesas, con la buena voluntad de los oficiales; se lisonjeaba que su frialdad sólo era forzosa y aparente; que en la próxima reunión impondrían silencio a los agitadores, restablecerían la disciplina, y volverían a abrir con él las negociaciones. No quería por consiguiente salir de Inglaterra hasta esta última prueba. Entre tanto la idea de la fuga se le hacía más familiar y necesaria; se le dijo que un visionario alemán se había presentado al consejo de los agitadores anunciándose como encargado de profetizar la voluntad del cielo; pero que a la sola palabra de reconciliarse con el rey no le quisieron escuchar.

De mil maneras y por todos estilos, Cromwell le insinuaba que era necesario huir. Alguno, no se sabe quién, habló al rey de la isla de Wight como de un conveniente y seguro asilo: tocaba con la tierra firme; la población era realista y muy poco hacía que el coronel Hammond, sobrino de uno de los más fie-

les capellanes del rey, había sido nombrado gobernador de ella. Carlos prestó más oídos a esta idea que a ninguna otra y tomó algunas señas, haciendo al propio tiempo algunos preparativos^[32]. Con todo aún dudaba, y buscaba por todas partes algún pretexto para decidirse. Un astrólogo, William Lilli, se había hecho entonces famoso en Londres; era inclinado al partido popular, pero a nadie negaba sus predicciones y avisos. El rey encargó a una mujer *mistress* Whorewood que le consultara en su nombre a donde le convenía fugarse; y de mil libras esterlinas que le acababa de enviar el alderman Adams, perfecto realista, entregó quinientas por su misión a *mistress* Whorewood. Solemnemente interrogados los astros, Lilli respondió que el rey debía retirarse hacia el Este, en el condado de Essex, a veinte millas de Londres, y *mistress* Whorewood se apresuró a llevar a Hamptoncourt esta respuesta.

Carlos sin embargo no la había esperado: el 9 de noviembre, una carta anónima escrita al parecer por un íntimo amigo, le acababa de advertir que el peligro se aceleraba; que la víspera en una nocturna reunión los agitadores habían resuelto deshacerse de él y que todo era de temer si no se ponía inmediatamente a seguro de un atentado. Otro aviso le obligaba a desconfiar de la guardia que al otro día relevaría la del castillo. Herida su imaginación, decidióse Carlos al momento: el 11 de noviembre a las 9 de la noche, dejando sobre su mesa muchas cartas y seguido sólo de un ayuda de cámara, William Legg, salió por una escalera escusada, ganó una puerta falsa que daba del parque al bosque, en donde Ashburnham y Berkley, que sabían su designio, se habían apostado con buenos caballos. Tomaron su camino hacia el Sudoeste; la noche era oscura y tempestuosa; sólo el rey conocía los senderos del bosque, y guiaba a sus compañeros; se extraviaron, y al nacer el día percibieron la pequeña ciudad de Sutton, en el Hampshire, en donde por los cuidados de Ashburnham, les estaba preparado un relevo. En el al-

bergue donde les esperaban había una reunión de parlamentarios deliberando sobre negocios del condado. Volvieron a marchar inmediatamente por el camino de Southampton, por la parte situada frente la isla de Wight; pero sin que el rey declarase expresamente a donde intentaba dirigirse. Al llegar a una pendiente de la montaña vecina a la ciudad, dijo el rey: «Echemos pie a tierra, y consultaremos lo que se ha de resolver».

Se habló, según se dice, de un bajel que Ashburnham había preparado, y del que no sabían nada; después trataron de internarse en los condados del Oeste, donde Berkley le prometía la fidelidad de muchos amigos, y en fin, de ir a la isla de Wight, el más conveniente partido que podía ofrecerse en tan crítica situación, y el que por otra parte según el camino que siguieron era el que se había propuesto el rey al partir. Pero el gobernador de este punto no sabía nada; y por consiguiente ¿se podía fiar en él sin garantía alguna? Convinieron en que Ashburnham y Berkley irían a la isla, sondearían las disposiciones de Hammond, le harían alguna confianza si le encontraban en buena disposición; y que el rey les iría a esperar a algunas leguas de allí, cerca de Tichfield, en un castillo que habitaba la madre de lord Southampton. Se separaron, y al otro día por la mañana los dos caballeros desembarcados en la isla se dirigieron inmediatamente al castillo de Carisbrooke, residencia del gobernador. Hammond no estaba en él, había ido a Newport, que es la principal ciudad de la isla, pero debía volver el mismo día.

Ashburnham y Berkley se pusieron en camino para encontrarle; pronto lo encontraron, y le informaron sin preámbulos del motivo de su venida. Empalideció Hammond al oírlos; dejó caer de la mano las riendas del caballo y todo estremecido les dijo: «Señores, señores, me habéis perdido, conduciendo al rey a esta isla; si todavía no está os ruego que no le permitáis venir; ¿qué haría yo, entre mis deberes hacia S. M. después de tanta confianza, y los que debo al ejército a quien sirvo?». Procura-

ron sosegarle, ya manifestando el inmenso favor que haría al rey, y las obligaciones que el mismo ejército había contraído con S. M.; ya asegurándole que si no pensaba como ellos, el rey estaba muy lejos de obligarle a que lo recibiese. Hammond se desconsolaba. Con todo, cuando los caballeros parecieron desconfiar a su vez, y estaban prontos a retirar su proposición, se demostró menos vacilante; les preguntó dónde estaba el rey, si corría algún riesgo, y supo manifestar tanto interés, que los comisionados se confiaron a él enteramente.

La conversación duró de esta suerte mucho tiempo, llena por entrambas partes de turbación y astucia, temiendo igualmente unos y otros romper u obligarse. Hammond pareció ceder por fin: «El rey, dijo, no tendrá que quejarse de mí; no se dirá que yo he burlado sus esperanzas; me portaré como hombre de honor; vamos juntos a su encuentro». Asustado Berkley hubiera querido rehusar esta proposición; pero Ashburnham la aceptó, y marcharon inmediatamente, Hammond acompañado sólo de un capitán llamado Basket. Una lancha los condujo en pocas horas a Tichfield, y a su llegada Ashburnham subió solo a ver al rey, dejando a Berkley, Hammond y Basket en el patio del castillo. Mientras se iba explicando: «Ahí John, John, gritó Carlos, tú me has perdido conduciendo aquí a este gobernador; ¿no ves que ya no puedo adelantar más?». En vano Ashburnham pretendió hacer valer las promesas de Hammond, los buenos sentimientos que había dado a conocer, su propia existencia, prueba de su sinceridad.

El rey desconsolado daba largos pasos por la sala, tan pronto con los brazos cruzados, ya con los brazos y ojos levantados al cielo con la expresión de la más dolorosa agonía.

—Señor —le dijo en fin Ashburnham—, también muy turbado a su vez: el coronel Hammond está aquí solo con otro hombre; nada hay más fácil que asegurarse de él.

—¿Cómo pues —replicó el rey— intentas matarle? ¿Quieres que se diga que ha aventurado su vida por mí, y que yo le he privado de ella indignamente? No, no, es demasiado tarde para tomar ningún otro partido; es preciso someterse a la voluntad de Dios.

En el ínterin Hammond y Basket se impacientaban de tanto aguardar; Berkley hizo avisar de ello al rey: subieron. Carlos los recibió con un aire franco y resuelto; Hammond renovó sus promesas, más extensas y difusas, aunque siempre vagas y embarazadas.

El día empezaba a declinar cuando se embarcaron para la isla. Ya se había difundido la voz de que llegaba el rey, muchos habitantes volaron a su encuentro: al atravesar las calles de Newport, una mujer joven se adelantó a él, y le entregó una rosa colorada, abierta a pesar del rigor de la estación, orando en alta voz por su libertad. Se le aseguró que la población entera era de su partido, que en el mismo castillo de Carisbrooke sólo había de guarnición doce soldados viejos en buena disposición, y que siempre que quisiese podría fácilmente evadirse de él. Los temores de Carlos se mitigaron poco a poco y al amanecer cuando desde las ventanas del castillo contempló el risueño espectáculo que le ofrecían mar y tierra, cuando respiró el aire de la mañana, cuando vio a Hammond manifestarle su respeto, y le prometió la entera libertad de pasearse a caballo por toda la isla, de guardar sus criados y recibir a quien le acomodase, se tranquilizó su alma: «Sobre todo, dijo a Ashburnham, este gobernador es muy cortés, aquí estoy al abrigo de los agitadores; y según creo sólo tendré que aplaudirme de mi resolución».

LIBRO OCTAVO

Reunión de Ware — Cromwell reprime agitadores y se reconcilia con ellos. — El parlamento dirige al rey cuatro bills, condiciones preliminares de la paz. — El rey los rehúsa y negocia secretamente con los escoceses. — El parlamento decreta no volver a tener relaciones con el rey. — Descontento general y reacción en favor de Carlos. — Embarazosa situación de los independientes y de Cromwell. — Explosión de la segunda guerra civil. — Campaña de Fairfax en el Este y en los alrededores de Londres, de Cromwell en el Oeste y de Lambert en el Norte. — Sitio de Colchester. — Los escoceses entran en Inglaterra. — Cromwell les sale al encuentro. — Batallas de Preston, Wigan y Warrington. — Cromwell en Escocia. — Los presbiterianos recobran su ascendiente en Londres. — El parlamento renueva sus negociaciones con el rey. — Tratados de Newport. — Vicisitudes en el estado. — El ejército hace arrebatrar al rey de la isla de Wight. — Es conducido al castillo de Hurst, y después a Windsor. — Ultimo esfuerzo de los presbiterianos en su favor. — El ejército marcha sobre Londres. — Expurgo de la cámara de los diputados del pueblo. — Proceso y muerte del rey. — Queda abolida la dignidad real.

(1647-1649)

Los comisarios del parlamento y los oficiales de la guarnición de Hamptoncourt esperaban que fuese el rey a cenar a la hora acostumbrada: admirados de no verle, entraron en su aposento, y sólo encontraron tres cartas de su mano, dirigidas una a lord Montague, presidente de la comisión, la otra al coronel Whalley, y la tercera al presidente de la cámara de los lores. En esta el rey daba por motivo de su fuga las maquinaciones de los agitadores, y su derecho de vivir libre y con seguridad como otro cualquier ciudadano. El solo objeto de las otras dos era manifestar a Montague y Whalley lo satisfecho que se hallaba de su comportamiento, y decirles lo que debían hacer de sus caballos, perros, cuadros y pequeños muebles que había dejado en su aposento. Nada hablaba en ellas del camino que pensaba seguir, ni lugar de su retiro.

Grande turbación causó en Westminster esta noticia, y tanto más, cuanto al momento de recibirla de Hamptoncourt, llegó también una carta de Windsor, escrita a medianoche por Cromwell, que se apresuraba igualmente a anunciarlo. Él fue quien lo supo primero que las cámaras, y quizás aun antes de marchar el rey; en confirmación de esto corrió la voz de que en efecto el día 11 se había relajado la vigilancia de la guarnición de Hamptoncourt, y que se habían retirado centinelas de los puestos que se acostumbraban cubrir. No tardaron en llegar cartas de Hammond, informando a las cámaras de la llegada del rey, protestando su obediencia en el servicio y pidiendo instrucciones. Con todo no se disiparon todos los temores: Cromwell tenía también cartas de Hammond, pues todos los adictos al parlamento creían deber instruirle y consultarle en toda ocasión: y dio cuenta de su contenido a todas las cámaras con una alegría, que causó admiración a los menos confiados juzgándola como síntoma alarmante de algún acontecimiento o esperanza que en vano intentaban penetrar.

Apenas habían transcurrido dos días, cuando inspiró más graves recelos a sus enemigos. El 15 de noviembre era el día señalado en el condado de Hertford para la primera reunión del ejército que se había de tener en Ware con el objeto de poner fin a sus disensiones. Cromwell fue allá con Fairfax, acompañados de los oficiales más adictos. Siete regimientos solamente estaban convocados y estos eran precisamente los que había menos exaltados y cuya disciplina era más fácil restablecer. Contábase con la sumisión para intimidar a los demás, o con su ejemplo para sosegar a los más furiosos. Pero al llegar al llano de Ware, los generales se encontraron con nueve regimientos en vez de los siete convocados; los de la caballería de Harrison e infantería de Robert Lilburne, habían venido sin orden y en tropel impelidos por la más violenta fermentación. El último había separado a todos sus oficiales de subteniente arriba a excepción del capitán Bray que los mandaba; los soldados llevaban todos en el sombrero un ejemplar del folleto titulado: *Voto unánime* con esta inscripción: «Libertad de Inglaterra; derechos de los soldados».

A cada instante, y como si una voz común los guiase, resonaban sus gritos por la llanura: Rainsborough, Ewers, Scott, el mismo John Lilburne, autorizado hacía pocos días por la cámara con motivo de su salud para salir de la torre cada mañana, las recorría a caballo pasando de batallón en batallón, excitando a los más animosos, tratando de débiles a los moderados, repitiendo indistintamente que ya que tenían la espada en las manos, estaban obligados en conciencia a servirse de ella para asegurar del todo y para siempre la libertad de su patria. En medio de aquel tumulto, Fairfax, Cromwell, y su estado mayor se adelantaron hacia los regimientos más pacíficos: y les fue leída en nombre del consejo general de oficiales una proclama enérgica, que reprendía a los nuevos agitadores, sus sediciosas maquinaciones, y los peligros que iba a correr el ejército; recordábans-

eles las pruebas de afecto y fidelidad que les habían dado sus jefes, los triunfos que habían obtenido bajo su mando; y por último se les prometía sostener en el parlamento la voluntad de los soldados, ya fuese en pro de ellos mismos, ya en bien de la patria, con tal que a su vez firmasen la obligación de volver a entrar en las leyes de la disciplina, y de respetar las órdenes de sus oficiales.

Siete regimientos oyeron esta lectura con aclamaciones de gozo. Fairfax se adelantó hacia el de Harrison. Apenas la caballería escuchó su voz y promesas, cuando los individuos se arrancaron de sus sombreros el folleto y gritaron que habían sido engañados y que querían vivir y morir con su general. El regimiento de Lilburne quedaba solo, pero siempre rebelde y violentamente agitado; ya empezaban a contestar a Fairfax con gritos sediciosos cuando Cromwell se adelantó hacia ellos: «Quitaos al momento de vuestros sombreros ese papel, dijo a los soldados;» y viendo que no lo hacían entró bruscamente por entre las filas, señalando y mandando prender a catorce de los más sediciosos. Formóse en el mismo campo un consejo de guerra y tres soldados fueron condenados a muerte. Dispuso enseguida el consejo que entre los sentenciados se sorteara uno para ser ejecutado en el acto, y la suerte tocó a un tal Richard Arnell, fogoso agitador; la ejecución se hizo al instante, al frente del regimiento: y se condujo presos a los otros dos condenados y a sus once compañeros. El mayor Scott y el capitán Bray fueron igualmente arrestados; profundo silencio reinaba en la llanura; todos los batallones marcharon a su antiguo acantonamiento; las otras reuniones se verificaron sin murmullo, y el ejército entero volvió a entrar bajo el mando de sus jefes.

No dudaba con todo Cromwell del peligro de este triunfo: cuando lo vino a anunciar a la cámara, entre las gracias que le dieron la mayor parte de los que temían a los agitadores, los jefes presbiterianos no disimularon su frialdad, ni los republica-

nos su ira: los primeros sospechaban de todas las acciones de Cromwell fuese cual fuese su resultado, y los segundos miraban su conducta en la reunión de Ware como una nueva prueba de su traición. Ludlow se opuso en la cámara a la votación de las gracias; Saltmarsh acudió desde lo más remoto de su condado, y por orden expresa de Dios, según dijo, para anunciar a los generales que el Señor les abandonaba ya que habían aprisionado a sus santos; en fin, pasados algunos instantes de estupor, una muchedumbre de oficiales, sargentos y soldados, conocidos casi todos como agitadores revolucionarlos de los regimientos, vinieron a declarar a Cromwell y a Ireton, que ningún ataque los apartaría de sus designios; que estaban resueltos a deshacerse del rey; a establecer una república; que a riesgo de perderlo todo dividirían el ejército, que arrastrarían al menos las dos terceras partes, y continuarían solos la empresa, antes que dejarse engañar. Cromwell no había intentado reducirlos a tal extremo: lo que únicamente se había propuesto era cortar de una vez en el ejército los progresos de la anarquía; pero eso no obstante conocía el poder de los fanáticos, y sólo deseaba reconciliarse con ellos.

Sin pronunciarse por la república, dijo a cuantos le venían a ver mucho mal del rey, reconoció que tenían motivo en no esperar nada bueno, convino en que la gloria mundana le había hecho olvidarse de sí mismo por un momento, que no había sabido distinguir bastante la obra del Señor, ni confiado únicamente en sus santos; se humilló delante de ellos, y reclamó el socorro de sus oraciones para alcanzar del cielo su perdón. Los populares oradores, entre otros Hugh Peters, entusiasta, intrigante y charlatán, se encargaron de esparcir por todas partes los deseos y la confesión del general. Hizo al mismo tiempo risueñas promesas a los soldados presos. Solamente insistió con tono firme en mantener el ejército en la más severa disciplina, único medio de alcanzar victoria y salvación. Mucho

crédito se dio a sus palabras siempre apasionadas y poderosas; algunos otros menos crédulos conocían cuán necesario les era el talento de Cromwell, y dudaban al mismo tiempo sin poderse resolver a creer que se hubiese arrepentido.

La mayor parte confesaban que los agitadores se habían precipitado y excedido confesando que los soldados debían a los oficiales más sumisión y respecto; Rainsborough, Scott, Ewers, convinieron ellos mismos en que habían hecho mal y prometieron más prudencia en lo sucesivo. Numerosa reunión tuvo al fin lugar en el cuartel general (diciembre 1647): oficiales agitadores y predicadores estuvieron juntos diez horas conversando y orando; los intereses generales dejaron sin disipar los odios y las desconfianzas, se decidió que los prisioneros serían puestos en libertad, que el capitán Bray volvería a su regimiento, que se suplicaría a las cámaras volviesen a Rainsborough el empleo de vicealmirante que le acababan de quitar; y con una solemne comida se celebró esta reconciliación cuyo precio era la ruina del rey.



BERKLEY

Durante estos acontecimientos llegó al cuartel general *sir* John Berkley, a quien Carlos, instruido del resultado de la reunión de Ware, se apresuraba a enviar a felicitar a los generales por su victoria y recordarles lo que le habían prometido. Llevando cartas no solamente del rey, sino que también de Hammond para Fairfax, Ireton y Cromwell: Berkley con todo no se juzgaba enteramente en seguridad; había encontrado en el camino al corneta Joyce, que se admiró de su confianza; y le dijo que los agitadores lejos de temer nada habían atraído a los generales y se preparaban a formar causa al rey. Cuando llegó Be-

rkley a Windsor estaba ya reunido el consejo de oficiales; se presentó y entregó sus cartas al general. Mandáronle retirarse inmediatamente, y habiéndole vuelto a llamar de allí a media hora: «Somos el ejército del parlamento, le dijo Fairfax con tono severo, nada tenemos que responder a las proposiciones de S. M. a él sólo le toca juzgarlas». Berkley miró a Cromwell, luego a Ireton; y apenas le saludaron con desdeñosa sonrisa.

Se retiró altamente admirado, pasó el día sin poder conseguir ninguna explicación; por la tarde, al fin, el comandante Watson, oficial que tenía con él las más íntimas relaciones, le mandó a decir que se encontrase con él a media noche en cierto cercado, detrás del mesón de la Jarretiere, donde estaría él. Berkley supo entonces lo que había sucedido y comprendió el espíritu que dominaba al ejército:

—Es tal —le dijo Watson— que aventuro mi vida viniendo aquí porque este mismo mediodía Ireton acaba de hacer dos proposiciones, la una de enviaros preso a Londres, y la otra de prohibir so pena de muerte que nadie hable con vos. El rey pues si aprecia la vida que huya sin retardo, si acaso puede.

—¿Me aconsejáis al menos —preguntó Berkley— que haga pasar a Cromwell y a Ireton las cartas que para ello me ha dado el rey?

—Y sin falta, porque de otro modo sospecharían que os he descubierto sus intenciones.

Como lo había previsto Watson, Berkley no obtuvo de los dos generales ni entrevista ni contestación: «Haré cuanto pueda, le mandó solamente a decir Cromwell, para servir al rey; pero no espere que yo vaya a perderme por su amor». *Sir John* se apresuró a comunicar estas noticias al rey, instándole a que no perdiese momento en huir. Carlos quizá lo hubiera podido verificar; un buque enviado por la reina, cruzaba, según decían, hacía algunos días por las aguas de la isla. Con todo una nueva

intriga reanimó sus esperanzas: después de una viva discusión en la cámara baja, acababa el parlamento de votar que se presentasen al rey cuatro proposiciones en forma de bills, y que si las aceptaba sería admitido, como mil veces él lo había pedido, a tratar en persona con el parlamento. La primera de las cuatro proposiciones era que el mando de las fuerzas de mar y tierra por el espacio de veinte años pertenecería a las cámaras, con el poder de conservarlo más tiempo si lo exigía la seguridad del reino; segunda, que el rey revocaría todas sus declaraciones, proclamas, y otros actos publicados contra las cámaras, tachándolas de ilegales y revoltosas; tercero, que anularía todas las cartas de pago firmadas desde su salida de Londres; cuarto, finalmente, que las cámaras tendrían derecho de reunirse siempre que les pareciese conveniente.

Carlos, a pesar de su angustiosa situación, no tenía ningún deseo de sancionar estos *bills* ni de reconocer de esa manera la legitimidad de la guerra que él había ocasionado; pero sabía que los comisionados escoceses las habían combatido con energía, que manifestaban al mismo tiempo un amargo resentimiento por el desprecio que hacían las cámaras de sus representaciones; acababa de recibir de ellos al tiempo mismo que las cartas de Berkley una secreta invitación de rehusar tan ofensivas proposiciones, prometiéndole dirigirse ellos mismos a la isla de Wight para tratar con él en nombre de la Escocia, bajo mejores condiciones. «Es preciso esperar, dijo a Berkley cuando estuvo de vuelta; quiero probar fortuna con los escoceses antes de dejar el reino; si me ven fuera de las manos del ejército, exigirían más».

Los lores Lauderdale, Lowden y Lanerk, llegaron en efecto al castillo de Carisbrooke casi al mismo tiempo que lord Denbigh y sus cinco colegas comisionados de Westminster. Las negociaciones entabladas antes en Hamptoncourt se renovaron inmediatamente entre ellos y el rey, con gran secreto, porque sólo

habían venido, según decían, para protestar en sus manos de las intenciones del parlamento. En dos días quedó el tratado concluido, redactado, firmado y escondido en un jardín de la isla, esperando el momento de poder manifestarlo sin peligro. En él se prometía al rey la intervención de un ejército escocés para restablecerle en sus justos derechos bajo la condición de que confirmaría por tres años el régimen presbiteriano en Inglaterra, aunque dispensado de conformarse él y los suyos, y que en aquel término la asamblea de los teólogos consultada, arreglaría definitivamente de concierto con las dos cámaras la constitución de la iglesia. Muchas estipulaciones en provecho de la Escocia, y de las que debía ofenderse altamente el honor inglés acompañaban esta general concesión. Se convino, entre otras cosas, que con el apoyo del ejército escocés se sublevarían los realistas en todo el reino; que Ormond volvería a tomar en Irlanda el mando del partido leal al trono; que el rey, en fin, luego de rehusadas las cuatro proposiciones, se evadiría de la isla para la frontera de Escocia, pasando a Berwick u otra cualquiera plaza, para esperar en libertad el momento de obrar.

Arregladas así las cosas, Carlos hizo decir a los comisionados del parlamento, que estaba pronto a darles su respuesta. Había resuelto, como tres años antes de las negociaciones de Oxford, remitirla sellada, temiendo que instruidos de su negativa y quizá de sus proyectos, no tomasen contra él medidas que todo lo desbaratarían. Pero lord Denbigh rehusó obstinadamente llevar de aquel modo el mensaje real. «KI parlamento nos ha encargado, dijo él, llevarle no todo lo que nos quiera dar S. M. sino la aprobación o no admisión de los cuatro bills». Fue preciso ceder, y leer la contestación en alta voz. Carlos rehusaba absolutamente las proposiciones, y pedía poder tratar en persona con el parlamento sin quedar obligado a nada. Los comisionados se retiraron, tuvieron una corta conferencia con Hammond, y volvieron a marchar para Westminster; algunas horas después

de su marcha, mientras hablaba el rey con Berkley y Ashburnham de los medios de evasión preparados para aquella noche, las puertas del castillo se cerraron, negóse la entrada a todos los extranjeros, dobláronse las guardias, y casi todos los servidores del rey, Berkley y Ashburnham los primeros, tuvieron orden de abandonar inmediatamente la isla.

Encolerizóse sensiblemente Carlos; hizo llamar a Hammond: «¿Por qué me tratáis de este modo? ¿Dónde están vuestras órdenes? ¿Es tu corazón quien te hace obrar así?». Hammond, que no tenía órdenes formales, calló y se sobrecogió: habló, en fin, de la contestación de S. M. a las proposiciones del parlamento. «¿No me habéis prometido bajo vuestro honor, le dijo el rey, que en ningún caso abusaríais de mi situación?

Hammond: Yo, nada he prometido.

El rey: Venís lleno de reticencias y subterfugios; ¿me concederéis hablar con uno de mis capellanes? Vos sois de los de la libertad de conciencia, según decís, ¿no la puedo tener yo?

Hammond: No os lo puedo conceder.

El rey: Vuestra comparación no es propia de un noble ni de un cristiano.

Hammond: Os hablaré cuando os encontréis mejor dispuesto.

El rey: Muy bien he dormido la última noche.

Hammond: Me he portado muy políticamente con vos.

El rey: ¿Por qué no hacéis lo mismo ahora?

Hammond: Señor, sois demasiado alto.

El rey: Será culpa de mi zapatero, pero no advierto que haya levantado los talones de mis zapatos». Repitió dos o tres veces esta misma frase paseándose por el aposento; después volviéndose hacia Hammond prosiguió diciendo: «¿Tendré libertad de salir a tomar el aire?».

Hammond: No os lo puedo conceder.

El rey: ¿Vos no me lo podéis conceder? ¿Con qué estoy preso? ¿Esta es la fe que me debéis? ¿Estos son vuestros juramentos? Responded. Hammond salió sumamente turbado, y con las lágrimas en los ojos, pero no cambió nada de sus disposiciones.

En esto los comisionados del parlamento llegaron a Westminster; apenas habían dado cuenta de su viaje y resultados, cuando un miembro hasta entonces desconocido, *sir Thomas Wroth*, se levantó en la cámara de los diputados (3 enero 1648). «Señor presidente, dijo, Bedlam está preparado para los locos, y el Topheth para los reyes^[33]; el nuestro obra de modo que Bedlam es el lugar único que le conviene; pido humildemente que las cámaras no se dirijan jamás a él, y arreglen sin su consentimiento los negocios públicos. Poco importa la forma de gobierno que ellas establezcan, mientras no tengamos ni diablos ni reyes». Ireton apoyó al momento al preopinante. «El rey, dijo él, al rehusar los cuatro bills, ha rehusado a su pueblo seguridad y protección; a nosotros toca dejar de obedecerle y arreglar sin él el Estado».

Admirados de tan imprevisto ataque, irritados ellos mismos de la negativa del rey, los presbiterianos aparecieron un instante embarazados y tímidos; muchos con todo protestaron contra tal medida: «Adoptarla, dijo Maynard, es disolver mientras subsista en nosotros el parlamento; cuando los reyes han rehusado recibir sus peticiones y escuchar sus súplicas, se han considerado siempre tales actos como la mayor violación de sus privilegios porque era disolverlo de hecho sin pronunciar su disolución: y nosotros pues si decidimos no recibir ningún otro mensaje del rey, y no le dirigimos ninguno, ¿qué vamos a hacer sino declarar que no pertenecemos ya al parlamento?». La discusión se alargó y acaloró; los presbiterianos recobraron su confianza; la cámara bastante indispuesta con ellos, de antemano, se mostraba turbada; Cromwell se levanta: «Señor presidente, dijo, el rey es hombre de mucho talento, pero tan disi-

mulado y falso, que no hay que fiar en él. Mientras que protesta su amor hacia la paz, trata a escondidas con los comisionados de Escocia, a fin de abismar a la nación en una nueva guerra. Llegó la hora en que el parlamento debe sólo gobernar y salvar el reino; los hombres que derramando su sangre os han defendido de tantos peligros, os defenderán aún con el mismo valor y fidelidad. No les induzcáis a pensar, despreciando el velar por vuestra seguridad y la del reino (que es la suya), que se les hace traición y entrega al poder de los enemigos que han vencido por vosotros; temed que la desesperación no les obligue a procurar salvarse abandonándoos a vosotros mismos. Cuán fatal os sería una tal resolución, tiemblo de pronunciarlo, y os lo dejo juzgar a vosotros mismos». Dijo, y volvió a sentarse acariciando la espada.

Ninguno habló más; la moción adoptada sobre la marcha, fue trasmitida al otro día a la cámara alta. Un momento los lores parecieron titubear; el debate duraba mucho: dos declaraciones llegaron del ejército; una dirigida a la cámara baja, llena de felicitaciones al par que de amenazas contra sus enemigos; la otra a los lores suave y moderada, pidiendo que cesasen los rumores que corrían sobre el peligro de la patria, y prometiendo sostenerla en todos sus derechos. Los débiles, o parecieron asustados o tranquilos según sus intenciones; la discusión dejó de estar indecisa, y al momento del voto definitivo, los lores Warwick y Manchester protestaron únicamente contra la adopción.

Viva y temible protesta estalló como en venganza por todo el reino. «Quedan ya justificadas, gritaban los realistas, aquellas acusaciones; aquellas predicciones, tratadas tantas veces de quimeras o calumnias», y por todas partes un sin número de gentes maldecían con ellos tan detestable traición. Antes que el rey hubiese podido contestar a la declaración de las cámaras aparecieron muchas contestaciones, hijas del espontáneo celo

de simples ciudadanos. Jamás tantas conspiraciones realistas, jamás tantas y tan violentas sátiras habían circulado por Westminster. En la misma isla de Wight, el capitán Burley, oficial retirado de marina, hizo de repente redoblar el tambor en las calles de Newport, y acaudillando una porción de trabajadores, niños y mujeres, se puso en marcha a su frente para sacar al rey de prisión. La tentativa quedó burlada al momento, y Burley ahorcado como por haber querido hacer la guerra al rey y al parlamento. Sin embargo, las mismas disposiciones, los mismos deseos agitaban los condados, aún los más enemigos de la causa real; y hasta en las puertas de Westminster, los soldados reformados del ejército de Essex, se paseaban tumultuosamente gritando: ¡Viva el rey!, deteniendo los coches para obligar a los que transitaban a beber a su salud.

Indignábanse los republicanos al ver de esta suerte turbada su victoria: en vano recibían felicitaciones de algunos condados; en vano las cámaras proclamaban sus deseos de reformar las leyes civiles, y hacer menos difícil la justicia; en vano suspendían los diputados sus privilegios en materia de deudas y persecuciones: estas importantes mejoras sólo eran vivamente deseadas y apreciadas de su mismo partido, y de algunos espíritus superiores; las unas chocaban con las preocupaciones del pueblo, y las otras con su ignorancia. Fue preciso suplir la popularidad con la tiranía. Continuáronse las persecuciones ya principiadas contra los miembros de las dos cámaras y magistrados de la municipalidad, presuntos autores o conmovedores de los movimientos presbiterianos y realistas: todo aquel que había hecho armas contra el parlamento fue desterrado de Londres, prohibiéndole acercarse a la distancia de menos de veinte millas; se ordenó una revista general de los jueces de paz del reino, a fin de desempear a aquellos cuyos sentimientos fuesen sospechosos; se decretó que ningún delincuente, ninguno que hubiese tomado parte, o meramente hubiese acusado

de alguna conspiración contra el parlamento, no podría ser elegido lord corregidor, o fiel de hechos, o miembro del consejo municipal de la capital, ni concurrir a la elección de sus oficiales; esta misma prohibición fue dada al momento, tocante a las funciones de jurados y elección de miembros de la cámara. Se mandó a la comisión encargada de reprimir la libertad de imprenta, reunirse diariamente, y se puso a su disposición una cantidad, para recompensar al que descubriese un escrito subversivo. Finalmente el ejército pasó otra vez por Londres con gran tren de guerra, y se destacaron tres mil hombres para acuartelarlos en lo interior de la ciudad, cerca de Whitehall y la torre.

Los fanáticos, los hombres de alma mezquina y dura y la mayor parte del partido, aplaudían estas medidas, manifiesta prueba de su fuerza y redoblaban su ardor. Sólo Cromwell se prestaba con inquietud a estas medidas, no por escrúpulo, ni porque dudase en hacerlo todo para salir airoso; sino porque a pesar de sus resoluciones contra el rey, le parecían insensatas las esperanzas y las pretensiones de los republicanos: creía que en todos los condados, los principales terratenientes, los ricos labradores, casi todos los hombres notables, se retirarían de los negocios públicos, abandonarían las comisiones administrativas, las magistraturas locales, y pasarían el poder a manos de gente de inferior condición, que procurando enriquecerse, serían capaces de ejercerlo con vigor, pero carecerían de aptitud para conservarlo. No podía creer que la Inglaterra consintiese ser de esta suerte gobernada por mucho tiempo, ni que nada durable pudiese cimentarse con la legal persecución de tan considerable número de ciudadanos, y finalmente recelaba que la discordia y la anarquía creciendo aún más cada vez en el parlamento, y bajo su imperio, llegarían ser fatales a los mismos vencedores. Su infatigable imaginación buscaba algún medio

para poner términos, y señalar al menos en aquel oscuro caos el más seguro y pronto camino para llegar a la grandeza.

Convidó un día a comer a los principales independientes, y presbiterianos, tanto eclesiásticos como seculares, y les manifestó la necesidad de conciliarse, o bien desistir de sus quejas haciendo causa común para oponerse a los nuevos peligros que era fácil prever. El carácter de los presbiterianos era demasiado altanero y sus pretensiones teológicas sobradamente exclusivas para prestarse a tales combinaciones. La conferencia no tuvo resultado. Cromwell reunió otra, de algunos políticos, la mayor parte generales como él y republicanos. Era preciso, dijo, que buscasen de concierto cual era el gobierno que convenía mejor a la Inglaterra; pues eran ellos a quienes tocaba arreglarlo; pero en su interior sólo pretendía indagar con quienes se podía tratar y lo que podría esperar o temer. Ludlow, Vane, Hutchinson, Sidney, Haslerig, se declararon abiertamente contra toda especie de monarquía, como reprobada por la Biblia, por la razón y por la experiencia.

Los generales fueron más reservados; según ellos, era buena la república, pero dudoso su éxito; lo más prudente era no obligarse, consultar el estado de los negocios, para lo que se necesitaba tiempo, y obedecer siempre las impulsiones de la Providencia. Los republicanos insistieron en que se explicasen sin rodeos. La discusión se acaloraba; Ludlow, entre otros, precisaba a Cromwell a pronunciarse, porque, en su concepto todos querían conocer a sus amigos. Cromwell eludía la contestación dando otro giro a las ideas y riéndose a carcajadas, hasta que al fin viéndose sumamente acosado salió del compromiso valiéndose de una verdadera bufonada: se fue arrimando con disimulo a la puerta del aposento, tiró un almohadón a la cabeza de Ludlow, y se escapó saltando y riendo. Ludlow se contentó con devolverle la chanza.

Entre tanto amenazaba el peligro; el número y atrevimiento de los mal contentos se aumentaba cada día, no sólo en el Oeste y el Norte, sino hasta en los alrededores de Londres; en los condados de Mitdlese, Essex, Sarrey Kent, ya en la mesa de algún gentilhomme, ya en los paseos, en todas partes donde los caballeros se podían concertar y tratar, se manifestaban abiertamente las peticiones, conspiraciones e insurrecciones realistas. En Canterbury, el día de Navidad, cuando el corregidor quiso hacer observar la ordenanza que prohibía la fiesta, un violento tumulto se levantó a los gritos de *¡Dios, el rey Carlos y país de Kent!*; el arsenal de la ciudad fue derribado, las casas de muchos parlamentarios atacadas, las autoridades municipales bastante maltratadas, y si prontamente no hubiesen llegado algunas tropas, los paisanos del alrededor ya se disponían a sostener la sedición.

En Londres, un domingo, a la hora del sermón, unos aprendices jugaban a bolos en Moorfields; una patrulla de milicias los quiso sacar de allí; ellos se resistieron, y dispersaron a los milicianos: pronto fueron ellos mismos dispersados también por una partida de caballería, y se esparcieron por la ciudad llamando en su ayuda a sus compañeros y a los marineros del Támesis: numerosas bandadas acudieron de todos los barrios; se reunieron por la noche, sorprendieron dos puertas de la ciudad, tendieron escombros por las calles, y tambor batiente atacaron la habitación del lord corregidor, a los gritos de *¡Dios y el rey Carlos!*, se apoderaron de un cañón, después de un almacén de armas, y al nacer la aurora eran al parecer dueños de la ciudad.

Un consejo de guerra estuvo reunido toda la noche: deseaban atacarles; pero se dudaba si serían bastantes los dos batallones que estaban de guarnición en Londres, o si era menester aguardar refuerzos. Fairfax y Cromwell fueron de parecer que se les atacase inmediatamente; el suceso no quedó incierto; cer-

ca del mediodía, no resonaba ya por las calles sino el paso regular de los soldados que volvían a sus cuarteles. Con todo no por haber huido el pueblo estaba vencido, cada día algún inesperado acontecimiento redoblaba su cólera y le infundía aliento: habiendo los miembros presbiterianos y el alderman de la capital sido llamados por los diputados a comparecer ante la cámara alta, se negaron obstinadamente a reconocer su jurisdicción, y no quisieron arrodillarse, ni quitarse el sombrero, ni escuchar la lectura de sus cargos: cada vez que habían comparecido en Westminster, la multitud, cuando salían, los recibía con aclamaciones. Se prohibieron las juntas; se dio a los comisionados administrativos de cada condado el derecho de arrestar y encarcelar a todo malévolo, aunque sólo fuese por sospechas; la fermentación a pesar de eso crecía con más rapidez que la tiranía.

En Norwich, Bury-Saint-Edmunds, Thetford, Stowmarket y en muchos otros lugares, por el menor motivo se tocaba llamada, los habitantes se armaban, y no siempre se libraban las tropas con sólo dar amenazadores paseos. No tardaron en manifestarse otras causas más terribles que las asonadas de los paisanos. Al mediodía del país de Gales, en el condado de Pembroke, los coroneles Poyer y Powell, y el mayor general Langhorn, distinguidos oficiales que habían hecho su fortuna en el ejército del parlamento, se separaron de él, enarbolaron el estandarte real, y sostenidos con la insurrección de los caballeros del alrededor, vieron toda la provincia en pocos días declarada a su favor. Casi al mismo tiempo se había reunido el parlamento de Escocia; Hamilton y los realistas, bajo el nombre y apariencias de moderados presbiterianos, habían prevalecido en las elecciones; en vano Argyle y la más ardorosa porción del clero se esforzaban en acechar sus pasos; en vano comisionados de Inglaterra repartían en Edimburgo dinero y amenazas: circunspecto, humilde en su lenguaje con los fanáticos, pero decidido

en su interior a favor del rey, el parlamento votó inmediatamente que se formase una comisión revestida del poder ejecutivo, y el levantamiento de un ejército de 40 000 hombres, encargado de defender contra los republicanos y sectarios al pacto y a la dignidad real.

Los realistas del Norte de Inglaterra sólo esperaban esta señal para decidirse; hacía más de un mes que sus principales jefes, Langdale Glenham, Musgrave, tanto en público como en secreto, concertaban con Hamilton su plan de insurrección. En Irlanda, lord Inchiquin, gobernador de la provincia de Munster, y hasta entonces el más firme apoyo del parlamento contra los insurgentes, siguió también por esta vez las banderas del rey. Finalmente, al saberse en Londres estas noticias, en las cámaras y la municipalidad, levantaron los presbiterianos la cabeza y para encubrir sus esperanzas, hablaban mucho de sus temores. Un tal John Everard vino a asegurar bajo juramento al consejo municipal que la noche anterior estando él en su cama en la posada de la Jarretiere en Windsor había oído en el aposento vecino al suyo a muchos oficiales, entre ellos al cuartelmaestre general Grosvenor y al coronel Ewers, prometerse mutuamente que así que los escoceses pondrían un pie en el reino, el ejército entraría en Londres, desarmaría a todos los ciudadanos, exigiría un millón de libras esterlinas, so pena de saqueo, y obligaría además a todos los hombres de buenos sentimientos a alistarse en sus regimientos. Según decía Everard, sabía ya Iretton estos designios.

Inmediatamente se dirigió y envió una petición a las cámaras; el consejo municipal pedía que la capital fuese repuesta en posesión de algunas atribuciones que le habían sido quitadas a consecuencia de la última sedición; que el ejército alejase su cuartel general y que todas las fuerzas de Londres y los arrabales fuesen puestas al mando de Skippon. Estas demandas fueron otorgadas al instante; y al otro día, 28 abril, después de una

discusión de la que no tenemos ningún fragmento, la cámara decretó: 1.º Que no alterarían nada de la ley fundamental del reino por lo tocante a un rey, lores, y diputados del pueblo. 2.º Que las proposiciones ofrecidas al rey en Hamptoncourt serían la base de las medidas que era menester adoptar para restablecer la tranquilidad pública. 3.º Que a pesar de la votación del 3 de enero precedente, que prohibía toda dirección al rey, todo miembro sería libre de proponer lo que le parecería exigir la tranquilidad del país.

Tres semanas antes Cromwell había previsto y procurado atajar aquel desastre: en nombre de los jefes del ejército y del partido, había hecho ofrecer al consejo municipal volver a esta corporación el mando de su milicia, de la torre, y poner en libertad a los aldermanes presos, mientras ella se obligase a no hacer nada en favor de los escoceses en su próxima invasión; pero fueron rehusadas sus ofertas. Obligado a renunciar a toda especie de conciliación, cuando vio tomar ánimo a los presbiterianos en la municipalidad, y adquirir crédito en el parlamento, le vinieron deseos de arriesgar un golpe decisivo.

Dirigióse al cuartel general, hizo convocar un consejo de oficiales, y haciendo correr la voz de que el ejército marchaba sobre Londres, expulsó a todos sus adversarios de la cámara; y finalmente en nombre de la pública salvación y de los hombres de bien tomó posesión del poder. Por un momento fue adoptada esta proposición: con todo, un ataque descubierto contra los derechos del parlamento, tanto tiempo ídolo y dueño del país, admiró a los más atrevidos, y los llenó de temor. Fairfax que empezaba a inquietarse vivamente desechó las instancias del teniente general, que quería dar órdenes inmediatamente; el proyecto fue abandonado. Tras este doble descontento, sospechoso a unos por sus tentativas de conveniencia, a otros por la violación de sus deseos, incapaz Cromwell de suportar la inacción y la duda, resolvió dejar inmediatamente Londres, comba-

tir a los insurgentes del Oeste, y recobrar con la guerra el ascendiente que se le iba escapando.

Poco le costó obtener de las cámaras esta misión; mientras hacían sus preparativos las tropas que le debían acompañar, se quejaba un día con Ludlow de su situación, explicando lo que había hecho por la causa común, los peligros y odios que había despreciado, tachando de ingratos a los de su partido. Ludlow acogió sus quejas, le manifestó a su vez cuantos motivos y pretextos había dado para desconfiar de él; le precisó a poner coto a sus intrigas y miras ambiciosas, y bajo esta condición le prometió el sincero apoyo de los republicanos: Ludlow quedó encantado de la dócil atención con que había oído sus consejos. Pocos días después al frente de cinco regimientos se puso en marcha Cromwell hacia el país de Gales; y casi a las puertas de Londres tuvo una entrevista con los ministros presbiterianos de la que se retiraron satisfechos.

Apenas hubo marchado, cuando la guerra que iba a buscar estalló por todas partes alrededor del parlamento: los caballeros se habían propuesto no intentar nada, antes de entrar en el reino los escoceses, pero cada día, en cualquier lugar, los deseos del pueblo, una favorable ocasión, una inesperada circunstancia, necesaria al parecer, precipitaba la insurrección. Los habitantes del condado de Essex pidieron abrir una negociación con el rey y con el ejército licenciado, después de haberles pagado el préstamo. A su ejemplo, setecientos u ochocientos hombres propietarios y arrendadores del condado de Surrey, se dirigieron a Londres, llevando igual petición; pero su estilo era más altanero: querían que el rey fuese conducido a Whitehall, subiendo de nuevo al trono con la esplendidez de sus pasados; llegados a Westminster, al atravesar los corredores y salas, algunos de ellos dirigiéndose a los soldados: «¿Podéis permanecer, les dijeron, guardando esta manada de villanos?». Los soldados respondieron con calor a estos agravios; la disputa se fue

haciendo más grave; la guardia fue desarmada y un soldado herido. Sobrevino un refuerzo de tropas, y atacados a su vez los peticionarios, perseguidos de corredor en corredor, de sala en sala, de calle en calle, sólo huyeron después de obstinada resistencia y dejando a las puertas del parlamento cinco o seis muertos.

Con estas noticias los realistas del condado de Kent, que preparaban también una petición, se organizaron en diferentes cuerpos de a pie y a caballo, eligieron oficiales en lugares distintos, tomaron por general a lord Goring, conde de Norwich, ocuparon Sandwich, Douvres, y otros muchos fuertes, y reunidos en Rochester en número de más de 7000, se prometieron ir juntos y armados a presentar su petición al parlamento. Desde que bajo este pretexto se enarboló el estandarte de la rebelión, otros también lo enarbolaron sin tomarse el trabajo de manifestar su parecer ni deseos. *Sir* Charles Lucas en el condado de Essex, lord Capel en el de Hertford, *sir* Gilbert Byron en los alrededores de Nottingham, reclutaban abiertamente para el ejército del rey. Se supo que en el Norte para abrir paso a los escoceses al reino, Langdale y Musgrave, sorprendieron y se apoderaron el uno de Berwick, y el otro de Carlisle.

Alguna fermentación apareció también en la armada estacionada en las Dunas; Rainsborough, vicealmirante, partió inmediatamente para contener a los marineros, pero estos no quisieron reconocer su autoridad, embarcaron a todos los oficiales en una chalupa, los dejaron en tierra, y se declararon por el rey sin ningún jefe de mayor categoría que contramaestre: hicieron vela para Holanda, donde el duque de York, que había logrado fugarse de Saint-James, y bastante luego el príncipe de Gales, tomaron el mando. En Londres mismo tenían lugar muchas conspiraciones, circulaban proclamas realistas, grupos armados traspasaban la ciudad para reunirse a algún cuerpo de insurgentes; la casa del conde de Holland, la del joven duque de Bu-

ckingham, estaban a todas horas llenas de descontentos que iban a saber el día, hora y punto en que debían estallar las sediciones. Por todas partes la insurrección, en fin, hervía como indomable incendio, se propagaba, abrumaba más y más a Westminster; y todos los esfuerzos del comisionado de Derby House, donde dominaban los independientes, toda la habilidad de Vane y Saint-John en provocar denuncias y descubrir tramas, no impedían que el grito de *Dios y el rey Carlos* resonase sin cesar en los mismos oídos del parlamento.

Los mismos presbiterianos se asustaron: los escoceses, su más firme apoyo, no acababan de llegar; veían cercano el momento de caer en poder de los realistas, unos dominadores del movimiento, y que despreciaban sus instituciones y dogmas como cualquier otro; maldecían indistintamente las cámaras; pedían las leyes y la monarquía de la vieja Inglaterra; despreciaban con insulto los austeros rigores del nuevo culto, se entregaban a juegos prohibidos; celebraban fiestas suprimidas, y volvían a levantar los caídos árboles de mayo. Se recibió por Hammond la noticia de que no pudo el rey escaparse, y los más moderados temblaban al pensar, que podía presentarse a las puertas de Londres, a la cabeza de muchos millares de insurgentes: odios de partido, deseos de paz, temores de lo venidero, todo cedió a tan inminente peligro. Para quitar a la rebelión su más especioso pretexto se votó que empezarían nuevos tratados, y la municipalidad obtuvo el entero desquite de su alderman. Skippon tomó el mando de la milicia, el coronel West el de la torre, del que le había separado Fairfax; un bando contra la herejía y la blasfemia, que en ciertos casos llegaba hasta conminar con la pena de muerte, fue la señal de haber vuelto los presbiterianos al poder.

Al propio tiempo fue rehusada toda concesión hacia los realistas; se desterró de nuevo de Londres bajo las más severas penas a los papistas y malhechores; los bienes de los delincuentes

fueron destinados al pago de las deudas contraídas con los amigos de la buena causa; se activó la venta de los bienes de la iglesia; partieron refuerzos para la guarnición de Carisbrooke; el consejo municipal, después de haber recibido comunicaciones que para él fueron «como un rayo de luz que hiere a través de las nubes», protestó solemnemente que estaba resuelto a vivir y morir con el parlamento. Finalmente Fairfax tuvo orden de dirigirse inmediatamente contra las hordas que infestaban los alrededores de Londres; Lambert de dirigirse a los condados del Norte para contener por lo menos la insurrección que habían hecho estallar Langdale y Musgrave, esperando a los escoceses; y por una inaudita violencia, sin duda para probar la sinceridad de sus rigores, los diputados votaron que no pudiéndose excusar los rebeldes con la presencia del rey, no les sería dado cuartel.

Tres días después de su salida de Windsor, Fairfax alcanzó y batió en Maidstone el principal cuerpo de los insurgentes; en vano se esforzaron en evitar el encuentro, obligados a llegar a las manos, sostuvieron en las calles de la ciudad un largo y sangriento combate. Siempre poseídos del más ardiente fanatismo, aguerridos ya, aborreciendo a los realistas y despreciando a unos soldados bisoños, los de Fairfax arrostraban encolerizados una guerra cuyo peligro les parecía una afrenta. Recorrieron a marchas forzadas el condado de Kent, dispersando cada día alguna partida u ocupando alguna plaza, fieros para con el país, pero exactos en la disciplina y no dando a los realistas tregua ni descanso. Goring llegó a pesar de eso a reunir 3000 o 4000 hombres y apareció a su frente en Black-Heath, casi a las puertas de Londres, con la esperanza que estallaría una revolución al acercarse él, o que al menos recibiría bajo mano algunos refuerzos. Escribió al mismo tiempo al consejo municipal, pidiendo permiso de traspasar la ciudad para reunirse con los suyos en el condado de Essex. El consejo, en vez de responderle,

envió su carta sin abrirla a la cámara baja, dispuesto, según decía, a arreglar su conducta con la voluntad de aquélla.

A esta noticia el desorden y el desaliento se apoderó de los realistas, desertaron a bandadas, y Goring tuvo bastante que hacer para reunir 700 u 800 hombres y pasar por el Támesis en Greenwich, marchando con ellos hacia el condado de Essex. Allí encontró todavía fuerte y animada la insurrección a cargo de *sir* Charles Lucas. Lord Capel se les reunió con algunos caballeros del condado de Hertford; se dirigieron juntos a Colchester, un poco alentados, proyectando descansar tres o cuatro días y recorrer enseguida los condados de Suffolk y Norfolk levantando a los realistas a su paso, y volver a Londres por el condado de Cambridge a la cabeza de numeroso ejército. Pero apenas habían entrado en la ciudad, cuando apareció Fairfax bajo sus muros, y la puso en gran aprieto. Quince días de campaña habían sido suficientes para acorralar en una ciudad casi indefensa los restos de una insurrección que circuía a Londres por todas partes. Probó de reanimarse en algunos puntos de los condados de Rutland, Northampton, Lincoln y Sussex. En el mismo centro de la capital, a la vista del parlamento, los lores Holland, Peterborough y Buckingham tomaron las armas, y seguidos de cerca de 1000 caballeros salieron de la ciudad, proclamando que no tenían ningún deseo de sacrificar al rey las libertades públicas, y que sólo querían restituirle sus legales derechos.

Como permaneciesen aún alrededor de Londres, *sir* Michael Livesey, destacado contra ellos del cuartel general, los atacó bruscamente, hirió muchos oficiales, entre ellos al joven *sir* Francis Villiers, hermano del duque de Buckingham, y reforzado al otro día con el regimiento del coronel Scroop, los persiguió sin descanso hasta el condado de Huntington, donde cansados de huir se dispersaron por todas partes, dejando a lord Holland herido en poder de los enemigos. En el Este y en el Sur

tampoco tuvieron mejor éxito las tentativas. Se recibieron cartas de Cromwell, que prometía apoderarse dentro de quince días del castillo de Pembroke, baluarte de los insurgentes del Oeste. En el Norte, Lambert, si bien que con inferiores fuerzas, sostenía con valor contra los realistas de Langdale el honor y autoridad del parlamento. Colchester finalmente, a pesar de la indomable resistencia de los sitiados, que no temían ningún peligro ni asalto, apretado por el hambre, no se pudo sostener mucho tiempo contra Fairfax dejándole libre de todo otro cuidado.

Recobrados de su primera turbación, seguros de no caer ya en manos de los realistas, los presbiterianos comenzaron a inquietarse por los republicanos, por el ejército y la paz. Las peticiones con que esta se solicitaba siempre numerosas aunque menos altaneras, tuvieron mejor acogida. Quedó revocada la proscripción de los once miembros, y se les brindó a ocupar de nuevo sus asientos. Se habló de presentar nuevas proposiciones al rey, menos duras que las antecedentes; se mostraron dispuestos a entrar en negociaciones con él, si de antemano consentía: 1.º En revocar todas sus proclamas contra las cámaras. 2.º En abandonar por diez años las fuerzas de mar y tierra. 3.º En establecer por tres años en la iglesia el régimen presbiteriano. Una comisión especial fue encargada de examinar lo que era preciso hacer para este fin, y en qué tiempo, qué lugar, y en qué forma convendría tratar. No faltó quien preguntara si incontinenti debería dirigirse el rey a Windsor; y a propuesta de la municipalidad, los lores votaron que las conferencias se debían abrir en Londres. El 30 de junio finalmente, la votación que había prohibido todo trato con el rey fue oficialmente revocada, y tres días después una razonada moción se presentó a la cámara baja a fin de que se le ofreciese sin dilación un nuevo tratado.

Los independientes habían de tal suerte recobrado su confianza, que orgullosos por los triunfos de sus soldados, desecharon violentamente la moción. «En ningún tiempo, en ningún lugar, dijo Scott, no conviene tratar con un príncipe tan pérfido y tan vengativo; siempre será o demasiado pronto, o demasiado tarde. Todos los que han sacado la espada contra el rey deben quemar la vaina; toda paz con él sería ruinoso para la gente de bien». Los presbiterianos no tomaron la defensa del rey, pero se levantaron contra aquella pretendida gente de bien, a quien en efecto debía arruinar la paz, puesto que la guerra hacía su fortuna. «El pueblo, dijeron ellos, a quien la guerra ha arruinado, no quiere servir más de pasto a ese fuego en el que sólo se alimentan estas salamandras; no quiere alimentar con la médula de sus huesos y con su sangre esa monstruosa sanguijuela que se llama ejército, y que sólo podía tolerarse cuando estaba dispuesta a servirle». Se preguntó en qué lugar se abrían las negociaciones: los presbiterianos querían que se verificara en Londres, o algún castillo inmediato: los independientes en la isla de Wight, donde Carlos estaba en su poder. «Si tratáis en medio de Londres, decía Scott, ¿quién os garantiza que la población no haga ella misma la paz con este sañudo rey, entregando vuestras cabezas en sacrificio, como los Samaritanos entregaron los setenta hijos de Achab? Si el rey se establece en algún castillo inmediato ¿qué seguridad os puede dar su palabra de permanecer en él todo el tiempo de las negociaciones? El rey ha sido veinte veces perjuro; no debéis confiar en él».

Muchos se levantaron, entre otros Vane, en apoyo de esta aserción. «Yo soy, dijo, después Simonds d'Ewes, de muy contrario parecer; creo no solamente que la cámara debe confiar en el rey, sino que hasta debe hacerlo. Por si acaso el señor presidente ignora cuál sea el verdadero estado de vuestra situación, se me permitirá que la describa en breves palabras: vuestros recursos pecuniarios tocan a su término; el oro ha desapa-

recido por completo; vuestra marina está insurreccionada, vuestra autoridad ha caído en desprecio; vuestros amigos los escoceses están a punto de revolverse furiosamente contra vosotros y por último ya no podéis contar con las simpatías de la capital, ni del reino; os doy tiempo, para pensar si estáis seguros, y si debéis probarlo todo para salir con honor». Los independientes volvieron a gritar; pero muchos miembros, ajenos de pasiones personales y acostumbrados a dirigirse según el tiempo y las circunstancias hacia uno u otro lado, aprobaron en silencio las palabras de Simonds; se votó que era necesario tratar: solamente la cámara persistió, contra la voluntad de los lóres en exigir del rey la adopción de los tres bills, y nada se convino acerca del lugar en que se abrirían las negociaciones.



MIDDLETON

Se discutía con el consejo municipal cómo se podrían verificar en Londres, sin peligrar el rey ni el parlamento, cuando llegó la noticia de que los escoceses acababan de entrar en el reino (8 julio) y que Lambert iba retirándose de ellos. A pesar de las amenazas de Argyle y de las fogosas peroratas de una parte del clero, Hamilton llegó por fin a poner en marcha un ejército. Lejos se hallaba de corresponder a las primeras proposiciones del parlamento; pues en vez de 40 000 hombres, apenas contaba 14 000; la corte de Francia había prometido municiones y armas y nada se había recibido; el príncipe de Gales debía pasar

a Escocia para tomar el mando, y se quedó en Holanda; los caballeros Langdale y Musgrave no se habían reunido a sus aliados porque rehusaron jurar el pacto, y Hamilton no habría podido sin perderse con su propio partido mezclar sus soldados con semejantes infieles; formaban pues un cuerpo separado, que parecía obrar solo por su cuenta, y que siempre se mantenía alejado de los escoceses. Finalmente los preparativos de Hamilton, contrariados por tantos obstáculos, no estaban terminados, ni estaban completos sus regimientos, ni en buen estado su artillería, cuando la prematura explosión de la insurrección realista en Inglaterra vino a obligarle a apresurar su marcha: salió de Escocia mal provisto, inquieto, perseguido por las inyecciones de una infinidad de fanáticos que profetizaban la ruina de un ejército, empleado, decían ellos, en poner en posesión de sus derechos al rey antes que a Cristo.

No menos conmovió a la Inglaterra la noticia de la invasión, nada parecía poderse oponer: Fairfax estaba aún detenido delante Colchester y Cromwell en Pembroke; de manera que apenas comprimida la insurrección podía estallar de nuevo. Sumamente embarazados estaban los presbiterianos; el mismo pueblo, aunque bien dispuesto para con ellos, había recobrado su antigua aversión a los escoceses, hablaba de ellos con insulto, se acordaba de que habían de antemano vendido el rey que querían ahora librar y por lo tanto quería que antes de todo se arrojase del reino a aquellos ambiciosos y falsos contrarios. La cámara baja los declaró enemigos públicos, y traidor al que los había llamado; noventa diputados se opusieron a semejante determinación pero sin calor ni ánimo: se llevó a la cámara alta. Los lores votaron que era necesario apresurar las negociaciones con el rey, y esta vez obtuvieron los presbiterianos de la cámara baja que no insistiría en los tres *bills* que había querido presentar como preliminar de todo tratado. Sin inquietarse por estas vicisitudes de la fortuna mudable entre los partidos, la

junta de Derby House, siempre en poder de los independientes, enviaba a Lambert dinero y refuerzos, mandaba a Cromwell que dirigiese al Norte todas las tropas de que podía disponer, y se pusiera al frente así que pudiera hacerlo; los mismos jefes republicanos humillaban su desconfianza ante su talento, le escribían bajo mano que nada temiese, que obrase con vigor, y contase con ellos, cualquiera que fuese su opinión.

Cromwell no había esperado para obrar ni órdenes, ni promesas: un mes hacía que, informado quizá por Argyle del estado y movimientos del ejército escocés, había mandado a Lambert irse retirando así que apareciesen, evitando toda acción, pues pronto estaría él allí para sostenerle. El castillo de Pembroke capituló efectivamente tres días después de la invasión; y al otro día partió Cromwell a la cabeza de 5 o 6000 hombres, mal calzados, mal vestidos, pero orgullosos por sus triunfos, irritados por los peligros, confiados en su jefe, desdeñando a sus enemigos, deseosos de pelear y seguros de la victoria: «Enviadme zapatos para mis pobres fatigados soldados, escribía a la junta de Derby House; pues han de hacer una larga marcha».

Pasó en efecto al instante del Oeste al Este, y desde luego del Sur al Norte; cruzando con inaudita rapidez toda la Inglaterra, sembrando protestas por todo el camino, aplicándose únicamente a disipar dudas y sospechas y ganarse el corazón de los más fanáticos, y la simpatía de los soldados. A los trece días de marcha, su caballería, que había enviado adelante se había ya reunido a la de Lambert, y por último ambos cuerpos de ejército se incorporaron el 7 de agosto, en Knaresborough, en el condado de York, componiendo una totalidad de 9000 a 10 000 hombres. Ya se habían adelantado los escoceses por el camino del Oeste, atravesando los condados de Cumberland, Westmoreland y Lancaster; pero vacilando, haciendo largas paradas, diseminados en una línea de siete u ocho leguas, turbados por disensiones religiosas, políticas y militares, y en completa igno-

rancia de los deseos y movimientos enemigos. De repente Langdale, que marchaba con los insurgentes ingleses en la izquierda de la vanguardia, hizo decir a Hamilton que Cromwell se acercaba y que sabía de cierto que su intención era empeñar el combate: «Imposible, respondió el duque, no tiene tiempo de haber llegado; si Cromwell está tan cerca será con muy poca fuerza, no hay temor de que nos ataque».

Llevó su cuartel general a Preston. No tardó en recibir nuevas confidencias: la caballería de Langdale había tenido ya un encuentro con la de Cromwell; Langdale prometía mantenerse firme, su posición era buena, su gente estaba muy animada: sólo le faltaba algún refuerzo, mil hombres al menos, y prometía dar a todo el ejército tiempo de reunirse para derrotar al enemigo. Hamilton prometió el refuerzo: Langdale se batió cuatro horas; según él mismo decía, jamás Cromwell había sufrido tan obstinada resistencia. Pero no llegó ningún socorro: fue preciso ceder; dejando huir en libertad a los ingleses vencidos, Cromwell marchó en derechura a los escoceses que pasaban apresuradamente el río Ribble, para poner entre ellos aquel obstáculo: ya la mayor parte de los regimientos estaban en la ribera izquierda; dos brigadas de infantería y el mismo Hamilton con algunos escuadrones quedaron en la derecha para cubrir la retirada; Cromwell los arrolló al momento, pasó el río con ellos, y dando apenas a sus tropas un momento de descanso, emprendió al otro día al amanecer la persecución de aquel ejército, que siempre marchando hacia el Sur, continuaba retirándose de su movimiento de invasión. Le alcanzó el mismo día en Wigan y dispersó completamente la retaguardia.

El orgullo por las dos victorias, la esperanza de un triunfo decisivo, la misma impaciencia del cansancio, redoblaban a cada hora el ardor de sus soldados; la persecución empezó al otro día más activa y más ardorosa aún que el anterior. Irritados a su vez de verse de aquella suerte perseguidos por un enemigo

inferior, y hallando cerca Warrington un ventajoso desfiladero, dieron frente los escoceses y allí se trabó una tercera batalla, más reñida y mortífera que las dos precedentes, pero con el mismo éxito. Los ingleses ocuparon el desfiladero, y después, en Warrington mismo se apoderaron de un puente sobre el Mersey que querían los escoceses cortar para poder respirar un momento. Tumultuoso desaliento se introdujo en el ejército escocés: un consejo de guerra reconoció que sin municiones la infantería no podía resistir, y se rindió toda. Hamilton al frente de la caballería, procuró llegar al país de Gales para reanimar la insurrección realista; pero luego cambiando repentinamente de plan, se dirigió hacia el Norte con la esperanza de poder entrar de nuevo en Escocia.

Por doquier donde pasaba se levantaban contra él los paisanos, y los magistrados le pedían que capitulase; en Uttoxeter, condado de Stafford, al rumor de que meditaba escapar con algunos oficiales, su misma caballería se amotinó, ya Lambert y lord Grey de Grooby, destacados en su persecución, estaban cerca de alcanzarle: demasiado débil su corazón para sufrir tal revés de fortuna, dejó a sus soldados huir por donde quisieron y él mismo aceptó las condiciones que quiso Lambert ofrecerle; fue enviado prisionero al castillo de Nottingham; y con quince días de campaña, no viendo Cromwell en toda la Inglaterra ni restos siquiera del ejército escocés, se puso en marcha para la Escocia, para invadirla a su vez, y quitar de este modo a los presbiterianos todo medio de obrar y de salvación.

Con todo, cuanto mayor es el peligro, los partidos lejos de abatirse, se exaltan y obran con mayor energía. Antes que estas grandes novedades llegasen a Westminster, desde que vieron a Cromwell en movimiento contra los escoceses, los presbiterianos comprendieron que del resultado próspero o adverso de esta campaña dependía su ruina o su salvación: dirigieron por lo tanto hacía uno y otro fin sus mayores esfuerzos. Hollis que

a pesar del llamamiento de los once miembros, seguía viviendo en Francia, por la parte de Normandía, vino a ocupar otra vez su asiento en la cámara. Huntington, simple mayor en el regimiento de Cromwell, denunció públicamente en una memoria dirigida a la cámara alta las intrigas del teniente general, sus promesas al rey, sus perfidias, la audacia de su ambición, el desprecio con que miraba a las cámaras, leyes, deberes y derechos comunes de los hombres, y sus perniciosos principios y amenazadores designios, que unas veces se descubrían a través de su hipocresía, y otras se manifestaban abiertamente en sus conversaciones familiares.

Los lores mandaron leer aquella memoria, y Huntington lo afirmó con juramento. Se propuso presentarla también a la otra cámara, pero tal terror infundía el nombre de Cromwell que nadie quiso presentarla. La envió envuelta y cerrada al presidente, pero este no dio cuenta a la cámara; probó de remitirla al ujier, y rehusó recibirla. Los lores en vista de esto la transmitieron oficialmente; lord Wharton el más íntimo confidente de Cromwell, siguió a los enviados, hizo advertir al presidente del motivo de su mensaje, y no fueron introducidos. Los independientes gritaban con indignación: era, decían ellos, una criminal felonía atacar de esta manera a un ausente que quizás en aquella hora estaba librando a su país de invasión extranjera; muchos presbiterianos se acallaron con este argumento. Era preciso pues renunciar a la esperanza de arruinar de este modo al teniente general, y Huntington tuvo que contentarse con mandar imprimir sus asertos.

Los pasos dirigidos a obtener la paz tuvieron mejor éxito; en vano los jefes independientes, sobre todo Vane y Saint-John, se valían de todos sus artificios para diferir los debates; en vano otros más groseros, Scott, Venn, Harvey y Weaner, se entregaban en contra de sus adversarios a los más fogosos actos; sus mismas violencias, los progresos de la anarquía, la arrogancia

de los soldados, el imperioso tono de las proclamas y las peticiones aunque pacíficas, demostraban a la cámara su propia decadencia: todo hacía desear la paz excepto entre los que estaban del todo entregados al encono de las facciones. «Señor presidente, dijo un día Rudyard, a fuerza de estar sentados aquí, hemos llegado a una hermosa situación; el reino entero se ha constituido en parlamento; el ejército nos ha enseñado por mucho tiempo lo que debíamos hacer, y todavía pretende seguir enseñándonos; la capital, la provincia, los oficiales reformados, nos vienen a revelar cada día la conducta que deberíamos seguir: ¿y por qué? Porque nosotros mismos no lo sabemos». La mayor parte de los diputados se adhirieron a la opinión de que sólo la paz los podía librar de tan vergonzoso estado. Resolvióse, en fin, la cámara, se votó que se abrirían inmediatamente nuevas negociaciones con el rey; se aprobó para hacer callar a los independientes que tendría lugar en la misma isla de Wight, y se nombraron tres comisionados para proponérselo formalmente al rey, preguntándole en qué lugar de la isla quería permanecer durante el tratado, y que consejeros deseaba tener a su lado.

Los independientes no se engañaron; esto era un irrevocable desastre. Sintiendo cercana la crisis, y más asustados por el triunfo que por sus amenazas, la mayoría se pasaba decididamente a sus enemigos. Ludlow se dirigió inmediatamente al cuartel general siempre situado delante de Colchester: «Se trata, dijo a Fairfax, de hacer traición a la causa por la que tanta sangre se ha derramado; se quiere hacer la paz a todo precio; el rey en su estado de prisionero no se juzgará obligado por lo que prometa; los mismos que más acceden a la proposición serán los que menos se cuidarán de su cumplimiento; emplear su nombre y autoridad en destruir el ejército, este es sólo su objeto: el ejército ha conquistado el poder, es preciso que se sirva de él para impedir su propia ruina y la del reino». Fairfax convino

en que decía verdad, protestó que en caso de necesidad estaría pronto a desplegar por la salvación de la causa pública la fuerza que tenía a mano: «Pero es preciso, dijo, que a mí se me invite positiva y claramente; y en cuanto al presente yo no me puedo dispensar de activar sin descanso este desgraciado sitio que dura todavía a pesar de nuestros esfuerzos». Ludlow fue al encuentro de Ireton, a quien Cromwell al marchar había tenido cuidado de dejar cerca del general y del que se prometía más ardor: «El instante no ha llegado aún, le dijo Ireton, es preciso dejar pasar adelante el negocio, y que se haga evidente el peligro».

En falta del ejército los republicanos hicieron llegar a Westminster amenazadoras peticiones, una entre otras redactada por Henry Martyn, que proclamando todos los principios del partido, instigaba a la cámara baja a instituirse en poder, soberano, y corresponder, en fin, a las esperanzas del pueblo dándole todas las reformas que se le habían prometido cuando tomó las armas por el parlamento. La cámara nada respondió: dos días después llegó una segunda petición, quejándose amargamente de aquel desdén: esta vez los peticionarlos reunidos, esperaban a la puerta gritando con cólera: «¿Para qué queremos rey y lores? Todo esto no es más que invenciones humanas; Dios nos ha hecho a todos iguales; millares de valientes derramarán su sangre por éstos principios somos ya 40 000 que hemos firmado esta petición, pero 5000 caballos valdrían mucho más». Al mismo tiempo algunos miembros, Scott, Blackiston, Weaver, salieron de la sala, y se mezclaron familiarmente con la multitud animándola en su gritería. La cámara persistió en su silencio; cuanto más firme se mostraba ella, con más pasión se precipitaba el partido hacia sus últimos deseos, y cinco días después de este suceso Henry Martyn partió inmediatamente para Escocia, donde acababa de entrar Cromwell.

Al mismo tiempo marcharon para la isla de Wight quince comisionados cinco lores y diez miembros de la cámara baja, todos, excepto Vane y quizá lord Say, amigos de la paz. Jamás ninguna negociación había citado tanto interés; debía durar cuarenta días; el rey la debía aceptar dando su palabra de que durante este tiempo y veinte días después no haría ninguna tentativa para escaparse. Veinte de sus más antiguos servidores, grandes señores, teólogos y jurisconsultos, habían sido admitidos para ayudarle con sus consejos; había también pedido y obtuvo que una parte de su familia y servicio, pajes, secretarlos, chambelanes, escuderos y criados de a pie y a caballo, se le reuniesen en esta ocasión. De esta suerte a la llegada de los comisionados a la pequeña ciudad de Newport, fue tal el número de los forasteros, que trascurrieron tres días, antes que todos encontrasen habitación. Mientras esperaban, los comisionados pasaban cada mañana a la morada del rey mostrándose respetuosos, al par que reservados y sin atreverse ninguno a sostener una conversación particular. La mayor parte se desquitaban hablando con sus consejeros haciéndole de este modo saber sus deseos, exhortándole sobre todo a aceptar prontamente y sin debate las proposiciones del parlamento; porque, decían ellos, todo se ha perdido si la negociación no está concluida y el rey de vuelta en Londres, antes que el ejército y Cromwell tengan tiempo de volver.

Carlos creía sinceros al parecer sus consejos y se demostraba inclinado a decidirse; pero en el fondo de su corazón alimentaba muy diferente esperanza: Ormond, seis meses hacía refugiado en París, estaba preparado para volver a parecer en Irlanda, provisto de dinero y municiones, que la corte de Francia le había prometido; debía a su llegada y de concierto con lord Inchiquin, concluir la paz con los católicos, declarar al parlamento una guerra vigorosa, y el rey fugándose entonces encontraría un reino y un ejército: «Estas nuevas negociaciones; escribía él

a *sir* William Hopkins, encargado de preparar su fuga, serán un objeto de risa como las otras; nada ha mudado con respecto a mis designios».

Las conferencias se abrieron oficialmente el 18 de septiembre, situado el rey bajo de un dosel al último de la sala; delante de él a poca distancia los comisionados de Westminster, sentados alrededor de una mesa; detrás de su sillón, sus consejeros, muy cerca y silenciosos; porque era el rey en persona con quien quería tratar el parlamento; todo intermediario le parecía poco para su dignidad; y en su puntual sumisión, los comisionados a duras penas permitieron la presencia de algunos testigos. Carlos únicamente era quien sostenía la discusión; si lo necesitaba, sólo podía ir al aposento vecino, e informarse con sus consejeros. Al ver de aquella suerte a su rey abandonado a sí mismo, una secreta compasión ocupó los corazones de los circunstantes. Los cabellos de Carlos se habían ya encanecido, la tristeza habitual de sus facciones se unía a la altivez de sus miradas; su ademán, su voz, todo su ser demostraba un corazón altanero pero vencido, tan capaz de luchar contra su suerte, como de humillarse, manifestando una singular mezcla de grandeza sin energía, y de presunción sin esperanza.

Las proposiciones del parlamento siempre las mismas, excepto algunas poco importantes modificaciones, fueron leídas y examinadas sucesivamente. Carlos se prestó voluntariamente a su discusión; manifestándose sosegado respondiendo a todo, no enfadándose por ninguna resistencia, hábil en manejar todos los ardides de su causa, llegó a causar admiración con la firmeza de su ánimo, su dulzura, y su inteligencia en negocios y leyes del reino, a sus más firmes contrarios:

—El rey —dijo un día el conde de Salisbury a *sir* Philip Warwick— ha hecho maravillosos progresos.

—No, milord —respondió Warwick—; el rey ha sido siempre lo que es en el día, pero vuestra señoría lo ha observado muy tarde.

Bulkley, uno de los comisionados de la cámara baja, le instaba a aceptarlo todo asegurándole que «una vez concluido el tratado no sería capaz el diablo de romperlo».

—¿Caballero —le dijo Carlos—, a esto llamáis un tratado? Tened presente, y perdonad que os la cite, aquella disputa de teatro en la que uno de los campeones al salir dice: Ha habido y no ha habido combate, porque se han dado tres golpes y yo los he recibido. Esto es precisamente lo que me sucede, porque admito la mayor parte de las proposiciones; son muy pocas las que desecho, y sin embargo, vosotros nada me concedéis.

Efectivamente se había resignado a consentir sobre el mando del ejército de mar y tierra, y el nombramiento de los mayores empleos, sobre la Irlanda, la legitimidad de la resistencia que había ocasionado la guerra civil, y las demandas del parlamento; pero en vez de ceder de un solo golpe disputaba palmo a palmo el terreno que no podía defender, ya haciendo a la cámara proposiciones diferentes, ya procurando eludir sus propias concesiones, obstinado en sostener su derecho al mismo tiempo que renunciaba a él: inagotable en sutilezas y reticencias daba cada día a sus adversarios algún nuevo motivo de pensar que la sola necesidad era su única garantía. Obstinábase por otra parte, tanto por su conciencia como por su poder, en rehusar la abolición de los obispos, y los rigores con que se quería tratar a sus principales partidarios. Finalmente, después de haber prometido hacer cesar toda hostilidad en Irlanda, escribió por bajo mano a Ormond: «Obedeced en todo a mi mujer y en nada a mí, hasta que os haga saber que estoy libre de toda obligación; no os inquietáis por mis concesiones sobre la Irlanda; no llegarán a efecto;» y el día en que concedía por veinte años a las cámaras el mando de la fuerza armada, escribió a *sir* William Ho-

pkins: «A decir la verdad, mi grande concesión de esta mañana sólo ha sido hecha para facilitar mi evasión; sin esta esperanza jamás hubiera cedido; habría podido, después de haberlo rehusado, volver a mi cautiverio sin mucha pena; pero confieso que al presente se me helaría el corazón; porque he hecho lo que sólo mi evasión puede justificar».

El parlamento, sospechaba sus perfidias sin acabar de comprenderlas bien: a los mismos amigos de la paz, a los más conmovidos por la suerte del rey y que deseaban salvarlo, les era difícil refutar las acusaciones de los independientes. Los devotos presbiterianos al mismo tiempo, si bien que moderados en sus opiniones políticas, eran invencibles en su odio para con el episcopado, y no querían admitir en cuanto al triunfo del pacto, ni medio término ni dilación. Se había además inculcado en los ánimos, que después de tantos males atraídos al país por la guerra, era preciso que en el partido vencido, siguiendo la legal responsabilidad y para satisfacer a la justicia divina manifestada en los santos libros por admirables ejemplos, el crimen de los verdaderos culpados fuese espiado con su castigo. Se disputaba sobre el número: los entusiastas populares querían una multitud de excepciones en la amnistía que debía proclamar la paz; los presbiterianos sólo pedían siete, pero con inaudita obstinación, porque creían que renunciando aceptaban su propia condenación. Mezquinas preocupaciones, dolosos sentimientos, se oponían de esta suerte en el mismo partido pacífico al éxito de los tratados. Cinco veces durante su curso, se votó que los ofrecimientos o concesiones del rey eran insuficientes.

En estas incertidumbres el tiempo señalado para la duración de las conferencias acababa de expirar; se prorrogó tres veces; se decidió que los domingos y días de fiesta no serían contados, pero sin ceder en nada ni dar a los negociadores nuevas instrucciones ni la menor libertad. El rey por su parte en nombre de su honor y su fe, declaraba que no concedería más: Soy, de-

cía, como aquel capitán que por no recibir de sus jefes ningún socorro, tiene permiso de rendir la plaza.

—Ellos no pueden —decía— socorrerme cuando yo lo pido, que me socorran pues cuando puedan; entre tanto yo sostendré mi plaza hasta que una de sus piedras me sirva de tumba. Y haré lo mismo, reponía, por la iglesia de Inglaterra.

El negocio continuaba en el mismo estado, vano, y propio solamente a hacer estallar la ansiedad de los partidos, obstinados uno y otro en despreciar y rehusar la ley de la necesidad.

Todo no obstante se precipitaba en su alrededor, tomando de hora en hora un carácter más amenazante. Después de dos meses de la más obstinada resistencia a favor del hambre y sedición, rindióse al fin Colchester, y al otro día un consejo de guerra condenó a muerte a tres de sus más valientes defensores, *sir* Charles Lucas, *sir* George Lisie y *sir* Bernard Gascoign, para ejemplo, según dijeron, de los rebeldes que en lo sucesivo intentasen imitarles. En vano los demás prisioneros, lord Capel a su frente, pidieron a Fairfax que suspendiera la ejecución, o mandase matarlos a todos, ya que eran tan culpados como sus compañeros. Excitado o más bien intimidado por Ireton, Fairfax nada respondió, y dio la orden de fusilar inmediatamente a los tres oficiales.

Sir Charles Lucas fue el primero en morir; al caer, Lisie corrió a él y le abrazó, y levantándose al instante:

—Soldados —gritó— acercaos; estáis demasiado lejos.

—No temáis —respondieron los soldados—; no erraremos, no.

—Compañeros —dijo Lisie sonriéndose— más cerca he estado ya de vosotros y no me habéis acertado.

Dicho esto cayó junto a su amigo. Gascoign se estaba desnudando para la ejecución cuando llegó una orden del general mandando suspenderla. Rendida Colchester, no quedó en todo

el Oeste ningún foco de insurrección. Vencedor Cromwell en el Norte de Hamilton, entró sin obstáculo en Escocia; los paisanos de los condados del Oeste se levantaron en masa al primer grito de victoria; y cada parroquia, guiada por su ministro, marchó a Edimburgo para arrojar de allí a los realistas.

Habiendo salido Argyle al encuentro del general parlamentario, tuvo con él una larga conferencia en el castillo de lord Mordington a dos leguas de Berwick: dotados ambos de igual suspicacia no se hacían ilusión acerca del peligro: los realistas escoceses, poderosos a pesar de su derrota, estaban aún armados en muchos puntos y se mostraban decididos a no sufrir sin resistencia una reacción sangrienta. Un tratado prontamente concluido les aseguró el descanso y sus bienes, bajo la condición de licenciar sus tropas, de abjurar toda obligación en favor del rey y de prestar de nuevo juramento a la santa alianza, que jamás debió cesar entre ambos reinos.

Vueltos a posesionarse del gobierno, Argyle y los suyos recibieron a Cromwell en Edimburgo con gran pompa: el comisionado de los estados, el cuerpo municipal, el clero y los fanáticos le fastidiaban cada día con visitas, arengas, sermones y convites: pero él, estimulado por las noticias que le trajo Henry Martyn, y por haber dejado a Lambert con sólo dos regimientos para proteger el reino, emprendió a toda prisa el camino de Inglaterra.

Apenas hubo entrado en el condado de York y mientras que al parecer sólo estaba ocupado en apaciguar la sedición, se expidieron numerosas peticiones todas dirigidas en particular a la cámara baja, reclamando pronta justicia de los delincuentes, fuese la que quisiese su clase y calidad. Al propio tiempo los mismos votos vinieron de otros condados siempre presentados o sostenidos por los amigos de Cromwell. Los presbiterianos lo rehusaron en nombre de la carta y de las leyes del reino:

«Señor presidente, dijo Denis Bond, oscuro republicano, estos señores pretenden que la cámara no tiene derecho de juzgar a milord Norwich ni a ningún otro lord, porque es contra la gran carta, y no deben ser juzgados sino por los pares; pronto vendrá el día, así lo espero, en que prenderemos al mayor de estos lores, si lo merece, sin que nada tengan que ver estos pares; y encontraremos, como no lo dudo, honrados y firmes jueces, para juzgarlo a pesar de la gran carta».

La cámara desechó las peticiones; pero otras le sucedieron de repente más explícitas y temibles, porque venían de los regimientos de Ireton, Ingoldsby, Heetwood, Walley, Overton, y pedían formalmente a los diputados justicia del rey, devolviendo a Fairfax al consejo general del ejército; «solamente capaz, decían ellos, de detener el desastre que nos amenaza, ya sea con sus representaciones a las cámaras, ya por otro cualquier medio». El consejo abrió en efecto sus sesiones y el 20 noviembre el presidente hizo saber a la cámara que unos oficiales estaban a la puerta, con el coronel Ewers a su frente, y que venían en nombre del general y el ejército para presentar una petición. Consistía ésta en una larga serie de cargos parecida a la que siete años antes en igual día, los diputados habían dirigido al rey, para romper decididamente con él, a su ejemplo el ejército enumeraba en este todos los males, todos los temores de la Inglaterra, los imputaba a la molición de las cámaras, a su olvido de los públicos intereses, y a sus negociaciones con el rey; les intimaba a que solemnemente le formaran causa; a que proclamaran la soberanía del pueblo, a que decretaran que en lo sucesivo el rey sería elegido por sus representantes, a que pusieran un término a su propia legislatura decretando al separarse la igual repartición del derecho de sufragio, la regularidad de los futuros parlamentos, y todas las reformas deseadas de los hombres de bien; y por último amenazaba, aunque con palabras cubiertas, con que el ejército trataría de salvar él mismo la patria si per-

manecía por más tiempo comprometida por la negligencia o debilidad de hombres, que atendido todo, sólo eran como los soldados unos meros delegados y servidores de sus conciudadanos.

A esta lectura se levantó de todas partes una discusión o griterío tempestuoso: los independientes Scott, Holland, Wentworth pedían a voces que en el acto se diese gracias al ejército por sus francos y animosos consejos; los presbiterianos, algunos con indignación, otros adulando a los oficiales, querían que la cámara manifestase su parecer: pero esta para demostrar su descontento se abstuvo de responder. El expediente convenía a cobardes y valientes, y así se decidió por una gran mayoría después de dos debates. Pero el día llegó en que las victorias no sirvieron sino para precipitar la catástrofe: tanto fuera como dentro de Westminster la efervescencia y confusión llegaba a lo sumo: ya se hablaba del cercano regreso de Cromwell, y el ejército anunciaba sus deseos de marchar hacia Londres.

Los realistas perdieron toda esperanza, sólo deseaban o deshacerse o vengarse por cualquier modo de sus enemigos: muchos miembros republicanos fueron insultados y asaltados por las calles; muchos avisos llegaron a Fairfax, hasta de Francia, que dos caballeros habían resuelto asesinarle en Saint-Albans: en Duncaster, entre una pandilla de veinte hombres levantada y capitaneada por Rainsborough, hubo tres que lo mataron a puñaladas cuando se les quería escapar: al mismo tiempo corrió la voz de que se formaba una conspiración para asesinar al salir de Westminster a ochenta miembros de los más influyentes. Finalmente en este desencadenamiento anárquico, se supo para más conflicto que dentro de dos días estaría Cromwell en el cuartel general; que en la isla de Wight el gobernador Hammond, sospechoso de demasiado miramiento hacia el rey y parlamento, recibió orden de Fairfax de dejar su destino, volver al ejército y entregar al coronel Ewers la custodia del rey; y que

con esta novedad, sobrecogido Carlos de temor, dio fin a las conferencias de Newport, y el mismo día los comisionados portadores de sus ofrecimientos definitivos se pusieron en camino para dar cuenta al parlamento.

Llegaron en efecto al otro día, conmovidos todos por el peligro en que habían dejado al rey, y de sus últimas palabras: «Milores, les había dicho, venís a despediros de mí, y creo que no nos veremos más; ¡pero hágase la voluntad de Dios!, yo le doy gracias; estoy en paz con él; sufriré sin temor cuanto disponga que hagan de mí los hombres. Milores, no podéis dejar de conocer que en mi ruina debéis ver acercarse la vuestra. Ruego a Dios que os dé mejores amigos que a mí. Nada ignoro de la conspiración tramada contra mí y los míos; nada me aflige tanto como los pesares de mi pueblo y el presentimiento de los males que le preparan estos hombres que siempre hablando del bien público no se inquietan sino para dar oídos a su propia ambición». Apenas concluida la relación de los comisionados, aunque las nuevas concesiones del rey difiriesen un poco de aquellas que tantas veces había rehusado, los presbiterianos propusieron a la cámara declararlas suficientes y propias para establecer la paz.

La moción fue al mismo tiempo apoyada por Nathaniel Fiennes, hijo de lord Say, y que antes era uno de los independientes más exaltados. El debate hacía muchas horas que duraba cuando llegó a la cámara aviso con una carta de Fairfax al consejo municipal, anunciando que el ejército se ponía en marcha para Londres: ¡*Al orden del día!* ¡*Al orden del día!*!, gritaron de improviso los independientes, deseosos de aprovechar el primer susto. Pero contra su voluntad y a pesar de sus esfuerzos, el debate se aplazó para el día siguiente. Empezó más encarnizado en medio del movimiento de las tropas que entraban de todas partes, tomando sus alojamientos en Saint-James, en Yorkhouse, en todos los alrededores de Westminster y en el cen-

tro de la ciudad. Los independientes esperaban aún los resultados del primer impulso de temor. En el día de hoy finalmente, dijo Vane, vamos a saber cuáles somos amigos y cuáles enemigos; o para hablar más claro, veremos quién en esta cámara es del partido del rey y quién del pueblo.

—Señor presidente —replicó con energía un miembro de quien se ignora el nombre—, ya que el preopinante se ha dignado dividir en dos partidos esta cámara; tendré según espero derecho de hacer otro tanto. Sí señor: hay personas que quieren la paz, y son los que han perdido con la guerra; otros que rehúsan la paz y son los que han ganado con la guerra. Propongo pues humildemente que los gananciosos indemnicen a los que perdieron, para ponernos a todos en la misma esfera, sin la cual nunca acabaremos.

Los independientes se agitaron porque entre uno y otro partido los intereses personales ejercían un imperio, que ellos mismos no se atrevían a negar. Rudyard, Stephens, Grimstone, Walker, Prideaux, Wroth, Scott, Corbet, y muchos otros sostuvieron y combatieron a su turno la moción sin que el debate llegara a terminarse. El día declinaba; muchos miembros se habían ya retirado, un independiente propuso encender luces y continuar la sesión: «Señor presidente, dijo un presbiteriano, no solamente estos señores se lisonjean de helarnos de temor por tener cerca el ejército, pero quieren prolongar toda la noche la sesión, con la esperanza que los miembros de más edad, que se consideran como los más inclinados a la paz, se retirarán cansados antes de la votación. Espero que la cámara se hará cargo de este artificio». Y a pesar de los gritos de los independientes, se aplazó de nuevo el debate.

Al otro día, al principiar la sesión, un sombrío rumor agitaba la cámara; el rey, decían por todas partes, ha sido robado de la isla de Wight, durante la noche a pesar de su resistencia, y llevado al castillo de Hurst, especie de prisión, situada en una cos-

ta al frente de la isla, a la extremidad de un árido promontorio, desierto y mal sano. Vivamente interpelados los independientes guardaban silencio. Empezó la sesión; el presidente leyó cartas venidas de Newport y dirigidas a la cámara por el mayor Ralph que mandaba en ausencia de Hammond; el rumor era fundado, y toda relación se hacía además imposible sin el consentimiento del ejército entre el rey y el parlamento.

El 29 noviembre, algunas horas después de haberse cerrado las conferencias de Newport y de la marcha de los comisionados, un hombre mal vestido dijo a uno de los criados del rey: «Acaban de desembarcar tropas en la isla; advertid al rey de que esta noche será arrebatado de aquí». Carlos hizo llamar inmediatamente al duque de Richmond, al conde Lindsey y al coronel Edward Cook, oficial que poseía su confianza; les preguntó que era menester hacer para si era verdadera aquella noticia. En vano trató de sacar una palabra al mayor Ralph; y no pudo obtener de él más que cortas y oscuras contestaciones. «El rey puede dormir seguro esta noche; lo juro por mi vida, esta noche nadie le incomodará». Cook se ofreció a montar a caballo, recorrer la costa, pasar principalmente a Carisbrooke, a donde las tropas se decía que habían llegado, y ver por sí mismo lo que pasaba. La lluvia caía a torrentes: la noche era sombría y el servicio peligroso; el rey temblaba de aceptarlo, Cook insistió y marchó.

Encontró efectivamente reforzada la guarnición de Carisbrooke: diez o doce oficiales recién venidos acompañaban como centinelas de vista al capitán Bowerman, que mandaba en aquel punto: y todo presentaba por doquier el sello de misteriosa agitación. Regresaba Cook a toda prisa para decir al rey lo que había visto, cuando al llegar a Newport cerca de la medianoche, vio la casa que ocupaba el monarca rodeada de centinelas estacionados no sólo debajo de todas las ventanas, sino en lo interior, y hasta en la puerta del aposento del rey donde el

humo de sus pipas penetraba por todas partes. Ya no cabía duda alguna: los dos lores conjuraron al rey, a que probase al instante y a toda costa su evasión. El consejo disgustaba a la tímida gravedad de Carlos: así es que alegó lo difícil del éxito, y cuanto se irritaría el ejército:

—Si ellos me prenden —decía—, será preciso que me traten bien; ningún partido puede nada sin mi alianza, ni le es posible asegurar su triunfo.

—Guardaos, señor —dijo Lindsey—; estas gentes no se mueven a impulso de tales máximas; acuérdesse V. M. de Hampton-court.

—Coronel —preguntó Richmond a Cook— ¿cómo habéis pasado?

Cook: Sé el santo y seña.

Richmond: ¿Lograreis hacerme pasar?

Cook: No lo dudo.

Richmond tomó un capote de soldado; salieron, pasaron por todas las guardias, y volvieron sin obstáculo. De regreso con el rey, cerca de una ventana, los dos lores renovaron con ardor sus instancias; el coronel, todo inundado de agua, estaba solo delante del hogar.

—Ned Cook —le dijo bruscamente el rey dirigiéndose a él—, ¿qué me aconsejáis?

Cook después de algunas vacilaciones contestó:

—El rey tiene aquí sus consejeros.

—No, no, querido Ned, os mando que me deis vuestro parecer.

Cook: ¡Muy bien!, señor, permítame V. M. hacerle una pregunta.

El rey: Hablad.

Cook: Si no solamente digo y pruebo también a V. M. que el ejército quiere asegurarse de su persona; si añadido que sé la contraseña, que hay caballos cerca de aquí, y un barco a mi servicio que está esperando; que estoy pronto a acompañar el rey; que esta noche tan negra parece a propósito; que no veo ningún obstáculo: ¿qué hará V. M.?

Carlos guardó un momento de silencio; después sacudiendo la cabeza contestó: «No puedo determinarme: ellos me han dado su palabra, yo les he dado la mía, y no quiero faltar.

Cook: Pero, señor, presumo que esta palabra iba dirigida al parlamento; ahora todo ha cambiado; es el ejército quien quiere apoderarse de V. M.

El rey: No importa; yo no faltaré a mi palabra: buenas noches, Ned; buenas noches, Lindsey, me voy a dormir cuanto pueda.

Cook: Señor, sospecho que no podréis dormir mucho.

El rey: Tanto como quiera Dios.

Era la una; separáronse, y Carlos se acostó; Richmond quedó solo cerca de él.

Al amanecer llamaron a la puerta:

—¿Quién sois?, ¿qué queréis? —preguntó Richmond.

—Oficiales del ejército que vienen para hablar al rey».

Richmond no abrió esperando a que estuviese vestido el rey; volvieron a llamar de nuevo, y con violencia:

—Abrid —dijo Carlos al duque.

Y antes que estuviese fuera de su cama muchos oficiales, con el teniente coronel Cobbet a su frente, se precipitaron al aposento:

—Señor —dijo Cobbet—, tenemos orden de llevaros con nosotros.



NEWCASTLE

El rey: ¿Orden, de quién?

Cobbet: Del ejército.

El rey: ¿Dónde me queréis llevar?

Cobbet: Al castillo.

El rey: ¿A qué castillo?

Cobbet: Al castillo.

El rey: Decir un castillo no es lo mismo que el castillo: estoy pronto para ir a cualquier castillo que sea: nombradlo. Cobbet

consultó con sus compañeros; al fin se decidió: «Al castillo de Hurst».

El rey a Richmond: No pudieron elegir uno peor: y dirigiéndose otra vez a Cobbet: ¿No puedo llevar conmigo a mis servidores?

Cobbet: Solamente los más necesarios. Carlos indicó sus dos ayudas de cámara, Harrington y Hebert, y Mildmay su trinchante. Richmond salió para preparar el almuerzo; pero llegaron los caballos antes que estuviese pronto: «Señor, dijo Cobbet, es preciso partir».

El rey subió a un coche sin decir palabra; Harrington, Herbert y Mildmay con él. Cobbet se presentó para entrar, pero Carlos se lo impidió con el pie, e hizo cerrar al momento la puerta. Marcharon escoltados por una partida de caballería: un pequeño buque los esperaba en Yarmouth: el rey se embarcó, y tres horas después estaba ya encerrado en Hurstcastle, sin ninguna comunicación con los de afuera, en un sombrío aposento, y bajo el poder del coronel Ewers, carcelero más duro y temible que Cobbet.

Al saber tales noticias dieron los presbiterianos libre curso a su indignación: «La cámara, decían, ha salido garante con el rey mientras permaneciese en Newport, de su respeto, seguridad y libertad; ha quedado pues deshonrada y perdida a un mismo tiempo si no resiste abiertamente a esta rebelión». Se votó en efecto que el rapto del rey había sido sin consentimiento ni noticia de la cámara; se volvió a renovar con más ardor la cuestión relativa a la paz. Había ya durado más de doce horas; la noche estaba muy adelantada; y aunque la asamblea fuese numerosa, el cansancio empezaba a sobrepujar el celo de los débiles y de los ancianos; un hombre se levanta, famoso entre los mártires de las libertades públicas, pero que sólo estaba sentado en la cámara hacía tres semanas; aquel mismo Prynne que doce

años antes sostuvo contra la tiranía de Laud y de la corte el más furioso combate:

«Señor presidente, dijo, se sabe que voy a hablar por la paz, y ya se me tiene por apóstata; ya por alusión a un título de mis obras se me llama el favorito del rey. Ved aquí todos los favores que he recibido de S. M. y de su partido. Me hicieron cortar las orejas y del modo más bárbaro; me han puesto tres veces a tormento dos horas cada vez; han hecho quemar mis obras, aunque autorizadas, ante mis ojos por mano del verdugo; me han impuesto dos multas de 5000 libras esterlinas; me han retenido ocho años en prisión, sin plumas, sin oblea, papel ni libros, salvo la Biblia, y sin amigos: me daban apenas el necesario alimento para poder vivir... Si algún miembro de esta cámara me envidia estas señales de favor real, consiento en que se me trate como a apóstata o favorito del rey».

Habló enseguida muchas horas discutiendo minuciosamente todas las proposiciones del rey, las pretensiones del ejército, considerando bajo sus diferentes estados al parlamento y al país, grave sin pedantería, patético sin afectación, sumamente elevado por la energía y desinterés de su conciencia, fuera del alcance de las pasiones de su secta, de los defectos de su propio carácter y de su propio talento: «Señor presidente, dijo antes de acabar, se dice que si descontentamos al ejército estamos perdidos, uno de sus jefes acaba de decirnos que depondrá las armas, y no nos servirá más; y entonces dice, ¿qué será de nosotros y nuestros fieles amigos? Si debiese ser así, poco caso haría yo, lo confieso, de unos tales servidores, inconstantes y revoltosos hasta tal punto; yo no dudo que si el ejército nos abandona, Dios y el rey estarán por nosotros; y si el rey y nosotros nos llegásemos a entender mediante este tratado, no tendríamos mucha necesidad, según creo, de los futuros servicios del ejército. De todos modos sea lo que sea, *fiat justitia, ruat caelum*; hagamos nuestro deber, y dejemos a Dios que haga su voluntad». La

cámara escuchó este discurso, con la más profunda atención; eran las nueve de la mañana; la sesión duró más de veinticuatro horas; 244 miembros estaban aún sentados; se llegó por fin a la votación y se decidió por 140 votos contra 104 que la contestación del rey era propia para servir de fundamento a la paz.

Todo poder se escapaba de manos de los independientes; lo habían llegado a temer; todos los miembros con cuyo voto contaban se habían retirado o alejado. En vano Ludlow, Hutchinson, y algunos otros para poner algún embarazo a la cámara, protestaron contra esta decisión; se rechazaron sus deseos como contrarios a los usos de la cámara, sin inquietarse por lo que querían manifestar. Al salir de la sesión los del partido vencido se reunieron; un sin número de oficiales que habían llegado por la mañana del cuartel general se juntaron a ellos: el peligro era inminente; como dueños del ejército, tenían en la mano la resistencia; fanáticos sinceros, o libertinos ambiciosos, ninguna institución, ninguna ley ni costumbre les imponía: para los unos era un deber salvar la buena causa y para los otros una necesidad. Convinieron en que seis de sus miembros, tres diputados y tres oficiales se encargarían de los preparativos. Pasaron juntos muchas horas consultando la lista de los diputados, examinando uno por uno su conducta y sentimientos, recogiendo señas y enviando órdenes a sus confidentes.

Al otro día, 6 diciembre, a las siete de la mañana por mandato de Ireton, y antes que de nada fuese informado Fairfax, estaban ya las tropas en movimiento. Por orden de Skippon las guardias de milicia encargadas de las cámaras habían sido relevadas; dos regimientos, el del coronel Pryde de infantería, y caballería del coronel Rich ocupaban el patio, la grande sala de Westminster, la escalera, el vestíbulo y todas las avenidas de la cámara: en la misma puerta del salón estaba Pryde con la lista de los miembros proscritos en la mano, y cerca de él lord Grey de Grooby y un ujier que tenía cuidado de señalarlos a

medida que iban entrando: «Vos no entrareis», decía Pryde a cada uno de ellos y mandaba arrestar y llevar presos a los más sospechosos. Un violento tumulto se levantó de repente alrededor de la cámara; los miembros excluidos probaban a abrirse paso por todos los corredores, invocaban su derecho, injuriaban a los soldados; estos se reían y burlaban. Algunos de ellos, Prynne entre otros, resistieron obstinadamente: «Yo no daré, dijo, un solo paso voluntariamente».

Algunos oficiales le colocaron como por insulto bajo la escalera, hechizados por poder unir al triunfo de la violencia, el placer de la brutalidad. Cuarenta y un miembros fueron de aquel modo arrestados, y encerrados momentáneamente en un cercano aposento. Dos solamente de los que componían la lista de Pryde, Hephens y el coronel Birch, habían logrado entrar en la cámara; pero bajo falsos pretextos les condujeron hasta la puerta, y los soldados se apoderaron de ellos al instante. «Señor presidente, gritó Birch procurando volver a la sala, ¿sufrirá la cámara que sus miembros sean así arrebatados a sus ojos, y continuareis permaneciendo inmóviles?». Envió la cámara un ujier a llevar a los miembros que estaban fuera la orden de dirigirse a su puesto; Pryde le detuvo: enviado segunda vez, no pudo llegar a ellos.

La cámara decidió que no se trataría de nada, mientras no les fuesen devueltos, y nombró una comisión para ir inmediatamente a pedirlos al general. Apenas hubo salido la comisión, llegó un pliego del ejército, presentado por el teniente coronel Axtell y algunos oficiales reclamando la exclusión oficial de los miembros arrestados, y de todos aquellos que habían votado en favor de la paz. La cámara nada respondió esperando el resultado de su comisión. La comisión dijo que el general a su vez rehusaba responder hasta que la cámara hubiese tomado alguna resolución sobre el mensaje del ejército. Entre tanto los miembros excluidos habían sido sacados de Westminster y paseados

por Londres de cuartel en cuartel, de bodegón en bodegón, ya metidos en algunos coches, o marchando a pie entre dos filas de soldados que les pedían cuenta de sus ganancias. El predicador Hugo Peters, capellán de Fairfax, vino con toda solemnidad y la espada al lado, a informarse de sus nombres de parte del general; preguntándole muchos de ellos el derecho con que los arrestaban: «Con el derecho de las armas», respondió. Hicieron suplicar al coronel Pryde que los escuchase: «No tengo tiempo, respondió Pryde, tengo otra cosa que hacer». Fairfax y su consejo, que permanecían en sesión en Whitehall, les prometieron, al fin, audiencia: se dirigieron allí; pero después de muchas horas de esperar, tres oficiales vinieron a decirles que el general estaba muy ocupado y no los podía recibir. Alguna dificultad se ocultaba bajo tanto desprecio: se evitaba su encuentro y se temía que su invencible entereza provocase demasiado rigor.

A pesar de la audacia de sus deseos y acciones, los vencedores mismos conservaban en su interior, y sin dudarlo, un secreto respeto al antiguo y legal orden: al dirigir la lista de proscripción, se habían contenido en los límites de rigurosa necesidad, esperando que un solo acto bastada para asegurar su triunfo. Ellos veían con inquietud que la cámara se obstinaba en reclamar sus miembros, y que sus contrarios seguían siendo un poderoso partido, quizá la mayoría. Con todo, era imposible vacilar. Al otro día, las tropas cerraron segunda vez las avenidas de la cámara; se renovó la misma escena; cuarenta miembros fueron aún separados; y hasta se arrestó a algunos en sus propias casas. Escribieron a la cámara pidiendo se les pusiese en libertad; pero esta vez la derrota de los presbiterianos se había consumado; en vez de responder la cámara resolvió por cincuenta votos contra veintiocho tomar en consideración las proposiciones del ejército. Esta última minoría se retiró por sí misma protestando que no volvería a entrar en la cámara hasta que se hiciese justicia a sus colegas; y después de la expulsión

de 143 miembros, que la mayor parte fueron también arrestados, si bien que después se les sacó poco a poco de la cárcel y sin ruido, los republicanos y el ejército se vieron en fin, tanto fuera como dentro de Westminster, en plena posesión del poder.

Todo cedió, todo enmudeció desde aquel día; ninguna resistencia, ninguna voz vino a turbar el partido embriagado en su victoria, sólo él podía ya hablar en todo el reino, y sólo él podía contar con la sumisión o el consentimiento universal. De esta suerte llegaba a lo sumo el entusiasmo de los fanáticos. «Como Moisés, decía Hugo Peters predicando a los generales delante los restos de las dos cámaras, como Moisés estáis destinados a sacar al pueblo de la esclavitud de Egipto: ¿Cómo se cumplirá esto?, todavía no se me ha revelado». Puso la cabeza entre sus manos, se inclinó hasta una almohada que tenía cerca de él, y levantándose de repente dijo: «Ved aquí, aquí se me ha hecho la revelación, os lo voy a explicar. Este ejército dará fin con la monarquía no tan solo aquí, pero en Francia y los otros reinos vecinos: este os sacará de Egipto. Dicen que vamos a entrar en un camino hasta aquí sin ejemplo: ¿qué pensáis de la virgen María?, ¿había habido anteriormente algún ejemplo de que pudiese una mujer concebir sin obra de hombre?, este es un tiempo que servirá de ejemplo en lo venidero». La mayor parte del partido se entregaba con regocijo a este místico orgullo. En medio de tanta exaltación, el mismo día en que los últimos restos presbiterianos se retiraron de la cámara, Cromwell fue a ocupar su lugar: «Dios me es testigo, decía por todas partes, que nada he sabido de cuanto se ha hecho en esta cámara, pero ya que está consumada la obra, me place, y por de pronto es menester sostenerla».

La cámara le acogió con ruidosas aclamaciones de reconocimiento. El presidente le dio gracias por la campaña de Escocia; y al salir de la sesión fue a alojarse en Whitehall, en los mismos

aposentos del rey. Al otro día el ejército se apoderó de las cajas de diferentes juntas, precisado, según decía, a proveer sus necesidades para no ser por más tiempo gravoso al país. Tres días después envió a Fairfax, bajo el título de *Nuevo voto unánime del pueblo*, un plan de gobierno republicano, redactado, según se dice, por Ireton, y le invitó a discutirlo en un consejo general de oficiales, para presentarlo inmediatamente al parlamento. En el ínterin, y sin tomarse el trabajo de explotar la voluntad de los lores, los diputados revocaron todos los actos y decretos dados antes en favor de la paz y que habrían servido de obstáculo a la revolución. Finalmente, versaron las peticiones sobre que se hiciese justicia del rey, único culpado de tanto derramamiento de sangre; y un destacamento salió del cuartel general con orden de llevarlo de Hurstcastle a Windsor.

El 17 diciembre a medianoche, fue despertado Carlos por el ruido del puente levadizo que se bajaba, y un grupo de hombres a caballo que entraban en el patio del castillo. En un instante quedó restablecido el silencio: pero Carlos estaba inquieto; antes que fuese día, llamó a Herbert que dormía en el aposento vecino.

—¿Habéis oído algo esta noche? —le preguntó.

—He oído bajar el puente levadizo —dijo Herbert—, pero no me he atrevido sin orden de V. M. a salir de mi aposento a una hora tan desusada.

—Id a saber lo que ha sucedido.

Herbert salió, y pronto estuvo de vuelta:

—Es el coronel Harrison, señor.

Secreta turbación se pintó en las facciones del rey.

—¿Estáis seguro de que es el coronel Harrison?





EL REY ES ARREBATADO DE LA ISLA DE WHIGHT

Herbert: El capitán Reynolds me lo ha dicho.

Rey: En este caso ya lo creo; ¿pero habéis visto al coronel?

Herbert: No, señor.

Rey: ¿Os ha dicho Reynolds por qué ha venido?

Herbert: He hecho todo lo posible para saberlo; pero la única respuesta que he podido obtener ha sido que el motivo de la llegada del coronel se sabría muy pronto. El rey despidió a Herbert; al cabo de una hora le volvió a llamar, siempre sumamente

turbado, las lágrimas en los ojos y abatido: Perdonad señor, le dijo Herbert, pero estoy consternado de ver a V. M. tan atormentado por esta novedad.

Rey: Yo no estoy asustado, pero lo que no podéis pensar, es que este hombre es el mismo que había formado el proyecto de asesinarme en los últimos tratados. Una carta me lo hizo saber. No me acuerdo de haberle visto jamás, ni haberle hecho ningún mal. No quisiera que me sorprendiesen. Este lugar es propio para cualquier delito. Volveos y procurad saber porque ha venido Harrison.

Más feliz esta vez Herbert supo que el coronel había venido para hacer conducir al rey a Windsor, dentro tres días lo más tarde, y se apresuró a noticiárselo; la alegría brilló en los ojos de Carlos: «Sea en buen hora, dijo, por fin se vuelven más tratables: Windsor es un lugar que siempre me ha gustado; allí me indemnizaré de lo que padezco aquí».

Efectivamente dos días después, el teniente coronel Cobbet vino a decir al rey que tenía orden de enviarle inmediatamente a Windsor, donde estaba ya de regreso Harrison. Carlos lejos de quejarse, apresuró él mismo su marcha. Encontró a una legua de Hurst un cuerpo de caballería encargado de escoltarle hasta Winchester. Por doquier que pasaba se veía numerosa multitud de gentilhombres, labradores y paisanos, los unos simplemente curiosos que se retiraban después de haberlo visto pasar, los otros vivamente conmovidos, haciendo en alta voz plegarias por su libertad. Al llegar a Winchester, el corregidor y los aldermanes vinieron a recibirle, presentándole según costumbre las llaves de la ciudad y dirigiéndole un discurso afectuoso. Pero Cobbet anteponiéndose bruscamente, les preguntó si habían olvidado que la cámara había declarado traidor a cualquiera que se dirigiese al rey; y ellos aterrorizados se deshicieron en humildes excusas, protestando ignorar la voluntad de la cámara, y suplicando a Cobbet que obtuviese su perdón.

Al otro día volvió a emprender el rey su camino. Entre Alresford y Farnham compareció formado en batalla otro cuerpo de caballería, encargado de relevar al que le había custodiado hasta allá: el oficial que mandaba la nueva escolta se distinguía no menos por el elegante traje que por su gallarda figura. Cubría su cabeza un gracioso sombrerillo de terciopelo; y sobre el colete de piel de búfalo ostentaba una rica banda de seda carmesí adornada de franjas de oro. Admirado Carlos de su gentil presencia pasó poco a poco cerca de él, recibió un cortés saludo, y se juntó con Herbert:

—¿Quién es, preguntó Carlos, aquel oficial?

—El coronel Harrison, señor.

El rey se volvió al instante, consideró por mucho tiempo al coronel, y tan atentamente, que este como sofocado se retiró a retaguardia para evitar sus miradas:

—Este hombre —dijo Carlos a Herbert— tiene el aire de un verdadero soldado; entiendo algo en fisonomías, la suya me gusta: no es la de un asesino.

Pasó la tarde en Farnham, donde se detuvo la escolta para hacer noche. Carlos vio al coronel en un rincón de la sala, le hizo señal de que se acercase; obedeció Harrison con deferencia y embarazo, con ademán rudo y tímido al mismo tiempo: tomóle el rey por el brazo, lo condujo a una ventana, conversó más de una hora con él, y le habló de lo que le habían dicho: «Nada es más falso, señor, contestó Harrison; lo que he dicho y lo que repito es que la justicia no hace excepción de personas, y que la ley es igualmente obligatoria para los grandes y los pequeños;» y estas últimas palabras fueron pronunciadas con manifiesta afección. El rey rompió la conversación, se puso a la mesa y no volvió a dirigir la palabra a Harrison, sin dar a entender por eso que en aquella respuesta encontraba ningún sentido que le pudiese inquietar.

Debía llegar al otro día a Windsor: al salir de Farnham declaró que quería comer en medio del bosque quedándose en Bagshot en casa de lord Newburgh, uno de sus más fieles partidarios. Harrison no se atrevió a negarlo, aunque la instancia le dio lugar a algunas sospechas. No carecían en realidad de fundamento; lord Newburgh, muy aficionado a caballos, tenía uno que pasaba por el más ligero de Inglaterra: así se lo había anunciado a Carlos en la secreta correspondencia, que desde mucho tiempo atrás mantenía con él, diciéndole que le sería fácil escapar cuando quisiese de su escolta, burlando a través del bosque, cuyos senderos conocía muy bien el rey, la más encarnizada persecución.

Carlos en efecto desde Farnham a Bagshot se quejaba sin cesar de su caballo anunciando que lo querría cambiar. Pero apenas llegó a Bagshot, supo que la víspera, el caballo con que contaba en el establo, había recibido un golpe tan fuerte en el pie que no estaba en estado de servir. Lord Newburgh, desconsolado, le ofreció otros caballos, «muy buenos, según decía, y que bastaban para sacarle del paso». Pero aun cuando hubiese sido con él más veloz, la empresa era peligrosa, porque los soldados de la escolta estaban siempre muy cerca del rey y con pistola en mano. Carlos renunció sin trabajo a arrostrar tal peligro; y por la tarde al llegar a Windsor, contento de entrar en uno de sus palacios, de ocupar su acostumbrado aposento, y encontrarlo todo preparado para recibirle, poco más o menos como cuando iba con su corte a pasar en aquel hermoso lugar los días de fiesta, lejos de sentirse atormentado por siniestros presagios, casi había olvidado que estaba prisionero.

En el mismo día y casi al mismo instante la cámara baja votaba que sería procesado, y se nombraba una comisión para preparar la acusación. A pesar de los pocos miembros presentes, muchas voces se levantaron contra aquella medida: los unos pedían que se concretasen a deponerle como ya se había

hecho con algunos de sus predecesores; otros sin decirlo manifestaban desear su muerte de modo que no fuesen responsables.

Pero los libertinos atrevidos, los sinceros entusiastas, y los rígidos republicanos querían un juicio público, que demostrase su fuerza y proclamara su derecho. Sólo Cromwell, más fogoso que ninguno otro en provocar, se dirigía hipócritamente a su fin: «Si alguno, decía, hiciese esta moción con designio premeditado le miraría como al más insigne traidor del mundo; pero ya que la Providencia y la necesidad han puesto a la cámara en esta deliberación, suplico a Dios bendiga sus consejos, aunque no esté yo dispuesto a dar inmediatamente mi parecer». Por uno de aquellos extraños pero invencibles escrúpulos que ponen de manifiesto la iniquidad cuando más procura ocultarse, a fin de poner al rey en juicio sin el pretexto de una ley en nombre de la cual pudiera ser condenado, se votó desde luego que había cometido traición en hacer la guerra al parlamento; y sobre la moción de Scott, se adoptó al momento una ordenanza instituyendo un supremo tribunal, este tribunal debía componerse de ciento cincuenta comisionados, seis pares, tres grandes jueces, once barones, diez caballeros, seis aldermanes de Londres, todos los hombres más importantes de partido en el ejército, el parlamento y la municipalidad, menos Saint-John y Vane, que declararon formalmente desaprobado el acto, y no querer tomar parte.

Cuando la ordenanza fue presentada a la sanción de la cámara alta, reanimóse un poco el antiguo orgullo de aquella asamblea, hasta entonces tan abatida, que al parecer había ella misma aceptado su nulidad:

—No hay parlamento sin el rey, sostuvo lord Manchester; el rey no puede pues ser traidor para con el parlamento.

—Ha querido la cámara baja —dijo lord Denbigh— insertar mi nombre en su ordenanza pero yo me dejaré hacer pedazos antes que asociarme a una tal infamia.

—Yo no quiero —dijo el viejo conde de Pembroke— mezclarme en negocios de vida y muerte; no hablaré contra esta ordenanza, pero tampoco consentiré.

Los doce lores únicos que se hallaban presentes rechazaron la proposición de la cámara baja unánimemente. Al otro día no recibiendo ningún mensaje de los lores los diputados encargaron a dos de sus miembros que fuesen a la cámara alta, se hiciesen manifestar los registros, y diesén cuenta de su resolución.

Con lo que estos dijeron, votaron al instante que la oposición de los lores nada detendría; que el pueblo había recibido de Dios la fuente de todo poder legítimo, y que los diputados de Inglaterra elegidos y representando al pueblo, poseían el soberano poder; y por una nueva ordenanza, el supremo tribunal de justicia, instituido sólo en nombre de la cámara baja, fue reducido a 135 miembros, y tuvo orden de juntarse sin retardo para arreglar los preparativos del proceso.

Reunióse en efecto en sesión secreta, los 8, 10, 12, 13, 15, 17, 18 y 19 enero, bajo la presidencia de John Bradshaw primo de Milton, jurisconsulto apreciado en el bufete, grave en sus costumbres, pero de un espíritu altanero, fanático, sincero, y como tal ambicioso, inclinado a probarlo todo para ser rico, y pronto a dar su vida por su opinión. Tal era la ansiedad pública que estalló insuperable división en el centro mismo del tribunal: ningún llamamiento, ningún esfuerzo pudo lograr que se reuniesen en las sesiones preparatorias más de cincuenta y ocho miembros: Fairfax fue allá la primera vez, pero no volvió más. Entre los mismos miembros presentes muchos vinieron sólo para declarar su oposición: tal fue entre otros la conducta de Algernon Sidney, joven aún, pero ya de mucho influjo en el

partido republicano. Retirado desde algún tiempo en el castillo de Penshurst, en casa de lord Leicester su padre; cuando supo que le habían nombrado del supremo tribunal, partió inmediatamente para Londres; y en las sesiones de los 13, 15 y 19 enero, aunque la cuestión pareció decidida, se opuso con energía al proceso.

Temía sobre todo que la aversión con que miraría el pueblo a la república, quizá sería causa de una fuerte revolución que salvaría al rey y la perdería para siempre.

—Nadie se moverá —gritó Cromwell importunado con tales presagios—; os digo, que le sabremos cortar la cabeza con la corona encima.

—Haced lo que os acomode —replicó Sidney—, no os lo puedo impedir; pero a buen seguro que no intermediaré yo en este negocio.

Y salió para no Volver. Reducido en fin, a los miembros que aceptaban su misión, el tribunal sólo se ocupó del modo de arreglar el proceso. John Coke, abogado de mucha fama, e íntimo amigo de Milton, fue nombrado procurador general, y cómo a tal encargado de llevar la palabra, ya sea en el acto de la acusación, ya en el curso de las sesiones. Elsing, secretario de cámara hasta aquella época, acababa de retirarse con pretexto de enfermedad; Henry Scobell fue elegido para reemplazarle.

Se determinó cuidadosamente qué regimientos y cómo prestarían el servicio durante el curso del proceso, dónde estarían colocadas las centinelas, advirtiéndole que no omitieron ponerlas hasta en el lecho y en las ventanas que daban luz a la sala; qué barreras se levantarían para separar al pueblo, no solamente del tribunal sino que también de los soldados. El 20 de enero fue, al fin, señalado para comparecer el rey ante el tribunal en Westminster Hall; y desde el 17, como si ya estuviese condenado, la cámara había nombrado un comisionado para recorrer todos

los palacios, castillos y moradas del príncipe, haciendo un exacto inventario de sus muebles, propios ya del parlamento.

Cuando el coronel Whitchcott, gobernador de Windsor, anunció al rey que dentro de pocos días sería conducido a Londres: «Dios está en todas partes, respondió Carlos, y en todas es tan poderoso como bueno». La noticia le causó sin embargo una viva inquietud; hacía tres semanas que vivía en la más extraña seguridad, sin tener más que alguna rara noticia y esa no exacta de las decisiones de las cámaras, y consolándose con algunas noticias de Irlanda, que le prometían pronto socorros; jamás sus servidores le habían visto más confiado ni más alegre al mismo tiempo: «Dentro seis meses, decía, quedará restablecida la paz en Inglaterra, y si no, recibiré de Irlanda, de Dinamarca y otros reinos, los medios para volver a entrar en mis derechos;» y en otra ocasión se le oyó decir: «Tengo aún tres cartas que jugar de las que una sola me bastará para ganarlo todo».

A eso, no obstante, una circunstancia llegó a turbar su bienestar: casi hasta lo último de su permanencia en Windsor había sido tratado y servido con toda la etiqueta de la corte: comía en público, en el salón de gala, bajo dosel; el chambelán, el trinchante, el repostero todos cumplían su deber en la forma acostumbrada; le presentaban la copa de rodillas, le llevaban los platos cubiertos, se los probaban y él disfrutaba con gravedad de esta solemne sumisión. De repente, por una comunicación recibida del cuartel general cambió el ceremonial del servicio: soldados eran en lo sucesivo los que le presentaban los platos descubiertos sin probarlos anteriormente, ni servirlos de rodillas, hasta la etiqueta del dosel cesó del todo; Carlos sintió amargo tormento: «Los miramientos que se me rehúsan no han faltado jamás a ningún soberano, ni a ninguna persona de elevada jerarquía, decía el abatido monarca. ¿Habrà nada más despreciable en el mundo que un príncipe que han reducido al en-

vilecimiento?». Y para no presenciar este insulto, únicamente quiso comer en su aposento, casi solo y escogiendo él mismo dos o tres platos de los de la lista que le presentaban.

El viernes, 19 enero, un cuerpo de caballería apareció en Windsor, Harrison a su frente, encargado de llevarse al rey: una carroza con seis caballos esperaba en el patio del castillo. Carlos subió en ella, y algunas horas después había entrado en Londres en el palacio de Saint-James, rodeado todo de guardias; dos centinelas en la puerta de su mismo aposento; Herbert quedó sólo para servirle, y dormía al lado de su cama.

Al otro día (20), a cosa del mediodía, el supremo tribunal, reunido de antemano en sesión secreta con la cámara, se apresuraba a arreglar los últimos detalles de su misión; la oración acostumbrada se había concluido apenas cuando vinieron a anunciar que el rey, en un coche cerrado y entre dos hileras de soldados iba a llegar; Cromwell corrió a la ventana, y volviendo al instante pálido, y por tanto muy animado: «Aquí está, aquí está; señores, está cercana la hora de la grande obra; decidid con prontitud, os suplico, lo que tendréis que responderle; porque él os preguntará seguramente al instante en nombre de qué autoridad pretendéis juzgarle». Nadie habló. «En nombre de las municipalidades asociadas al parlamento y de todo el buen pueblo de Inglaterra:» dijo Henry Martyn. Ninguno se opuso: el tribunal se puso en marcha para dirigirse a su gran sala de Westminster: al frente iba el presidente lord Bradshaw; llevaban delante de él la espada y maza; dieciséis oficiales armados de partesanas precedían al tribunal.

El presidente se sentó en un sillón de terciopelo carmesí; a sus pies se veía el secretario sentado en frente de una mesa cubierta de rica alfombra de Turquía, y sobre la que se había colocado la espada y la maza; a derecha e izquierda, sobre asientos de escarlata, los miembros del tribunal; a los dos extremos los maceros un poco más adelante del tribunal. Instalado éste, se

abrieron todas las puertas; la muchedumbre se precipitó a la sala: restablecido el silencio, y después de la lectura del acta de la cámara que instituía el tribunal, se hizo nominal llamamiento; sesenta y nueve miembros estaban presentes. «Ujier, dijo Bradshaw, mandad comparecer el preso».

Apareció el rey, bajo la guarda del coronel Hacker y treinta y dos oficiales; un sillón de terciopelo carmesí le estaba preparado en la barra: se adelantó hacia él, mirando severa y fijamente al tribunal; ocupó el sillón sin quitarse el sombrero; se levantó frecuentemente, miró detrás de sí la guardia situada a la izquierda, y la multitud de los espectadores a la derecha de la isla, dirigió una mirada a los jueces, y después volvió a ocupar su asiento en medio del silencio universal.

Bradshaw se levanta al instante: «Carlos Estuardo, rey de Inglaterra, le dijo, los Diputados de Inglaterra reunidos en parlamento, profundamente penetrados de los males que han caído sobre esta nación, y de los que sois considerado como el principal autor, han resuelto perseguir el crimen de sangre; con esta intención han instituido este supremo tribunal de justicia, delante del cual comparecéis hoy. Vais a saber los cargos que se os hacen».

El procurador general Coke se levantó para tomar la palabra: «¡Silencio!» dijo el rey tocándole con su bastón en la espalda; Coke se volvió a mirarlo lleno de irritación y de sorpresa; el puño del bastón del rey había caído al suelo: momentánea aunque profunda turbación apareció en sus facciones; ninguno de sus servidores estaba allí para cogerle el puño; se bajó, lo cogió él mismo, se volvió a sentar, y Coke leyó el acta de la acusación, que imputaba al rey todos los males nacidos de su tiranía, y luego de la guerra, y pedía que estuviese obligado a responder a los cargos y que se le condenase como a tirano, traidor y asesino.

Durante esta lectura, el rey siempre sentado dirigía ya sobre los jueces, ya sobre el pueblo, tranquilas miradas: en cierto momento se levantó de nuevo, dio la espalda al tribunal para mirar detrás de sí, y se volvió a sentar al parecer curioso e indiferente. A las solas palabras de «Carlos Estuardo, tirano traidor y asesino,» se rio aunque siempre en silencio.

Acabóse la lectura: «Señor, dijo Bradshaw al rey, habéis oído vuestra acusación: el tribunal espera la respuesta».

El rey: Querría saber por qué poder soy llamado aquí. Yo estaba, aún no ha mucho tiempo, en la isla de Wight, tratando con las dos cámaras del parlamento, bajo las garantías de la fe pública. Estábamos cercanos a concluir el tratado: quiero saber por qué autoridad, se entiende legítima, pues hay en el mundo muchas ilegítimas, por ejemplo, las de ladrones y asesinos, querría, digo, saber por qué autoridad se me ha sacado de allí, llevándome de acá a acullá, no sé con que intención. Cuando sepa cuál es esta legítima autoridad contestaré.

Bradshaw: Si hubieseis puesto atención a lo que os ha dicho el tribunal en el momento de vuestra llegada, sabríais cual es esta autoridad. Se os requiere en nombre del pueblo de Inglaterra del que fuisteis elegido rey: debéis responderle.

El rey: No, señor, niego ese precedente.

Bradshaw: Si no reconocéis la autoridad del tribunal, procederá contra vos.

El rey: Yo os digo que la Inglaterra nunca ha sido jamás un reino electivo, pues hace más de mil años que es reino hereditario. Hacedme pues conocer por qué autoridad soy llamado aquí. Allí está el señor teniente coronel Cobbet, preguntadle si sólo con la fuerza logró sacarme de la isla de Wight. Yo sostendré aquí como cualquier otro los privilegios de la cámara de los diputados. ¿Dónde están los lores? Yo no veo ningún lord aquí para poder constituir el parlamento, para lo cual sería preciso

también un rey: ¿es de este modo como se llama a un rey a su parlamento?

Bradshaw: Señor, el tribunal espera de vos una respuesta definitiva. Si lo que os decimos de nuestra propia autoridad no os basta, a nosotros nos satisface porque sabemos que se funda en la autoridad de Dios y del reino.

El rey: No es mi opinión ni la vuestra quien lo debe decidir.

Bradshaw: Se os ha oído: se dispondrá de vos según las órdenes del tribunal. Que se lleven al preso. El tribunal se reunirá el lunes próximo.

Retiróse el tribunal; salió el rey con la misma escolta que le había conducido. Al levantarse vio la espada que estaba en la mesa: «Yo no tengo miedo de esta», dijo señalándola con su palo. Al bajar la escalera se oyeron algunas voces que clamaban: «¡Justicia! ¡Justicia!». Pero mucho mayor número gritaba: «¡Dios guarde al rey! ¡Dios salve a V. M.!».

Al otro día al abrirse la sesión había sesenta y dos miembros presentes; se mandó bajo pena de encarcelamiento que se guardase el más profundo silencio: el rey a su llegada, no dejó de ser acogido con viva aclamación. Empezó la misma discusión igualmente obstinada por ambas partes: «Señor, dijo finalmente Bradshaw, ni vos ni nadie será admitido a rehusar tribunal que está aquí sentado por autoridad de los diputados de Inglaterra, ante los cuales vos y vuestros antecesores habéis sido responsables».

El rey: Lo niego; mostradme un antecedente.

Bradshaw se levantó encolerizado.

Bradshaw: Señor, no estamos aquí para responder a vuestras preguntas; responded a la acusación si sois *culpado* o no *culpado*.

El rey: Aún no habéis oído mis razones.

Bradshaw: Ninguna razón podéis alegar contra la más suprema de todas las jurisdicciones.

El rey: Mostradme pues esta jurisdicción, que no se entiende de razones.

Bradshaw: Ya os la mostramos aquí: estos son los diputados de Inglaterra: que se lleven al preso.

El rey se dirigió al pueblo: «¡tened presente, dijo, que el rey de Inglaterra es condenado sin que le sea permitido dar sus razones en favor de la libertad del pueblo!» y un grito casi general exclamó: «¡Dios salve al rey!».

La sesión del otro día, 23 enero, produjo las mismas escenas: la simpatía del pueblo hacia el rey crecía cada día más y más; en vano los oficiales y soldados irritados clamaban a su vez: «¡Justicia! ¡Ejecución!». La multitud aterrada callaba un instante, pero luego por cualquier accidente, olvidaba su temor y el grito de «¡Dios salve al rey!» resonaba por todas partes. En las mismas filas del ejército tuvo lugar: el 23, pasando Carlos por ellas al salir de la sesión, un soldado de la guardia dijo bastante alto: «¡Señor, Dios os bendiga!» un oficial le sacudió con su bastón: «Caballero, dijo el rey alejándose, el castigo sobrepuja la falta». Al mismo tiempo llegaban de afuera representaciones, pasos poco temibles en verdad, pero que sostenían la indignación pública. El ministro de Francia remitió a la cámara baja una carta de Enriqueta María que pedía el permiso de reunirse a su marido, ya para obligarle a rendirse a su voluntad, ya para consolarle con su amor.

El príncipe de Gales escribió a Fairfax y al consejo de oficiales, con esperanza de despertar en su corazón algún sentimiento de lealtad. Los comisionados de Escocia protestaron oficialmente en nombre de aquel reino contra todo lo que pasaba. Se anunció la próxima llegada de una embajada de los estados generales enviada para intervenir en favor del rey.

Ya el mismo John Cromwell, oficial al servicio de Holanda, y primo de Oliver, estaba en Londres, quejándose al teniente general y casi amenazándole. Se descubrió y detuvo la impresión de un manuscrito titulado: *Suspiros Reales*, obra del mismo rey, decían, y capaz de excitar su sola lectura un levantamiento. Por todas partes, en fin, se levantaban, si no grandes obstáculos, al menos nuevas causas de fermentación, que desaparecerían seguramente, según creían los republicanos, al estar resuelta la cuestión, pero que mientras estuviese indecisa la harían cada día más embarazosa y temible.

Resolvieron salir luego de este estado, suprimir todo debate y que sólo compareciese el rey para saber su sentencia. Sea por un resto de respeto a las formas legales, o ya para producir nuevas pruebas de la mala fe de Carlos en las negociaciones, el tribunal empleó los días 24 y 25, en recoger las declaraciones de treinta y dos testigos. El 25, al fin de la sesión, y casi sin discutirlo se votó la condena del rey como a tirano, traidor, asesino y enemigo del país. Scott, Martyn, Harrison, Lysle, Say, Ireton y Love fueron encargados de redactar la sentencia. Sólo cuarenta y seis miembros había aquel día. El 26, sesenta y dos miembros presentes, sin leer casi la sentencia fue discutida y adoptada. El tribunal se reunió al otro día para pronunciarla.

El 27, a mediodía, después de dos horas de conferencia dentro la cámara, se abrió la sesión según costumbre por el llamamiento nominal: al oír el nombre de Fairfax, «vale demasiado para estar ahí» respondió una voz de mujer del fondo de una galería. Después de un momento de sorpresa y duda, continuó la lista; sesenta y siete miembros estaban presentes. Cuando el rey entró en la sala, levantóse horrible gritería. «¡Ejecución!, ¡justicia!, ¡ejecución!». Los soldados estaban muy animados; algunos oficiales, Axtell más que todos, que mandaba la guardia, los excitaban a gritar; algunos grupos situados en diversos pun-

tos de la sala secundaban sus clamores, la multitud callaba consternada.

«Señor, dijo el rey a Bradshaw antes de sentarse, pido decir una palabra; espero que no os daré motivo de interrumpirme».



ENRIQUETA MARÍA

Bradshaw: Responderéis cuando os toque, antes escuchad.

El rey: Caballero, si os place, deseo que se me oiga, sólo una palabra. Un inmediato juicio...

Bradshaw: Seréis escuchado cuando será tiempo; ahora debéis escuchar.

El rey: Caballero, yo deseo... Lo que tengo de decir es relativo a lo que según creo va a pronunciar el tribunal; y no se debe ir precipitado en una sentencia.

Bradshaw: Se os escuchará, señor, antes de dar la sentencia. Hasta entonces, debéis absteneros de hablar.

Asegurado de esta suerte, aparecieron algo serenas las facciones del rey; se sentó; Bradshaw volvió a tomar la palabra.

«Señores, dijo, es bien sabido de todos que el preso de la barra ha comparecido muchas veces ante el tribunal para responder a una acusación de traición y otros grandes delitos presentada contra él en nombre del pueblo de Inglaterra.

»Ni siquiera la mitad del pueblo, gritó la misma voz que había resonado cuando se pronunció el nombre de Fairfax: ¿dónde está el pueblo?, ¿dónde su consentimiento? Oliver Cromwell es un traidor».

La asamblea toda tembló; todas las miradas se dirigieron hacia la galería: «¡Fuera p...!, gritó Axtell; ¡soldados, fuego a ellas!». Entonces se vio que la que había gritado era *lady* Fairfax.

Una turbación general estalló; los soldados esparcidos por todas partes y amenazando tenían mucho trabajo en contenerla; un poco restablecido, al fin, el orden, Bradshaw hizo presente la obstinación con que rehusó el rey responder a la acusación, la notoriedad de los crímenes que le eran imputados, y declaró que se había acordado en la sentencia escuchar la defensa del preso, si desistía de no querer reconocer su jurisdicción.

«Pido, dijo el rey, ser oído en la cámara de los lores y diputados, sobre una proposición, que importa mucho más a la paz del reino y a la libertad de mis súbditos que a mi propia conservación».

Una viva agitación cundió entre los presentes; amigos o enemigos todos procuraban adivinar a qué fin pedía esta conferencia el rey con las dos cámaras, y qué era lo que quería proponer: circulaban distintos rumores; la mayor parte creían que quería abdicar su corona en favor de su hijo. Pero de todos modos era sumo el embarazo; el partido, a pesar de su triunfo, no se sentía con medios de perder tiempo, ni con ánimo de correr nuevos peligros; aun entre los mismos jueces se dejaba entrever alguna duda.

Para eludir el peligro sostuvo Bradshaw que la demanda del rey solo era un efugio, a fin de recusar de hecho la jurisdicción de la audiencia; una larga y sutil discusión se movió entre ellos por este motivo. Carlos de silencio y atención: se le respondía con los gritos de: «¡Justicia! ¡Ejecución!». Turbado en fin, casi fuera de sí:

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme! —gritó con apasionado acento.

Volvieron a empezar los mismos gritos; inesperado movimiento se manifestó en las gradas del tribunal. Uno de los miembros, el coronel Downs, se agitaba en su asiento; en vano sus dos vecinos, Cawley y el coronel Wanton se esforzaban en contenerle:

—¿Tenemos pues corazón de piedra? —decía— ¿somos hombres?

—Nos perdéis y vos mismo con nosotros —le dijo Cawley.

—No importa —replicó Downs—; aunque deba yo morir es preciso que lo haga.

Insistía siempre con más calor para ser oído, pero cada vez los soldados movían más ruido a su alrededor injuriándole abiertamente: los unos fumaban tabaco y le echaban el humo; otros murmuraban en términos groseros de la lentitud del proceso; Axtell se reía y mofaba de todo. En vano se dirigió a ellos

el rey, y ya con gestos ya con palabras, probó de obtener algunos instantes.

A esta palabra Cromwell que ocupaba otro asiento más alto, le dijo bruscamente:

—¿Coronel, estáis en vuestro juicio? ¿En qué pensáis? ¿No podéis permanecer tranquilo?

—No —replicó Downs—, yo no puedo permanecer tranquilo Y se levantó al instante.

—Milord —dijo al presidente—, mi conciencia no está harta ofuscada para rehusar lo que pide el preso; pido que el tribunal se retire para deliberar.

—Ya que uno de los miembros lo desea —respondió con gravedad Bradshaw—, debe retirarse el tribunal.

Y pasaron todos al instante a una sala vecina.

Apenas hubieron entrado, Cromwell acusó bruscamente al coronel pidiéndole cuenta del desorden y embarazo que había causado. Downs se defendió con turbación, alegando que quizá las proposiciones del rey serían satisfactorias; que todo lo que se había buscado y buscaba aún eran sólidas garantías; que no era menester rehusar sin conocimiento las que el rey quería ofrecer; que con él se debían al menos seguir las más sencillas reglas del derecho común. Cromwell le escuchaba con brutal impaciencia y se agitaba alrededor de él, interrumpiéndole ya a propósito.

«Vednos ya instruidos, dijo, de las grandes razones del coronel, para echarlo todo a perder de esta suerte; él no sabe lo que se ha de hacer con el más inflexible mortal que haya existido ¿conviene que el tribunal se deje distraer y entretener por la voluntad de un solo hombre? Muy bien vemos el fin de todo esto; él querrá salvar a su antiguo dueño; acabemos, volvamos a entrar, y hagamos nuestro deber». En vano el coronel Herwey y algunos otros apoyaron el voto de Downs, la discusión dio fin

a la media hora, el tribunal volvió a entrar en sesión, y Bradshaw declaró al rey que no se accedía a su petición.





INSULTOS PRODIGADOS A CARLOS I

Carlos apareció vencido y sólo insistió débilmente:

—Si no tenéis nada que añadir —le dijo Bradshaw—, se procederá a la sentencia.

—Nada añadiré, caballero —respondió el rey—; desearía solamente que se escribiese lo que yo he dicho.

Bradshaw, sin contestarle, le anunció que iba a saber su sentencia; pero antes que se procediera a la lectura, dirigió al rey un largo discurso, solemne apología de la conducta del parla-

mento, en donde todos los daños causados por el rey fueron recopilados y le acusó de todos los males de la guerra civil, ya que su tiranía había hecho de la resistencia no sólo un deber sino que también una necesidad.

El lenguaje del orador era duro, amargo, pero grave, compasivo, sin insulto y su convicción evidentemente profunda, aunque mezclada de alguna emoción de venganza. El rey le escuchó sin interrumpirle y con igual gravedad. A medida que iba adelantando el discurso hacia su fin, una visible turbación se apoderó de él; en el momento en que calló Bradshaw, probó de tomar la palabra: Bradshaw se opuso, y dio orden al secretario que hacía las veces de escribano de leerle la sentencia. Acabada la lectura: «Este es, dijo, el acto, el voto y la unánime sentencia del tribunal». Todos los miembros se levantaron en señal de aprobación. «Caballero, dijo el rey, ¿queréis escuchar una palabra?».

Bradshaw: Señor, no podéis ser oído después de la sentencia.

El rey: ¿No?

Bradshaw: No señor, con vuestro permiso. Guardias llevaos el preso.

El rey: Yo puedo hablar después de la sentencia... con vuestro permiso, caballero, yo siempre tengo derecho de hablar después de la sentencia... Con vuestro permiso... Aguardad... La sentencia caballero... Yo digo que... ¡Si a mí no se me permite hablar, pensad que justicia pueden esperar los demás!

En este instante los soldados le rodearon, le sacaron de la barra, y le llevaron por fuerza hasta donde le aguardaba el coche: tuvo que sufrir al bajar la escalera los más groseros insultos; los unos arrojaban a sus pies su pipa encendida; los otros le soplaban el humo del tabaco a la cara, todos gritaban a sus oídos: «¡Justicia!, ¡ejecución!». A estos gritos sin embargo, el pueblo mezclaba alguna vez los suyos: «¡Dios salve a V. M.! ¡Dios libre

a V. M. de las manos de sus enemigos!» y hasta que estuvo encerrado en el coche, los que le llevaban se mantuvieron con la cabeza descubierta a pesar de las órdenes de Axtell que llegó hasta sacudirles.

Se pusieron en marcha para Whitehall; los soldados ocupaban ambas aceras de todo el camino; delante las tiendas, las puertas y ventanas, había un inmenso gentío, la mayor parte en silencio, otros llorando, algunos rogando en alta voz por el rey. A cada paso los soldados para celebrar su triunfo renovaban sus gritos: «¡Justicia! ¡Justicia! ¡Ejecución! ¡Ejecución!». Pero Carlos había recobrado su serenidad acostumbrada, y demasiado altanero para hacer caso de su odio: «Pobres gentes, dijo al salir de su coche, por un chelín gritarían lo mismo contra sus oficiales».

Apenas hubo entrado en Whitehall: «Herbert, dijo, escucha; mi sobrino el príncipe elector y algunos lores amigos míos, harán todos los esfuerzos para poderme ver; yo se lo agradezco; pero mi tiempo es corto y se debe aprovechar; deseo emplearlo en cuidar de mi alma; espero pues que no se incomodarán de que quiera sólo ver a mis hijos. El mayor favor que en el día me pueden hacer y deseo de los que me aman, es que rueguen por mí».

Hizo en efecto llamar a sus dos jóvenes hijos, la princesa Isabel y el duque de Gloucester, que quedaban bajo la custodia de las cámaras, y el obispo de Londres Juxon, del que ya había recibido de antemano, por la intervención de Hugo Peters, los auxilios espirituales. Una y otra petición le fue concedida. Al otro día, 28, el obispo se dirigió a Saint-James, donde acababa de ser trasportado el rey; al verle se entregaba a su dolor: «Dejemos esto, milord, le dijo Carlos; no tenemos tiempo de ocuparnos en ello, pensemos en nuestro gran negocio, es preciso prepararme para comparecer ante Dios, a quien dentro poco tendré que dar cuenta. Espero prepararme con sosiego, y que

vos me ayudareis. Hablemos de estos miserables en cuyas manos estoy; tienen sed de mi sangre, la saciarán; cúmplase la voluntad de Dios».

Pasó lo restante del día en devota conversación con el obispo: sólo con mucha dificultad había logrado que los dejaran solos en su aposento en el que el coronel Hacker había puesto dos soldados; y durante la visita de Juxon el centinela de la puerta la abría a cada momento para asegurarse de que el rey estaba allí. Como lo había presumido, su sobrino el príncipe elector, el duque de Richmond, el marqués de Herteford, los condes Southampton, Lindsey, y algunos otros de sus más antiguos servidores, se presentaron para verle, pero no los recibió. M. Seymour, gentilhombre al servicio del príncipe de Gales llegó en aquel mismo día de la Haya, portador de una carta del príncipe; el rey dio orden de que se le hiciese entrar, leyó la carta, la arrojó al fuego; encargó de su contestación al mensajero, al que la había llevado su respuesta, y le despidió inmediatamente. Al otro día, 29, casi al amanecer, el obispo volvió a Saint-James. Acabado el rezo matutinal, el rey mandó le llevasen un cofrecillo que contenía la cruz de San Jorge y de la Jarretiere todas destrozadas: «Ved aquí, dijo a Herbert y Juxon las únicas riquezas de que puedo disponer en favor de mis hijos».

Se los presentaron: al ver a su padre la princesa Isabel, de doce años de edad, se puso a llorar; el duque de Gloucester, que aún no tenía ocho, lloraba al mirar a su hermana: Carlos los sentó sobre sus rodillas, les repartió sus joyas, consoló a su hija, le aconsejó los libros que debía leer para asegurarse contra el papismo y le encargó dijese a sus hermanos que él perdonaba a sus enemigos, a su madre que jamás se había borrado de su memoria y que hasta el último momento la amaba como el primer día. Después dirigiéndose al joven duque:

—Mi querido hijo —le dijo—, van a cortar la cabeza a tu padre.

El niño le miró fijamente y con un aire serio.

—Está atento, hijo mío, a lo que te voy a decir: tú no debes ser rey mientras vivan tus hermanos Carlos y Jacobo, porque ellos cortarán la cabeza a tus hermanos si los pueden atrapar, y acabarán con cortártela a ti igualmente; te mando, no consientas jamás en ser rey nombrado por ellos.

—Más pronto me dejaré hacer pedazos —respondió el niño conmovido.

El rey lo abrazó con alegría, lo puso en tierra, abrazó a su hija, bendijo a los dos y rogó a Dios los bendijese; después levantándose de repente:

—Mandadlos sacar de aquí —dijo a Juxon—, los niños sollozaban.

El rey conmovido, apoyaba la cabeza contra una ventana, ahogando su llanto; abrióse la puerta, iban a salir sus hijos; Carlos dejó precipitadamente la ventana, los volvió a tomar en sus brazos, los bendijo de nuevo, y huyendo, en fin, de sus caricias, cayó de rodillas y se puso a rezar con el obispo y Herbert, únicos testigos de aquella deplorable despedida.

Durante la misma mañana se había reunido el tribunal superior y había señalado, el martes 30 enero, de las diez a las cinco para la ejecución. Cuando fue preciso firmar la orden fatal, costó infinito congregarse los miembros comisionados; en vano dos o tres de los más apasionados se habían situado en la puerta de la sala, prendiendo a sus colegas que salían para dirigirse a la cámara baja, obligándoles a venir a poner su nombre; muchos de aquellos mismos que habían votado la sentencia, procuraron ocultarse, o lo rehusaron abiertamente. Cromwell casi solo, alegre, mordaz, atrevido, se entregaba como de costumbre, a la más grosera truhanería; después de haber firmado el tercero, llenó de tinta la cara de Henry Martin que estaba a su lado y que en el acto le devolvió la acción. El coronel Ingoldsby, su

primo, inscrito en el número de los jueces, pero que aún no había comparecido, entró por casualidad en la sala: «Ahora si gritó Cromwell que no nos escaparás» y apoderándose inmediatamente de Ingoldsby, con muchas carcajadas, ayudado de algunos miembros que estaban allí, le puso la pluma entre los dedos y guiándole la mano, le obligó a firmar.







CARLOS SE DESPIDE DE SUS HIJOS

Se recogieron al fin, cincuenta y nueve firmas muchas de ellas anteceditas de nombres tan mal escritos, ya sea por turbación ya por voluntad, que era casi imposible leerlos. Dióse orden al coronel Hacker, al coronel Huncks y al teniente coronel Phayre, de llevar a cabo la ejecución. Hasta entonces los embajadores de los Estados Unidos, Albert Joaquin y Adrien de Pauw, llegados a Londres cinco días antes, habían en vano solicitado una audiencia de la cámara; ni su demanda oficial, ni sus visitas a Fairfax, Cromwell y algunos otros oficiales, lo habían podido conseguir.

Se les advirtió de repente que a las dos serían recibidos por los lores, y a las tres por los diputados. Se presentaron apresuradamente y cumplieron su comisión; se les prometió una contestación, y al volver a sus alojamientos, vieron empezar en Whitehall los preparativos de la ejecución. Habían recibido visita de los ministros de Francia y España, pero ni uno ni otro habían querido tomar parte en sus diligencias: el primero se contentó con protestar que ya había previsto aquel golpe desgraciado desde mucho tiempo y que había hecho no pocos esfuerzos para impedirlo; el segundo, según dijo, aún no había recibido de su gabinete ninguna orden de intervenir, pero la esperaba de un instante a otro.

Al otro día, 30, a cosa del mediodía, una segunda visita a Fairfax en la misma casa de su secretario, había dado a los holandeses alguna esperanza; se había conmovido a sus representaciones, y parecía al fin decidido a salir de su inercia: había prometido dirigirse inmediatamente a Westminster para solici-

tar al menos un sobreseimiento. Pero así que le dejaron delante de la casa misma en que le acababan de hablar, los dos embajadores encontraron un cuerpo de caballería que hacía desocupar la plaza; todas las avenidas de Whitehall, todas las calles vecinas estaban igualmente desocupadas; por todas partes oían decir que el rey estaba pronto, y que no se haría aguardar mucho tiempo.

Muy de mañana en efecto, en un aposento de Whitehall, al lado de la cama en que Ireton y Harrison estaban aún acostados juntos, Cromwell, Hacker, Huncks, Axtell y Phayre, se habían reunido para extender el último acto de este horrible proceso, la orden que debía dirigirse al ejecutor.

—Coronel —dijo Cromwell o Huncks—, a vos toca escribir y firmar.

Huncks lo rehusó obstinadamente

—¡Qué obstinado regañón! —dijo Cromwell.

—A la verdad coronel Huncks —le dijo Axtell—: ¿me dais vergüenza; ved aquí el bajel que entra en el puerto y queréis replegar las velas antes que echar el áncora!

Huncks persistió en su negativa: Cromwell se sentó murmurando; escribió él mismo la orden, y la presentó al coronel Hacker, que la firmó sin objeción.

Casi al mismo instante, después de cuatro horas de un profundo sueño, dejó Carlos la cama:

—Tengo un gran negocio que hacer —dijo a Herbert—, es preciso que me levante al instante.

Y se puso al tocador. Herbert turbado, le peinaba con menos cuidado:

—Tomad, os ruego —le dijo el rey— el mismo trabajo que las otras veces, aunque no deba estar mucho tiempo mi cabeza sobre mis espaldas; hoy quiero ir preparado como para unas bodas.

Mientras se vestía pidió una camisa más:

—La estación es fría —dijo—, podría temblar, y presumiría la gente que es de miedo, y no quiero que sea posible semejante suposición.

Apenas asomaba el día, llegó el obispo y empezó los ejercicios religiosos; al leer el capítulo XXVII del Evangelio según san Mateo, en que se refiere la pasión de nuestro Señor Jesucristo:

—¿Milord —preguntó el rey—, habéis elegido este capítulo, como el más apropiado a mi situación?

—Suplico a V. M. repare —respondió el obispo—, que es el Evangelio del día, como lo prueba el calendario.

El rey apareció profundamente conmovido, y prosiguió leyendo con mucho más fervor. Cerca de las diez llamaron ligeramente a la puerta; Herbert se mantuvo inmóvil: el segundo golpe se dejó oír un poco más fuerte aunque con cuidado:

—Id a ver quién llama —dijo el rey.

—Es el coronel Hacker.

—Hacedle entrar —añadió.

—Señor —dijo el coronel con voz baja y temblorosa—, ha llegado el momento de ir a Whitehall; V. M. tendrá aún más de una hora para descansar.

—Voy al instante —respondió Carlos—, dejadme.

Hacker salió: el rey se recogió aún por algunos minutos, después tomando al obispo de la mano:

—Venid —dijo—, marchemos: Herbert, abrid la puerta: Hacker me ha llamado segunda vez.

Bajó al parque que debía atravesar para dirigirse a Whitehall.

Muchas compañías de infantería le esperaban; formando una doble hilera por su paso; un destacamento de alabarderos marchaba delante con banderas desplegadas; los tambores con

sus redobles sofocaban todos los gritos. A la derecha del rey iba el obispo, a su izquierda, con la cabeza descubierta, el coronel Tomlinson, comandante de la guardia, y a quien Carlos, al que habían gustado sus atenciones, había pedido no le dejase hasta el último instante. Conversó con él durante el camino, le habló de su entierro, de las personas a quienes quería que se hiciera ese encargo, marchando a pesar de eso con aire sereno, tranquilas miradas, firme paso, y más aprisa que la tropa, de cuya lentitud manifestaba admirarse de cuando en cuando. Uno de los oficiales de servicio, lisonjeándose sin duda de afligirle, le preguntó «si había concurrido con el ya fallecido duque de Buckingham a la muerte del rey su padre». «Amigo mío, le respondió Carlos con desprecio y dulzura, si otro pecado que este no tuviese, tomo a Dios por testigo y te aseguro que no le pediría perdón».



BRADSHAW

Llegados a Whitehall subió con desembarazo la escalera, pasó la grande galería, y entró en su alcoba, donde le dejaron solo con el obispo, que se preparó para darle la comunión. Algunos ministros independientes, Nye y Goodwin entre otros, llamaron a la puerta diciendo que venían a ofrecer sus servicios al rey: «El rey está rezando, respondió Juxon;» ellos insistieron. «Muy bien, dijo Carlos, dadles en mi nombre gracias por sus ofertas; pero decidles francamente que después de haber rezado tanto tiempo contra mí y sin culpa alguna, ellos no rezarán

jamás conmigo durante mi agonía: mas pueden si quieren rogar por mí, yo se lo agradeceré». Se retiraron; el rey se arrodilló, recibió la comunión de manos del obispo, y levantándose con viveza: «Mientras, dijo, que estos pícaros vienen, protesto que los perdono con todo corazón; y estoy dispuesto a cuanto me pueda ocurrir». Se le había preparado la comida pero no quiso tomar nada:

—Señor —le dijo Juxon—, ¿habéis estado mucho tiempo en ayuna?; hace frío, quizás en el cadalso, alguna debilidad...

—Tenéis razón —dijo el rey.

Comió un pedazo de pan y bebió un vaso de vino. Era la una: Hacker llamó a la puerta; Juxon y Herbert se arrodillaron:

—Levantaos mi viejo amigo —dijo el rey al obispo tendiéndole la mano.

Hacker llamó de nuevo, Carlos hizo abrir la puerta:

—Marchad —dijo al coronel—, ya os sigo.

Se adelantó a lo largo de la sala siempre entre dos hileras de soldados; una multitud de hombres y mujeres se habían agrupado con peligro de su vida, inmóviles detrás de la guardia, y rogando por el rey a medida que pasaba; los soldados igualmente silenciosos no les inquietaban. Al estreno de la sala una abertura practicada la víspera en la pared, conducía de llano al cadalso entapizado de negro; se veían dos hombres consternados cerca de la hacha, entrambos vestidos de marineros y con máscara. El rey apareció sobre el cadalso con la cabeza erguida, paseando por todas partes sus miradas y buscando en vano al pueblo para hablarle. Viendo que sólo las tropas cubrían la plaza y que a nadie se había permitido acercarse, se dirigió a Juxon y Tomlinson diciéndoles: «Casi sólo de vosotros puedo ser oído; será pues a vosotros a quienes dirigiré mis palabras». Les hizo en efecto un pequeño discurso que había ya preparado, grave y sosegado hasta rayar en lo frío, y aplicado únicamente a

sostener que él tenía razón, que el desprecio de los derechos del soberano era la verdadera causa de las desgracias del pueblo; que este no debía tener ninguna parte en el gobierno y con esta sola condición recobraría el reino la paz y la libertad. Mientras estaba hablando, alguno tocó el hacha por lo cual se volvió precipitadamente diciendo: «No la estropeéis que me lastimaría más». Acabado su discurso y viendo que iban a volver a tocar el fatal instrumento: «cuidado con el hacha, exclamó consternado, cuidado con el hacha». El mayor silencio reinaba: puso sobre su cabeza un gorro de seda, y dirigiéndose al ejecutor le preguntó:

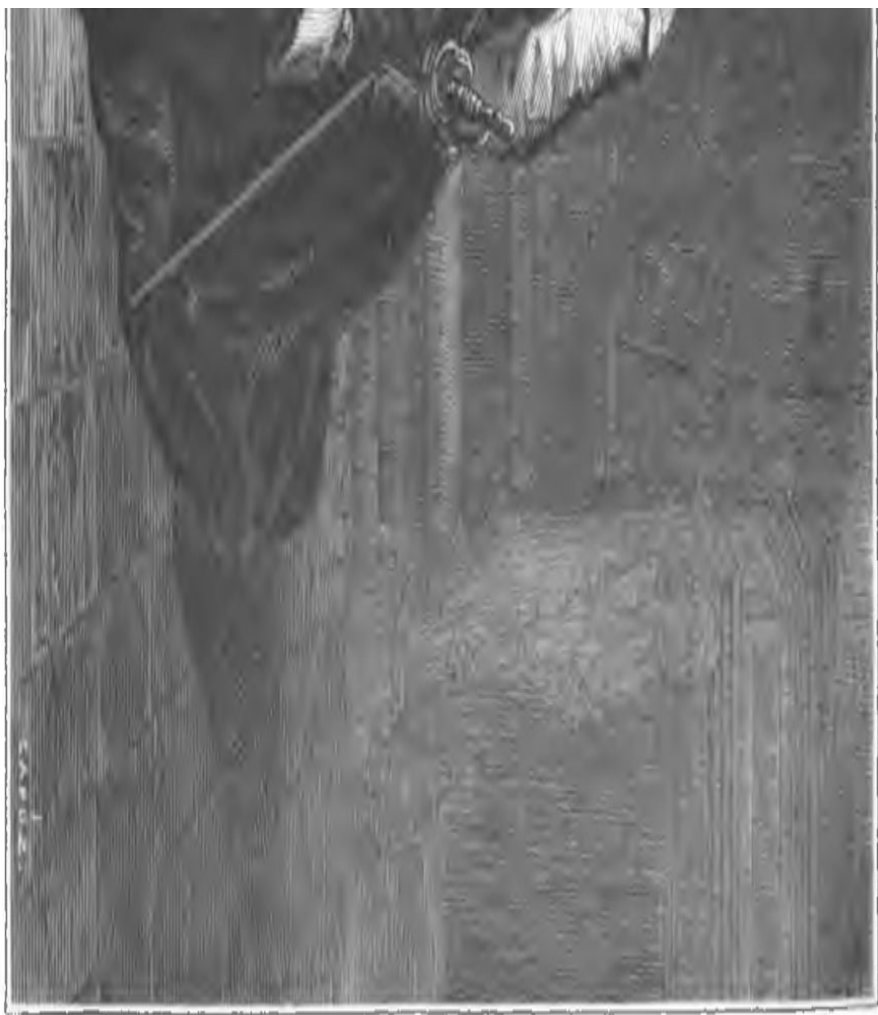
—¿Mis cabellos, te estorban?

—Suplico a V. M. los coloque bajo su gorro, respondió el hombre con respeto.

El rey los arregló ayudándole el obispo:

—¿Tendré yo —le dijo— tomándome este cuidado, una buena causa y un Dios clemente?





CROMWELL MIRANDO ATENTAMENTE EL CADÁVER DE CARLOS I

Juxon: Si señor, sólo hay un paso que dar; está lleno de turbación y agonía, pero es breve y pensad que ganáis mucho con él; os hace pasar de la tierra al cielo.

El rey: Yo paso de una corona corruptible a otra incorruptible, con la que no tendré que temer ninguna zozobra, ninguna turbación. Y dirigiéndose al ejecutor: «¿Están bien mis cabellos?». Se quitó su capa y su collar de san Jorge, dándoselo al obispo y diciéndole: «Acordaos». Desabrochó su vestido, apar-

tó su capa, y mirando el tajo: «Ponedlo de modo que esté muy seguro, dijo al ejecutor. —Ya lo está señor.

El rey: Yo haré una corta oración y cuando levante las manos al cielo entonces...». Se recogió, dijo algunas palabras en voz baja, levantó los ojos al cielo, se arrodilló y puso su cabeza bajo la cuchilla; el verdugo arregló aún un poco sus cabellos debajo del gorro; el rey pensó que le iba a herir: «Esperad la señal, le dijo. —Ya la espero, señor, con vuestro beneplácito». Pasado un instante, tendió el rey las manos; el ejecutor descargó el brazo: la cabeza rodó al primer golpe: “¡Ved aquí la cabeza de Carlos rey de la Gran Bretaña!, dijo, enseñándola al pueblo”. Prolongado y sordo rumor se levantó alrededor de Whitehall; mucha gente se precipitó al pie del cadalso para mojar sus pañuelos con la sangre del rey; dos cuerpos de caballería se adelantaron por dos diferentes direcciones, y dispersaron con lentitud a la muchedumbre. El cadalso quedó solitario; se llevaron el cuerpo y lo dejaron encerrado en el ataúd; Cromwell lo quiso ver; lo miró atentamente, y moviendo la cabeza con sus manos como para asegurarse que estaba del todo separada del tronco: «Era un cuerpo bien formado, dijo, y que prometía muy larga vida»^[34].

El féretro quedó siete días patente en Whitehall; un inmenso concurso llegaba a la puerta, pero pocos obtenían permiso para verlo. El 6 de febrero por orden de los diputados, fue enviado a Herbert y Lilmay, con autorización de hacerlo sepultar en el castillo de Windsor en la capilla de san Jorge, donde estaba depositado el de Enrique VIII. La traslación se hizo sin pompa, pero con decencia; seis caballos enjaezados de negro arrastraban el féretro: seguían cuatro igualmente negros montados por los cuatro últimos servidores del rey, que le habían acompañado a la isla de Wight. Al otro día, 7, por voluntad de la cámara, el duque de Richmond, el marqués de Hertford, los condes Southampton y Lindsey y el obispo Juxon pasaron a Windsor

para asistir a los funerales, e hicieron grabar sobre la tumba estas solas palabras:

CARLOS - REY.

1648.

Cuando se trasladó el cuerpo del castillo a la capilla, el tiempo hasta entonces apacible y sereno, cambió de repente; la nieve cayó en abundancia; el terciopelo negro que cubría el féretro quedó enteramente cubierto, y los adictos al rey se complacieron en ver en la repentina blancura del féretro de su desgraciado dueño, un símbolo de su inocencia. La comitiva llegó al lugar escogido para la sepultura; el obispo Juxon se preparaba a hacerle los oficios fúnebres según los ritos de la iglesia anglicana, pero Whitchcott se opuso: «La liturgia decretada por las cámaras, dijo, obliga al rey como a otro cualquiera». Se sometieron; no hubo lugar a ninguna ceremonia religiosa; metido el féretro en la tumba, salieron todos de la capilla y el gobernador cerró la puerta. La cámara se hizo dar cuenta del gasto de las exequias, y asignó quinientas libras esterlinas para su pago.

El mismo día de la muerte del rey no se permitió la salida de ningún correo de Londres; hasta que la cámara dio una orden declarando traidor a todo el que proclamase por sucesor suyo a Carlos Estuardo, su hijo, comúnmente llamado el príncipe de Gales, u otro cualquiera. El 6 febrero, después de una larga discusión, por mayoría de cuarenta y cuatro votos contra veintinueve quedó formalmente abolida la cámara de los lores. Al otro día (7) se adoptó, al fin, un acta concebida en estos términos, y que podía llamarse complemento de la revolución: «La experiencia demuestra, y esta cámara declara, que la dignidad real es inútil en este país, onerosa y peligrosa para la libertad, la seguridad y el bien público; en consecuencia queda desde este instante abolida». Se grabó un gran sello: veías en una cara la Carta de Inglaterra e Irlanda con las armas de las dos naciones,

y al reverso una vista de la cámara de los diputados en sesión; debajo se leía esta inscripción propuesta por Henry Martyn. «Año primero de la restauración de la libertad por la bendición de Dios. 1648».

DISCURSO PRELIMINAR
SOBRE LA HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN
DE
INGLATERRA

La Revolución de Inglaterra ha conseguido su objeto y puede considerarse como duplicada su victoria. Los que la promovieron fundaron en Inglaterra la monarquía constitucional: los descendientes de aquellos han establecido en América la República de los Estados Unidos. Esos grandes acontecimientos no presentan ya actualmente oscuridad de ningún género; el tiempo al sancionarlos los ha bañado de luz. La Francia entró hace sesenta años en las sendas que la Inglaterra ha franqueado: la Europa entera se precipitaba a un ayer sobre ese mismo camino.

Quisiera decir qué causas han dado a la monarquía constitucional en Inglaterra y a la República en la América inglesa el sólido resultado a que la Francia y la Europa aspiran en vano hasta el presente a través de las misteriosas pruebas de las revoluciones, pruebas que según son sufridas hacen avanzar o retroceder siglos enteros a los pueblos.

En nombre de la fe y de la libertad religiosa principió en el siglo XVI el movimiento que unas veces suspendido, pero siempre renaciendo agita y arrebató el mundo entero. La tempestad se desarrolló por de pronto en el espíritu humano: sus consecuencias se sintieron en la iglesia antes que en el Estado.

Se ha dicho que en el fondo el protestantismo había sido una revolución más bien política que religiosa; una insurrección en

nombre de los intereses mundanos contra el orden establecido en la Iglesia, más bien que el rapto de una creencia en nombre de los intereses eternos de la humanidad. Semejante juicio es poco profundo y no estriba sino en apariencias. Este error ha hecho adoptar a los poderes espirituales y temporales que se han dejado alucinar una marcha que les ha sido fatal. Preocupados exclusivamente en reprimir el elemento revolucionario del protestantismo han desconocido el elemento religioso que trae consigo. El espíritu de revolución es ciertamente muy poderoso; pero no lo bastante para producir por sí mismo tales resultados. No estalló y no prosigue únicamente para sacudir un yugo la reforma del siglo XVI, sino para profesar y practicar una fe. Así lo demuestra espléndidamente desde hace tres siglos un hecho supremo e incontestable. Dos países protestantes, los más protestantes de Europa, la Inglaterra y la Holanda son actualmente los pueblos donde la fe cristiana conserva más vigor y autoridad. Preciso es tener una crasa ignorancia acerca de la naturaleza del hombre para creer que una vez triunfante la insurrección se hubiese sostenido y perpetuado de ese modo si el movimiento no hubiese sido desde su principio esencialmente religioso.

En Alemania durante el siglo XVI la revolución fue religiosa y no política. En Francia por el contrario en el siglo XVII fue política y no religiosa. La Inglaterra tuvo en el siglo XVII la fortuna de ver reinar juntamente el espíritu de fe religiosa y de libertad política, y por esa razón pudo simultáneamente considerar las dos revoluciones. Así pudieron desplegarse sin romper todas sus trabas todas las grandes pasiones de la naturaleza humana, y así aquellos hombres pudieron conservar sus esperanzas y sus ambiciones de lo eterno, cuando sus esperanzas y sus ambiciones terrenales quedaron desvanecidas.

Los reformadores ingleses, especialmente los políticos, no creían hallarse en el caso de necesitar una revolución. Las leyes,

las tradiciones, los ejemplos y todas las memorias de su país les eran caras y como sagradas: en ellas encontraban el punto de apoyo de sus pretensiones y la sanción de sus ideas. Si reclamaban sus libertades sólo era en nombre de la gran Carta y de las numerosas disposiciones gubernativas que desde cuatro siglos atrás la venían confirmando. Hacía cuatro siglos que ni una sola generación había pisado el suelo de la Inglaterra sin pronunciar el nombre y ver la imagen del parlamento. La alta nobleza y el pueblo, los hidalgos campesinos y los propietarios de las grandes poblaciones, todos habían venido de consuno en 1640 no a disputar nuevas conquistas, sino a entrar en posesión de su antigua herencia; no a ensayar combinaciones y experimentos tan infinitos como vagos del pensamiento humano, sino a entrar en el goce de derechos tan antiguos como llenos de realidad.

No habían entrado los reformadores religiosos en el Parlamento llamado el Largo en tiempo de Carlos I con pretensiones tan legales. La iglesia episcopal de Inglaterra, tal cual había sido instituida por el despotismo caprichoso y cruel de Enrique VIII y luego por el despotismo hábil y tenaz de Isabel no les convenía, pues según su modo de ver no era más que una reforma incompleta, inconsecuente y comprometida sin cesar por el peligro de retroceder hacia la iglesia católica con la cual conservaba demasiadas afinidades; por lo tanto meditaban para la iglesia cristiana de su país una nueva constitución, una reforma radical. El espíritu revolucionario es en tales casos más ardiente, más franco que cuando la cuestión se reduce única o principalmente a reformas políticas. Sin embargo los innovadores religiosos no se dejaban enteramente llevar del capricho de su fantasía: habíanse aferrado a un áncora, regíanse por una brújula, cuyas indicaciones les inspiraban completa seguridad. El Evangelio era su gran carta; el Evangelio entregado, preciso es confesarlo a sus interpretaciones y comentarios, pero anterior

y superior a su voluntad y por eso se humillaban sinceramente a pesar de su orgullo ante ese código que no era obra suya.

A estas dos garantías de moderación, que las dos revoluciones nacientes encontraron en sus respectivos partidarios, la Providencia añadió otro favor, y fue el de no verse desde sus primeros pasos condenadas a cometer el error, que no tarda en convertirse en peligro formal, de atacar espontáneamente y sin una necesidad evidente y perentoria a un poder blando e inofensivo. Lejos de eso en Inglaterra fue el poder real el agresor en la época a que nos referimos. Carlos I lleno de altivas pretensiones, pero sin grande ambición, y más bien para no desmerecer a los ojos de los reyes, sus contemporáneos que para dominar rudamente a su pueblo, tentó por dos veces establecer el predominio de las máximas y prácticas del absolutismo. Primero siendo dominado a su vez por un favorito frívolo y vano, cuya presuntuosa incapacidad repugnaba al buen sentido y zahería el honor de los más oscuros ciudadanos^[35] chocó de frente con el parlamento y luego rechazando toda idea de parlamento trató de dirigir solo las riendas del gobierno poniéndose en manos de un ministro enérgico, hábil, ambicioso, aficionado en alto grado al mando, afecto al soberano, pero sin llegar a ser bien comprendido ni apoyado por su autoridad, de manera que al fin tuvo que conocer que para salvar a los reyes no basta el saberse sacrificar noblemente en su servicio^[36].

Para atacar a ese despotismo agresivo, más emprendedor que enérgico, y que lo mismo en la Iglesia que en el Estado sofocaba los derechos antiguos así como las nuevas libertades, no pensaba el país excederse de los límites de la resistencia legal, y por lo tanto depositó su confianza en el parlamento. La resistencia fue tan unánime como legítima. Los hombres de más diverso origen y carácter, los más extraños a la vida de la corte y los más habituados a ella, los amigos de la iglesia establecida y los que le profesaban enemistad, todos sin distinción se pronun-

ciaron espontáneamente contra tamaños abusos, y estos se desvanecieron a su impulso cual los muros de antigua fortaleza se desmoronan a los primeros disparos del enemigo.

En semejante explosión de iras y de esperanzas nacionales hubo espíritus previsores, no faltaron conciencias escrupulosas que presentían alguna inquietud para el porvenir. La venganza no sólo desfigura, sino que en el fondo altera el carácter de la justicia, y la pasión, envanecida con sus derechos salva el límite que le está asignado, y tal vez va más allá del término de sus propios deseos. Strafford fue justamente acusado, e injustamente sentenciado. Los políticos que no deseaban la ruina de la iglesia episcopal dejaban que los obispos fuesen ultrajados y humillados como vencidos que ya nunca más han de volver a levantarse. Los mal calculados golpes que quitaban a la corona la fuerza para acometer nuevas usurpaciones o para sostener infundadas pretensiones, la afectaban también en sus justas prerrogativas. Graves incidentes revelaban de cuando en cuando el espíritu revolucionario que se ocultaba bajo el velo de la reforma: varoniles acentos lo ponían tal vez de manifiesto a la vista de la nación. Nunca han faltado durante los primeros pasos de las revoluciones advertencias y rasgos de luz que han hecho presentir el porvenir, pero la necesidad o el prestigio de la victoria deslumbra a los pueblos y los lanza hacia las probabilidades del porvenir.

Cuando se consumó la obra de la reforma, cuando los abusos que habían excitado la reprobación unánime quedaron remediados, cuando los poderes, autores de aquellos abusos, y los hombres instrumentos de aquellos poderes quedaron abatidos, cambió la escena y se suscitó una nueva cuestión. ¿Cómo han de conservarse esas nuevas conquistas? ¿Cómo habrá seguridad de que la Inglaterra sea en lo sucesivo gobernada según los principios y leyes que acaba de restablecer?

Entonces los reformadores políticos principiaron a sentirse asaltados de dudas. Sobre ellos existía el rey, que aun cediendo conspiraba contra ellos. Si en la nueva forma de gobierno el rey empuñaba las riendas en el estrecho límite que le dejaban las reformas verificadas era probable que atropellara igualmente a los reformados y a los reformadores. En torno de estos últimos figuraban como aliados los innovadores religiosos, presbiterianos y sectarios diversos que no se contentaban con las reformas políticas, y que en su odio a la iglesia establecida aspiraban no sólo sacudir su yugo, sino a destruirla y a imponerle el suyo. Para seguridad de su obra tanto como para su seguridad individual los jefes de facción querían permanecer sobre las armas, y aunque hubiesen intentado lo contrario no lo habrían sus aliados consentido.

Un solo medio se ofrecía a su modo de ver como garantía de salvación: consistía en que el parlamento conservara el poder soberano que acababa de adquirir, y el rey siguiera en constante imposibilidad de gobernar a despecho del parlamento y de la cámara de los diputados en el parlamento.

Este es el resultado a que por último ha llegado en Inglaterra la monarquía constitucional: este es el objeto a que se encaminaban hace dos siglos sus partidarios; pero en el siglo XVII no tenían ni las virtudes, ni las luces indispensables a esa clase de gobierno.

Tal cúmulo de arrogancia y de debilidad hay en el corazón del hombre que al paso que se precipita ardorosamente contra las dificultades quisiera estar disfrutando el reposo que puede prometerse de la victoria. Poco es superar los obstáculos; quisiera destruirlos para que nunca volvieran a inquietarle; no le contenta el triunfo si no puede gozarlo aisladamente y en una completa seguridad. La monarquía constitucional no satisface esas malas inclinaciones de la naturaleza humana. A ninguno de los poderes que pone de frente concede un dominio exclusi-

vo y exento de peligro. A todos, aún al que más alto figura impone el continuo trabajo de alianzas forzosas, de consideraciones recíprocas, de transacciones frecuentes, de influencias indirectas, y de una lucha incesantemente acompañada de probabilidades tan pronto ventajosas como desfavorables. Sólo a este precio asegura en último resultado la monarquía constitucional el triunfo de los intereses y las opiniones de un país, con tal que a su vez este sepa moderar sus deseos, y ser tan vigilante como sufrido en sus esfuerzos.

Ni la monarquía, ni el parlamento de Inglaterra llegaban en el siglo XVII a comprender esas condiciones de su común gobierno, y por lo tanto no se resignaban a él. La monarquía se empeñaba en subsistir y la cámara baja quería ser directa e infaliblemente soberana. Su orgullo exigía esa satisfacción y su temor reclamaba esa garantía.

Para conseguir ese objeto, para retener y seguir ejerciendo el poder soberano de que se había apoderado no podía la cámara baja darse por satisfecha con la reforma de los abusos y el restablecimiento de los derechos legales: forzoso era alterar profundamente las leyes antiguas y atraer a su mano todos los poderes.

Cuando llegaron las cosas a este extremo dieron lugar a una desavenencia entre los reformadores. Los más previsores o tímidos abrazaron la defensa del orden legal y de la monarquía amenazada, y los otros menos escrupulosos o más atrevidos marcharon por la vía de la revolución.

A esta circunstancia deben su origen los dos grandes partidos que con denominación y aspecto diversos vienen desde entonces presidiendo los destinos de la Inglaterra, consagrándose el uno, el de los *Torys*, o conservadores a mantener el orden establecido, y el otro, el de los *Whigs* o innovadores a favorecer el desarrollo de las influencias populares.

La lucha que entonces se suscitó en el parlamento fue viva pero de corta duración. El partido monárquico intentó organizarse alrededor del rey y gobernar en su nombre. Apenas se trató de poner en acción esos primeros ensayos del sistema constitucional, fracasaron, por las faltas de un rey inconsecuente, frívolamente obstinado y tan poco sincero con sus consejeros como con sus enemigos; por la inexperiencia de esos mismos consejeros, demasiado exclusivos al par que demasiado débiles y constantemente engañados y vendidos en palacio y en el parlamento; y finalmente por las desconfianzas y exigencias del partido revolucionario dispuesto a no darse por satisfecho mientras el poder absoluto que se había propuesto destruir no pasara a sus manos.

Cierto día, con motivo de una nueva petición que se trataba de presentar al rey contra antiguos abusos, como si ya no hubiesen sido remediados se estableció rotundamente la cuestión de mayoría entre los dos partidos. El debate llegó a adquirir tal violencia que faltó poco para que en el mismo salón del congreso los diputados vinieran a las manos. Once votos dieron la victoria al partido de la revolución. A los cincuenta días después el rey salió como fugitivo de su palacio de Whitehall en cuyo recinto no debía ya volver a entrar sino para subir al caldoso. La cámara baja decretó perentoriamente que se atendiera sin retardo a la salvación del reino amenazado poniéndolo en estado de defensa. Aquí concluyó la lucha parlamentaria y principió la guerra civil.

En aquel solemne momento manifestáronse indistintamente tristes y siniestros presentimientos en uno y otro partido, particularmente en el del rey, que confiaba menos en sus fuerzas, y tal vez hasta en su propia causa.

Mas no puede sin embargo decirse que todos veían las cosas bajo un mismo aspecto. La pasión y la esperanza del triunfo dominaban generalmente en los ánimos. El espíritu de resis-

tencia a la ilegalidad y a la opresión ha sido una de las disposiciones más nobles y tal vez más saludables del pueblo inglés en todo el curso de su historia. Dócil y hasta favorable a la autoridad cuando esta no se extralimita de la ley, sabe aquel pueblo mantener varonilmente, y a despecho de ella, sus propios derechos y lo que está en su concepto acorde con la ley del país. Uno y otro partido se hallaban dominados de este sentimiento aun en medio de sus discordias. El partido revolucionario luchaba contra las desigualdades y las opresiones que la nación había sufrido en los tiempos pasados por parte del rey, cuyo poder temía para lo sucesivo. El partido monárquico luchaba contra las desigualdades y las opresiones de que en aquella actualidad el parlamento era responsable ante el país. El respeto del derecho y de la ley, si bien desconocido y violado a cada paso, existía constantemente en el fondo de los corazones y no dejaba fijar la vista en las calamidades que la guerra civil les preparaba.

Tampoco discrepaban mucho en ninguno de los partidos las costumbres de las que exige el carácter de la guerra civil. Los denominados *caballeros* eran impetuosos e inflexibles, y de ellos casi podía decirse que todavía conservaban las costumbres de los combates, y aquella afición de recurrir en todo caso a la fuerza, como solía hacerse en tiempos del feudalismo. Los *puritanos* se distinguían por su tenacidad y rudeza, y al parecer estaban animados de las pasiones y recuerdos del pueblo hebreo que defendía y vengaba a su Dios descargando golpes sobre sus enemigos. A unos y a otros les era familiar el sacrificio de la vida y no se horrorizaban de derramar sangre.

Otra causa, aún más secreta, provocaba y agravaba la explosión. No eran sólo los partidos políticos y religiosos los que se habían lanzado al combate: tras de ellos se ocultaba otra cuestión social, la lucha de las clases diversas por alcanzar influencias y poder. No por eso se entienda que esas clases en Inglate-

rra estuviesen profundamente separadas y poseídas de mucho aborrecimiento como en otros países. El pueblo inglés no había echado en olvido que la alta nobleza había defendido las libertades populares al defender las suyas propias. Los propietarios rurales y los de las grandes poblaciones ocupaban hacía tres siglos los escaños del parlamento en nombre de las municipalidades de Inglaterra. Pero durante el último siglo habían ocurrido grandes cambios en la fuerza relativa a las diversas clases en el seno de la sociedad sin que por eso se hubiesen verificado cambios análogos en el gobierno. La actividad mercantil y el ardor religioso habían comunicado un prodigioso impulso a las riquezas y a las ideas en las clases medias. En uno de los primeros parlamentos del reinado de Carlos I se echó de ver, con admiración, que la cámara de los diputados era tres veces más rica que la de los lores. La alta aristocracia ya no poseía ni daba por consiguiente a la monarquía la misma preponderancia en la nación. Los hidalgos de provincia, los arrendadores y pequeños propietarios rurales, que entonces eran muy numerosos, tampoco ejercían en los asuntos públicos una influencia proporcionada a su importancia en el país: habían crecido; pero no se habían elevado. De aquí resultaba que entre ellos y hasta en sus inferiores fermentaba un poderoso espíritu de ambición, siempre dispuesto a aprovecharse de toda ocasión de elevarse. La guerra civil abría un vasto campo a la energía y esperanzas de estos hombres, y como no por eso ofrecía desde su principio el aspecto de una clasificación repugnante y exclusiva no faltaron tampoco individuos de todas las jerarquías de la nobleza que se pusieron al frente del partido popular. Sin embargo la nobleza por una parte y la clase media y el pueblo por la otra, se fueron agrupando, unos en rededor del trono, otros en rededor del parlamento: síntomas inequívocos revelaban ya un gran movimiento social en el seno de una gran lucha política, y dejaban

adivinar la efervescencia de una democracia ascendente que se abría paso a través de una aristocracia debilitada y desunida.

Ambos partidos encontraban en el estado de la sociedad, y hasta en las mismas leyes del país medios naturales de sostener por medio de las armas sus derechos y sus pretensiones. La cámara de los diputados venía desde el reinado de Isabel, aplicándose con ardor a destruir las últimas y vacilantes instituciones del feudalismo. Más aún quedaban profundas huellas de ese régimen: las costumbres, ideas y algunas veces hasta las reglas de ese sistema figuraban todavía de un modo importante en las relaciones de los poseedores de feudos con el rey, con el señor feudal o con una parte de la población agrupada en torno suyo en sus posesiones señoriales. Esta población se levantaba todavía a la voz de su señor, sea para asistir a una diversión pública, sea para lanzarse a un combate, del mismo modo que el señor a su vez acudía al llamamiento del rey que necesitaba de sus servicios. Puede decirse que semejante periodo era una de aquellas épocas de transformación en que las antiguas leyes, honradas pero faltas de vigor, subsisten por su influencia más bien que por su fuerza obligatoria. El afecto hacía las veces de la antigua servidumbre; la lealtad del vasallo había sido sustituida por la adhesión del súbdito y los nobles de todas jerarquías se apresuraban a unirse al soberano dispuestos a morir por su causa y llevando en pos un puñado de servidores animados de igual afecto por lo relativo a sus señores.

Por su parte la clase media, los artesanos y el pueblo no carecían tampoco aunque bajo otra forma de medios de acción independiente y hasta a propósito para la guerra. Organizados en corporaciones municipales o mercantiles podían reunirse libremente para tratar de sus asuntos: imponían contribuciones, levantaban milicias, administraban justicia, cuidaban de la policía, y por decirlo de una vez, deliberaban y obraban en el recinto de sus muros, y según el espíritu de sus respectivas constitu-

ciones como unos pequeños soberanos. La extensión del comercio y de la industria, sus riquezas, sus relaciones y su crédito daban a estas corporaciones un poder que cuando lo usaban en beneficio de su causa solían manejarlo con toda la audacia propia del orgullo falto de experiencia.

No se conocía entonces el imperio de una administración central y única. Los asuntos rentísticos, militares y hasta los judiciales estaban más o menos completamente en manos de autoridades locales y casi independientes. En un condado estaba la administración pública a cargo de los propietarios; más allá residía la autoridad en alguna corporación municipal o de otro carácter que empleaba todo su poder administrativo en servicio de su causa política por el rey o por el parlamento según le convenía.

Cuando estos medios no eran suficientes, es decir, cuando la acción debía salir de la esfera de poderes legales y reconocidos, el espíritu de asociación tradicional y poderoso en el país establecía prontamente entre los condados, ciudades, partes diversas del territorio o clases diversas de la sociedad, relaciones directas y eficaces en virtud de las cuales se organizaban otras nuevas asociaciones libres y momentáneas que imponían contribuciones, reclutaban soldados, formaban juntas, y por medio de ellas atendían a todas las necesidades materiales del partido político que habían abrazado.

En el seno de una asociación de este género, la que los cinco condados unidos del Este formaron para defender el parlamento, fue donde Cromwell manifestó los primeros síntomas de su fuerza, y estableció los primeros cimientos de su poder.

En una sociedad dispuesta y organizada de tal modo, la guerra civil no ofrecía nada de extraño, ni impracticable. No tardó por lo tanto en extenderse a todo el país, unas veces sostenida por los agentes del rey o del parlamento y otras por espontánea

voluntad de todos los ciudadanos, que sin vacilación de ningún género se lanzaban a la lucha como a ejercer un derecho y cumplir con un deber. Ambos partidos estaban profundamente convencidos de la justicia y de la grandeza de su causa, y hacían en obsequio suyo esos esfuerzos y sacrificios que dan sublimidad al ánimo aun en el mismo instante de extraviarlo y comunican a la pasión las apariencias y alguna vez hasta los méritos de la virtud. No por eso se entienda que faltase virtud a ninguno de los dos partidos. Los caballeros, si bien no sin falta de razón eran tachados de violentos y licenciosos, presentaban en sus filas algunos de los más perfectos modelos de aquellas costumbres grandes y generosas que campearon en antiguas familias ilustres por su patriotismo sin exigencias y por su dignidad en la sumisión. Los puritanos con su orgullo y dureza hacían un inapreciable servicio a su patria estableciendo en ella la austeridad de la vida privada y la santidad de las costumbres domésticas. Combatían ambos partidos con encarnizamiento, mas no por eso echaban en completo olvido, ni aun en el mismo seno de la lucha, los sentimientos propios de otras épocas pacíficas y normales. Sus combates constituían una guerra civil ardiente, obstinada, llena de violencias y calamidades pero exenta de sangrientos motines, de matanzas judiciales y otros cínicos y bárbaros excesos. Las costumbres generales de la población contribuyeron a que la guerra estuviera sin cesar contenida en ciertos límites del derecho y de la humanidad.

Conviene hacer cuanto antes esta justicia a los partidos, pues las virtudes de estos son frágiles y de corta duración cuando se hallan expuestas a tener que luchar con el huracán de las revoluciones. Desgraciadamente a medida que la guerra civil se prolongaba se fueron debilitando el respeto de los derechos y los sentimientos justos y generosos. Fuéronse desenvolviendo las consecuencias naturales en el estado de revolución, y con ellas las ideas y los hábitos legales y de moralidad se fueron al

par desvirtuando en uno y otro partido. El rey carecía de recursos pecuniarios: sus secuaces se entregaron a un desenfrenado pillaje. Las contribuciones que el parlamento imponía no alcanzaban a cubrir las necesidades de la guerra: por eso en todos los condados estableció un sistema de confiscación más o menos embozada que con el nombre de bienes de los *delincuentes* ponía a su disposición las rentas y hasta las fincas de sus enemigos y venía a ser inagotable fuente de riqueza para sus partidarios. En medio de tan general y no interrumpido desorden, en medio de los abusos de la fuerza, y de los excesos de la desgracia no podía faltar de continuo estímulo a las malas pasiones, ni quedar ningún depravado deseo sin esperanzas. El odio y el afán de vengarse dominaba en las almas enérgicas, así como las débiles eran presa del temor y la bajeza. El parlamento que pretendía obrar en nombre de las leyes y servir al rey al mismo tiempo que lo combatía, estaba reducido a expresarse aun en medio de sus actos más violentos en un lenguaje lleno de falsedad y de hipocresía. No faltaban realistas que desconfiando de las ulteriores miras del monarca, viéndose obligados a sacrificios superiores a sus fuerzas, y siendo cada vez más problemática la victoria de su partido, sentían que gradualmente iba extinguiéndose su adhesión y se sometían por desaliento o se indemnizaban con la impunidad de sus excesos. La mentira, la violencia, la codicia, la pusilanimidad y el individualismo bajo todas sus formas hacían rápidos progresos entre los que habían tomado una parte activa en la lucha, en tanto que la población, que sólo asistía al combate desde lejos, tampoco podía librarse de la detestable influencia del espectáculo revolucionario y poco a poco iba perdiendo sus nociones de derecho, deber, justicia y virtud, o no las tenía ya sino de un modo vago y oscuro.

Esa parte de la población padecía al mismo tiempo horribles pérdidas en sus intereses materiales. La guerra desarrollada ya

en todas partes, y en todas igualmente desordenada, producía estragos sin cuento así en las ciudades, como en las campiñas, y destruía la subsistencia, o la esperanza y la industria del pueblo. Las providencias del parlamento, en especial las del ramo de Hacienda, eran explotadas por las enemistades o intrigas locales de manera que acababan de producir el desorden y el desprecio en la propiedad territorial. Ninguna seguridad había para los negocios del momento, ni para las especulaciones del porvenir. La vida civil se veía dolorosamente afectada hasta en el seno de aquellas familias que más distantes se hallaban de la lucha política. Y como por lo regular el temor va más allá de los límites del sufrimiento, el país gemía dominado de una ansiedad más general y más penosa todavía que la triste realidad.

No se hizo esperar mucho tiempo la explosión de sus temores y sus deseos. La guerra estaba aún en el período de más efervescencia, cuando el grito de ¡Paz! ¡Paz!, resonaba en las mismas puertas del parlamento, y en su recinto se recibían frecuentes peticiones demandándola. Para presentar estas peticiones solían reunirse grupos tan numerosos y animados que más de una vez tuvo que intervenir la fuerza para disolverlos.

En el mismo seno de la cámara baja donde casi no existía ya ningún realista antiguo, se iba en nombre de la paz formando otro nuevo partido monárquico, que tenía buen cuidado de no desperdiciar ninguna ocasión de ponderar la necesidad de entablar negociaciones con el rey. No produjeron éstas buen resultado por las intrigas de los realistas o parlamentarios que no deseando la paz, no querían hacer las concesiones necesarias para establecerla y por la impericia o debilidad de los que deseando la paz no se atrevían a querer sus condiciones. La guerra civil proseguía a pesar de haberse desorganizado ya el partido que la encendió: en el parlamento renacía la lucha en pro y en contra de la revolución.

El pueblo, particularmente el agrícola no contentándose con pedir la paz al parlamento trató de imponerla, al menos localmente, por sus propias manos a los dos partidos. Formáronse asociaciones y se pusieron en movimiento cuerpos armados manifestando que ni a los realistas ni a los parlamentarios dejarían impunemente asolar sus campiñas, y que igualmente se batirían con los unos que con los otros. Fue este movimiento una especie de neutralidad armada en medio de la guerra: fue una tentativa vana, más por ella pudo inferirse con toda claridad cuánto daño causaba a los intereses del país el encarnizamiento de los dos partidos que estaban en lucha.

En tanto que la guerra fue violenta y de éxito dudoso, esos padecimientos e impresiones del pueblo, si bien le hacían vivamente suspirar por una reacción pacífica, no le impelían sin embargo hacia el rey sino de un modo tibio y vacilante. Acusábanlo de obstinación y falsedad. Lamentábanse amargamente de sus maquinaciones secretas con la reina y con los católicos, que por lo general eran apasionadamente odiados y temidos, y a él le achacaban por lo menos tanto como al parlamento los males y la prolongación de la guerra. Cuando esta llegó a su término, es decir, cuando el rey cayó en manos de los parlamentarios la reacción pacífica tomó más decidida y generalmente un carácter realista. El monarca no podía ya hacer nada, y sabía soportar con dignidad la desgracia; el parlamento por el contrario podía hacer cuanto quisiera y sin embargo no trataba de dar un término a los males del país: sobre el parlamento debía pues caer la responsabilidad. A él se dirigían los descontentos, las esperanzas burladas, las sospechas, las iras, las maldiciones del momento, y los terrores del porvenir.

Impelidos por ese sentimiento nacional, ilustrados por la gravedad del peligro los reformadores políticos, los más notables sostenedores de la revolución en el parlamento, y en pos de ellos una parte de los innovadores religiosos, los presbiteria-

nos, enemigos de la iglesia episcopal, pero no de la monarquía, hicieron un esfuerzo supremo para establecer definitivamente la paz con el rey y terminar al mismo tiempo la guerra y la revolución.

Al dar este paso obraban con sinceridad, no cabe duda que sus deseos eran vehementes; más aún, conservaban las preocupaciones y las exigencias revolucionarias que tantas veces se habían opuesto a la realización de la paz. Mediante las condiciones que imponían al soberano venían a pedirle que sancionase sus planes de destrucción de la monarquía y de la iglesia, es decir que con sus regias manos consumara la ruina del edificio que constituía su seguridad y era depositario de su fe.

Habían proclamado y puesto en práctica el principio de la soberanía directa de la cámara de los diputados, y ahora cuando a su vez se veían obligados a resistir las oleadas del pueblo se admiraban de no encontrar el apoyo y la fuerza de otro tiempo, sino desconfianza y hostilidad en aquella alta aristocracia y en aquella iglesia que tanto habían desacreditado y combatido.

Mas aun cuando hubieran conseguido establecer la paz con el rey, la paz habría sido vana. Era ya demasiado tarde para contener la revolución y demasiado pronto para traerla a su objeto verdadero y nacional. Aquel periodo era el triste momento en que principiaba la acción de la justicia divina; sólo era bueno para recoger saludable enseñanza. Así que los principales sostenedores del movimiento trataron de volver a construir el edificio que habían derribado, se levantó de entre las ruinas el partido verdaderamente revolucionario que mirando con soberano desprecio la nueva prudencia de aquellos los arrojó del parlamento, condenó el rey a muerte y proclamó la república.

Dos siglos han pasado desde que la república de Inglaterra derribó la cabeza de Carlos I para caer también ella a su vez ca-

si súbitamente en el suelo regado de aquella sangre. Aún hace poco que la república francesa dio al mundo el mismo ejemplo. ¿Cómo dicen pues que aquellos grandes crímenes fueron actos de gran política, exigidos por la necesidad de establecer las repúblicas, siendo así que estas apenas les sobrevivieron algunos días?

Pretensión es de la locura y de la perversidad humana el cubrirse con el velo de la grandeza. Ni la verdad histórica, ni el interés de los pueblos pueden tolerar semejante mentira. El espíritu de fe y de libertad religiosa se había en algunas sectas convertido en un fanatismo arrogante, pendenciero, intratable a toda autoridad y que no se hallaba bien avenido sino con los desbordamientos de independencia y con los arrebatos del orgullo. Por efecto de la guerra civil esos sectarios se habían convertido en soldados murmuradores y leales a un mismo tiempo, entusiastas y disciplinados. Como la mayor parte de ellos habían salido de las clases y profesiones populares gozaban ávidamente del placer de mandar, dominar y de creerse y llamarse a sí mismos instrumentos especiales y poderosos de la voluntad y justicia de Dios. Unas veces valiéndose del entusiasmo religioso, otras de la disciplina militar y otras del espíritu democrático Cromwell llegó a merecer la confianza de aquellos hombres, y se hizo jefe suyo.

Después de haber este hombre memorable gastado su juventud entre aberraciones de un temperamento fogoso, entre arrebatos de una piedad ardiente e inquieta, y en servicio de los intereses y deseos del pueblo que le rodeaba, así que la alta política y la guerra le ofrecieron ocasión, se lanzó apasionadamente hacia ellas, como hacia el único campo donde podía desarrollarse y satisfacerse completamente. Manifestóse desde entonces como el más fogoso de los sectarios, el más activo de los revolucionarios, y el más hábil de los soldados. Igualmente dispuesto y enérgico para hablar, para rogar, para conspirar y para

combatir; expansivo, pero con un abandono lleno de prestigio; mentiroso en caso necesario con una procacidad capaz de llenar de admiración y desconcertar a sus enemigos; apasionado y grosero; temerario y sensato; místico y materialista; sin límites en las perspectivas de la imaginación; sin escrúpulo en las necesidades de la práctica; no reparando en medios para triunfar; discerniendo antes que nadie y aprovechando todas las conjeturas e inspirando a todos, amigos o enemigos, el convencimiento de que ninguno conseguiría mas ni avanzaría tanto como él, Cromwell supo granjearse la confianza de un partido, cuyo carácter en general tenía algunos puntos de contacto con el suyo.

A tal partido, guiado por tal hombre, sólo la república podía convenir. Este era el sistema capaz de dar satisfacción a sus pasiones, abrir campo a sus esperanzas, y asegurarles los intereses que por medio de la guerra civil se habían creado. Ese era el gobierno que entregaba el país en manos del ejército por el talento de su general, y daba a éste el imperio por la complicidad disciplinada de sus soldados.

El respeto debido a la sinceridad, al talento, y a las desgracias no me permiten manifestar todo lo que pienso de ciertos hombres notables en aquella época, y que también fueron partidarios de la república más bien por sistema político y según los modelos de la antigüedad, que por fanatismo religioso. Sidney, Vane, Ludlow, Harrington, Hutchinson y Milton... fueron ciertamente espíritus elevados, corazones de temple y henchidos de noble ambición en obsequio de su patria y de La humanidad; mas al propio tiempo fueron tan poco juiciosos, o mejor dicho tan locamente orgullosos que nada aprendieron en el poder, ni durante el período de la desgracia. Crédulos como niños, obstinados como ancianos y dejándose deslumbrar por sus esperanzas hasta el punto de no conocer ni sus faltas, ni sus peligros, en el mismo momento en que por su propia y anárquica tiranía

echaban los cimientos de otra tiranía más bien organizada y enérgica, se imaginaron que estaban estableciendo las bases del más libre y glorioso de los gobiernos.

Fuera de esas sectas regimentadas y de esas pandillas elevadas a parlamento, nadie en Inglaterra quería la república. Se- mejante sistema estaba en oposición con las tradiciones, cos- tumbres, leyes, afectos, intereses normales, con el buen orden y con el buen sentido moral del país.

Irritados y recelosos los partidarios de Cromwell de esa ma- nifiesta aversión del público hacia sus planes, se imaginaron que para establecer un sistema de gobierno que tanto repugna- ba a la generalidad era preciso probar desde el momento por medio de un golpe terrible e inevitable su fuerza, y consolidar de este modo su derecho. Prometiéronse consagrar la república sobre el cadalso de Carlos I.

Pero la vista de los revolucionarios (aun tratándose de los más diestros) es corta. Embriagados por la pasión o dominados por la necesidad del momento no alcanzan a ver que lo que hoy constituye su triunfo constituirá mañana su sentencia. Median- te el suplicio de Carlos I cayó en manos de los republicanos y de Cromwell la Inglaterra como afectada de estupor. Pero la re- pública y Cromwell quedando heridos de muerte de results del mismo golpe no fueron desde aquel momento más que un régimen violento y efímero estigmatizados con aquel sello de iniquidad suprema que condena a inevitable ruina los poderes más fuertes y más ostentosos.

Nada omitieron los jueces de Carlos I para quitar a su acto ese fatal carácter y presentarlo como una justicia divina de cuya ejecución estaban encargados. Carlos había intentado estable- cer el gobierno absoluto, y sostenido la guerra civil. Muchos eran los derechos que se habían violado y mucha la sangre de- rramada con arreglo a sus órdenes y a su voluntad. Sobre él

descargaron todo el peso de la tiranía y de la guerra; pidiéronle cuenta de todas las libertades oprimidas y de toda la sangre derramada, crimen sin nombre que sólo podía expiarse con su muerte. Mas no es posible alucinar hasta ese punto la conciencia de un pueblo aun cuando se halle afectada de turbación y de espanto. Otros además del rey habían oprimido y ensangrentado el país. Si el rey había violado los derechos de sus súbditos, también a su vez habían sido atacados, invadidos y violados los derechos de la monarquía, antiguos, escritos en las leyes, y necesarios para el sostenimiento de las libertades públicas. Cierto es que había hecho la guerra, pero en defensa suya. ¿Quién ignoraba que en el acto de decidirse el monarca a hacer la guerra, la estaban preparando contra él para obligarle a entregar después de tantas concesiones lo poco que aún le quedaba de sus derechos y de su poder, últimos restos del gobierno legal del país? Y ahora que el monarca había sido vencido lo juzgaban, y condenaban sin ley, contra toda ley, por actos que ninguna ley había nunca previsto ni calificado de crimen, actos que nunca la conciencia del rey ni del pueblo se habían imaginado que entraban en la jurisdicción de los hombres ni debieran ser castigados por sus manos. ¡Qué indignación, que repugnancia se habría generalmente manifestado si el más oscuro de los ciudadanos hubiese sido tratado de ese modo, y se le hubiera sentenciado a muerte por crímenes calificados después de cometidos, y por supuestos jueces que ayer eran sus enemigos, hoy sus rivales y mañana sus herederos! ¡Y ese atentado que ninguno se habría atrevido cometer contra el más insignificante de los ingleses, cometiéronlo contra el rey de Inglaterra, contra el jefe supremo de la Iglesia y del Estado, contra el representante y símbolo de la autoridad, del orden, de la ley, de la justicia y de todo lo que en la sociedad humana toca en el límite y reproduce la idea de los atributos de la divinidad!

No hay fanatismo tan ciego, ni política tan perversa que en el momento mismo de su triunfo no haya visto brillar en sus inmediaciones alguna luminosa ráfaga, alguna protesta solemne e inesperada por parto de la conciencia humana. Dos republicanos, de los cuales uno estaba inscrito entre los jueces del rey, y ambos eran un título de gloria para el partido, Vane y Sidney, no quisieron sea por escrúpulo, sea por prudencia, actuar en el proceso y se marcharon de Londres para no figurar ni siquiera como testigos. Cuando la cámara de los diputados como soberana absoluta nombró el consejo de Estado republicano veintidós de los cuarenta y un miembros nombrados para formarlo se negaron rotundamente a prestar el juramento que contenía una aprobación de la sentencia del rey y Cromwell al frente de los republicanos regicidas tuvo que resignarse a aceptar como colegas a los que por ningún precio querían ser considerados como cómplices suyos.

El nuevo sistema de gobierno no encontró por de pronto más que una resistencia pasiva, pero general.

Seis de los doce grandes jueces se negaron absolutamente a seguir desempeñando sus funciones y los restantes aceptaron su encargo con la precisa condición de administrar justicia con arreglo a las antiguas leyes del país. El parlamento republicano tuvo que avenirse a esta condición.

Se había mandado que la república fuera proclamada en la municipalidad de Londres: el lord alcalde se negó a hacerlo. Fue relevado y puesto en prisión; sin embargo, hacía ya tres meses que un nuevo lord desempeñaba aquel destino cuando se verificó la proclamación, debiendo notarse que muchos aldermanes se negaron a presenciar el acto. Se procuró autorizar la ceremonia con la asistencia de la tropa y a pesar de ese de eso no fue posible reprimir enteramente los insultos del pueblo. Se dio nueva organización al consejo municipal, y muchos de los nuevos miembros se negaron a admitir el cargo, por lo cual no

hubo más remedio que autorizar las sesiones del Consejo, aunque fuese muy reducido el número de los que tomaran parte en las deliberaciones. Poco faltó para que el gobierno se creyera obligado a tener que abolir las franquicias de la municipalidad.

Cuando se trató de acuñar moneda republicana, el director del ramo se negó a verificarlo y se granjeó la destitución de su empleo.

Se exigió de los funcionarios civiles y eclesiásticos que gozaban de algún beneficio un juramento de fidelidad a la república tan sencillo e inofensivo cuanto fue posible redactarlo, y hubo millares de sujetos que abandonaron sus puestos por no prestarlos. La asamblea eclesiástica, reunida en Londres al hacer poco más de un año de la instalación de la república, declaró formalmente que no debía prestarse aquel juramento. Impúsole el gobierno a las universidades de Oxford y de Cambridge, y de resultas hicieron renuncia de su empleo los miembros más distinguidos de aquellas corporaciones.

Se mandaron destruir en toda la nación las armas de la monarquía donde quiera que estuvieran. Apenas pudo conseguirse que se ejecutara esta orden en ninguna parte, a pesar de haberla reiterado con frecuencia. Hacía ya dos años que se había establecido la república y tuvo que repetirse la orden en todas partes, imponiendo a las municipalidades la responsabilidad y los gastos de la ejecución.

Finalmente dos años habían ya transcurrido desde la decapitación del monarca cuando el Parlamento republicano se atrevió a votar formalmente que los jueces y ejecutores de aquel acto habían cumplido con su deber, aprobó todos sus actos y mandó que se tomara nota de ellos en los archivos del Parlamento. Jamás pueblo alguno vencido por una facción revolucionaria y sometido sin insurreccionarse a las consecuencias de una derrota negó más solemnemente a los vencedores su adhe-

sión y su consentimiento. No tardaron en unirse a la resistencia pasiva del país contra la república los ataques directos de los enemigos de ésta, saliendo los primeros del seno de los mismos republicanos.

Tanto en el siglo XVII como en el presente se encubrían bajo el nombre de república ideas, designios y partidos profundamente distintos. Detrás de los reformadores del orden político venían los reformadores del orden social, y en pos de éstos, los destructores de todo orden y de toda sociedad. La república establecida según las ideas de Sidney y de Milton no podía contentar las pasiones ni las exigencias del fanatismo religioso ni del espíritu democrático, tanto más ciegas y desenfrenadas cuanto más se fuera descendiendo en las últimas clases de la sociedad. Aparecieron los llamados niveladores; los comunistas se presentaron en escena. Sólo seis meses contaba de existencia la república cuando en las inmediaciones de Londres y del Parlamento cuatro insurrecciones de soldados sectarios, provocadas y sostenidas por una explosión no interrumpida de folletos, sermones y asambleas populares, daban evidente testimonio de la anarquía que fermentaba en su seno y de los peligros que amenazaban al gobierno.

El partido realista tardó más tiempo en manifestarse hostilmente. Sus pasadas derrotas, la catástrofe del rey y la compresión violenta que estaba sufriendo lo tenían reducido a un estado de postración. No tardó, sin embargo, en cobrar nueva vida y nuevas esperanzas al ver las disensiones de sus enemigos y al comprender la evidente repugnancia del pueblo hacia el nuevo orden de cosas. Siete conspiraciones e insurrecciones tramadas en el espacio de dos años por los realistas puros o por los realistas presbiterianos, enemigos ardientes de la república, dieron claramente a entender a los jefes de ésta que no habían derribado el imperio de la monarquía con el mismo golpe que derribaron la cabeza del monarca.

Sucesivamente se fueron estableciendo secretas correspondencias entre los realistas y los conspiradores republicanos, es decir, entre los caballeros y los niveladores. Todos conspiraron de consumo. El odio general hace enmudecer todas las parciales enemistades.

Y en tanto que Inglaterra luchaba en esa apasionada anarquía, Escocia e Irlanda, ambas realistas, aunque por motivos y con sentimientos muy distintos, rechazaban solemnemente la república, proclamaban rey a Carlos Estuardo, llamaban a su territorio y ponían al frente de su gobierno de Escocia al mismo Carlos e Irlanda a sus representantes, haciendo ambas la guerra para reestablecerlo.

En medio de esta dislocación de los tres reinos, en medio de aquellas maquinaciones contrarias y uniformes, frustradas y reproducidas, pero generales en todos los puntos del territorio, en medio de aquellas esperanzas y temores, de aquellas ambiciones y de aquellas intrigas de todos los partidos, se relajaron los vínculos sociales y todos los resortes del poder perdieron su elasticidad. No hubo ya regla ni seguridad en la magistratura, ni en la Hacienda, ni en los intereses de la vida privada, ni en ninguno de los ramos de la administración. Aparecieron en las carreteras y alrededor de las grandes ciudades numerosas bandadas de malhechores, disfrazando sus crímenes con la máscara de la política, preguntando a los que tenían la desgracia de caer en sus manos si habían o no prestado juramento de fidelidad a la república y acomodando a su vil interés la contestación.

Para reprimir los excesos de tales bandidos fue preciso establecer guarniciones y tener varios cuerpos de caballería en continuo movimiento y ni aun así pudo conseguirse la represión por completo, pues la desorganización de la sociedad abortaba diariamente más desórdenes que los que el gobierno

republicano podía sofocar no obstante la severa aplicación de sus providencias.

No por eso desmayaron, a pesar de verse apremiados por tan graves peligros los jefes del parlamento republicano. Hallábanse dotados de la energía y obstinación que en unos es inspirada por la fe y en otros por el egoísmo: sus más nobles esperanzas y sus más vulgares intereses, su honor y su vida estaban comprometidos en aquella empresa. Consagráronse por lo tanto a su desempeño con denuedo, pero prodigando ciegamente en su obsequio medios de naturaleza viciosa que sólo sirven para retardar por algunos momentos la ruina de una causa.

Desde sus primeros pasos establecieron la tiranía política casi en sus últimos términos, pues decretaron que ninguna persona que durante la guerra civil se hubiese adherido a la causa del rey, o se hubiese manifestado contraria al parlamento pudiera ser elegido diputado, ni ejercer empleo de ninguna importancia en el Estado. Esa misma inhabilitación se extendió de allí a poco a todo cargo municipal, y hasta al simple derecho de votar en las elecciones: de esta manera quedaron de una vez todos los enemigos de la república reducidos a la condición de ilotas, privados de todo derecho y de toda vida política en su misma patria.

Por de pronto no se exigió el juramento de fidelidad más que a los funcionarios civiles y eclesiásticos y la negativa no traía más consecuencia que la pérdida de sus empleos. El gran número de los que se negaban a prestarlo alarmó a los vencedores. Para dar satisfacción a sus iras y para librarse al mismo tiempo de toda inquietud impusieron el juramento a todo inglés que pasara de dieciocho años y el que no sé aviniera a prestarlo quedaba privado de poder comparecer ante ningún tribunal a defender sus derechos: de manera que la disidencia política producía la incapacidad civil.

Del modo más arbitrario y repugnante se aplicaba también contra los vencidos el secuestro y la confiscación de bienes, sin atender a principios fijos, consultando tan solo intereses del momento, la codicia de un enemigo poderoso, una circunstancia imprevista, o listas nominales caprichosamente formadas, de manera que ninguno de los que podían creerse amenazados no podía saber con anticipación ni con certeza cuál era su situación ni la suerte que le esperaba.

La prensa, la publicidad era la única arma que servía después de acabada la guerra civil a los vencidos, realistas o niveladores. De esta arma se valían con igual audacia que la que los vencedores habían empleado durante la lucha con el rey. Podían ciertamente creerse autorizados a usar de este derecho, puesto que el último censor de la monarquía, M. Mabbott, había hecho dimisión de su empleo por no servir de instrumento a semejante abuso, y el primer sectario del consejo del Estado republicano, Milton había reclamado con toda elocuencia la libertad de imprenta como derecho esencial de un pueblo libre. El gobierno republicano no volvió a nombrar censor pero publicó una ley de imprenta capaz de satisfacer la más suspicaz vigilancia. Sólo a cuatro ciudades en toda Inglaterra, Londres, York, Oxford y Cambridge se concedió el privilegio de poder imprimir. Ningún diario o escrito periódico pudo publicarse sin autorización del gobierno y finalmente los impresores quedaron sujetos a fianzas. No sólo fue perseguido y castigado todo el que había tomado parte en alguna publicación sediciosa, sino que hasta el mismo comprador incurría en una multa si no presentaba en el término de veinticuatro horas el escrito sedicioso al magistrado más inmediato y le indicaba el peligro.

Una libertad por lo menos, la religiosa, podía al parecer prometerse mejorar de condición bajo el sistema de la república. Los sectarios republicanos la habían, desde el principio, inscrito en sus banderas. No sólo habían tenido necesidad de recla-

marla para ellos mismos, sino que además la demandaban imperiosamente sus propios principios que rechazaban todo gobierno general y obligatorio de la iglesia y reconocían en cada congregación aislada el derecho de gobernarse por sí misma. Mas ¿dónde no llegan nuestras tristes aberraciones? La inconsecuencia humana se desarrolla del todo en materias de conciencia y de fe precisamente allí donde es más inicua y chocante. El mismo partido, los mismos hombres que desde medio siglo atrás venían defendiendo con admirable constancia la causa de la libertad religiosa y que en esa libertad fundaban la base de la sociedad cristiana, cuando llegaron al poder negaron absolutamente toda libertad a tres numerosas clases de personas, a saber, a los católicos, a los episcopales y a los libres pensadores. La persecución contra los católicos no tuvo límites: proscripción absoluta de su fe y de su culto, para sus sacerdotes prisión, destierros en masa y hasta pena de la vida y para los simples fieles incapacidades civiles y confiscaciones especiales. La iglesia protestante episcopal, arruinada y dispersada por el parlamento presbiteriano tuvo que lamentarse todavía de peor suerte bajo el parlamento republicano. Los sectarios tenían que satisfacer en ella sus venganzas y sus recelos: llegaron al extremo de prohibirles la práctica de su liturgia y la asistencia de sus ministros hasta en lo interior de sus casas. Por lo tocante a los libres pensadores, no tan raros que lo que vulgarmente se cree en aquella época, procedió el parlamento republicano de manera que si encontraba alguna persona que por imprudencia, o por aversión a toda hipocresía manifestaba francamente su opinión, en el acto era objeto de persecuciones que paraban en prisión, pérdida de derechos civiles y destitución de cualquier empleo. Los presbiterianos eran los únicos que como enemigos de los episcopales disfrutaban de cierta tolerancia, pero siempre limitada, precaria y con frecuencia turbada por las suspicacias y arrebatos de los sectarios a quienes por su organización

eclesiástica y por sus ideas monárquicas disgustaban igualmente. En vano algunos hombres de espíritu generoso en el parlamento republicano trataron de poner límites a semejantes rigores: no tardaba su buena intención en recibir desengaños. No existió pues la libertad religiosa durante la república más que para las sectas victoriosas que uniéndose estrechamente por sus afinidades políticas se olvidaban o veían con tolerancia sus disensiones religiosas.

Semejante tiranía política tan extensa y tan dura no podía defenderse ni procurar su sostenimiento sin la tiranía judicial. El parlamento republicano la ejerció sin escrúpulo alguno. El proceso del rey, aquella monstruosa derogación de todos los principios y de todos los elementos de la justicia sirvió de modelo para todos los procesos políticos.

Contra las sediciones de los soldados niveladores bastaba la ley marcial; más cuando llegaba a estallar alguna insurrección o conspiración realista se instituía en el acto un supremo tribunal de justicia, cuyos vocales eran nombrados por el mismo parlamento, y venía a ser como una comisión especial que se daba a sí misma reglas, y a los acusados garantías de la ley. Si se temía que las sesiones de semejante tribunal excitara la cólera o la compasión del pueblo, se prohibía absolutamente su publicación. En casos dados servía no sólo para fiscalizar la conducta de los hombres notables que se sometían a su jurisdicción, sino hasta contra la multitud oscura que no hubiera sido posible hacer comparecer. Antes de proclamarse la república habían los marineros del Támesis presentado una petición para que se hiciera la paz con el rey.

Después de haber sido éste ejecutado el parlamento remitió aquella petición firmada al supremo tribunal que nuevamente acababa de instituirse para juzgar a cinco de los principales jefes realistas, con cuya conducta se conseguía llenar de terror a los pequeños al propio tiempo que se hacía caer la cabeza de los

grandes. Algunas veces no se consideró como posible la institución de esos supremos tribunales porque se temía que causaran demasiada emoción en el público o por el demasiado aparato y lentitud de sus procedimientos.

En tales casos el parlamento republicano ejercía por sí mismo la justicia imponiendo por medio de una simple votación enormes multas, la argolla, el destierro, u otras penas capaces de abatir a un enemigo obstinado, o alagar las pasiones y encubrir las faltas de alguno de sus corifeos. Si no había ningún medio de perseguir y condenar judicialmente a los hombres que inspiraban temor, a los reformadores políticos que los republicanos no habían podido vencer sino espumándolos del parlamento, se empleaba contra ellos la detención arbitraria, y se procuraba dispersarlos confinándolos en prisiones distantes.

Desde Londres se hacían proscripciones en masa de realistas, de católicos, de aventureros, y de todos los que inspiraban sospechas. Mas si algún escritor no afecto a la república en vez de conspirar en secreto denunciaba estrepitosamente al país por medio de la prensa las tropelías reales o supuestas de los republicanos, no tardaba en ser conducido y encerrado en la torre, donde permanecía y tal vez llegaba a morir antes de que se concluyera su causa.

Tanta opresión en el seno de tamaña anarquía era al parecer tanto más odiosa e intolerable por dimanar de unos hombres que tanto habían exigido del rey en materia de libertad y tanto habían prometido ellos mismos, hombres, cuya mayor parte acababan de salir de aquellas condiciones ignoradas y oscuras en que el pueblo no está acostumbrado a reconocer y respetar el poder supremo, y que para el mando que ejercían tan violentamente no tenían más títulos que su mérito personal, título dudoso cuando no es superior a toda comparación, y la fuerza material de que disponían, título que ofende y enajena a los

mismos que se someten a él, si anteriormente el vencedor no los ha envilecido y postrado por completo.

A pesar de la duplicada embriaguez del mando y del peligro muchos de los jefes republicanos comprendían su situación y no ignoraban la opinión del público. Sentíanse aislados y con frecuencia despreciados en medio de su poder y sabido es que no hay poder que consuele del aislamiento ni que haga mirar con indiferencia el desprecio. Deseaban con ansia autorizar su denominación con otros títulos que los de la guerra civil y el regicidio y elevarse, por medio de algún acto grande y nacional, al nivel de su fortuna. Con este objeto meditaban y preparaban en lo interior muchas reformas en la parte judicial y administrativa; pero sus planes más importantes, aunque de un mérito bastante dudoso en sí mismo, eran enérgicamente rechazados por muchos de los hombres notables del partido, porque tal vez comprendían que lejos de despejar aquellos proyectos la situación de la república, no habrían hecho más que crear nuevos obstáculos facilitando el acceso a los sectarios y a los niveladores.

Desengañados los jefes republicanos de que ninguna medida en el régimen interior podía darles el prestigio que les hacía falta fijaron su pensamiento en lo exterior. No era mucho el esfuerzo que tenían que hacer ni el peligro a que se aventuraban para sostener en sus relaciones con los demás gabinetes europeos la dignidad e intereses de su patria. El tiempo de las guerras religiosas había ya pasado, el de las guerras políticas aún no había venido. Ninguno de los grandes gobiernos europeos, por muy odiosa que le fuera la nueva república pensaba atacarla, antes por el contrario todos solicitaban su amistad para privar de ella a sus rivales, o para convertirla en provecho propio. La simple neutralidad aseguraba a Inglaterra paz, completa independencia por lo tocante a sus negocios interiores y grande

influencia en los del continente; pero eso no contentaba a los jefes del partido republicano.

Hallábanse en presencia de tres poderosos estados, de Francia, de España y de Holanda; los dos primeros, como católicos y monárquicos eran enemigos naturales más o menos retenidos o disfrazados de la nueva república; pero el último, como protestante y republicano, debía sentirse inclinado a Inglaterra por todas las simpatías de la religión y la libertad. Esta circunstancia dio lugar a que súbitamente naciera y fermentara una idea en la mente emprendedora y tumultuosa de aquellos hombres. ¿Por qué Inglaterra y Holanda no habían de unirse formando una sola y poderosa república cuya política y religión no tardarían en establecer su dominio en Europa?

Semejante proyecto no podía menos de ser muy satisfactorio para los espíritus piadosos, y proporcionar grande entretenimiento a los dominados de ambición. Cuánta gratitud no dispensaría el pueblo inglés a los que tal aumento habrían sabido dar a su grandeza, y tal satisfacción a su conciencia y a su orgullo. Sus resultados no podían menos de ser el olvido de la monarquía, la consolidación de la república y la conversión del parlamento en un senado de reyes.

Dióse principio a la obra. Los jefes republicanos la acometieron desplegando todo su vigor: unos, poniendo en juego influencias indirectas y propagando en todos sentido su idea, y otros por medio de embajadas solemnes, y probando establecer las bases de la unión futura de ambas naciones. Pero los sueños de las revoluciones son todavía más vanos en lo concerniente a las relaciones exteriores que en el gobierno interior del Estado. Complacíanse los republicanos ingleses en no pensar que mediante aquella fusión la república de Holanda sería completamente absorbida por la inglesa, y que por lo tanto podría muy bien suceder que aquella no consintiera en la unión.

Así fue en efecto, pues ni aún se dignó admitir una insinuación. Los republicanos holandeses, cuya constancia estaba ya probada por un siglo de penosos esfuerzos tenían demasiada altivez para no sacrificar su patria y sobrada cordura para no unir sus destinos a la utopía de una república naciente e insegura. La causa de los realistas ingleses tenía además simpatías en Holanda no sólo por parte de la casa de Orange, sino entre el pueblo cuya equidad y buen sentido miraba con indignación el asesinato de Carlos I y las extravagancias de los sectarios. El racional orgullo de Holanda desvaneció en un instante la fantasma que la orgullosa insensatez del parlamento anglicano había intentado animar. Pero semejantes tentativas ni se hacen ni abortan impunemente.

Desde entonces urgieron entre ambos pueblos, naturalmente rivales, desconfianzas y recelos profundos que enconaron el amor propio de los jefes, y produjeron ardientes enemistades. De aquí se originó brevemente la guerra: de manera que los grandes proyectos diplomáticos del parlamento protestante y republicano de Inglaterra no produjeron más resultado que un rompimiento y una lucha apasionada con el único Estado republicano y protestante que había entre sus vecinos del continente.

Así es como los republicanos ingleses en lo interior y en lo exterior recibieron de los sucesos o se dieron a sí mismos, a sus ideas y a sus esperanzas un triste y solemne mentís. Habían prometido libertad; ejercieron la tiranía; habían prometido la unión y el triunfo del protestantismo en Europa; hicieron nacer la guerra en su mismo seno.

Vanamente aquel gobierno se prolongaba, ganaba batallas y abrumaba a sus enemigos: el instante de su consolidación estaba muy remoto. La república y sus caudillos se desacreditaban y decían continuamente en medio de sus triunfos y de la sumisión general de sus enemigos.

Un hombre, el principal autor del suplicio de Carlos I y del establecimiento de la república, Cromwell había presentado su resultado y se preparaba a convertirlo en provecho suyo. Después de la muerte del rey y de la proclamación de la república se había verificado una metamorfosis prodigiosa, pero natural en el carácter de aquel hombre. Impelido hasta entonces por sus pasiones de sectario y ambicioso contra los enemigos de su fe y los obstáculos de su fortuna se había dedicado enteramente a destruirlos. Mas así que la obra de destrucción fue consumada se sintió estimulado de una nueva necesidad. La revolución estaba ya hecha; preciso era rehacer el gobierno. La Providencia que rara vez concede a un solo hombre el duplicado poder de destruir y edificar había dado a Cromwell disposiciones para ambas cosas: terminado su papel de revolucionario apareció en la escena con el carácter de Dictador.

Al mismo tiempo que su espíritu grande y perspicaz comprendía aquella necesidad dominante de la nueva situación, Cromwell echó de ver que el gobierno que intentaban establecer no llegaría a conseguir su objeto. Fijó una penetrante mirada en las instituciones y en los hombres y al no ver unidad, ni elementos de consolidación, ni porvenir en las primeras, dedujo que el seno del poder tendría que verse desgarrado por la guerra intestina y por continuas incertidumbres. Al observar las mezquinas y quiméricas aspiraciones de aquellos hombres, y sus pasiones miserables y ciegas comprendió también la incesante lucha revolucionaria entre el poder y la nación: el buen sentido de Cromwell midió rápidamente y se sonrió del parlamento y de sus jefes que se erguían a manera de soberanos. Un gobierno poderoso y normal no podía nacer de tales antecedentes.

Desde entonces Cromwell no se preocupó sino de una sola idea que fue la de no asociarse ni a la política ni al destino de tales hombres, ni de tales instituciones; mantenerse lejos de sus

errores y contratiempos; separarse en una palabra del parlamento, mas sin dejar por eso de servirle.

Separarse era poco; Cromwell necesitaba ir creciendo en tanto que los demás se gastaban; previendo la ruina del parlamento y de sus jefes, determinado a no volver a caer con ellos, quería elevarse sobre su ruina.

Los grandes hombres de acción no organizan anticipadamente ni con todos sus detalles el plan que se proponen seguir. Su talento depende, si así puede decirse, de su instinto y de su ambición. Cada día, cada nueva circunstancia les traen a su vista los sucesos tales como son en realidad y les dejan vislumbrar el camino que les indican, y las probabilidades que por aquel camino pueden prometerse. Con estos antecedentes se lanzan por la nueva senda marchando siempre bajo una misma luz y llegando a la distancia que les permite el nuevo horizonte que se abre delante de ellos. Cromwell se encaminaba a la dictadura sin saber a qué precio podría llegar a ella, ni en donde se detendría; pero seguía marchando constantemente.

El parlamento mismo vino a ofrecerle la situación aislada, y ajena del poder reinante quo Cromwell deseaba. La presencia de Cromwell en Londres incomodaba a los intrigantes: pidiéronle que fuese a tomar el mando del ejército que debía pacificar la Irlanda, insurreccionada en todos sus puntos en favor de Carlos Estuardo, o hablando con más propiedad contra el parlamento. Cromwell se hizo rogar. Fue preciso concederle cuanto pidió, primero para sus muchos amigos por los cuales se tomaba grande interés y luego para él mismo. Exigía considerables y seguros medios para conseguir buen resultado, tropas bien equipadas, brillantes honores y un poder indisputable. A fin de que partiera cuanto antes, el parlamento le concedió cuanto quiso pedir. Su partida fue solemne y magnífica. Predicáronse muchos sermones profetizando y pidiendo a Dios el triunfo de sus armas. El mismo Cromwell usó de la palabra y

oró en público tomando de la Biblia alusiones llenas de entusiasmo respecto de la guerra que iba a emprender. Finalmente salió de Londres rodeado de una numerosa guardia compuesta de oficiales espléndidamente equipados. En Bristol, donde se detuvo antes de embarcarse fue objeto de la curiosidad de toda la gente de las poblaciones inmediatas que corrió presurosa a verlo. Por su parte nada omitió, nada le faltó para excitar entusiasmo y dejar grata impresión al alejarse de la vista del público.

Cromwell deseaba someter la Irlanda pero contaba con que esta sumisión había de hacerle dueño de Inglaterra. Allí al encontrarse en presencia de una raza y una religión enemigas, despreciadas y aborrecidas del pueblo inglés hizo la guerra a todo trance degollando, despojando y expulsando a los irlandeses, no arredrándose ni por crueldades en el campo, ni por mentiras en el parlamento, encubriendo todos sus actos con la palabra necesidad, y hallándose dispuesto a creerlo para conseguir más pronto la victoria.

No tardaron los ventajosos resultados de sus armas y la celebridad de su nombre en inspirar recelos al parlamento. Cromwell se hizo el objeto de todas las conversaciones: el pueblo hablaba de él para admirarlo, y los que se preciaban de políticos para penetrar su conducta y hacer conjeturas sobre el porvenir. En Escocia creyeron que Cromwell no era a Dublín sino a Edimburgo a donde iba a conducir su ejército, y toda la población se conmovió con semejante noticia. Otros decían que a su regreso de Irlanda meditaba ir a Francia con un objeto ignorado de todo el mundo. Hubo folletos recogidos cuyo título era: *Carácter del rey Cromwell*. Llegaba por último su celebridad al punto aquel en que las más frívolas circunstancias, los pasos más insignificantes del hombre que se engrandece excitan la curiosidad del pueblo y los recelos de sus rivales. Creyeron los intrigantes del parlamento poder aprovecharse de la circuns-

tancia de haber tomado Cromwell cuarteles de invierno en Dublín para volverlo a traer a Londres. El general ni obedeció, ni siquiera se dignó contestar: púsose bruscamente en campaña, prosiguió su obra de destrucción en Irlanda, y no quiso volver a Inglaterra sino después que los nuevos y graves peligros de la república le abrieron nuevas perspectivas de independencia y de grandeza.

La Escocia había vuelto a llamar a Carlos Estuardo. La república y la monarquía iban a encontrarse otra vez de frente. La república necesitaba el brazo de un caudillo que ya se hubiera medido con el de los realistas. El parlamento trató de conferir aquel poder salvador a dos hombres a un mismo tiempo: nombró a Fairfax y a Cromwell; mas habiendo el primero rehusado tuvo que conferírsele por completo a Cromwell sintiendo darle a conquistar un reino para salvar la república.

Cromwell se comportó en Escocia de un modo muy diverso que en Irlanda. Cuanto más violento, duro e inexorable había sido con los católicos irlandeses, tanto más moderado, tolerante y benigno fue con los protestantes de Escocia. Aquí encontró alrededor y hasta en el seno del partido realista disensiones profundas: presbiterianos más fanáticos que realistas, y que no servían la causa del trono sino con desconfianzas y restricciones infinitas; sectarios tan ardientes y democráticos como los mismos ingleses, llenos de simpatías hacia Cromwell y sus soldados, y más dispuestos a servirle que a luchar contra él. Cromwell supo dirigir bien y explotar esas disposiciones, y al paso que hacia la guerra, al ejército del rey, dispensaba mil consideraciones al país, trataba separadamente con los jefes de quienes sabía que le profesaban alguna simpatía, se ponía en relaciones y disputaba sobre religión con los teólogos escoceses y con su habilidad en complacer dejaba honda y favorable impresión cuando no conseguía convencer o seducir. De esta manera hacía marchar los asuntos de Escocia ganando cada día terreno

por las armas, y captándose mañosamente voluntades, cuyo resultado era la adquisición de fortalezas, plazas y jefes que desertaban del partido del rey. Carlos se veía constantemente observado, estrechado y no tardó en verse completamente circuido. En esa situación tomó con el arrebató propio de la juventud una resolución tan estrepitosa, como desesperada: púsose rápidamente en marcha con todo su ejército hacia Inglaterra dejando la Escocia en manos de Cromwell y determinado a tentar en el corazón de la república la suerte de la monarquía. Aún no había pasado un mes desde que Carlos y su ejército escocés habían puesto el pie en Inglaterra cuando Cromwell los había alcanzado, vencido y dispersado en Worcester donde Carlos acababa de hacerse proclamar rey. De allí a poco Carlos andaba errante de asilo en asilo, cambiando de disfraz a cada punto y buscando una nave que le trasportara fuera de Inglaterra y Cromwell entraba triunfante en Londres, rodeado de los miembros del parlamento, del consejo de Estado, de la municipalidad de Londres y de un inmenso gentío, que le aclamaba su libertador.

La alegría que viene en pos de un temor grande sofoca por un momento toda rivalidad y todo odio. El parlamento colmó a Cromwell de favores: señalósele una cuantiosa dotación en bienes territoriales, se le dio el palacio de Hamptoncourt para que fijara en él su residencia y los más desconfiados se esforzaron en prodigarle señales de su gratitud y deferencia. El entusiasmo del pueblo republicano era más sincero y valía más. Las revoluciones que han derribado antiguas grandezas se manifiestan solícitas y orgullosas en erigir otras nuevas: créense seguras y con títulos que justifican su orgullo al verse consagradas en aquellas nuevas imágenes de gloria con las cuales les parece satisfacer los daños que en la sociedad anterior habían tenido que causar. De aquí nace aquel instinto que a despecho de las pasiones democráticas impele los partidos populares a ex-

presarse con aquellas pomposas manifestaciones, con aquellas desmesuradas lisonjas y aquella idolatría de lenguaje con que se placen en adular a los grandes hombres que se elevan sobre las ruinas que los mismos partidos han hecho. Sectarios y filósofos ciudadanos y soldados, parlamento y pueblo, todos concurrieron forzosa o voluntariamente a engrandecer a Cromwell como si trataran de engrandecerse a sí mismos, y los republicanos de Londres al arengarle por su feliz regreso se lisonjeaban a sí propios al decirle: «Estabais predestinado a cargar de cadenas a los reyes y poner grillos a la nobleza». ¡No veían los que de esta manera hablaban que no pasaría mucho tiempo sin que aquellas pesadas cadenas vinieran a caer sobre sus mismas manos!

Cromwell recibía esas ovaciones con humildad calculada y en cierto modo sincera. «Sólo a Dios, contestaba incesantemente, sólo a Dios pertenece la gloria: no soy más que un débil e indigno instrumento suyo». Al hablar de ese modo comprendía perfectamente cuanto convenía a su patria y a su partido esa clase de lenguaje. Exagerábalo Cromwell y sin cesar lo estaba repitiendo para complacer a los hombres cuya confianza y afecto exaltaba hablando de ese modo; mas también era esa, como ya se ha dicho anteriormente, la expresión de su propio e íntimo pensamiento. Dios, su poder, su providencia, su acción continua en los asuntos de este mundo no era para el alma de Cromwell una abstracción metafísica, o una tradición gastada: era verdaderamente su fe. Fe no muy consecuente y de pocas exigencias, puesto que ni gobernaba, ni embarazaba sus actos en las tentaciones de la vida, ni en las necesidades de su ambición, pero que subsistía indeleble en el fondo de su alma e inspiraba sus palabras cuando la grandeza de las circunstancias o de su situación personal venía a conmoverla profundamente. Por otra parte cuesta poco el hablar humildemente y llamarse instrumento de Dios, cuando Dios convierte su instrumento en soberano de las naciones. Nada pues tenían que resentirse ni el

poder ni el orgullo de Cromwell por expresarse con aquella humildad.

Así es que cuanto más elevada se hacía su situación, tanto más lo engrandecía y lo hacía superior a ella el instinto de su ambición. Algunas veces a través de aquel lenguaje tan humilde se vislumbraban en sus actos algunas aspiraciones a la soberanía. Sobre el campo de batalla de Worcester tuvo deseos de armar por su propia mano caballeros dos de sus más bizarros generales, Lambert y Fleetwood, y si a despecho suyo renunció a ese proyecto sólo fue porque le hicieron presente que aquel acto era una prerrogativa de la corona. Al entrar triunfante en Londres se manifestó tan retenido en medio de las aclamaciones del pueblo que un hombre que le conocía perfectamente, el predicador sectario Hugh Peters dijo al verle pasar: «Cromwell será nuestro rey». Acababa de salvar la república y de someterle dos reinos. Ya nada grande que pudiera consumarse por medio de las armas se presentaba cerca de él. Permanecía en Londres, poderoso y en la ociosidad, visitado incesantemente por sus oficiales y soldados, centro de todos los descontentos y de todas las esperanzas; de la vista de un parlamento republicano, congreso mutilado, al cual apenas asistían diariamente sesenta u ochenta miembros, algunos de los cuales seguían formal y honradamente ocupándose de los asuntos públicos, de marina, de la guerra con Holanda y de reformas administrativas, que tal vez nunca llegaban a realizarse por la influencia que en el congreso ejercía el mayor número de otros miembros solamente entregados a la mezquindad de sus pasiones, a vergonzosos intereses, al tráfico de empleos y el servicio de ruindades ajenas; facción egoísta, aislada y desacreditada que no daba a la nación ni tranquilidad, ni bien estar, ni porvenir, y que sin embargo se mantenía obstinadamente aferrada al poder como si la salvación del país dependiera exclusivamente de su miserable gobierno.

Cromwell anduvo vacilando largo tiempo antes de resolverse. Al volver a ocupar su puesto en el parlamento después de su triunfo provocó la lucha. Sus armas puede decirse que eran dos cuestiones grandes y populares, una amnistía general que anunciara la terminación de la guerra civil y una ley electoral que arreglara el modo y la época de la convocación de un nuevo parlamento.

Estas dos medidas hacía ya mucho tiempo que estaban propuestas pero nunca acababan de salir de la mesa de las respectivas comisiones sino en algunos días críticos, y siendo reproducidas por el interés del momento volvían luego a caer en la inercia. Cromwell las hizo formalmente discutir y aprobar. Quedó al cabo de cinco meses decretada penosamente la amnistía después de haber intentado muchas veces hacer en ella restricciones, especialmente pecuniarias, que siempre fueron victoriosamente rechazadas por el mismo Cromwell, demasiado sensato para entregarse nunca a inútiles animosidades y demasiado atento a procurarse clientela y amigos personales en todos los partidos.

No puso Cromwell en juego tanta energía para conseguir la aprobación de la ley electoral sin duda para conseguir que con su lentitud resaltara el egoísmo de los intrigantes del parlamento, o tal vez por no haber aún llegado a resolverse sobre el particular. ¿Por qué medios plausibles podía impeler al parlamento? ¿Disolverse? ¿Cuál sería el resultado de las nuevas elecciones? ¿Podría confiarse en que con ellas se consolidara el nuevo gobierno? ¿Había dado buenos resultados el primer ensayo que acababa de hacerse de la república? ¿No podría decirse que la monarquía era más conforme a las leyes, a las costumbres, a las opiniones y a los intereses constantes del país? Si este seguía deseando el sistema monárquico, mejor dicho, si lo necesitaba, ¿qué había que hacer para volvérselo a dar? ¿En qué forma? ¿Qué clase de monarquía? Cromwell trataba de resolver esas

cuestiones hablando de ellas no sólo en sus conversaciones privadas con algunos hombres importantes, sino en conferencias donde solía reunir varios oficiales del ejército, y algunos miembros del parlamento.

Nunca se daba por satisfecho del resultado de esas conferencias: los oficiales insistían en ser republicanos, y los políticos se manifestaban propensos a la monarquía en su antigua forma y aconsejaban a Cromwell tratase de hallar medios para restablecerla. Entonces Cromwell interrumpía la discusión sin perjuicio de volver a renovarla a los pocos momentos, manifestándose flexible, pero siendo en realidad inexorable en su ambición, franco hasta la audacia para envolver a los demás en sus proyectos y solapado otras veces hasta un extremo ridículo a fin de ocultarlos. El provecho que de estas maniobras sacaba Cromwell era el comprometer más y más al ejército en su lucha con el parlamento. El espíritu sectario era aún poderoso en el ejército y el espíritu militar se había enérgicamente desarrollado.

Las pasiones del fanático y los intereses del soldado se habían combinado y se sostenían mutuamente: Cromwell sabía explotar esa combinación y se proponía emplearla contra el parlamento. ¡Qué injusticia que los vencedores no percibieran con puntualidad su mezquina paga, en tanto que otros hombres que nada habían hecho ni nada habían sufrido fueran los únicos que recogían el fruto de la victoria! ¡Qué impiedad el no prestar la debida atención a los consejos de los santos! Peticiones presentadas por el consejo general de oficiales en nombre de todo el ejército reclamaban con altivez el pago de los atrasos, la reforma de los abusos del gobierno y la realización de las esperanzas del pueblo de Dios.

El parlamento a su vez se irritaba, se defendía y devolvía el ataque, pidiendo con instancia el licenciamiento de una parte del ejército, y poniendo en venta el palacio de Hamptoncourt,

concedido poco antes a Cromwell para fijar en él su residencia. Dieciocho meses hacía que duraba ya esta apremiante situación, cuya crisis no podía hacerse mucho tiempo esperar. ¿Quién sería dueño de la nueva situación? El parlamento adoptó repentinamente el partido de apresurar por sí mismo la disolución que le pedían: entró vivamente en la discusión de la ley electoral y la votó; pero procuró que mediante su votación volviera a caer el poder en las mismas manos que entonces lo tenían. Los miembros actuales del parlamento republicano eran de hecho y sin necesidad de reelección miembros del nuevo parlamento: no debían verificarse elecciones sino para llenar los huecos de la asamblea según el número total fijado por la ley.

Y para que nada faltase a la seguridad de la combinación sólo los antiguos miembros eran los que habían de componer la comisión de examen y aprobación de las nuevas elecciones.

Bien se echa de ver que su sistema estaba muy lejos de ser una disolución del parlamento. Cromwell no anduvo ya en vacilaciones: rompiendo bruscamente una asamblea de oficiales que se hallaban reunidos en su casa, se trasladó a la cámara baja, ocupó silenciosamente su puesto en medio de la discusión, y cuando se fue a proceder a la votación de la ley electoral se levantó súbitamente y aprovechándose del descrédito en que los intrigantes del parlamento habían caído, los insultó groseramente para acabarlos de envilecer, les indicó con profunda brutalidad que su misión había terminado, los mandó expulsar del salón como intrusos por una compañía de soldados, y de esta manera puso súbitamente fin al parlamento.

Nadie resistió, nadie levantó la voz; no porque el parlamento expulsado careciese de amigos ardientes y leales, aunque poco numerosos; sino porque no pudo menos de comprenderse que estaban en contra suya la fuerza y la opinión. Todos los demás partidos sin perjuicio de aprobar o no aprobar en su interior el

acto de Cromwell se alegraron considerándolo como un rasgo de justicia que les restituía la libertad. Los vencidos se sometieron intimidados o conociendo su impotencia y aquellos agitadores revolucionarios que durante nueve años habían sostenido la guerra civil, expulsando del parlamento las tres cuartas partes de sus colegas, condenado a muerte un rey, cambiado tínicamente la constitución de su país, tuvieron ocasión de comprender que el gobierno de los pueblos es una obra infinitamente más grande y más difícil que lo que ellos mismos se imaginaban antes de haber sucumbido.

La república se había establecido en nombre de la libertad, y bajo la dominación del parlamento republicano no había sido la libertad más que una vana palabra bajo la cual se ocultaba la tiranía de una facción. Después de la expulsión del parlamento la república a su vez se vino a convertir también en una vana palabra, conservada como una de esas mentiras que sirven, pero no fascinan y el gobierno de Inglaterra quedó por espacio de cinco años convertido en el despotismo de un solo hombre.

El despotismo, tratándose de una nación fuerte que lo haya abrazado por falta de resolución o por cansancio, no puede subsistir sino mediante estas dos condiciones, orden y grandeza. No se descuidó Cromwell en desplegar todos los recursos de su talento para imprimir a su gobierno estos caracteres. Desentendiéndose absolutamente de aquellas animosidades, de aquellas mezquindades e intolerancias que las facciones establecen con su imperio, quiso que todos sin distinción de origen y partido, realistas, presbiterianos o republicanos hallasen, con tal que se abstuvieran de tomar parte en las maquinaciones políticas, protección y seguridad en todos los intereses de la vida civil. Quedó abrogado el acto que imponía juramento de fidelidad a todo inglés bajo pena de inhabilitación ante los tribunales. La administración de justicia volvió a ejercerse formal e imparcialmente. Ya se ha dicho que Cromwell, como general de

la revolución había procurado adquirir amigos y relaciones en todos los partidos. Cromwell, como protector de la república se esforzó en atraer a su gobierno las altas fuerzas de la sociedad.

Demasiado prudente para privarse de sus propias raíces y ponerse en manos de sus enemigos obraba con arreglo a un superior instinto que le advertía de que en tanto que el poder no sea aceptado y sostenido por la alianza natural de posiciones sociales, intereses y costumbres no puede decirse que haya nada de estable ni bien coordinado. Aquel impetuoso caudillo de los innovadores populares se mostraba lleno de respeto hacia las instituciones consagradas por el tiempo. Los sectarios en su aversión a las ciencias humanas y a las fundaciones aristocráticas o reales querían destruir las universidades de Oxford y de Cambridge. Cromwell las salvó.

Grande por naturaleza y colocado en eminente posición se interesaba espontáneamente por todo lo que presentaba carácter de elevación por sus recuerdos, por su ingenio, por su ciencia o por los halagos de la fama. Sentíase impulsado a rodearse de esa clase de objetos y a protegerlos de las animosidades villanas y rastreras. Para sostener esa política, es decir para sostener en beneficio de todos el orden y las leyes, y establecer en todas partes el poder y el respeto se valió del mismo ejército con que había derribado tantas antiguas grandezas, y cuyas mal apagadas pasiones no se enfrenaban sino en fuerza de la severidad, de la disciplina y del afecto que profesaba a su general.

Cromwell, más libre que el anterior gobierno del yugo de los partidos, se condujo en lo relativo a los negocios exteriores con un pleno conocimiento de su situación e intereses y puede decirse que consiguió completos resultados.

La paz fue la base de su política y a conseguirla o consolidarla, con Holanda, Portugal y Dinamarca se dirigieron todos sus conatos desde su elevación al poder; para eso se desentendió

por completo de aquellos sueños de fusión republicana y protestante que en otros tiempos había fomentado o concebido cediendo a los odios y a las sugerencias de los partidos. Viósele por ese deseo de paz apresurado en arreglar diferencias y terminar cuestiones, y si bien alguna vez se mostró susceptible y altivo para establecer bien la dignidad del nuevo gobierno, nunca faltó a la sensatez, ni se entregó a desmedidas exigencias, ni a quiméricas ambiciones, ni se afanó en lo exterior más que por lo conveniente a su interés esencial y en lo interior por la seguridad y la fuerza de su poder.

Una vez asegurada la paz, sentó como segunda base, de su política la neutralidad. Entonces se hallaba agitada la Europa con la lucha entre la casa de Austria y la familia de Borbón: la España que empezaba a decaer, y la Francia que se elevaba rápidamente; una y otra nación hacían violentos y no siempre decorosos esfuerzos por captarse la alianza de la Inglaterra. Cromwell prestaba oídos a la solicitud de ambas, y no les daba esperanzas sino para conseguir lo que era beneficioso para Inglaterra sin tener que aventurarse a tomar una parte decisiva en la contienda.

Considerada atentamente la cuestión comprendió que por parte de la España podía esperar poco, temer menos, pero coger mucho. Meditaba dar ancha base en el nuevo mundo al poder y al comercio de Inglaterra. Por eso se resolvió a romper su neutralidad, pero lo hizo tan a tiempo y con tanto tino que mientras que su estado de guerra con España le facilitaba la conquista de Jamaica al otro lado de los mares, su alianza con Francia le valía en las puertas del continente europeo la posesión de Dunkerque sin haberse por eso tenido que comprometer en la lucha de aquellas potencias de un modo capaz de interrumpir la independencia exterior de su país.

El constante carácter de la política de Cromwell durante su gobierno fue el no presentar nada de sistemático, ni arrebatado,

ni mezclarse en asuntos ajenos sino cuando lo exigió realmente la conveniencia de los propios. Los Estuardos estaban refugiados en Francia y la corte los trataba con distinción pero también con timidez. Las tentativas de guerra civil que hacía el partido llamado *de la Fronde* turbaban la paz de aquel reino y los protestantes se veían sino perseguidos por lo menos molestados y llenos de inquietud. No podía presentarse una ocasión más favorable a Cromwell para intervenir allí contra sus enemigos y en favor de la causa religiosa y política a que debía su elevación. El príncipe de Condé, jefe de los insurrectos y la ciudad de Burdeos que venía a ser su antemural le habían enviado comisionados y multiplicaban instancias y ofrecimientos para conseguir su apoyo. Cromwell los escuchaba, les dejaba columbrar alguna esperanza, y secretamente enviaba personas de su confianza a Francia que exploraran la situación y que al paso que midieran las fuerzas de los protestantes y de los demás sublevados, causasen graves recelos al ministro Mazarino. De estas cautelosas indagaciones resultó que no hallando por parte de los descontentos franceses fuerzas efectivas, ni buenas disposiciones, ni probabilidades de buen éxito, acalló todas las inspiraciones de la ambición o de sus propios deseos, se olvidó de las ofertas que al parecer había admitido, y de las esperanzas que había dejado concebir y negoció con Mazarino utilizando las inquietudes que con su conducta anterior le había causado.

Otra ocasión de sostener el protestantismo menos tentadora pero menos comprometida se presentó en otro punto y Cromwell la aceptó ávidamente. Para proteger contra el duque de Saboya a unos pobres aldeanos expulsados de sus valles hizo repetidas declaraciones, reiteró embajadas, socorros en dinero y amenazas, llegando hasta el punto de significar al gabinete francés que en el caso de no interponer su mediación, interveniría él personalmente en el asunto. Con semejante política Cromwell conseguía comprometer los cantones Suizos, y los

Estados Unidos, alcanzaba su objeto por el impulso que imprimía, y daba a las opiniones religiosas de Inglaterra una brillante satisfacción sin tener que aventurarse a una lucha grave e incierta.

Cuando algunos intereses nacionales importantes aunque de segundo orden exigían protección o satisfacción, Cromwell sabía sostenerlos enérgicamente, pero sin involucrarlos con las cuestiones generales y apasionadas. Por orden suya cruzaba el almirante Blake el Mediterráneo con una poderosa escuadra a fin de acudir a todos los puntos donde la Inglaterra tuviera que hacer alguna reclamación. Esta escuadra se presentó sucesivamente en Liorna, Argel, Túnez y Trípoli, arregló de un modo brillante, pero sin añadir nuevos motivos de encono, y no se retiró sin haber alcanzado completa satisfacción por los daños causados.

No se hacían en vano tantos esfuerzos ni se conseguían tantas victorias; mas no puede decirse que por ellas alcanzaba el vencedor su verdadero y último objeto. Aquel gobierno tan activo sin temeridad; tan diestro en alagar las pasiones nacionales sin esclavizarlas; aquel gobierno que en lo exterior sabía engrandecer la nación sin comprometerla, y en lo interior mantenía el orden con los soldados de la revolución; aquel Cromwell tan temido, obedecido y admirado no llegaban a echar profundas raíces. La Inglaterra se sometía a su talento y a su fuerza; pero no aceptaba su dominación. Consumado en el arte de crearse partidarios, apenas dejaba pasar un día sin atraer a su lado algún personaje de los antiguos partidos, obligándole a servir activamente, o por lo menos a que dejase de figurar entre sus enemigos. Mas a pesar de eso los partidos, realistas, republicanos, presbiterianos, seguían siempre subsistiendo, estaban comprimidos pero respiraban y no acababan de renunciar a sus esperanzas, ni a sus medios de acción.

Durante los cinco años del imperio de Cromwell ocurrieron quince conspiraciones e insurrecciones realistas, republicanas o coaligadas, sin contar una multitud de tentativas oscuras que causaron grave alarma al gobierno y pusieron en peligro la vida del protector. Riprimíalas éste enérgicamente sin crueldad y sin compasión, aproximándose según lo exigían las circunstancias al uno o al otro de estos dos extremos, empleando simultáneamente las leyes y la arbitrariedad, el Jurado y los tribunales excepcionales, una policía incansable y un ejército lleno de adhesión, las prisiones secretas y las ejecuciones ruidosas, el destierro, el encarcelamiento, la venta de los insurreccionados en las colonias como esclavos, y finalmente todo cuanto puede inventarse para inutilizar o aterrar a los enemigos.

Ninguna conspiración tuvo buen resultado: Cromwell supo desbaratar todas las maquinaciones y sofocar todos los movimientos armados. El país no tomaba parte en esas sublevaciones y permanecía en reposo; mas no creía ni en la legitimidad ni en la duración de aquel poder siempre vencedor. Cromwell no reinaba en los ánimos como un soberano reconocido y legítimo: en la cumbre de su grandeza no venía a ser más en concepto del público que un poder irresistible pero provisional sin rivales y sin porvenir.

Así lo conocía también el mismo Cromwell mejor que nadie. Una de las condiciones de su carácter era el presentarle bajo su verdadero punto de vista todos los objetos hasta los que se referían a su propia personalidad: nadie ha sido más ardiente para desear, ni se ha prestado menos al poder de las ilusiones.

Al derribar la monarquía constitucional había comprendido perfectamente que ese era el único gobierno que convenía a la nación, y el único que ofrecía condiciones de estabilidad. Dirigió por lo tanto todo su ardor y todo su afán incansable en conseguir un parlamento con el cual pudiese vivir y gobernar. Cuatro fueron los que convocó en cinco años: una vez eligió él

mismo de concierto con sus oficiales los miembros que habían de componer la asamblea, decorada hipócritamente por el mismo Cromwell con esa denominación; otra vez hizo que las elecciones se verificaran según la nueva forma que el parlamento republicano estuvo a punto de adoptar cuando fue disuelto; siempre trató esas asambleas en el momento de su inauguración con mucha solemnidad y deferencia; nunca dejó de poner en juego artificios y violencias inauditas a fin de crearse en ellas una mayoría y aun en el mismo instante de disolverlas procuró manifestar que no renunciaba a sus consejos ni a su influencia.

Mas semejante empresa por parte de Cromwell era quimérica. Los realistas no entraban en la composición de su parlamento; los presbiterianos asistían a él pero en muy pequeño número y sólo las diversas fracciones del partido republicano profundamente divididas y llenas de encono eran las que lo componían en su totalidad. Los partidarios de Cromwell eran poco a propósito para triunfar por medio de la táctica parlamentaria y la discusión, y por el contrario sus enemigos eran muy diestros en ese género de combate, y no se olvidaban de poner en juego todos los recursos.

Veníase pues a encontrar en presencia de unos hombres sinceramente apasionados contra la tiranía del que los había derribado, tenaces en sus opiniones y en sus instintos anárquicos, y tan incapaces de ser gobernados como de gobernar. El mismo protector les daba a cada paso armas y nuevos motivos de encono, pues al hacerse soberano absoluto no había aprendido a respetar el derecho, ni a sufrir resistencia ni contradicción.

Advertido por su perspicaz instinto de que en su aislamiento despótico nada, ni siquiera su propio poder conseguiría establecer, convocaba un parlamento para que le ayudara a crear un gobierno estable; más cuando el parlamento estaba reunido, cuando lo veía desprovisto de las fuerzas naturales de un parti-

do conservador, y dominado por miembros que nada sabían más que destruir, Cromwell no pudiendo tolerar la libertad, ni el ciego arrebató de aquellos hombres, lo disolvía a pesar de comprender su necesidad, y quedaba pesaroso de haberse valido de un instrumento que constantemente le había sido fatal.

Llegó por fin un día en que Cromwell creyó haber conseguido reunir un parlamento que comprendía y apoyaba sus planes. Dióse prisa a dejar traslucir la idea que lo dominaba, esto es el restablecimiento completo de la monarquía inglesa, un rey y dos cámaras. Presentóse esta proposición y se discutió por más de dos meses en el parlamento, dando lugar a casi públicas negociaciones entre éste y el protector. Cromwell desplegó con este motivo toda aquella rara combinación de ardor y prudencia, de habilidad profunda y de grosera hipocresía que componían a la vez su carácter y su táctica.

Tan prudente casi como ambicioso no quería que su elevación al trono fuese a costa de un rompimiento con su partido, base tan mezquina y tan vacilante de su gobierno. Deseaba ser llamado rey sin aventurar el título de protector de la república. Para eso se necesitaba no sólo que espontáneamente se le ofreciera la corona, sino que todos los hombres importantes que estaban a su lado, sectarios o políticos, militares o magistrados se la presentaran con sus propias manos. Para este objeto los venía sondeando y preparando desde mucho tiempo atrás, antes de la institución del Protectorado y antes de la disolución del Parlamento Largo.

Llegado el caso de hacer el último esfuerzo empleó directa o indirectamente un trabajo casi infinito en captarse la voluntad de sus parciales: dirigióse simultáneamente a su interés, a su amistad y a su razón: intentó hacerles comprender que la revolución que habían llevado a cabo y la situación que se habían creado no podía tener consistencia mientras no se adunaran por medio de la institución que servía de base a todas las leyes,

y con la cual estaban íntimamente relacionados todos los hábitos de obediencia y de respeto de la nación.

De esta manera logró convencer, arrastrar o seducir tantas personas, hasta en las mismas filas del ejército, que pudo creerse y que realmente se creyó seguro de la victoria. Votóse la proposición en el parlamento: ofreciéronle formalmente la corona, y Cromwell a pesar de eso aplazó sus deseos con intención de vencer las últimas resistencias. Manifestábanse estas más obstinadamente entre los generales más allegados a su persona, y fueron de todo punto insuperables por su sincero amor a la república, por vergüenza de no dar un mentís a sus antecedentes políticos, o por venganzas de rivalidades ofendidas.

Cromwell se lisonjeó de que esta oposición no era más que un capricho: estaba ya decidido a marchar de frente y coronarse con su propia mano cuando supo que acababa de presentarse solemnemente al parlamento una petición redactada por uno de sus capellanes, y Armada en nombre del ejército por gran número de oficiales reclamando lealtad a la buena antigua causa y rechazando el restablecimiento de la monarquía. El protector convocó en el acto el parlamento en Whitehall y admirándose de que nadie protestara contra la contestación que aún no había dado, rehusó formalmente el título de rey.

En vano fue que revelándole el talento los defectos de su grandeza, se esforzó en cimentarla sobre bases consagradas por el derecho y el tiempo. Dios no quiso que el mismo hombre que había hecho caer la cabeza de un rey y profanado las libertades de la nación recogiera el honor y el fruto del restablecimiento de la monarquía y el parlamento. Cromwell tan poderoso contra la anarquía, tropezaba al luchar contra las dificultades de su situación, en el despotismo. Había hecho renacer la imparcialidad en el orden civil; mas cuando se vio acosado por la necesidad de cubrir los gastos de su gobierno, sometió todos los realistas a las exacciones más injustas, y todo el país al régi-

men de la tiranía militar único medio de consumir aquellas exacciones. Gloriábase de haber devuelto a la administración de justicia su esplendor y regularidad; más cuando hubo abogados ilustres que defendieron a los que había mandado perseguir injustamente, cuando hubo magistrados íntegros que se negaron a condenar a sus víctimas, maltrató, destituyó y redujo a prisión abogados y magistrados con una arbitrariedad sin ejemplo en los tiempos de infausta memoria. Era demasiada arrogancia el pretender establecer la monarquía legal sin renunciar las violencias revolucionarias. Cromwell gozaba de un privilegio rara vez concedido: había pasado de la revolución a la dictadura; pero no le fue dado transformar la dictadura en un régimen de derecho y de libertad.

Mas no le abandonó su prudencia durante esa peligrosa prueba: sólo en el momento postrero supo su ambición contenerse; mas al fin se contuvo. La nación que había visto su retraimiento, y los republicanos que lo habían motivado, seguían teniendo siempre necesidad y miedo del protector. Así es que no por haber fracasado la tentativa de coger la corona perdió el brillo de su situación, ni se menoscabó su poder. Mas adviértase que no por eso desistió de su propósito. Andábase ocupando en reunir un nuevo parlamento con la esperanza de que le ayudara a vencer al ejército, como éste le había anteriormente ayudado a vencer al otro. En estos planes empezó a sentirse oprimido de la mano a cuyo peso debía a su vez irremisiblemente humillarse. Hacía ya tiempo que su salud estaba quebrantada, cuando acabó de alterarse por disgustos domésticos y particularmente por la pérdida de una hija a quien profesaba singular afecto. Desde entonces se le vio caminar rápidamente hacia su fin, oponiendo constantemente la energía de su voluntad. Cromwell no creía morir, tantos obstáculos felizmente vencidos; tantas y tan grandes obras llevadas a cabo, el convencimiento de lo que aún podía hacerse y la tenacidad de su ánimo le da-

ban, si así puede decirse, el convencimiento de que todavía se hallaba distante el término de la vida. En el seno de la amistad se le oía decir. «Estoy seguro de que no moriré hoy; sé que Dios no quiere que yo muera todavía». La Providencia había destinado a Cromwell para dar irrefragable testimonio de lo que un grande hombre puede o no puede hacer. Su misión estaba ya cumplida. Con sólo su talento había llegado a ser dueño de su país, y de la revolución que le había ayudado a elevarse: permaneció hasta el último instante en posesión de toda su grandeza y exhaló el espíritu gastando en vano su poder y su talento para construir lo que había derribado, un parlamento y un rey.

La nación durante la anarquía en que por muerte del protector quedó sumergida tuvo una de esas raras fortunas de las cuales no es posible decir con seguridad si vienen de Dios únicamente, o si la sabiduría humana puede reclamar también alguna parte de ellas. La anarquía no tuvo un desenlace facticio, ni incompleto, ni precipitado: todas las ambiciones, todas las pretensiones, todos los elementos del caos y de la lucha política que Cromwell había comprimido volvieron a presentarse y a ocupar tumultuosamente el teatro que aquél llenaba con sola su personalidad. Su hijo Richard fue proclamado protector sin oposición de ningún género, ni aún por parte de los gabinetes extranjeros. Mas apenas cogió en sus manos las riendas del gobierno se vio súbitamente rodeado de una multitud de consejeros que no tardaron en declararse enemigos y rivales suyos. El consejo general de los oficiales, un nuevo consejo del ejército en sentido más popular, un nuevo parlamento que Richard se apresuró a convocar, el antiguo parlamento Largo, o más bien dicho según expresión del pueblo, la Cola del parlamento Largo mutilado, sosteniendo que sólo a él pertenecía el poder legítimo por haberle conferido el rey que condenó a muerte el derecho de no disolverse sino por su propia voluntad, y por último eso mismo parlamento Largo compuesto de los miembros

que antes de la muerte del rey habían sido violentamente expulsados de su seno, y que ahora a su vez usaban también de violencia para volver a ocupar sus puestos aparecieron como fantasmas así que desapareció de la escena política el que había sabido tener a raya sus exigencias. La nación tuvo por espacio de más de veinte meses el disgusto de ver esos rivales del poder chocar, hundirse, volver a la lucha, coligarse y sustentar particularmente su ambición sin poder adquirir ni por un solo día la consistencia, ni la forma de gobierno.

En aquel interregno de veinte meses, en medio de aquella explosión ridícula de tantos pretendientes imaginarios sólo dejó de presentarse en la escena aquel que en concepto de todo el país sea por temor, o sea por esperanza tenía derecho a presentarse como verdadero pretendiente. Apenas uno o dos movimientos insignificantes que se limitaban a pedir la convocación de un parlamento libre, y en los cuales ni siquiera llegó a pronunciarse el nombre de Carlos Estuardo, fueron intentados en su favor y reprimidos casi sin esfuerzo.

El recuerdo de Cromwell mantenía aun en el temor y en la inacción al partido realista. Tantas veces había visto desvanecidas sus esperanzas, tan rudamente había sido castigado al querer levantar la cabeza, que ya ni a esperar se atrevía. Por otra parte en sus largos infortunios había sabido adquirir saludable experiencia. Ya no confundían los realistas sus propios deseos con la medida de sus fuerzas; ya habían comprendido que si Carlos Estuardo había de conseguir la corona, sólo el interés y el movimiento general del país podría dársela, pero no una insurrección de algunos realistas.

Richard Cromwell tuvo la idea y el deseo de poner término por sí mismo a la agonía general y a la suya propia entrando en negociaciones con el rey.

No carecía el hijo del protector de penetración ni de honradez; mas no tenía ambición ni grandeza. Había presenciado con una sensación de cansancio más bien que de confianza el destino de su padre. No creía por lo tocante a su persona posible la repetición de tan brillantes sucesos ni se sentía capaz de sobrellevar tan grave peso. Mas tampoco tenía resolución para adoptar por lo tocante a tan grandes intereses una resolución definitiva. Débil, indeciso, abrumado de deudas, y buscando afanosamente el porvenir no fue más que juguete de una fortuna, cuya vanidad comprendía, e instrumento de unos hombres que no tuvieron tanta cordura como él.

Preciso era llegar al desenlace. Todos los poderes, todas las celebridades que habían hecho la revolución, o habían sido creados por ella estaban ya en caso de haber experimentado repetidas veces sus fuerzas. Ningún obstáculo exterior, ninguna resistencia nacional había puesto trabas a sus esfuerzos gubernativos. Sin embargo ninguno había salido airoso de la empresa: todos se habían casi destruido mutuamente, apurando en estériles combates el poco crédito y fuerza que habían podido conservar. Su nulidad aparecía en toda su desnudez y sin embargo seguían conservando en sus manos el destino de la nación. En esas largas y tristes alternativas de anarquía y despotismo la Inglaterra había perdido la costumbre y el valor de arreglar por sí misma sus destinos. Aún existía el ejército de Cromwell que si era incapaz de crear un gobierno, era muy apropósito para derribar todos los que no le gustaban.

Un hombre procedente del ejército, que había sabido captarse en alto grado el aprecio y la confianza de los soldados, que sin afiliarse en ningún partido político había servido bien al parlamento, al protector y al mismo Richard en los primeros instantes de su advenimiento al poder, Monk que así se llamaba aquel hombre, presintió cual sería necesariamente el término de aquella anarquía y se propuso conducir hacia él la cansada

nave del Estado sin hacerla sufrir nuevos sacudimientos, ni correr nuevos riesgos. Nada de grande había en el carácter de aquel hombre, no siendo el buen sentido y el valor. Ni la ambición, ni la necesidad de la gloria turbaban su ánimo sereno, que estaba lejos de remontarse a principios sublimes ni de concebir elevados planes por lo tocante al país, ni a su propia persona. Distinguíase únicamente por su aversión profunda al desorden y a las iniquidades, que los partidos populares saben cubrir bajo magníficas promesas.

Cumplir modesta, pero enérgicamente con sus deberes de militar y de ciudadano era toda su ambición y la satisfacía sin ostentación, absteniéndose de declamaciones llegando hasta el punto de ser taciturno para ser discreto, e indiferente por no pagar tributo a la mentira. De semejantes prendas realzadas por una audacia y una paciencia imperturbable se valió Monk para producir el desenlace único que en su concepto convenía a la situación política de su país, el restablecimiento pacífico del único gobierno que podía ser duradero y normal. Todos los demás sistemas no eran en su concepto más que cuestiones dudosas y polémicas de partidos. Monk consiguió su objeto. Todas las fracciones del gran partido monárquico suspendieron sus antiguas rencillas, sus tumultuosas impaciencias y sus contrarias aspiraciones para secundar el esfuerzo del nuevo campeón.

La restauración llegó a consumarse como un acontecimiento natural, único posible y sin costar una gota de sangre a los vencidos ni a los vencedores. Bien pudo Carlos I al entrar en Londres rodeado de inmensas aclamaciones decir con toda verdad: «culpa mía es el no haber vuelto antes, pues no veo una sola persona que no manifieste deseos de haberme visto volver anteriormente».

Jamás ningún gobierno, nuevo o antiguo, o restaurado después de destruido se ha visto en mejores condiciones de fuerza regular y de estabilidad.

Carlos II subió al trono sin apoyo de fuerzas extranjeras, sin lucha interior, y hasta sin esfuerzos de su partido: subió por unánime impulso de la nación inglesa libre de la opresión, de la anarquía, y de las oscilaciones revolucionarias y que sólo en él fundaba ya las esperanzas del orden legal y del porvenir.

Reorganizábase la monarquía después del aniquilamiento absoluto, y la ruina definitiva de sus enemigos y de sus rivales. La república y el protectorado habían aparecido y reaparecido bajo todas las formas, y en todas las combinaciones que les había sido posible ostentar. Todos los poderes, todas las notabilidades, hijas de la revolución habían caído en descrédito y estaban ya gastadas. La arena del palenque estaba desierta hasta los fantasmas de los combatientes revolucionarios habían desaparecido.

Al resucitar la monarquía tornaban también a nueva vida los derechos de los grandes propietarios, de los hidalgos de provincia, de todos aquellos ciudadanos notables que habían sostenido la causa realista, y que ahora volvían a tomar su puesto en el gobierno del país. La república y Cromwell los habían separado de los negocios públicos porque no podían soportar su presencia, y al volver a ellos colmaban el gran vacío que existía en la organización social. Engañanse generalmente los revolucionarios cuando presumen reemplazar lo que destruyen y poder satisfacer todas las necesidades del Estado. Bien pudieron los republicanos ingleses abolir la cámara de los Lores y expulsar el partido realista de la escena política; pero no les fue posible llenar el hueco ni para sostener al poder contra el espíritu anárquico ni para defender contra el despotismo las libertades de la nación.

Al propio tiempo que la restauración inspiró nueva vida a la monarquía hereditaria, devolvió a la propiedad territorial, a las tradiciones de familia, y a la parte más antigua y elevada de la aristocracia del país, su rango y su influencia. De esta manera

volvió el poder a encontrarse con su principio de estabilidad y con sus aliados naturales, y la sociedad política al cabo de once años de pérdidas y fluctuaciones volvió a recobrar todas sus fuerzas colocándose sobre todas sus bases.

El gobierno de la sociedad religiosa, la iglesia episcopal se reorganizó también juntamente con la monarquía. No cabe duda de que el origen de la iglesia anglicana, desarrollada por decirlo así a la sombra del poder temporal, ha sido para este una gran enfermedad comparándolo con el origen puramente espiritual y la sólida independencia de la iglesia católica. Mas también ha producido la ventaja de haber cortado todo motivo de disensión entre el gobierno de la iglesia y el del Estado. La iglesia anglicana íntimamente unida al trono como que de él ha recibido su fuerza primera le ha profesado una constante y leal adhesión, y a pesar de las manchas de su origen y las debilidades de su conducta jamás ha carecido ni de fervor en su fe, ni de virtud en su vida, ni de valor y brillo en el cumplimiento de su misión. Esa iglesia ha tenido también sus héroes y sus mártires, invencibles en el patíbulo y en la hoguera, aunque débiles tal vez y complacientes para con los reyes.

Al ser restablecida en 1660 esa iglesia juntamente con la monarquía acababa de sufrir durante quince años todas las persecuciones revolucionarias, la expoliación, la opresión de su culto, los insultos, las prisiones y la pobreza. Todo lo había sobrellevado con dignidad y constancia y por último volvía a levantarse rodeada de la entusiasta adhesión del partido realista y del respeto general de la población. La iglesia por su parte consagró al servicio de la monarquía su lealtad a toda prueba y su autoridad engrandecida por la desgracia.

Las disposiciones del pueblo inglés correspondían a las de su iglesia. Mas no se entienda por esto que las sectas que durante mucho tiempo se habían visto oprimidas por ella, y que la oprimían a su vez en el periodo a que nos referimos hubiesen desis-

tido de su ardiente enemistad, ni que los excesos odiosos y ridículos del fanatismo y la hipocresía cediesen por todas partes el puesto al impulso de una piedad ilustrada y sincera. No tardó en dejarse sentir una reacción de impiedad, de frívola licencia y cinismo, pero no pudo penetrar más allá de las altas y superficiales regiones de la sociedad: en medio de los escándalos de la corte y de las clases que por su inmediación a ella se hallaban más propensas al contagio, la Inglaterra pudo contar muchos cristianos sinceros y fervorosos, unos que habían vuelto al seno de la iglesia anglicana por el recuerdo de los males y de los desórdenes que nacieron de su ruina, y otros que se hallaban comprometidos en medio de las sectas disidentes que la iglesia empezó a perseguir con bastante rigor para exaltar su celo, pero no suficiente para herirlas de muerte. La iglesia y las sectas en medio de sus luchas y sus mutuas animosidades ejercían entre sí una saludable influencia, manteníanse, recordándose mutuamente, en el respeto de Dios y de sus leyes, en el constante pensamiento de los intereses eternos del hombre y en el fervor y actividad de la fe.

No faltaron por lo tanto en la masa de la población bases morales para la monarquía restablecida y esta pudo hallar alrededor del trono, en las clases más inmediatas al poder por su género de vida, el apoyo político que necesitaba.

Dos enemigos temibles, el espíritu de revolución y el espíritu de reacción podían únicamente desvirtuar circunstancias tan favorables y comprometer nuevamente el trono.

El espíritu de revolución sobrevivió largo tiempo a su derrota aun después de la época en que fue puesta en relieve su impotencia. De los dos partidos revolucionarios que habían dominado la Inglaterra, esto es, la república y Cromwell, sólo este último desapareció tan absolutamente que los hijos del protector pudieron morir en paz y hasta olvidados de su patria. El partido republicano siguió subsistiendo, sin hacer ninguna ten-

tativa, sin conservar esperanzas, pero mezclándose acaloradamente en todas las disensiones, en todas las intrigas contra el gobierno establecido, buscando y encontrando incesantemente en las sectas perseguidas, particularmente en Escocia, ardientes partidarios y mártires.

Hasta en los partidos de oposición legal, extraños a todo recuerdo y a todo deseo republicano, conservaron por largo tiempo influencia las ideas y las costumbres revolucionarias: los más ilustrados tenían el espíritu lleno de teorías y el corazón dispuesto a dejarse llevar de pasiones incompatibles con las luchas morigeradas y las transacciones naturales en la monarquía constitucional; los más moderados apreciaban las probabilidades y se deslizaban por la pendiente de las nuevas revoluciones con una facilidad repugnante a todo orden estable y legal. El veneno revolucionario modificado, pero no expelido, circulaba todavía en las venas de una gran parte de la nación inglesa, haciéndola vivir en un estado de intemperancia política llena de obstáculos y de peligros para el poder.

El espíritu de reacción, esa enfermedad de los partidos vencedores daba incesante pábulo al espíritu de revolución. No se entienda por eso que tratamos de prohiar todos los cargos que la historia hace sobre este particular a los realistas y a la iglesia anglicana: las revoluciones que han dominado mucho tiempo, y que al fin han sido detenidas en su curso tienen la arrogancia de pretender que permanezcan intactas las injusticias que han cometido: es necesario contentarse con reprimir en lo sucesivo su poder maléfico, y calificar de reacción todo lo que conduzca a remediar los males que han causado. Entre las medidas tomadas bajo el reinado de Carlos II para indemnizar a los realistas legos o eclesiásticos de las pérdidas sufridas durante la revolución hubo muchas que no fueron más que un retroceso natural y necesario hacia el derecho violado. Mas semejantes retrocesos tienen límites que el buen sentido indica a la política de los

gobiernos y al interés de los mismos partidos. No es posible remediar la injusticia por medio de la injusticia, ni se ataja una revolución poniendo en juego provocaciones y venganzas. Toda reparación que se reviste de semejantes caracteres pierde su derecho, y se convierte en grave peligro hasta para la misma causa a cuyo servicio está consagrada.

La reacción religiosa fue particularmente la que incurrió en tiempo de Carlos II en esos deplorables abusos, y no fue ciertamente por reparación de los perjuicios que la iglesia anglicana había sufrido sino por una vengativa persecución de las sectas disidentes, y faltando a la palabra dada a los más moderados de esas sectas a quienes el rey en el momento de su restauración había prometido solemnemente libertad. Carlos intentó repetidas veces cumplir su palabra y asegurar a los disidentes alguna tolerancia; la persecución repugnaba a su buen sentido, a la dulzura de sus costumbres, a su indiferencia religiosa y a su secreta inclinación en favor de los católicos. Pero sus fríos y débiles deseos de justicia cedían prontamente a la obstinación de las rencillas eclesiásticas y al arrebató de las pasiones populares, a las cuales el partido realista ciego o arrastrado se asociaba casi en su totalidad en el parlamento y fuera del parlamento.

Después del 1660 la reacción civil fue limitada y corta, la reacción religiosa contenida por un momento estalló con violencia, se perpetuó enconándose y dio margen a la mayor parte de los peligros y faltas, (mejor diríamos crímenes) en que cayeron Carlos II y su gobierno.

Mas todas esas faltas y peligros, aunque de carácter grave y sombrío nada de mortal ni de amenazador tenían en el fondo por lo tocante a la monarquía y a la sociedad inglesa. Considerados en globo aquellos sucesos puede decirse que el espíritu de revolución había perdido su poder y que el espíritu de reacción no dominó en Inglaterra. Después de su gran crisis revolucionaria desde el 1640 al 1660 el pueblo inglés tuvo la dicha y

el mérito de ser dócil a las lecciones de la experiencia y de no haberse dejado llevar de los partidos extremos.

En medio de las más ardientes luchas políticas y hasta en medio de las violencias a que fue arrastrado, o a que tal vez impulsó a sus jefes, en medio de circunstancias supremas y decisivas constantemente se mostró contenido o replegado en aquel profundo buen sentido que consiste en respetar los bienes elementales que se quieren conservar, y en adherirse invariablemente a ellos sufriendo los inconvenientes que traen consigo, y sofocando los deseos que podrían comprometerlos. Desde el reinado de Carlos II ese buen sentido, que es la inteligencia política de los pueblos libres ha campeado constantemente en los destinos de aquella nación. Tres grandes resultados entonces todavía confusos e incompletos, pero irrevocables, y absolutamente necesarios a los deseos y a los intereses generales de Inglaterra sobrevivían a la revolución que acababa de atravesar.

La monarquía no podía ya separarse del parlamento: el trono había ganado su causa; pero el absolutismo había perdido la suya. Podían los teólogos y los filósofos, Filmer y Hobbes, erigir en dogma, o sostener como principio el poder absoluto: podían sus ideas en las conversaciones o en los escritos excitar la indignación o despertar las simpatías de los hombres de ciencia o de los afiliados en algún partido; pero en el pensamiento práctico de la nación, la cuestión estaba ya ventilada: realistas o revolucionarios, todos consideraban la íntima unión y el contrapeso mutuo de la corona y el parlamento como derecho y necesidad del país.

En realidad la cámara de los diputados preponderaba en el parlamento. No se trataba ya de su soberanía directa: ese principio revolucionario había caído totalmente en descrédito la corona y la cámara de los lores estaban ya en posesión de sus derechos y jerarquía; pero eran demasiado rudos los golpes que la revolución les había dado para que aun después de postrados

sus enemigos se atrevieran a ostentar toda su antigua superioridad y ni las faltas ni las desgracias de la cámara baja consiguieron borrar enteramente el recuerdo de sus terribles victorias.

Una vez dueño el partido realista en sus relaciones con la corona y la administración del Estado se adjudicó las conquistas esenciales del Parlamento Largo. Mucha, y algunas veces violenta debía ser la confusión antes que los diversos partidos *Tories* o *Whigs*, conservadores o de la oposición hubiesen aprendido a no abusar de aquellas conquistas, comprendiendo bien su fuerza y sentido, y a mantener entre los grandes poderes públicos aquella complicada armonía que constituye el mérito y las dificultades del gobierno constitucional. Mas a través de los ensayos de ese aprendizaje y a pesar de apariencias y formas no pocas veces contradictorias la influencia preponderante de la cámara baja en la cosa pública fue desde el reinado de Carlos II un hecho cada vez más evidente y positivo.

Al lado, o más bien sobre esos dos hechos políticos se colocaba el hecho religioso igualmente consumado por la revolución, esto es, el dominio completo y definitivo del protestantismo en Inglaterra. Ciertamente es que nunca los protestantes ingleses habían estado más tenazmente desunidos, y que con justa razón podía Bossuet tomarse el magnífico placer de contemplar y describir sus divisiones y sus altercados. Mas la unidad de una fe y de una común inclinación subsistían en aquellas sectas que divergían en todos sentidos: en medio de sus propios combates todas profesaban el Evangelio y combatían todas con igual ardor contra el catolicismo. La libertad de conciencia sin cesar desconocida y oprimida por ellas y entre ellas les era a todas igualmente grata contra la iglesia romana, y todas la habían irrevocablemente adquirido.

Eso es todo lo que en su pensamiento general e íntimo pedía el pueblo inglés de aquella monarquía, cuya restauración salu-

daba con entusiasmo, hallándose decidido a soportar por mucho tiempo las faltas de un gobierno que le asegurase esos tres resultados de la revolución que acababa de sufrir.

Pero eso fue precisamente lo que ni Carlos II ni Jacobo II no supieron o no quisieron conceder.

Carlos II fue en lo tocante a política demasiado sensato o demasiado indiferente para hacer alarde del poder absoluto o para practicarlo. No se cuidaba más que de sus placeres, no tenía afecto al poder sino para gozar de la vida, y no tenía reparo en aprobar planes y transacciones a trueque de alejar los peligros de la lucha, y ahorrarse disgustos. Mas en el fondo de su alma sólo la monarquía absoluta merecía la aprobación. Había presenciado los extravíos y desmanes de las instituciones de su país, sufriendo las consecuencias y por otra parte había contemplado muy de cerca el esplendor de la corte de Luis XIV, y la fuerza de su gobierno. Hacia esos objetos se sentía naturalmente inclinado por la admiración que le habían causado. De aquí nació su propensión a caer en un venal servilismo respecto de Luis XIV, considerándolo como jefe del partido de los reyes, y no sintiendo cual debía las humillaciones a precio de las cuales le vendía aquel soberano la política y las libertades de su país.

En materias de religión Carlos era a un mismo tiempo escéptico y católico, sin creencias y tan corrompido de espirita como de corazón. Mas en último resultado pensaba que si algo cierto había en la religión, no podía ser sino en el catolicismo, baluarte más seguro para los reyes contra los peligros del poder y para los hombres contra los de la eternidad.

Así es que si bien en los actos públicos de su vida Carlos no se condujo como soberano absoluto y católico, en el fondo de su alma fue católico y absolutista, simpatizando con los demás

soberanos del continente, pero no con la fe y la política de su nación.

Jacobo II era católico y absolutista celoso: sus actos estuvieron en consonancia con estos principios. Además de esto era ciegamente emprendedor y tenía la obstinación de un espíritu mezquino y estéril y la dureza de un corazón frío y seco.

Tales eran los dos príncipes que la restauración puso al frente de la nación inglesa, cuando ésta maldiciendo la revolución, volvió a ponerse bajo el trono con placer, pero resuelta instintivamente a conservar las adquisiciones que había hecho.

La historia de Inglaterra, en todo el curso de la restauración no es más que la descripción del profundo desacuerdo, lentamente manifestado, pero al fin estallando con violencia entre dos monarcas y su pueblo, la historia de los constantes esfuerzos de éste por evitar las consecuencias de aquel desacuerdo, esto es, una nueva revolución.

El pueblo inglés durante aquella época fue esencialmente conservador. Facciones ardientes y ambiciones egoístas lo agitaron con intrigas, sediciones y conspiraciones. Más de una vez se vio arrastrado por sus esfuerzos o por sus propias pasiones a movimientos revolucionarios en apariencia; pero lejos de conceder su apoyo a los hombres que procuraban derribar la monarquía de los Estuardos el pueblo inglés se paraba y retrocedía en el momento que comprendía su intención. Los conspiradores y los sediciosos no fueron durante el reinado de Carlos II más que una minoría reprobada por el país, aun cuando éste parecía dispensarles alguna simpatía.

A proporción que la monarquía restaurada cometía más fallas y dejaba ver más claramente sus tendencias, el descontento público se iba agravando, las probabilidades de rompimiento entre el pueblo y el soberano eran más numerosas; pero el pueblo luchaba contra esas probabilidades en vez de solicitarlas.

La nación inglesa durante veintiséis años hizo por mantener los Estuardos en el trono, pero sin entregarles sus leyes y sus creencias, todos los sacrificios y todos los esfuerzos que el espíritu conservador más sufrido y constante puede exigir.

Todas las fases del gobierno inglés durante aquella época, la conducta y destino de todos los partidos y de todos los gabinetes que ejercieron el poder no son más que formas diversas y pruebas irrefragables de ese grande hecho...

El antiguo partido realista, los consejeros leales de Carlos I en la desgracia, y de Carlos II en el destierro fueron naturalmente los primeros; que estuvieron en posesión del poder. Clarendon era su jefe. Este hombre con su espíritu varonil, recto y penetrante amaba sinceramente el orden moral y legal. Adicto resueltamente a la Constitución y apasionadamente a la religión de su país respetaba profundamente todos los derechos tradicionales o escritos así del pueblo como del soberano, y detestaba la revolución hasta el punto de serle indistintamente toda innovación sospechosa y antipática. Como primer ministro se manifestó más altanero que confiado, careció de amplitud en sus planes y de generosidad simpática en el carácter, gozó de su elevación fastuosamente y ejerció el poder con rigidez.

Su conducta cerca del rey que le profesaba un aprecio lleno de afectuosa confianza, era simultáneamente severa y humilde, pasando de francas manifestaciones a las complacencias, diciendo la verdad como hombre honrado y sintiendo haberla dicho, buscando apoyo en las camarillas cortesanas y desdeñando la fuerza que el parlamento podía haberle dado. Su empeño era mantener a un mismo tiempo la corona en el respeto de las antiguas leyes del país, y la cámara baja en la modestia de su antigua situación, y se lisonjeaba de poder ceñir la prerrogativa regia a la legalidad sin imponerle ninguna responsabilidad necesaria respecto del parlamento.

Estrelláronse sus proyectos ante la quimérica tentativa de establecer, al salir de una revolución popular, un gobierno que no fuese ni arbitrario, ni limitado. Sucumbió finalmente ese ministro después de siete años de preponderancia, siendo odioso a los pueblos por su arrogancia monárquica, a las sectas disidentes por su intolerancia episcopal y a la corte por su severidad desdeñosa. Viose finalmente perseguido de la ciega cólera del pueblo que le achacaba todos los males públicos y todos los desmanes del poder, y hasta tuvo que lamentar el verse indignamente abandonado del monarca para quien no había sido en último resultado más que censor incómodo y ministro comprometedor.

Atribuyóse la caída de Clarendon a defectos de su carácter y a varias faltas o contratiempos de su política en lo interior y en lo exterior. Así se desconoce la grandeza de las causas que deciden de la suerte de los grandes hombres. La Providencia que les impone una tan ruda tarea no los trata con tal rigor que no les disimule algunas faltas y los derribe ligeramente por algunos errores o desgracias particulares. Otros grandes ministros Richelieu, Mazarino, Walpole tuvieron también defectos, cometieron faltas, e incurrieron en desaciertos tan graves como los de Clarendon. Pero tuvieron el tacto de comprender su época: las miras y los esfuerzos de su política, estuvieron en consonancia con sus necesidades, con el estado y movimiento general de los ánimos.

Clarendon se engañó por lo tocante a su época; no comprendió el significado de los grandes sucesos a que había asistido; consideró todos los acontecimientos que mediaron desde el 1640 al 1660 como una revolución después de la cual nada debía hacerse más que asegurar el orden y las leyes y no vio que al precipitar la sociedad inglesa en funestos extravíos, la había aquella revolución encarrilado por nuevas sendas donde la an-

tigua monarquía restaurada debía adoptar necesariamente otra marcha.

Entre los grandes resultados que aquella revolución había producido en Inglaterra, Clarendon aceptó sinceramente el concurso necesario del parlamento, y aplaudió el triunfo del Protestantismo. Rechazó y combatió con obstinación la reciente influencia de la cámara baja en el gobierno de la nación y no supo comprender, ni practicar los medios en virtud de los cuales ese nuevo hecho podría convertirse en elemento de seguridad y de fuerzas para la monarquía. Este fue uno de los errores que en el inexorable destino de los hombres públicos no se oscurecen por el talento ni por raras virtudes y que dan un carácter mortal a desaciertos y desgracias que por otra parte son leves y casi de ninguna consecuencia.

Después de los honrados consejeros de la antigua monarquía subieron al poder los frívolos favoritos de la nueva corte, llevando a Buckingham y a Shaftesbury a su frente: uno de estos era licencioso, arrebatado, superficial y presuntuoso: el otro estaba lleno de ambición y era profundo y atrevido. Ambos estaban igualmente corrompidos y versados en el arte de corromper, y ambos con igual ligereza desertaban según las necesidades de su ambición o el placer de su vanidad, de los intereses del trono a los del pueblo, o del gobierno a la facción. Estos ministros formaron el proyecto de dar satisfacción al parlamento, a los disidentes, y a todas las opiniones que la política severa y aislada de Clarendon había irritado.

Mas no basta la voluntad de complacer ni de abstenerse de choques para gobernar. No sospechaban los temerarios e inmorales sucesores de Clarendon la clase de dificultades y de peligros que iban a atraer sobre el poder y sobre sus mismas personas al tomar su punto de apoyo en la cámara baja. Para que una asamblea popular pueda ser un medio habitual de gobierno fuerte y normal, es preciso que ella misma a su vez se

halle sólidamente constituida y gobernada, lo cual no puede conseguirse sino en cuanto se componga de grandes partidos unidos por principios comunes, y en cuanto marche constante y disciplinadamente hacia un objeto determinado bajo la dirección de jefes acreditados. Entiéndase que tales partidos no pueden formarse ni subsistir sino estando reunidos sus miembros por el vínculo de intereses poderosos, y de sólidas convicciones.

Una cierta medida de fe en las ideas y de lealtad en las personas es condición vital de los grandes partidos políticos así como estos son también condición de un gobierno libre. Nada de esto existía ni aun remotamente en tiempo de Carlos II cuando el ministerio, llamado de la Intriga, intentó gobernar de concierto con la cámara de los diputados y según sus propias aspiraciones. Después de tantos sacudimientos y equivocaciones, particularmente en las regiones inmediatas al poder, los hombres estaban poseídos de dudas, de desconfianzas, de una movilidad continua y de un espíritu de personalidad que unas veces se impacientaba hasta incurrir en faltas de pudor, y otras por ostentar prudencia rayaba en pusilanimidad.

La cámara de los diputados estaba llena de restos de los partidos revolucionarios, y no había ninguna fracción política capaz de sostener con dignidad al gobierno. No era posible que hombres tales como Shaftesbury y Buckingham organizase semejantes partidos y sólo para adquirirse prosélitos andaban recorriendo todas las filas, y tanteando toda clase de recursos. Su política era impudicamente contradictoria e inconsecuente: unas veces hacían estrechas alianzas con la Holanda; otras las vendían a los intereses de Luis XIV sin más norma que la momentánea necesidad que tenían de utilizar el celo de los protestantes ingleses, o el favor del gran rey extranjero.

Eran tolerantes con los sectarios por respeto aparente a los derechos de la conciencia, pero en realidad sólo por complacer

al rey que deseaba proteger los católicos. Tampoco eran consecuentes en este particular, pues así que veían síntomas de irritación en la cámara corrían presurosos a pedir al rey la sanción de rigurosas medidas contra los católicos. Su política interior y exterior no presentó, por decirlo de una vez, más que una continua serie de ensayos y contradicciones: sus más equitativas medidas no fueron más que medios de corrupción y de soborno aisladamente adoptadas o suspendidas arbitrariamente y siempre desprovistas de solidez y de sinceridad.

Alguna vez tanto en lo interior como en lo exterior del parlamento solía el público dejarse prender en esas redes, porque nada puede compararse con la precipitación que las pasiones populares manifiestan en creer lo que les agrada, o en excusar todos los defectos de sus ídolos. En tales casos obtenían los miembros del ministerio de la Intriga algún favor por parte del público; pero no era más que una llamarada tan fácil en brillar como en apagarse. Su vida licenciosa, la notoria perversidad de sus costumbres, la veleidosidad de su conducta y la vanidad de sus promesas chocaban con el sentido moral del país que a pesar de tantos escándalos y aberraciones conservaba un sólido fondo de virtud y de fe. Algo más habría hecho el pueblo que indignarse si hubiera sabido que su rey de acuerdo con sus principales consejeros concluía un tratado secreto con Luis XIV mediante el cual se comprometía a declararse católico así que le fuera posible hacerlo con alguna seguridad, y entre tanto vendía por algunos millones la independencia de la política y de las instituciones de su reino.

La Inglaterra ignoró por mucho tiempo esos vergonzosos actos; mas cuando la desconfianza es profunda, la ignorancia pública tiene presentimientos que a veces extravían y a veces ilustran maravillosamente la conciencia de los pueblos. Sin saber hasta qué punto el ministerio de la Intriga rebajaba y vendía el decoro del país no sólo no le dispensó nunca su confianza

la cámara de los diputados, sino que por último lo atacó violentamente. Cayó el ministerio a los golpes de un poder que los mismos ministros habían engrandecido prometiéndose convertirlo en provecho suyo, pero sin fomentar el progreso de la organización de los partidos en el parlamento, ni su acción normal en el gobierno.

Sir Thomas Osborne, conde de Danby subió al poder y manifestó mucho más buen sentido político, y más influencia en el desarrollo del régimen parlamentario. Aunque había principiado a tomar parte en los asuntos públicos bajo los auspicios de los ministros de la Intriga y aunque desde bastante tiempo atrás estaba familiarizado con algunos de los perniciosos sistemas de aquel ministerio tenía en su favor la circunstancia de ser procedente del país y no de una camarilla palaciega. Simple propietario del condado de York podía decir que su partido se componía de todos los hidalgos de su provincia y que la cámara baja era su patria política. Defendió con ardor la causa de la corona y el poder real; pero asociándolo al parlamento, en vez de aislarlo. Procuró por toda clase de medios, buenos o malos, persuadiendo o comprando las votaciones, formar en la cámara un partido compacto y permanente y establecer entre la administración y su partido aquella íntima responsabilidad única que puede dar robustez al poder concentrado en un mismo pensamiento y en una misma acción política sus diversos elementos.

Danby comprendía la opinión nacional en materias de religión y de relaciones exteriores, porque era también la suya propia: quería la seguridad del protestantismo y la buena inteligencia del gobierno inglés con los demás estados que defendían esa misma causa. Por eso influyó en el ánimo de Carlos II hasta el punto de hacerle concluir la paz y luego contraer alianza con Holanda, dando la mano de su sobrina María al príncipe Guillermo de Orange. De esta manera preparaba Danby en lo exterior seguridades para las creencias y libertades de su país, al pa-

so que en lo interior principiaba a formar sólidamente ese gran partido de la prerrogativa real y de la iglesia, que desde aquella época ha comunicado tanta fuerza a la monarquía inglesa y ha contribuido tan poderosamente a su estabilidad.

Por una feliz combinación de opuestas circunstancias en tanto que el buen juicio y habilidad de Danby organizaban el partido *Tory*, sus mismos defectos hacían tomar al partido *Whig* un enérgico y saludable desarrollo. Bien pueden gloriarse los *Whigs* de traer su origen, y de haber recibido los primeros impulsos de su grandeza defendiendo las libertades y la moralidad política de su país. Nació su partido bajo la invocación de principios y de sentimientos generosos, y en las luchas contra Danby y su ejército de *caballeros* transformados en *Torys* fue donde empezó a tomar su carácter propio y su fuerza. Luchas fueron aquellas todavía muy desordenadas y confusas; mas ya aparecieron en ellas distintamente dos grandes partidos parlamentarios aspirando ambos al gobierno del país para practicar sistemas políticos realmente diversos en virtud de principios no esencialmente contrarios, pero profundamente distintos.

Al cabo de cuatro años terminaron aquellas luchas con la caída de Danby, y la disolución de aquel parlamento realista llamado también el «Largo» y que con una extraña mezcla de adhesión, de servilismo y de independencia contribuyó durante dieciocho años a dar fuerza a la monarquía y a la formación de un gran ministerio *Whig*, en el cual los jefes de partido Temple, Roussell, Essex, Hollis, Cavendish y Powle ayudados del jefe de los moderados fluctuantes, Halifax, y del audaz renegado de la camarilla cortesana Shaftesbury, convertido en favorito del pueblo, acometieron la empresa de reformar y dar dirección al gobierno.

El asunto era de la mayor importancia. Por primera vez, y a pesar de la prolongada resistencia de la corona, la oposición parlamentaria llegaba a conquistar el poder en nombre de la

opinión pública y de la mayoría. ¿Acertaría a ejercerlo y a mantenerse en el puesto? ¿Podría satisfacer los deseos reales del país sin conmover las bases de la monarquía que se manifestaba alarmada de su advenimiento al poder?

No consiguieron los *Whigs* resolver ese problema. Su falta de experiencia, o tal vez el influjo de las falsas teorías políticas que aprendieron en los actos del parlamento Largo revolucionario, contribuyeron a que sus ideas sobre la organización y condiciones del gobierno constitucional fueran confusas, poco practicables y llenas de contradicciones y dudas. A un mismo tiempo se dejaban dominar de preocupaciones monárquicas y de preocupaciones republicanas. Intentaron constituir el gabinete sobre amplias bases, como para convertirlo en una especie de cuerpo intermediario, capaz de contener a la corona por el parlamento y a éste por aquélla; pero no haciendo concebido bien semejante proyecto, lo vieron abortar en el momento de nacer. Conservaban el espíritu de oposición hasta en el ejercicio del poder, y se apoyaban en la monarquía más bien para defenderse que para sostenerla.

Vivían mezclados con los restos de las facciones anárquicas que habían sobrevivido a la revolución y que no cesaban de atacar sordamente a la monarquía. El partido republicano casi nulo en las clases elevadas era débil e impotente hasta entre la multitud; pero había agitadores y revolucionarios encarnizados que vendían sus servicios a cualquiera que les ofrecía esperanza de satisfacer su turbulencia y sus animosidades. Los *Whigs* se hallaban constantemente en contacto, ya que no en connivencia con esos agitadores de profesión, esperando convertirlos en prosélitos, al paso que estos esperaban también convertir a los jefes de aquellos en instrumento de sus maquinaciones, y por eso los estaban comprometiendo sin cesar cerca del rey, o cerca del pueblo monárquico aunque descontento, y decididamente contrario a toda nueva revolución.

Contra esas faltas de su conducta, o vicios de su situación tenían los *Whigs* un recurso de que hicieron amplio y triste uso; consistía en complacer las pasiones populares. El terror y el odio al papismo era en aquella época la pasión que generalmente dominaba al pueblo inglés. Conociendo, este por simple inspiración de su instinto la conducta que el rey seguía por lo tocante a sus creencias religiosas excedió los límites de toda razón, de toda justicia y de toda humanidad. La persecución política y judicial contra los católicos durante tres años, puede considerarse como el crimen de un pueblo furioso en su fe, y de un rey cobarde en su incredulidad. Los *Whigs* se unieron o cedieron como los *Torys*, a esos arrebatos. Tuvieron además la mala suerte de subir al poder cuando empezaron a ceder los primeros accesos del furor nacional y cuando por consiguiente daban lugar a un movimiento de reacción en favor del buen sentido y la equidad. Esta circunstancia les puso en el caso de sufrir más duramente que sus rivales el peso de la secreta indignación del monarca que se alegró de poder vengar en ellos las iniquidades a que no había tenido el valor de oponerse.

Su situación en lo relativo a los negocios extranjeros no fue menos complicada ni segura. En tanto que los *Whigs* en general se indignaban de la servil intimidad de Carlos con el gabinete francés, muchos de los jefes del mismo partido recibían de Luis XIV favores y pensiones: unos por corrupción, porque tampoco faltan en el partido del pueblo libertinos como en las pandillas cortesanas, y otros cediendo por sentimientos de honor y patriotismo a la quimérica esperanza de emplear en servicio de la libertad de su patria los medios de influencia que adquirirían por parte de un monarca extranjero. Mucho peligro se corre en ir a buscar en lo exterior fuerzas secretas para emplearlas en los asuntos interiores del país: el ministro más hábil se aventura al obrar de ese modo a servir más bien los intereses ajenos, que los de su gabinete; esto sucedió precisamente en la

época a que nos referimos y en la cual Luis XIV sacó mucho más fruto para su política de las relaciones que tuvo con algunos jefes *Whigs* que el que éstos consiguieron del apoyo secreto que les dio para derribar a Danby y hacer disolver el parlamento Largo de los realistas.

En medio de semejante situación tan llena de dificultades y peligros los *Whigs* se propusieron cambiar el orden de sucesión al trono excluyendo por medio de un acto del parlamento al sucesor legítimo. Esto era lo mismo que hacer una revolución anticipadamente, sólo por conjeturas fundadas, pero remotas, y sin que existiera ningún hecho actual y evidente que justificara la absoluta necesidad de trastornar el orden. Los *whigs* llegaron sin duda a pensar que en semejantes casos era más conveniente prever que esperar y que valía más resolver en el acto por vía de deliberación legal, que esperar andando el tiempo una resolución debida a la fuerza y tal vez a costa de una guerra civil.

Fuerza es decir que muy superficiales fueron sus miras y que muy poco conocimiento tuvieron de los hombres y de las grandes condiciones del orden social, si llegaron a discurrir de ese modo. Es aún más grave el discutir una revolución que el hacerla: más se conmueve un estado cuando en nombre de la razón humana se atacan sus leyes fundamentales, que cuando tienen que ser infringidas por el rigor de la necesidad. Lo que los *whigs* pedían al parlamento era que aboliese por su sola voluntad, y antes que Jacobo II subiera al trono, el derecho hereditario de este príncipe; en una palabra, querían establecer como principio la subordinación de la monarquía a la deliberación del parlamento. El instinto público advirtió a la nación que esto era lo mismo que dar un golpe de muerte a la monarquía: despertóse rápidamente el espíritu monárquico y dio margen a que en el seno mismo del gabinete estallaran disidencias. Perdieron los *whigs* toda alianza aun entre los *torys* más moderados, y se vieron reducidos a las únicas fuerzas de su partido.

De esta manera llegaron también a ponerse en presencia de un obstáculo en el que no habían fijado bien la atención, en la conciencia de Carlos II. Este monarca egoísta no se creyó autorizado a disponer de los derechos de su hermano, y los defendió a todo trance. En obsequio de la nación inglesa es preciso decir que las pasiones populares se contuvieron ante el respeto de los poderes legales: el *bill* de exclusión adoptado por la cámara baja fue rechazado por la de los lores y no se hicieron más tentativas para pasar adelante y triunfar por otros medios.

Pero la cuestión permaneció en pie. La cámara de los diputados que había votado la exclusión de Jacobo II fue disuelta; mas el *bill* fue nuevamente propuesto y votado en la siguiente. Los dos grandes partidos que se habían progresivamente formado en el curso de aquel reinado estaban resueltos, los *whigs* a excluir del trono al monarca futuro, y los *torys* a conservar intacta la monarquía. Carlos II tomó también por su parte una determinación: decretó la disolución de la cámara baja, separó absolutamente del poder a los *whigs*, formó su consejo de miembros del otro partido y gobernó cuatro años sin parlamento.

Años lúgubres fueron aquellos en que la Inglaterra no dejó de oír un momento el rugido de las próximas tempestades. Los *whigs* por su parte habiendo vuelto a entrar en las filas de la oposición conspiraron gradualmente y con diversas intenciones: unos para apoderarse legalmente del poder; otros para obligar al rey, aunque fuese por medio de la insurrección y la guerra civil, a aceptar lo que ellos consideraban como derecho y deseo unánime del país, y otros finalmente, que componían la clase inferior o más desesperada del partido querían deshacerse a toda costa aunque fuera por medio del asesinato, del rey y de su hermano, únicos obstáculos que se oponían al triunfo de la causa. Estas maquinaciones, unas veces exageradas, y otras confundidas por una publicidad incompleta y por medio de procesos seguidos con refinada inquietud sumergían el país en

inquietudes de diverso carácter: el partido conservador se indignaba y llenaba de alarma por la seguridad del trono y del orden establecido, en tanto que el partido popular se iba irritando a proporción que veía la inutilidad de sus tentativas y el suplicio de sus jefes más distinguidos.

La reacción monárquica, y la hostilidad destructiva crecían paralelamente. Las ordenanzas municipales y de las primeras corporaciones, último baluarte del partido popular, eran judicialmente atacadas y abolidas. Los conspiradores en medio de su impotencia y su peligro emigraban a Holanda a conjurar al príncipe de Orange que acudiera a salvar la religión protestante y las libertades de Inglaterra. Es indudable en efecto que de los tres grandes resultados de la revolución que el país tenía más empeño de conservar, dos de ellos la influencia del parlamento en el gobierno y la preponderancia de la cámara baja en el parlamento se hallaban suspendidos y en grave compromiso. El resultado religioso, es decir, la dominación del protestantismo, seguía aún ileso: la iglesia anglicana era la que sostenía invariablemente la corona y la que reprobaba toda tentativa de resistencia.

Robustecidos con este apoyo los *torys* más ardientes, dirigidos por Rochester se agrupaban cada vez más estrechamente en torno de Jacobo, olvidándose del afecto que éste profesaba a la iglesia católica y no viendo en su persona más que el representante y heredero de la monarquía. En tanto se iba formando en derredor de Halifax otro tercer partido, que desaprobaba las medidas violentas, pedía la convocación de un parlamento y anunciaba estrenados peligros en el caso de no adoptarse su marcha. Carlos prolongaba la situación prometiendo a los *torys* una infatigable perseverancia en sostener el derecho de su hermano, a los moderados respeto a la constitución y a la iglesia la conservación del protestantismo.

Perplejo y vacilante ponía en juego toda su astucia y toda su prudencia por eludir la necesidad de tener que adoptar alguna resolución, y al fin llegó su última hora sin que las circunstancias le obligaran a variar de conducta. Mas cuando llegó al término de su vida mundana y se vio en el dintel de la eterna, las inquietudes de la agonía pusieron de manifiesto lo que su precaución como soberano había sabido tener oculto. Entonces rehusó toda asistencia por parte de los obispos anglicanos, mandó llamar a un monje benedictino que estaba oculto en su palacio y murió en el seno de la iglesia católica, haciendo evidentes las sospechas que tanto había procurado evitar, y confirmando a su hermano en el propósito de vivir adicto a la iglesia católica fuera de la cual el mismo Carlos, a pesar de su escéptica indiferencia, no se había atrevido a morir.

Tal fue en efecto el único pensamiento que dominó en Jacobo II durante su reinado de cuatro años. Aspiró constantemente este monarca al poder absoluto no por el arrebató de una naturaleza fuerte y dominante, ni por satisfacer una ambición desmedida, sino, únicamente por un fanatismo ciego e incorregible. El principio fundamental de la constitución de la iglesia romana, la infalibilidad e independencia del poder supremo fue para Jacobo II una máxima de gobierno y un artículo de fe. En su espíritu limitado e inflexible el orden espiritual y el orden temporal hallaban miserablemente confundidos, y como rey se creía con derecho de exigir por parte de sus súbditos en el Estado la misma sumisión absoluta que como católico estaba obligado a profesar a la iglesia romana.

Desde su infancia estaba acostumbrado a padecer por sus creencias religiosas, cruel persecución que había visto extenderse a cuantos las profesaban, y por eso cuando se vio en el trono se consideró obligado a dar libertad a la iglesia católica en su reino, y creyó que el único modo de dársela era devolverle su antigua dominación.

¡Triste encadenamiento de los errores e iniquidades humanas que se atraen y engendran recíprocamente! En vez de reconocer y respetar a un mismo tiempo su mutuo derecho los protestantes y los católicos nada más sabían hacer que perseguirse y dominarse recíprocamente.

Sea por esperanza de realizar más fácilmente sus designios, sea a fin de asegurarse garantías para el porvenir, Jacobo II inauguró su reinado conteniéndose en los límites de la legalidad. Al sentarse en el trono prometió formalmente sostener las leyes establecidas así en la iglesia, como en el Estado. De allí a poco tiempo convocó un parlamento y renovó del modo más solemne sus promesas que no tardaron en ser desmentidas por algunos actos importantes, aunque aislados. Continuó haciendo recaudar contribuciones no impuestas por el parlamento, y al paso que para complacer a la iglesia anglicana desplegaba todo rigor contra los disidentes, principió a suspender la ejecución de las leyes contra los católicos, y a producir o tolerar graves infracciones contra el régimen político y religioso del Estado.

Su lenguaje era todavía más a propósito para causar recelos que sus mismos actos: sin dejar de protestar continuamente acerca de la legalidad de sus intenciones, dejaba vislumbrar su derecho al poder absoluto y su resolución de ponerlo en práctica, si la nación no se daba por entendida y satisfecha de su moderación.

¡Así acostumbran expresarse unas veces los pueblos en nombre de la soberanía popular, y otras los reyes en nombre del derecho divino a fin de intimidarse mutuamente haciendo anticipado alarde de la terrible fuerza que en un caso dado podrán desplegar! ¡Pretensión tan insensata como insolente que enerva y destruye las bases de un gobierno, o las libertades de una nación! Lo único que los reyes y los pueblos en sus relaciones deberían poner en evidencia para contenerse con sus derechos le-

gales, dejando en eterno silencio los misterios y las amenazas de los golpes de Estado y de las revoluciones.

Las promesas de Jacobo II, y sus ensayos de gobierno legal fueron acogidas por el país favorablemente, o mejor dicho con entusiasmo. Cuanto más vivos son los temores, más solícitas se manifiestan las esperanzas. Los *torys* dominaban en el parlamento; la iglesia anglicana se esforzaba en hacer que el rey quedara comprometido a realizar sus promesas, manifestándose cada vez más monárquica y más adicta a su persona. Los disidentes columbraban probabilidades de tolerancia y de libertad. Las buenas y las malas inclinaciones, los motivos honrosos y los vituperables se adunaban para asegurar al monarca la sumisión pacífica y casi servil del país. En la corte y en el parlamento la mayor parte de los hombres de importancia, escépticos y corrompidos se hallaban dispuestos a medrar por un medio desconocido, esto es, por el sacrificio de sus opiniones y de su honor.

En el pueblo estaba retenida la explosión de los disgustos y de los temores por un profundo cansancio que se amalgamaba con el espíritu monárquico, y con la subordinación religiosa. Jacobo había pasado ya la edad de la juventud: sus hijas, únicas herederas del trono, pertenecían a la comunión protestante y por este motivo la nación creía que el sufrir un periodo de males, cuyo término debía irremisiblemente ser de corta duración, era más oportuno que aventurarse a correr los riesgos de una nueva revolución.

Las facciones ardientes, los conspiradores de profesión, los ambiciosos desesperados y los proscritos que habían emigrado a Holanda, no estaban ciertamente tan resignados, ni tenían tanto sufrimiento. A pesar de los consejos del príncipe de Orange que los protegía y contenía a un mismo tiempo, intentaron por dos veces en Escocia y en Inglaterra promover simultáneas revoluciones bajo la dirección del conde de Argyle y del

duque de Monmouth. El pueblo manifestó en ambos casos simpatías en favor de los revolucionarios, pero no tomó una parte activa en sus maquinaciones. El partido *whig* permaneció indiferente, y los *torys* por el contrario prestaron todo su apoyo al monarca. Las dos tentativas fracasaron y sus dos jefes dejaron la cabeza en el patíbulo sin excitar profundamente la compasión del público que en realidad no se hallaba muy conforme ni con ellos, ni con sus planes políticos.

Pero hasta la apariencia del triunfo es fatal a los monarcas que a pesar de su debilidad se hallan comprometidos en una lucha contra sus pueblos. Jacobo vencedor de sus enemigos y obedecido por parte de sus súbditos se abandonó a los vicios de su propia naturaleza: complaciase en ejercer el poder de un modo duro, y si se quiere cruel, y para esto encontró en Jeffreys, un cínico y atrevido ministro de sus venganzas. Los rigores judiciales ejercidos contra los partidarios de Argyle y de Monmouth con soberano desprecio de las garantías legales y de los sentimientos de humanidad excitaron en todas las clases de la sociedad, hasta en aquellas personas que habían desaprobado la revolución, profundos sentimientos de indignación y disgusto. Jacobo dio al mismo tiempo libre rienda a sus designios favoritos: atacó a la iglesia anglicana en sus derechos vitales y a los más fieles de entre sus mismos partidarios en los últimos repliegues de su conciencia.

Dióse orden a las universidades de Oxford y Cambridge de nombrar profesores católicos para sus establecimientos protestantes. El rey manifestó personalmente a Rochester que si no abrazaba el catolicismo sería destituido de todos sus empleos. Medidas tan manifiestamente ilegales y violentas eran desaprobadas hasta en el mismo seno del partido católico: dos camarillas, moderada y prudente la una, y arrebatada e intrigante la otra, se disputaban la influencia cerca del monarca, presentán-

dole continuamente la primera el peligro a que se exponía y la segunda halagándole con la esperanza de la victoria.

Nada faltó de lo que debería haber contribuido a inspirar prudencia al soberano, ni la lealtad y larga paciencia de los protestantes, ni la moderación y sabios consejos de los mismos católicos: la ciega obstinación de Jacobo se hizo superior a todas las consideraciones. Llamó oficialmente al jesuita, P. Petre a su consejo, y mandó al clero anglicano leer en todos los templos del reino una declaración mediante la cual quedaban definitivamente abolidos por sólo su poder los decretos dados por el parlamento contra los disidentes y los católicos. El arzobispo de Canterbury y seis obispos se negaron a obedecer, y presentaron una petición, por lo cual fueron encerrados en la torre de Londres y perseguidos judicialmente como autores de un folleto sedicioso.

Mientras esto sucedía tuvo el rey Jacobo un hijo que dio al traste con las esperanzas de los moderados y nació entre las sospechas infundadas, pero naturales de toda la nación: la pandilla dominante manifestó sin rebozo alguno su alegría, prometiéndose sin duda educar al príncipe en el mismo sentido, que había educado al padre: de manera que aquel régimen de gobierno, que hasta entonces había sido tolerado sólo en atención a lo poco que podía durar, se presentó como indefinida perspectiva para el porvenir.

El país permaneció inmóvil, pero los jefes de partido comprendieron que era llegado el momento de variar de conducta. La iglesia anglicana había abrazado ya el sistema de resistencia pasiva, los partidos políticos *whigs* y *torys* dieron un paso más. La experiencia había hecho comprender a los primeros de estos dos últimos que no era dable o sus solas fuerzas reunir la nación, ni fundar un gobierno. Tuvieron la rara prudencia de comprender por sus conspiraciones frustradas, y por la caída de sus hombres de gobierno que no teniendo en su propio par-

tido elementos para realizar sus planes, debían unirse con sus antiguos adversarios.

Los *torys* por su parte sabían muy bien que todo principio tiene sus límites, todo compromiso sus condiciones, y todo deber su reciprocidad. Habían por espacio de cuarenta años sentido la máxima de no oponer resistencia a la corona y conservado escrupulosa lealtad a los soberanos; pero al ser llamados a dar nuevas pruebas conocieron que también la patria tenía derechos a su lealtad, y que por sólo manifestarse consecuentes a lo que en otras épocas distintas habían dicho no estaban obligados a entregar servilmente sus libertades y sus creencias religiosas a un monarca insensato. Nombres gloriosos, personajes los más ilustres de ambos partidos, Russell, Sidney y Cavendish, Danby, Shrewsbury y Lumley, se pusieron de acuerdo y quedaron unidos. Al ser solicitado por ellos Halifax, jefe de un tercer partido, se manifestó resuelto a no tomar ninguna parte activa en su plan, pero no los disuadió de su propósito.

El mismo día (30 de junio de 1688) en el acto de ser vitoreados apasionadamente por todo el pueblo de Londres los siete obispos que acababan de ser solemnemente puestos en libertad, salió el almirante Herbert disfrazado de marinero para Holanda a presentar al príncipe de Orange una invitación firmada por los jefes de los dos partidos y por Copton, obispo de Londres, rogándole tomara por su cuenta el defender la religión y las leyes de Inglaterra, y comprometiéndose a servirle por su parte en semejante empresa a todo trance y con todas sus fuerzas.

Este era el paso que Guillermo esperaba. «Ahora o nunca» había dicho a su favorito Dykevelt al saber la resistencia de los siete obispos ingleses, y la causa que se les había mandado formar. Así que recibió el mensaje de Herbert anunció y preparó públicamente su plan; pero valiéndose de una combinación tan discreta como atrevida de franqueza y de reticencia, no dijo

que iba a conquistar una corona, sino que se preparaba a petición de los mismos ingleses a promediar entre ellos y su rey para proteger las leyes de Inglaterra y la religión protestante que se veían en peligro.

Discutió con los Estados generales de Holanda la conveniencia de semejante empresa, y les pidió su aprobación y su apoyo. Dio cuenta no sólo a los príncipes protestantes, sino hasta al mismo emperador de Alemania y al rey de España que cerca de algunos gabinetes se demostraba, como defensor del protestantismo y cerca de otros como sostenedor del equilibrio europeo. Jamás empresa alguna fue tan anticipadamente ni con tanta claridad confesada, discutida, ni justificada: ningún gabinete europeo pudo dejar de comprenderla. Bajo la magnitud de la causa y de sus resultados desaparecía por completo toda idea de conspiración o de ambición personal. Finalmente antes que se cumplieran cuatro meses de la llegada del mensaje de Herbert, Guillermo partió para Inglaterra al frente de una escuadra y un ejército, mereciendo la aprobación tácita de la mayor parte de los reyes, protestantes o católicos y hasta la del mismo papa Inocencio XI a quien los arrogantes actos de Luis XIV inspiraban tanto resentimiento, como profundo desprecio la loca temeridad de Jacobo II.

Sólo este monarca es el que nada comprendió ni nada creyó. En vano, seguía recibiendo de Luis XIV informes exactos, y eficaces promesas de apoyo; en vano sus mismos agentes en París y en la capital de Holanda le avisaban de todos los preparativos y progresos de la expedición. Jacobo desechó las proposiciones que se le hicieron, y cerró el oído a toda advertencia. Por un resto de orgullo inglés y de su regia dignidad no quiso verse defendido públicamente por soldados de un rey extranjero, cuyos socorros había aceptado secretamente sin ruborizarse: en el fondo de su alma se ocultaba un temor, un presentimiento de su impotencia que borraba la idea del próximo peligro.

No le engañaba en realidad ese presentimiento. Más de seis semanas trascurrieron desde el desembarque de Guillermo en Inglaterra y su entrada triunfal en Londres. Venía atravesando lentamente el país tan dispuesto a encontrar resistencia como a recibir felicitaciones. Así llegó por último a la capital sin haber tenido que vencer la menor oposición; pues ni una gota de sangre se derramó en defensa de Jacobo II. Este por su parte mostrándose tan abatido en medio del peligro, como obstinado había sido en no querer proveerlo, intentó recuperar a fuerza de bajezas lo que había perdido por sus temeridades: se retractó de cuanto había hecho, devolvió a los pueblos sus ordenanzas municipales, a las universidades sus privilegios, a los obispos su favor, despidió de su consejo al jesuita Petre, y trató de negociar con Guillermo.

Todo fue inútil, permaneciendo encerrado en su palacio a cada instante recibía noticia de nuevas deserciones y hasta su hija, la princesa Ana, le abandonó, pasando a los reales del de Orange. Whitehall se iba convirtiendo en una soledad, y corría mucho riesgo de convertirse en prisión. Jacobo tuvo por conveniente abandonarlo: huyó, pero habiendo tenido la desgracia de ser conocido en su fuga fue otra vez conducido a Londres por una turba de hombres oscuros, y después de haber pasado algunos días de inútiles ansiedades huyó por segunda vez y para siempre. Tres horas hacía apenas que había abandonado la capital (18 de diciembre de 1688) cuando seis regimientos ingleses y escoceses entraron con banderas desplegadas en nombre del príncipe de Orange, que por evitar toda apariencia de triunfo llegó por la noche al palacio de San James. De allí a cinco semanas (22 de enero de 1689) un parlamento extraordinariamente convocado bajo el nombre de Convención se reunió en Westminster para consagrar y dirigir la revolución.

Allí estallaron entre los partidos y en el seno de todos los partidos disidencias que hasta entonces habían permanecido

enfrenadas por el común peligro. Volvieron a despertarse todos los escrúpulos monárquicos entre los *torys*, y renacieron todas las tentaciones revolucionarias entre los *whigs*. Los más tímidos de los primeros opinaban que debía volverse a llamar a Jacobo, haciéndole prestar anticipadamente algunas garantías. Los más exaltados del partido contrario hablaban de establecer una república gobernada por un consejo de Estado, cuyo presidente sería el príncipe de Orange.

Entre esas dos opuestas opiniones andaban fluctuando las moderadas según el impulso que aquéllas les imprimieran. Muchos *whigs* monárquicos de corazón pero poseídos aún de las máximas del parlamento Largo republicano querían que se destituyera solemnemente del trono a Jacobo II y no se ofreciera la corona a Guillermo sino después de haber organizado por medio de leyes fundamentales la república en la monarquía. Por su parte los *torys* adictos a la iglesia pedían que al declarar a Jacobo incapaz de la corona, se respetaran las bases de la monarquía y no se hiciera más que instituir una regencia. Otros más audaces y más sutilmente escrupulosos en sus principios monárquicos, al paso que estaban conformes con los *whigs* en que el rey había abdicado el gobierno tanto por su conducta, como por su fuga, pretendían que el trono, que no debía estar vacante ni un solo día, pertenecía de derecho a la hija mayor de Jacobo, la princesa María, y que por lo tanto no había nada más que hacer que proclamarla reina.

A proporción que se presentaban y discutían esos diversos planes con tanto ardor por parte del público como en las cámaras, los ánimos se iban exaltando, los partidos tomaban consistencia, los ambiciosos tremolaban la bandera que más se acomodaba a sus deseos y la discordia iba renaciendo entre ambas cámaras. Apenas consumada una revolución se veía brotar la ensangrentada cabeza de otra.

Pero el buen sentido político, que había adunado los jefes de los partidos durante la resistencia, los dirigió también en los primeros momentos de aquel nuevo período. Desentendiéronse de teorías, y de cuestiones meramente especulativas, redujeron los actos y las formas mediante las cuales el nuevo poder debía ser establecido, a lo estrictamente necesario para cimentarlo sólidamente y no se cuidaron más que de terminar su misión prontamente y de un modo favorable a los intereses del país. Guillermo contribuyó a esa obra, primero con su prudencia y luego con su firmeza. Por de pronto dejó a todos los sistemas y a todos los proyectos presentarse libremente, sin manifestar por su parte interés por ninguno y absteniéndose de mezclarse en las discusiones.

Mas cuando conoció que la crisis estaba ya inmediata convocó los miembros más distinguidos de las dos cámaras y en términos sencillos, breves y terminantes les manifestó que si bien se hallaba lleno de respeto hacia el derecho y libertad del parlamento, también tenía personalmente su libertad y su derecho y que jamás aceptaría un poder mutilado, ni un trono en el que su mujer ocupara un asiento más elevado. Esta negociación fue decisiva: las dos cámaras se pusieron de acuerdo: y adoptaron un manifiesto que al paso que declaraba vacante el trono, proclamaba los derechos esenciales del pueblo inglés y la elevación de Guillermo y de María, príncipes de Orange, al trono de Inglaterra. Hízose la proclamación oficial de este acto del parlamento en 13 de febrero de 1689, y el público de los principales barrios de la capital lo recibió con inequívocas señales de entusiasmo.

Mucho importa a los pueblos durante los días críticos de su destino el comprender y practicar simultáneamente por la sumisión y por las obras los consejos que Dios les ha dado por medio de los anteriores sucesos de su vida. La Inglaterra amestrada por la experiencia sabía que toda revolución en sí mis-

ma no es más que un desorden inmenso y desconocido que trae a la sociedad grandes males, grandes peligros y grandes crímenes. Sabía que un pueblo puede tal vez verse algún día en la dura necesidad de aceptarlos, pero que hasta llegar esa terrible precisión debe constantemente rechazarlos, y temerlos. No fue infructuoso para la nación inglesa el recuerdo de esa saludable máxima de su propia experiencia. Supo sufrir mucho, supo resistir largo tiempo por evitar una nueva revolución, y sólo cuando no vio otro medio de salvar su religión, sus derechos y su honor, se sometió a la necesidad, y aceptó las consecuencias de un trastorno social. Altamente glorioso es para la revolución de 1688 el no haber sido más que un acto de pura defensa producido por la necesidad. En eso estriba el principal fundamento de su victoria.

En las grandes convulsiones sociales suele tal vez desarrollarse una fiebre universal, soberana e impía de ambición. No hay quien deje de creerse autorizado para sentar la mano sobre todas las cosas y reformar a su placer el mundo. Nada más insensato ni vano que esos miserables arrebatos de la criatura humana que calificando de caos la admirable armonía del gran sistema en el que tiene su puesto asignado por la Providencia, trata de erigirse en creador y no hace más que transformar y dejar hondamente impreso el sello de su locura donde quiera que pone su temeraria mano.

No puede en verdad decirse que la nación inglesa se abandonó a ese frenesí durante su revolución de 1688: lejos estuvo de aspirar a cambiar las bases sociales, ni los destinos de la humanidad: no se lanzó a la arena sino para conservar una religión, unas leyes y unos derechos positivos, en los cuales se encerraban sus pretensiones y sus pensamientos. Partiendo de este principio llevó a cabo una revolución grandiosa al par que modesta, que dio al país nuevos gobernantes y nuevas garantías, y una vez conseguido este objeto, se dio por satisfecha, y se detu-

vo en su curso no contentándose con nada menos, ni aspirando a nada más.

Consumóse esta revolución no por medio de levantamientos populares, sino por partidos políticos organizados mucho antes de la revolución con el objeto de dar al país un gobierno normal, pero no con la idea de promover desórdenes. Ni el partido *tory*, ni el partido *whig* a pesar de sus elementos revolucionarios se habían propuesto otro objeto en el momento de su unión. Eran partidos de política legal, no de conspiraciones, ni de levantamientos. Sintiéronse impulsados a cambiar el gobierno del país, y como que no habían nacido para ese objeto, volvieron a entrar sin esfuerzo alguno en la vía del orden después de haberse separado de ella un momento no por costumbre, ni por inclinación, sino por necesidad.

Tampoco puede atribuirse exclusivamente ninguno de esos dos grandes partidos rivales hasta entonces, el mérito ni el peso de la revolución; pues ambos se unieron y trabajaron de consuno para realizarla. Entre ellos aquel movimiento fue, si así puede decirse, una obra de transacción, un impulso de común necesidad, pero no una victoria, ni una derrota. Unos y otros vieron venir el momento crítico y lo aceptaron con sentimientos distintos: ambos aceptaron las consecuencias y tomaron parte en ellas.

Con frecuencia se ha dicho en Francia y hasta en Inglaterra que la revolución de 1688 había sido una obra esencialmente aristocrática, nada popular, verificada por combinaciones y en provecho de las clases elevadas, pero no por impulso, ni para bien del pueblo. Semejante juicio es un notable ejemplo de la confusión de ideas y del olvido de los hechos que con tanta frecuencia suelen presidir en la apreciación de los grandes acontecimientos.

Aquella revolución produjo en el orden político los dos más grandes resultados en favor del pueblo que se mencionan en los fastos del mundo. Por una parte proclamó y aseguró los derechos personales y universales de los simples ciudadanos, y por la otra la participación activa y terminante del país en su gobierno. Toda democracia que ignore que eso es cuanto tiene necesidad y derecho de reclamar, desconoce sus más altos intereses y no podrá fundar un gobierno, ni conservar sus propias libertades.

En el orden moral presentó la revolución de 1688 un carácter todavía más popular. Fue llevada a cabo en nombre y por la fuerza de las creencias religiosas del pueblo y para seguridad y dominación de las mismas. En ningún país, en ninguna época ha ejercido la fe de las masas tanta influencia en la suerte de su gobierno.

Popular en sus principios y en sus resultados sólo puede decirse que fue aristocrática en cuanto a la ejecución, por haber sido concebida, preparada y conducida a término por hombres distinguidos, fieles representantes de los intereses y opiniones de la nación. La Inglaterra ha tenido la rara fortuna de haber visto nacer y conservarse vínculos poderosos e íntimos entre las diversas clases de la sociedad. La aristocracia y la democracia han sabido vivir y prosperar, sosteniéndose y reprimiéndose mutuamente.

Los gobernantes no se han aislado del pueblo y este a su vez no ha carecido de gobernantes. En 1688 fue particularmente cuando la nación inglesa recogió el fruto de esa feliz combinación de jerarquía y armonía en el orden social. Vióse para salvar su creencia, sus leyes y sus libertades reducida a la espantosa necesidad de una revolución, y ésta como ya se ha dicho fue llevada a cabo por hombres de orden y de gobierno, pero no por revolucionarios.

Las mismas influencias que acometieron la empresa fueron las que la contuvieron en sus justos límites y se encargaron de consolidarla. La causa del pueblo inglés triunfando por mano de la aristocracia es lo que da carácter de grandiosidad a la revolución de 1688 y lo que le aseguró desde sus primeros pasos garantías para el porvenir.

Aún no era suficiente tanta intimidación entre las diversas clases sociales, ni tanto poder: toda revolución lleva consigo vicios tan capitales, que aun siendo la más necesaria, la más legítima y la más fuerte produce grandes trastornos en la sociedad que salva y la deja por mucho tiempo amenazada y reducida a una situación precaria. Apenas habían pasado tres años cuando ya el salvador de Inglaterra, el rey Guillermo se había hecho profundamente impopular. Sus modales sencillos al par que altivos, su fría reserva, la poca afición, que por su parte no se tomaba la molestia de ocultar, a las costumbres de la aristocracia inglesa, la intimidación y favores que prodigaba a varios de sus antiguos amigos de Holanda, todo en una palabra contribuía a que en medio de su nuevo pueblo apareciese como extranjero y poco favorecido de las simpatías del público.

Guillermo era en materias de libertad civil y religiosa mucho más ilustrado que los ingleses, y estaba mucho menos dispuesto a dejarse convertir en instrumento de los rigores de la intolerancia episcopal, y de las animosidades del espíritu de partido aristocrático. Guardaba pocas consideraciones a las exigencias del régimen constitucional, comprendía mal el juego de los partidos parlamentarios, todavía confusos y recién organizados: mostrábase indignado de su egoísmo, envidioso de su influencia y defendía contra ellos su regio poder generalmente con más vigor que discernimiento. En su gobierno y en sus planes se traslucía que la política general de Europa era el asunto a que concedía particularmente su preferencia. Para luchar contra la dominación europea de Luis XIV con todas las fuer-

zas de Inglaterra había aspirado al trono de esa nación, cuyas tendencias religiosas se avenían perfectamente con sus planes.

Sin embargo, es indudable que Guillermo con sus combinaciones y guerras del continente comprometía el país más de lo que convenía a las inclinaciones e intereses de sus habitantes. Cansábase cada día más la Inglaterra de verse cada vez más comprometida en esfuerzos y en peligros lejanos por aquel mismo monarca que había sido llamado para librarla de los peligros interiores, y Guillermo a su vez se indignaba de hallar en aquel mismo pueblo y en aquellos mismos partidos que le debían su libertad tan poco afecto y ardor respecto de la gran causa, con la cual según su opinión estaban vinculadas su felicidad política y sus derechos. De aquí provenían entre el rey y el parlamento desacuerdos, amarguras y conflictos que turbaban y causaban agitaciones en el nuevo gobierno. Guillermo conocía sus propias fuerzas y las empleaba con demasiada ostentación: llegó hasta el extremo de decir que si sus intenciones no eran mejor comprendidas y apoyadas podría muy bien suceder que abdicara de la corona de Inglaterra y se volviera a Holanda.

Al amenazar algún peligro, el parlamento, los partidos, la iglesia y el pueblo conocían lo muy necesario que les era el rey Guillermo, y entonces se apresuraban a colmarlo de solícitas atenciones; mas no tardaban en renacer las mutuas antipatías: los partidos volvían a sus rivalidades; el pueblo a sus preocupaciones e ignorancia y el rey a sus planes de política europea, a sus exigencias de guerra, y a sus alardes de poder.

Los partidarios de Jacobo volvieron a concebir esperanzas y no por haber sido derrotados en Irlanda y Escocia, ni descubiertos y condenados en Inglaterra desistían en sus tentativas de guerra civil y de sedición. Hasta entre los mismos consejeros de Guillermo tenía el destronado monarca corresponsales que le aseguraban algunas probabilidades para el porvenir. Durante todo el curso de este reinado, las instituciones de 1688 se vie-

ron continuamente atacadas e inseguras a pesar del fácil desenlace de la revolución, del carácter enérgico del rey y de la sincera adhesión del país.

El mismo mal siguió reproduciéndose mientras la reina Ana ocupó el trono. Los *whigs* y los *torys* se disputaron con encarnizamiento el poder. En la lucha europea que produjo la guerra de sucesión de España, esos dos partidos abrazaron por de pronto el sistema de intervención y de guerra continental del rey Guillermo. Arrastrados por la costumbre y por algunas victorias los *whigs* quisieron hacer la guerra de un modo desconocido e innecesario. Los *torys* por el contrario se decidieron por la paz; esta era también la opinión general de Inglaterra, y hasta la reina Ana se manifestaba dispuesta a favorecerla.

Lograron por fin mediante el tratado de Utrech poner término a la situación violenta y precaria en que se hallaba la Europa; mas no por eso pudieron los *torys* hacer que se olvidaran las afinidades que naturalmente tenían con los partidarios de Jacobo. Despertaron a pesar de su fidelidad protestante susceptibilidades de familia en el corazón de la reina; mezcláronse intrigas domésticas con las complicaciones exteriores, los Estuardos en su destierro sintieron renacer alguna esperanza y otra vez fueron puestas en tela de juicio las instituciones de 1688 hasta que la muerte de aquella reina y el advenimiento pacífico de la casa de Hannover al trono de Inglaterra pudieron darles sólida consistencia.

Bajo los reinados de los Jorge I y II la opinión pública siguió otro rumbo: dejó de ser el principal asunto la política extranjera, y el gobierno y la nación no se preocuparon más que de la administración interior, del afianzamiento de la paz, de cuestiones de hacienda, de colonias y del comercio. No estaban sin embargo enteramente extinguidas la cuestión dinástica, y las esperanzas revolucionarias. La nación inglesa se sentía poco inclinada hacia unos príncipes alemanes que no hablaban su idio-

ma, que se disgustaban de las costumbres inglesas, se aprovechaban del más leve pretexto para irse a vivir a su antiguo y pequeño estado y comprometían sin cesar la Inglaterra en asuntos continentales que nada le importaban. Las disputas domésticas de la familia real, y por otra parte las costumbres groseramente licenciosas de los palaciegos, incomodaban también al pueblo inglés.

Con la honradez y buen sentido de este chocaban la dominación móvil, las rivalidades egoístas, las pasiones facticias y las exageraciones e intrigas de aquella época. Seguían reproduciéndose constantemente conspiraciones y levantamientos en favor de Jacobo en Escocia, en Irlanda y hasta en el mismo recinto de Inglaterra: cierto es que a todas alcanzaba la represión, mas no por eso dejaban de encontrar siempre nuevos partidarios apasionados que manejaban a su placer los temores, el celo y las simpatías del pueblo. En medio de esos continuos ataques contra el orden establecido se iban apoderando de todos los ánimos la indiferencia, la inercia, el espíritu de crítica y el desafecto. El pueblo se iba al parecer olvidando de un poder que ya no le interesaba.

A los cincuenta y siete años después del movimiento nacional que había elevado a Guillermo III al trono pudo un nieto de Jacobo II al frente de unos montañeses de Escocia penetrar hasta el corazón de Inglaterra y dar lugar a que se creyera que de allí a pocos días entraría en la capital con la misma facilidad que en otro tiempo entró el príncipe de Orange expulsando a su abuelo.

Pero la Inglaterra y su gobierno no dependían de un acceso de mal humor popular, ni de la derrota de algunos regimientos, ni de un golpe de mano de unos cuantos facciosos. Las mismas fuerzas sociales que en 1688 hicieron la revolución, defendieron y salvaron en 1745 el gobierno que aquella había creado. Cuando el peligro llegó a ser evidente, los enemigos de ese go-

bierno se estrellaron en la sólida organización de los partidos aristocráticos, en el buen sentido de una democracia disciplinada y en la fe de un pueblo cristiano. Los jefes *whigs* y muchos de los *torys* consideraban su honor y su fortuna política como enlazados con aquella causa. Los partidos en general sirvieron con lealtad a sus jefes y la clase media se olvidó de sus descontentos y de la poca simpatía personal que le inspiraba el gobierno para no preocuparse más que de los intereses elementales del país y de los suyos propios.

La iglesia y los disidentes se manifestaron animados del mismo afecto. Las esperanzas de los Jacobistas se desvanecieron rápidamente ante esos incontrastables elementos de fuerza, pudiendo decirse que el peligro más grave que ha corrido la nueva monarquía inglesa ha sido también el último. Desde aquella época sólo algunas maquinaciones secretas, sólo algunas tentativas tan fácilmente abortadas como concebidas han revelado alguna vez la existencia de sus enemigos. Setenta años de amargas y trabajosas penas le ha costado al gobierno de 1688 el vencer los vicios inherentes a toda revolución hasta el punto de asegurar pacíficamente la incontestabilidad de sus instituciones. Cuando Jorge III subió al trono, (1760) estaba consumada la obra, ya hemos dicho de que manera y a qué precio se verificó.

Dieciséis años hacía que ese monarca ocupaba el trono cuando más de dos millones de vasallos suyos a mil cuatrocientas leguas de la capital rompieron el lazo que los unía al trono, proclamaron su independencia y acometieron la empresa de establecer la república de los Estados Unidos de América. Siete años de combates fueron necesarios para que la Inglaterra se creyera en el caso de tener que reconocer la independencia, y tratar de igual a igual con aquel Estado. Sesenta y siete años han pasado desde aquella época, y sin esfuerzos violentos, sin extraordinarios sucesos, y por el sólo impulso de sus institucio-

nes, y de una prosperidad pacífica han tomado los Estados Unidos su puesto entre las grandes naciones. No hay memoria de haber ningún pueblo comprado tan rápida y poco costosamente su grandeza, ni de haber esta sido tampoco turbada en su progreso.

Y ese triunfo no lo deben seguramente aquellos estados sólo a la circunstancia de no haber sido turbados por ningún rival poderoso, ni a los inmensos espacios que les sirven de límite: otras causas menos fortuitas y de más moralidad han contribuido también a la rapidez y a la serenidad de su esplendor.

Trataron de adquirirlo bajo la bandera de la justicia y del derecho. La revolución que da principio a su historia fue también para ellos un acto de defensa. No reclamaron más que las garantías y los principios consignados en sus códigos y que el parlamento de su madre patria que entonces se negaba a cumplirse los había en otro tiempo reclamado y hecho triunfar con muchas más violencias y desórdenes que los que causaba la resistencia de aquellos estados.

No puede decirse lógicamente hablando que fuese una revolución lo que se propusieron hacer. Su empresa era indudablemente grande y peligrosa: para conquistar su independencia se atraían la guerra por parte de un enemigo poderoso, y además tenían que establecer un gobierno central que reemplazara al poder distante de cuya servidumbre se querían emancipar. Pero no necesitaban hacer ninguna alteración en sus instituciones locales: cada una de aquellas colonias era libremente gobernada por lo tocante a sus relaciones interiores, y al convertirse en Estado apenas tenía que hacer variación alguna en sus máximas de gobierno ni en la organización de sus poderes públicos. Allí no había antiguas tradiciones que combatir, ni rancios privilegios que detestar, o destruir, por el contrario la adhesión a las leyes y costumbres antiguas, y el respetuoso afecto a lo pasado dominaban en todos los ánimos: el sistema colonial dependien-

te del amparo de una monarquía lejana se convertía sin ningún esfuerzo en sistema republicano bajo la protección de un gobierno federal.

No hay indudablemente sistema alguno de gobierno para el cual sea más necesario el asentimiento general y espontáneo del país que el republicano. Puede concebirse, y se ve confirmado por la historia, el establecimiento de estados monárquicos por medio de la fuerza; pero no hay ejemplo de que nunca haya podido hacerse lo mismo con el régimen republicano, pues no se concibe como podría establecerse o subsistir un gobierno popular que no contara con los instintos y las simpatías del pueblo. Las colonias de América no tuvieron que superar tales dificultades para convertirse en república de los Estados Unidos: al adoptar esa forma de gobierno no hicieron más que satisfacer el voto general y desarrollar más bien que abolir su sistema anterior.

Tampoco se causó perturbación ninguna en el orden social; no hubo lucha entre las clases diversas, ni dislocación violenta de influencias. Aunque la corona de Inglaterra tenía en aquellas colonias algunos partidarios no por eso dejó de dominar un mismo espíritu, un mismo deseo en todos los grados de la escala social y hasta puede decirse que las familias opulentas y distinguidas eran las que más anhelaban por conquistar la independencia y establecer el nuevo sistema de gobierno. El pueblo marchaba adelante y el acontecimiento iba a verificarse bajo su dirección.

El espíritu de revolución no ejercía más influencia en los ánimos que en la sociedad. Las ideas filosóficas del siglo XVIII su escepticismo moral y su incredulidad religiosa habrían ciertamente llegado a penetrar y circular en los Estados Unidos de América, mas no por eso se entienda que dominaban de un modo absoluto, ni habían conseguido implantar sus principios fundamentales ni sus últimas consecuencias: la gravedad moral

y el buen sentido práctico de los antiguos puritanos seguían existiendo en el espíritu de aquellos americanos, aun entre los mismos que más admiración habían mostrado hacia los filósofos franceses.

La masa de la población seguía conservando profundamente sus creencias, tan adicta a sus dogmas como a sus libertades, tan humildemente sometida a Dios y al Evangelio, como airadamente enconada contra el rey y el parlamento de Inglaterra y sostenida en esa lucha a beneficio de su independencia por aquella misma fe, que había motivado la venida de sus antepasados a las regiones americanas a plantear las bases en que debía reposar el nuevo Estado.

Las ideas y las pasiones que en nombre de la democracia arrebatan y desorganizan actualmente las sociedades pululan y fermentan en los Estados Unidos de América con todos sus errores y todos sus vicios; pero hay que tener presente que el espíritu del cristianismo, las excelentes tradiciones políticas y los inveterados hábitos de legalidad que campean en aquel pueblo las mantienen subordinadas y las purifican eficazmente.

Al paso que en aquel vasto teatro se desarrollan audazmente los principios anárquicos, se sostienen con toda solidez y energía tanto en la sociedad como en el individuo en particular los elementos de orden y conservación: en todas partes, hasta en el seno del mismo partido que se califica de demócrata por excelencia se echa de ver su presencia y su benéfico influjo que temperándolo y modificándolo lo consiguen no pocas veces salvarlo de la violencia de sus fogosos arrebatos. Estos son los principios tutelares bajo cuya influencia se consumó la revolución americana, y quedó asegurado su porvenir. ¡Ojalá que en la terrible lucha que actualmente tienen que sostener por todas partes, sigan vigorosamente prevaleciendo en aquel poderoso pueblo, y lleguen siempre a tiempo de salvarlo de los abismos que pueden oponerse a su marcha!

Tres grandes hombres, Cromwell, Guillermo III y Washington figuran en la historia como árbitros y representantes de las supremas crisis que han labrado la felicidad de aquellas dos grandes naciones. Cromwell merece tal vez por la extensión y energía de sus talentos naturales ocupar entre los tres el primer puesto: distinguíase por su espíritu prodigiosamente activo, sólido, exacto, flexible, creador y por una energía de carácter incapaz de contenerse por ningún obstáculo, ni por ningún contratiempo, y sabía encaminarse a la realización de sus planes con una paciencia y un ardor inagotables marchando tan pronto por las vías más tortuosas y largas, como por las más directas y peligrosas.

Sobresalía igualmente en captarse y dominar la voluntad de los que atraía al círculo de sus relaciones personales e íntimas, como en organizar y dirigir un ejército o un partido. Tenía el espíritu de popularidad y el don de mando y con igual audacia se atrevió a desencadenar las facciones, que oponerse a la furia de sus desbordamientos. Mas como hijo de la revolución y conducido de oleaje en oleaje al poder supremo, su talento, puede decirse que siguió siempre siendo esencialmente revolucionario: no le fueron desconocidas las necesidades del orden y del gobierno; pero no supo ni respetar, ni practicar las leyes morales y permanentes. Sea por inclinación de su naturaleza, o sea por vicio de su situación, no conoció regla ni serenidad en el ejercicio del poder; recurrió sin necesidad a medidas extremadas como aquel que continuamente se ve amenazado del último peligro y de aquí provino que con la violencia misma del remedio exacerbó la enfermedad que se propuso curar. El establecer un gobierno es empresa que exige procedimientos más normales y conformes con las leyes eternas del orden moral. Cromwell logró sujetar la revolución, mas no le fue dado edificar sobre sus ruinas.

Menos sobresalientes tal vez en cuanto a los dones naturales Guillermo III y Washington consumaron la obra superior a las fuerzas de Cromwell, y aseguraron la suerte del gobierno que establecieron en su patria. Tal vez deberá ese brillante resultado atribuirse a que en el seno mismo de la revolución nunca aceptaron ni pusieron en práctica la política revolucionaria, ni nunca solicitaron ni se vieron en la fatal situación de tener que emplear las arbitrariedades del despotismo para sostenerse en alturas a que hubiesen sido elevados por las violencias de la anarquía.

Desde sus primeros pasos se encontraron naturalmente colocados, o supieron colocarse por sí mismos en las vías normales y en condiciones permanentes de gobierno. Guillermo era un monarca ambicioso y sería una puerilidad creer, que había sido indiferente al deseo de subir al trono de Inglaterra hasta el momento en que fue invitado por los mismos ingleses y se vieron coronados los planes que desde mucho tiempo atrás se estaban poniendo en juego para ese objeto. Guillermo seguía paso a paso el lento curso de esas maquinaciones, sin aceptar la complicidad, pero sin distraerlas de su marcha, sin alentarlas, mas sin dejar por eso de conceder protección a sus autores. Su ambición personal estaba morigerada por el noble deseo del triunfo de una causa grande y justa, la libertad religiosa y el equilibrio europeo.

Ninguno ha empleado más que Guillermo el afán de toda su vida en un asunto político de mayor trascendencia. Puede decirse que estaba sinceramente apasionado de la empresa que había acometido, y que su grandeza personal no era más que un medio de llevarla a cabo. En sus miras hacia la corona de Inglaterra nunca intentó servirse de la violencia ni el desorden: su espíritu era bastante sublime y bien organizado para no aborrecer las consecuencias inevitables de semejantes medios, y para someterse a su pesado yugo. Mas cuando la misma Ingla-

terra le franqueó el paso, no se detuvo por escrúpulos de hombre particular: quiso que su causa triunfara y se apresuró a recoger el honor de su triunfo. Glorioso conjunto de habilidad y de fe, de abnegación y de ambiciosas aspiraciones.

Washington no conoció la ambición: su patria necesitó de él, y supo elevarse para servirla, más bien por deber que por gusto, y no pocas veces a costa de penosos esfuerzos. Las exigencias de la vida pública le eran sumamente molestas, prefería la independencia de la vida privada y la quietud del ánimo al ejercicio del poder. Mas a pesar de eso aceptó la obligación que su país le imponía, y supo desempeñarla sin procurarse ningún correctivo que le dulcificara sus amarguras. Con su nativa disposición para el gobierno, aunque poco aficionado a ejercerlo, revelaba al pueblo americano todo lo que creía verdadero, y en sus actos sostenía lo que creía justo con una firmeza tan inquebrantable como sencilla y con un sacrificio de popularidad tanto más meritorio, cuanto que no iba acompañado de ninguno de los placeres de la dominación.

Servidor de una república naciente, en la que prevalecía el espíritu democrático, supo adquirir su confianza y asegurar la victoria, sosteniendo sus intereses contra sus inclinaciones por medio de aquella política modesta al par que severa, reservada e independiente, que al parecer no es propia sino del jefe de un senado aristocrático colocado al frente de un Estado antiguo. Rara conducta que tanto honra a Washington como a su patria.

Concluyamos: si se fija la atención en el destino de las naciones, o en el de los grandes hombres, si se trata de una monarquía, o de una república, de una sociedad aristocrática, o de una democracia, siempre se verá brillar una misma luz en todos sus hechos: siempre se verá que el resultado definitivo es consecuencia de unos mismos principios y no se obtiene sino marchando por un mismo camino. El espíritu revolucionario es tan fatal a los hombres que ensalza, como a los que derriba. La po-

lítica que conserva los Estados es la única que da feliz término a las revoluciones, y garantías de seguridad a sus resultados.

ANOTACIONES HISTÓRICAS
SOBRE LA HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN

DE
INGLATERRA

NÚMERO I

**SOBRE LOS SÍNTOMAS DEL ESPÍRITU DE OPOSICIÓN Y DE LIBERTAD
BAJO**

EL REINADO DE ISABEL

Habiendo un diputado de la cámara baja llamado Wentworth pronunciado, en noviembre de 1375, un discurso en defensa de los privilegios de la cámara, particularmente en lo relativo a la libertad de peroración, fue arrestado de orden de la reina, y sufrió ante una comisión del parlamento el siguiente interrogatorio, curioso documento del espíritu de independencia que empezaba a manifestarse, y de la aprobación que a pesar suyo le daban los mismos que debían castigarle.

El presidente de la comisión. ¿Dónde está vuestro último discurso que nos prometisteis dar por escrito?

Diputado. Hele aquí; os lo entrego bajo dos condiciones: primera, que lo examinareis con detención, y que si encontráis algo de que se pueda deducir falta de adhesión al príncipe o al Estado, deberé responder de ello como si hubiese pronunciado entero el discurso en la cámara; segunda, que lo entregareis a la reina: si S. M. o alguno de vosotros, miembros de su consejo privado, cree ver en mí una falta de adhesión al trono y a mi país, tomo sobre mí la responsabilidad.

El presidente. Sólo nos ocupamos de lo que dijisteis en la cámara.

Diputado. Sin embargo no podéis negaros a entregar mi discurso a la reina: se lo envió porque está depositado en él mi corazón y todo mi pensamiento. Sé que será útil a S. M., y que sólo a mí puede serme pernicioso.

El presidente. Ya que lo deseáis, lo haremos.

Diputado. Así os lo suplico.

(Leen el discurso y prosigue el interrogatorio).

El presidente. Habíais aquí de ciertas relaciones que habéis oído como procedentes de S. M.; a quién las oísteis.

Diputado. Si me lo preguntáis como consejeros, no os contestaré, pues mi contestación debería considerarse como una injuria a la cámara a que pertenezco. Soy una persona pública, consejero de todo el país, y he hablado en un paraje donde según ley puedo expresar libremente mis ideas. Como consejeros, pues de la reina, no tenéis derecho de pedirme cuenta de lo que he dicho en la cámara. Pero si me preguntáis como miembros de una comisión de ésta ya es otra cosa.

El presidente. Os preguntamos en nombre de la cámara.

Diputado. En este caso responderé con tanto mayor gusto, cuanto mi respuesta será en muchos puntos necesariamente incompleta. Me preguntáis dónde y de quién he sabido lo que dije: lo oí en la misma cámara ¿de quién?, no podré decíroslo.

El presidente. Esto no es una respuesta.

Diputado. No puedo dar otra mejor.

El presidente. Parece que habéis oído decir en la ciudad que S. M. no quiere que le hablen de religión ni de sucesión a la corona; ¿de aquí habéis tomado causa para peroratas, y no diréis cómo lo supisteis?

Diputado. Os puedo ensear mi discurso escrito de mi mano hace dos o tres años. Luego no lo he hecho en vista de rumores.

El presidente. ¿Pero a quién oísteis esos rumores?

Diputado. Porque no se crea que trato de excusarme con rodeos, voy a satisfaceros: Dios sabe bien que no me acuerdo particularmente de nadie a quien se los haya oído; pero fueron unas doscientas personas en la cámara las que les daban asenso y los repetían.

El presidente. Entre tantos bien podréis nombrar algunos.

Diputado. Ciertamente que no; pues como sucede con frecuencia en nadie fijé particularmente la atención. Por lo demás, aunque no fuera así, tampoco nombraría a nadie. Nunca diré cosas que puedan dañar a otro, si ya no me impele un deber, y aquí no lo veo. Sin embargo, como quiero hacer patente mi franqueza, juraré sobre el Evangelio que me es imposible nombrar a nadie. ¿Pero a qué tantos dimes y diretes? Voy a citar un caso en que oí tales voces, y convendréis conmigo en que también las oísteis entonces.

El presidente. Decid.

Diputado. En el último parlamento (1561), Robert Bell, que actualmente es presidente, hizo un magnífico discurso para pedir la revocación de ciertos monopolios concedidos a cuatro cortesanos en daño de seis u ocho mil súbditos de S. M. Disgusté tanto a algunos consejeros de la corona, que fue llamado el autor ante el consejo, y se le trató con mucha aspereza, de modo que volvió muy alterado; cosa tan sentida de la cámara, que durante quince días nadie osó decir palabra, y aún al tratarse de asuntos indiferentes, todo eran preámbulos, todo era decir que no se interpretasen mal las palabras... Entonces todos los miembros de la cámara repetían: «Señores, no habléis contra los monopolios; la reina y el consejo se irritarán». Supongo que lo oísteis: sed francos como yo.

El presidente. Cierto que sí. Mas ¿qué decís de la dura interpretación que disteis al mensaje enviado a la cámara? Nunca hemos visto pintado con tales colores un mensaje real.

Diputado. Convenís en que el mensaje es verdadero.

El presidente. Está claro.

Diputado. Digo, pues, que un mensaje tal nunca podrá ser calibrado hartamente. Puede dirigirse a una asamblea reunida para el servicio de Dios un mensaje más duro que hacerle decir: ¿vosotros no haréis prosperar el servicio de Dios? Creo que esto es muy ilegítimo.

El presidente. No podéis hablar contra los mensajes, porque la reina sola los envía.

Diputado. Si son contrarios al servicio de Dios, a la seguridad del príncipe y a los privilegios de una cámara reunida para el sostén del Estado, no debo ni quiero callar, porque mi conciencia me lo impide. Os juro que me arrepiento de haber callado en tales ocasiones, y me obligo, si Dios no me abandona, a no callar en mi vida cuando se dirijan a la cámara mensajes que pongan la gloria de Dios en olvido, al príncipe en peligro, y a los privilegios del parlamento en menoscabo: también vosotros todos debíais arrepentiros de vuestro silencio, y renunciar a él.

El presidente. No son nuevos tales mensajes: hay otros ejemplos.

Diputado. Mal hacéis en apoyar con ellos el presente. Deberíais buscar ejemplos para animar a los hombres a hacer bien, y no para infundirlos espanto.

El presidente. ¿Pero qué pretendéis calificando tan duramente este mensaje?

Diputado. Me admira esta pregunta. ¿No he dicho que él lo merecía?, ¿no he alegado razones? He dicho que por él se había manifestado la cólera de Dios contra nosotros, pues había permitido que pudiese el corazón de la reina desechar leyes saludables, destinadas a defender su vida y su gobierno. Dije que los súbditos fieles se habían contristado, mientras que todos los papistas, todos los traidores para con Dios y S. M., se mofaban,

a sus barbas, del parlamento. Esto dije: ¿caso no pensáis vosotros asimismo?

El presidente. Preciso es confesarlo; ¿mas cómo osasteis decir que S. M. había maltratado injustamente a la nobleza y al pueblo?

Diputado. ¿Pudo nadie tomar mis palabras en otro sentido del que yo las di? S. M. había convocado el parlamento para que se ocupara en prevenir los peligros que amenazaba a su persona; nos dirigió dos *bills* prometiendo sancionar el que juzgásemos más a propósito de los dos; elegimos uno, ¿no se negó su sanción? Adoptamos otro, ¿no sucedió lo mismo que con el primero? Luego nuestros trabajos han sido vanos: todo esto es bien sabido. Os conjuro a que seáis francos; ¿no se deduce que S. M. ha faltado para con la nobleza y el pueblo?

El presidente. Los hechos que alegáis son incontestables.

Diputado. Luego la reina ha seguido en dos extremos una conducta peligrosa. Ante todo esto podía desalentar a sus más fieles súbditos, haciéndolos menos capaces de servirla bien en otra coyuntura. Además, animaba a sus más obstinados enemigos para arrojarle contra ella a cualquier empresa desesperada.

El presidente. También esto es verdad.

Diputado. ¿Por qué, pues, se me pregunta cómo me atrevo a decir una verdad, haciendo observar a la reina tan inminente peligro? Ved ahí mi respuesta... A Dios gracias, nunca temí cuando se ha tratado de armar a la reina contra sus enemigos; temblad vosotros si os place; yo por mi parte no espero ver llegar el día del temor. Os juro, sin embargo, que veinte veces recité agitadamente este discurso en mi casa, presintiendo que me ocasionaría disgustos; pero, en conciencia y como súbdito fiel, debí arrostrarlo todo para dar un buen consejo a mi príncipe: todo lo debía posponer a la idea de serle útil. No obstante, cuando dije en la cámara que nadie es infalible en la tierra, ni

aún nuestra noble reina, me detuve, os miré y vi que mis palabras os llenaban de espanto. Entonces temblé también por simpatía, y vacilaba porque conocí que ninguno de vosotros levantaría la voz para defenderme. Pero el deber y la conciencia me animaron, y ahora volvería a hablar como hablé.

El presidente. Pero podíais haberlo hecho en términos más suaves.

Diputado. ¡Cómo un miembro del consejo privado!... ¿no es verdad? No: S. M. no me hubiera entendido, y entonces para nada servía mi discurso.

El presidente. Habéis concluido.

Diputado. Gracias doy al cielo.

El presidente. El diputado no se confiesa culpable, según esto, ni pesaroso de lo dicho, ni busca excusas.

Diputado. Mientras viva jamás creeré que haya culpa en amar a la reina, y haberla advertido del peligro. Si creéis que lo sea, explicaos: por mi parte no puedo.

(*Old Parl. Hist.*, t. 4, p. 200-207, edic. de 1765).

NÚM. II

ESCRITO ENCONTRADO EN EL SOMBRERO DE FELTON, ASESINO DEL DUQUE DE BUCKINGHAM

Subsiste todavía este escrito original en poder de M. Upcott, y está concebido en estos términos:

«Es cobarde y lo merece el dictado de gentilhombre o de soldado el que no está dispuesto a sacrificar la vida en honra de su Dios, de su rey y de su país. Nadie me alabe por haberlo hecho, antes acúsense todos por haber sido causa de que yo lo hiciese; pues si Dios por nuestros pecados no nos hubiese robado el esfuerzo, hace tiempo que Buckingham no existiría».

JOHN FELTON

NÚM. III.

SOBRE EL CARÁCTER DE LA ADMINISTRACIÓN DE STRAFFORD EN IRLANDA.

En una carta que escribió Strafford a su amigo íntimo Cris-
tóbal Wandesford, le informa de cuanto ha practicado para re-
chazar cerca del rey y de su consejo, las acusaciones de que era
blanco:

«Pido, dice, el permiso de justificarme de las calumnias que
sobre distintos puntos se han vertido contra mí. Murmuran
mis detractores que más bien soy un bajá de Buda, que ministro
de un rey piadoso y cristiano: sin embargo, sino me engaño
mucho creo haberles dicho que soy precisamente lo contrario.
Nadie probará en mí tales disposiciones; ningún amigo podrá
tachar mi vida privada, ni mis relaciones de ásperas e intrata-
bles: luego, sólo el servicio de S. M. ha podido obligarme a una
severidad aparente. No ha sido otra la causa; he encontrado
una corona, una iglesia y un pueblo en desorden: era excusado
querer subsanar estos males con palabras melifluas; se necesita-
ba vigor. Cuando el poder se halla establecido, nada hay más
fácil que gobernarlo con cordura; pero, cuando todo se desplo-
ma, entonces se requiere sumo vigor. Cierto es mi sistema de
gobierno se ha reducido a premios y a castigos: donde he en-
contrado un hombre útil, le he elevado; donde uno malo, le he
abrumado con todas mis fuerzas; mas, en cuanto ha mudado de
inclinaciones también yo he mudado para con él. Si esto es su-
mo rigor, yo por tal no lo tengo. Si supiese sin embargo que es-
te mi modo de proceder disgustaba a S. A. me conformaría en-
tonces a sus órdenes y seguiría el impulso de mi carácter, que
consiste en vivir tranquilo y no tener cuestiones con nadie.

—Esto manifesté en el consejo, y aquí S. M. me interrumpió,
diciendo que mi conducta no era rigurosa, y que quería que
continuase en ella, porque sirviéndole de otro modo lo haría
mal su grado».

NÚM. IV.

MULTAS EN FAVOR DE LA CORONA IMPUESTAS DESDE 1629 HASTA 1640.

	Libras esterlinas
Salisbury	20 000
El conde de Westmoreland	19 000
Lord Newport	3000
Hatton	12 000
Watson	4000
Roper	4000
Leighton	10 000
Sherfield (por haber roto algunos cristales de una iglesia)	800
Overman	13 000
Rea	2000
Hern	8100
Foulis (por haber hablado con irreverencia del tribunal del norte)	8800
Prynne	8000
Buckner	50
Sparks	300
Allison y Robins (por irreverencia a un arzobispo)	2000
Bastwick por un folleto	1000
Prynne, Burton y Bastwick	18 000
Un criado de Prynne	1000
Bowyer (por irreverencia a Laud)	3000

Yeomans y Wright	8000
Sayage, Weldan y Burton	3800
Greenville	4000
Favers	1000
Morley	10 000
Williams, obispo de Lincoln	10 000
Bernard (por haber predicado contra el uso de los crucifijos)	1000
Smart	800
Total:	173 650
Corresponden en fr.: 4 341 250	

Mucho me falta para ser completa esta lista. De la obra de Busbworth podrían sacarse otros casos que aumentarían considerablemente la suma.

NÚM. V

INSTRUCCIONES DEL RETO AL MARQUÉS DE HAMILTON TOCANTE AL SÍNODO DE GLASGOW EN 1638.

«Tocante a esta asamblea general, le escribía, si bien no espero de ella nada bueno, pero con todo que impediréis mucho mal, suscitando ante todo debates entre ellos sobre la legalidad de sus elecciones, y enseguida protestando contra sus procedimientos irregulares y violentos».

Y en otra parte añadía:

«Desapruebo enteramente la opinión de los prelados que piensan ser necesario prorrogar esa asamblea; prohibiéndola reunirse dañaría más a mi reputación de lo que sus actos insensatos pueden perjudicarme. Os mando, pues, abrirla el día señalado; pero, si podéis, como decís, disolverla descubriendo nulidad en sus actos, nada mejor».

(Bornet, Mem. of. the Hamiltons, p. 82-88).

NÚM. VI

JEFES DEL EJÉRCITO LEVANTADO POR EL PARLAMENTO EN 1642

General en Jefe: Robert Devereux, conde de Essex.

Mayar General: sir John Merrick.

General de artillería: John Mordaunt, conde de Peterborough.

CORONELES DE REGIMIENTOS DE INFANTERÍA

Eran veinte, notables casi todos por su valor y conocimientos militares.

COMANDANTES DE ESCUADRONES DE CABALLERÍA.

Eran sesenta y cinco. Distinguíase entre ellos *sir* Oliver Cromwell, que debía poco después ser tan célebre en los anales de la Inglaterra. En sus principios constaba el ejército de veinte regimientos de infantería, que componían unos veinte mil hombres, y setenta y cinco escuadrones, que formaban el total de 4500 caballos.

NÚM. VII

SOBRE EL EMPLEO DE LOS CATÓLICOS EN LOS EJÉRCITOS REALISTAS

El 25 de septiembre de 1642, es decir, al estallar la guerra civil, y poco antes de la batalla de Edgbill, el rey escribió al conde de Newcastle lo siguiente:

«Sirve la presente para deciros que ha llegado a tal punto la rebelión, que no debo ya reparar en la opinión de los que estén dispuestos a servirme: en consecuencia, os mando emplear a mis súbditos sin distinción de conciencias, atendiendo sólo a su lealtad para conmigo».

Brodie ha publicado por primera vez esta carta, copiada de los manuscritos del Museo británico.

NÚM. VIII

**PETICIÓN CONTRA LA PAZ, PRESENTADA A LA CÁMARA BAJA EL 7 DE
AGOSTO DE 1643, POR LA MUNICIPALIDAD DE LA CAPITAL.**

«Los infrascritos peticionarios han oído decir que los pares habían pasado a esta honorable cámara unas proposiciones que destruirían nuestra religión, nuestras leyes y nuestra libertad. Sabemos por experiencia que cuantos están dispuestos a sostener con sus bienes y sus vidas al parlamento, se hallan sumamente abatidos porque no se activa la alianza con los escoceses, el levantamiento de tropas ni el apresto de socorros. Los peticionarios recomiendan todos estos puntos a vuestro maduro examen, y anhelando el castigo de los traidores y de los delinquentes, os expresan sus deseos.

»Haced a toda costa justicia de los criminales y de los delinquentes; y ya que hemos arriesgado y estamos prontos a arriesgar cuanto tenemos para el triunfo de tan buena causa, os pedimos que tengáis a bien adoptar sin retardo, el adjunto decreto, u otro al mismo efecto, para poder tomar las medidas que exige nuestra defensa y la vuestra, mediante el favor del cielo que siempre será atendida de vuestros peticionarios».

Acompañaba a esta petición la minuta de un decreto que concedía a una junta el poder de reclutar y de recibir suscripciones.

NÚM. IX

**PETICIÓN EN FAVOR DE LA PAZ, PRESENTADA A LOS DIPUTADOS EL 9
DE AGOSTO DE 1643, POR LAS MUJERES DE LONDRES.**

«Vuestras pobres peticionarias, aunque del sexo débil, prevén la pronta ruina del reino si no tomáis medidas decisivas. Vosotros sois los médicos, que con la bendición especial y milagrosa de Dios, podéis restablecer a esta nación moribunda y a nuestra hermana la Irlanda, que es casi un cadáver ensangrentado.

»No debemos indicar a vuestros espíritus, cuya vista es de águila, los medios conducentes; nuestro único deseo es que siga brillando la gloria de Dios en nuestra religión; que se sostengan las justas prerrogativas y privilegios del rey y del parlamento; que las verdaderas libertades de los súbditos sean garantidas según las leyes del país, y que por todos los medios honrosos se nos procure la paz».

«Dignaos pues ofrecernos su restablecimiento y la prosperidad del comercio, pues ambas cosas son alma y cuerpo del Estado».

«Y vuestras peticionarias, a par de muchos millones de almas que gimen bajo el peso de la desgracia, rogarán por vosotros como deben».

(Rusbwort, part. 3, t. 2, p. 557).

NÚM. X

DECLARACIÓN Y JUSTIFICACIÓN DE PYM, POCO ANTES DE SU MUERTE.

Nadie ignora con qué calumnias han sido atacadas mis intenciones para con Dios, el rey y mi país. Unos me acusan de haber sido el promotor de violentas innovaciones en la iglesia anglicana; otros más enconados sostienen que he excitado todos los desórdenes del reino; y si bien se vuelven más estas injurias contra el que las profiere cuando las juzgan hombres prudentes, sin embargo las han oído otros que tal vez les habrán dado crédito, y por esto me decido a dar esta explicación.

Pasaré en silencio la causa de Strafford, en la que se han atrevido a tacharme de parcialidad y de odio, y sólo me detendré en las calumnias sobre que he excitado y fomentado las disensiones tocantes a la iglesia anglicana.

Cuán inverosímil, esto quedará probado plenamente. Cuantos me conocen dirán que he sido, soy y seré protestante, sin mezcla de anabaptismo, de brownismo ni otras cosas, como

han propalado algunos descontentos eclesiásticos, creyendo que mi conato era humillar la arrogante ambición de los obispos y prelados. Sobre este punto he manifestado mi opinión como miembro de la cámara, y la creo justificada para reformar groseros abusos introducidos por la perversidad de los obispos y de sus sustitutos, todos protestantes. ¿A qué esos castigos corporales, esos destierros, esas marcas de hierro ardiente en los rostros de los condenados por asuntos de conciencia? ¿A qué esas ceremonias griegas o papistas que querían introducir, rejuveneciendo antiguas supersticiones? ¿Atacar estos errores se tomará por anabaptismo o brownismo?

(Continúa aquí acriminando a los obispos y probando su protestantismo y después prosigue):

Pero esto es nada comparado con las calumnias de que he sido blanco tocante a mi lealtad para con S. M. sagrada; algunos sostienen que soy autor de sus disensiones con el parlamento, cuando mi lealtad para con el rey es tanta como pueda ser la de cualquier otro súbdito. Cierto es que cuando se atentaba a mi vida injustamente, cuando S. M. seguido de gente armada nos buscaba a mí y a otros honorables miembros, procuré por mi seguridad; pero esto no puede alegarse contra mí, porque el mismo rey nos declaró después inocentes del crimen de alta traición que se nos imputaba.

Y si este acontecimiento motivó que S. M. se alejase del parlamento, seguramente no será mía la culpa, pues tanto antes como después me he afianzado siempre en las leyes del país y en el poder del parlamento. Seguro íntimamente de esta verdad, despreciaré toda calumnia, que nunca será un menoscabo para mi reputación entre los hombres imparciales.

En la diabólica conspiración de Catalina contra el senado, nadie estuvo más expuesto al encono de los conspiradores que Cicerón, ese orador patriota, cuyo celo lo desbarató todo. Y si

bien no me envanezco de compararme a tan digno ciudadano, sin embargo, alguna relación existe entre los dos, si es dado comparar las cosas pequeñas con las grandes. Mi anhelo por la reforma política me ha acarreado todos los odios y hecho blanco de las calumnias: con todo, ese anhelo me parece mi mérito mayor, y ya que sufro ignominias por esta causa, lo haré con sufrimiento, esperando de la misericordia de Dios que al fin reconciliará a S. M. con su parlamento. No dudo que entonces podré dar al rey pruebas suficientes de mi lealtad, aunque esté irritado contra mí: entre tanto espero que el mundo creará que no soy seguramente el primer inocente calumniado, y que por lo tanto suspenderá su juicio.

(*Rushwort*. Part. 3, l. 2 p. 373-378).

NÚM. XI.

CARTA DEL REY AL PRÍNCIPE ROBERTO, DÁNDOLE ORDEN DE SOCORRER A YORK.

Tineknill 14 de julio de 1644

SOBRINO:

Debo ante todo felicitar me con vos por vuestras ventajas, y aseguraros que no me son menos agradables en sí que por ser obra vuestra. Quedo enterado de que necesitáis pólvora, y os la procuraré a la vez de Irlanda y de Bristol, aunque no pueda hacerlo de Oxford, donde sólo he dejado treinta y seis barriles; tocante a la de Bristol tampoco os daré completa seguridad, pues es plaza amenazada de sitio.

Fuerza es ahora haceros conocer mi situación, y espero no tomareis a mal que os dé perentoriamente las órdenes que ella exige. Si perdiese la plaza de York recibiría un golpe mortal mi causa, a menos que por una marcha rápida os reunieseis a tiempo conmigo. Si lográis libertar a York y batir a los rebeldes de ambos reinos que la sitian, sólo entonces podré mantener la defensiva hasta que vengáis en mi socorro. Os mando, pues, y os

conjuro en nombre del deber y de vuestra adhesión, que renunciéis a todo proyecto, para pasar con todas vuestras fuerzas al socorro de aquella plaza. Si la hubiesen tomado o se hubiese levantado el sitio, o por falla de pólvora no pudiese probar el golpe, caed entonces sobre Worcester para reuniros conmigo. Si no lo practicáis como os digo, serían inútiles cuantas ventajas pudieseis obtener sobre otros puntos. Bien conoceréis que sólo una necesidad extrema puede obligarme a hablaros de este modo: por tanto no pongo en duda en las presentes circunstancias vuestro puntual cumplimiento en obedecer a:

Vuestro afecto tío y fiel amigo

Carlos, rey

NÚM. XII

DECRETO DE ABNEGACIÓN DE SÍ MISMO, ADOPTADO EN 3 DE ABRIL DE 1645.

Está mandado por los lores y los diputados del pueblo reunidos en parlamento, que todos y cada uno de los miembros de ambas cámaras cesan dentro de cuarenta días, contaderos desde la adopción de este decreto, en cuantos empleos obtengan conferidos después del 20 de noviembre de 1640, ya en propiedad o por delegación, por una de las dos cámaras o por entrambas.

No toca este decreto a los que no sean miembros de ambas cámaras.

Déjase entender y se declara asimismo, que todos los provechos que resultaren de los empleos no militares o no judicia-rios, corresponden al tesoro público, quedándoselo para los que los obtengan sus sueldos netos, y de ningún modo los gajes sean cuales fueren.

Por este decreto no se retiran los poderes dados a distintos comisionados en los condados, y cuya comisión esté pendiente.

Se declara también que los miembros de ambas cámaras que antes de la reunión del parlamento hubiesen sido destituidos por S. M. y reintegrados después por el parlamento en sus destinos, no están incluidos en la disposición de este decreto, antes continuarán disfrutando de sus empleos como si los hubiesen obtenido antes del 20 de noviembre de 1640.

NÚM. XIII

EXTRACTO DE LOS REGISTROS DEL CONSEJO CELEBRADO EN OXFORD

EL 5 DE DICIEMBRE DE 1644.

ESTABAN PRESENTES

El conde de Southampton	El lord Chamberlain
El rey	El conde de Berks
El príncipe Robert	El conde de Sussex
El príncipe Maurice	El conde de Chichester
El lord guardasellos	Lord Digby
El lord tesorero	Lord Seymour
El lord duque de Richmond	Lord Colepeper
El lord marqués de Hertford	El secretario Nicolás
El lord gran Chamberlain	Y el canciller de Hacienda

Se dio cuenta de una carta escrita por el conde de Essex a S. A. el príncipe Robert, concebida en estos términos.

SEÑOR:

S. M. ha enviado a los comisionados de ambos reinos, reunidos últimamente en Oxford, un mensaje que contenía la demanda de un salvoconducto para el duque de Richmond y el conde de Southampton, pero sin explicar el motivo. Acabo de recibir de las dos cámaras del parlamento la orden de participar a V. A., que si S. M. pide el salvoconducto de la cámara inglesa, para dar una respuesta a las proposiciones que se le han

presentado, a fin de establecer una paz sólida y segura, se concederá al momento. Que es cuanto etc. etc.

4 de diciembre de 1644

Essex.

Discutida esta carta y bien examinada, declaró unánime el consejo, que la demanda de un salvoconducto no podía considerarse como reconocimiento del parlamento de Westminster. En consecuencia, ya que es tal el parecer de S. S., manda el rey que el príncipe Robert conteste en estos términos:

MILORD:

He recibido de S. M. la orden de pedir el salvoconducto consabido, para llevar a Londres, y a los lores y diputados reunidos en Westminster como parlamento, la respuesta a las proposiciones para el restablecimiento de la paz, etc. etc.

(Oxford 5 de diciembre de 1644).

Robert

Esta carta ha sido enviada a Londres por un trompeta.

NICOLÁS

Lo que sigue era escrito de mano del mismo Nicolás.

Memorándum. De todo el consejo, el rey y yo no fuimos los únicos que no juzgamos conveniente dar el nombre de parlamento a los miembros reunidos en Westminster. El príncipe Robert, si bien que presente, no votó, como ejecutor que debía ser de lo que ordenase el consejo; pues conforme a reglamento y a la práctica del consejo, la mayoría domina, y la minoría debe firmar lo que aquélla determine.

NÚM. XIV.

CANCIÓN DE LOS CABALLEROS CONTRA LESLET Y LAS TROPAS
ESCOCESAS LLAMADAS DE INGLATERRA AL SOCORRO DE LA ESCOCIA
PRESBITERIANA VENCIDA POR MONTROSE.

¡Adelante! ¿Cómo no marcháis adelante y en buen orden, perros de redención? Llegad antes que pasen hacia acá los gorros azules de Montrose. Predicad, orad, desgastaos noche y día; triunfareis de la iglesia que es para vosotros una ramera; bailad con la sangre hasta las rodillas, sangre de los enemigos de Dios: las bellas escocesas os arrullarán hasta adormeceros.

II

¡Adelante! ¡Adelante, escoria de perversidad!, ¡nada manchará la gloria que os espera; adelante, adelante, estiércol de santidad! Marchad y alegraos: no subiréis al cadalso, sino a la fe a la esperanza. La Escocia está sedienta de verdades: ¡cuánto ganarán en gracia esas jóvenes, raza elegida, rollizas como nabos, y gordas como reses que van al matadero!

III

¡Adelante! ¡Adelante, zurriagos de la herejía!, ¡abajo la iglesia de los hipócritas! ¡Adelante, adelante, y caiga la supremacía y el órgano que da tan bellos sonidos! ¡Abajo los curas y vicarios de la iglesia anglicana! Jockey llevará la capilla por sombrero, y Jenny la sotana por jubón.

IV

¡Adelante! ¡Adelante, benditos forajidos!, ¡cantad marchando himnos de alegría; adelante, adelante, bandidos santificados! Elegidos del cielo, marcháis a la gloria. Guerreros piojosos, blanco de la miseria, objeto de risa y de desprecio; ¡Oh alcuernia bienaventurada! ¡Jamás, jamás brilló tan radiante la gracia: ejército de justos, adelante!... ¡A la carnicería!

NÚM. XV

PIEZAS RELATIVAS A LA INTERVENCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS EN FAVOR DE CARLOS I.

La primera es una minuta de lo que S. A. R. el príncipe de Gales hizo representar de su parte y en su presencia a los Estados generales de las Provincias Unidas, el 23 de enero de 1648.

Se conserva lo mismo que las demás en los archivos de los Países Bajos.

Expone el príncipe los peligros que amenazan la vida del rey su padre, sus ideas de paz: el modo como el ejército se había apoderado de él, encarcelando al propio tiempo a cuantos miembros del parlamento hubieran dado oídos a una transacción.

«Es tal, dice la minuta, el estado de ese reino, y se encuentra tan oprimido el monarca, que no fue permitido a un gentilhombre, enviado expresamente por S. A., el verle. El parlamento del todo disperso; apenas han quedado cincuenta personas de más de quinientas en la cámara baja; y las casas de los que han unánimemente reusado su concurrencia a estos actos violentos, se ven aniquiladas por una declaración de estos pocos diputados a quienes pertenece todo poder soberano de aquel reino sin rey y sin nobles. De modo que no se juntan ya los miembros del parlamento sino aquellos que se avienen o niegan lo que resuelve un consejo de guerra constituido para gobernar el Reino. A este efecto han publicado una ordenanza que contiene el modelo de un nuevo gobierno que se quiere establecer dando al traste con el parlamento, como lo han hecho con el rey, revolviendo la constitución del reino y todas las leyes de este, y exponiendo la religión protestante a la invasión de más herejías y cismas que jamás han infestado la Iglesia cristiana.

No contentándose con esta confusión, han nombrado comisionados para procesar a la persona de S. M., al parecer para deponerle o quitarle la vida; lo que no podrá recordar S. A. sin horror.

Cuanta influencia pueden tener estos procedimientos, en el interés y sosiego de todos los reyes, príncipes y estados; como este extravagante poder, que ellos han usurpado, puede turbar

la tranquilidad de sus países vecinos, y de que la religión reformada puede sufrir por los actos escandalosos de los que la profesan, no hay necesidad de que S. A. os lo haga considerar; pero se contenta con hacer esta narración del estado miserable en que está al presente el rey y la corona de Inglaterra, seguro que sus señorías querrán comportarse bien hacia un tan buen amigo y aliado. De esta suerte S. A. se promete de la amistad y prudencia de sus señorías, que le asistan con sus consejos, porque la extrema necesidad presente del rey, su padre así lo requiere, y ambos quedarán siempre obligados a contribuir con su poder al sostén y engrandecimiento de los intereses, grandeza y felicidad de sus señorías».

A vista de esta representación del príncipe de Gales los Estados generales resolvieron enviar a Londres como embajadores extraordinarios, los señores Albert Joaquin y Adrien de Pauw, dándoles las siguientes instrucciones.

NÚM. XVI

INSTRUCCIONES PARA LOS SEÑORES EMBAJADORES DE SUS ALTAS POTESTADES, ENVIADOS A LONDRES EN EL AÑO 1649.

Los señores embajadores representarán al parlamento que las consecuencias del encarcelamiento del rey pueden ser en pro o en contra del reino de Inglaterra, según la moderación o dureza con que se trate a su persona; porque todos los neutrales saben, que la desgracia en que actualmente se encuentra, le ha sobrevenido por ser de contrario parecer al que ha prevalecido en cuanto a los medios que se han de emplear para remediar los males que afligen la Gran Bretaña. Como todavía se está a tiempo de remediar estos males, suplican al parlamento no tolere, y que se valga de toda especie de pretextos para aliviar las penalidades del preso y hacerle menos desgraciado de lo que es en este instante. Suponiendo que el partido vencido hubiese quedado vencedor, tal vez hubiera querido juzgar con se-

veridad las acciones de sus adversarios, rehusándole todos medios de defensa; pero señores, los Estados generales persuadidos de la fe de todos aquellos que escucharán la proposición de los señores embajadores, supone también que se harán a sí mismos la reflexión de que esto no sería justo, y aprobarán el axioma: *Politcum in civilibus dissentionibus quambis soepe per eas status loedatnr, non tamen in exitium status contenditur, proinde qui in alterutras partes descendunt hostium vice non habendi.*

Los Estados generales saben que vuestras excelencias han nombrado comisionados extraordinarios para examinar el asunto del rey; confían tanto en la elección de vuestras excelencias, como en la buena fe de los dichos comisionados, que darán en la mencionada causa una sentencia que pueda ser examinada por todo el mundo y aprobada un día por el Juez supremo, ante quien somos todos responsables. Todos los hombres de bien esperan, que en un negocio de tal importancia, se procederá sabia y cristianamente.

La experiencia de todos los tiempos ha demostrado, que la desconfianza se introduce fácilmente en los gobiernos: que en aquellos que se componen de muchas personas, es de ordinario un poderoso aguijón; que en fin, no hay que temer deshonor cuando se trata de salvar el Estado, lo que hace legítimas y laudables todas las zozobras. Con todo, nada hay más sensible que abandonarse a sospechas sin límites, que hacen interpretarlo todo en mal.

Si vuestras excelencias han pensado que alguna desgracia amenaza al reino de Inglaterra, impidiéndola lo cumplen todo. Cada cual sabe bien que acontece aún a los más sabios que gobiernan una república mezclar en los negocios algo de sus sentimientos particulares; y que no faltar jamás en el manejo de grandes negocios es una perfección sobrenatural fuera del alcance de los mortales, a los que se les debe perdonar algún defecto.

Esto es, señores, lo que los Estados generales suplican a vuestras excelencias tengan en consideración, persuadidos que lo harán con la mayor sabiduría: A pesar de la desconfianza con que miran vuestras excelencias a tan alto personaje, deben pesar en la balanza ese largo encarcelamiento (pues que por sí solo ya según las leyes vigentes es de mucho castigo), y tener en consideración los eminentes servicios hechos al rey de Inglaterra por él y sus antecesores reyes y reinas. Vuestras excelencias se compadecerán y cuidarán: *Ut eximatur periculo qui est inter vos celebri fama ne ipses opprobio nulli magis ac magis alienentur.*

Importa mucho al bienestar del reino de Inglaterra que vuestras excelencias procedan en consecuencia siguiendo el consejo de aquel romano que lo daba para asegurar las medidas del consulado de Pompeyo, no anular nada de los gobiernos antecedentes, sí sólo ser prudente para lo sucesivo. Se puede aplicar y con razón a las actuales circunstancias la excelente precaución que otro empleaba para garantizar su propia estatua, impidiendo derribar la del enemigo a quien había vencido. De esta suerte rogamos a vuestras excelencias, que en un negocio de tanta importancia, que puede ser fuente de tantos inconvenientes, manifiesten su bondad, hacia un alto personaje preservándose de la vergüenza e ignominia; porque no se puede tratar con hombres que se engrían con el deshonor. Suplicamos pues al parlamento que ponga en libertad al rey.

Los señores embajadores deben de este modo siguiendo las circunstancias, *mutatis mutandis*, exponer las sobredichas consideraciones al General Fairfax y al consejo del ejército, añadiendo que su mérito distinguido les ha dado tanta autoridad en el reino de Inglaterra, que todo depende de ellos y versa sobre sus intenciones. El motivo porque los Estados generales encomiendan este negocio a su gran sabiduría, es porque no son solamente ellos para la Inglaterra (la que ha puesto en ellos sus mayores esperanzas) un escudo y espada en tiempo de guerra,

sino que también un auxiliar del rey en su desgraciada situación, dirigiendo las discusiones públicas hacia bueno y moderado fin, de lo que se aprovechará el reino y ellos mismos adquirirán una gloria inmortal. Con su magnanimidad harán derramar lágrimas de alegría a la mayoría de sus conciudadanos, que en este instante están próximos a llorar de pesar. En la antigüedad, se decía que los siracusanos sólo eran el cuerpo y los miembros, y que Arquímedes era el alma que les hacía obrar: lo mismo se puede decir y con mucha más razón del reino de Inglaterra y de su excelencia, como del consejo del ejército: este cuerpo y estos miembros no seguirán pues en este negocio sino la dirección que su excelencia y el consejo del ejército les inspirarán con sus sabias reflexiones. Brillarán de esta suerte sus buenas cualidades, con más gloria y esplendor, y el bien recaerá sobre todos los habitantes del reino. Los señores embajadores añadirán aún, que ha habido también un gran capitán, sabio diplomático, quien se gloriaba de no haber jamás hecho derramar lágrimas en su país, mirando como el fruto más dulce de sus victorias, el poder saludar cada día a todos sus conciudadanos, siguiendo aquel proverbio: «La clemencia hace amar y venerar a cuantos la usan, y la severidad lejos de quitar los obstáculos y dificultades, por lo común las aumenta y multiplica».

Los médicos prudentes temen también emplear remedios demasiado fuertes, porque estos por lo común arrojan del cuerpo enfermedad y vida, y prefieren servirse para mayor seguridad de lenitivos.

Si su excelencia y el consejo del ejército obran así, los corazones de los súbditos de buena opinión de Inglaterra, se unirán a ellos con sincera amistad, mejor y más poderosa para consolidar un estado que las más pesadas cadenas.

Los Estados generales juzgan invencible al reino de Inglaterra si su excelencia en unión con el consejo del ejército quiere afianzarse sobre bases tan justas para con el mundo como gra-

tas a Dios, las que por otra parte son conformes al carácter inglés y al estado de sus negocios. Los estados generales suplican en fin a su excelencia y al consejo del ejército, quieran abrazar y emplear los sobredichos medios, a fin de que el rey sea aliviado en su prisión y puesto en libertad.

NÚM. XVII

PRIMERA PARTE DE LOS SEÑORES EMBAJADORES EXTRAORDINARIOS EN INGLATERRA, A LOS ESTADOS GENERALES

Altos y Poderosos Señores.

Llegamos aquí el 5 del corriente por la tarde, fuimos recibidos con mucha dificultad por el maestro de ceremonias del parlamento, al instante pedimos y solicitamos audiencia para el otro día; después de lo que muy entrada la noche hemos presentado nuestros primeros despachos. Desde muy de mañana, el 6 hicimos pedir por nuestros secretarios y maestro de ceremonias la presentación a las dos cámaras del parlamento. En contestación el presidente de la cámara alta nos mandó decir, que la dicha cámara no se volvería a reunir hasta el lunes, y el de la cámara de los diputados, que a pesar de algunos disturbios particulares, encontraban a bien nuestra petición, y que mirarían como poder llevarla a cabo. Nuestros secretarios esperaron la respuesta; el dicho presidente nos hizo saber después del mediodía que la cámara no había podido tener sesión por la mañana, porque los miembros de que se componía debían asistir al supremo tribunal de justicia; y que por este motivo se había visto obligada a diferir su reunión hasta el lunes próximo. Como al instante supimos que en el mismo día el supremo tribunal de Justicia había pronunciado la sentencia de muerte del rey en su misma presencia, llegamos el domingo 7 del corriente (aunque excluye aquel día toda profana ocupación) con muchos pasos a obtener la mañana misma una audiencia particular con el presidente de la cámara baja, después con el de la alta, y por

último, después de mediodía (pero no sin mucho trabajo) fuimos admitidos en presencia del general Fairfax, el teniente general Cromwell y los principales oficiales del ejército, que en aquel mismo instante estaban reunidos en casa del general. Hicimos todas las posibles reflexiones a dichos presidentes, al general, al teniente general, tanto en particular como reunidos; hemos apoyado nuestras solicitudes en los más poderosos motivos, para obtener un sobreseimiento de la ejecución del rey, (la que suponían prefijada el lunes) hasta tanto que hubiésemos sido oídos por el parlamento; pero sólo obtuvimos diferentes respuestas dictadas ya por las disposiciones o carácter de cada uno.

El lunes 8 muy de mañana enviamos otra vez recado a los presidentes de las dos cámaras, instándolos para que nos hicieran recibir en audiencia; y después de haber hecho esperar en Westminster a nuestros secretarios, como igualmente al maestro de ceremonias, hasta después de mediodía vinieron a anunciarnos de repente, sin que nos quedase medio cuarto de hora, que las dos cámaras antes de ir a comer nos recibirían, y que debíamos ir a las dos a la cámara alta y a las tres a la baja. Nos conformamos con esto, nos conferimos a la cámara alta, en la que había muy pocos pares, como también a la cámara de los diputados, donde sólo había cerca de 80 miembros. Después de haber verbalmente expuesto y remitido por escrito la sustancia de nuestras instrucciones, dirigiéndonos principalmente a que se suspendiese la ejecución del rey hasta que hubiésemos en una segunda audiencia o en conferencias sucesivas expuesto motivos más poderosos para salvarle la vida, o al menos para no proceder precipitadamente a la ejecución de su sentencia de muerte, nos fue respondido por los dos presidentes que nuestra proposición sería discutida.

Los miembros de la cámara alta votaron que las conferencias para este objeto tendrían principio inmediatamente: pero como

el día estaba tan adelantado y los miembros de la cámara baja nos esperaban para la audiencia y se levantaban para retirarse antes que tuviésemos tiempo para trasladarnos a ella. Hicimos a toda prisa traducir en inglés nuestra proposición, y la pasamos a manos del presidente de la cámara baja, y luego a las del de la cámara alta.

Con todo, habiendo visto ayer al pasar por Whitehall que se hacían preparativos, según decían, para la ejecución, y habiendo hablado esta mañana largo tiempo con los comisionados por la corona de Escocia para conservar si fuese posible la vida al rey; en fin, continuando en pedir por medio de nuestros secretarios, alguna respuesta o una nueva audiencia, hemos probado por intervención de los comisionados escoceses de hablar aún otra vez al general, y le hemos encontrado a eso de medio-día en casa de su secretario en Whitehall. El general por nuestras vivas y precisas instancias, nos dijo que iba al instante a Westminster, para recomendar al parlamento la contestación y sobreseimiento que pedíamos, y que a este efecto se le reunirían algunos oficiales de graduación.

Encontramos sin embargo delante la casa en que habíamos hablado al general cerca dos cientos caballos, y hemos reparado, tanto por las calles como al entrar en nuestro domicilio, que todas las avenidas y plazas de Londres estaban ocupadas por tropas, sin que por ellas se pudiese pasar, y que los alrededores de la municipalidad estaban llenos de caballería; de tal suerte, que no se podía entrar ni salir. Nosotros no podíamos por consiguiente hacer nada más. Ya dos días antes de nuestra audiencia, personas dignas de crédito nos habían asegurado, que ningún paso ni intercesión del mundo podrían lograr nada, y que sólo a Dios era dable impedir la ejecución; esto mismo con mucho sentimiento nos habían ya dicho los comisionados escoceses. Así quedó comprobado por los sucesos, porque aquel mismo día entre dos y tres el rey fue conducido a un patí-

bulo, enlutado, construido delante de Whitehall. Su Majestad (asistido del obispo de Londres, quien según se asegura, le ha suministrado al amanecer el viático, y le ha consolado) después de haber dicho algunas palabras, ha entregado su Jarretiere, el corazón azul y su capa, se ha quitado él mismo su ropilla, y ha mostrado mucha firmeza en toda su conducta. Finalmente apoyándose sin ayuda de nadie sobre el tajo le fue cortada la cabeza y levantada al aire para mostrarla a la muchedumbre.

Esto es lo que con sumo pesar debe anunciar a VV. AA. y PP. SS. Hemos hecho todo lo posible para cumplir la comisión. Con todo, como aquí todo se cuenta de mil modos, rogamos a VV. AA. y PP. SS., que sólo crean lo que nosotros decimos, pues es la pura verdad.

No nos atrevemos a escribir a VV. AA. y PP. SS. las otras noticias que sobre el particular hemos recogido, porque están tomados todos los caminos y puertos de mar. Sólo añadiremos, que el rey sobre el cadalso encargó se siguiese la religión católica romana, que se acatasen los derechos del príncipe su hijo añadiendo, que en su conciencia moría libre de haber derramado ninguna gota de sangre excepto la del conde de Strafford. Inmediatamente después de ejecutada la sentencia fue publicada y proclamada por toda la ciudad a son de trompeta.

Por ahora suplicamos al Todopoderoso se digne conservar a VV. AA. y PP. SS., etc.

Firmado. ALB. Joaquín.

Londres 9 febrero de 1619.

NÚM. XVIII

SEGUNDA PARTE

Altos y Poderosos Señores.

Con nuestro primer parte de 9 de este mes, hemos circunstanciadamente informado a VV. AA. y PP. SS. de todos los pasos que hemos dado, cerca de los principales funcionarios y perso-

najes del país como también de las solicitudes que hicimos, y de las proposiciones que hemos trasmitido públicamente y por escrito a las dos cámaras del parlamento (de lo que insertamos copia en el presente, no habiéndonos permitido el tiempo verificarlo en el anterior). Dijimos asimismo que estas proposiciones quedaron sin respuesta, como también la demanda de ser admitidos a una segunda audiencia, y fueron seguidos inmediatamente de la ejecución del rey, y la prohibición so pena de alta traición, de irrogarse ninguno la autoridad monárquica, o reconocer y favorecer el gobierno del príncipe de Gales, o de otro cualquier pretendiente a la sucesión real.

Ya antes de este suceso supimos, y después se realizaron nuestros temores, que se ha resuelto por estas autoridades abolir del todo el gobierno monárquico, y establecer otro del todo diferente; porque se dice aquí públicamente que los sucesores del difunto rey serán sin ninguna excepción excluidos para siempre de toda soberanía en este país, sin que se pueda conjeturar todavía qué especie de gobierno reemplazará al que se acaba de abolir.

Hemos también sabido que el parlamento ha nombrado comisionados para ir a toda prisa a Escocia, y se presume que será para establecer allí el mismo sistema de gobierno que en Inglaterra. Tanto en público como en secreto se asegura que los señores de la cámara alta están muy descontentos de la ejecución del rey, y tampoco van acordes con los de la cámara baja en cuanto a cambio de gobierno. Se cree que la Escocia quiere permanecer fiel al gobierno monárquico y sus antiguas leyes. Es difícil prever el resultado del cambio en estas dos naciones, y aunque la pública tranquilidad no se ha turbado en esta capital por la suma vigilancia de las autoridades, ignoramos el estado de las provincias.

Ayer nos visitó el teniente general Cromwell, habló con mucho respeto de VV. AA. y PP. SS., se trató entre otras cosas de la

religión, y dijo que con ayuda de VV. AA. y PP. SS. pensaba establecer un nuevo sistema con mejor organización.

El conde Denbigh, que igualmente nos visitó ayer, habló acerca de muchas cuestiones relativas al gobierno pasado y al futuro; de esto hemos inferido que hay aún muchos negocios que arreglar, y que las medidas que se pretenden adoptar no dan ninguna luz sobre su objeto. Como con el desgraciado acontecimiento de la muerte del rey termina nuestra embajada extraordinaria, haremos lo posible para que nuestra misión no se muestre muy desairada, y progresen nuestras relaciones con este país a satisfacción de VV. AA. y PP. SS.

Terminadas las funciones del supremo tribunal de justicia, se han instituido nuevos tribunales extraordinarios para juzgar a los pares y otros ilustres prisioneros, como el duque de Hamilton, el conde de Holland, milord Goring y otros; los de menor clase serán juzgados por tribunales ordinarios; los prisioneros de guerra lo serán por la comisión militar.

Entre otras cosas se trata en el parlamento de que los de nuestra nación gocen aquí de los derechos de navegación, comercio y fabricación, igualmente que los ingleses. Como ya sabemos estas disposiciones se nos ha dado a entender que se nos harían sobre este particular proposiciones.

Suplicamos al Todopoderoso conserve, etc.

Firmados: ALB. Joaquin y A. Pauw.

Londres 12 febrero de 1619.

NÚM. XIX.

TERCERA PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Después de la muerte del rey hemos recibido la visita del embajador español, y las hemos devuelto al francés y a los co-

misionados escoceses; todos sienten la muerte del rey, aunque el francés dice que ya sabía de ante mano cuanto sucedería.

El embajador de España D. Alonso Cárdenas, nos ha dicho haber recibido ayer órdenes de su rey para intervenir en este negocio, pero tanto él como el francés opinan que ha finido su embajada por la inopinada muerte del rey de Inglaterra, y que no pueden mezclarse en nada hasta haber recibido nuevas órdenes. Los comisionados escoceses por lo mismo tampoco quieren obrar hasta estar debidamente autorizados por su parlamento actualmente reunido.

La opinión general es que el gobierno cambiará completamente; que la casa real queda arruinada; que quizá se seguirá el de Venecia, o los Estados Unidos, o de otra república. Sabemos que nueve miembros de los pares y dieciocho de la cámara baja, se han reunido para una nueva constitución. El 13 de este mes es el día prefijado para la reunión en audiencia de los jueces del rey en Westminster-Hall. Pero nos acaban de asegurar que la sesión no tendrá lugar: los jueces han alegado no estar bastante autorizados, que sus funciones acabaron con la muerte del rey, y que no pueden aceptar con tal prontitud una nueva comisión. Continuamos sin poder atinar el resultado que tendrán estos acontecimientos. En todo debemos decir que hasta ahora no se ha turbado la pública tranquilidad.

El Todopoderoso guarde, etc.

FIRMADOS, etc.

Londres 15 febrero de 1649.

NÚM. XX

CUARTA PARTE

Altos y Poderosos Señores.

Desde nuestro último parte han ocurrido cosas más interesantes. La cámara baja ha determinado que cese de existir la de los pares; de modo que aunque los miembros conservan los

mismos títulos y son aptos para cualquiera dignidad, sólo habrá en Inglaterra una cámara que será la de los diputados, y los miembros de la de los pares no serán admitidos más que como simples diputados nombrados por las provincias. El 17 la cámara baja abolió para siempre la dignidad real en Inglaterra. Sabemos que esta cámara sólo se reunirá una vez cada dos años por un tiempo limitado, y que el poder ejecutivo lo tendrán treinta o cuarenta miembros, entre los que podrá haber unos doce pares. Esta junta mientras descansa el parlamento representará el soberano poder. Este último no está tan definitivamente arreglado como las medidas antecedentes. La cámara de los diputados se ha completado con muchos nuevos miembros, quienes han tenido de ante mano que renunciar a sus opiniones antecedentes, se dice que al primer día se procederá a la elección de nuevos jueces del superior tribunal, los de paz y otros inferiores.

El conde Denbigh, presidente de la cámara de los pares no habiéndonos podido transmitir un mensaje el 17 nos visitó el 18, informándonos de cómo se disolvió su cámara, y dándonos la respuesta a nuestras proposiciones. Después de habérmola leído, nos dio una copia, que remitimos, y ha guardado el original para seguridad personal, añadiendo era el acto de disolución, pues no quisieron concluir la sin dar a VV. AA. y PP. SS. una prueba de su afecto.

La cámara baja nos envió igualmente el maestro de ceremonias, para decirnos que esperaban que nos presentásemos a recibir la respuesta a nuestras proposiciones. A lo que hemos contestado, que cuando la cámara nos señalase el día nosotros iríamos.

Desde la desgracia de la muerte del rey no insistimos en recibir la contestación, y aunque no oímos más hablar de ella, hemos sabido que se había publicado una fórmula en la Gaceta de

esta ciudad, sin que nos hayan trasmitido ninguna noticia oficial.

El 16 de este mes algunas compañías de infantería han marchado hacia Bristol, donde habrá sin duda estallado alguna revolución contra los actos del parlamento. Sin embargo aquí y en las cercanías se goza de tranquilidad.

Hoy han comparecido ante el supremo tribunal de Westminster-Hall, algunos lores acusados, entre ellos Hamilton, Holland, Goring, Capel y *sir* John Ower; después de sus interrogatorios han sido vueltos a sus respectivos encarcelamientos.

Acabamos ésta suplicando a la divina Providencia, etc.

FIRMADOS, etc.

NÚM. XXI

QUINTA PARTE.

Altos y Poderosos Señores.

Por los despachos que hemos visto de los comisionados de Escocia, sabemos que en aquel reino acaba de ser proclamado el príncipe de Gales por rey de la Gran-Bretaña, de Francia y de Irlanda, y que ya se había expedido un extraordinario para el monarca. El parlamento inglés está muy descontento de esta medida, y más que todo de que no se hayan contentado con darle el solo nombre de rey de Escocia. Las levadas de tropa se van haciendo en secreto, y su salida para Escocia es continua: se presume que han perdido mucha gente por allá. La capital continúa tranquila. No nos admiraría que dentro de poco hubiese treinta buques preparados, atendida la prisa que se dan en ello. Dicen que han de llegar sesenta, y que tres comisionados del parlamento tomarán el mando, no se cree que lo tenga ni se menciona para ello al conde de Warwick. El último lunes, 22 de este mes, nos vino a anunciar el maestro de ceremonias, que el miércoles seríamos recibidos en audiencia para saber la contestación a nuestras proposiciones. El miércoles sin embargo nos

avisó que la audiencia sería el jueves próximo. Efectivamente, aquel día nos vino a buscar con los carruajes de costumbre, y fuimos presentados en audiencia. Estando allí sentados nos leyeron la contestación, a la que sólo manifestamos, que después de haberla vuelto a leer la remitiríamos a nuestro gobierno; y que como pensamos marchar en breve nos despedíamos del parlamento en calidad de embajadores extraordinarios. En la cámara había muchos más miembros que la primera vez. El nombramiento de muchos diputados ha sido el primer cuidado de la asamblea. Los jueces del reino fueron igualmente nombrados la última semana.

Habiendo recibido de VV. AA. y PP. SS. la orden de marchar y hechos ya de ante mano los preparativos, lo efectuaremos prontamente.

Los prisioneros de Estado, como el duque de Hamilton, lord Goring, lord Capel y *sir* Jonh Ower, han comparecido ya muchas veces ante el supremo tribunal de justicia. El primero ha alegado la declinatoria de fuero, pero no le ha sido admitida, y se le han nombrado defensores de oficio. Los otros sólo atienden a su defensa. Contra lord Capel han comparecido como testigos el general Fairfax y el comisario general Ireton. Esto hace temer mucho por la suerte de tan notables personajes.

Acabamos invocando, etc.

FIRMADOS, etc.

Londres 26 febrero de 1609.



FRANÇOIS PIERRE GUILLAUME GUIZOT (Nîmes, 4 de octubre de 1787 - Saint-Ouen-le-Pin, Val Richer, Calvados, 12 de septiembre de 1874) fue un historiador y político francés.

Participó en el gobierno durante la monarquía de Luis Felipe de Orleans y fue líder de los doctrinarios.

Su familia era burguesa y protestante. Sus padres contrajeron matrimonio en secreto al no poder casarse públicamente si no era con rito católico. Su padre fue guillotinado en 1794, durante el Terror, con lo que pasó a ser el cabeza de familia. Partió hacia el exilio a Ginebra junto a su madre, mujer de principios, liberal y educada en esa misma ciudad (donde había recibido la influencia de Jean-Jacques Rousseau conciliándola con su fe calvinista), al tiempo que inamovible en sus convicciones y sentido del deber, como típica hugonote de su tiempo. Forjó

el carácter de su hijo y le educó siguiendo la roussoniana doctrina de Emilio, enseñándole el trabajo manual de carpintero (aún se conserva una mesa hecha por él mismo) y le acompañó incluso en su nuevo exilio de 1848 en Londres, donde murió por causas naturales.

Guizot volvió a París para estudiar derecho en 1805, con 18 años, y con una formación previa suficiente como para ser simultáneamente tutor de la familia del suizo M. Stapfer, antiguo ministro de Francia. Destaca por la calidad de su pluma, en el *Publiciste*, editado por Jean-Baptiste-Antoine Suard, que le introdujo en los círculos literarios, con lo que inició una larga carrera de colaboraciones periodísticas. En octubre de 1809 escribió una crítica de *Mártires de Chateaubriand*, por la que recibió la gratitud y felicitación de éste. Contrajo matrimonio en 1812 con la escritora Pauline de Meulan, catorce años mayor que él, a quien había conocido por ser también colaboradora de Suard. Antes incluso del matrimonio, Guizot escribió los artículos que ella firmó, mientras permanecía enferma. Pauline murió en 1827, dejándole un hijo, también llamado François (1819-1837). Vuelve a casarse en 1828 con Elisa Dillon, prima de Pauline, y también escritora, con la que tuvo dos hijas, Henriette y Pauline, Maurice Guillaume (1833). Su segunda mujer muere poco después.

Durante el Imperio, Guizot se dedicó enteramente a la literatura, publicando una recopilación de sinónimos (1809), un ensayo sobre las bellas artes (1811) y una traducción de la obra de Edward Gibbon, con notas adicionales, en 1812. Este trabajo fue estimado por Fontanes, gran rector de la Universidad de Francia, que seleccionó a Guizot para la cátedra de Historia Moderna en la Sorbona en 1812. Su primera lección (que publicó en sus Memorias) la dio el 11 de diciembre de ese año. En ella omite el acostumbrado elogio al todopoderoso emperador, a pesar de la insistencia en ese punto de su patrocinador, pero

el curso que la siguió marca el comienzo de una gran renovación de la investigación histórica de la Francia del siglo XIX. Con ello adquirió una posición importante en la sociedad parisina, y la amistad de Royer Collard y los dirigentes del partido liberal, incluido el joven duc de Broglie. Ausente de París en el momento de la caída de Napoleón en 1814, Royer Collard le recomienda para formar parte del gobierno monárquico restaurado de Luis XVIII como secretario general del ministerio del interior, a las órdenes del abad de Montesquieu. Dimite con la vuelta de Napoleón, el 25 de marzo de 1815 y vuelve a sus trabajos literarios.

Notas

[1] El 2 de abril de 1625. <<

[2] El 18 de junio de 1625. <<

[3] En 1485. <<

[4] En marzo de 1623. <<

[5] Este matrimonio no se verificó hasta junio de 1525. <<

[6] Llegó a alcanzar todos los grados, condecoraciones y honores: los donativos que arrancó de la corona subieron. 7 109 875 francos. <<

[7] 8 de junio de 1626. <<

[8] 15 de junio de 1626. <<

[9] Desastre acaecido en 28 de octubre de 1627. <<

[10] Esto y lo que sigue, como otros muchos documentos que se verán en el decurso de la historia se han sacado de la *Historia del Parlamento*: lo decimos aquí para ahorrar más notas. <<

[11] Los miembros de la cámara encarcelados eran: Hollis, Miles Hobart, Elliot, Hayman, Selden, Coritou, Long, Strede y Valentine. <<

[12] 5 de noviembre de 1630. <<

[13] Los gastos de la casa real se habían aumentado hasta 80 000 libras esterlinas. <<

[14] Cuando Edmonds paso a Francia en 1629, para concluir el tratado de paz, el gentilhombre enviado a su encuentro le dijo con sarcasmo: «No se admire V. E. de verme con tampoco

séquito de gentilhombres para acompañarle: ¡murieron tantos en la isla de Ré!...». Amarga ironía, alusiva al sangriento descalabro de los ingleses mandados por Buckingham. <<

[15] Cuando un jefe quería convocar su tribu, hacia una cruz de maderas resinosas, encendía sus cuatro puntas y las apagaba con la sangre de una oca. Esta cruz se llamaba de fuego o de ignominia, porque era notado de infamia el que rehusaba obedecer a esta señal. Al verla, todos los habitantes de dieciséis a sesenta años estaban obligados a tomar las armas, so pena de que fuesen taladas e incendiadas sus posesiones. En la guerra civil de 1745 circuló frecuentemente por Escocia esta cruz. <<

[16] Si bien algunos autores niegan este hecho, sin embargo el testimonio de Clarendon es de mucho peso, y su relación, que tal afirma, es verídica y circunstanciada. <<

[17] 23 de octubre de 1640. Rushworlh. <<

[18] May hace subir a 200 000 los protestantes asesinados en Irlanda; Clarendon reduce este número a 400 000 o 500 000: aún este número es exagerado si atendemos a la correspondencia de los jueces mismos que administraban entonces el reino. <<

[19] Esta conversación está sacada de un folleto publicado en Londres a la vuelta de los comisionados. El impresor fue mandado llamar, y preguntado por la cámara alta; mas como respondiese que le había prestado el manuscrito el secretario del canciller, se le declaró inculpable. <<

[20] He aquí el título de algunas de estas publicaciones: *Mercurio autico; Mercurio británico, rústico, pragmático, político...* etc. etc. Hoja diaria, ocurrencias diarias. <<

[21] Sesenta y cinco fueron los miembros de los comunes que faltaron sin causa conocida y legítima. Se propuso y se adoptó que no pudiesen volver a la cámara sin justificar los motivos de su ausencia. <<

[22] 4 julio 1642: los cinco lores eran los condes de Northumberland, de Essex, de Pembroke, Holland y el vizconde Say: los diez miembros de los comunes, Hampden, Pym, Hollis, Martyn, Tiennes, Pierpoint, Glynn, *sir* William Waller, *sir* Phillip Stapleton, y *sir* John Merrick. <<

[23] No sin interés verán nuestros lectores la lista exacta y completa de este ejército verdaderamente nacional; se encontrará en las anotaciones y piezas históricas. <<

[24] 5 agosto 1543. «Señores, dijo el presidente, es evidente para todos que tras tantos horrores este reino, que tiene tantos elementos de prosperidad, va a verse desolado enteramente; y los mismos que debían velar por su prosperidad le ponen en peligro con sus disensiones». <<

[25] 12 octubre de 1643. <<

[26] Algunos hacen subir el número a 8000, pero otros te reducen a 1600. <<

[27] Los escoceses eran 21 000 hombres, y su manutención mensual costaba 31 000 libras esterlinas: Waller mandaba 3100; Essex 30 500, que costaban mensualmente 10 504 libras esterlinas; la manutención del de Waller subía semanalmente a 2638 libras esterlinas; Manchester mandaba 14 000 hombres, que costaban semanalmente 8445 libras esterlinas; y Fairfax de 5000 a 6000; no se ha podido indagar a cuanto ascendía su manutención y sueldo etc.

Exeter en el condado de Devon, y a últimos de abril se separó de su marido, que ya no debía verla más. <<

[28] 3 de abril de 1645. <<

[29] Parl. Hist. Véanse las anotaciones y piezas históricas. <<

[30] Véanse a Malcolm Laing, a Clarendon, y a los demás autores, cuyo nombre fuera inútil repetir, y de que hemos dado ya noticia en una nota. <<

[31] Se le hicieron efectivamente proposiciones, mas no contestó. <<

[32] Esto resulta evidentemente de una relación encontrada en la habitación del rey en la isla de Wight, dirigida después de la restauración a Carlos II por John Bowring, quien era empleado entonces en los secretos manejos de Carlos I, aunque de linaje oscuro. <<

[33] Lo mismo que infierno, Topheth es una palabra hebrea que sería por lo común una cosa abominable. <<

[34] En el Diccionario histórico o Biografía universal de hombres célebres se hallan más extensos pormenores relativos a la vida y hechos de Oliver Cromwell, personaje digno de ser meditado. (*Nota del traductor*). <<

[35] George Williers, duque de Buckingham. <<

[36] Thomas Wentworth, conde de Strafford. <<

ÍNDICE

Historia de la Revolución de Inglaterra	2
El autor	5
Libro primero	7
Libro segundo	42
Libro tercero	99
Libro cuarto	181
Libro quinto	227
Libro sexto	283
Libro séptimo	316
Libro octavo	377
Discurso preliminar sobre la historia de la Revolución de Inglaterra	475
Anotaciones históricas sobre la historia de la Revolución de Inglaterra	578
Autor	611
Notas	614